

Plan Audaz

La Senda De Los Dragones Libro 6

Pedro Urvi

Plan Audaz

La senda de los dragones, Libro 6

Pedro Urvi

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: https://pedrourvi.com/

Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

Copyright © 2025 Pedro Urvi
Todos los derechos reservados

Corrección y edición por Olaya Martínez

Otros libros de Pedro Urvi:

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes y está relacionada con todas las series.

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El Sendero del Guardabosques:

Esta serie es la más conocida y sus protagonistas aparecen también en la saga de la Senda de los Dragones

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre poco después de la serie de El Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.

(Haz clic en la imagen o título)



Orden de las series

De arriba abajo por cronología de la historia



Dedicatoria:

Esta saga está dedicada con todo mi cariño a mis lectores incondicionales. Un millón de gracias por todo el apoyo.

Contenido

Otros libros de Pedro Urvi:

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55

Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Los Portadores (La senda de los dragones, Libro 7)
Opinión:
Agradecimientos

Capítulo 1

Montada sobre Eki, Nahia observaba de reojo el portal cerrándose a sus espaldas. El sol abrasador del desierto golpeaba su armadura de jinete con rayos ardientes que parecían querer derretirla. Solo llevaba un momento en aquel mar interminable de arena y ya preveía que iba a ser una experiencia de lo más candente.

Habían llegado usando la perla del Continente Renacido. Apenas podía creer que estuvieran en Tremia. Le entró la duda de si una Nacida de la Llama estaría protegida de aquel sol impenitente que brillaba en un cielo azul despejado. Observó al brillante astro protegiendo sus ojos. Parecía una gran bola de fuego que levitaba en las alturas y calcinaba todo cuanto sus rayos tocaban.

Resopló. El fuego no podía quemarla, así que seguro que el sol tampoco. Sin embargo, ya sentía calor en el interior de la pesada armadura. Eso no era muy buena señal, quizá no se asara, pero tenía el presentimiento de que podía terminar cocida en su propio sudor. Miró hacia el suelo y vio que estaba rodeada de roca de color sangre, era de lo más singular.

«Así que esto es el desierto» llegó el mensaje mental de Eki que, como ella, observaba todo a su alrededor con gran interés.

«Eso parece. Es el primero que veo. ¿Y tú?».

«También es mi primer desierto».

«No me parece demasiado agradable».

«Noto por nuestro vínculo que te estás acalorando. Preveo que mantenerse a una temperatura adecuada va a ser un reto en este entorno».

«Sin duda. ¿A ti te afecta el calor?» preguntó Nahia con curiosidad.

«Por supuesto, como a todos los seres vivientes. Padecemos tanto el calor como el frío extremo».

«¿Este sol puede quemarte? Pensaba que vuestras escamas de dragón os protegerían de todo».

«Nos protegen de casi todo, sí. Los rayos de sol no nos queman, pero su calor penetra en nuestros cuerpos y nos afecta».

«Eso es de lo más interesante».

«¿Interesante porque es un dato más que puedes utilizar contra nosotros?».

Nahia suspiró. Aquel tema tan crucial que se interponía entre ellos iba a traerle quebraderos de cabeza. Lo había estado pensando mucho durante el viaje desde Kraido a Tremia y había ideado una respuesta que estaba segura de que iba a desarmar las críticas de Eki, una para la que el dragón plateado no tendría defensa ni réplica. O eso esperaba ella.

«Siempre podéis darnos la libertad, así no habrá nada que tengamos que utilizar en vuestra contra».

Eki se quedó callado y Nahia aguardó.

«Mejor no enturbiar nuestra relación con este tema» envió Eki. Por el vínculo que les unía, Nahia percibió que se sentía avergonzado y molesto. Su respuesta le había afectado.

«Sí, mejor» respondió ella y se quedó algo más tranquila. No deseaba enemistarse con Eki, no solo porque se jugaba la vida al hacerlo sino porque, en cierta forma, respetaba al dragón plateado. Él nunca se había portado mal con ella, al contrario, siempre la había tratado con cierto respeto y miramiento. Era algo que Nahia apreciaba, ya que al ser su dragón señor podía tratarla como la esclava que era.

Dos dragones de tamaño medio observaban subidos a las rocas alrededor de la perla sobre la que el portal estaba terminando de cerrarse y otros tres sobrevolaban la cadena montañosa de roca roja que seguía hacia el norte. Los que volaban parecían estar patrullando la zona, dos de sur a norte y el otro en dirección

opuesta. Lo hacían a baja altura, a unos doscientos cincuenta pasos, como si esperaran poder atacar en el suelo.

«Bienvenidos a los dominios del general Iama-Area-Urdin» envió el dragón de color marrón oscuro con vetas rojas. Estaba posado a su izquierda y los observaba con ojos entrecerrados.

«Venimos con orden de presentarnos al general» respondió Eki.

«Se encuentra en la ciudad. La hemos retomado hace poco y está implantando el orden» envió el otro dragón sobre las rocas. Era de color rojo con vetas azules.

Nahia miró hacia el este, pero no pudo localizar la ciudad en medio del inmenso desierto. Todo lo que distinguía era arena.

«¿Retomado?» se extrañó Eki.

«Así es. Ha habido una revuelta… de soldados del ejército negro» continuó explicando el dragón rojo.

Al escuchar aquello Nahia sintió que su corazón daba un vuelco de alegría. Eso solo podía significar que la rebelión había comenzado y no tenía duda de que sus compañeros del Escuadrón Rojo habían sido los instigadores.

«Han sucedido acontecimientos extraños en este lugar… Han caído dragones» añadió el dragón marrón y sacudió la cabeza con expresión de estar disgustado.

«Lamento escuchar tan malas noticias» envió Eki.

Nahia estaba muy contenta por las malas noticias, pero sentía que Eki no. A él no le hacía gracia que murieran dragones.

«El general nos informó de que llegaría un dragón raudo con su jinete» envió el dragón marrón.

«Debemos avisarle. Aguardad aquí» indicó el rojo y echó a volar con un brinco potente.

Nahia observó la cadena montañosa con mucha curiosidad. Si la vigilaban era porque había algo de interés en ella.

«Mucha vigilancia. ¿Se esperan problemas?» preguntó Eki y miró hacia los tres dragones que sobrevolaban las montañas volando

bajo.

«Los rebeldes se ocultan bajo esas montañas. Los muy cobardes y traidores se han aliado con una tribu de los desiertos que vive en el interior de esa cadena montañosa roja».

«Oh, entiendo».

«Si alguno asoma la cabeza le damos muerte».

Esa respuesta a Nahia no le gustó lo más mínimo. Sus amigos debían estar allí refugiados. Esperaba que no les hubiera sucedido nada malo, que estuvieran todos bien. No obstante, saber que habían muerto dragones indicaba que se habrían producido combates muy duros y peligrosos. Deseaba que Lasgol y las Panteras de la Nieves hubieran ayudado y que, de alguna manera, hubieran reducido el peligro.

De súbito, el dragón rojo rugió y se lanzó a atacar el costado derecho de la montaña con su aliento elemental de fuego lanzando una llamarada enorme sobre la roca. Se escuchó un grito de sufrimiento y una figura cayó calcinada desde las rojas piedras de la montaña al mar árido del desierto que la rodeaba. A Nahia se le hizo un nudo en el estómago. Deseó que no fuera ninguno de sus amigos.

Debía de ser un vigía de la tribu local. Pensó en la familia de aquel pobre hombre y se sintió fatal por ellos.

«Intentan extrañas maniobras que no llegamos a entender. Salen de las rocas como buscando evadirnos, algo imposible. En cualquier caso, los matamos y fin del problema» envió el dragón marrón.

«No tiene mucho sentido salir al descubierto… a menos que hayamos conseguido penetrar en su montaña» razonó Eki.

«No lo hemos logrado todavía. Las pocas cuevas donde hemos llegado a entrar las han abandonado. Ahora se esconden en las entrañas de las montañas, en lo más profundo, bajo tierra, lejos de cualquier vía de entrada».

«Entonces no representan una amenaza» dijo Eki restándole importancia.

«Cierto, pero el general los quiere a todos muertos, hasta el último de ellos. Quiere vengar la muerte de tres de sus dragones, y no parará hasta conseguirlo».

«Entiendo». Eki no dijo más, pero Nahia captó por el vínculo que aquello no le gustaba.

Otro de los dragones, el blanco, lanzó su aliento de tormenta sobre el costado opuesto de la montaña. Nahia distinguió una figura corriendo entre las rocas. No vestía como un Brujo de Dragón, era un nativo. El aliento lo perseguía según intentaba huir de una muerte cierta.

El corazón de Nahia animaba al originario de los desiertos para que lograra esquivar el aliento del dragón y escapara. Vio cómo cambiaba de dirección varias veces mientras el dragón blanco viraba en el aire sobre la montaña para volver a encararlo. Nahia intentaba disimular y que los dos dragones que tenía delante no descubrieran sus verdaderos sentimientos. El nativo consiguió desaparecer entre unas rocas y el dragón blanco no pudo acabar con él.

«Son como ratas del desierto. Corren entre las rocas y se esconden para que no los cacemos. Es frustrante no poder llegar hasta ellos y masacrarlos a todos como a la plaga que son» expresó el dragón marrón.

«Somos muy poderosos, pero la tierra y las montañas siempre han representado un obstáculo insalvable para nosotros» envió Eki.

El dragón marrón asintió con la cabeza moviendo su largo cuello arriba y abajo.

«Por desgracia así es».

Nahia se alegró de que el nativo hubiera podido escapar de las garras de los dragones. Eso le daba esperanza. Seguro que sus compañeros estaban en el interior de la montaña y se encontraban bien. Su corazón así lo deseaba y ese sentimiento pesaba más que la lógica. El pensar en sus amigos le llevó a pensar en Logan. Sintió una punzada en el corazón, como si le clavaran la punta de una daga helada, pero intentó no angustiarse. Seguro que él también estaba bien. El rey grypho lo mantendría con vida, cumpliría su

palabra al igual que ella cumpliría la suya. Tenían un trato y lo iba a cumplir, rescataría a su hermano y salvaría a Logan y Aroa.

«Te noto intranquila» envió Eki.

«Pensaba en Logan y en Aroa…».

«Entiendo. Yo también me intranquilizo al pensar en ellos. Encontraremos la forma de salvarles» envió con confianza.

Nahia quería tener la misma seguridad que Eki, pero sabía que solo una jugada maestra podría conseguirlo. Necesitaban un plan arriesgado y por ello había hablado con Egil. El inteligente guardabosques norghano lo conseguiría. Ella confiaba en él. Sus amigos lo consideraban un maestro de la estrategia y la planificación y eso era justo lo que necesitaban. Cómo lo iba a lograr no lo sabía, pues era una misión imposible. ¡Liberar a un rey grypho de las mazmorras de Drakoros, nada menos! Ni siquiera podía maginar cómo iba a realizar semejante hazaña. Cada vez que intentaba idear cualquier parte de un posible plan, todo se desmoronaba en su mente, siempre había algo que salía mal. Era como intentar construir un castillo hecho de nubes: en cuanto soplaba la más mínima brisa todo se derrumbaba.

Aguardaron un rato y finalmente divisaron a tres dragones aproximándose desde el este. El más grande era un dragón azul imponente. Lo acompañaban el rojo que había partido a buscar al general y otro blanco también de gran tamaño.

«Ahí llega el general Iama-Area-Urdin con su capitán al mando, Zuri-Bigar-Des» anunció el dragón marón.

Nahia tragó saliva e intentó estar todo lo tranquila que le fuera posible.

Los tres dragones se posaron alrededor de la perla. Nahia pudo observar el tremendo tamaño del general y también del capitán, que era solo un poco más pequeño. Eran imponentes. Dragones de más de ochocientos años y de aspecto letal.

«Veo que me han concedido la ayuda que pedí» envió el general. Nahia sintió el mensaje con potencia en su mente.

«Nuestro líder nos envía a servir al general» respondió Eki con tono humilde y de respeto.

«Entonces ya sabéis que soy Iama-Area-Urdin de los ejércitos de Osc-Belz-Hil, rey dragón negro. Estáis en sus dominios. Todas las tierras del desierto de este continente pertenecen a mi señor» envió.

«Así lo entendemos» respondió Eki.

«Hemos tenido problemas y graves. No voy a ocultarlo pese a ser un deshonor, una mancha en mi nombre que debo lavar cuanto antes. Tres de mis dragones han muerto de forma inexplicable. Y no solo eso, les han cortado la cabeza».

«¿Cortado la cabeza? ¿Cómo… es eso posible?» Eki estaba muy sorprendido.

Nahia estaba tan sorprendida como Eki, pero al mismo tiempo encantada. No tenía ni idea de cómo sus amigos habían conseguido cortarles la cabeza a tres dragones, pero eran unas noticias sensacionales. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no se notara su entusiasmo.

«No sé cómo, pero ha sucedido. Por eso he pedido que me envíen a un dragón raudo con jinete. Han matado dragones y de forma muy llamativa. Lo leo como una amenaza seria, un aviso de lo que está por llegar. Estáis aquí para descubrir qué ha sucedido y acabar con esa amenaza».

«Entiendo, señor. Descuide, cumpliremos con la misión, descubriremos lo ocurrido y acabaremos con el escollo».

«También ha habido una rebelión, sin duda relacionada con la muerte de los tres dragones. Los soldados que ocupaban la ciudad se han revelado y unido a la tribu del desierto que habita estas montañas. Se esconden bajo nuestras garras. Hay que acabar con todos ellos, debemos enviar un mensaje taxativo de que cualquier intento de rebelión acabará con el exterminio total de los insurrectos. ¿Me he expresado con suficiente claridad?».

«Sí, mi general» Eki bajó la cabeza.

«El capitán Zuri-Bigar-Des estará a cargo de mantener la ciudad al este en cintura. Cuenta con cinco mil soldados más de refuerzo que le he concedido del ejército del rey dragón negro. Son leales y quiero que continúen así. La mejor forma de lograrlo es aplastando esta insignificante rebelión que se ha producido aquí».

«Cumpliremos con las órdenes del general» aseguró Eki.

Nahia no quería cumplir aquellas órdenes, esperaba poder ayudar a sus compañeros y apoyar la rebelión. El problema era que se encontraba rodeada de dragones y sus posibilidades eran mínimas, por no decir ninguna. Por otro lado, estar allí, en el centro del conflicto, le proporcionaba la posibilidad de hacer algo. Eso la animó. Solo debía tener muchísimo cuidado y convencer a Eki para que la ayudara.

Suspiró. No iba a ser nada fácil.

Capítulo 2

En el interior de las Montañas de Sangre, hogar de los Desher Tumaini, se producía una reunión.

—Los vigías reportan la llegada de otro dragón y también del general de los dragones, que ha salido a su encuentro —explicó Aibin a los asistentes.

—Serán refuerzos, lo que significa que intentarán volver a entrar —dedujo Dafne y arrugó la nariz.

La reunión era entre el hermano del líder de los Desher Tumaini, varios de sus consejeros de la tribu y el Escuadrón Rojo al completo. Estaban en la caverna de guerra, donde se realizaban las reuniones en las que se tomaban las decisiones de guerra. Aibin había conseguido un anillo de gema azul de Asrael que le permitía hablar la lengua de Kraido y entenderse con los rebeldes. Además, había establecido vías de comunicación con Norghana, el Continente Helado y Rogdon, lo que le permitía estar informado y conseguir ayuda como el anillo traductor.

—El general no suele ir a recibir a los nuevos dragones que llegan. Son estos los que van a la ciudad a presentar sus respetos —explicó Aibin.

—Entonces era un dragón importante —dedujo Taika.

El Felidae se quedó pensativo.

—¿Otro general? —preguntó Lily.

—Si un general presenta sus respetos a otro es que hay cambio de mando —explicó Aiden. El Drakónido lo dijo con total confianza.

—Este dragón era más pequeño que el general, bastante más —dijo Aibin.

—Entonces no es un general —dijo Ivo—. Son siempre enormes en tamaño y poder.

—Mientras no sea nuestro líder… —Lily se encogió de hombros.

—El dragón era plateado —dijo Aibin.

—Entonces no es nuestro amado líder de escuadrón —resopló aliviada.

Uno de los asesores de Aibin le susurró algo al oído.

—Me dicen que el dragón tenía un jinete con una elaborada armadura roja —dijo Aibin.

—¿Un dragón raudo y su jinete? —Aiden arrugó mucho la frente —. Eso es muy extraño. Solo se les requiere cuando hay situaciones graves, cuando mueren…

—Dragones… —terminó la frase Dafne—. Que es lo que ha sucedido aquí.

—Mal asunto si han enviado a un dragón con su jinete aquí. Eso es que nos toman en serio —dijo Taika—. Habrá venido a acabar con nosotros.

—Aquí abajo estamos a salvo —aseguró Aibin.

—¿Cómo va el sellado de las últimas aberturas en la zona norte? —preguntó Logar, el Felidae de la Escuadra Candente.

—Los trabajos van bien, más de un millar de personas se ocupan de ello —dijo Aibin.

—Esa es la zona más débil y crítica —comentó Brendan, de la Escuadra Ardiente—. Si consiguen entrar llegarán a las cavernas, donde hay varios miles de Felidae refugiados.

—Somos conscientes, pero no se puede emplear a más gente en los trabajos, físicamente no caben —explicó Aibin.

—¿Y si consiguen entrar? —preguntó Dafne.

—En ese caso habrá que abandonar el área y refugiarse en las cavernas de la zona media de las montañas.

—Que ya están pobladísimas —dijo Logar.

—Y podría ocurrir una catástrofe si hay una estampida —comentó Brendan.

—Eso hay que evitarlo entrenando a los Felidae —explicó Aibin.

—Estoy seguro de que los Felidae se comportarán con valentía si los dragones consiguen entrar —afirmó Taika.

—Esperemos —dijo Aiden.

—Lo que hay que hacer es salir y acabar con ellos —dijo Dafne con rabia.

—A ninguno nos gusta escondernos bajo las rocas de este desierto, pero no podemos matar dragones —le recordó Logar.

—Por mucho que queramos —opinó Brendan.

—Pudimos matarlos por la intervención de las Panteras de las Nieves, pero sin ellos no podemos hacer gran cosa —recordó Ivo.

—Intentar enfrentarnos a los dragones, es una locura —advirtió Aiden.

—Algo tenemos que hacer. Están intentando por todos los medios penetrar en la montaña y matarnos a todos —Dafne buscaba alguna solución.

—De momento no lo han conseguido. Nuestras montañas sagradas nos protegerán —intentó tranquilizar Aibin.

—Es solo cuestión de tiempo que encuentren la forma de llegar hasta nosotros o hacernos salir —temió Taika.

—Si nos hacen salir estaremos muertos —comentó Lily.

—Estas montañas nos han protegido durante centurias —los intentó tranquilizar Aibin con tono amigable.

—No de dragones —especificó Dafne.

—Es posible que no consigan sacarnos o entrar, pero no debemos confiarnos. En la vida siempre hay que pensar que la opción más negativa puede darse —comentó Ivo.

—Sobre todo con nuestro tipo de vida —añadió Lily y puso cara de que sus vidas eran un continuo problema.

—Los trabajos de reparación y fortificación de las dos entradas norte continúan. Los soldados Felidae realizan una gran labor y ayudan a nuestros guerreros a tapiar cualquier abertura —explicó Aibin.

—No dudamos del valor y el duro trabajo de los soldados Felidae —comentó Dafne mirando a Taika.

—Lo que preocupa es que estamos jugando a un peligroso juego en el que los dragones perforan y nosotros tapiamos. Llegará el momento en que no seamos capaces de seguir su ritmo de destrucción —razonó Taika.

Aibin asintió.

—Somos como una colonia de hormigas ante un gran enemigo. Una sola poco puede hacer. Miles trabajando juntas, mucho.

—En eso le doy la razón al líder de los Desher Tumaini —convino Ivo.

—Pero una hormiga o mil no pueden vencer a un oso hormiguero —comentó Aiden con tono negativo.

—Bueno, los dragones tienen lengua corta —dijo Lily con una mueca cómica.

—Sí, pero un aliento elemental largo de doscientos pasos —respondió Aiden.

Taika asintió.

—Tenemos que poner siempre doscientos cincuenta pasos de roca entre ellos y nosotros o no estaremos a salvo.

Aibin inspiró profundamente y miró a sus asistentes. Les tradujo el requerimiento. Su respuesta fue con movimientos negativos de cabeza y expresiones de preocupación.

—Tenemos unos ciento cincuenta pasos de rocas en ambos lados de la parte norte.

—No es suficiente —opinó Taika—. Si lanzan su aliento podría pasar entre las rocas y alcanzar a los que están trabajando.

—Hay que poner otros cien pasos de roca añadidos —pidió Dafne.

Aibin se quedó pensativo.

—Lo intentaremos, pero llevará tiempo. Las cavidades son muy grandes y rellenarlas de roca supone un trabajo inmenso. Hay que

sacar la roca de otras cavernas y transportarla hasta las entradas para luego colocarlas con grúas y poleas.

—Lleváis haciendo esto mucho tiempo, seguro que habéis desarrollado técnicas y medios para lograrlo —dijo Taika.

—Algunas, sí. Tenemos vías de metal sobre las que se mueven grandes contendores también de metal con ruedas. Ahí se transportan las rocas. Pero cargar, tirar de los carros y descargarlos requiere de mucho trabajo y esfuerzo y hay un alto riesgo de accidentes —explicó Aibin.

—Es un riesgo que hay que correr, por desgracia, si queremos sobrevivir y ver un día más —reflexionó Ivo con tono filosófico.

—Hay que centrarse en sellar esas dos cuevas que dan al exterior, tanto en la cara este de la montaña como en la oeste, poniendo doscientos cincuenta pasos de roca mínimo —dijo Dafne con ímpetu—. Esa es nuestra prioridad ahora.

—Estamos todos de acuerdo en eso —aseguró Aibin.

—¿Podemos ayudar? —preguntó Taika.

—Podemos mover rocas, somos fuertes —dijo Aiden.

El comentario sorprendió a Lily.

—¿Te ofreces a mover rocas?

Aiden asintió.

—No es mi deseo luchar contra los dragones, pero tampoco que estos maten a los Desher Tumaini.

—Ese sentimiento te honra —agradeció Aibin.

—Nosotros también estamos dispuestos a trabajar duro —se ofreció Brendan.

—Y nosotros, por descontado —se unió Logar.

Aibin levantó las manos.

—Tenemos varios miles de Felidae trabajando con otros tantos Desher Tumaini. Lo que necesitamos no es más mano de obra, necesitamos liderazgo. Vuestra ayuda es mucho más crucial, debéis

mantener el orden y la moral entre los Felidae. Deben veros como líderes y seguir vuestras órdenes.

—Nos encargaremos de eso —dijo Dafne.

—Por supuesto —asintió Brendan.

—Asumiremos esa responsabilidad —dijo Logar.

Aibin asintió.

—Mi hermano está negociando para conseguir más alimento. Esa es la otra cuestión importante. Agua tenemos, aunque hay que tratarla para vosotros, y algo de comida subterránea también, pero no para tantas bocas. Ya andábamos justos, pero con la llegada de los Felidae necesitaremos comida del exterior.

—¿Del exterior? ¿Cómo? —preguntó Dafne con expresión de extrañeza.

—Con esos dragones fuera no lo veo muy viable —comentó Taika.

Aibin suspiró.

—Es arriesgado, pero podemos conseguir comida más al norte. Hay una tribu que vive del comercio cerca del mar. Ellos pueden conseguir comida.

—¿Y cómo la traemos hasta aquí? —preguntó Brendan.

—Hay un túnel secreto en la parte más al norte de las montañas. Fue excavado hace cientos de años por los primeros Desher Tumaini. Es largo y pasa por debajo de varias dunas. Permite salir bastante al norte de esta cadena montañosa.

—Vaya, ingenioso —comentó Lily.

—Ya se vio la necesidad de construir esos túneles en el pasado —dijo Aibin.

—¿Hay más? —preguntó Logar.

—Uno en cada dirección —Aibin señaló al norte, al sur, luego al este y finalmente al oeste.

—¿Pueden los dragones entrar por esos túneles si los descubren? —preguntó Dafne.

Aibin negó con la cabeza.

—Son demasiado pequeños. Se hicieron para que pudiera pasar una persona con un carro pequeño. Para un dragón sería imposible.

—Pero podrían descubrirlos y usar su aliento para matar a quien intente salir o entrar —razonó Taika.

—Sí, eso es cierto. Debemos tener mucho cuidado.

—Entiendo que se usarán de noche —comentó Logar.

—Así es, es lo más seguro. Se sale de noche en un convoy de diez carros tirados por personas.

—¿Desher Tumaini? —preguntó Dafne.

—Sí, claro.

—Podríamos usar a los soldados Felidae —propuso Brendan.

—No es buena idea. Hay que recorrer el desierto durante varios días para llegar al destino. Tiene que ser gente del desierto.

—Sí, tienes razón —asintió Logar.

—¿Los convoyes de provisiones están ya en marcha? —preguntó Brendan.

—Lo están, pero debido a la situación con los dragones estamos siendo todavía más cuidadosos. Por fortuna los dragones no atacan de noche. Parece no gustarles la oscuridad —bromeó Aibin.

—Algo positivo. Si encima vieran de noche ya sería para desquiciarse —comentó Lily.

—Sí, menos mal que alguna debilidad tienen —comentó Dafne.

—Entonces nuestras prioridades son ahora reforzar las dos entradas del norte y conseguir más comida —resumió Dafne.

—Eso es, debemos colaborar como mejor podamos —dijo Aibin.

—Bueno, eso y sobrevivir —añadió Lily.

—El desierto nos ayudará —dijo Aibin.

Dafne arrugó la nariz.

—Vamos a necesitar más que la ayuda del desierto para sobrevivir, me temo.

—Lo lograremos —aseguró Aibin.

La reunión terminó y Dafne se quedó con el sentimiento de que debían hacer algo más si no querían perecer allí, pero no sabía el qué.

Capítulo 3

Lasgol observaba la luna brillante en medio de un firmamento algo encapotado. Su luz plateada alumbraba de forma tímida los grandes acantilados de la costa este. A unas leguas el fuego consumía lo poco que quedaba de la insigne ciudad de Orecor. Sintió pena por la urbe y sus gentes. La muerte y desolación que los dragones habían traído a Tremia era tan desgarradora como habían previsto.

Embarcaba junto a sus compañeros en una pequeña playa de piedras al pie de un alto acantilado.

—Este plan no me convence demasiado —Viggo arrugó la frente mientras miraba a la pequeña embarcación de una vela desde la orilla rocosa.

—No seas merluzo y sube al bote —pidió Ingrid mientras le hacía señas junto al mástil.

—Sube y calla —dijo Nilsa, que estaba junto a Ingrid y colocaba bien la vela.

Viggo refunfuñó por lo bajo.

—Ya lo hemos hablado, esta es la mejor opción ahora mismo —insistió Lasgol.

—La mejor opción es matar a esos tres dragones que hay en la Perla del Este.

—No podemos arriesgarnos a luchar contra tres dragones solo con la ayuda de mi arco y la magia de Camu —explicó Lasgol.

«Peligroso. Tres dragones ser mucho» envió Camu, que estaba detrás de ellos en la orilla junto con los Tauruk-Kapro Turgus, Torkor y Kramek, sus aliados del ejército negro.

—¿Son muy grandes? —preguntó Viggo a los Tauruk-Kapro.

—Nuestros vigías nos han informado de que son tres dragones maduros —confirmó Turgus.

—No son jóvenes, si eso es lo que quieres saber —dijo Torkor.

—Aun así, seguro que nos los cargamos sin problemas.

—No discutas más y sube al bote —dijo Ingrid con tono serio y firme.

Viggo resopló.

—Nunca me hacéis caso —afirmó y, a regañadientes, subió al bote con un grácil salto.

—Cuidad de Camu y la sanadora hasta nuestra vuelta —pidió Lasgol a los jefes Tauruk.

—Descuida, cuidaremos bien de ellos —dijo Kramek.

«¿Seguro que yo no poder ir?» envió Camu y puso cara de estar apenado.

—Me gustaría llevarte —explicó Lasgol—, pero no es buena idea ir a una ciudad desconocida sitiada por dragones con una criatura que se asemeja a ellos.

«Yo más guapo».

—Sí, eso seguro —sonrió Lasgol.

«Y más poderoso. Yo Drakoniano Superior».

—Un día seguro que lo serás. Hoy, por desgracia, no lo eres —Lasgol le insistía en esto porque sabía que Camu era demasiado optimista en cuanto a su poder y capacidades.

Le recordaba a un niño grande que cree que puede con todo hasta que lo intenta y se da de morros contra una pared. Por ello trataba de educarlo como podía.

«Yo saber que no ser buena idea yo ir, pero triste» envió Camu. Su pena era palpable.

—Tranquilo, pronto estaremos de vuelta y necesitaremos de tu ayuda —dijo Gerd mientras colocaba bien las provisiones.

—Aseguraos de correr la voz de que vamos a volver con magia dorada y matar a todos los dragones que se nos crucen por delante

—dijo Viggo a los Tauruk-Kapro.

—Tranquilo, el mensaje ya corre por todo el este. Nos estamos encargando de que todos en el ejército negro lo sepan —informó Turgus.

—¿Estaréis bien? —preguntó Lasgol, que temía que fueran descubiertos y ajusticiados por los dragones.

—Nos envían hacia la ciudad de Yatro, después de la caída de Orecor es la única que queda en la costa este —respondió Torkor.

—Aparte de la isla de York, claro está.

—Gracias por conseguirnos la embarcación y los víveres… y por toda la ayuda —agradeció Lasgol.

—Somos aliados y luchamos en el mismo bando. Contad con nuestra ayuda siempre —dijo Turgus.

—Ahora y hasta que acabemos con los tiranos opresores —se despidió Kramek y levantó el brazo en signo de victoria.

—Lo lograremos —aseguró Gerd desde el bote y también levantó el brazo en signo de victoria.

—Tened mucho cuidado —pidió Edwina.

—No te preocupes, sanadora, nosotros nunca nos metemos en líos —dijo Viggo desde el bote.

—Ya, por eso mismo… —Edwina hizo un gesto sarcástico con la mano.

—¿No podíais habernos conseguido un barco de guerra? No digo una nave de asalto norghana, pero algo que parezca que puede surcar los mares… Esto es un barco de pescadores —comentó Viggo revisando la embarcación de popa a proa.

—Es cuanto hemos encontrado con tan poco tiempo —se disculpó Turgus.

—Los barcos de guerra fueron los primeros en partir —informó Kramek.

—Ya, y han dejado este cascarón de pescar calamares para una huida rauda —el tono con el que lo dijo Viggo fue tan irónico que

provocó una sonrisa en los Tauruk.

—Seguro que con esa boca tan rápida que tienes puedes soplar las velas sin problema —dijo Turgus.

—En un abrir y cerrar de boca habrás cruzado los mares —añadió Torkor.

Nilsa y Gerd soltaron una carcajada. Lasgol sonrió de oreja a oreja.

—Me caen bien estos Tauruk-Kapro —comentó Ingrid con una sonrisa.

—Sí, tú encima anímalos —protestó Viggo.

Navegaron rumbo hacia el este con los ojos muy pendientes del firmamento. No esperaban ser atacados en la mar, ya que los ejércitos de los dragones no disponían de embarcaciones, pero el cielo era una cosa muy distinta. Eran muy conscientes del peligro que podría descender sobre ellos.

—Es una auténtica desgracia… —comentó Nilsa con tristeza mientras observaba las últimas llamas que consumían la gran urbe de Orecor en la distancia, sobre los acantilados.

Gerd se acercó hasta ella y le puso el brazo sobre los hombros para reconfortarla.

—Lo es. Tan espléndida urbe no merecía semejante final. Pensemos que al menos los últimos ciudadanos consiguieron ponerse a salvo antes del ataque final de los dragones.

—¿Estáis seguros de que se salvaron? —preguntó Viggo enarcando una ceja, sentado en la proa de la embarcación.

—¿Por qué preguntas eso? Lo viste con tus propios ojos al igual que nosotros —replicó Nilsa.

—Vimos que los barcos de York se los llevaban, pero eso no significa que se salvaran.

—¿Qué otra cosa puede significar? —preguntó Gerd frunciendo el ceño. Tenía expresión de no entender lo que Viggo quería implicar.

Viggo puso los ojos en blanco.

—¿Tengo que explicaros que York y Orecor han sido ciudades rivales durante siglos? ¿Qué harías tú si una ciudad rival a punto de ser destruida te pide ayuda?

—Si los dragones la fueran a destruir los ayudaría, como ha hecho York —respondió Gerd con tono convencido.

Viggo negó con la cabeza.

—Es que sois más inocentes que un niño de cinco años.

—Que tú seas un malpensado y desconfíes de todo y todos no significa que el resto de la humanidad tenga que ser así —acusó Nilsa.

Viggo se encogió de hombros.

—Ya lo veremos cuando lleguemos a York.

Ingrid miró a Lasgol. En los ojos azules de la rubia guardabosques vio la duda. Él también la sentía. Las palabras de Viggo portaban cierta parte de verdad. Los reinos rivales no perdonaban antiguas rencillas, no de forma fácil. Por otro lado, York había sido castigada igual de fuerte que Orecor y el resto de las ciudades-estado de los territorios del este. Necesitaban soldados y Orecor se los proporcionaba, muy buenos y veteranos. Esperaba que York cumpliera su promesa de asilo.

—Confiemos que cumplan con la palabra dada —dijo Ingrid y su tono, si bien firme, dejó sentir cierta incomodidad.

Cruzaron la distancia que les separaba de York más rápido de lo que Lasgol esperaba. El trayecto se le hizo corto, hacía buen tiempo, el mar estaba en calma y la visibilidad era aceptable.

Distinguieron en la distancia las murallas de la gran isla. No eran tan altas y formidables como las de Orecor, pero lucían impresionantes.

—La isla tiene forma de gran herradura, aunque desde aquí no se distingue —comentó Nilsa—, o eso me han contado.

—Entonces, el puerto estará en la cara interior, porque desde aquí solo se ven el acantilado y la muralla —dijo Gerd, que

observaba con la mano sobre los ojos para protegerlos de la luz del mediodía.

El cielo estaba bastante despejado y los rayos del sol descendían y los acariciaban con bastante intensidad.

—Tiene sentido que tengan el puerto protegido en la parte interior —comentó Ingrid marcando el rumbo a la popa de la embarcación.

—¿Sabemos algo sobre los habitantes de la ciudad? —preguntó Lasgol, que no recordaba gran cosa sobre la isla o sus gentes. Esto no era debido a su problema, sino a que nunca había sabido mucho de esa ciudad estado.

—Me temo que no demasiado —dijo Nilsa—. Por lo que nos han dicho y lo que nos han contado en Norghana, son grandes mercaderes, una ciudad muy próspera con mucho oro proveniente del comercio marítimo.

—Entiendo… Pero nosotros no hemos estado en la isla nunca, ¿verdad? —Lasgol quería asegurarse de que no recordaba porque no había nada que recordar.

—Tranquilo, rarito, no has estado nunca en la isla ni conoces a nadie de ese lugar —dijo Viggo.

—No hemos tenido contacto con nadie de York —dijo Gerd con tono más amable.

—Bueno, a lo mejor sí que conoces a alguien o has estado en la isla, porque no sabemos qué anduviste haciendo el tiempo que pasaste perdido por tu cuenta y a lo loco —apuntó Viggo con socarronería.

—Seguro que no fue a lo loco —dijo Nilsa a Viggo y le lanzó una mirada que él obvió.

—Si tú lo dices…

—Esa parte la recuerdas, ¿verdad, Lasgol? —preguntó Ingrid.

Lasgol asintió y bajó la mirada hacia las aguas que surcaban.

—Recuerdo todo lo sucedido después de despertar en Norghana tras derrotar al dragón inmortal. Lo que no recuerdo es lo anterior.

—Lo imaginaba, pero quería asegurarme por si acaso —dijo Ingrid.

—Con lo rarito que eres tú, cualquier cosa puede sucederte —acusó Viggo y sonrió con acidez.

—No le hagas caso, siempre está así, pero no lo dice en serio —intervino Gerd.

—¡Claro que lo digo en serio! —Viggo miró a Gerd con cara de enfado.

—Calla, merluzo, que todos te conocen a la perfección —regañó Ingrid.

—El rarito no, porque no se acuerda de mí. Déjame disfrutar un poco con él.

—Deja a Lasgol tranquilo, que bastante ha sufrido ya. No necesita que lo atormentes con tu palabrería ácida —ordenó Ingrid.

—Lo dejo tranquilo de momento porque tú me lo pides, mi rubita belicosa amada —Viggo miró a Ingrid a los ojos y pestañeó con fuerza.

—No sé cómo lo aguantas —dijo Nilsa a Ingrid—. Nunca lo he sabido.

—Si te digo la verdad, yo tampoco, así que ya somos dos —le dio la razón Ingrid.

—¡Atención, problemas! —Gerd dio la alarma y señaló al oeste… al cielo.

Capítulo 4

Todos miraron hacia donde Gerd señalaba.

—Eso no es un pájaro, es demasiado grande incluso a esta distancia —observó Viggo.

—¡Dragón! —exclamó Nilsa.

—¡Y marrón, elemental de tierra! —añadió Lasgol.

—¡Preparaos para combatir! —pidió Ingrid, que dio un brinco hacia la popa para asegurar el rumbo de la embarcación.

Gerd se encargó de fijar la vela atándola con fuerza tan rápido como pudo.

Lasgol observó el vuelo del dragón un instante más antes de ir a por su arco. Quizá tuvieran suerte y la bestia solo patrullara la costa sin intención de adentrarse en el mar hacia su posición.

No habían tenido suerte. El dragón se dirigía hacia la isla y los iba a ver en un momento.

—¡Nos va a descubrir! —avisó Nilsa, que ya apuntaba con su arco cargado con una flecha elemental de fuego.

—¡Baja aquí y verás qué guapo te dejo cuando te saque los ojos! —amenazó Viggo sacando sus dos cuchillos de asesino.

El viento del oeste hinchaba la vela y la embarcación iba todo la rápido que podía en un mar calmado, sin embargo, aquella no era una nave veloz y parecía que le costaba una eternidad surcar las aguas. Ingrid lo sabía y aseguró el rumbo en dirección a los acantilados más cercanos, pues no tendrían tiempo de bordear la isla para llegar al puerto en la cara posterior.

—¡Hay que llegar a tierra firme! —urgió a sus compañeros.

Lasgol apuntó con su arco dorado observando el vuelo del dragón con máxima atención. Comenzó a invocar su tabla de precombate y, una por una, sus habilidades mágicas se fueron manifestando con

destellos verdes que le recorrieron el cuerpo. Se dio cuenta de que, en aquella pequeña embarcación, en medio del mar, eran un blanco facilísimo para un dragón y no tenían defensa posible. Los iba a destrozar.

—¡Desciende hacia nosotros! —advirtió Gerd.

—¡Tiramos todos contra sus ojos! —dijo Nilsa.

Ingrid cogió su arco y puso una flecha en él.

—No es el mejor momento para esta confesión, pero no sabéis como he echado de menos un arco en mis manos.

—No te preocupes, mi preciosa rubita, vas a tener ocasión de recuperar tu maestría en un abrir y cerrar de ojos —dijo Viggo y le guiñó un ojo. Luego cogió un arco y puso una flecha en la cuerda antes de apuntar en dirección al dragón, que iba directo hacia ellos.

—¡Atención, lo tenemos encima! —avisó Lasgol.

El dragón descendió desde los cielos para acabar con ellos a una velocidad vertiginosa. Había divisado la embarcación y la suerte del grupo de amigos se había agotado. La criatura rugió como a los dragones les gustaba hacer antes de atacar para asustar a sus víctimas y anunciar la muerte que llegaba.

Los cinco guardabosques norghanos no se inmutaron ante el dragón y su amenaza. Estaban más que curtidos en todo tipo de situaciones de peligro y esta era una más. Apuntaron con sus arcos a la cabeza del dragón mientras medían la distancia que les separaba. Cuando estuviera a trescientos pasos, soltarían. La embarcación seguía su rumbo, con vela y timón fijados. Se movía un poco con el oleaje, pero eran expertos tiradores y ya estaban calculando la compensación y el momento de tiro. Las mil y una experiencias vividas y los innumerables combates en los que habían participado en tierra y mar eran ahora un pozo de conocimiento basado en la propia experiencia.

—¡Cuatrocientos pasos! —gritó Nilsa.

—¡Es un dragón mediano, joven! —identificó Lasgol.

—¡Más rápido caerá! —se animó Viggo.

—¡Preparados para tirar! —dijo Ingrid. En su tono captaron la fuerza y coraje de su capitana y antigua Guardabosques Primera de Norghana.

—¡Trescientos pasos! —midió Nilsa.

—¡Tirad! —ordenó Ingrid.

Lasgol invocó Tiro Certero y Tiro Potente. No quería fallar y necesitaba atinar con fuerza para obligar al dragón a interrumpir su ataque, algo no muy probable. Se produjeron dos destellos verdes y luego uno dorado, cuando envió una buena carga de energía a su arco para que diera poder dorado al tiro.

El dragón abrió la boca en ese momento para lanzar su aliento elemental de tierra sobre la embarcación y sus ocupantes. Descendía en diagonal con las alas extendidas midiendo, al igual que sus rivales, la distancia que les separaba. Buscaba lapidarlos con su potente caudal de piedras, rocas y tierra. Comenzó a enviar el aliento de muerte, pero le quedaban cien pasos hasta la embarcación y golpeó primero el mar. Continuó su pasada y su aliento elemental se acercó al navío, que intentaba huir hacia la isla.

Cinco flechas alcanzaron la cabeza del dragón marrón antes de que su aliento consiguiera llegar a la embarcación. La de Nilsa le dio en el ojo izquierdo, Ingrid también acertó en el mismo ojo, pero en el lateral, no hizo blanco completo como su amiga pelirroja. Viggo y Gerd alcanzaron el ojo derecho, pero tampoco hicieron blanco perfecto, sino que golpearon arriba y algo a la derecha. Lasgol acertó en medio del ojo derecho y la flecha penetró con fuerza tras prender en llamas. Las explosiones de fuego y tierra de las flechas elementales cegaron y molestaron al dragón impidiéndole acertar en la embarcación.

El caudal de rocas y piedras pasó rozándoles sin alcanzarlos. El dragón rugió de dolor y rabia y se elevó a los cielos.

—¡Eso te enseñará, lagartijo! —gritó Viggo.

—Creo que se ha llevado una pequeña y muy desagradable sorpresa —asintió Ingrid.

—Le hemos atizado bien en los ojos, quizá se retire —comentó Nilsa esperanzada, aunque su comentario sonó más a un ruego que a una posibilidad.

—No creo que sea suficiente para que se retire, no está ciego —analizó Lasgol, que observaba cómo el dragón volaba hacia las alturas rugiendo.

—Pues si baja de nuevo lo vamos a dejar como a un topo —expresó Viggo.

—Está virando… —Gerd miró al dragón y luego a la isla—. No vamos a llegar a tierra a tiempo…

—¡Ya viene de nuevo la bestia! ¡Atacamos! —ordenó Ingrid.

Todos levantaron los arcos.

—¡A por los ojos! —gritó Nilsa.

—¡Un lagartijo ciego no vuela mucho! —exclamó Viggo.

Apuntaron según el dragón descendía desde el norte encarando el centro de la embarcación. Esta vez se acercaba por una nueva dirección y con más prudencia. Lo habían sorprendido en el primer ataque, pero no sería así en el segundo. Los dragones eran inteligentes, no simples bestias con instinto asesino.

—¡Nos va a romper la vela y el mástil! —intuyó Gerd.

—¡Abríos a popa y proa, despejad el centro! —ordenó Ingrid.

Lasgol y Viggo se desplazaron a popa con un ágil brinco y Nilsa, Ingrid y Gerd se movieron a proa. Volvieron a levantar los arcos y apuntaron.

El dragón estaba a trescientos pasos, tenían tiempo de alcanzarlo. En ese momento la criatura cambió de estrategia. Con un rugido abrió las alas y frenó en el aire. Giró su cuerpo y continuó el descenso sobre el centro de la embarcación con las garras por delante en lugar de la cabeza.

—¡Viene de garras! —exclamó Nilsa.

—¡Tirad! —ordenó Ingrid.

Los cinco soltaron intentando alcanzar los ojos, pero se encontraron con que las garras y el cuerpo de la bestia iban por delante. Se produjeron las explosiones elementales, pero no fueron suficientes para desviar el ataque del dragón. Lasgol consiguió acertar de nuevo en el ojo derecho gracias a su habilidad Tiro Certero y se lo anuló al quemarlo. El dragón rugió de dolor y rabia, pero no cambió la dirección o forma del ataque.

—¡Apartaos! ¡Va a destrozar el barco! —gritó Ingrid.

—¡Al agua! —exclamó Nilsa.

Se lanzaron al agua desde proa y popa un instante antes de que el dragón impactara con todo el peso de su cuerpo y la inercia del ataque desde el aire. Se produjo un estruendo terrible de madera rota y crujidos horribles al tiempo que una explosión de trozos de madera, vela y astillas salía despedida desde la embarcación en todas direcciones. El dragón tocó el agua con sus garras tras destrozar el navío por completo e intentó elevarse, pero no lo consiguió. Sus patas y cola se incrustaron demasiado en el agua y al intentar elevarse cayó de morros contra el mar golpeándose con tremenda fuerza.

El pequeño navío quedó completamente destrozado. Miles de trozos de madera estaban esparcidos por todas partes. Solo un pedazo de la popa y la proa flotaban como restos de un terrible naufragio.

—¡Nadad a tierra antes de que se recupere! —dijo Ingrid.

—¡Nadad, nadad! —se unió Gerd, que ya daba poderosas brazadas hacia tierra.

Nilsa se puso a nadar de inmediato. Viggo los siguió con aquella agilidad y gracia innatas en él.

Lasgol observó al dragón junto a los restos de la popa y vio las dificultades que tenía para salir del agua. No había calculado bien el ataque y se había sumergido demasiado. Ahora no podía sacar las alas del agua para salir volando. Lo conseguiría, seguro, pero tendría problemas. Esto le dio una idea. Nadó hasta los restos de la popa que aun flotaban y se encaramó a ellos. Consiguió mantener el

equilibrio de pie gracias a su habilidad Agilidad Mejorada, levantó el arco dorado y puso una flecha en la cuerda. Ambos estaban mojados, pero no necesitaba una explosión elemental, sino acertar.

Viggo echó la vista atrás y se dio cuenta de lo que Lasgol hacía.

—¡El rarito está atacando! —avisó a sus compañeros.

Los demás miraron a Lasgol desde el agua. Se mantenía de pie sobre lo poco que quedaba de popa.

—¡Alcancemos tierra e intentemos cubrirle desde allí! —dijo Ingrid.

Nadaron con todo su ser mientras Lasgol ya invocaba sus habilidades Tiro Certero, Tiro Poderoso y Tiro múltiple, concatenándolas.

El dragón sacudió la cabeza y rugió. No había visto a Lasgol e intentaba sacudir las alas para salir del agua volando como una descomunal ave marina.

Lasgol soltó después de sentir los tres destellos verdes y uno dorado. Tres flechas simultáneas surgieron de su arco y alcanzaron al dragón en el ojo izquierdo. Un rugido terrible le aseguró que había hecho blanco. El monstruo pareció perder su aplomo sobre el agua, sacudió las alas de forma extraña y desesperada y comenzó a hundirse.

Esto le dio a Lasgol una oportunidad que no iba a desaprovechar. Volvió a invocar las tres habilidades concatenándolas y envió gran cantidad de energía al arco. Este sería su último tiro, pues los restos sobre los que estaba haciendo equilibrios para no caer al agua se hundían bajo su peso.

El dragón emergió del mar como un pez volador intentando sacar su cuerpo con un gran salto y sacudir sus alas para ganar altura. Lasgol sentía el agua llegar a sus tobillos, se hundía. Debía tirar antes de que el agua llegara al arco.

El dragón se elevó, a excepción de las patas traseras y la cola.

Y Lasgol soltó.

Las tres flechas alcanzaron el ojo izquierdo del dragón y se clavaron con profundidad, cegándolo por completo.

Con un rugido terrible la criatura se elevó sacudiendo sus alas de forma desesperada.

Volaba de forma errática. Ascendió y luego viró a la derecha para a continuación virar a la izquierda. Parecía desorientado y comenzó a perder altura. Rugía desesperado y movía la cabeza hacia todos lados. Voló un poco más y se precipitó de costado al mar dándose un tremendo golpe contra el agua. Se quedó tendido sobre ella.

Comenzó a hundirse.

Lasgol se puso el arco a la espalda y terminó de hundirse también. Luego nadó con rapidez hacia la costa, hacia sus compañeros, que cubrieron su retirada desde una pequeña playa llena de rocas.

—Tranquilo, no te sigue —dijo Gerd ofreciéndole la mano para sacarlo del agua.

Lasgol echó la vista atrás sobre su hombro y vio que el dragón tenía dificultades con las aguas, que comenzaban a ponerse más bravas.

—Gracias —dijo Lasgol y cogió la mano de Gerd.

El grandullón lo sacó del agua de un tirón.

—¿Todos bien? —preguntó mirando a sus compañeros.

—Mojados y con algún rasguño, pero nada importante —informó Ingrid.

—Si querías atacar al dragón me lo podías haber dicho. Necesito más muescas en mi cinturón de matadragones —se quejó Viggo.

—No lo he planeado, ha surgido así —Lasgol se encogió de hombros.

—¿Lo has cegado? Porque va dando tumbos en el agua, cambiando de dirección todo el rato —preguntó Nilsa.

—Sí, es la mejor opción contra ellos y la que siempre intento lograr.

—Funciona mejor de lo que esperaba cuando me lo explicasteis —confesó Ingrid—. Para ser bestias tan grandes y poderosas sus ojos son una debilidad interesante.

—Toda criatura de la naturaleza tiene alguna debilidad, incluso las más feroces —explicó Gerd.

—Pues parece que a los lagartijos voladores tampoco se les da bien nadar —comentó Viggo señalando al dragón, que luchaba por no ahogarse.

—Esto es interesante. No son buenos nadadores —comentó Ingrid haciendo notar aquel descubrimiento.

El dragón intentó salir del agua y volar varias veces más, pero nada más sacar medio cuerpo volvía a caer. Sus movimientos eran desacompasados y violentos. Parecía desesperado y rugía cuando no le entraba agua en la boca.

Finalmente, las profundidades se lo tragaron.

—Pues ya conocemos una forma más de matar lagartijos voladores. Solo hay que herirlos y hacer que caigan al mar —comentó Viggo, satisfecho.

—Sencillísimo… —dijo Nilsa con cara de ironía.

Gerd miró hacia el alto acantilado y la muralla que tenían a sus espaldas.

—Bueno, un viaje nada tranquilo, pero ya hemos llegado a York —anunció.

Todos se dieron la vuelta y observaron las murallas de la ciudad.

—Cierto, aquí estamos —asintió Nilsa.

—Veamos qué nos depara este lugar —comentó Ingrid.

—Será interesante, eso seguro —afirmó Viggo.

Capítulo 5

Lasgol y sus compañeros buscaban la forma de salir de aquella pequeña playa de piedras con altos acantilados que parecían cortados a hacha por un dios de la guerra. Les pareció demasiado peligroso escalarlos y no veían una manera clara de salir de allí.

—Creo que vamos a tener que nadar alrededor de esta isla y su fortaleza —comentó Gerd pensativo.

—¿Y si no encontramos dónde asirnos? Puede que no haya más que acantilados… —Nilsa se rascó la cabeza con expresión de no estar muy convencida.

—Podemos gritar y pedir ayuda, seguro que hay algún guardia sobre esa muralla —expresó Ingrid señalando hacia las almenas sobre el acantilado.

—¡Eeeeeoooooo! ¡Estamos aquí abajo! —gritó Viggo hacia arriba ayudándose de sus dos manos para proyectar la voz.

—No sé yo si te van a oír… —dijo Nilsa.

Viggo lo tomó como un reto y gritó todavía más fuerte.

—¡Estamos aquí! ¡Eeeeeoooooo! ¡Abajo, en la playa!

—Nos va a dejar sordos —se lamentó Gerd y se tapó los oídos.

Lasgol observaba la muralla sobre el acantilado intentando ver si alguna cabeza asomaba. Estaba utilizando su Habilidad Ojo de Halcón, que le permitía ver más que a una persona normal. Distinguió tres cascos metálicos.

—Nos han visto. Puedes dejar de gritar.

—¿Seguro? —preguntó Viggo.

—Sí, distingo tres soldados que miran hacia aquí abajo.

—Por si acaso voy a gritar una vez más. ¡Eeeeeoooooo! ¡Eeeeeoooooo!

Nilsa y Gerd se taparon los oídos e Ingrid suspiró hondo.

Lasgol agradeció que su habilidad Oído de Lechuza no estuviese ya activa y sonrió. Su vociferante compañero era realmente especial, por calificarlo de alguna forma.

Aguardaron un rato seguros de que los habían visto y oído. Eso no tenía por qué significar que fueran a rescatarlos, pero tenían esa esperanza.

—Parece que vienen a recogernos —comentó Gerd señalando con la cabeza a un grupo de soldados que se acercaban en un navío de guerra desde el este. Era un barco grande y de aspecto militar.

Nilsa recogió su arco y carcaj, que estaba secando al sol.

—Estupendo —se animó Viggo—. Esta pequeña playa pierde todo su encanto después de un rato. Y las piedras se me clavan en las posaderas.

—Soldados de York, imagino —comentó Ingrid.

—Recordad, no os fieis —advirtió Viggo.

—Dejemos que nos rescaten y luego ya iremos viendo —respondió Ingrid.

La embarcación llegó frente a la costa. Un oficial, que debía ser el capitán, les hizo señas para que aguardaran. Del navío descendió un pequeño bote de remos y un soldado llegó hasta la playa.

—Gracias por la asistencia —agradeció Ingrid.

El soldado le hizo señas de que no entendía y de que subieran al bote.

Así lo hicieron y el soldado remó hasta el navío. Les ayudaron a subir a bordo y luego izaron el bote. No vieron aptitudes agresivas o amenazantes, por lo que no se pusieron demasiado tensos. Viggo observaba a los soldados con ojos entrecerrados, no se fiaba y estaba preparado para actuar.

Lasgol estudiaba a los soldados de York. Parecían sacados de un desfile por la gloria de los héroes de su reino. Vestían túnicas blancas de muy buena calidad y sobre ellas llevaban una coraza de color oro con cascos, braceras y perneras también de este color. A la cintura llevaban espadas cortas con empuñadura también dorada.

Cuando les daba el sol brillaban de una forma cegadora. Lasgol miró a Ingrid que, como él, estaba estudiando a los soldados. La rubia guardabosques le hizo un gesto indicando que ella también estaba muy sorprendida por aquel atuendo.

—Estos discretos… no son —comentó Viggo entre dientes con disimulo—. Con lo que brillan se les ve a varias leguas de distancia.

—Un poco ostentosos, sí —le dio la razón Nilsa, que entrecerraba los ojos cegada por los destellos dorados que emitían las armaduras.

El capitán se acercó a ellos y les dedicó unas palabras que no entendieron. Así se lo indicaron por gestos. Él los señaló con el dedo índice y luego la isla. Eso lo entendieron. También les hizo gestos sobre el dragón y ellos tirando con flechas contra la bestia. Aplaudió, cosa que interpretaron como que estaba impresionado. Varios soldados que observaban aplaudieron también.

Estaba claro que los de la ciudad habían visto el combate desde algún punto de la muralla sobre los acantilados. Lasgol intuyó que esto podría abrirles la puerta de la ciudad, estaba seguro de que no todos los días un pequeño grupo mataba a un dragón frente a aquellas costas. Parecían impresionados y era probable que los de York quisieran tenerlos entre ellos. Aquel que mataba a un dragón seguro que era más que bien recibido en cualquier ciudad de Tremia.

El capitán les indicó que todo estaba bien y un momento después el navío viraba de regreso a algún punto de la isla. Lasgol agradeció el rescate y sintió ganas de conocer aquella ciudad que había sido capaz de sobrevivir a los ataques de los dragones. Se preguntó cómo lo habrían logrado. Por lo que habían oído se debía en parte a que los dirigentes de la ciudad tenían magos contratados a los que pagaban grandes sumas de oro. Quería descubrir si esto era así y qué tipos de magos eran.

Los llevaron a la proa del navío y les dieron agua, comida y mantas para secarse, cosa que agradecieron. Viggo se mantenía alerta y observaba todo con ojos sospechosos, como era habitual en él. El resto del grupo estaba más tranquilo. Los estaban rescatando del naufragio sufrido y no advirtieron nada raro, aunque eso no

quería decir que no pudieran estar siendo engañados, pero Lasgol dudaba de que así fuera.

El navío rodeó la isla con rapidez y descubrieron que, en efecto, tenía forma de herradura. Entraron en la parte interior de la masa de tierra y descubrieron acantilados altos rodeándola por completo. En lo más profundo de la herradura vieron muelles, pero no escaleras que subieran por los acantilados.

—Esos muelles sin escaleras… ¿cómo vamos a subir hasta arriba? —preguntó Gerd, que observaba los muelles con barcos amarrados.

—¿Y dónde está la gran flota que escapó de Orecor? Aquí hay bastantes barcos, pero no tantos —comentó Nilsa.

—No es buena idea dejar todos tus barcos juntos. Si un dragón elemental de fuego los ataca podría destruirlos en un abrir y cerrar de ojos —comentó Ingrid.

—Los habrán escondido… en la costa… o incluso mar adentro… —razonó Lasgol.

—O han matado a todos los de Orecor y hundido sus barcos —opinó Viggo.

—¿Quieres ser un poco más positivo? —pidió Nilsa.

—Realista es lo que soy, ¡realista!

—Sea como sea pronto lo descubriremos —dijo Ingrid—. Estemos atentos y preparados, no creo que Viggo tenga razón, pero mejor ser prudentes.

Llegaron hasta los muelles y atracaron entre varios navíos de guerra. Estaban muy concurridos, gran cantidad de soldados vigilaban desde el propio muelle y las embarcaciones, pero lo que más había era trabajadores. Vestían túnicas negras y en el torso llevaban bordada la imagen de varias monedas y una palabra que no entendieron. De que eran trabajadores no había duda, ya que portaban cajas, sacos, pellejos con agua y vino, además de armas y comida, desde los muelles hacia los barcos y viceversa. Un grupo menor de civiles vestidos con túnicas de seda blanca y bordados de

oro con la forma de navíos mercantes en el torso daba órdenes a los trabajadores.

—Curiosas vestimentas las de estos trabajadores —comentó Gerd.

—También las de los mercaderes que les dan órdenes —comentó Ingrid—. Deduzco que son mercaderes, porque soldados no son, no llevan armadura.

Lasgol los observó. Las vestimentas de los mercaderes eran de seda de gran calidad y las de los trabajadores de tela también de muy buena calidad. El calzado que llevaban era caro. Se veía que tenían moneda. No le pareció extraño en los comerciantes, pero sí en los trabajadores que, para ser tal, vestían con túnica y calzado de mucha calidad. Esto no era algo normal en Norghana u otros reinos.

—¿Os habéis dado cuenta de que todos los soldados llevan armaduras de oro? Pensé que solo serían los que vinieron a rescatarnos, como si fueran un comité de bienvenida y fueran de gala, pero veo que son todos —comentó Gerd observando a los que hacían guardia en los muelles.

—Muy curioso, sí, grandullón. Las corazas, escudos y lanzas son de oro, eso no lo había visto nunca. Si tienen tanto oro… Aquí nos podemos hacer ricos —sonrió Viggo y sus ojos brillaron.

—Serán de acero y bañados en pintura de color oro —dijo Ingrid —. Es lo más lógico. El oro, además de ser muy caro, no se forja como el acero.

—Aunque sea así, estos son unos ricachones y les gusta mostrarlo. Tendremos oportunidades… —afirmó Viggo y se frotó las manos.

—Déjate de oportunidades —lo frenó Ingrid—. Estamos aquí para algo muy concreto y no es para sacar dinero.

—Siempre hay un momento para llenar el bolsillo si uno es hábil. Uno de mis objetivos es llegar a ser rico y tener un título de noble y tierras. Esta ciudad se me ha cruzado en el camino. Si hay posibilidades, tengo que aprovecharlas.

—¿Tan importante es esta ciudad? —preguntó Lasgol.

—Se dice que es la más rica de todo Tremia, que sus calles están pavimentadas en oro —explicó Nilsa.

—Por el comercio —afirmó Ingrid—. A mí también me suena haber oído historias similares.

—Eso es. De todos los territorios de la costa este, los que forman la Coalición de Ciudades Estado, York es el más rico. Sus gentes son mercaderes natos y sus dirigentes comerciantes extraordinarios —explicó Nilsa.

Ingrid asintió.

—Por lo que he oído controlaban las rutas de comercio entre las ciudades del este y comerciaban con otros grandes reinos como el Imperio Noceano e Irinel.

—Quizá antes de la invasión de los dragones fuera así, ahora lo dudo mucho —comentó Viggo—. Pero si les queda oro y lo quieren gastar en el mejor asesino de Tremia, yo no se lo voy a impedir.

—Ya, tú te presentarás voluntario —dijo Nilsa.

Viggo sonrió y puso las manos juntas como esperando que cayera oro en ellas.

El capitán se les acercó y les explicó con señas que lo siguieran. Cogieron sus cosas y así lo hicieron. Nada más poner un pie en los muelles una docena de soldados se situaron a ambos lados, escoltándolos. A Lasgol no le sorprendió, eran extranjeros armados y, en los tiempos que corrían, toda precaución era poca. El capitán habló con el oficial al cargo de los soldados y después se volvió al navío. El oficial los miró de arriba abajo, estudiándolos. Parecía estar decidiendo si dejarles entrar en la ciudad o no.

Finalmente les hizo una seña para que fueran con él.

Siguieron al oficial hasta el centro del alto acantilado, donde se detuvo a unos quince pasos de la pared y les hizo señas de que aguardaran tras él. Miró hacia arriba, hacia la muralla sobre el acantilado, y luego silbó tres veces en tres ocasiones, con silbidos cortos y siguiendo un ritmo. Lasgol dedujo que aquello era algún

tipo de llamada. Desde la muralla silbaron tres veces en respuesta. Un momento después, sobre la muralla aparecieron tres largos postes de los que colgaba una plataforma de madera que comenzó a descender lentamente.

—Así que esta es la forma en la que suben y bajan en esta isla —comentó Gerd sin perder detalle.

—No sé yo si eso es muy estable —opinó Viggo al ver que la plataforma se balanceaba un poco hacia los lados al colgar de tres cuerdas que pasaban por una gran argolla en la parte superior.

—Supongo que lo tendrán estudiado. Llevarán haciendo esto mucho tiempo —dijo Ingrid.

—Hay mucho pensador con ideas de chorlito —replicó Viggo analizando el descenso de la plataforma con ojos de desconfianza.

Observaron cómo llegaba al suelo. Vieron que tenía cuatro paredes de una vara de altura y una pequeña puerta que no era más que la ausencia de madera en parte de la pared frontal.

El oficial les hizo señas para que entraran.

Lasgol y sus compañeros intercambiaron miradas inciertas. Finalmente, Ingrid se decidió y accedió. El resto la siguieron. Una vez dentro se escucharon silbidos y la plataforma comenzó a elevarse lentamente.

—Vaya, cadenas y poleas, como en la puerta de un castillo —comentó Gerd observando el mecanismo con el que los estaban alzando.

—Las cadenas no son de oro, mira tú —observó Viggo.

—Solo faltaría eso. ¡Menudo despilfarro! —comentó Nilsa—. Hay más de cien varas de altura desde los muelles a la parte superior de la muralla.

Viggo miró hacia arriba.

—Es altillo, sí.

En ese momento las cadenas chirriaron y la plataforma se balanceó, como si hubiera golpeado la pared. Todos se agarraron con fuerza para no perder el equilibrio.

—¡Por las cimas nevadas, que nos tira! —exclamó Viggo.

—¡Agarraos bien! —pidió Ingrid.

La plataforma volvió a estabilizarse tras un momento de vaivenes y continuó subiendo.

—¡Vaya susto! —Nilsa miraba hacia abajo con cara de horror.

—¡Los de arriba, con cuidado! ¡Mercancía frágil y valiosa! —gritó Viggo.

El ascenso de la plataforma continuó un buen rato. Según subían se escucharon más silbidos y de pronto varias plataformas comenzaron a descender hacia los muelles, una a su derecha y otra a su izquierda.

—Parece que sí usan esto mucho —comentó Lasgol, que observaba muy interesado cómo funcionaba aquel sistema.

—Esas dos plataformas pasan demasiado cerca, si se balancean nos van a dar —se quejó Viggo.

—No seas protestón, no nos darán ni, aunque sople un huracán —dijo Ingrid.

Viggo miró hacia las dos plataformas y luego hacia abajo.

—Como me tiren me lanzo al agua de cabeza.

—¿Crees que librarás los barcos? Hay muchos —preguntó Nilsa con una sonrisa sarcástica.

—Donde pongo el ojo, pongo la cabeza —Viggo hizo gesto de tirarse de cabeza desde la plataforma.

Gerd y Lasgol sonrieron la ocurrencia. Ingrid y Nilsa negaron con la cabeza.

Consiguieron llegar hasta arriba sin más balanceos o tropiezos. La almena de la muralla estaba preparada para la carga y descarga de material, personas y mercancías desde las plataformas. Había estructuras de madera y piedra además de grúas de poleas a lo largo de toda la muralla que daba hacia los muelles, abajo. Al igual que en estos, descubrieron multitud de trabajadores vistiendo sus túnicas negras y mercaderes dando instrucciones a lo largo de las

almenas. Los soldados solo vigilaban la zona como figuras estoicas que refulgían al sol.

Un nuevo oficial se acercó hasta ellos con una veintena de soldados. Los esperaban. Les indicó con señas que fueran con él y así lo hicieron. Viggo echó una última mirada hacia los muelles, abajo. Puso cara de que la altura era demasiada y se volvió.

Lasgol intentó ver cómo era la ciudad desde la muralla, pero había tantas personas trabajando que formaban una barrera casi infranqueable. Tendría que esperar a bajar de allí. Lo que sí discernió fue multitud de destellos dorados que procedían de abajo, como si estuvieran sobre una ciudad que destellaba en tonalidades doradas. Esto lo sosegó. El color dorado era el que abatía dragones, el que les permitía estar a salvo de aquellas malvadas criaturas.

Capítulo 6

Entraron en la ciudad descendiendo por la muralla este, que daba al puerto, y bajaron por rampas de piedra preparadas para el transporte de mercancías. Según descendían se cruzaron con caravanas de burros y mulas que ascendían de forma ordenada cargando mercancías en sus lomos o tirando de carros llenos de cajas y sacos. En el suelo estaba bien marcado por dónde debían subir unos y bajar otros de forma que no se estorbaran. El flujo hasta las almenas de la ciudad era ordenado y continuo.

Al bajar por las rampas había tanto tránsito que no pudieron apreciar la ciudad más allá de que refulgía en colores blanco y oro. Lo que vieron al pisar las calles los dejó anonadados.

—No puede ser… —expresó Nilsa con la boca abierta.

—Las calles… son de oro… —Gerd observaba las avenidas que se abrían frente a ellos y no podía creer lo que veía.

Viggo se agachó y sacó un cuchillo para raspar el suelo.

—Ahora sabremos si es oro. No pueden estar tan locos.

—No solo las calles, mirad las fachadas y los tejados de los edificios… —Ingrid señaló hacia las casas a su derecha.

Lasgol estaba pasmado, todos los tejados que todavía sobrevivían eran de oro. Las casas eran de un blanco brillante y tenían puertas, ventanas y tejados también dorados. Era increíble.

—Ni siquiera parece que les hayan afectado demasiado los ataques de los dragones. Hay desperfectos en varias zonas, pero todo brilla como si fuera nuevo.

—Es una ciudad increíble —expresó Gerd, que miraba a todos lados con ojos enormes.

—Es pintura, pero sí, tiene algo de oro en polvo. Los muy ricachones han pintado calles y edificios con polvo de oro —Viggo

estaba tan sorprendido que se quedó mirando a todos partes con ojos de que se quería llevarse tejados, ventanas y puertas con él.

El capitán y los soldados que los acompañaban se detuvieron al ver que no avanzaban intentando comprender cómo era aquello posible y salir de su enorme asombro.

—Siempre pensé que era una exageración lo de las calles de oro —comentó Nilsa.

—Pues parece que no lo es del todo —dijo Gerd, que también se agachó a tocar el empedrado bajo sus pies.

El capitán aguardó con paciencia, estaba claro que no era la primera vez que el oficial veía la sorpresa que la ciudad causaba en los extranjeros recién llegados. Tras un momento les hizo señas para continuar.

Cruzaron los primeros barrios de la ciudad y vieron que algunas partes estaban castigadas por los ataques de los dragones. Las vías, edificios, fuentes, estatuas y parques habían sufrido daños. Sin embargo, otras zonas parecían intactas y brillaban con el resplandor de la riqueza y la ostentación.

Viggo no podía evitar que una sonrisa de satisfacción le curvara los labios.

—Este lugar me va a gustar mucho. Lo presiento… —dijo a sus compañeros pasando la mano por el pomo de una puerta de oro macizo.

Pasaron junto a una fuente cuya parte superior era una punta de lanza también de oro e Ingrid tuvo que sujetar del brazo a Viggo, que quería subirse a ella y arrancar la lanza para llevársela.

Llegaron a una gran plaza de forma circular en la que había varias estatuas, pero no eran de soldados y héroes militares, como en Orecor, sino de mercaderes y comerciantes. Vestían túnicas y en las manos tenían cestos llenos de oro y libros, también dorados.

—Me llevaré uno de esos cestos. Están llenos de monedas de oro de verdad —Viggo señalaba a la estatua más cercana.

—No te vas a llevar nada —dijo Ingrid.

—¡Pero si está ahí a la vista para que lo coja cualquiera! —protestó Viggo e hizo ademán de ir hacia la estatua.

—¿No ves que nadie coge nada? —dijo Nilsa.

—¡Porque son unos tontuelos! Si se puede coger, se coge, es como una manzana en un árbol —se justificó Viggo.

—No lo creo. Si no lo cogen será porque no está permitido —corrigió Gerd.

—Y no es como coger una manzana de un árbol —replicó Ingrid.

—¡Que no les va a importar! ¡Que hay oro por todos lados! —Viggo señaló las casas alrededor de la plaza—. No coger este oro seguro que lo interpretan como un insulto.

—Sí, seguro. Quietas las manos que eres muy rápido con ellas —ordenó Ingrid.

Lasgol no podía culpar a Viggo. La verdad era que había oro por todas partes y no en cofres cerrados y protegidos, sino usado como adorno para edificios y parques. Le pareció un despilfarro enorme. Con el oro de aquellas estatuas podría comprarse infinidad de comida en otros reinos y alimentar a los necesitados. Esa era otra cosa que parecía no haber en aquella ciudad, no se veía ningún mendigo por ningún lado. Había trabajadores con túnicas negras y comerciantes y mercaderes con blancas, aparte de los soldados, pero no se apreciaba pobreza. Tenía sentido ya que, si eran tan ricos, no debería haber personas pobres en la ciudad. Para eso los gobernantes debían ser justos, cosa que Lasgol sabía que casi nunca solía ser.

El oficial les indicó que continuaran y pronto entraron en un cuadrante de la ciudad que no tenía casas sino barracones y edificios militares. Eran rectangulares, grandes y altos, con capacidad para albergar a miles de soldados. Estaban pintados de plata y tenían adornos en oro en la base y la parte superior. No tenían tejados, sino grandes terrazas donde se podía a ver a cientos de arqueros preparados. Todos los edificios habían sufrido el ataque de los dragones y tenían desperfectos importantes. Dos se habían derrumbado y se veía a trabajadores despejando la zona.

Según cruzaban vieron a grupos de soldados entrenando en las plazas adyacentes a los edificios. Cada uno tenía una plaza en frente y otra detrás y había soldados ejercitándose.

—Mirad, esos son soldados de Orecor —señaló Ingrid al reconocerlos.

—Sí, cierto. Están entrenando junto con los de York —se dio cuenta Gerd.

—No sé cómo entrenan, deben estar ciegos ya con tanto resplandor—opinó Viggo.

—¿No decías que los iban a encerrar o matar? —acusó Nilsa.

—Andarán necesitados de refuerzos los soldaditos de oro estos y por eso no van contra sus rivales de antaño.

—Es lo más probable después de combatir a dragones durante todo este tiempo —razonó Ingrid.

—Que no haya pasado esta vez no quiere decir que no tenga razón —Viggo se mantuvo firme en sus creencias.

—Ya, tú siempre tienes razón, lo sabemos —dijo Nilsa con mucha ironía.

Viggo asintió.

—Por supuesto que la tengo.

Otro grupo de soldados de Orecor pasó frente a ellos con paso militar, eran arqueros. Detrás iban más soldados, estos de York. Entraron en uno de los edificios que tenía dos fachadas muy castigadas, pero que todavía aguantaba. Parecían dirigirse a las terrazas del tejado.

—Ver que los de Orecor parecen estar bien y se han unido a los de York me tranquiliza y me agrada —comentó Gerd.

—Sí, a mí también —opinó Lasgol—. La necesidad une. Las rivalidades y envidias desaparecen en tiempos de grandes penurias.

—Espero que así sea en todos los reinos de Tremia —comentó Gerd.

—En los pocos que aún no han caído —puntualizó Nilsa.

—Todos los reinos deben unirse y luchar juntos contra los dragones —dijo Ingrid.

—Incluidos nuestros aliados de su mundo —dijo Lasgol.

—De esos no me fiaría yo mucho… —comenzó a decir Viggo.

—Nos fiamos de todos los que se unan contra los dragones —cortó Ingrid—. Así debe ser.

Cruzaron los edificios militares y llegaron a un palacio. La parte frontal había sufrido cuantiosos daños y parecía impracticable. El oficial los llevó a la parte trasera, que aún se mantenía en pie y estaba muy bien mantenida. El palacio estaba rodeado de soldados de York de guardia, por lo que supusieron que allí estarían los líderes de la ciudad.

Entraron en el palacio y de inmediato vieron que era de un esplendor impresionante. Tuvieron que protegerse los ojos del destello de las paredes, que estaban pintadas de oro. Las cortinas de las ventanas eran de seda blanca y las alfombras, sillones y sillas eran de blanco y oro. Toda la decoración era muy recargada y ostentosa. Jarras, candelabros, cuadros… todo parecía ser de un valor incalculable.

Viggo miraba todo con grandes ojos que brillaban al encontrarse con los reflejos del oro. Su sonrisa era de avaricia.

—Ni se te ocurra coger nada —advirtió Ingrid.

El oficial les indicó que aguardaran y la escolta se quedó con ellos en la estancia mientras él marchaba.

—Esto es más que excesivo, ¿no os parece? —comentó Gerd, que observaba la habitación y su suntuosa decoración.

—Demasiado recargado para mi gusto —expresó Nilsa con una sonrisita, que también observaba la estancia y su desbordante decoración.

—Para nada, a mí me encanta. Cuando sea rico y noble, tendré un castillo decorado así, todo de oro y plata. ¡Y muchas sedas, eso también! —expresó Viggo.

—Pues conmigo no vivirás —replicó Ingrid.

Viggo la miró con ojos de gato triste.

—Mi preciosa rubita pendenciera, por supuesto que viviremos juntos en mi castillo dorado rodeados de oro.

—Ya te puedes ir quitando ese sueño de la cabeza, esto es de una ostentación inaguantable. Me duelen los ojos solo de mirar.

—Podemos tener algo menos de oro en las paredes, pero lo demás está muy bien…

—Viggo, no seas merluzo. Somos norghanos, nuestra decoración es fría y escasa.

—Sí, pues por eso… Uno puede soñar… —Viggo pestañeó con fuerza mirando a Ingrid.

La rubia guardabosques negó tajante con la cabeza.

Viggo suspiró.

—Menos decoración, apuntado —dijo e hizo como que lo anotaba en un cuaderno.

Gerd y Nilsa sonrieron. Lasgol estaba interesado en los sonidos que captaba gracias a su habilidad Oído de Lechuza, que provenían de debajo del suelo. Por si acaso había vuelto a realizar su tabla de pre combate. No es que desconfiara de las intenciones de los de York, pero Viggo tenía algo de razón. Uno debía ser siempre precavido y estar preparado para lo peor.

—Creo que están bajo tierra —indicó al resto.

Los demás guardaron silencio y escucharon.

Un momento más tarde tres figuras entraron en la estancia precedidas por el oficial que los había llevado allí. El capitán hizo una seña en ademán de presentación. El más anciano de las tres figuras habló:

—Soy Hitzazi, traductor de lenguas e intérprete de mi señor Urrejaun —se presentó a sí mismo y a su señor, al que identificó con una reverencia.

—Bienvenidos a York —dijo Urrejaun e Hitzazi tradujo—. Soy el líder y regente de la ciudad en estos tiempos tan turbulentos que

corremos.

El dirigente vestía una túnica de seda blanca muy elegante de fina confección con ribetes de oro. En el torso llevaba bordadas dos manos de las que caían monedas de oro y sobre ellas se podía apreciar un ave similar a un águila.

—Perdonad que os haya hecho esperar. Debido a los ataques de los dragones ahora pasamos gran parte del tiempo en los sótanos. Es más seguro —se disculpó señalando al suelo.

—Lo entendemos, son los tiempos que corren. Gracias por rescatarnos —dijo Ingrid y realizó una reverencia.

—Es lo menos que podía hacer. Habéis matado a un dragón en alta mar, eso al menos me han dicho mis vigías. Es cierto, ¿verdad?

—Lo es. Nos atacó y lo hemos matado, pero destruyó nuestra embarcación —Ingrid asintió.

—Es toda una proeza matar a un dragón, y más un grupo tan pequeño de guerreros y en medio del mar nada menos. Es impresionante…

—Necesitamos entender cómo lo habéis logrado —dijo la otra figura, que vestía una túnica de seda azul marina con bordados en oro.

—Perdonad a Magures, ni se ha presentado de lo interesado que está en lo ocurrido —dijo Urrejaun.

—Oh, sí, disculpad. Soy Magures, Mago Primero de la ciudad. Estoy a cargo de todos los magos y me interesa sobremanera saber cómo habéis matado al dragón, que sin duda ha sido con magia.

—Bueno, se les puede cegar y que mueran así —intervino Viggo.

—Cierto, eso es posible, si bien no es algo fácil de lograr. ¿Ha sido así? —preguntó Magures.

—Sí, y no… —dijo Viggo y lo dejó así.

—Veo que sois reservados. Es natural que seáis prudentes, estáis en una nueva tierra y no nos conocéis —comentó Urrejaun con tono comprensivo.

—Sí, es normal que se desconfíe —asintió Magures.

—Solo decidnos de momento si es verdad que matasteis al dragón usando magia —preguntó Urrejaun.

Ingrid miró a Lasgol y le cedió la respuesta. Podían disimular, pero tampoco conseguirían nada y podrían enemistar a quienes los habían rescatado y dado cobijo. Mejor no hacerlo. Lasgol lo pensó un momento más y respondió.

—Hemos cegado y matado al dragón usando flechas especiales norghanas y mi magia junto con la de este arco —Lasgol señaló a su espalda, donde colgaba el Arco de Aodh.

—Muy interesante —comentó Magures cuyos ojos brillaron—. No pareces un mago.

—No lo soy, no en la forma tradicional, aunque sí he sido instruido por un gran mago.

—Oh, entiendo. Pero pareces un guerrero.

—Porque es lo que soy. Soy un guardabosques norghano. Todos nosotros los somos. Yo, además, tengo magia.

—Sabemos de los guardabosques norghanos. Vuestra buena fama os precede —dijo Urrejaun.

—¿Qué tipo de magia tienes? —preguntó Magures a Lasgol.

—Mi magia es esencialmente magia de naturaleza.

—Oh, interesante, ¿Similar a la de los druidas?

—Sí, similar, pero creo que también con algunas diferencias.

—Entre mis magos los hay de diferentes tipos de magia, ¿verdad? —preguntó Urrejaun a Magures.

Este asintió con la cabeza.

—Tenemos magia de agua, de fuego, de sangre, de maldiciones, de espíritu y de fuerza, y un druida…

—Esos son muchos tipos de magia —dijo Ingrid con tono de estar impresionada.

—Todos son poco para luchar contra los dragones —se lamentó Magures.

—Sois muy afortunados de tener tantos magos cuando son tan escasos, y más en tiempos de guerra —dijo Viggo enarcando una ceja.

Urrejaun sonrió. Entendió la velada intención del comentario de Viggo.

—El oro es un gran persuasor. Nuestra ciudad es rica, como habéis podido observar. Nuestras arcas están llenas de oro gracias al muy lucrativo comercio. Lo han estado durante siglos. Cierto es que en los últimos tiempos se han resentido y hemos gastado enormes cantidades de oro para poder sobrevivir a los dragones cuando no disponemos de un gran ejército ni muchos magos.

—Los habéis comprado —dedujo Viggo.

—Los hemos reclutado y les pagamos generosas cantidades, tanto a los soldados que defienden la ciudad como a los magos. En especial a estos últimos pues sin ellos ya estaríamos todos muertos y la ciudad arrasada. La magia es lo que nos defiende de los ataques de los dragones.

—Debe de ser bonito disponer de tanto oro cuando otros reinos han sucumbido por no tenerlo —sonrió Viggo con sarcasmo.

—Esta es una ciudad de comerciantes y siempre lo ha sido. El comercio bien realizado y gestionado genera grandes riquezas. Nosotros somos expertos en este arte. Aquí comerciar es en efecto un arte y se estudia y se practica hasta lograr beneficios sostenidos. Así hemos sobrevivido hasta ahora, no entrenando soldados como nuestros reinos vecinos. Ellos han caído y nosotros seguimos en pie, así que creo que nuestro enfoque era el apropiado —rebatió Urrejaun y sonrió triunfal.

—Sin duda los resultados así lo demuestran —concedió Ingrid.

—Los magos fueron reclutados por la ciudad al inicio de la invasión de los dragones —explicó Magures—. Ninguno de ellos se arrepiente, eso os lo puedo asegurar. Y no es solo por el oro. Saben que sirviendo a otro reino estarían ya muertos.

—Fueron listos, sí —Viggo le tuvo que dar la razón—. Ahora tenéis un mago más, uno de magia dorada —afirmó con tono acusador y miró a Urrejaun.

Magures y Urrejaun intercambiaron una mirada.

El líder de la ciudad tomó la palabra tras un momento.

—Lo tenemos, sí. Es un secreto que queremos que se mantenga. ¿Cómo lo sabéis?

—Lo conocemos. Es amigo nuestro y hemos venido a verlo —explicó Ingrid.

—Vaya, eso es todavía más interesante —dijo Magures.

—Ayudamos a Dameros, Aquasmares y los otros a salir de la ciudad para llegar aquí —explicó Lasgol.

—Dameros nos ha contado lo sucedido. Imaginé que eráis vosotros, sobre todo por haber matado a un dragón frente a mis costas. Me alegro de que hayáis logrado salir de Orecor con vida. Dameros no estaba seguro.

—Seguimos con vida y preparados para luchar —aseguró Ingrid.

—Confío que contra los dragones y no contra el pueblo de York— dijo Urrejaun.

—Esperamos ser aliados del pueblo de York —aseguró Ingrid con tono firme.

—Todos los que luchan contra los dragones son aliados de nuestro pueblo. Podéis consideraros a salvo y entre amigos —Urrejaun abrió los brazos en gesto de amistad.

—Aceptamos esa amistad y haremos cuanto podamos por ayudar a esta ciudad —aseguró Ingrid.

Lasgol sabía que aquel ofrecimiento era bueno. Necesitaban aliados y ayuda, lo que no sabía era si Urrejaun les permitiría acceder a Dameros y su magia. Era un bien preciadísimo y el líder de la ciudad era muy consciente de ello.

Lasgol lo observó y luego a su Mago Primero. Tuvo la sensación de que serían muy protectores con su nueva adquisición, aunque era

normal pues podría salvar la ciudad y miles de vidas en aquella isla. Tendrían que esperar y ver si les permitían acceso al mago y cuánto.

Capítulo 7

Sobre una torre de la fortaleza de Jafarika, Nahia y Eki aguardaban a que les trajeran a tres prisioneros que tenían que interrogar. El general Iama-Area-Urdin les había dicho que les proporcionarían inteligencia sobre la situación.

«¿Te he hablado alguna vez de mi escuadra?» envió Nahia a Eki.

«¿De la Escuadra Ígnea del Escuadrón Rojo de tu promoción?».

«Sí, de ellos».

«Algo, pero no demasiado. Por el vínculo que nos une puedo captar que significan mucho para ti».

«Significan más que mucho. Si estoy hoy aquí viva y contigo, es en gran parte gracias a ellos. Pero además de eso, los llevo aquí» Nahia se golpeó el corazón con el puño.

«Me alegra que compartas cosas personales conmigo, refuerza nuestro vínculo y demuestra que confías en mí».

«Sí, cierto…».

«¿Pero…?».

«Podríamos encontrarnos con ellos aquí…».

Eki lo meditó un instante.

«Oh, ya entiendo, no quieres que les suceda nada malo».

«Eso es».

«Entiendo que si ese es tu temor es porque están con los rebeldes».

«Es muy posible, sí. Quizá me equivoque y no sea así, pero si nos encontramos con ellos no quiero que les suceda nada».

«Ese deseo tuyo, por lógico que pueda parecerte, nos pone en peligro a los dos. Si el general descubre que no cumplimos nuestro deber nos ejecutará».

«Sé que lo que te pido es mucho y que no tienes por qué hacerlo, pero te aseguro que mi escuadra y mi escuadrón pueden ayudar a conseguir la liberación de Aroa y Logan».

«No deseo ir en contra de tus compañeros y amigos, pero ahora mismo, si están con los rebeldes, son nuestros enemigos. Mejor que lo veas así porque si no cumplimos con esta misión y morimos, también morirán Aroa y Logan».

«A veces odio que seas tan inteligente».

«¿Porque le doy la vuelta a tus argumentos?».

«Sí, por eso».

«Quizá deberías razonarlos mejor, entonces».

«No vamos a atacar a mi escuadrón ni vamos a permitir que los maten» envió Nahia convencida.

«Eso es muy peligroso para nosotros… demasiado. Lo siento, no dejaré que Aroa muera por tu escuadrón».

Nahia resopló. Había perdido la discusión. De todas formas, era una que debía tener con Eki, pues si no estaba equivocada, su escuadra estaba en aquellos momentos bajo las rocas rojas, cerca de allí. Eki no quería colaborar y entendía su punto de vista, pero tenía que avisarle porque si se encontraban con ellos no quería que los atacara o ayudara a que los mataran.

«Bueno, tenía que decírtelo».

«Y yo agradezco que me lo hayas dicho, aunque no comparta tu punto de vista».

«Nunca compartiremos el mismo punto de vista porque yo soy una esclava y tú un amo».

Eki echó la cabeza hacia atrás, solo un poco, pero lo hizo. La respuesta le había dolido, Nahia lo captaba por el vínculo que compartían.

«No mientras eso siga siendo así» envió Nahia para intentar suavizar la situación.

Una docena de soldados Felidae del rey dragón marrón trajeron a tres prisioneros, Felidae también. Los pusieron de rodillas ante Eki y Nahia.

Llevaban cadenas y habían sido maltratados. Les habían golpeado con saña. Un momento más tarde llegó volando el capitán Zuri-Bigar-Des, que estaba a cargo de la ciudad.

«Los prisioneros que queríais interrogar» envió tomando tierra a su lado.

Nahia observó al gran dragón blanco. Tenía ojos crueles y las vetas negras que recorrían sus costados indicaban que tenía algo de magia de oscuridad.

«Gracias, capitán» envió Eki.

Nahia y Eki habían acordado que ella enviaría las preguntas y él las haría. Al capitán no le haría gracia que una jinete llevara el interrogatorio, debía ser su señor dragón. Eki también prefería conducir el interrogatorio para no correr riesgos, así que lo vio bien.

«Vosotros tres estabais aquí y presenciasteis lo que sucedió. ¿Es así?» preguntó Eki.

Los tres Felidae asintieron sin levantar la cabeza. Miraban al suelo y estaban muertos de miedo.

«¿Es cierto que diez mil guerreros Desher Tumaini de ojos rubí se presentaron ante las puertas de la ciudad?».

Los tres asintieron.

«Se dice que los lideraban unos humanos. ¿Eran Desher Tumaini?».

Los tres negaron con la cabeza.

«También se dice que un escuadrón de brujos de dragón acompañaba a los líderes».

Los prisioneros asintieron.

Nahia tenía la confirmación que buscaba. Aquel era su escuadrón y los humanos eran Lasgol y sus compañeros, no podían ser otros.

«Se habla de tres cabezas de dragón. ¿Las visteis?».

Los tres asintieron.

Nahia sintió por el vínculo con Eki que al dragón plateado aquello le había sentado muy mal. No aprobaba la muerte de dragones.

«¿Presenciasteis la muerte de los dragones?».

Ninguno habló. Tenían miedo.

«Hablad. Tenéis mi permiso para dirigiros a mí, nada os sucederá. Os estoy preguntando de forma directa. Responded con tranquilidad» aseguró Eki.

—Solo de uno… aquí, en la ciudad… —respondió el prisionero, que tenía un ojo completamente cerrado por la hinchazón tras los golpes recibidos. Era un Felidae pantera negra.

«¿Cómo murió?».

—Redes… lanzaron redes a sus alas. Cuando se estrelló los humanos de piel blanca… lo mataron con un arma que brillaba… de oro —dijo otro de los prisioneros, al que habían abierto una fea brecha en la cabeza.

Era un Felidae tigre.

«¿Qué arma?».

—Creo que era un arco…

«Mienten. Ningún arma, y menos un arco, puede herirnos» envió el capitán junto a un fuerte sentimiento de rabia.

Nahia sabía que era Lasgol y su arco dorado. Le hubiera gustado decirle a aquel pomposo capitán que estaba totalmente equivocado, pero con ello no hubiera conseguido nada. Además, cuanto menos supieran los dragones de las armas doradas, mejor. Así podrían sorprenderlos una y otra vez.

«No descartemos la posibilidad. Has dicho que el arma brillaba como si fuera de oro. ¿Correcto?».

—Era de ese color… luego se produjeron destellos dorados fuertes.

«¿Cómo los viste?».

—Estaba en la almena sobre la puerta. Todos los vimos…

«¿Lo visteis vosotros también?».

—Yo… sí… brillos fuertes… —dijo el del ojo cerrado.

—De oro… —añadió el tercero, que no había dicho nada hasta entonces y tenía la mandíbula muy dañada. Era un Felidae guepardo.

«Quizá no fuera un arco, tal vez fuera magia dorada la que se empleó» envió Eki después de oír los testimonios de los prisioneros.

«Eso tendría más sentido, pero aquí no hay magos de magia dorada. No hemos visto ninguno desde que invadimos y tampoco los detectaron los dragones que llegaron primero a este mundo a explorar y establecer el nivel de riesgo que la campaña tendría».

«¿Estáis seguros de que el arma que se utilizó era dorada?» preguntó Eki a los prisioneros.

Los tres asintieron.

«En mi opinión estamos ante un caso de un ataque con arma o magia dorada. De otra forma los humanos no podrían haber matado a tres dragones» estableció Eki.

«Eran humanos, no magos, y no podían tener su maldita magia dorada» rebatió el capitán.

«Se me ocurren muchas posibilidades a ese respecto…» comentó Eki y se quedó pensativo.

«¿No pensarás que un Dorado ha hecho esto?» envió el capitán junto a un sentimiento de confusión.

A Nahia no le gustaba por dónde iba la conversación, así que decidió cortarla.

«Eki, no sigas por ahí. Deja la magia dorada y a los Dorados fuera de esto».

«¿Por qué? Es la explicación más plausible dada la situación, aunque cierto es que no se ha visto un Dorado en Drameia en generaciones».

«Por eso mismo. Es una idea descabellada. Déjala estar».

«Y, sin embargo, por nuestro vínculo capto que estás preocupada, que me acerco a la verdad…».

«Eki, déjalo estar. Dile que es una suposición absurda».

«Pero no lo creo así, es más, viendo tu reacción creo que no voy muy desencaminado».

«Si quieres salvar a Aroa deja a las Dorados y la magia dorada en paz» envió Nahia con un sentimiento de advertencia.

«Ya veo… Harías bien en confiar en mí y contarme lo que sabes».

«Y tú harías aún mejor confiando en mí y lo que sé».

«Sin decírmelo, quieres decir».

«En efecto. Nuestros intereses no corren precisamente en paralelo».

Eki miró a los prisioneros y luego al capitán. Nahia agradeció estar montada a su espalda porque si no la mirada que le iba a echar la atravesaría como dos relámpagos.

«Bien pensado, mi suposición es un tanto descabellada, sí. El capitán tiene razón, no se ha detectado presencia de ningún Dorado ni de su magia en Drameia. Tuvo que ser otra cosa».

El capitán levantó la cabeza, muy orgulloso.

«Gracias por reconocerlo» agradeció.

«Entonces, ¿qué sospecha el capitán sobre la forma en la que murió el dragón frente a la ciudad?».

«Le sometieron las alas con redes. Debió romperse el cuello al estrellarse de cabeza».

Eki asintió varias veces.

«Esa suposición es buena. Un dragón puede romperse el cuello si el impacto es lo suficientemente grande, y quedaría con el cuerpo inutilizado, pero vivo».

«Sin tener control del cuerpo, los humanos habrían podido matarlo atacando una cabeza indefensa».

«Indefensa no queda, sigue pudiendo usar magia».

«Debieron matarlo antes de poder usarla atacando la boca y la garganta».

Eki lo razonó.

Nahia sabía que Eki no se tragaba aquella hipótesis y temía su respuesta.

«Sí, es posible» Eki le siguió la corriente al capitán.

Nahia captaba ahora por el vínculo que Eki no creía que aquello hubiera sucedido. Era plausible, pero no la verdad.

«Pregúntales por qué se quedaron en la ciudad con los noceanos. ¿Por qué no huyeron a las Montañas de Sangre con el resto de Felidae?» pidió Nahia a Eki.

«No es muy relevante para la investigación» respondió Eki.

«Ya, es que quiero saberlo. Me intriga».

Eki suspiró.

«¿Por qué no huisteis con el resto?».

«Estos cobardes se quedaron a esperar nuestro regreso en lugar de hacer frente a los que se rebelaban» intervino el capitán.

«¿Cuántos se quedaron?».

«Un par de docenas. Los tenemos en los calabozos, los hemos estado interrogando» explicó el capitán.

«Que respondan ellos» pidió Nahia a Eki.

«Responded, prisioneros» ordenó Eki.

—Nosotros… somos fieles a nuestros señores dragones… —explicó la pantera.

—No traicionamos a nuestros señores —dijo el guepardo.

«¡Sois traidores de igual manera por no haber muerto deteniendo a los rebeldes!» envió el capitán muy enfadado.

Los tres prisioneros bajaron todavía más la cabeza.

«Capitán, que a los prisioneros no los torturen más. Necesito poder interrogarlos y si llegan en mal estado o mueren no me sirven de nada» envió Eki junto a un sentimiento de frustración.

Nahia se dio cuenta de que Eki no estaba diciendo toda la verdad. No quería que siguieran torturándoles. Una vez más, Nahia pudo constatar que Eki tenía buen corazón, cosa que la sorprendía siempre, pues a fin de cuentas era un dragón como aquel desalmado capitán.

«Intentaré que os sean de utilidad, pero hay alguno que no ha colaborado y no ha sobrevivido».

Nahia captó la rabia y frustración de Eki y cómo las controlaba. Eso tenía mucho mérito, a ella controlar emociones fuertes se le daba fatal.

«Gracias, capitán».

Nahia tuvo una idea.

«Pregúntale por el estado de la ciudad y los planes del general».

Eki observó la ciudad un momento, reflexionando.

«Veo que la ciudad está bajo control y los rebeldes bajo las montañas rojas también. ¿Qué planes tiene el general?».

«Nuestro líder marchará hacia el oeste en breve. Las ciudades noceanas se resisten a caer. Hay órdenes de centrar los esfuerzos en la conquista de las ciudades del oeste del desierto».

«¿Por alguna razón en especial?».

«Es donde los noceanos son más fuertes y donde se encuentra su emperador, que cambia de ciudad continuamente».

«Entiendo. Una vez conquistado el oeste de los desiertos y muerto el emperador, caerá el este».

«Ese es el plan. Desconozco el detalle. Mi misión es tener esta ciudad controlada y eso pienso hacer».

«Por supuesto, capitán».

«¿Necesitas algo más, dragón raudo?».

Eki lo meditó.

«Quisiera ver los cadáveres de los tres dragones. Necesito entender cómo los mataron. Uno se rompió el cuello, pero… ¿qué les sucedió a los otros dos?».

«¿Por qué es necesario saber cómo murieron? Están muertos, es lo relevante» el capitán hizo un gesto de no entenderlo.

«Porque yo no quiero terminar así… y puede pasar en cualquier momento, como les pasó a ellos» la respuesta de Eki fue certera y rápida.

El capitán se quedó descolocado, pues implicaba que él también podría morir en cualquier momento.

«Sí… cierto… Os llevaré hasta los cadáveres, los hemos enterrado en la arena al norte de la ciudad».

«Gracias. Necesitaremos que los desentierren por completo. Habrá indicios importantes en esos cuerpos» envió Eki.

«Me encargaré de que se haga» envió el capitán y se marchó volando.

Capítulo 8

Al norte de la ciudad de Jafarika, Nahia y Eki observaban los cadáveres de los tres dragones decapitados. Los trabajadores de la ciudad, más de un centenar de humanos noceanos, los habían desenterrado bajo un sol calcinador. Un grupo nutrido de soldados Felidae los vigilaban.

«La fosa es enorme» comentó Nahia, tres dragones ocupaban demasiado para enterrarlos.

«Y profunda» asintió Eki, que observaba desde el borde cómo los últimos trabajadores salían de la fosa.

«Tres cadáveres con sus cabezas a su lado» dijo Nahia.

Estaba teniendo dificultades para disimular lo contenta y orgullosa que estaba de sus amigos. Aquello era todo un logro, al menos para ella. No sabía si Lasgol y las Panteras hacían aquello a menudo, pero lo dudaba. Matar un dragón era muy complicado y matar tres todo un logro.

«Deberías mostrar algo de repulsa por estos hechos» envió Eki.

«Estoy disimulando lo mejor que puedo».

«No lo suficiente. Por fortuna el capitán no ha querido estar aquí para presenciarlo, pero si estuviera tu comportamiento podría ponerte en evidencia».

«Pondré cara de tremenda repulsa cuando haya un dragón vivo presente. Aquí solo veo trabajadores humanos y soldados Felidae que los guardan. No hay peligro».

«Ensayar un poco quizá sería beneficioso».

«No te preocupes tanto por mí. Disimularé bien cuando tenga que hacerlo».

Eki resopló.

Nahia no necesitó captar cómo se sentía a través del vínculo, era consciente de que el dragón plateado se sentía muy frustrado con ella y la situación en la que estaban involucrados. Su relación se iba a tensar y mucho. Nahia no quería llegar al punto en que se rompiera, pero temía que así fuera. Los acontecimientos lo irían dictando.

Si algo tenía de bueno aquella situación era que los soldados Felidae nuevos, los que había traído el general, podrían contemplar a los dragones muertos. Esto generaría rumores y ayudaría a que el mensaje siguiera transmitiéndose entre ellos. Y a juzgar por las miradas de sorpresa que veía entre los soldados, ya estaba haciendo efecto.

«Voy a descender a ver qué ha sucedido».

«Yo puedo explicártelo, si quieres».

«¿Sabes qué ha pasado?» envió Eki sorprendido.

«No al detalle, pero lo imagino. Y sí, te puedo asegurar que tenía que ver con un arco dorado y magia dorada».

«Entiendo. ¿Conoces entonces a quien los mató? O, mejor dicho, quienes, porque imagino que será más de uno».

Nahia pensó en si decirle la verdad o no. Ambas posiciones tenían ventajas e inconvenientes. Si no le decía nada tendría menos problemas y un dragón menos que sabía quiénes eran las Panteras de las Nieves y lo peligrosos que eran, pero Eki se lo tomaría como que no confiaba en él y su relación sufriría. Si se lo contaba significaría más peligro para las Panteras de las Nieves y mejoraría la relación entre ellos. Quizá teniendo una mejor relación, podría convencer a Eki en un futuro, porque ahora no lo veía viable, pedirle que fuera más abierto con sus miras hacia los esclavos y puede que hasta alterar su posición respecto a los dragones.

Nahia suspiró y le dio una vuelta más. Eki era de buen corazón, solo tenía que hacerle ver la realidad de los pueblos esclavos y la maldad de lo que los dragones hacían. Quizá nunca lo consiguiera, pero quería intentarlo, aunque fuera más arriesgado para todos. Le recordó a la situación con Aiden, que no compartía la visión del

grupo, pero nunca los había traicionado. Tal vez pudiera llegar a una situación similar con Eki. La gran diferencia era que Aiden era un Drakónido, un esclavo, y Eki era un dragón.

«Porque quiero que sigamos siendo amigos y nuestro vínculo sea fuerte, te cuento que sí, creo que conozco a quienes lo han hecho. Y también el motivo y la forma».

Eki levantó la cabeza. Nahia estaba a su espalda, sobre la silla, y no podía ver su expresión, pero imaginó que sería dura.

«Entiendo. Rebeldes amigos tuyos».

«Así es».

«Voy a bajar a investigar de todos modos. Quiero cerciorarme y aprender».

«¿Aprender?» se sorprendió Nahia.

«En toda situación nueva, y más en una de este tipo, hay mucho que se puede aprender. A mí me gusta el conocimiento, como sabes».

«Sí, el conocimiento es una cosa, pero cadáveres de dragón es otra» Nahia sentía repelús solo de verlos.

«Quédate arriba si lo prefieres. No tardaré mucho».

«Sí, mejor».

Nahia descendió de Eki y pisó la arena.

«No tardes mucho o me derretiré dentro de la armadura. Este sol es criminal».

Eki asintió y de un brinco, ayudado por sus alas, bajó al fondo de la descomunal fosa y se puso a investigar.

Nahia le observó. Como se temía, Eki tardaba más de lo deseable y ella comenzaba a hervir dentro de la armadura. Varios soldados Felidae trajeron una lona portable y montaron una especie de tienda para protegerla del sol. Un poco de sombra y el pellejo de agua le resultaron un auténtico lujo.

Finalmente, Eki pareció tener toda la información que necesitaba y subió.

«He terminado».

«¿Y qué conclusiones has sacado?».

«Los tres murieron de heridas en la cabeza, en ojos y boca, para ser más exactos».

«Con la cabeza puesta, quieres decir».

«La decapitación fue después de muertos, lo cual tiene sentido ya que una vez muerto el dragón pierde su protección mágica. Y creo que se usó magia para cortarles la cabeza, ya que las escamas siguen siendo igual de resistentes después de la muerte».

«¿Y cómo los mataron?».

«Los cegaron y mataron con flechas. Tienen heridas de saeta en ojos y frente».

«Lo de los ojos lo entiendo porque no tienen la protección de las escamas y las flechas pueden herirles, pero… ¿la frente? ¿Cómo explicas eso?».

Nahia quería ver cuán buenas eran las deducciones de Eki. Sabía que era un dragón estudioso y listo, pero quería ver cuánto.

Eki asintió.

«Tal y como ya había deducido por el interrogatorio, se ha utilizado un arco, uno especial con magia dorada. De otra forma ninguna flecha podría atravesar las escamas de un dragón».

«Vaya, eres todo un investigador».

«¿Estoy en lo correcto?».

Nahia inclinó la cabeza.

«¿No has dicho que estás seguro?».

«Es la explicación más lógica viendo las evidencias y los testimonios de los testigos… Pero como tú sabes la verdad, quiero cerciorarme».

«Te diré que estás en lo cierto. También que quien empuña el arco es un humano amigo mío y que tanto él como sus compañeros son tiradores formidables».

«Entiendo. Tiradores humanos, de Drameia».

«Aquí lo llaman Tremia y sí, son de aquí. Luchan por no ser esclavizados o exterminados por tus amigos dragones. No creo que puedas culparles por defenderse de la invasión de sus hogares».

Eki se calló por un momento.

«Soy consciente de lo que aquí sucede y de lo que los humanos de este mundo están sufriendo. Lo veo ahora mismo» Eki miró a los noceanos, que volvían a tapar los cadáveres bajo el control del ejército de Kraido.

En ese momento vieron que Iama-Area-Urdin abandonaba la ciudad, acompañado por dos dragones y se dirigía hacia el oeste.

«Parece que se marcha a la guerra en los desiertos del oeste» comentó Nahia.

«El capitán Zuri-Bigar-Des se queda al mando de la ciudad» envió Eki mirando hacia la urbe.

Nahia miró también y vio al gran dragón blanco volando en círculos sobre la ciudad.

«Eso parece, sí. Ahora que ya sabemos lo que pasó, ¿qué quieres hacer?» preguntó Nahia a Eki.

«Cumpliremos las órdenes. Nos han enviado a descubrir lo sucedido aquí y a acabar con la amenaza. Eso es lo que vamos a hacer».

Nahia resopló.

«Me temía que dijeras eso. Si sigues las órdenes puede que nos veamos en una situación muy complicada. Habrá problemas serios».

«¿Te refieres entre tú y yo?».

«Sí, no dejaré que acabes con la amenaza porque la amenaza son amigos míos».

Eki la miró con los ojos entrecerrados. Nahia no necesitaba saber lo que pensaba, podía sentirlo por medio del vínculo que les unía. Sentía gran frustración, pero también preocupación.

«De momento seguiremos las órdenes. Cuando llegue el momento ya decidiremos qué hacer».

Nahia no quiso forzar más porque también le llegaba un sentimiento de angustia, el mismo que ella sentía.

Regresaron a la ciudad y hablaron con el capitán, que vigilaba sus dominios sobre una de las torres más altas.

«Ya he investigado los cadáveres y tengo mis conclusiones» dijo Eki.

«¿Qué conclusiones son esas?».

«Uno se rompió el cuello, como bien dedujo el capitán. Los otros dos dragones fueron acribillados a flechas en ojos y boca. Lo más probable es que los cegaran y de ahí que finalmente murieran».

Nahia se quedó sorprendida de que Eki no contara nada sobre el arco y la magia dorada utilizados.

«¡Tiradores cobardes y traicioneros! Cada vez se escucha más que el enemigo está usando arcos para cegarnos con sus flechas».

«Es una estrategia válida, nuestros ojos son lo más difícil de defender».

Nahia se dio cuenta de que Eki no había utilizado el término *punto débil*. Los dragones creían no tenerlos.

«Es de cobardes y eso es lo que son. Humanos cobardes y despreciables».

«Ahora que ya sé lo que ha ocurrido y viendo que en la capital no está el enemigo…».

«Podría estar, aquí hay miles de humanos noceanos» cortó el capitán.

«No han sido noceanos, han sido humanos de piel blanca, del norte. En la ciudad no hay humanos con esas características».

«Cierto, es lo que los prisioneros dijeron ver, extranjeros de piel blanca» asintió el capitán y recordó lo que los reclusos habían declarado ante Eki.

«Eso es. Deben de estar escondidos en las montañas rojas. También explica cómo sorprendieron a los dos primeros dragones junto al portal».

«Id a las montañas y sacadlos de debajo de las rocas. Hay tres dragones allí ahora. Os ayudarán».

Eki asintió.

«De acuerdo. Iremos de inmediato».

Eki se dio la vuelta y con un brinco ligero echó a volar.

«No le has contado nada del arco dorado. ¿Por qué?».

«No tiene sentido explicar algo a alguien que no quiere escucharlo y se niega a aceptarlo».

«Ya, no hay más ciego que el que no quiere ver» envió Nahia.

«Sí, eso es. Explicarle una teoría que no quería aceptar no tiene lugar. Es una información valiosa que de momento me guardo».

«Hasta que alguien quiera oírla…».

«Hasta que crea que es el momento de usarla».

«Espero que sea nunca».

Eki inclinó la cabeza.

«Ya veremos».

Un rato más tarde Eki se posaba sobre la roca roja de las montañas, junto a la perla del desierto.

El dragón de color marrón oscuro con vetas rojas que ya conocían vino a recibirles.

«¿Os envía el capitán?».

«Así es. ¿Y tu nombre es…?» preguntó Eki con tono cortés.

«Soy Vig-Des-Marroi y estoy asignado a la vigilancia de este lugar».

«Muy bien, Vig-Des-Marroi, nosotros debemos acabar con la amenaza y nuestras investigaciones indican que están aquí debajo» resumió Eki.

«Eso va a complicaros las cosas. Esas ratas humanas de los desiertos se esconden ahí abajo y no hay forma de sacarlas».

Se escucharon rugidos y ruidos como de batalla que a Nahia no le gustaron nada.

«¿Qué sucede?» preguntó Eki.

«Esker-Gorri-Lelo y Erdi-Zuri-Ask están atacando las dos caras del tramo final de la cordillera al norte. Creemos que es allí donde se esconden los traidores Felidae que se refugiaron con los nativos de los desiertos».

Aquello puso a Nahia nerviosa.

«Pregúntale cómo están atacando».

«¿Qué tipo de ataque están realizando?».

«Los nativos del desierto han sellado las dos entradas que dan acceso al interior de las montañas. Nosotros estamos atacando esas entradas y abriendo camino. Si conseguimos entrar llegaremos a las grandes cavernas que hay dentro, donde los traidores se esconden».

«¿Ataques elementales o de fuerza bruta?» quiso saber Eki.

«Ambos, pero en este caso para mover las rocas la fuerza bruta funciona mejor. Es arduo, pero están consiguiendo hacer camino hacia el interior».

«Debería verlo. Voy a acercarme» dijo Eki.

«Adelante, pero no verás a ningún nativo, están bien escondidos. Siempre desaparecen cuando comienzan nuestros intentos de penetrar».

«Entendido».

Eki saludó con la cabeza al dragón marrón y echó a volar hacia la zona norte de las montañas.

Nahia iba muy preocupada. Si tenían a dos dragones intentado entrar, tarde o temprano lo lograrían y eso eran muy malas noticias.

Capítulo 9

Los trabajos en el interior de las Montañas de Sangre no se detenían de día ni de noche, pues todos, nativos de ojos rubí y soldados Felidae, eran conscientes de que se jugaban la vida. Sabían y temían que los dragones pudieran atravesar una de las entradas en cualquier momento y acabar con ellos. Los carros que transportaban las grandes rocas para taponar los accesos avanzaban despacio, pero de forma constante. Los Felidae tiraban de ellos por medio de gruesas cuerdas y los nativos del desierto empujaban por los laterales y la parte posterior. No entraba luz natural en aquellas cavernas al norte de la cordillera montañosa del desierto y solo las antorchas y lámparas de aceite iluminaban el lugar.

En la gran caverna al este las reparaciones iban mejor y los carros llegaban con más facilidad. Miles de soldados y Desher Tumaini trabajaban como si estuvieran edificando el mayor de los monumentos jamás creado. El ruido era atronador, sobre todo cuando descargaban los carros, pero también cuando transportaban las descomunales rocas sobre ellos. Los carros más grandes no eran más que unas plataformas alargadas de acero con ruedas tiradas por cuerdas.

El ambiente no solo era estruendoso, también sucio. Tierra, arena y polvo de las rocas llenaban las cavernas, así que muchos de los trabajadores llevaban pañuelos en la cara protegiendo nariz y boca. Por fortuna tenían agua y había grupos de Tumaini cuyo trabajo era proporcionársela a los trabajadores. Un grupo de enfermeros corría con camillas en cuanto algún soldado o nativo se desvanecía tras inhalar partículas, aunque también habían tenido accidentes más graves como desprendimientos y el volcado accidental de algún carro, que habían costado vidas.

La Escuadra Ígnea tenía turno y conversaba con un grupo de oficiales de los soldados Felidae del ejército marrón. Estaban en la

caverna central, la más grande, y desde ella podían ver los trabajos al fondo tanto al este como al oeste.

—¿Cómo es la calidad del aire que se respira hoy? —preguntó Dafne.

—Mejor que la de los últimos días —dijo el capitán Tremes, un león enorme y poderoso cuya melena parecía roja de la tierra y polvo del lugar, además de estar pegada a su cuerpo por el sudor del esfuerzo.

Dafne asintió. Los trabajos levantaban demasiado polvo y costaba respirar después de unas horas en la zona.

—Hay que mover esos carros con más rapidez —dijo Taika.

—El problema no son los carros, lo que sucede es que cargarlos y descargarlos cuesta una barbaridad —explicó el oficial.

—Podemos empujarlos bien entre grupos de cien soldados una vez entrenados en cómo hacerlo y practicada la cadencia de empuje, pero los tiempos de carga y descarga son larguísimos —explicó otro de los oficiales, un tigre de mirada fiera llamado Lenox.

—Tendremos que pensar en algo —dijo Ivo y miró a Taika.

El Felidae tigre ya le estaba dando vueltas al asunto en la cabeza.

—Las grúas de poleas que se han construido para la carga y descarga de las rocas más grandes son fuertes, pero me temo que lentas. Modificarlas para que funcionen de forma más rápida llevará tiempo y es arriesgado. Podríamos perderlas si el diseño no es bueno.

—No creo que sea momento de arriesgar —dijo Dafne.

—Sí, más vale lento, pero seguro —se unió Ivo.

—Por lo demás, ¿cómo está la moral de los soldados? —preguntó Lily.

—No es mala —respondió Tremes con un gesto tranquilo.

—Para las circunstancias, me imagino —comentó Ivo.

—Sí, claro. Todos preferiríamos otra tarea, pero no hay demasiadas quejas.

—Eso es sorprendente dada la dureza del trabajo —comentó Aiden.

—Es duro, pero todo el mundo sabe que si no se hace moriremos, y ese un revulsivo mejor que una buena paga. ¡Mucho mejor! —dijo Lenox.

—Las pocas quejas las hemos acallado con rapidez. No hay necesidad de que cuatro quejicas desmoralicen al resto —comentó Tremes.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Dafne.

Los dos oficiales se miraron entre sí y luego al resto, que permanecían callados.

—Se dice que sois el escuadrón que inició la revuelta… en Kraido… —comenzó a decir Tremes.

—Los soldados quieren saber… si… —añadió Lenox.

—Quieren saber si es verdad —ayudó a finalizar Taika.

—Es verdad —les confirmó Lily asintiendo con fuerza—. Somos el Escuadrón Rojo que inició la revuelta en Drakoros, la academia de brujos de dragón.

Tremes y Lenox asintieron.

—¿Y la líder? ¿Está aquí con nosotros? —preguntó otro de los oficiales, este una pantera negra.

—No, la líder, la Nacida de la Llama no está aquí, pero sí su escuadrón —dijo Dafne.

—Quizá sería conveniente decírselo a todos los soldados… les ayudará a seguir con renovada fuerza —propuso Lenox.

—Sí, les dará esperanza —añadió Tremes.

Dafne miró a sus compañeros. Estos asintieron.

—De acuerdo. Hoy en el cambio de turno les hablaremos —dijo a los oficiales.

—Gracias, eso ayudará mucho.

—Tienen derecho a saberlo, otra cosa es cuánto les ayude en esta situación —dijo Dafne.

Tres guerreros de ojos rubí se presentaron frente a la escuadra y el de mayor edad habló.

—Aibin —dijo pronunciándolo tan bien como pudo para que le entendieran.

Luego hizo el gesto de hablar llevándose la mano a la boca y luego señaló hacia el sur.

—Aibin quiere hablar con nosotros —interpretó Taika.

—¿Ahora? —se extrañó Dafne.

Taika señaló hacia el suelo tres veces.

El guerrero asintió y señaló hacia el suelo tres veces.

—Ahora —concluyó Taika.

—Debe ser algo importante porque no hemos terminado el turno —comentó Dafne.

—Sí, algo ha sucedido —dedujo Lily.

—No nos precipitemos, quizá no sea grave —intentó quitarle importancia al asunto Ivo.

—Ya, como aquí todo lo que pasa es bueno… —sonrió Lily llena de ironía.

—Vamos, veamos qué sucede —dijo Dafne.

Acompañaron a los guerreros hasta la caverna de reuniones, donde esperaba Aibin, que también había convocado a la Escuadra Ardiente y a la Candente.

—Gracias por acudir tan rápido.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Lily enarcando una ceja.

Aibin los observó un momento.

—¿Qué sucede? —Dafne captó en los ojos de Aibin que era importante.

—Hemos recibido un mensaje… —continuó Aibin.

—¿De quién? ¿Para quién? —se interesó Taika.

—Viene de Rogdon.

—Entonces para nosotros no es —comentó Lily—. No conocemos a nadie en el oeste.

—Bueno, el mensaje ha llegado a Rogdon, pero no es para los rogdanos en particular. Es para los rebeldes, para vosotros —indicó Aibin.

—Ahora tienes toda nuestra atención. ¿Qué mensaje es ese?

Aibin se llevó la mano al cinturón y obtuvo el mensaje. Se lo pasó a Dafne.

La Fatum lo abrió. Era una nota corta en la lengua de Kraido. La leyó en voz alta:

Este mensaje está dirigido a todos los que luchan contra los dragones, en especial a todos los rebeldes de Kraido. Es un mensaje de su líder.

Debe conocerse que los dragones tienen un punto débil, hay una forma de incapacitarlos por completo: dañando el punto central de su sistema nervioso.

Está situado donde termina su cuello, sobre la espalda. Donde montan sus jinetes para protegerlo. Si se consigue dañarlo, el dragón queda incapaz de acción alguna.

Que la información se conozca. Que todos lo sepan. Que se aproveche.

¡Viva la causa y la libertad!

Firmado:

El Prisionero

—¡Es un mensaje de Egil! —exclamó Lily.

—Uno de suma importancia —señaló Taika.

—¿Cómo lo han descubierto? —preguntó Logar extrañado.

—Da igual el cómo, lo importante es que podemos utilizarlo contra los dragones —dijo Brendan con emoción en la voz.

—Si los dejamos incapacitados se acabaría el problema —comentó Ivo.

—No sé si esa información es correcta —dijo Aiden—. Nunca ha habido ni el más mínimo rumor sobre algo parecido.

—Porque los dragones se han asegurado de ocultarlo bien —afirmó Dafne—. Esto viene de Nahia, que de alguna forma se lo ha hecho llegar a Egil y de él ha llegado a Tremia.

—Lo que significa que ya lo están recibiendo los campamentos de guerra —comentó Taika.

—Son nuevas excelentes, sí —asintió Aibin—. Nos da esperanza.

—No tan rápido. Aunque la información sea verídica, ¿cómo vamos a atravesar las escamas y la defensa mágica de un dragón para llegar a ese punto central nervioso? —preguntó Aiden y negó con la cabeza.

—Cierto, ese es un gran impedimento —comentó Logar.

—Eso estaba pensando yo también, sus defensas siguen siendo nuestro mayor problema —dijo Valka, la Tauruk de la Escuadra Candente.

—Lo será, no digo que no, pero ahora sabemos dónde tenemos que atacar —opinó Brendan.

—Es más que eso. Solo necesitamos que un ataque traspase las defensas, Si lo hace, dragón incapacitado —señaló Cordelius, el enorme Kapro de la Escuadra Ardiente.

—Incluso en ese caso se necesita un ataque que traspase la defensa y asestarlo en el lugar exacto —afirmó Aiden.

—No hagáis caso a Aiden, es un gran progreso —afirmó Lily muy contenta.

—Ahora solo necesitamos un ataque capaz de penetrar —razonó Dafne.

—Reduce mucho los riesgos y nos da muchas posibilidades de éxito —opinó Taika—. Aunque Aiden tiene razón, seguimos necesitando atravesar las defensas mágicas y las escamas.

—Necesitamos un arma dorada… —gruñó Dafne.

—Una que podamos usar los que somos de sangre plateada —especificó Ivo.

—Solo que no existe —dijo Aiden.

—O no se ha encontrado todavía —replicó Logar.

—O fabricado —añadió Brendan.

—Ese mensaje renueva nuestras esperanzas —se pronunció Evelyn, la Fatum de la Escuadra Ardiente.

—Encontraremos la forma, es cuestión de tiempo —deseó Beck, el Fatum de la Escuadra Candente.

—En efecto, debemos sobrevivir y encontrar la forma —animó Aibin.

—Nahia y Egil se han arriesgado para enviar esta información porque saben lo valiosa que es —dijo Dafne—. Aibin, ¿puedes hacer llegar la versión traducida a todos los reinos amigos de los humanos?

Aibin asintió.

—Lo haré de inmediato. Enviaremos palomas con el mensaje a todos nuestros aliados.

—También hay que hacerlo llegar a Jafarika —pidió Taika.

Aibin asintió.

—Puede hacerse.

—Hay que seguir enviando los mensajes a todos los soldados de Kraido. ¡Es fundamental! —afirmó Dafne.

—Muy bien, así se hará —aseguró Aibin.

—Ahora tendríamos que informar a nuestros propios soldados. Necesitan buenas noticias —dijo Lily.

—Sí, tienes razón. Vamos todos, nos dirigiremos a ellos.

En la caverna central, subidos a la pared sur, las tres escuadras observaban cómo se iban acercando todos los soldados Felidae. Los oficiales habían ordenado dejar de trabajar para escuchar un

mensaje importante de los líderes de la rebelión. Incluso los que estaban descansando habían querido ir a escuchar.

—¡Escuchadme todos! ¡Soy Dafne, brujo de dragón de la Escuadra Ígnea del Escuadrón Rojo! —Dafne habló tan fuerte como pudo, pues había varios miles de soldados allí reunidos.

Al momento de empezar a hablar, todos los soldados callaron. Llenaban toda la cueva central y algunos que no cabían estaban atendiendo desde las dos cuevas adyacentes. Dafne se sintió como si se dirigiera al ejército más grande del mundo. Lo de hablar a la gente no era lo suyo y se sintió vulnerable e incómoda.

—No soy de las que da discursos ni le gusta llamar la atención, pero hoy lo veo necesario. Me dirijo a vosotros en nombre de mis compañeros de escuadrón, que veis a mi espalda. Lo hago porque tengo dos cosas muy importantes que transmitiros. La primera es que sabemos que hay dudas entre vosotros sobre si somos quienes iniciaron la revuelta en Drakoros, la academia de brujos de dragón en Kraido. La respuesta es que sí. Nosotros somos los que sembraron la simiente de la rebelión y la hicieron crecer —dijo Dafne y señaló a sus compañeros de escuadrón con la mano—. Sin embargo, la líder de la revuelta, la Nacida de la Llama de la que habéis oído incontables rumores, no está con nosotros ahora. Esto sé que os preocupa, es natural. Nosotros formamos parte de su equipo y seguimos adelante con lo que empezamos de forma secreta en Drakoros. Nosotros lideramos la revuelta en ausencia de nuestra líder. Así que estad tranquilos en ese aspecto —afirmó y volvió a señalarlos con la mano.

Hubo muchos murmullos y comentarios entre los soldados. Algunos de sorpresa, otros de decepción, pero la mayoría afirmativos. Los soldados querían saber que estaban haciendo lo correcto, que no se habían equivocado al rebelarse. Era natural y entendible, se jugaban sus vidas.

—La segunda cosa que quiero transmitiros es que hemos recibido un mensaje muy importante de la Nacida de la Llama, líder de la revolución. Es un mensaje que ha llegado desde Kraido que debéis

saber todos. Os lo leeré de forma que lo sepáis tal y como se ha transmitido.

Dafne les leyó el mensaje a los soldados. En cuanto terminó, la gran cueva se llenó de cientos si no miles de murmullos y exclamaciones de todo tipo.

Dafne levantó las manos.

—Esto nos da todavía más esperanzas. Ahora sabemos que tienen un punto débil que debemos atacar. Hasta ahora solo podíamos cegarlos, pero pronto podremos inutilizarlos. Es solo cuestión de tiempo que averigüemos cómo hacerlo.

Los soldados estallaron en exclamaciones de alegría y vítores a favor de la revolución.

—¡Por la rebelión! —Dafne desenvainó su espada y la alzó en signo de victoria.

—¡Por la rebelión! —se unieron sus compañeros.

—¡Por la rebelión! —gritaron a una los soldados.

—¡Muerte a los dragones, por la libertad! —gritó Dafne.

—¡Muerte a los dragones, por la libertad! —gritaron unas cinco mil almas a la vez haciendo retumbar el interior de las cavernas.

Capítulo 10

Lasgol y sus compañeros aguardaban aquella mañana en la enorme y ostentosa estancia decorada con seda, oro y plata. Estaban acompañados de Urrejaun (líder de la ciudad), Hitzazi (traductor de lenguas e intérprete) y Magures (su Mago Primero). Líder y mago parecían muy interesados en ellos, quizá demasiado. Les habían estado haciendo numerosas preguntas desde su llegada a la isla hacía unos días, casi todas relacionadas con dragones y cómo acabar con ellos.

El líder de la ciudad tenía con él a dos capitanes y una docena de soldados de guardia, parecía ser tan precavido como rico. Lasgol y sus compañeros habían estado colaborando y respondiendo a todas las preguntas, pero en la última reunión habían exigido ver al mago dorado antes de seguir contestando. No querían proporcionar más información valiosa de la necesaria, como la referente a las flechas elementales, que era uno de los temas que a Urrejaun más le interesaban. Su preparación era un secreto de los guardabosques, uno que no podían revelar sin más.

La puerta se abrió y tres figuras con túnicas elegantes y brillantes entraron en la habitación. Uno llevaba una túnica verde, el otro una dorada y el último una azul aguamarina.

—Veo que os encontráis sanos y salvos, de lo cual me alegro mucho —dijo Celopus.

—La alegría es nuestra de veros con vida y bien —respondió Ingrid y se acercó a darle un abrazo al viejo intérprete de Orecor.

Lasgol se alegró de ver al intérprete y reconoció de inmediato a las otras dos figuras que le acompañaban. Eran dos magos, también de Orecor.

Dameros y Aquasmares sonrieron y saludaron al grupo.

—Necesitaremos que traduzcas de nuevo —dijo Ingrid a Celopus y miró a los dos magos.

—Será un placer —Celopus se inclinó a modo de saludo cortés.

—¿Conseguisteis acabar con los Gotirus? —preguntó Dameros, en su mirada había algo de inquietud.

—Sí, podéis estar tranquilos, no os molestarán más —confirmó Ingrid.

Dameros y Aquasmares resoplaron. Sus rostros mostraron el alivio que sus almas sentían ante las buenas nuevas.

—Nos da tranquilidad que así sea —dijo Aquasmares—. No estábamos seguros y temíamos que aparecieran en las costas de York con demandas.

—Acuchillé el corazón de todos, uno por uno. No volverán a molestar a nadie —aclaró Viggo.

Dameros y Aquasmares asintieron.

—¿Por qué habéis venido aquí, entonces? —preguntó Dameros—. Creí que regresaríais a vuestra tierra. Al veros hemos pensado que algo iba mal.

—Algo va mal —aclaró Lasgol—. Tres dragones en la Perla del Este nos impiden regresar —informó Lasgol.

Los dos magos se miraron.

—¿Necesitáis de nuestra ayuda?

—Así es —pidió Lasgol—. Necesitamos magia dorada para poder enfrentarnos a ellos y derrotarlos. Es demasiado arriesgado intentarlo sin ayuda.

Viggo desenvainó sus cuchillos con una rapidez fulgurante e inquietó a los guardias, que lo miraron sorprendidos.

—Mis saca-corazones de dragón necesitan un baño dorado que les permita atravesar las escamas de esas bestias reptilianas con alas.

Dameros asintió.

—Entiendo, pero eso que necesitáis no es tan sencillo de lograr…

Lasgol fue a replicar, pero Ingrid le lanzó una mirada de cautela. No dijo nada y vio que ella ojeaba de reojo a Urrejaun y los suyos, que atendían muy interesados a todo lo que se decía. Hitzazi traducía para su señor y compañeros lo que se hablaba casi a la misma velocidad que ellos conversaban.

Urrejaun se dio cuenta de que lo observaban e intervino.

—No debéis temer hablar frente a mí, somos amigos y aliados. Os prestaré ayuda, os lo aseguro. Además, Dameros y Aquasmares me han contado lo sucedido. De la magia de Dameros ya teníamos conocimiento desde hace años. Intenté comprar sus servicios a los Gotirus, pero siempre se negaron y eso que les ofrecí bañarlos en oro. No les culpo, hicieron lo correcto. Las monedas de oro no sirven para matar dragones, la magia de Dameros, sí. Eso lo convierte en un mago de valor incalculable.

—Que necesitamos para salvar la ciudad —añadió Magures.

Lasgol e Ingrid se miraron. No tenían muchas opciones. Una conversación en privado con Dameros iba a resultar muy difícil visto el interés que Urrejaun y Magures tenían en el mago. Ambos asintieron con disimulo.

—Dameros, hemos visto cómo creabas las esferas de energía dorada para los soldados de Orecor. Necesitamos algo similar de forma que podamos usar nuestras armas contra esos dragones —pidió Ingrid de forma directa y sin disimulos.

El mago comenzó a pasear por la habitación con la cabeza gacha, pensativo.

—Sé lo que me pedís. Es lo mismo que me pedían los Gotirus. Sin embargo, como ya he dicho, no es tan sencillo.

—Comentaste que era complicado, eso no lo convierte en imposible —recordó Gerd.

—Lo sé. Por desgracia las esferas que creo son contenedores mágicos inestables en el tiempo y se descomponen tras un rato. Algo similar sucede con la energía dorada, después de un tiempo se disipa y ya no es utilizable.

—¿No puedes crearnos contenedores estables que mantengan la energía? —preguntó Lasgol.

—Lo he intentado… y no he sido capaz —Dameros bajó la cabeza.

—Los contenedores que hemos intentado usar, como los orbes, no funcionan —explicó Aquasmares—. La energía dorada se degrada en su interior con la misma rapidez que si no estuviera contenida.

—Entonces hay que mejorar esos orbes —dijo Ingrid con confianza.

—Es lo que hemos intentado, pero, como Dameros bien apunta, nosotros no hemos sido capaces de lograrlo —se lamentó Aquasmares.

—Debéis tener en cuenta, además, que las armas que se imbuyen con magia dorada la van perdiendo, no dura más que un corto período de tiempo. No se adhiere a ellas —explicó Dameros.

—Segunda cosa que debemos lograr —afirmó Ingrid, que no se dejó afectar por los problemas planteados.

—Entonces, si lo entiendo bien, hay que desarrollar un orbe para contener la magia dorada y que de alguna forma se adhiera a las armas y aguante —resumió Nilsa.

—Son problemáticas que unos magos listos deberían poder solucionar —dijo Viggo mirando a Dameros, Aquasmares y Magures —. También tenéis siete magos más en la ciudad. Entre todos deberíais de poder encontrar una solución a estos dos problemillas.

—Se está investigando… —Magures se quedó pensativo y luego miró a su señor.

Urrejaun asintió.

—Como es algo de lo que nuestros soldados también se beneficiarán, hemos comenzado a investigarlo. Sin demasiados resultados positivos, he de decir.

—¡Tanto mago para tan pequeños problemas! Eso me recuerda a nuestro mago Enduald, que es pequeño de tamaño, pero grande en

invenciones. Si no podéis descubrirlo vosotros, seguro que él sí puede —dijo Viggo.

—Lo conseguiremos nosotros, aquí —replicó Urrejaun con tono severo.

Lasgol tuvo claro por la reacción que el líder de la ciudad quería el logro para él.

—Pues en ese caso, mientras los otros magos lo estudian, Dameros, se viene con nosotros y nos va recargando con su magia dorada nuestras armas —ofreció Viggo.

Urrejaun frunció la frente y el ceño.

—Eso no va a ser posible. Dameros se queda en York —afirmó tajante.

—¿Es acaso un prisionero? —preguntó Ingrid entrecerrando los ojos.

—No, es un invitado muy importante. ¡Importantísimo! No hace falta que os lo explique. Era crucial para Orecor y lo es para nosotros ahora. Los dragones destruyeron Orecor y pronto destruirán Yatro. Luego vendrán a acabar con nosotros. Lo necesitamos aquí.

—Ya tienes a otros magos poderosos —dijo Nilsa.

—Ninguno es un mago dorado. Por esa razón no puede marchar. Lo siento, pero no permitiré que se vaya —Urrejaun lo afirmó muy serio y los guardias se tensaron. Los dos capitanes se llevaron las manos a las empuñaduras de sus espadas.

Dameros hizo una gesto con las manos pidiendo calma.

—Tranquilidad, por favor. ¡Calmaos todos, no voy a marchar! No puedo abandonar a mi pueblo, a lo que queda de mi nación. Ahora somos refugiados aquí y debemos ayudar a quienes nos han acogido y salvado nuestras vidas y las de los que nos protegen.

—Nosotros podemos protegerte —ofreció Ingrid.

—A mí quizá, a todo mi pueblo no. Y, en cualquier caso, sigo teniendo una deuda de gratitud con York que voy a honrar.

Lasgol entendió que Dameros no iba a abandonar la ciudad y Urrejaun tampoco lo iba a permitir. Su esperanza de conseguir magia dorada para llegar a Norghana a través de los portales comenzaba a apagarse. Vio que Viggo miraba a Dameros e intuyó que su compañero estaba pensando en usar métodos no tan lícitos. Podían secuestrar a Dameros y llevárselo para luego obligarle a que los ayudara. Posible era, viable… poco. La idea no le gustó a Lasgol. Era de esas que luego tenían ramificaciones negativas nada deseables. Tendrían que buscar otra forma.

—La mejor opción para todos es encontrar la manera de contener la magia dorada sin degradarla —dijo Lasgol—. Es en lo que debemos centrarnos.

Dameros asintió.

—Eso creo yo también. Una vez lo logremos podré imbuir mi energía dorada y todos podrán usarla.

—¿Todos? —Viggo enarcó una ceja y luego miró fijamente a Urrejaun.

El líder de la ciudad captó al instante lo que Viggo insinuaba.

—No veo por qué no podemos llegar a un acuerdo de colaboración —dijo Urrejaun abriendo manos y brazos en gesto amigable—. Estoy dispuesto a exportar la magia dorada de Dameros a cambio de bienes que nos faciliten la lucha contra los dragones.

—Es decir, un trato de comercio —aclaró Nilsa.

Urrejaun asintió.

—Así es. Después de todo, somos una ciudad estado que se ha forjado y sobrevive gracias al comercio. Siempre ha sido así y continúa siéndolo, pese a los dragones.

—¿Qué tipo de bienes requiere la ciudad a cambio de la magia dorada? —preguntó Ingrid con tono desconfiado—. ¿Oro? ¿Acero?

Urrejaun sonrió.

—Oro tenemos más del que podemos gastar en varias generaciones. El acero nos viene bien, pero es fácil de conseguir a

cambio de oro. En el caso de la magia dorada, algo tan preciado, el oro se queda corto.

—¿Qué quieres entonces? —preguntó Lasgol, que ya sospechaba que sería algo complicado de proveer.

—En este caso concreto, algo que solo vosotros tenéis y que es muy valioso para luchar contra los dragones —respondió Urrejaun.

—Las flechas elementales de los guardabosques —dedujo Ingrid.

—Así es, me interesan mucho esas flechas vuestras. Podríamos usarlas contra esas bestias cuando nos atacan. Nos harían mucho bien. Podemos, de hecho, producirlas en grandes cantidades con el oro del que disponemos —explicó Urrejaun.

—La elaboración de las flechas elementales es un secreto de los guardabosques que no podemos compartir —dijo Ingrid—. Implica traicionar a los nuestros.

—Ni siquiera el ejército norghano sabe cómo fabricarlas, lo hacen guardabosques —añadió Gerd.

—¿Para todo el ejército? —preguntó Urrejaun sorprendido.

—El ejército las fabrica con ayuda de incontables peones y artesanos, pero la carga explosiva, su composición, es un secreto. Solo mezclan los componentes en las proporciones ya establecidas, no saben qué componentes son —explicó Gerd.

—Podemos pedir que se envíen desde Norghana —dijo Nilsa—. Un acuerdo de comercio, flechas por energía dorada. Eso seguro que Norghana lo aceptará.

—Demasiado lento, Norghana está lejísimos. Los cargamentos tardarían meses en llegar —Urrejaun negó con el dedo índice y su expresión fue de rechazo.

—Es cuanto podemos hacer… —dijo Ingrid—. Somos guardabosques y nuestro honor está en juego. No podemos quebrarlo, no faltaremos a nuestros juramentos.

—En ese caso me temo que no puedo daros acceso a mi mago dorado —sentenció Urrejaun.

—¿Cómo que no? —Viggo puso cara de pocos amigos.

Los soldados se tensaron de nuevo.

—No voy a daros la magia dorada del mago a cambio de nada, es la primera ley del comercio. No hay beneficio alguno para mí, para mi ciudad —dijo Urrejaun.

—No es tu magia. No te pertenece —rebatió Nilsa.

—Dameros acudió a mí, a mi ciudad, en busca de ayuda y se le concedió. Enviamos a nuestra flota y ahora está en deuda conmigo. Además, mientras esté en esta ciudad, estará bajo mi protección, pero también bajo mis órdenes —esto último Urrejaun lo dijo con tono muy duro. No era una bravata.

—Esto no es un simple trato comercial. Hay miles de vidas en juego. Necesitamos esa magia dorada —rogó Ingrid.

—En efecto. Las de los habitantes de esta ciudad a los que tengo la obligación de proteger y servir con diligencia. Vosotros queréis salvar Norghana, lo entiendo. Yo quiero salvar York. Nuestras posiciones están muy claras. Nadie en esta ciudad hará un trato en el que salga perdiendo, que es lo que me estáis pidiendo que haga. Nada se regala en York. Todo se comercia y de todo se saca un beneficio. Así ha sido siempre y así seguirá siendo.

Hubo un momento de tenso silencio.

—Podemos llegar a un acuerdo —ofreció Lasgol a Urrejaun.

—Eso ya me gusta más —respondió el líder de York.

—Magia dorada por flechas elementales. Lo discutiremos con nuestros líderes —dijo Lasgol.

—Será mejor que los convenzáis si queréis la magia de Dameros —Urrejaun señaló al mago, que estaba cabizbajo.

—Lo haremos, pero antes hay que buscar la forma de almacenar la energía dorada —respondió Lasgol.

Urrejaun asintió.

—Cierto. Nosotros descubriremos la forma de hacerlo. Vosotros enviad palomas mensajeras a Norghana y convenced a vuestros líderes.

Lasgol miró a sus compañeros, que lo observaban con ojos de que sospechaban que tramaba algo. En realidad, lo hacía. En primer lugar, ganar tiempo, y en segundo, no enemistar a sus anfitriones. En tercero… bueno, lo tercero ya llegaría.

Capítulo 11

Lasgol, acompañado de Celopus, se acercó al laboratorio subterráneo de los magos de York. Por lo que le había comentado el buen intérprete, aquel era el lugar donde investigaban y experimentaban.

Estaban centrados en encontrar formas de derrotar a los dragones y desde que Dameros había llegado a la ciudad también buscaban la forma de contener su magia dorada. El objetivo era poder portarla y usarla cuando fuera necesario sin que se degradara y quedase inservible. De conseguirlo el avance sería increíble y muy beneficioso para la lucha contra los dragones.

Descendieron por dos tramos de escaleras hasta un segundo subsuelo rodeados de soldados de la ciudad que hacían guardia. Los dejaron pasar, tenían permiso de Urrejaun y nadie se interpuso. El sótano al que accedieron estaba reforzado con vigas de acero y una puerta doble que les cerraba el paso, custodiada por dos guardias.

Lasgol se puso a palpar una de las robustas vigas que soportaban el techo.

—Es para evitar derrumbamientos cuando los dragones atacan —explicó Celopus.

—Noto algo extraño en estas vigas… —Lasgol sintió un cosquilleo en la nuca y una sensación que recordaba—. ¿Es magia?

—Así es, están reforzadas con magia —confirmó Celopus.

—Interesante medida de protección —Lasgol entrecerró los ojos.

—Tanto las columnas como los techos y paredes tienen refuerzos mágicos para que nuestros magos no mueran enterrados al derrumbárseles encima el edificio, algo que tiende a suceder cuando los dragones atacan.

—Entiendo. Y poner el laboratorio sobre la superficie les pone todavía en mayor peligro… —razonó Lasgol pensativo.

—Es el menor de dos males, me temo. Estar bajo tierra es peligroso en un ataque, pero estar sobre ella, todavía más. Así lo ven los magos de la ciudad.

—Sin duda —Lasgol estaba de acuerdo.

De hecho, aquellas medidas de seguridad le parecieron brillantes. Por supuesto, para mantenerlas se requería de magia y eso tenía un coste, pero estaban en la ciudad más rica de Tremia y allí esa palabra apenas tenía sentido alguno. Lo que Lasgol no llegaba a entender era qué tipo de magia permitía reforzar estructuras físicas. No la conocía y esto le intrigó.

Los guardias que custodiaban la puerta llamaron con potentes golpes. Lasgol captó que también estaba protegida por magia y no se podía abrir desde el exterior. Se escuchó un *clic* seguido de un zumbido y la puerta comenzó a abrirse con lentitud. Lasgol se fijó en que era del grosor de un pilar y debía pesar una barbaridad.

Entraron y vieron a tres fornidos soldados que operaban la puerta. La volvieron a cerrar cuando ellos estaban dentro.

Lasgol observó el lugar. ¡Era enorme! Esperaba un pequeño laboratorio donde experimentar y estudiar y, sin embargo, era muy ancho y sobre todo largo, como seis veces la estancia donde los había recibido Urrejaun. Las paredes de piedra y el techo estaban reforzados de metal, así como las columnas de sujeción. No estaban pintados con oro, como otros edificios de la ciudad, cosa que Lasgol agradeció. Eran blancos y la luz de las antorchas y lámparas de aceite que alumbraban el lugar rebotaban en ellos. Se podía ver muy bien pese a estar dos niveles bajo tierra, algo imprescindible para experimentos peligrosos. Las columnas de sujeción eran del mismo color.

Observó con detenimiento y distinguió ocho zonas. En seis de ellas vio magos trabajando con sus ayudantes. Cada área tenía mesas de trabajo, armarios, estanterías, sofás y sillones elegantes, y una pequeña biblioteca con tomos que Lasgol imaginó que serían de magia. En todas había objetos extraños que desconocía, aunque

todos tenían aspecto de ser herramientas y cachivaches que solo un mago podía necesitar.

—Bonito lugar… —le dijo a Celopus sin disimular su asombro.

—Es extraordinario, sí —sonrió el intérprete—. Pocos son los que tienen permiso para estar aquí.

—Me siento honrado —dijo Lasgol, ya que Urrejaun le había dado permiso para poder bajar e interactuar con los magos. Eso sí, solo a él para no molestar con visitas masivas. A sus compañeros les pareció bien y le cedieron el honor, ya que ellos en el ámbito mágico no tenían mucho que aportar.

Celopus sonrió.

—Al igual que yo.

Lasgol vio que varios de los magos estaban experimentando con magia sin ningún reparo ni pudor. Algunos parecían estar colaborando, trabajando juntos. Esto también le sorprendió. Por lo que tenía entendido, los magos eran muy reservados y celosos de su trabajo y descubrimientos y rara vez trabajaban en presencia de otros magos a su alrededor. Esto lo recordaba, si bien no sabía quién se lo había dicho o si lo había leído en algún lugar.

Se rascó la cabeza. Por un momento pensó que quizá lo estaba recordando mal. Observó a los magos, que trabajaban muy concentrados, y supo que no era así. Aquello no era lo normal. No sabía cómo Urrejaun los había convencido para trabajar allí, pero era todo un logro. Luego pensó en todo el oro del que disponía el líder de la ciudad y dedujo que lo más probable era que los tuviera bañados en oro.

Distinguió a Dameros en una de las secciones frente a una mesa llena de orbes y otros tipos de contenedores de cristal. Parecía absorto en su trabajo. A su derecha, en otra sección, estaba Aquasmares con otro mago de agua de Orecor que Lasgol reconoció. Se alegró de que hubiera sobrevivido. Detrás de ellos vio a un mago de aire. No tuvo problemas para reconocer el tipo de mago porque había creado un torbellino del tamaño de una persona que danzaba dando vueltas sobre sí mismo como una enorme peonza siguiendo

las instrucciones de sus manos. Por un momento a Lasgol le dio la impresión de que aquella creación era un ente vivo.

Observó al que estaba al lado del mago de aire, pero no pudo reconocer su magia. Era un mago de aspecto muy singular. Tenía la piel oscura y vestía como si fuera de los desiertos, con túnica y pañuelo a la cabeza de color rojo. Sus ojos oscuros parecían inyectados en sangre. Una barba negra, corta y puntiaguda ocultaba la barbilla. Su cintura estaba adornada con una calavera y huesos que Lasgol identificó como humanos. Al cuello llevaba un colgante hecho de dientes que parecían humanos.

—Ese mago… vestido de rojo y aspecto siniestro… — curioseó Lasgol.

—Siniestro es, y muy peligroso —advirtió el intérprete.

—¿Qué tipo de mago es?

—Ese es un hechicero de los profundos desiertos. Su especialidad es la magia de sangre.

—Ummm… eso no suena muy bien…

—Por lo que sé, puede hacer que tu sangre abandone tu cuerpo o explote en tus venas, y todo tipo de magia relacionada con la sangre —Celopus lo dijo muy bajito, para que no lo oyera el hechicero, aunque estaba bastante lejos.

—Vaya. No tiene muy buena pinta. No sé qué hace, pero en ese cuenco de plata sobre el que está conjurando hay sangre que parece estar hirviendo.

—Yo prefiero no saberlo. Trabaja en conjunto con el otro mago de los desiertos —Celopus indicó con la cabeza al mago que tenía al lado.

Lasgol lo observó. De piel oscura de la etnia de los desiertos, tenía ojos oscuros que brillaban con un verde putrefacto. Su barba estaba atada en tres trenzas de las que colgaban dientes de animales. Vestía también al estilo de los desiertos, pero su túnica y turbante eran de un verde enfermizo. Llevaba colgantes y cinturón

con huesos de diferentes animales y estaba conjurando sobre un líquido espeso del que se elevaba un vapor verdoso.

—Ese tampoco me transmite muy buenas sensaciones.

—Es un hechicero de magia de maldiciones. Su especialidad son los maleficios que causan enfermedades a otros, enfermedades que producen muertes horrendas. Algunas rápidas, otras muy lentas.

—Vaya… Intentaré no acercarme a él o a sus experimentos.

—Harás bien. Si respiras esos vapores verdosos que produce puedes morir. Ha ocurrido ya con varios ayudantes que ha tenido.

—¿Son venenosos?

—Son nocivos, no creo que sea veneno lo que usa, sino su magia maléfica. Pero la gente muere, eso seguro.

—Oh…

—El que sí usa venenos es el mago que está detrás.

—Ese sí sé qué tipo de mago es, es un druida.

—Así es, del reino de Irinel. Consiguió escapar con vida y llegar aquí cuando los dragones destruyeron el reino. Ahora sirve a la ciudad. Trabaja en el desarrollo de venenos que puedan afectar a los dragones y otras formas de ataque.

—Entiendo. ¿Lo ha logrado?

Celopus negó con la cabeza.

—Me temo que todavía no. Parece ser que los dragones aguantan bien los venenos. Ahora se centra en intentar contaminar sus ojos y vías respiratorias de forma que, aunque no pueda matarlos, les afecte y moleste en sus ataques.

—Buena idea —Lasgol lo observó trabajar con cuencos con diferentes sustancias.

Observaron por un momento. Nadie se fijaba en ellos. Todos los magos y ayudantes estaban enfrascados en sus experimentos. Lasgol tuvo la sensación de que si se producía una explosión en medio del laboratorio aquellos magos ni se inmutarían de lo concentrados que estaban.

Al fondo de la sala, algo más apartada, vio a una mujer. Al verla supo que su magia debía ser poderosa pues irradiaba una luz casi translúcida que la envolvía. Vestía una túnica blanca y su cabello era largo, liso y blanco. No debía ser muy mayor, pero había arrugas en su frente.

—¿Tenéis una sanadora?

Celopus observó hacia dónde miraba Lasgol.

—Marindar no es una sanadora.

—¿No? ¿Qué es?

—Hasta que llegó Dameros era la maga más importante de esta ciudad, el orgullo de Urrejaun que la convenció para que viniera a ayudar hace ya tiempo.

—¿Qué tipo de magia tiene? —Lasgol estaba muy intrigado. La mujer no debía tener más de cuarenta y cinco años, pero sus arrugas y el pelo blanco la hacían parecer mayor.

—Es un tipo de magia diferente a las más comunes, la llaman magia de fuerza.

—No la conozco… —Lasgol buscó en su dañada memoria, pero no logró encontrar ninguna referencia.

—Es quien ha diseñado y creado todos los refuerzos de las vigas, paredes, techos y puertas de este laboratorio y de otros edificios importantes.

—Ummm… ya veo. Es la que mantiene los edificios.

—Así es. Lleva tiempo trabajando en reforzar la ciudad. Gracias a ella muchos construcciones no han colapsado.

Lasgol se quedó pensativo.

—Ella sola no puede alimentar de energía todos los refuerzos de los edificios de la ciudad.

Celopus sonrió.

—Así es, ella los crea. Son campos de fuerza que deben ser mantenidos, pero sola no puede hacerlo. El resto de los magos

deben aportar energía para ello, pues toda magia consume energía, como bien sabes.

—Lo sé, sí. Imagino que a los otros magos eso no les gustará nada.

—En efecto, en especial a los hechiceros noceanos. Ha habido varios altercados al respecto. Uno muy feo. Ella ya no se habla con el resto de los magos.

—Oh, ¿tan mal?

—Bueno, siempre ha sido muy reservada y desde los altercados ha dejado de hablarse con los demás.

—Entiendo que los magos no quieran dar su energía, pues es un bien preciado y escaso. Pero la ciudad lo necesita y deberían colaborar.

—Lo hacen, pero por orden de Urrejaun, no por voluntad propia, y culpan a Marindar de tener que hacerlo.

—Entiendo. ¿Crees que podría hablar con ella en algún momento? Me gustaría aprender de su magia.

—Puedes intentarlo, pero no puedo asegurarte de que ella quiera hablar contigo ni que lo haga.

—Ya, no la culpo. Ya lo intentaré, ahora quiero ver en qué trabaja Dameros.

—De acuerdo —Celopus miró hacia la zona de trabajo del mago dorado.

Lasgol tenía gran interés por ver qué avances estaba logrando Dameros, si alguno. Por el bien de todos esperaba que estuviera teniendo suerte. De lo contrario, iban a sufrir y mucho en la desigual lucha contra los dragones.

Capítulo 12

Se encaminaron hacia la sección de trabajo de Dameros.

—Estás muy bien informado de todo lo que pasa aquí abajo —comentó Lasgol a Celopus con una sonrisa.

—Paso mucho tiempo aquí con Dameros, él me lo cuenta. Además, ayudo a que se entiendan unos con otros. Son de diferentes regiones y hablan distintas lenguas. El lenguaje de la magia puede ser universal, pero el hablado no —sonrió el viejo intérprete.

—No sabes cómo aprecio tus conocimientos de lenguas. Es fabuloso que seas capaz de entenderte con todos ellos.

—Con los noceanos de los desiertos tengo más problemas, ya que hablan dialectos, no el noceano tradicional, pero me las arreglo. Tengo buen oído.

—Sin duda —sonrió Lasgol, que estaba muy impresionado por el intérprete.

—Es curioso, cuando realizan experimentos mágicos conjuntos, apenas necesitan de comunicación hablada. Es como si sus magias se entendieran.

—Interesante, tendré que probarlo.

—No te recomiendo que lo hagas con los hechiceros noceanos.

—No te preocupes, no se me ocurriría. Estaba pensando en un amigo, Camu, cuya magia es especial y difícil de entender.

—Solo puedo decirte que he visto cómo las magias se comunican, a veces para bien, otras para desastres. Ya han tenido que desalojar el laboratorio varias veces.

—¿Ha muerto algún mago?

Celopus negó con la cabeza.

—Solo ayudantes… pobres infelices.

Lasgol sabía que la magia podía ser muy peligrosa, sobre todo cuando se experimentaba con ella, pero también entendía lo importante de aquellos experimentos. De conseguir alguna ventaja sobre los dragones podría salvar miles de vidas.

—Vamos a hablar con Dameros —le dijo a Celopus y se aproximaron al mago dorado en su sección.

En ese momento, Aquasmares se acercó hasta Dameros desde la sección contigua y ambos se pusieron a observar un objeto con mucho detalle.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Lasgol y Celopus tradujo.

Los dos magos levantaron la cabeza al recibir el saludo. Ambos tenían la frente sudorosa y expresión de cansancio. Lasgol no tenía duda de que estaban trabajando muy duro.

—Estamos intentando que la sustancia dorada aguante dentro del contenedor. De momento no lo estamos logrando —Dameros le mostró un orbe y en su interior la energía dorada, que parecía ir muriendo, desapareciendo según la miraban.

—¿Se va disipando al contacto con el vidrio del orbe que la contiene? —Lasgol observaba el fenómeno intentando conjeturar en su mente qué era lo que estaba pasando y su causa.

—Así es, al igual que pierde consistencia al impregnarse en un arma. Es como si se fuera debilitando hasta desaparecer.

—He recubierto el interior del orbe con agua helada para ver si el efecto es diferente —explicó Aquasmares y le mostró a Lasgol otro orbe. En su interior se apreciaba una capa de hielo azulado.

—¿Y qué ha sucedido? —preguntó Lasgol, que estaba muy intrigado. Estudió la esfera de cristal con mucha atención.

—Ha aguantado más que al contacto directo con el cristal del orbe. No tanto como para ser viable, pero es un avance —explicó Aquasmares.

—¡Qué interesante! —Lasgol miraba el hielo del interior muy intrigado.

—Lo es y prueba que es posible contener el poder dorado con el uso de la magia, lo que es muy positivo —expresó Dameros con tono esperanzado.

—¿No es posible crear un contenedor mágico como tus esferas y reforzarlo para que aguante más? —Lasgol lanzó la idea al aire.

Dameros se puso a pasear frente a las mesas de trabajo del laboratorio con la mirada perdida.

—Mi contenedor se degrada igual, aunque esté reforzado de una capa de hielo. Lo acabamos de probar.

Lasgol lo entendió y suspiró.

—Bueno, que dentro del orbe aguante más es un avance. Estoy seguro de que lograreis encontrar la forma —Lasgol intentó infundir algo de optimismo y esperanza.

—Ese optimismo es el que necesitamos, lo cierto es que a veces lo perdemos —reconoció Dameros—. Hemos intentado otras magias elementales como la de fuego, pero su efecto es pernicioso sobre la energía dorada.

Lasgol asintió.

—Podemos probar con mi magia de naturaleza, aunque dudo que funcione. Tampoco sé muy bien cómo hacerlo —ofreció Lasgol con la intención de ayudar.

—Probemos. No perdemos nada por intentarlo —dijo Aquasmares.

—Cierto, intentémoslo —dijo Dameros.

Lasgol inspiró y se relajó.

—Adelante, estoy listo.

Dameros extendió una mano con la palma hacia arriba. Conjuró murmurando una frase de poder y creó una esfera pequeña llena de su energía dorada sobre su palma. La esfera se quedó levitando sin tocarla.

—Intenta recubrirla con tu magia para contenerla —pidió Dameros.

Lasgol se concentró y lo intentó. Puso sus manos sobre la esfera que levitaba sobre la palma de Dameros. No sabía cómo podía contener aquella energía sin destruirla. Lo que si tenía claro era que debía encapsularla, así que comenzó a enviar su propia energía y a formar una capa alrededor de la esfera de Dameros. Su energía comenzó a interactuar con la de la capa de Dameros. Lasgol intentó que el contacto entre ambas energías fuera leve, que la suya no interfiriera en la del mago dorado.

Por un momento sucedió algo interesante: la energía de Lasgol se deslizó por encima de la de Dameros. Eran claramente visibles y diferenciables. La de Lasgol era de color verde intenso y la del mago dorada. La energía verde envolvió por completo la esfera dorada y Lasgol sintió una sensación de triunfo. No sabía muy bien cómo lo estaba haciendo, pero su energía surgía de sus palmas y rodeaba la esfera. Intentó que también formara una esfera a modo de envoltorio. Le llevó un buen rato, pero finalmente lo consiguió y logró además estabilizar la forma.

—Ya está —dijo y miró su creación, muy contento.

Poco a poco su magia funcionaba cada vez mejor. Sentía que cada día que pasaba le costaba menos usar su don, como si se estuviera curando de una enfermedad debilitadora con el paso del tiempo. Estaba feliz de lo que estaba progresando en su recuperación.

—Muy bien, vamos a introducirla en un orbe y cuantifiquemos el efecto positivo —dijo Dameros.

Aquasmares trajo un orbe dividido en dos partes. Situó la parte inferior junto a la esfera y Dameros movió la esfera de energía hasta colocarla en el interior. Aquasmares colocó entonces la parte superior del orbe. Al tocar la parte superior con la inferior, el orbe destelló y quedó sellado. La esfera de energía dorada con la capa de energía de Lasgol que la envolvía permaneció en el interior del orbe.

—Vaya, no sabía que los orbes funcionaran así —comentó Lasgol.

—Esta es la forma más limpia de hacerlo —dijo Dameros.

—Hay otras, se puede hacer que la energía entre por un diminuto orificio que luego se sella, pero preferimos manipular la esfera con poder lo menos posible —explicó Aquasmares.

—El experimento es más exacto de esta forma. La manipulación de la esfera para introducirla en el orbe puede crear problemas —añadió Dameros.

—Entiendo. ¿Y ahora?

—Ahora viene la parte aburrida del experimento —dijo Dameros y se encogió de hombros.

—Hay que esperar y medir —explicó Aquasmares.

Por un rato aguardaron. Lasgol no sabía muy bien cómo medían, solo que los dos magos observaban el orbe y la esfera en su interior y cada cierto tiempo proyectaban una luz sobre el orbe con una herramienta extraña. Se dio cuenta de que aquellos magos eran expertos en investigación y él no tenía ni idea.

Los dos magos realizaron un par de mediciones finales y obtuvieron el resultado.

—El grado de degradación es muy similar al que hemos conseguido con la protección de Aquasmares —afirmó Dameros.

—Sí, casi idéntico —afirmó el mago de agua.

—Entonces no sirve… —Lasgol se llevó una enorme decepción. Esperaba que los resultados fueran mejores, que su magia ayudara.

—No es óptimo —comentó Aquasmares.

—No es lo que buscamos —concluyó Dameros.

—Lástima, esperaba poder ayudar.

—No te lamentes. Hay que seguir intentándolo, encontraremos la forma —dijo Dameros con energía—. La contendremos en un orbe y no se degradará, estoy convencido.

—No olvidemos que también hay que investigar cómo usar la energía dorada en otras formas… —dijo Lasgol.

—¿A qué te refieres? —preguntó Dameros.

Aquasmares inclinó la cabeza.

—¿Otras formas?

Lasgol asintió.

—Sí, más dañinas para los dragones.

—Explícate —pidió Dameros con expresión de que no entendía a qué se refería.

—Me refiero a hacerla estallar —añadió Lasgol.

Dameros y Aquasmares lo miraron con expresiones de que eso tenía una gran dificultad añadida.

—A eso llegaremos cuando logremos encapsular la magia dorada en un orbe de vidrio —opinó Dameros.

—Entiendo que buscas lanzar el orbe provocando que explote al impacto —dedujo Aquasmares.

—Sí, esa es la idea. Similar a nuestras flechas elementales, que estallan al impactar —explicó Lasgol.

—Hacer que estalle lo veo complejo —Dameros arrugó su frente sudorosa.

—Yo también. La energía no estalla por sí misma, habría que hacerla reaccionar —elaboró Aquasmares.

—Ya, yo también lo veo complicado, pero si encontramos la forma de hacer estallar un orbe cargado de energía dorada sería algo que al lanzar a los dragones los dañaría, quizá hasta de forma grave —explicó Lasgol.

—Una explosión de energía dorada seguro que los daña —Dameros asintió.

—Estoy de acuerdo de que en teoría funcionaría —afirmó Aquasmares.

—Y si funciona, podríamos crear flechas de Guardabosques de magia dorada. Mis compañeros ya las han pensado. Los arqueros podrían hacer mucho daño a un dragón y no necesitarían de un arco dorado como el mío o tener cerca a Dameros para untar las puntas de las flechas en energía dorada.

—Esas ideas son muy interesantes, sin duda. Y puede que sean viables, pero la dificultad que representan es enorme. De momento estamos teniendo bastantes problemas solo con contener la energía, no quiero ni pensar lo que nos costará hacer lo que sugieres —dijo Aquasmares.

—No hay que desanimarse. Antes solo yo experimentaba con esto y ahora tenemos este laboratorio y a todos trabajando contra los dragones —afirmó Dameros, que con la mano señaló al resto de magos allí abajo—. Estoy seguro de que conseguiremos avances importantes. Es solo cuestión de tiempo y paciencia.

—Espero que así sea —asintió Aquasmares, que no era tan optimista como el mago dorado.

—Estoy seguro de que lo lograremos entre todos —dijo Lasgol intentando infundir confianza y esperanza.

Quizá dieran la vuelta a la guerra contra los dragones, esa era al menos su esperanza.

Capítulo 13

Nahia y Eki llegaron a la zona norte de la cadena montañosa. A Nahia le sorprendió lo larga que era. Ahora entendía por qué estaban teniendo tantas dificultades los dragones para acabar con los rebeldes y los Desher Tumaini. Las montañas rojas eran además inexpugnables, como una gran fortaleza con forma de espina que parecía interminable. Las rocas representaban un impedimento enorme para los dragones. Pese a que eran criaturas de fuerza bestial y magia poderosa, poco podían contra una montaña. A Nahia le pareció una lección de la naturaleza.

«Allí veo al dragón Esker-Gorri-Lelo» envió Eki a Nahia.

«Lo veo también, está atacando lo que parece la entrada de una cueva en el lateral de la cordillera».

«Acerquémonos y veamos».

Nahia tenía mucha curiosidad e inquietud por saber qué estaba sucediendo allí.

Eki tomó tierra detrás del dragón rojo, que detuvo su ataque al verlos llegar.

Nahia vio que la gran cueva por la que intentaba colarse estaba llena de rocas. Era como si se hubiera producido un gran derrumbamiento en el interior taponando la entrada. Imaginó que no habría sido fortuito, sino que era labor de los que se refugiaban en su interior.

«Dragón raudo» saludó Esker-Gorri-Lelo con una leve inclinación de cabeza.

A Nahia se le hacía raro que los dragones saludaran a Eki con tanto respeto, pero era lo obligatorio ya que por rango estaba por encima de los dragones comunes, a excepción de los oficiales del ejército como capitanes y generales.

«Vengo a inspeccionar la zona y ver cómo podemos atrapar a los traidores y los nativos del desierto» informó Eki.

«Estoy atacando esta entrada y Erdi-Zuri-Ask la otra, en el lado opuesto de la montaña, algo más hacia el norte».

Eki miró la entrada a la cueva llena de enormes rocas que debían pesar una barbaridad y las que el dragón rojo había conseguido sacar ya y que estaban esparcidas por los alrededores.

«¿Va bien el avance?» preguntó Eki.

«Digamos que va. Por cada roca que quito ellos ponen otra en el interior. Es un juego de lo más frustrante. Son como ratones miserables poniendo piedras para que el gato no se los coma a bocados».

«Lo imagino. ¿Por qué estáis trabajando solo dos dragones aquí?».

«Hemos pedido refuerzos, pero el general necesita a todos sus dragones en el oeste. La única razón por la que estamos aquí es por lo sucedido…».

«Por las muertes de los tres dragones que vigilaban el portal y la ciudad» razonó Eki.

«Así es».

«¿Crees que conseguiréis entrar?».

Nahia deseó que dijera que no, pero no estaba del todo segura. La fuerza y brutalidad de un dragón eran tremendas.

«Con tiempo lo lograremos. Por muchas rocas que pongan, al final conseguiremos que se derrumben hacia el interior y podremos entrar. Lo que me llena de rabia es no poder hacerlo ya e incinerarlos a todos en el interior. Están justo al otro lado de esas rocas y por centenas».

«Te entiendo, es muy frustrante».

Nahia tuvo que contenerse para no enviar un mensaje del que se iba a arrepentir. Tenía que jugar su papel y dejar que Eki dirigiera la investigación y tratase con los dragones, por muchas ganas que tuviera de intervenir. Por el momento los dragones no habían abierto

ninguna brecha y eso era lo importante. Sus compañeros estaban a salvo.

Una sombra grande les hizo mirar a los cielos. Vieron a Erdi-Zuri-Ask, que anunció su llegada con un rugido poderoso. El dragón blanco alcanzó su posición y tomó tierra junto al rojo.

«Van casi al mismo ritmo que yo. Quito dos rocas y ellos ponen dos más en el interior. Así no tiene sentido seguir» envió el dragón blanco junto a un sentimiento de enorme frustración.

Nahia dio gracias a los cielos de que aquellos dragones no fueran todo lo inteligentes que deberían ser. ¡Una ventaja a tener en cuenta e intentar explotar allí en el desierto! Por desgracia, Nahia sabía que había dragones mucho más listos que aquellos.

«Sí, no parece óptimo» envió Eki.

A Nahia le pareció captar cierto regodeo en el mensaje. Eki estaba pensando lo mismo que ella.

«Tenemos que abrir paso en dos entradas y solo somos dos» se quejó Esker-Gorri-Lelo.

Nahia pensó que quizá se debiera a que el sol del desierto les derretía la mollera y podía estar afectando al raciocinio de los dragones. Ella estaba asada, eso seguro. La armadura la protegía de los rayos del sol, pero no del calor. Con cada rato que pasaban a la intemperie se iba cociendo un poco más en sus propios sudores.

«Vamos a intentarlo los dos de este lado» propuso Erdi-Zuri-Ask a Esker-Gorri-Lelo.

«Iremos más rápido, eso seguro» dijo el dragón rojo.

«Si vamos más rápidos que ellos, ya tenemos esa parte ganada» respondió el dragón blanco al que parecía que se le había despertado el intelecto de lo frustrado que estaba.

«¡Vamos, hay que acabar con los traidores!» envió Esker-Gorri-Lelo.

«¡Y con las ratas del desierto que los cobijan!» envió Erdi-Zuri-Ask.

Las dos criaturas comenzaron a enviar sus alientos elementales contra las rocas. Nahia no sabía muy bien por qué, pero lo entendió tras un momento. El golpe del caudal elemental, con todo su poder y fuerza, mandaba tierra, arena y rocas pequeñas por los aires y la fuerza del ataque combinado con el poder de la magia elemental las hacia saltar. No era solo que el fuego y los relámpagos atacasen la roca, era la fuerza del poder del ataque, que también castigaba todo lo que tenía delante.

«Será mejor que os apartéis» envió Erdi-Zuri-Ask.

«Os alcanzarán rocas si no os colocáis bien» advirtió Esker-Gorri-Lelo.

Un momento más tarde dejaban de usar su aliento elemental y comenzaban a lanzar rocas hacia atrás usando sus garras delanteras con tremenda fuerza.

Nahia se percató de que usaban sus colas como punto de apoyo para ayudar a mantener el equilibrio junto con las dos patas traseras. Lanzaban las rocas como si no pesaran nada, como si fueran de papel. La fuerza bruta de aquellas criaturas era terrorífica.

Volvieron a utilizar sus alientos sobre las rocas frente a ellos. Piedras, arena y tierra salían despedidos por el impacto tremendo de los caudales elementales de fuego y rayos. El dragón blanco, además, creaba fuertes corrientes de viento capaces de llevarse cualquier cosa que no fuera una gran roca por delante.

Nahia observaba la destrucción de la que eran capaces aquellos dos monstruos y comenzó a preocuparse mucho.

En el interior de las montañas ya eran conscientes de lo que sucedía y trabajaban a todo lo que daban sus fuerzas para taponar el agujero que estaban haciendo en el otro lado de la muralla de rocas y piedras. Todos los soldados y miembros de la tribu de los Desher Tumaini que cabían estaban en la caverna oeste intentando por todos los medios que los dragones no entraran.

Los gritos de los oficiales quedaban apagados por los estruendos de las rocas, que golpeaban las paredes de la caverna.

—No podemos traer más gente, ya no entran —explicó Aibin a los miembros del Escuadrón Rojo, que observaban la situación preocupados.

—Tenemos muchas manos para trabajar, pero no todas entran y tampoco es óptimo —razonó Taika, pensativo.

—Sí, parece que se están estorbando —comentó Ivo—. Trabajan desorganizados.

—Están nerviosos y cada vez lo estarán más si siguen cayendo rocas hacia el exterior —advirtió Aiden.

—Tenemos que poner orden —opinó Lily—. Los oficiales no lo están consiguiendo.

—A nosotros nos escucharán —afirmó Taika.

—De acuerdo, dividamos el trabajo en tres —propuso Taika—. Escuadra Ardiente, encargaos de la carga de los carros, Escuadra Candente del transporte, nosotros nos encargaremos de la descarga.

Brendan y Logar asintieron.

—Pongámonos a ello, por el ruido que llega las cosas no pintan nada bien —dijo Ivo.

—Los vigías informan de que hay tres dragones fuera —exclamó Aibin.

—Si los tres atacan la entrada a la vez esto se va a poner muy difícil —opinó Lily con un gesto de disgusto.

—Tres dragones podrán hacer agujero. Son demasiado poderosos para que esas rocas los detengan —afirmó Aiden.

Hubo un momento de silencio. No querían reconocerlo, pero Aiden tenía razón.

—Hay que asumir que puede suceder lo peor —advirtió Dafne a Aibin.

—Entiendo. Iré a hablar con mi hermano y prepararemos una línea de defensa más al sur. Si consiguen entrar tendremos que retirarnos rápidamente hacia las cavernas más pequeñas.

—¿Podremos pasar? —preguntó Logar.

—El problema es que los pasajes se van estrechando y aquí hay mucha gente, miles de personas. Se formarán tapones, me temo —dedujo Aibin pensativo.

—Tendremos que organizarlo bien —dijo Dafne.

—Si entran, el desalojo será caótico —asintió Taika.

—Y los dragones podrían alcanzar a los más atrasados —dijo Logar.

—Pensaré en alguna estrategia —dijo Aibin—. Dejaremos un pasaje abierto.

—¿Seguro? —preguntó Brendan.

Aibin asintió.

—Seguro, podréis retiraros.

—No lo digo solo por eso… lo digo por los dragones. Es un riesgo dejarles avanzar al interior de las cavernas.

—Lo es, pero los Desher Tumaini sabemos lo que debemos hacer. Si podemos salvaros, lo haremos. Esperaremos hasta el último momento y luego sellaremos la entrada a la sección media de la montaña.

Todos entendieron qué sucedería si no conseguían cruzar a tiempo.

—¡Muy bien, todos al trabajo! ¡Hay que impedir que entren! —dijo Dafne.

Las tres escuadras entraron entre la multitud de soldados y nativos y se separaron para llevar a cabo la función que debían cumplir. La marea de gente, carros y roca y el tremendo estruendo que reinaba en el lugar pareció devorarlos.

Un momento más tarde, la Escuadra Ígnea llegaba a las grúas de poleas que volcaban las rocas contra la barrera que taponaba la entrada. Las grúas eran estructuras enormes de metal y madera de entre cinco y diez varas de altura y para operarlas se necesitaba un ejército.

La Escuadra Candente llegaba a los carros y comenzaba a poner orden. Los carros eran también descomunales y una vez cargados moverlos era un trabajo de titanes. Requerían de cientos de hombres por carro.

La Escuadra Ardiente desapareció en la caverna posterior, donde estaban cortando las grandes rocas que luego se cargaban en los carros para transportarlas a la entrada oeste.

El estruendo de rocas cayendo les indicó que debían darse prisa. Fuera estaban avanzando rápido y ellos tenían que ser tan ágiles o más para evitar que entraran.

Los dos dragones en el exterior estaban consiguiendo remover muchas rocas y empezaban a hacer hueco. Les estaba llevando mucho trabajo y tiempo, pero estaban consiguiendo sacar grandes cantidades de piedra y tierra. El progreso era ostensible.

Nahia veía que la situación comenzaba a ponerse fea y empezó a temer que abrieran un agujero y entraran. La fuerza bruta de los dos dragones era tremenda. Viendo el ritmo que llevaban, podrían lograrlo pronto.

«¿No puedes ayudar, dragón raudo?» envió Esker-Gorri-Lelo.

«Sí, eso, los culpables están ahí dentro. ¡Ayúdanos!» pidió Erdi-Zuri-Ask que atacaba una sección de la entrada con su aliento elemental.

Nahia se temió la respuesta de Eki.

«Mi poder elemental no es como el vuestro. Me temo que no tiene efecto en esta situación».

«Ya, los dragones plateados tenéis una magia muy extraña» envió el dragón rojo y lanzó otra roca sobre su cabeza.

«Tu magia puede que no sirva en esta situación, pero tu cuerpo seguro que sí. Puedes quitar rocas, aunque no sean grandes» envió el blanco, mucho más grande que Eki.

Eki no dijo nada por un momento.

«Negarme más resultaría sospechoso» envió a Nahia.

«No puedes ayudarles. Si entran habrá miles de muertos».

«Tampoco puedo quedarme sin hacer nada cuando mi misión me obliga a entrar».

«No lo hagas» envió Nahia a Eki junto a un sentimiento de enorme preocupación.

«Para llegar a los responsables de lo sucedido, que es tu deber, debes colaborar con nosotros» explicó Erdi-Zuri-Ask.

«No es una labor gloriosa, pero si hay que sacar roca para acabar con el enemigo, se saca» envió Esker-Gorri-Lelo.

Los comentarios iban ahora con cierto grado de enemistad. Los dragones no iban a aceptar que Eki no colaborase.

En ese momento apareció sobre sus cabezas el capitán Zuri-Bigar-Des, que descendió junto a ellos.

«¿Cómo va el avance? ¿Conseguiréis entrar?».

«Si el dragón raudo nos ayuda, lo lograremos» dijo Esker-Gorri-Lelo.

«Sí, pero parece que no le gusta el trabajo duro» comentó Erdi-Zuri-Ask.

El capitán miró a Eki.

«Sé que es una labor que está por debajo de lo que un dragón raudo debe hacer, pero la recompensa en este caso lo merece. Los perpetradores del asesinato de los tres dragones están ahí dentro. Ayuda, entra y mátalos. Es lo que el general quiere, es lo que debes hacer y te lo ordeno» dijo el capitán con tono claro de que era una orden que no iba a poder rechazar.

«Está bien. No es trabajo para un dragón raudo, pero ayudaré. Yo no desobedezco las órdenes de mis superiores».

«¡No!» envió Nahia a Eki con un grito de desesperación.

«Créeme, es mejor así».

Eki comenzó a retirar rocas pequeñas.

«Os dejo a ello. Espero noticias positivas. Estaré en la ciudad, si me ausento lo más mínimo, esas ratas humanas de los desiertos y los esclavos Felidae se desvían de lo que deben estar haciendo».

El capitán salió volando con un rugido de rabia.

Esker-Gorri-Lelo y Erdi-Zuri-Ask continuaron castigando las rocas con sus alientos elementales para luego despejar los destrozos que conseguían hacer con sus garras. Eki no usaba su aliento elemental y se limitaba a quitar las rocas no tan grandes que estaban en su lado. Se habían colocado los tres frente a la entrada de la caverna y la ocupaban por completo. El dragón rojo a la izquierda, el blanco en medio y Eki a la derecha.

Nahia había desmontado y observaba apartada con el corazón angustiado.

Capítulo 14

Dafne sudaba y estaba cubierta de tierra y arena. El pañuelo que le cubría la nariz y la boca ayudaba, pero los pulmones comenzaban a resentirse.

—¡A la izquierda, más altura! —gritaba dando indicaciones a los soldados que manejaban las grúas del lado izquierdo.

Elevaban una enorme roca desde uno de los carros y la iban a soltar sobre las que taponaban la entrada. Lo vital era descargarlas con cuidado y en el lugar que debían. Si fallaban en la descarga se podía producir un accidente que costaba vidas.

—¡Arriba, más al fondo! —daba órdenes Taika en la grúa de la derecha, también cubierto de tierra y polvo y con un pañuelo para protegerse boca y nariz.

—¡Cargad, rápido! —ordenaba Ivo en el centro, señalando con sus largos y poderosos brazos.

Para manejar las grandes grúas de poleas se requería de cientos de personas que tiraban de cuerdas para elevar las rocas y hacerlas luego girar. Cada grúa tenía más de trescientos entregados soldados y nativos maniobrando numerosas cuerdas de gran grosor. Aunque el sistema de poleas ayudaba un poco, casi todo el trabajo y esfuerzo lo hacían ellos. Las grúas tenían redes trenzadas también de cuerda en forma de cuchara con las que cogían y levantaban las rocas. Todo era muy primitivo y manual, pero funcionaba gracias a que había miles de personas trabajando.

La operación más peligrosa era cargar una gran roca en la grúa y también la que más tiempo llevaba. El grupo de descarga, compuesto por un centenar de hombres para cada carro, sufría para colocar la cuchara de la grúa bajo las grandes rocas. Ya se habían producido accidentes y algunas personas habían muerto. Cuando

sucedía, los camilleros se los llevaban rápido para intentar salvarles la vida y que la moral no decayera entre los que seguían trabajando.

Se escuchó un estruendo. Habían arrancado dos rocas pesadas en el otro lado. El sonido les llegó como si fuera allí mismo. No entraba luz, por los que los dragones no habían conseguido entrar, todavía.

—¡Están muy cerca! —se dio cuenta Lily, que dirigía a los soldados que maniobraban con el carro que acababan de vaciar.

—Los señores dragones entrarán. Todo esto es en vano… —opinó Aiden mientras ayudaba a varios Desher Tumaini a empujar una roca que se había desprendido hacia el interior.

La situación se estaba volviendo desesperada. Grupos de soldados y nativos de los desiertos estaban comenzando a llevar rocas sobre sus cuerpos entre varios, como hormigas de una colonia intentando taponar una abertura por donde entraría el agua para ahogarlas a todas.

En el centro de la gran caverna, la Escuadra Candente dirigía las operaciones de los carros de transporte. Cinco líneas de carros avanzaban empujadas por un par de millares de soldados y nativos de ojos rubís. Logar lo hacía por la línea uno; a su derecha con otro carro cargado iba la Drakónida Lita, que a diferencia de Aiden, apoyaba la rebelión por completo; y en la línea tres estaba Valka, la fuerte Tauruk-Kapro. Beck iba en la siguiente. Comparado con Logar, Lita o Valka, el Fatum parecía un niño, pero daba órdenes tan bien como ellos. En la última línea iba Rogis, el Escarlatum, que tosía por efecto del cargado aire que estaban respirando. Balk se encargaba de despejar el camino de vuelta y estaba más retrasado dando órdenes.

En la caverna siguiente, hacia el sur, de donde estaban sacando la roca y tierra que portar, estaba la Escuadra Ardiente. Brendan y el Kapro Cordelius estaban dando instrucciones. Una infinidad de soldados y nativos trabajaban en cortar roca con martillos, cinceles y barras de acero terminadas en punta. Era un trabajo terrible y agotador. Por ello, la Felidae pantera Lara y la Fatum Evelyn se

encargaban de rotar los trabajadores y dirigirlos. El Drakónido Draider y Elsa, la Escarlatum, ayudaban a dirigir el trasporte de la roca conseguida a la zona de carga de los carros.

Todos trabajaban con toda su energía y espíritu, pues todos eran conscientes de que, pese a ellos, no había seguridad de que se fueran a salvar. El gran problema que tenían era que, incluso siendo tantos, eran demasiado lentos extrayendo las rocas, transportándolas y colocándolas taponando la entrada. Por cada roca que conseguían poner, los dragones de fuera quitaban dos. Si el ritmo continuaba, era solo cuestión de horas que perdieran la batalla y los dragones consiguieran entrar.

El Escuadrón Rojo era consciente de aquello e intentaba por todos los medios que el proceso fuera más rápido e impedir que los dragones entraran.

En el exterior la noche ya había caído y Nahia observaba a los tres dragones trabajar sin pausa. Esperaba que en cualquier momento se pararan a descansar, pero por ahora no había sucedido. Esto la llenaba de aprehensión porque veía la cantidad de roca y tierra que estaban quitando y era monumental. A la espalda de los dragones se estaba formando una montaña con todo lo que estaban extrayendo de la entrada a la caverna. Cuanto más crecía aquella montaña, más preocupada estaba Nahia.

«Un poco más y ya lo tenemos» envió Esker-Gorri-Lelo junto a un sentimiento de triunfo. Luego usó su aliento elemental de fuego para acabar con la tierra alrededor de una gran roca que intentaría quitar después.

«Sí, ya puedo olerlos. Hoy voy a cenar humanos» envió Erdi-Zuri-Ask. El dragón blanco lanzó una roca a un lado, casi como si la estuviera atacando.

«¿No deberíamos descansar?» envió Eki.

Nahia captó por el vínculo que Eki en realidad no estaba cansado, era una maniobra para perder tiempo.

«¿Ahora que ya casi lo tenemos? ¡De eso nada!» envió el dragón rojo.

«Si descansamos y ellos no, perdemos la ventaja que tenemos» envió el dragón blanco.

«Yo no estoy acostumbrado a estos trabajos tan rigurosos» envió Eki que, aunque era verdad, no era la causa de que quisiera parar.

«¡Ja! Los gloriosos dragones raudos… Seréis muy buenos y rápidos en el aire, pero lo que es trabajar en tierra…» envió Esker-Gorri-Lelo.

«Espero que seas mejor matando que moviendo rocas» envió Erdi-Zuri-Ask y lanzó un ataque elemental contra unas rocas a punto de caer.

Eki había estado disimulando y, aunque había movido unas cuantas, lo había hecho a un ritmo muy lento.

«Los dragones raudos somos más veloces y maniobrables en el aire. También somos excelente luchadores, en el aire. Mover rocas no es una de nuestras virtudes» se defendió Eki.

«No lo ponemos en duda, vuestra fama os precede. Sobre todo, combatiendo a esos malditos Gryphos» envió Esker-Gorri-Lelo, que no dejaba de sacar rocas.

«Nada peor que un grypho, ahí te doy la razón» opinó Erdi-Zuri-Ask.

«La próxima vez que me necesitéis, por favor, que sea en el aire y con gryphos» dijo Eki intentando llevarse bien con los dos dragones, por lo que pudiera pasar.

«De eso nada. Yo no quiero saber nada de gryphos» dijo Esker-Gorri-Lelo.

«Ya somos dos. Es mucho mejor matar humanos en tierra» se unió Erdi-Zuri-Ask.

Nahia sintió que el estómago se le retorcía con las palabras del dragón blanco. No eran más que criaturas deleznables, unos déspotas abusivos sin escrúpulos ni conciencia que se aprovechaban de ser más fuertes y poderosos que los humanos. No le extrañaba que no quisieran luchas contra gryphos, porque podían matarlos y eran casi tan grandes y poderosos como ellos. Y, sobre todo, eran

superiores en el aire, por muy dueños y señores de los cielos que los dragones se creyeran.

Los dos dragones continuaron sacando roca y tierra, y Eki disimulando lo mejor que podía. Y llegó el momento fatídico que Nahia estaba temiendo. El dragón blanco consiguió quitar una enorme roca y algo en la entrada de la cueva se movió. Se produjeron un par de derrumbamientos, uno hacia el interior y otro hacia el exterior.

«¡Ya los veo! ¡Son nuestros!» exclamó Erdi-Zuri-Ask.

«¡Mátalos! ¡A todos!» envió Esker-Gorri-Lelo.

El dragón blanco envió su aliento elemental por la cavidad que había conseguido hacer con todo el poder de un caudal de tormenta.

En el interior, Dafne gritaba a su cuadrilla de trabajo en la zona baja de la barrera de rocas.

—¡Apartaos! ¡Van a caer más!

—¡Han abierto una brecha! —avisó Taika.

Ivo y Aiden intentaban sacar a varios soldados de debajo de las rocas que se habían derrumbado hacia el interior.

—¡Moved el carro o lo perderemos! —gritó Lily, que intentaba que un segundo derrumbamiento no destrozara el carro que acababan de descargar.

El aliento elemental de tormenta del dragón blanco entró por la zona medio alta de la entrada de la caverna. El agujero que habían conseguido abrir se hizo de pronto visible al entrar el caudal de rayos y vientos, y más rocas y tierra salieron despedidos hacia el interior de la gran caverna.

—¡Cuidado! ¡Aliento de dragón de tormenta! —exclamó Taika.

—¡Agachaos! ¡Que no os alcance! —pidió Dafne.

Los rayos y vientos entraron a una altura que quedaba por encima de ellos. Llovieron piedras y tierra al interior por la potencia del caudal y de los vientos, y algunos rayos rebotados estuvieron a punto de alcanzar a varios de los soldados.

—¡Hay que tapar esa abertura! —pidió Taika.

—Yo me encargo —dijo Dafne y se puso a dirigir una de las grúas que acababan de cargar con una roca enorme.

Los soldados que la manejaban seguían las instrucciones de Dafne mientras continuaban cayendo rocas y tierra por efecto del aliento elemental del dragón.

Al ver que los dragones habían conseguido abrir una brecha, el ánimo empezó a decaer y el nerviosismo a crecer.

—¡Adelante! ¡Seguid trabajando! —gritó Logar mientras gesticulaba en medio de la caverna dirigiendo su línea de carros.

Muchos de los que tiraban de ellos estaban parados contemplando lo que creían que era el principio del fin.

—¡Hay que llevar más roca! ¡Rápido! —gritaba Lita a los de su columna, que se habían parado al ver entrar el ataque elemental.

—¡Tenemos que taponar el agujero! ¡Necesitan roca! —decía Valka a los de su línea de carros, que también observaban temerosos cómo la pared comenzaba a desmoronarse.

—¡Todavía podemos rechazarlos! —gritaba Beck a los de su línea para levantarles el espíritu.

En la cueva posterior, donde la Escuadra Ardiente trabajaba consiguiendo roca, Brendan y Cordelius ya se habían dado cuenta de lo que sucedía, aunque, por fortuna, la mayoría de los soldados y nativos que tenían con ellos todavía no.

—¡Seguimos trabajando con todo! —avivó Cordelius.

—¡Hay que sacar más roca! —Brendan intentaba que fueran más rápido, pero estaban muy cansados e iban muy justos de fuerzas.

Después de dar instrucciones sacó la cabeza para ver cómo iba la Escuadra Ígnea y vio a Dafne en una de las grúas.

—¡Hay que poner la roca en el agujero! ¡Rápido! —gritaba a los soldados que tiraban de las cuerdas para levantar una pesada piedra de gran tamaño. Consiguieron elevarla tirando todos a una.

—¡Más a la derecha! —indicó Dafne señalando el agujero.

Le estaban cayendo encima fragmentos de tierra y piedras debido al ataque del caudal elemental y se cubría la cabeza con los antebrazos.

En el lado opuesto de la entrada de la caverna, Taika estaba dirigiendo otra de las grúas con la misma intención.

—¡Arriba! ¡Girad a la izquierda! —indicaba a los soldados que manejaban la grúa.

Las dos enormes rocas estaban casi en posición para cerrar el agujero abierto.

—¡Esperad a que os lo indique para soltar! —dijo Dafne a los de su grúa.

—¡Aguardad a mi indicación! —dijo Taika a los suyos.

El aliento elemental dejó de entrar por la abertura.

Los dragones podían mantener sus alientos por un buen rato, pero no de forma indefinida. La habilidad mágica tenía un límite de tiempo y poder y, por fortuna para ellos, toda magia tenía limitaciones, incluida la de los dragones.

—¡Ahora! ¡Soltad! —ordenó Dafne al ver que el aliento ya no entraba.

—¡Soltad, rápido! —gritó Taika a los de su lado.

Las dos enormes rocas se situaron sobre la abertura, primero la del lado de Dafne, que quedó bien encajada. La de Taika se situó junto a la primera, algo más arriba. Entre las dos consiguieron taponar la entrada abierta.

—¡Gran trabajo! —exclamó Lily muy contenta.

Ivo y Aiden habían terminado de sacar a los muertos y heridos de debajo de los escombros y miraban hacia las piedras que acababan de poner.

—¿Aguantarán? —preguntó Ivo con la frente llena de sudor mezclada con tierra.

—Nada aguanta el poder de los dragones —afirmó Aiden.

Nada más decirlo, unas llamas terribles surgieron de entre las dos rocas. Era el dragón rojo el que atacaba ahora.

—Aguantarán —dijo Lily con convicción.

Las llamas continuaron saliendo de entre los huecos como si buscaran el camino para entrar a lamerles con lenguas de fuego. Todos observaban muy preocupados.

Una de las dos rocas, la más alta, se movió y luego se desencajó. Un momento después cayó al suelo con un tremendo estrépito y las llamas aparecieron llenando el espacio que dejaba libre.

—¡Apartaos! —gritó Dafne.

Ivo y Aiden se tiraron a un lado y la roca cayó frente a ellos para rodar hacia el interior.

Era tan grande que pasó por encima de una veintena de los operarios de las grúas que murieron aplastados, para finalmente chocar contra uno de los carros que llegaba con más rocas. El estrépito fue tremendo.

Lily miró a Aiden, que se levantaba del suelo.

—A veces eres realmente odioso.

—Digo la verdad —respondió el Drakónido y ayudó a levantarse a Ivo.

Un rugido enorme entró por el nuevo agujero seguido por más llamas.

Capítulo 15

Dafne observaba el fuego entrante con creciente preocupación, pero no podía dejar que se le notara. El grupo de operarios de grúa que lideraba debía verla fuerte y comandando con confianza.

—¡No podemos rendirnos! —gritó—. ¡Seguid en vuestros puestos!

—¡Necesitamos otra roca, rápido! —pidió Taika desde el otro lado a los que llegaban con los carros.

Ivo y Aiden fueron a ayudar mientras las llamas y la fuerza del ataque elemental comenzaban a hacer que la otra roca recién situada peligrara.

—¡Más rocas, rápido! —pidió Lily en el centro.

Logar llegó con un carro en el que trasportaban una roca enorme tirado por su equipo de trabajo.

—Aquí, Taika, coged esta —indicó.

Taika asintió y dio instrucciones a la cuadrilla de trabajo de su grúa. Con la ayuda de Logar y de los que tiraban del carro consiguieron poner la gran roca en la grúa.

—Me retiro a por más —dijo Logar a Taika y se llevó el carro.

Su grupo de trabajo empujaba con fuerza y despejaban la zona.

En el lado de Dafne llegaba Lita con otro carro tirado por un par de centenares de soldados y nativos que traían otra piedra enorme.

—¡Gracias, Lita! —agradeció Dafne.

De inmediato todo el grupo de la Fatum se puso a cargar la gran roca en la grúa. Los que tiraban del carro ayudaban como podían, aunque se apreciaba la angustia en sus rostros. Miraban hacia la abertura con ojos de que no querían ver lo que estaban viendo.

El fuego entraba con fuerza.

—¡Todos centrados! ¡A una! —pidió Dafne.

—¡Que nadie se detenga! —secundó Lily viendo cada vez más llamas entrar.

De pronto, unas llamas lograron alcanzar la grúa del centro. Lily contuvo la respiración deseando que no ardiera, pero no hubo suerte y la estructura se prendió fuego. Primero la parte superior, la más cercana al caudal de fuego y llamas. Luego comenzó a descender, como si las llamas quisieran llegar al suelo para alcanzarles a ellos. Parecían tener vida propia y muy mala intención. Lo peor era que no podrían hacer nada. Pesaba demasiado para moverla y estaba sujeta al suelo por grandes rocas que tampoco podían mover.

—¡Apartaos de la grúa! —pidió Lily a los que la manejaban.

—¡Soltad las cuerdas, el fuego os llegará por ellas! —gritó Ivo a los que tiraban de ellas, que vieron cómo la gran grúa ardía como si fuera una enorme pira funeraria.

Y la cosa empeoró en un momento. El dragón blanco se unió al rojo y los dos atacaron la roca que acaban de colocar y que ya se movía.

—¡Atención! ¡Se mueve, puede caer! —advirtió Lily señalando la gran roca.

—¡Apartaos de la grúa, va a desmoronarse! —dijo Aiden a los que estaban en las primeras filas.

Un instante después la enorme grúa caía al suelo como un gigante en llamas. Los trabajadores corrieron a ponerse a salvo.

Taika intentaba colocar una roca donde el ataque se estaba produciendo.

—¡A la izquierda! ¡Con cuidado! —dirigía la operación.

Dafne también lo intentaba, pero estaba teniendo más dificultades. La grúa había caído hacia su lado y los restos en llamas impedían trabajar.

—¡Apagad la grúa y retiradla! —ordenó.

Un grupo nutrido de soldados llegó con cubos de agua que ya tenían preparados para dar de beber a la gente y los lanzaron sobre

las llamas. Luego usaron sus vestimentas para apagar los restos que no había podido apagar el agua.

Ivo y Aiden se unieron en las tareas de extinción y desescombro.

—Tenemos que quitar esto de aquí, ¡rápido! —dijo Ivo a Aiden.

—De acuerdo —respondió el Drakónido.

Trabajaron tan rápido como pudieron. Por suerte eran muchos allí dentro y, entre todos, lo lograron enseguida, aunque no sin dolor. Varios terminaron con quemaduras en manos y brazos.

El fuego y los rayos entraban por la abertura. La pared no iba a aguantar.

Un momento después la roca caía hacia el interior con un gran estruendo. Golpeó primero sobre la parte baja de la barrera de la entrada matando a los que estaban trabajando allí y luego salió propulsada hacia el interior llevándose por delante a un centenar del grupo de los carros de Beck que llegaban con más rocas.

—¡Maldición! —se lamentó Dafne.

—¡Hay que taponar ya! —dijo Taika.

Los dos dirigieron los grupos en sus grúas y les dieron instrucciones. Las cuadrillas estaban atemorizadas.

—¡No temáis, lo vamos a conseguir! —intentaba animar Dafne.

—¡Centraos en el trabajo, no penséis en el ataque! —decía Taika.

Sus grupos parecieron calmarse un poco y tiraron de corazón para seguir trabajando. Dafne y Taika los hicieron esperar hasta que los alientos elementales hubieran terminado y entonces dieron la orden de colocar las dos grandes rocas.

—¡Ahora, rápido! —instruyó Taika.

—¡Vamos, ahora! —ordenó Dafne.

Las cuadrillas tiraron de las cuerdas para situarlas en posición.

Un momento después las ponían taponando el agujero.

Por un instante todos aguardaron atentos, pero no sucedió nada.

—¡Lo logramos! —exclamó Dafne—. ¡Entre todos podemos!

Las cuadrillas de las grúas y carros observaron el logro y la esperanza resurgió en sus corazones.

Y en ese momento fuego, rayos y tierra golpearon la roca que había puesto el grupo de Dafne y salió despedida hacia el interior, cayendo sobre ellos y aplastando a un centenar. Muchos murieron y otros quedaron heridos entre gritos de dolor.

Por el agujero creado entraban los caudales de aliento elemental de los dos dragones.

En el exterior, Nahia no podía creer la mala suerte que estaban teniendo. El dragón marrón se había acercado a ver cómo iban y había cogido el sitio de Eki a petición de los otros dos dragones.

«¡Así me gusta! ¡Hemos vuelto a hacer espacio!» exclamó el dragón rojo pletórico mientras continuaba enviando su aliento de fuego.

«Ya os he dicho que entre los tres lo lograríamos» envió Erdi-Zuri-Ask, el dragón blanco, que se centraba en alcanzar con su ataque la misma roca que el rojo.

«Solo venía a saludar, pero esto es todo un logro al que me uno» envió el marrón, cuyo aliento elemental de rocas y piedras golpeaba con tremenda fuerza.

«Contigo avanzamos mucho más rápido que con el dragón raudo» envió Esker-Gorri-Lelo, el dragón rojo.

«No te ofendas, pero con el aliento elemental de tierra vamos mucho más rápido» envió el dragón blanco a Eki.

«No me ofendo. Entiendo que es una solución mejor al problema».

«Eso, no quería ofenderte, solo digo que para esto no sirves mucho» envió el dragón rojo.

Eki suspiró.

«No hay problema, entiendo mis limitaciones» disimuló Eki.

Nahia estaba muy inquieta. Estaban a punto de conseguir entrar.

¿Por qué había tenido que venir aquel dragón?

«Van a conseguir entrar» envió a Eki.

«Es inevitable, su poder es mayor que la capacidad de los de dentro para que no entren».

«Tenemos que hacer algo».

Nahia veía que estaban a punto de conseguirlo.

«No vamos a hacer nada, si lo hacemos esos tres nos matarán. Nada va a impedir que disfruten de su recompensa. Llevan mucho esfuerzo y frustración acumulado para permitir que nada lo cambie».

«No dejaré que maten a mis amigos».

«Si haces algo te mataran a ti y entonces Logan morirá. ¿Es eso lo que pretendes?».

«¡No, claro que no es eso!».

«Pues quédate quieta, callada y no intervengas. Te aseguro que en el estado de furia en el que están esos tres, no tendrán piedad contigo».

Nahia sabía que Eki tenía razón, pero no podía permitir que aquellos monstruos entraran en las montañas y mataran a todos. Tenía que pensar algo. Lo que daría por que Egil estuviera allí para ayudarla con alguna idea brillante. Aunque en aquella situación, hasta él tendría dificultades.

Los dragones enviaron su aliento elemental sobre la otra roca que los defensores acababan de colocar y esta salió despedida hacia el interior.

«¡Oh, no!» exclamó Nahia.

«Han abierto paso. Lo siento» envió Eki junto a un sentimiento sincero de que lo sentía por ella.

La roca cayó sobre el grupo de trabajo de Valka matando a la mitad, que tiraban del carro hacia la entrada. La Tauruk-Kapro se salvó por dos dedos. Un suspiro más abajo y la roca le hubiera impactado directa en la cabeza.

Ahora el agujero que habían conseguido hacer era lo suficientemente grande para que uno de los dragones metiera la

cabeza.

Taika se dio cuenta.

—¡Retirada! ¡Van a meter la cabeza! —gritó.

Dafne veía los tres caudales entrando por la abertura y agrandándola. Estaban erosionando alrededor para hacerlo más grande.

Taika tenía razón. Una cabeza podría entrar en cualquier momento y lanzar el caudal elemental sobre ellos. Había que retroceder. Le partía el alma tener que hacerlo, porque significaba una derrota enorme, pero no podían quedarse allí. Los iban a matar a todos.

—¡Atrás todos! —gritó Dafne.

Los grupos de trabajo comenzaron a abandonar sus posiciones, pero iban muy despacio, como si hubieran perdido el alma.

—¡Huid, rápido! —Aiden empujaba a la gente para que se movieran más rápido. Había varios millares de personas allí y evacuarlas no iba a ser fácil.

Ivo miró la abertura y supo que tenían que salir todos de allí.

—¡Fuera todos! ¡Retroceded! —gritó a todo cuanto daban sus pulmones.

Varias rocas más cayeron al interior de la caverna. La última barrera de defensa se derrumbaba.

—¡Atrás todos! —gritaba Logar a su grupo de trabajo.

—¡Abandonad los carros! ¡Salid de aquí! —gritaba Valka.

Cada uno de los miembros de las escuadras Ígnea y Candente gritaba a sus cuadrillas que se retiraran. Los empujaban entre gritos y estaban consiguiendo que se movieran, pero eran demasiados para que todos lo hicieran a la vez.

—¡Abandonad la caverna! —gritaba Dafne, que gesticulaba para que salieran de allí corriendo.

—¡Rápido! ¡Los dragones van a entrar! —gritaba Taika y señalaba el agujero que cada vez era más grande.

Las rocas desaparecían hacia el exterior, lo que quería decir que los tres dragones estaban quitándolas con sus garras.

El muro defensivo comenzó a desaparecer. Toda la parte superior fue desvaneciéndose ante los ojos llenos de terror de los defensores, que huían de la caverna.

De pronto, el centro de la barrera salió despedido por los aires hacia el interior.

Los tres tragones estaban a punto de romper por completo la muralla de rocas.

—¡Entran! —gritó Dafne.

—¡Retirada! —clamó Taika.

La parte inferior de rocas que sellaban la entrada se derrumbó hacia el interior como una presa rota. Grandes piedras rodaron hacia dentro tras golpear la base de la entrada y pasaron por encima de los defensores, matando e hiriendo a los más retrasados.

—¡Ayudemos a los heridos y retirémonos! —exclamó Ivo.

Aiden asintió.

—¡Vamos, rápido! ¡No tardarán en entrar!

Lily se había echado a un lado para esquivar una de las rocas y se levantaba. Aiden llegó hasta ella y la ayudó a ponerse en pie. Estaba cubierta de suciedad de pies a cabeza, casi irreconocible.

—Hay que retirarse al interior.

—¿La defensa está perdida? —preguntó Lily con desesperanza en los ojos.

Aiden miró hacia la entrada y vio la cabeza de dos dragones asomando.

—Hay que salir de aquí ahora. ¡Vamos!

La cogió del brazo y echaron a correr hacia la cueva al sur.

Capítulo 16

Las escuadras Ígnea y Candente intentaban por todos los medios que se abandonara la caverna. Gritaban y empujaban a los soldados y nativos que se retiraban, pero no lo suficientemente rápido.

Dafne quería luchar, hacerles frente, pero los soldados vestían ropas de trabajo, al igual que los nativos, no llevaban armaduras ni tenían armas con las que defenderse. No era posible trabajar portándolas. Todas sus armas y armaduras estaban en las cavernas más al sur, donde se cambiaban antes de comenzar los turnos de trabajo. Tampoco era que aquel turno pudiera luchar mucho después de haber estado trabajando sin descanso para evitar que los dragones entraran. Estaban agotados de todo el esfuerzo que habían tenido que hacer y se les veía en el rostro.

Se escuchó un derrumbe y la barrera de rocas que sellaba la entrada quedó del todo destruida. El dragón rojo rugió y entró en la caverna.

«¡Malditas ratas del desierto! ¡Os voy a matar a todos!» envió y lanzó su aliento de fuego barriendo todo lo que estaba frente a él a doscientos pasos.

El pánico se apoderó de los soldados y nativos que intentaban huir y se produjo una estampida hacia las cavernas al sur. El fuego no consiguió alcanzar a nadie, ya que estaban a más de trescientos pasos, con excepción de las escuadras Ígnea y Candente, que se movieron con rapidez para salir del alcance del dragón.

—¡Tenemos que retroceder! —avisó Dafne.

—¡Mantened doscientos pasos de distancia! —dijo Taika.

Aiden miraba hacia el dragón rojo, que rugía victorioso.

—Está furioso, va a matar a todos cuantos pueda.

—Los mataría igual, aunque estuviera calmado —replicó Lily, que también miraba hacia el dragón.

—Evitemos que lo haga —dijo Ivo.

El dragón dio uno pasos hacia dentro y volvió a lanzar su aliento de fuego para despejar lo que hubiera delante, pero solo alcanzó las grandes rocas que habían caído hacia el interior y los carros abandonados. Las cuerdas que se usaban para tirar de ellos se prendieron fuego y la caverna pareció estar llena de serpientes llameantes que se consumían.

La caverna quedó desierta con la estampida, a excepción de los muertos que ardían o pronto lo harían. En el caos de la huida se habían producido empujones, tropiezos, caídas y, lo peor, pisadas. Algunos habían pasado sobre otros que habían caído al suelo en medio del caos. Esto había resultado en muchos heridos, aunque los más rezagados los estaban intentando sacar de allí lo más rápido posible.

Las escuadras Ígnea y Candente llegaron a la caverna adyacente hacia el sur, donde Brendan y la Escuadra Ardiente los esperaban. Entre todos rescataron a los últimos heridos. Varios grupos de soldados se acercaron y se los llevaron con ellos.

—Gracias —dijo Logar.

—Buen trabajo —felicitó Dafne.

Los soldados no dijeron nada y sacaron de allí a los heridos.

Brendan señaló hacia el sur.

—Van todos corriendo hacia las cavernas más profundas.

—Aibin habrá preparado la retirada —comentó Taika.

—Esperemos, porque… —Lily miraba hacia la caverna que acababan de dejar atrás.

El dragón blanco había entrado también y rugió proclamando su victoria, luego envió su aliento de tormenta barriendo todo frente a él.

—Tenemos que cubrir la retirada —dijo Dafne.

—¿Quieres hacer frente a los dragones? —preguntó Brendan sorprendido.

—Eso es bastante temerario —dijo Logar.

—Nos matarán —aseguró Aiden.

—Que se van a molestar si unos brujos de dragón les atacan, lo tengo bastante claro —dijo Lily.

—No perdonarán semejante traición —afirmó Taika.

Dafne miró hacia el sur. Había un tapón enorme en la salida de la siguiente caverna. Eran demasiados para que pudieran evacuar todos al mismo tiempo de forma fluida.

—Los van a alcanzar. Si no hacemos nada los matarán —dijo Dafne señalando las espaldas de los últimos en la siguiente caverna.

—También nos matarán a nosotros, son tres dragones —dijo Aiden.

El dragón marrón acababa de entrar en la caverna y al igual que sus dos compañeros rugió con fuerza y lanzó su aliento.

—No van a dejar nada vivo —comentó Ivo—. Vienen a matarnos a todos.

—Debemos proteger la retirada de alguna forma —dijo Dafne—, hacerles perder tiempo para que los nuestros puedan huir.

—No podemos ponernos delante de tres dragones, nos destrozarán —aseguró Logar.

—Cierto, pero algo más adelante quizá tengamos una oportunidad. Corramos hacia el sur —dijo Taika.

Los demás no sabían muy bien a qué se refería, pero los dragones ya avanzaban hacia ellos, así que no podían quedarse quietos.

—¡Rápido! ¡Al sur! —pidió Dafne.

Las tres escuadras echaron a correr y atravesaron la caverna en la que estaban. Los dragones continuaban rugiendo y enviando su aliento de muerte según avanzaban dando pasos poderosos. Por fortuna para los perseguidos, las cuevas eran muy amplias, pero no tan altas y los dragones no podían volar allí. El dragón rojo lo

intentó, pero se golpeó contra la parte superior de la caverna y cayó como un saco de piedras. Los otros dos no lo intentaron.

Las escuadras cruzaron la siguiente cueva hacia el sur, siempre corriendo en línea recta. Había cuevas a derecha e izquierda pero no tenían salida. Además, eran lo suficientemente grandes para que los dragones entraran, por lo que no eran lugares que ofrecieran ningún cobijo.

Llegaron al tapón.

—¡Avanzad! ¡Rápido! —gritó Dafne.

—¡Los dragones vienen! ¡Corred! —instó Lily.

Miraron atrás y vieron que los dragones ya entraban en la segunda caverna enviando sus alientos a las cavernas adyacentes. Venían a arrasarlo todo y a no dejar a nadie con vida. Rugieron victoriosos uno detrás del otro.

En el exterior Nahia no podía aguantar.

«Vamos dentro» envió a Eki.

«No es una buena idea…» respondió el dragón plateado.

«Sé que no es buena idea, pero quiero estar ahí. ¡Vamos!» insistió Nahia y se subió a la silla.

«Te meterás en un lío, puedes morir» Eki intentaba que lo razonara.

«Entra. Si he de morir es cosa mía».

«¿Y si no entro?».

«No te obligaré. Iré yo sola».

Eki lo pensó.

«Es muy mala idea».

«Entonces iré yo».

Nahia comenzó a desmontar.

«Espera, iremos juntos. Monta».

Nahia suspiró.

«Gracias» dijo a Eki y montó de nuevo.

Con paso cauteloso, Eki entró en la gran cueva. Frente a ellos vio a los tres dragones que avanzaban hacia el sur enviando sus alientos por delante. Más al fondo vieron a las escuadras y más allá a los defensores que huían.

«Aquellos que veo allí son brujos de dragón» dijo Eki a Nahia.

«No son cualquier brujo de dragón, son el Escuadrón Rojo. Mi escuadrón».

Eki suspiró.

«Lo imaginaba, eso significa que vamos a tener serios problemas».

«Puede que logren escapar».

«De momento parece que están atorados y sin escape».

«Son muy resolutivos. Saldrán de esta» envió Nahia convencida.

«Esperemos…».

Eki no se movió mientras los otros grupos sí.

«¿A qué esperas? ¡Vamos!» envió Nahia.

«Desde aquí vemos bien lo que sucede. Hay suficiente luz con todas esas antorchas en las paredes, es más prudente quedarse».

«Yo no quiero ser más prudente, quiero ir hacia delante».

«Por eso digo que mejor quedarnos aquí observando sin intervenir. Si tus amigos son tan buenos como dices, lograrán salir de esta. No tenemos por qué actuar».

«No emplees juegos mentales conmigo. Puede que seas muy estudioso y listo, pero yo no soy tan cortita. Estás haciendo esto para que no intervenga y no tengamos problemas».

«Es lo más razonable dada la situación en la que nos encontramos».

«No voy a hacer los más razonable, mis amigos están en peligro. Avanza o avanzo yo sola».

Eki volvió a suspirar.

«Está bien, pero no intervengas».

Eki comenzó a caminar tras los tres enormes dragones. Cuando estuvo cerca, el blanco se percató.

«Si quieres mirar, dragón raudo, de acuerdo, pero estas ratas son nuestras».

«No nos vas a quitar parte de nuestro entretenimiento» envió el dragón rojo.

Nahia no podía soportar a aquellos monstruos. Para ellos aquello era algo divertido.

Eki pasó junto a un grupo de cadáveres humanos calcinados. Monstruos sin escrúpulos… eso era todo lo que aquellas bestias eran. Temió que mataran a sus amigos. Quería gritarles que estaba allí, pero aquello no era buena idea, no conseguiría nada y alertaría a los dragones de que los conocía, lo que sería muy malo para ella. Era mejor no decir nada de momento.

Los seguirían. Eki tenía razón, si ella moría o era encarcelada, entonces Logan también perecería y no podía dejar que aquello sucediera.

«No intervendré, vuestra es la victoria y sus espolios. Solo quiero llegar a los cabecillas y ajusticiarlos por lo que hicieron. Esa es mi misión» envió Eki.

«Una vez que los alcancemos, poco te va a quedar para ajusticiar» envió el dragón marrón.

Nahia tuvo que ahogar un grito de rabia y frustración. Su llama comenzaba a encenderse en su interior.

El tapón de soldados y nativos consiguió por fin deshacerse y ahora parecía fluir más rápido hacia las cuevas interiores. El Escuadrón Rojo los siguió. Según pasaban por la entrada que había creado el tapón Dafne se dio cuenta del motivo: daba a una cueva más estrecha y la propia entrada era bastante más pequeña. Por allí los dragones tendrían que pasar de uno en uno, no había espacio para que pasaran uno junto al otro.

—¡Corred todos, hay que sacarles ventaja! —gritó Dafne.

—¡Rápido, rápido! —gritaba Brendan.

—¡Más fluido! —intentaba Logar.

Taika se detuvo un momento y miró a los perseguidores. Iban enviando sus alientos a derecha e izquierda, como exterminadores.

—Se entretienen, eso nos viene bien —comentó.

Dafne miró atrás.

—¿Veo un cuarto dragón?

—Creo que sí, uno plateado —dijo Taika.

—Cuatro dragones… esto va de mal en peor —opinó Lily.

—¡Sigamos hacia el sur! —pidió Logar haciendo señas.

Todo el escuadrón corrió siguiendo a soldados y nativos. Antes de llegar a la siguiente cueva cruzaron un pasaje que unía dos cuevas, también estrecho. Solo podría pasar un dragón por él.

Desembocaron en una cueva más grande y vieron a Aibin al fondo aguardando con un centenar de guerreros que llevaban antorchas en las manos. La entrada a la caverna estaba oscura, ya que no había luz ni en el pasaje anterior ni en la propia caverna.

—¡Venid rápido! —dijo Aibin, que les hacía señas para que se dirigieran a la salida junto a la que estaba.

Los soldados y nativos ya terminaban de salir por ahí y seguían corriendo en dirección sur.

—¿Todo bien? —preguntó Dafne.

—Sí, en la siguiente cueva los caminos se bifurcan en dos. Hemos dividido el flujo, por eso va más rápido ahora.

—Estupendo, porque ya tenemos a los dragones en las espaldas.

Aibin estaba muy serio, lo que indicaba que algo pasaba.

—¿Qué sucede? —preguntó Taika.

—Las salidas de las dos cuevas vuelven a confluir. Tendremos otro atasco. Son demasiados para que pasen a la vez.

—Y a los que vayan detrás les alcanzarán los dragones —dedujo Dafne.

—Eso me temo.

—¿No hay forma de agrandar el paso? ¿Quizá ir por otras cuevas? —preguntó Ivo.

Aibin negó con la cabeza.

—La salida final, la que hay que alcanzar para estar a salvo, es muy pequeña. Es así para que los dragones no puedan pasar.

—En ese caso hay que lograr que los dragones se retrasen —dijo Brendan.

—Sí, pero… ¿cómo hacemos eso? —preguntó Logar.

Taika se quedó pensando.

—Tengo una idea —dijo y miró hacia atrás.

Capítulo 17

Nahia iba sobre Eki con el corazón latiendo como un martillo golpeando un yunque y la llama ardiendo en su estómago.

«Debes tranquilizarte, noto que te estás alterando».

«Y más que me voy a alterar si esos dragones alcanzan a mis amigos».

Eki resopló por la nariz.

«Cálmate, por favor. Debes mantener la cabeza y la sangre frías».

«Eso es más fácil decirlo que hacerlo».

«Soy consciente, pero no puedes dejar que tus sentimientos te cieguen».

«Mis sentimientos no me ciegan. Veo muy bien lo que pasa y por ello se alteran mis sentimientos, por lo que presencio. Los tuyos deberían también».

«Yo soy de sangre calmada. Razono y no me ofusco».

«Pues a ver cómo razonas que estemos persiguiendo a unos pobres humanos por las profundidades de las rocas del desierto en las que se esconden de los que invaden su hogar y los matan sin miramiento».

Eki no dijo nada. Nahia vio que bajaba un poco la cabeza y por el vínculo captó que sentía algo de vergüenza por lo que estaba sucediendo. Siguieron avanzando hasta alcanzar a los tres dragones.

«La entrada a esa caverna se estrecha» advirtió Esker-Gorri-Lelo.

«¿Hay algún otro paso?» preguntó Erdi-Zuri-Ask.

«No, las cuevas a derecha e izquierda no tienen salida» dijo Vig-Des-Marroi, que venía de inspeccionarlas.

«Hay que seguir por esta, iré primero» envió Esker-Gorri-Lelo.

«De acuerdo. Yo te sigo» envió Erdi-Zuri-Ask.

El dragón rojo lanzó su aliento elemental al interior de la cueva antes de entrar en ella rugiendo, amenazador. La cueva estaba desierta a excepción de tres nativos que habían resultado heridos graves y habían muerto durante la huida. El dragón rugió victorioso al verlos y siguió avanzando. Llegó a la salida y vio que era un túnel.

Lo observó y lanzó su aliento de llamas al interior.

El dragón blanco entró en la cueva.

«¿Qué ves?» preguntó al rojo.

«Un túnel. Pasamos, pero justos».

«Vale, despéjalo, desembocará en otra cueva. Yo te espero aquí».

«De acuerdo».

El dragón marrón se quedó fuera.

«Avisadme cuando tenga que entrar».

«Te avisaremos» envió el dragón blanco.

Nahia y Eki se situaron detrás del dragón marrón.

Quería arrancarle la cabeza a aquel dragón. Miró la lanza y el escudo que colgaban a los costados de su silla de montar. Si era necesario, los utilizaría.

Eki debió captar el sentimiento.

«Tranquila… No hay por qué perder la calma».

Nahia inspiró, pero no conseguía relajarse, su llama cada vez era más intensa. No sabía qué sucedería si se incrementaba mucho. ¿Le daría un ataque como antes? ¿Quedaría inservible debido a su condición? La última vez que había sufrido un ataque terminó de una forma inesperada. Aquello no volvería a repetirse, ya que para eso sus sentimientos tenían que estar disparados. Ella debía estar al borde de la locura y del sufrimiento.

«Voy a entrar en el túnel» envió Esker-Gorri-Lelo.

«Espera, es mejor que vaya yo primero» envió Vig-Des-Marroi.

«¿Por qué es mejor?» el dragón rojo volvió la cabeza hacia el marrón.

«Porque lleváis trabajando demasiado tiempo y habéis consumido mucha de vuestra energía elemental. Ya me encargo yo de despejar el camino hasta llegar a las entrañas de este lugar, vengo más descansado».

«No estoy tan cansado» se negó el dragón rojo.

«Mira tus reservas de energía. ¿Las quieres agotar despejando cuevas vacías?».

«No, pero quiero matar a esas cucarachas del desierto».

«Mejor que abra camino él. Yo ando justo de reservas y también de fuerzas» reconoció el dragón blanco.

El otro se resistía a ceder la delantera. Cerró los ojos.

Nahia, que había visto cómo usaban su aliento elemental a destajo, imaginaba que su energía debía estar en las últimas, pero no sabía cuánta tenía un dragón, ni cuánta consumía con su aliento elemental. Era algo que debería estudiar, podría ser ventajoso en batalla.

«Está bien, ve delante. Yo también estoy bajo de reservas» concedió finalmente el dragón rojo.

Vig-Des-Marroi comenzó a avanzar.

Rugió un par de veces anunciando que llegaba por si había alguien al otro lado.

«¿Hay espacio suficiente para pasar?» preguntó Erdi-Zuri-Ask.

«Sí. Paso justo, pero bien. Aunque preferiría mil veces estar surcando los aires que en este túnel asqueroso» comentó el dragón marrón.

«Piensa en le recompensa» dijo Erdi-Zuri-Ask.

«¡Los voy a lapidar a todos! ¡Malditas cucarachas!».

«Deja algo para nosotros, nos lo hemos ganado» envió Esker-Gorri-Lelo.

«Algo sobrará, no te preocupes. Solo voy a abrir camino para vosotros. Os cedo el honor de la masacre» envió el dragón marrón.

«Así se habla» envió el rojo.

«Los muy traidores han apagado las antorchas. Está oscuro. ¡Como si eso fuese a detenerme!» envió Vig-Des-Marroi, que llegó al final del túnel.

«Envíales tu aliento de rocas y que mueran. Tendrá gracia que después de tanto picar y colocar rocas, sean estas las que los maten» envió Erdi-Zuri-Ask.

El dragón marrón metió la cabeza en la siguiente cueva y lanzó su aliento moviéndola de izquierda a derecha y barriendo en abanico lo que tenía delante. Si había alguien a doscientos pasos, moriría.

A doscientos cincuenta pasos aguardaban dos centenares de guerreros Desher Tumaini y el Escuadrón Rojo. Todos tenían el brazo alzado. Todos menos Dafne, que ocultaba una bola de luz muy intensa envuelta en unas mantas. La dejó caer y lanzó la bola frente al dragón.

Explotó con un resplandor de luz tremendo.

«¿Qué significa…?» Vig-Des-Marroi no pudo terminar el pensamiento.

—¡Avanzad todos! —ordenó Dafne.

Al instante todos avanzaron para poder acertar mejor.

El dragón marrón abría y cerraba los ojos intentando ver algo. Dafne aguardó a que la intensidad bajara. Cuando lo hizo y el dragón los vio, dio la orden.

—¡Lanzad!

Cien jabalinas se dirigieron al ojo derecho y otras cien al izquierdo. Por efecto del contraste entre la oscuridad cerrada y la luz blanca más la sorpresa, tenía los pupilas dilatadas.

«¡No!» exclamó el dragón según las jabalinas se clavaban en sus ojos.

No tuvo tiempo de reaccionar.

«¡Arghhhh!» clamó de dolor y lanzó su aliento intentando defenderse con los ojos cerrados y sin avanzar, como una reacción al ataque.

El caudal de rocas y piedras salió con gran fuerza hacia delante, pero no alcanzó a los guerreros ni al escuadrón, que ya abandonaban la cueva a la carrera.

«¡Malditos!».

«¿Qué sucede?» preguntó Erdi-Zuri-Ask.

«¡Los muy cobardes me han tendido una trampa! ¡Me han herido los ojos!».

«Sal de ahí, retírate, yo te cubro» envió Erdi-Zuri-Ask.

«No veo bien. Está oscuro y mis ojos están heridos».

«Tranquilo, solo tienes que desandar el túnel» envió Esker-Gorri-Lelo.

El dragón marrón inició la retirada. Si ya de por sí los dragones no eran excesivamente ágiles, caminar hacia atrás era algo que apenas sabían hacer. Por ser quienes eran nunca andaban hacia atrás, lo consideraban deshonroso. Ningún dragón se retiraba jamás. Esta era una excepción y el dragón rojo iba golpeando con su cola y patas posteriores ambos lados del túnel, como si fuera la más patosa de las criaturas jamás creadas. Era ridículo y así se sentía el dragón.

«¡Por toda la magia de Kraido! ¡Pagarán por hacerme retroceder así! ¡Los mataré a todos! ¡Nadie me deshonra y menos ratas humanas de los desiertos!» clamó Vig-Des-Marroi fuera de sí.

Nahia no podía ver lo que sucedía en el túnel, pero los mensajes del dragón marrón dejaban claro que lo habían herido y obligado a retroceder, lo que le pareció estupendo. Solo esperaba que las heridas fueran graves para que no pudiera luchar contra sus compañeros de escuadrón.

Vig-Des-Marroi retrocedió hasta la caverna donde esperaba Erdi-Zuri-Ask, que lanzó su aliento contra un lado y el techo para iluminar la caverna.

«Eso ayuda».

«¿Están apostados al final del túnel en otra cueva?».

«Estaban. Me han sorprendido con luz y oscuridad. He abierto los ojos y me los han acribillado. ¡Me estaban esperando!».

«Una jugada muy sucia, de ratas asquerosas» envió Erdi-Zuri-Ask.

«¿Siguen ahí?».

«Creo que se han retirado tras atacarme, pero no estoy seguro. El dolor en los ojos me ha obligado a cerrarlos».

«Les haré pagar por esto. Van a conocer lo que es el dolor» prometió Erdi-Zuri-Ask.

«¿Puedes ver algo?» preguntó el dragón rojo desde fuera de la caverna».

«Apenas… Los ojos me duelen horrores».

«Sal fuera. Nosotros continuaremos la persecución y te vengaremos» pidió Esker-Gorri-Lelo.

«Yo voy a matarlos» envió Erdi-Zuri-Ask y comenzó a avanzar por el túnel.

Vig-Des-Marroi se dio la vuelta en la caverna y salió. Se encontró con Esker-Gorri-Lelo y detrás de este con Eki y Nahia, que lo observaban con atención.

«No lo veas como una derrota, es una sucia traición» envió el dragón rojo.

«¡Los mataré a todos!» proclamó el marrón, pero estaba claro que no podía ver gran cosa. Los ojos le sangraban y los tenía medio cerrados.

«Nos encargamos de ellos» prometió el dragón rojo y entró en la caverna siguiendo al blanco.

Nahia observaba al dragón marrón. Las heridas en los ojos eran múltiples, tenía casi un centenar de jabalinas calvadas.

«No te toques los ojos, será peor» aconsejó Eki.

«Me duele. ¡Y estoy furioso!».

«Necesitas ayuda. Mejor si regresas a la ciudad y pides curación al capitán».

Nahia se dio cuenta de que Eki intentaba librarse del dragón de forma amable, sin levantar sospechas. Por el vínculo sentía que Eki

lo quería fuera de allí. Imaginó que era porque estaba furioso y podía representar un problema.

«Quiero saber que los han matado a todos antes de moverme».

Eki se acercó hasta el dragón y estudió sus heridas por un momento.

«¿Cómo tengo los ojos?».

«Todavía los puedes salvar, pero aquí abajo, entre tierra y polvo y con todas esas heridas se pondrán peor y los puedes perder».

Vig-Des-Marroi sacudió la cabeza.

«¡Quiero oírlos gritar mientras mueren!».

«Es perfectamente entendible y yo en tu lugar estaría igual de furioso. Pero ahora debes salvar esos ojos o quedarás ciego. Y un dragón ciego…».

«Es inservible…» terminó la frase Vig-Des-Marroi.

Eki asintió.

«Todavía puedes ver. Aprovéchalo y busca curación».

El dragón marrón intentó razonar dentro de la rabia que sentía y que le nublaba el pensamiento. Por un momento lo pensó y finalmente se decidió.

«Voy a regresar a la ciudad y pedir curación. En cuanto esté repuesto regresaré y si queda alguna rata viva la encontraré y la aplastaré».

Hizo el gesto con su pata delantera.

«Ve, el tiempo corre en tu contra» aconsejó Eki.

Vig-Des-Marroi marchó hacia la salida. No andaba recto, cada cinco pasos tenía que recalcular su posición para seguir avanzando. Apenas veía nada entre las heridas y la oscuridad.

Nahia vio que el dragón usaba su aliento para poder ver algo. Esto la llenó de alegría. ¡Un enemigo menos!

«¿Crees que salvará los ojos?» preguntó a Eki.

«Puede. Dependerá de cuánto poder curativo disponga el capitán».

«No sé mucho sobre este tema y me interesa. ¿Qué poder es ese?».

Eki dudó en sí contárselo a Nahia o no.

«Eras tú el que no quería que hubiera secretos entre nosotros» le recordó ella.

Eki suspiró.

«Está bien. Los dragones no tenemos sanadores como otras razas».

«Cierto, no he visto nunca un sanador o curandero».

«Eso se debe a que los dragones tienen magia elemental, en su mayoría. Y a que en nuestra cultura la magia se usa para fines bélicos. La sanación no es precisamente un área a la que los dragones hayan querido dedicarse».

«¿Entonces quién los cura?».

«Es más bien, cómo. Los dragones tienen esferas de sanación. Son objetos con mucho poder y magia sanadora».

«Objetos con poder entiendo que haya, pero… ¿magia sanadora? ¿De dónde la obtienen?».

«Hay algunos dragones que pueden producirla, pocos, y los hay que pueden transformar la elemental en sanación».

«Interesante. ¿Entonces el capitán tiene esferas de sanación?».

«Cada mando tiene alguna para sus dragones, por si sufren heridas. Se traen de Kraido y se distribuyen aquí, en Drameia».

«¿Cómo de poderosa es esa magia de curación?».

«Puede curar todas las heridas simples, como esas que ha sufrido, y las de gravedad media en su mayoría. Pero no heridas muy complejas, enfermedades avanzadas o terminales».

«Oh, ya veo»,

Nahia aguantó el alivio, pero tuvo la sensación de que Eki había captado que lo había pensado.

«Es un área de estudio muy interesante. Yo he leído mucho sobre la sanación».

«Me alegro de que no seas como esos dragones y tengas intereses como este».

«Gracias. Pero pese a eso, sigo siendo un dragón».

«Uno diferente».

«Eso sí».

«Sigamos al dragón rojo, quiero saber qué sucede ahí dentro».

Eki resopló por la nariz.

«Mantén el control».

«Lo intentaré».

Capítulo 18

Entraron en la caverna y siguieron por un pasadizo estrecho que parecía un túnel entre cuevas. No había antorchas o entradas de luz natural, por lo que tenían que avanzar con cuidado, ya que la oscuridad los envolvía.

Salieron del pasadizo y se encontraron con los dragones blanco y rojo inspeccionando la entrada a dos cavernas que tenían en frente.

«Parece despejado, aunque no veo gran cosa» envió Erdi-Zuri-Ask.

«Lo mismo digo» comunicó Esker-Gorri-Lelo.

Distinguieron a Eki a sus espaldas.

«¿Vig-Des-Marroi?» preguntó Erdi-Zuri-Ask.

«Ha ido a por curación a la ciudad».

«Hace bien, si pierde un ojo sería una desgracia, y quedar ciego es… bueno, lo peor» comentó Esker-Gorri-Lelo.

«No sé si es buena idea seguir por esta cueva sin luz» envió Eki intentando disuadirlos de seguir adelante con su cacería.

«Yo puedo ver creando relámpagos» afirmó Erdi-Zuri-Ask.

«En mi caso, puedo usar mi aliento para eliminar todo lo que hay delante y ver con el fuego» envió Esker-Gorri-Lelo.

«Sigo pensando que es arriesgado. Además, estáis bajos de energía elemental y bastante cansados».

Ninguno de los dos dragones quiso reconocerlo.

«Para matar a estas ratas no necesito apenas nada» envió Erdi-Zuri-Ask.

«Yo algo menos que él» se unió Esker-Gorri-Lelo.

«No os confiéis, mirad lo que le ha sucedido a Vig-Des-Marroi».

«Tranquilo, dragón raudo. No nos vamos a confiar» aseguró Erdi-Zuri-Ask.

Eki no siguió insistiendo, no era prudente. Los dragones disimulaban, pero estaban tensos. No les había gustado nada lo que había pasado.

«Entremos. Hay que matarlos a todos» envió Erdi-Zuri-Ask y entró en la cueva que tenía enfrente.

Esker-Gorri-Lelo se dirigió a la otra cueva.

Nahia pudo ver las entradas iluminándose cuando ambos dragones usaron sus alientos elementales. Los rayos alumbraron con sus descargas toda la entrada y el fuego con sus llamas. Nahia deseó que no hubiera nadie allí.

El dragón blanco entró rugiendo en la caverna al ver que la entrada estaba despejada. Entrecerró los ojos y vio a un grupo de guerreros cerca del final de la cueva. Eran nativos del desierto.

Avanzó a acabar con ellos con fuertes rugidos. La cueva tenía cerca de un millar de pasos de largo, pero no era muy ancha y tampoco demasiado alta. El dragón lanzó su ataque elemental al tiempo que avanzaba dispuesto a matarlos. Los rayos y vientos solo alcanzaban doscientos pasos frente al dragón. En lugar de huir, los guerreros avanzaron y tras ellos aparecieron más que llegaban de la cueva posterior. Al cabo de un momento entraron aún más.

De pronto, donde había doscientos se juntaron dos mil guerreros de los Desher Tumaini. Todos armados con jabalinas.

El dragón rugió, seguro de que podría matarlos a todos. Volvió a invocar su aliento elemental y continuó avanzando. Mil guerreros más entraron en la caverna.

«¡Estos imbéciles creen que pueden enfrentarse a mí! ¡Vais a morir todos!» envió Erdi-Zuri-Ask furioso.

Nahia no sabía qué sucedía, pero el mensaje le llegó claro y lleno de rabia. Dedujo que se produciría un enfrentamiento. Eso era una locura, el dragón los mataría a todos. El estómago le dio un vuelco y su llama interior ardió con fuerza.

En la otra caverna se producía una escena similar. El dragón rojo avanzaba con su aliento de fuego despejando el camino, aunque mil soldados Felidae lo esperaban. Para cuando alcanzó la mitad de la caverna ya eran dos mil. Todos vestían ahora armadura e iban armados con lanza y escudo. Eran el turno de refresco que, en lugar de ir a trabajar, habían sido enviados a defender la retirada de los agotados defensores.

Los cánticos de los Desher Tumaini y los gritos de guerra de los soldados Felidae salían de las cavernas y golpeaban las paredes de roca del exterior mientras el eco se extendía llenando todas las cámaras de piedra.

Nahia estaba muy inquieta y la angustia le subía por la garganta.

Sus amigos se iban a enfrentar a los dragones. Era impensable, pero lo estaban haciendo. Ella no podía quedarse de brazos cruzados mientras los suyos luchaban y morían.

«Tenemos que ir» rogó a Eki.

«Es muy mala idea».

«Puede, pero tengo que ir. Si no vienes iré a pie».

Eki lo meditó un momento.

«Te llevo, pero mantén la cabeza fría».

«Eso es mucho pedir».

«Al menos inténtalo».

«Lo intentaré».

«¿Izquierda o derecha?».

Nahia no sabía a cuál de las dos cuevas entrar.

«Vamos a la izquierda».

El dragón blanco se acercaba ya a doscientos pasos de la primera línea de los guerreros Tumaini. Se habían colocado en cinco hileras llenando la parte final de la caverna, con el Escuadrón Rojo al frente. Las tres escuadras formaban una línea con la Escuadra Ígnea en el centro, la Ardiente a un lado y la Candente al otro.

Nahia los reconoció y se temió lo peor.

«¡Oh, no!».

Dafne vio el caudal de tormenta que ya llegaba a ellos.

—¡Escuadra Ígnea, defensa de escamas elementales!

—¡Escuadra Ardiente, defensa elemental! —ordenó Brendan.

—¡Escuadra Candente, defensa física! —ordenó Logar.

Todos los brujos de dragón invocaron su defensa contra ataques físicos y una capa de escamas de magia elemental se fue creando y les cubrió el cuerpo de pies a cabeza.

El dragón blanco ya estaba a doscientos pasos y se detuvo. Parecía confundido.

«Vosotros sois brujos de dragón. ¿Qué significa esto?».

Dafne levantó la barbilla y miró a los ojos a la criatura.

—Somos brujos de dragón y estamos con la rebelión.

«¡Malditos traidores! ¿Habéis sido vosotros los que habéis decapitado a los tres dragones?».

—Así es, y haremos los mismo contigo si no te retiras.

El dragón miró al Escuadrón Rojo y luego a los guerreros nativos y soltó una enorme carcajada.

«A mí no me vais a sorprender con vuestras tretas y emboscadas. Os voy a matar a todos y disfrutaré viendo como morís».

—Marcha ahora por donde has venido o muere —advirtió Dafne arrugando la nariz.

«¡Estúpidos traidores! ¡Moriréis con las ratas del desierto!».

—¡Defensa de magia! —dijo Dafne a sus compañeros.

—¡Escamas antimagia! —ordenó Brendan

—¡Escamas de protección mágica! —pidió Logar.

Todos en el escuadrón invocaron su habilidad. En el pasado los menos hábiles con la magia habían tenido problemas con aquella habilidad, pero ya no era el caso. Habían practicado mucho, pues sabían que llegaría el día en el que se tendrían que enfrentar a la magia de un dragón y necesitarían de sus defensas. Ahora quedaba

la cuestión que todos tenían en mente: ¿aguantaría su defensa mágica la magia de un dragón?

«¿Osáis utilizar nuestras enseñanzas contra vuestros amos? ¡Malditas sabandijas!» el dragón blanco estaba tan ultrajado que sus ojos ardían de rabia.

—¡Armas al frente! —pidió Dafne.

—¡No uséis magia, no conseguiremos atravesar sus defensas! —advirtió Brendan.

—¡Ataques físicos! —pidió Logar.

Levantaron los escudos y las lanzas.

Y el dragón les envió su aliento elemental de tormenta con rayos y fuertes vientos.

—¡Aguantad la posición! —instruyó Taika.

El caudal elemental los golpeó con tremenda fuerza. Los vientos intentaron lanzarlos por los aires y los relámpagos golpearon a unos y otros. Ambos ataques eran mágicos y las defensas del escuadrón aguantaron la primera embestida, aunque sintieron cómo se debilitaban muchísimo de inmediato. Tuvieron que reaccionar al instante y enviar energía de su dragón interior a reforzar la defensa.

Los Tauruk-Kapro y Drakónidos del escuadrón, los más débiles en el ámbito mágico, estuvieron a punto de perder la defensa y morir en el primer ataque. Por fortuna, consiguieron enviar suficiente energía para que sus defensas aguantaran. Ivo resopló con fuerza y Aiden a su lado se le unió.

El dragón no avanzó más, sino que enfocó su aliento elemental hacia el grupo de brujos de dragón. Quería matarlos a ellos antes de seguir con los guerreros de detrás, pues sabía que no podrían soportar su aliento elemental por mucho tiempo.

—¡Tirad, primera línea! —ordenó Aibin a sus guerreros. El líder estaba al final, en la salida.

Las jabalinas de los guerreros que formaban la primera línea salieron hacia el dragón. Hicieron una parábola en el aire para librar

el caudal elemental de rayos y cayeron todas sobre la cabeza de la criatura buscando herirle los ojos.

El dragón detuvo su aliento. Le habían alcanzado en ambos ojos. Sacudió la cabeza.

«¡Traidores y cobardes, os mataré a todos!» envió y avanzó unos pasos.

—¡Tirad, segunda línea! —ordenó Aibin.

Los guerreros obedecieron y las jabalinas buscaron de nuevo alcanzar los ojos del dragón, pero esta vez Erdi-Zuri-Ask lo esperaba y cubrió su cabeza con una de sus alas. Las jabalinas la golpearon, pero al estar recubierta de escamas no la pudieron herir.

El dragón envió de nuevo su aliento de tormenta, que impactó contra la barrera defensiva que formaban los miembros del Escuadrón Rojo. Esta vez llegó más lejos y alcanzó a parte de la primera línea de guerreros, que murieron entre convulsiones en el suelo al ser alcanzados por los rayos.

«¿Creéis que no sé lo que pretendéis con vuestra pequeña barrera defensiva? No lograréis salvar a los guerreros de detrás y tampoco conseguiréis salvaros vosotros» aseguró el rabioso dragón mientras volvía a avanzar y a usar su aliento de tormenta alcanzando a parte de la segunda línea.

La barrera defensiva formada por el Escuadrón Rojo protegía en parte a los que estaban detrás, pero no por completo. Los rayos daban casi todos en ellos primero, al igual que los fuertes vientos, pero al seguir manteniendo el caudal parte pasaban a las filas posteriores alcanzando a los guerreros.

—¡Tirad, tercera línea! —ordenó Aibin.

Las jabalinas salieron buscando los ojos del dragón, que volvió a protegerse con un ala, lo que hizo que dejara de enviar su aliento.

El dragón ya estaba muy cerca del Escuadrón Rojo.

—¿Aguantáis? —preguntó Dafne a sus compañeros.

Ella iba bien de reservas de energía, pero para mantener la defensa mágica todos estaban enviando la energía elemental que

tenían. Era consciente de que su poder y habilidad mágicas eran mucho mayores que las de algunos de sus compañeros y pensó que quizá los chicos ya estarían teniendo problemas. No se equivocó.

—Yo no voy a poder aguantar más —avisó Ivo—. El último ataque casi destruye mi defensa. El siguiente lo hará.

—Yo estoy igual —avisó Taika.

—Yo igual aguanto uno más, pero será el último —calculó Aiden.

—Yo bien —guiñó un ojo Lily.

—Entendido. Si se rompe vuestra defensa, huid. Lily y yo aguantaremos —pidió Dafne.

Brendan y Logar estaban también chequeando el estatus de sus escuadras y el resultado era similar en las tres. Un ataque más y la mayoría perdería su defensa mágica.

Detrás del dragón blanco, Nahia sintió que sus compañeros estaban en peligro de muerte y se decidió.

«Voy a intervenir» envió a Eki.

«No lo hagas, yo no voy a hacerlo».

«Tú eres un dragón y yo una humana. Haz lo que quieras, pero voy a intervenir».

«Os matará a todos. Logan morirá».

«Es un riesgo que tengo que correr. Si mata a alguno de mis compañeros no me lo perdonaría nunca».

«No lo hagas».

«Lo siento, tengo que hacerlo».

Nahia bajó de Eki y echó a correr hacia el enorme dragón blanco tan rápido como podía. Su llama interior se iba encendiendo.

El dragón envió ahora un ataque mental poderoso en lugar de su aliento elemental y la mayoría del escuadrón se fue al suelo en medio de un dolor insufrible. Sus defensas habían caído y los ataques mentales los habían derrotado. El dolor era tan intenso que no podían ni pensar.

Las líneas posteriores de guerreros enviaron sus jabalinas y el dragón volvió a cubrirse los ojos con un ala. Esto permitió que los supervivientes de las otras líneas se volvieran a agrupar y formaran otra línea. Todos llevaban varias jabalinas a la espalda, por lo que podían realizar más ataques.

Nahia corría con su lanza en una mano y el escudo en la otra. Según se acercaba a la espalda del dragón invocó sus defensas físicas y mágicas sobre su armadura de jinete de dragón. Las escamas de lava y de energía antimagia la cubrieron.

Era momento de luchar, y probablemente de morir.

Capítulo 19

—¡Dragón, enfréntate a mí! —gritó.

El dragón blanco giró la cabeza y vio de reojo que Nahia se acercaba corriendo. La miró con expresión de extrañeza, confundido.

«¿Qué significa esto? ¿Otra traición? ¡Eres una jinete de dragón! ¡Esto no puede estar pasando!» exclamó fuera de sí.

—¡Soy mucho más que eso y hoy vas a descubrirlo! —gritó Nahia.

El dragón se giró hacia ella con movimientos torpes, pero poderosos.

«¡De todas las traiciones la tuya es la peor! ¡Nosotros te hemos hecho jinete, el mayor de los honores para un esclavo!».

—No lo es para mí. Mi deseo es ser libre, no servir a un dragón —respondió Nahia sin dejar de correr.

«¡Desgraciada! ¡Serás la que más sufra al morir pues tu traición es la más terrible!».

Nahia se preparó para el ataque. Ya estaba a ciento cincuenta pasos del dragón, que había terminado de girar sobre sí mismo. En la cabeza de un dragón que un jinete los traicionara era impensable, creían que les hacían un favor descomunal y que todos debían estar agradecidos. Se equivocaban por completo.

Eki observaba el ataque sin moverse, no quería involucrarse. Hacerlo a favor de Nahia o sus amigos significaba traicionar a los suyos. No podía hacerlo por muy equivocada que fuera la Senda de los Dragones. Él era un dragón, uno con honor.

El dragón blanco atacó a Nahia con su aliento elemental. La golpearon rayos y fuertes vientos de tormenta. De forma instintiva levantó el escudo, aunque era en vano contra ataques de magia elemental. Por suerte su defensa mágica funcionó, aunque sintió que

se debilitaba mucho. Reaccionó al instante y envió energía de su dragón interior a reforzarla.

Mientras el dragón atacaba a Nahia, Aibin daba órdenes a sus guerreros de retirar a todos los heridos. Muchos habían muerto alcanzados por los rayos pese al muro defensivo que había formado el Escuadrón Rojo. Se llevaron también a los caídos del propio escuadrón que, aunque vivos, no eran capaces de seguir luchando. Los sacaron de la cueva y se los llevaron hacia el interior, a las cuevas más profundas.

En pie y dispuestos a seguir luchado quedaron Dafne y Lily de la Escuadra Ígnea, Brendan y Evelyn de la Escuadra Ardiente y Beck y Rogis de la Escuadra Candente. De los guerreros de ojos rubí quedaban todavía unos mil con Aibin, que no se había retirado. Las muertes eran muchas, pero habían retrasado el avance de los dragones y la mayoría de los que estaban en el turno de trabajo se habían puesto ya a salvo en las profundidades de las montañas.

Nahia llegó hasta el dragón.

Su llama interior iba en aumento. Sentía que podía producirse un ataque y no era el mejor momento: tenía a un dragón en frente tratando de matarla. Sus defensas aguantaban el impacto de los rayos y vientos, pero mantenerlas consumía mucha de su energía interior y no sabía cuánto podría aguantar. Lo que sabía era que sus ataques mágicos no tendrían efecto en el dragón, pues sus defensas los detendrían. Atacar con la lanza desde el suelo tampoco era una gran idea, no alcanzaría la cabeza.

Erdi-Zuri-Ask pareció leer lo que pensaba y rugió, victorioso.

«¿Qué sucede, jinete? No puedes hacer nada sin tu dragón, ¿eh? ¿Qué pensabas que ibas a lograr atacándome a mí, traidora desagradecida?».

Nahia se detuvo a unos pasos del gran monstruo y quedó indecisa. No podía negar que aquella bestia tenía algo de razón. Sin Eki poco podía hacer contra otro dragón.

Miró hacia atrás para ver si el dragón raudo había cambiado de opinión y la ayudaba, pero seguía quieto a la entrada de la caverna.

Estaba sola y frente a un dragón que la iba a matar. La situación era desesperada. Quizá no lo había pensado todo lo bien que debía antes de actuar, pero no había tenido elección. No iba a dejar que sus amigos murieran. ¡Eso nunca! Si ahora moría, al menos lo haría luchando por lo que creía, por la libertad, por la amistad, por el honor.

Y entonces recordó lo que los dragones habían estado hablando sobre sus energías. Aquel dragón debía de estar en las últimas reservas de su energía mágica, pues llevaba atacando desde hacía casi un día completo. Sí, de alguna forma Nahia supo que a aquel dragón no le quedaba mucha energía y era algo que podía utilizar, pues un dragón, al final, no era tan diferente de ella en el aspecto mágico. Solo podría usar sus habilidades mágicas mientras tuviera energía y esta se agotaba si se usaba mucho. Que un dragón fuera un monstruo imponente no quería decir que tuviera energía elemental ilimitada, todas las criaturas seguían las leyes universales de la magia.

Lo vio claro.

Eso era lo que tenía que hacer. Agotar la magia del dragón antes de que se agotara la suya. La idea era buena, solo que para agotar la magia de su oponente tendría que usar la suya propia. Era un riesgo grande, pero uno que tenía que correr. No había otra opción.

—¡Sí que puedo hacer algo sin mi dragón y lo vas a saber!

El dragón rio con unas profundas carcajadas que sonaban a rugidos.

Detrás de Erdi-Zuri-Ask, Dafne se dirigió a sus compañeros.

—¿Veis lo qué sucede?

—Se ha dado la vuelta y creo que habla con alguien —dijo Lily, que intentaba ver inclinando la cabeza detrás de la criatura.

—Hay otro dragón más pequeño y plateado a la entrada de la caverna —dijo Brendan, que se había apartado para poder ver pasado el dragón blanco.

—Están discutiendo algo —dijo Evelyn. La Fatum entrecerraba los ojos.

—¿Qué hacemos? ¿Atacamos? —preguntó Beck.

El Fatum parecía dispuesto a seguir luchando.

—A mí no me queda mucha energía —dijo Rogis.

El Escarlatum sacudió la cabeza.

—A mí tampoco —dijo Lily—. Otro aliento elemental de rayos más y me va a marcar toda mi preciosa piel escarlata.

Dafne miró hacia atrás. Los mil guerreros aguantaban formando con las jabalinas preparadas. Vio a Aibin al fondo y le hizo un gesto consultando si retirarse o seguir. Aibin lo habló con dos guerreros que tenía con él. Salieron corriendo hacia el sur y, tras un momento, uno regresó e informó a Aibin, que le hizo un gesto de aguantar a Dafne.

—Parece que tenemos que aguantar un poco más.

—Estupendo, pues va a achicharrar mi hermosa melena azabache —se quejó Lily.

—Tú y Rogis deberíais retiraos —aconsejó Brendan—. A nosotros nos queda energía para aguatar un poco más.

—Sí, retiraos ahora que está distraído —pidió Dafne.

—Si nos retiramos el muro defensivo se queda en nada. Yo me quedo —afirmó Lily.

—Opino lo mismo, me quedo —dijo Rogis.

Dafne suspiró y arrugó la nariz.

—De acuerdo, pero si veis que vuestra defensa va a caer, salid corriendo.

«¿Vas a atacarme, insignificante humana? Adelante, me reiré mucho con tu impotencia» envió Erdi-Zuri-Ask a Nahia.

—Veremos quién ríe al final —dijo ella.

Cogió energía de su dragón interior y conjuró una habilidad, la más poderosa. Atacaba a un dragón, así que lo mejor era hacerlo con la habilidad más potente. Usó Rayo de Fuego Múltiple, solo que,

en lugar de seleccionar tres objetivos, solo seleccionó uno. La habilidad se conjuró y Nahia señaló con su lanza la cabeza del dragón. Sobre esta aparecieron tres enormes rayos de fuego que descendieron y golpearon al dragón casi en el mismo instante.

La defensa del dragón actuó, impidiendo que los rayos pudieran llegar a su cabeza. Nahia ya lo esperaba, y también que, para poder detener los rayos, el dragón hubiera consumido energía interna.

«Vaya, una Hechicera, ¡qué desperdicio de talento! Como ves, no has logrado nada».

—Soy también una Nacida de la Llama y sí he conseguido algo.

El dragón ya no rio, lo que llevó a Nahia a pensar que no iba desencaminada con la energía consumida. No lo pensó dos veces y volvió a conjurar Rayo de Fuego Múltiple. Los tres rayos se formaron y descendieron golpeando de nuevo sobre la cabeza del dragón. Según conjuraba Nahia se dio cuenta de que su llama interior iba también creciendo. Aquello no era bueno.

«Estúpida, humana. Ya me has hecho perder suficiente tiempo. ¡Muere!» condenó el dragón enviando su aliento de tormenta.

Nahia sintió cómo su defensa mágica empezaba a debilitarse. Reaccionó y envió más energía a reforzarla mientras el caudal caía sobre ella desde la boca del dragón. Aguantó firme.

Volvió a lanzar Rayo de Fuego Múltiple al dragón mientras él mantenía su aliento sobre ella, seguro de que acabaría con las defensas de Nahia y la mataría.

«No vas a poder aguantar mi aliento elemental» envió y a Nahia le llegó un sentimiento de victoria.

No respondió, pues tenía demasiado entre manos. Tenía que enviar energía a reforzar su defensa y volver a lanzar tres rayos. Se dio cuenta con alivio de que ya no tenía que pensar en reforzar nada, pues su propia defensa cogía energía según la necesitaba. Le pareció impresionante, todo un avance. Aunque el problema seguía ahí, que su energía se consumía.

Detrás, Dafne ya se había dado cuenta del duelo que estaba sucediendo.

—El dragón está luchando con alguien con una armadura de jinete de dragón. Y esos rayos que lanza los conocemos.

—Sí, eso es Rayo de Fuego Múltiple —confirmó Lily.

—Puede ser Nahia —asintió Dafne.

—¿Creéis que es ella? —Brendan las miró muy sorprendido.

—¿Cuántos jinetes de dragón conoces que lancen rayos de fuego y tengan las agallas para enfrentarse solos a un dragón? —dijo Dafne.

—Es Nahia. Tiene que serlo —dedujo Beck.

—Entonces mejor vamos a ayudarla —dijo Brendan.

—¿Cómo? —preguntó Rogis.

—Si Nahia está atacando con magia es por algo —dijo Dafne—. Hagamos como ella.

—Totalmente de acuerdo —dijo Lily.

—Adelante —dio la señal Brendan y los brujos comenzaron a avanzar hacia la espalda del dragón.

«Sigue atacando, le queda muy poca energía. Puedes vencerle» envió de pronto Eki a Nahia.

«¿Cómo lo sabes?» envió sorprendida por su intervención.

«Tengo una habilidad que me permite ver su aura de poder. Todas sus auras, de hecho».

«¿Puedes ver la mías?».

«Sí, también».

«¿Me queda a mí más energía que a él?» preguntó Nahia. Era lo que más le preocupaba. De nada le servía agotar la energía del dragón si antes agotaba la suya.

«La tuya es extraña… cuesta cuantificarla… pero creo que sí».

«Estupendo. ¡Gracias por la ayuda!».

«No deseo que mueras» envió Eki y, por el vínculo que los unía, Nahia supo que era verdad.

Nahia descargó otros tres rayos contra Erdi-Zuri-Ask y de pronto algo extraño sucedió. Varias bolas elementales estallaron contra la nuca del dragón.

¡Sus compañeros estaban también atacando por la espalda!

El dragón rugió de rabia y dejó de enviar su aliento contra Nahia. Giró la cabeza. Una bola de luz le estalló en la cara con un tremendo resplandor cegador y la criatura tuvo que cerrar los ojos.

Nahia supo que esa bola de luz era de Dafne.

Erdi-Zuri-Ask tardó un momento en recuperarse. Mientras tanto Lily, Brendan, Evelyn, Beck y Rogis atacaron con más bolas elementales que al explosionar golpearon la cabeza del dragón. Eran ataques básicos pero potentes. Sus compañeros estaban guardando energías, no atacarían con ataques avanzados o de talento, pues requerían de mucha energía para conjurarlos.

Nahia estaba segura de que aun así estarían provocando que la defensa del dragón consumiera energía al tener que defenderse de todas las bolas.

—¡Seguid atacando con bolas elementales! —gritó.

—¡Es ella, es Nahia! —reconoció la voz Lily.

—Ya os lo he dicho, solo podía ser ella —les recordó Dafne.

—Separaos, no seamos un blanco fácil —pidió Brendan.

—Lo rodeamos —afirmó Beck.

Se abrieron y se fueron situando en los costados y espalda del dragón.

«¡Malditos todos, quietos!».

El dragón tenía ahora múltiples atacantes a su alrededor, así que cambió a ataques mentales para afectar a todos a la vez.

—¡Me quedo sin defensas! —exclamó Lily al recibir dos de ellos.

Rogis no pudo avisar y cayó al suelo con la defensa vencida.

—¡Lily, vete! —gritó Dafne.

—No quiero dejarte aquí.

—¡Si mueres no me servirá de nada que te quedes! —dijo Dafne muy seria—. ¡Vete!

Lily maldijo entre dientes y echó a correr hacia los guerreros.

A una señal de Aibin una veintena de ellos se acercaron corriendo y tiraron sus jabalinas a los ojos del dragón, que se los cubrió con un ala. Los guerreros no atacaron de nuevo, sino que corrieron hasta Rogis y lo recogieron del suelo. Vivía, pero su gesto de dolor era tremendo. Tenían que protegerlo poniéndolo fuera del alcance del ataque mental del dragón.

«¡No huyáis, cobardes!».

Dafne cubrió la retirada lanzado una bola de luz que estalló en la boca del dragón volviendo a dejarlo cegado por un momento.

Los guerreros llevaron a Rogis hasta Aibin, que les indicó que lo pusieran a salvo fuera de la caverna. Se lo llevaron hacia el interior de la montaña, hacia el sur.

«¡Os destrozaré!».

Erdi-Zuri-Ask cambió de estrategia y en lugar de atacar con magia lo hizo con su cuerpo lanzando un coletazo tremendo que Brendan no pudo esquivar y salió despedido hacia el lado derecho de la cueva.

—¡Brendan! —exclamó Evelyn y corrió a ayudarlo.

Erdi-Zuri-Ask atacó con sus garras delanteras a Dafne. La Fatum lo vio venir e hizo estallar un globo de luz para que el dragón no pudiera verla por el destello. Las garras fallaron, si bien por poco, y Dafne se retiró corriendo hacia los guerreros. Lily ya la esperaba entre estos y le hizo señas para que corriera a ponerse a salvo.

Beck atacó al dragón con otra bola elemental, pero le lanzó una patada con la pata posterior izquierda. El Fatum, ligero y ágil, estuvo a punto de esquivarla, pero no lo logró y salió despedido contra la pared izquierda. No se levantó.

Nahia vio que su escuadrón estaba en serios apuros, así que buscó llamar la atención del dragón.

—¿Por qué no te enfrentas a mí, dragón? ¿Me temes?

Él rio con profundas carcajadas de rugido.

«Con gusto, humana. Voy a disfrutar sacándote las entrañas» envió y lanzó dos golpes al aire con sus garras delanteras.

Nahia dio un salto hacia atrás según el dragón se acercaba a ella para ponerse fuera de su alcance.

«Su energía está muy baja. Un ataque poderoso y se agotará» envió Eki.

Nahia vio que el dragón se acercaba y pensó qué hacer. Podía intentar una jugada muy arriesgada y peligrosa.

«¡Tus tripas ya son mías!».

—No cantes victoria tan pronto —dijo Nahia y aguardó a que el dragón estuviera sobre ella.

Erdi-Zuri-Ask levantó la garra derecha dispuesto a golpear hacia abajo y destrozarla. En ese momento, Nahia hizo algo impensable. Invocó su habilidad para montar al dragón y levitó subiendo por su costado a gran velocidad, mucho más rápido que cuando montaba.

La garra falló por completo el golpe y se estrelló contra el suelo de piedra.

«¿Qué haces?» el dragón no entendía qué sucedía.

Nahia terminó de levitar y se subió a la espalda del dragón como había hecho miles de veces con Eki, solo que aquel no era un dragón raudo y no tenía silla. Se sentó justo donde la silla debería estar e invocó Garras Elementales.

En ese momento unas garras de llama envolvieron sus dos manos.

«¡Baja de ahí, maldita!» exclamó el dragón furioso intentando tirarla.

Pero Nahia era una jinete experta. Apretó con sus piernas y no se movió ni un ápice mientras Erdi-Zuri-Ask intentaba desmontarla con alas, cola y garras. Nahia sabía que no podría alcanzarla de ninguna manera. Los dragones, y más los grandes como aquel, no podían

llegar hasta su columna, eran demasiado bestiales y sus patas no servían para eso.

—Es hora de morir —dijo Nahia al dragón y golpeó con ambas garras justo en el punto crítico de la columna.

Los primeros dos golpes no penetraron y las defensas del dragón aguantaron. Pero algo sorprendente sucedió tras ejecutarlos. Se produjo un destello de plata, uno de aviso al dragón. Ya no le quedaba más energía.

«¡No!» clamó.

—Me temo que sí —dijo Nahia.

Clavó ambas garras, primero una y luego la otra, en el centro del sistema nervioso del dragón. Sin su defensa mágica las garras elementales de fuego atravesaron las escamas y destrozaron los nervios del dragón.

Un momento después Erdi-Zuri-Ask se desplomaba al suelo sin poder usar ningún músculo. Estaba completamente paralizado.

Nahia avanzó hasta la cabeza y golpeó repetidamente con las garras de fuego. El dragón murió con una última exhalación.

«No…».

Nahia se apartó del cadáver.

Por un momento le pareció que el tiempo se paraba. Todos observaban sin poder creer lo que estaban viendo.

El dragón yacía muerto en el interior de la cueva. Nahia lo había matado enfrentándose a él.

Aquello pasaría a ser leyenda en Kraido.

Capítulo 20

«¡Has matado a un dragón!» la acusó Eki con pesar y negó con la cabeza.

«No me ha dejado otra salida» respondió Nahia.

«Aun así, es un triste acontecimiento. Esto cambia por completo nuestra relación para siempre».

«Lamento que lo veas así, pero iba a ocurrir tarde o temprano».

Eki no dijo nada más, pero Nahia captaba por el vínculo el gran malestar que el dragón plateado sentía.

—¡Nahia! ¡Qué alegría! —saludó Dafne corriendo hacia ella.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó Lily junto a Dafne.

Nahia se volvió hacia ellas y se percató de que tenía el yelmo puesto con el visor bajado. Lo levantó.

—Sí, soy yo —sonrió llena de felicidad por ver a sus amigas de nuevo después de tanto tiempo.

Dafne y Lily llegaron hasta ella y la abrazaron con fuerza entre risas de alegría.

—Sabía que eras tú, tenías que ser tú —dijo Dafne, que la abrazaba muy fuerte.

—No necesariamente, pero bueno —sonrió Nahia.

—Estás radiante con esa armadura tan elegante —dijo Lily sonriendo—. Te queda estupenda.

—Son una obra de arte, eso sí —asintió Nahia.

—¡Cómo te hemos echado de menos! —dijo Dafne.

—¡Muchísimo! —dijo Lily.

—Tanto como yo a vosotros.

El corazón de Nahia rebosaba de alegría.

—¿Por qué has tardado tanto en regresar? —echó en cara Dafne.

—¡Sí! ¿Por qué? Estábamos empezando a pensar cosas malas —dijo Lily.

—He estado un tanto ocupada con temas de jinete de dragón, ya os contaré todo —aseguró e hizo un gesto de quitarse el sudor de la frente.

—Lo imaginamos —dijo Dafne. Miró a Lily y asintió.

—¿Cómo están los demás? —preguntó Nahia preocupada.

—Están bien. Se los han llevado a un lugar seguro, más al interior —respondió Dafne.

—El dragón los ha dejado sin energía y los ha machacado con sus ataques mentales —explicó Lily.

—Entiendo… Son poderosos estos monstruos.

Dafne miraba a Eki con la nariz arrugada.

—Aquel debe ser tu dragón raudo, ¿no?

Nahia volvió la cabeza.

—Sí, es Eki. Está… molesto…

—Bueno, acabas de matar a uno de los suyos, no me extraña —dijo Lily señalando con el pulgar la cabeza ensangrentada del dragón muerto.

—¿Nos va a causar problemas? —preguntó Dafne y abrió la mano para crear una bola de luz.

—No, tranquila. Eki no intervendrá en lo que aquí suceda.

—¿Seguro? Es un dragón. En mi experiencia no les gusta que se mate a los de su raza —quiso confirmar Lily enarcando una ceja.

—Eki es diferente, os lo aseguro.

—Si hace algo raro tendremos que actuar —dijo Dafne a Nahia.

—Antes de ir contra él, consultádmelo por favor.

—Está bien —asintió Dafne, que seguía mirando a Eki con la nariz arrugada.

—Se me hace raro que tú precisamente, que odias a los dragones hasta la médula, tengas amistad ahora con uno —comentó Lily

levantando ambas cejas.

—Hay un vínculo entre él y yo… es complicado…

—Cosas de jinetes y sus dragones —dijo Brendan, que se acercaba cojeando con la ayuda de Evelyn.

—Eso es. Me alegro de veros —saludó Nahia con una gran sonrisa.

—Más nos alegramos nosotros de verte a ti —aseguró Evelyn, que también sonreía.

—Beck está herido —informó Brendan.

—Voy a ver cómo está —Dafne se dio la vuelta y corrió hacia él para atenderle.

—¿Cómo lo has conseguido matar? —preguntó Aibin, que se acercaba con un grupo de guerreros.

—Agotando su magia —explicó Nahia—. Sin ella no puede defenderse de la nuestra.

Aibin asintió.

—Es bueno saberlo. También que el punto crítico del sistema nervioso funciona.

—Funciona, sí —asintió Nahia y miró al dragón muerto.

—Se ha desplomado como un peso muerto —comentó Lily impresionada.

—Ahora ya sabemos cómo podemos matarlos —afirmó Brendan —. Aunque agotar su magia va a resultar difícil.

—Cierto, pero es otro avance en la dirección correcta —animó Nahia.

—Debemos irnos. La retirada está concluyendo y luego vamos a sellar el pasaje interior —urgió Aibin.

—Tendréis que sellarlo mejor o volverán a entrar —aconsejó Nahia.

—Lo haremos, cuando lo veas lo entenderás —dijo Aibin.

—Muy bien —asintió Nahia—. ¿Y el dragón rojo?

—Está en la cueva de al lado, le hemos preparado una encerrona y anda sin saber cómo salir de ella —explicó Aibin.

—Vamos, quiero verlo —pidió Nahia.

Aibin echó a correr hacia el final de la caverna y los guerreros le siguieron. Nahia y los demás fueron detrás, además de Dafne y Beck.

—¿Cómo estás, Beck?

—Encantado de verte, Nahia. Tengo el brazo roto y Dafne me acaba de poner el hombro de vuelta en su sitio.

—Entonces como siempre —sonrió Nahia.

Beck rio y luego hizo una mueca de dolor.

—Cierto, como siempre.

Aibin se detuvo antes de entrar en la caverna.

—Heridos y guerreros deben dirigirse al sur, ¡ahora! Luego no habrá posibilidad.

—De acuerdo. Yo me quedo con Nahia por si acaso —afirmó Dafne.

—Yo también —se unió Lily.

—Los demás marchad, no tenéis buen aspecto —pidió Nahia.

—De acuerdo, pero si vas a matar a otro dragón me quedo a verlo —dijo Brendan.

Nahia negó con la cabeza.

—Marchad, no estáis en condiciones de luchar.

Aibin les indicó que siguieran a sus guerreros y se fueron.

Nahia miró al interior de la cueva y lo que vio la dejó pasmada. El dragón rojo estaba en mitad de la caverna. Frente a él había varios centenares de soldados Felidae muertos, calcinados la mayoría. El dragón rugía de rabia y enviaba su aliento hacia el millar de Felidae que tenía delante. Estaban a más de trescientos pasos de él, por lo que no podía alcanzarles, pero tampoco parecía poder avanzar hacia ellos.

Sobre su ala derecha, que estaba extendida, había una roca descomunal que la aplastaba por completo contra el suelo. Nahia miró hacia la parte superior de la cueva. De alguna forma habían hecho que la roca cayera sobre el ala del dragón, que rugía de dolor y de impotencia. La impresionante roca era la mitad del tamaño del dragón y debía pesar muchísimo porque no podía moverla ni sacar su ala.

—Buena trampa —felicitó Nahia a Aibin.

—Gracias. Lo bueno de vivir en el interior de una montaña es que tenemos mucha roca que aprovechar —respondió.

—¿Cómo habéis…? —Nahia intentaba entender cómo habían sido capaces de hacerlo.

—La cueva está muy oscura por una razón. En el lado derecho y en el izquierdo hay situadas dos grúas enormes pintadas de negro.

—Para que no se vean con la oscuridad de la cueva —razonó Nahia.

—Los soldados Felidae han muerto en la trampa —se dio cuenta Dafne.

—Sí, se han sacrificado. Han enganchado el ala con redes y tirado de ella para extenderla. El dragón los ha matado, pero la roca ha aplastado todo el ala.

—Son unos héroes —afirmó Nahia.

—Y ese dragón rojo un monstruo sin entrañas —opinó Lily.

—Deberíamos marcharnos antes de que se suelte —recomendó Aibin.

—¿Y dejar a un dragón aquí? —preguntó Dafne y negó con la cabeza.

—Habría que matarlo —comentó Lily—. Enviaría un mensaje a los de su especie de que quien entra en las montañas de sangre no sale con vida.

—Un mensaje convincente, sí —tuvo que reconocer Aibin.

—Para los dragones y para los soldados de Kraido que están con ellos —añadió Lily.

—No digo que no sea bueno, pero es muy arriesgado. Mejor retirarnos —sugirió Aibin.

—Podemos desgastarlo… —propuso Nahia—. Además, ese dragón no es que sea muy brillante.

—¿Cómo hacemos eso? —quiso saber Aibin.

—Yo me encargo —se ofreció Nahia.

—¿Estás segura? —preguntó, preocupado.

—Le daré la oportunidad de rendirse. Si no lo hace tendrá que aceptar su muerte.

—Con mucho cuidado —advirtió Dafne.

—Tranquila, lo tendré —asintió Nahia y avanzó hacia el dragón rojo.

Calculó la distancia con cuidado, no podía ponerse a menos de doscientos pasos. Dafne y Lily iban detrás de ella. No necesitó calcular mucho porque el dragón las recibió enviando su aliento de fuego. Las tres se detuvieron y observaron hasta dónde alcanzaba. Nahia se detuvo justo en el borde, medio paso fuera del alcance.

—Defensas arriba —dijo a sus compañeras.

—A mí me queda algo de energía todavía —respondió Dafne.

—A mí nada —se lamentó Lily.

—En ese caso quédate rezagada dos pasos. No tengamos un accidente desagradable —pidió Nahia.

—De acuerdo —Lily se retrasó y desenvainó espada y daga.

Nahia y Dafne conjuraron sus escamas elementales y de protección antimagia.

—Quédate detrás de mí, por si acaso.

—Tranquila, te cubro la espalda —aseguró Dafne a Nahia.

Nahia asintió y avanzó un paso.

Estaba dentro del campo de alcance del dragón. Ahora la atacaría.

Capítulo 21

—¡Te ofrezco la rendición! —dijo a plena voz.

«¡Tú eres la maldita jinete del dragón raudo!».

—Lo soy y por eso te ofrezco que te rindas.

«¡Traición! ¿Cómo te atreves? ¡Muere!».

La respuesta de Esker-Gorri-Lelo fue lanzar su aliento de fuego contra Nahia, que dio un paso atrás para salir del alcance en cuanto vio las llamas.

—Tiene mal carácter el rojito este —comentó Lily.

—No sabes qué ganas tengo de bajarle los humos —afirmó Dafne.

—No podemos acercarnos, es demasiado peligroso —dijo Nahia.

—Es más seguro de lejos —comentó Dafne.

—Pues entre los Felidae no tenemos arqueros… —se lamentó Lily.

Nahia miró hacia atrás y vio que los soldados Felidae iban armados como en Kraido, con su lanza y escudo. No era lo mejor para atacar a un dragón.

—Ya, y tirar con las lanzas contra sus ojos lo veo poco útil.

El dragón dejó de enviar su aliento elemental y continuó intentando liberar el ala entre rugidos de dolor. Era como ver a un animal rabioso encadenado tirando de una cadena para arrancarla de una argolla clavada en el suelo.

Nahia dio otro paso adelante.

—Te ofrezco una oportunidad de salir de aquí con vida.

«¡Eso nunca! ¡Traidora! ¡Ingrata! ¡Te mataré!».

Está vez Esker-Gorri-Lelo envió un ataque mental a Nahia. Ella ya lo esperaba y lo detuvo con su defensa mágica.

Dio un paso atrás para salir del radio de alcance del dragón.

—¿Qué dice? —preguntó Dafne.

—Está un tanto enfadado. Parece que soy una ingrata traidora, por lo de ser jinete y eso… —Nahia hizo el gesto de encogerse de hombros.

—Cierto, todos debemos estarles muy agradecidos por ser sus esclavos y permitirnos servirles —dijo Lily con tono de ironía.

—Ya, si tuviera un arma dorada que pudiera usar se iba a entrar ere. ¡Le sacaría los dos ojos con ella! —afirmó Dafne.

El dragón continuó en su baldío esfuerzo de liberar el ala y volvió a lanzar su aliento de fuego contra las tres. Al estar un paso fuera del alcance, no consiguió su propósito.

—¿Por qué estás jugando a este jueguecito con él? —preguntó Lily a Nahia señalando el aliento de fuego.

—Este dragón no es muy espabilado. Como ves, está malgastando la poca energía que le queda, cosa que no debería hacer en esta situación.

—Oh, ya entiendo…

—Pues vamos a hacer que pierda más.

Dafne dio dos pasos adelante. Conjuró una bola de luz y se la lanzó al dragón mientras tiraba del ala y rugía de dolor sin poder liberarla. La bola estalló al impactar contra la cabeza del dragón y el resplandor llenó la cueva de claridad, cegando momentáneamente a la bestia.

Dafne dio de inmediato dos pasos atrás mientras el dragón enviaba su aliento de fuego hacia ellas. No logró nada.

Cuando paró el caudal de llamas, Nahia dio un paso adelante.

—¡Última oportunidad! Ríndete ahora. Es mi último ofrecimiento para que salves la vida.

«¡Te voy a matar, traidora!» envió el dragón lleno de furia.

—Tú lo has querido —dijo Nahia y se retiró en cuanto sintió el primer ataque mental.

Nahia y Dafne fueron tentando al dragón para que malgastara lo poco que le quedaba de energía. Finalmente, Nahia dio un paso hacia delante y el dragón no atacó. Dedujo que estaría casi sin energía. Con tranquilidad, invocó Rayo de Fuego Múltiple. Tres rayos descendieron sobre el dragón y le alcanzaron en la cabeza.

Nahia vio que la defensa del dragón caía.

«¡Me arrancaré el ala y te mataré!».

—Sí, eso debías haber hecho, pero ya es tarde —dijo Nahia e invocó de nuevo Rayo de Fuego Múltiple utilizando una gran cantidad de su energía elemental.

Los tres rayos golpearon en la cabeza del dragón. Por un momento se quedó con ojos y boca en llamas, las de Nahia. Luego cayó hacia delante muerto.

—¡Lo has matado! —exclamó Lily incrédula.

—Y con tu magia… es fenomenal —congratuló Dafne.

Los soldados Felidae observaban atónitos. Nahia acababa de matar a un dragón delante de ellos usando su propia magia elemental. Era algo impensable de lo que pronto todos sabrían.

Aibin se acercó con su escolta de guerreros y observaron el cadáver del dragón.

—Realmente impresionante tu poder —dijo Aibin.

—Bueno, ha sido más su estupidez que mi poder.

Los guerreros se acercaron hasta la cabeza del dragón y le clavaron jabalinas en ojos y boca repetidamente. No parecían del todo convencidos de que estuviera muerto. O quizás lo hacían por si acaso. Una vez se quedaron satisfechos regresaron con Aibin.

Los soldados Felidae también se arcaron hasta el dragón muerto y lo observaron con caras de incredulidad. No podían creer que aquello hubiera pasado.

De pronto vieron a Eki, que se adentraba en la cueva.

Los guerreros y los Felidae se inquietaron y comenzaron a dar la alarma.

—¡Tranquilos, está conmigo! —dijo Nahia.

Aibin lo tradujo a los guerreros, que miraron a Nahia confundidos.

—No os atacará. ¡Tranquilos! Retiraos, por favor.

—¡Todos hacia la salida de la cueva! —ordenó Aibin.

Los guerreros y Felidae siguieron a Aibin. Nahia, Dafne y Lily miraban a Eki.

—Voy a hablar con él —dijo Nahia.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —preguntó Dafne.

—Acabas de matar a otro dragón. No creo que le haya gustado —dijo Lily.

—No, no le ha gustado, eso lo sé, pero tengo hablar con él.

—De acuerdo, pero cuidado. Estamos detrás de ti —dijo Dafne.

—Si pasa algo intervendremos —aseguró Lily.

—Gracias, amigas.

Nahia fue hasta Eki, que la esperaba.

«No tenías por qué matarlo».

«Le di la oportunidad de rendirse y no la quiso. Fue su decisión morir».

«Me apena mucho lo que he presenciado».

«Lo que has presenciado es la realidad, Eki. No se puede vivir en los cielos y no ver lo que está pasando en tierra. Esta gente vive esclavizada por dragones que los matan sin piedad, como si fueran seres sin valor alguno. Quizás para los dragones no lo tengan, pero cada una de estas vidas es preciosa».

«Yo respeto toda vida, y soy un dragón».

«Ese no es el caso de la mayoría. En mi experiencia, solo unos pocos respetan a otros seres. La mayoría quiere conquistar a todo ser que se encuentra y, si se resiste, matarlo».

«Es la Senda de los Dragones. Es lo que siempre se nos ha enseñado».

«Es una senda que solo lleva a la muerte y destrucción. Hay quienes no la siguen».

«¿Lo hay? ¿Entre los míos?».

Nahia asintió.

«Los hay. Uno pocos que quieren cambiar esa Senda por una de paz».

«Cambiar ciertas cosas lleva mucho tiempo y esfuerzo».

«Sí, pero hay que empezar y trabajar en ello».

Eki asintió.

«¿Qué vas a hacer ahora?».

«Necesito estar con mi escuadrón y los Desher Tumaini».

«¿Por cuánto tiempo? Tenemos otra misión más importante».

«Lo sé, no lo olvido. No me entretendré demasiado».

«Muy bien. Te espero junto al portal. Lo que ha sucedido aquí… tendrá repercusiones…».

«Lo sé. Soy consciente».

Eki asintió y se dio la vuelta. Nahia lo vio marchar hacia el norte.

Le dio la impresión de que iba con la cabeza algo gacha, aunque quizás solo era una impresión.

Nahia se apresuró a llegar hasta sus compañeras.

—Vámonos.

—¿Todo bien? —preguntó Dafne.

—Todo lo bien que puede estar dadas las circunstancias —respondió Nahia.

—Entendido —dijo Lily.

Las tres avanzaron a una hasta reunirse con Aibin, que aguardaba con los guerreros y Felidae en la salida de la caverna.

—Vamos —señaló hacia el sur con el brazo.

Cruzaron varias cavernas más y un par de túneles. Nahia se fijó en que eran lo suficientemente grandes como para que pasara un

dragón, lo cual les hubiera permitido perseguirles de no haberles hecho frente. Finalmente llegaron a una pared de roca en el interior de una gran caverna que no tenía salida.

—¡Alto! Es aquí —dijo Aibin y todos se detuvieron.

Nahia, Dafne y Lily miraban la pared sin entender.

Aibin emitió una llamada con largos silbidos.

De pronto, en medio de la pared, en la parte baja, apareció un pequeño agujero por el que podía pasar una persona. Era más una grieta de la altura de una persona que un agujero en sí. Habían quitado la roca que lo tocaba en el interior y ahora el agujero era visible por la luz que llegaba del otro lado.

—Es por ahí —indicó Aibin señalando la grieta.

Fue en ese momento cuando Nahia entendió por qué Aibin había insistido tanto en frenar a los dragones. Varios miles de personas tenían que pasar por ahí para ponerse a salvo al otro lado y era imposible hacerlo rápido.

Nahia miró alrededor. Un dragón hubiera masacrado a miles de personas atascadas allí intentando escapar, por no hablar de las que morirían aplastadas.

—Por eso quisiste que retuviéramos a los dragones —dijo Dafne, que había llegado a la misma conclusión que Nahia.

—Sí. La cueva que vamos a sellar es esta, pero la fisura en la pared de roca solo tiene espacio para que pase una persona.

—Por eso temías tanto el atasco…

Aibin asintió.

—Si no hubiéramos detenido a los dragones, nos hubieran asesinado aquí a todos.

Nahia y Dafne asintieron muy aliviadas.

Lily estaba pensativa.

—Pero antes hemos pasado por otra cueva, una grande con una entrada que permitía el paso de mucha gente —dijo Lily.

—Ese paso se ha cerrado. Hemos derrumbado la cueva entera. Era necesario si los dragones entraban —explicó Aibin—. Llevábamos trabajando en ello mucho tiempo.

—Sois unos artistas de las cavernas y sus rocas —congratuló Nahia.

—La necesidad es una maestra excelente, sobre todo en el desierto, donde tanto escasean los recursos.

—Tenemos mucho que aprender de los Desher Tumaini —dijo Nahia.

Aibin sonrió.

—Entremos, vamos a sellar la fisura.

Capítulo 22

Lasgol visitaba todas las mañanas el laboratorio de los magos de York para ver cómo les iba con sus experimentos y si habían logrado algún avance. Aquella mañana habló con Dameros y Aquasmares, que estaban desarrollando ideas junto con Ahize, mago de aire principal de la ciudad. De momento no habían conseguido logros y seguían teorizando modos de avanzar.

No eran buenas noticias, pero Lasgol no se dejó desalentar y decidió aprovechar que estaba allí para ir a hablar con Marindar. La maga de fuerza le intrigaba y quería saber más sobre ella y sobre el tipo de magia que realizaba. La vio trabajando en su sección, al fondo del laboratorio, apartada del resto de magos. Se acercó hasta ella pasando con cuidado entre las dos zonas donde estaban experimentado los dos hechiceros noceanos. Tanto ellos como sus conjuros tenían un aspecto de los más funesto. Lasgol no quería morir en un accidente debido a un experimento desbocado de su magia de sangre o maldiciones.

—Buenos días —saludó con tono amable desde el exterior de la zona en la que estaba trabajando.

La maga dejó un aparato sobre su mesa de trabajo y lo miró con ojos entrecerrados.

—Te he visto por aquí. ¿Quién eres?

—Soy Lasgol, guardabosques norghano.

Marindar asintió.

—Me han informado de la llegada de un grupo de guardabosques. ¿Qué hacéis aquí?

—Buscamos acabar con los dragones.

La maga sonrió, pero su expresión fue de ironía.

—Eso lo buscan todos, no se ha conseguido todavía.

—Esperamos poder cambiar eso.

Marindar se quedó mirando a Lasgol con ojos en los que brillaba la curiosidad.

—Si estás aquí abajo es porque no eres un simple guardabosques. ¿Me equivoco?

—Tengo el don, si es a lo que te refieres.

—Ah, eso lo explica. ¿Qué tipo de magia?

—De naturaleza, creo.

—¿Creo? Si no lo sabes deberías trabajar en conocerlo. Es fundamental que cada persona que tenga el don sepa de qué tipo es y todo lo que puede hacer con ese regalo del universo.

—He estudiado y trabajado mi magia… —intentó explicar Lasgol, que no quería que la maga pensara que no se preocupaba por su don—, lo que ocurre es que he tenido unas situaciones desafortunadas y he perdido parte del conocimiento que tenía.

La cara de Marindar cambió a una algo más amable.

—Veo que has tenido una vida agitada.

—Turbulenta, diría yo. Al menos las partes que recuerdo —Lasgol sonrió intentando quitarle importancia al asunto.

La maga pareció relajarse y una sonrisa apareció en su boca.

—¿Has venido por Dameros? Lo pregunto porque te he visto con él.

Lasgol asintió.

—Necesitamos de su magia dorada para derrotar a los dragones.

—Sí, es la única que ha funcionado en esas criaturas malignas y despiadadas.

—¿Tu magia no funciona en ellas?

Marindar negó con la cabeza y adoptó una expresión de pesar.

—Por desgracia mi magia no consigue traspasar sus defensas.

—¿Cómo funciona tu magia? ¿De qué tipo es? —Lasgol se animó a preguntar al notar que la maga estaba más abierta a conversar.

—Tenemos curiosidad, ¿eh?

Lasgol se ruborizó. Se había dejado llevar por el entusiasmo.

—Un poco, sí.

—Ya sabes lo que le pasó al gato por su curiosidad…

—Sí, pero no puedo evitarlo. No había oído hablar de la magia de fuerza.

—Magia de fuerza es un nombre que no termina de convencerme, pero es como lo llaman en estas tierras.

—¿Cómo es? Si no es inconveniente preguntarlo —Lasgol no quería enemistar a la maga e intentaba ir con tiento.

Marindar se volvió hacia su mesa de trabajo y cogió un bola de acero del tamaño de una manzana grande. Se la dio a Lasgol, que al cogerla notó que era maciza y pesaba bastante. Luego la maga le indicó que la dejara sobre la mesa. Lasgol así lo hizo.

La maga miró la bola y la señaló con su mano abierta. Se produjo un destello casi transparente, pero que los ojos de Lasgol captaron. De la palma de la mano surgió una energía translúcida casi imperceptible al ojo. La energía salió con fuerza, casi como si fuera un proyectil, y golpeó la bola. A consecuencia del impacto esta salió despedida contra una de las columnas, la golpeó con una tremenda sacudida y se incrustó en ella para, tras un instante, caer al suelo.

Lasgol se quedó boquiabierto.

—Vaya… Ya lo creo que es magia de fuerza.

Marindar se acercó hasta la columna y puso sus manos en dos de sus cuatro lados.

—Es algo más —dijo a Lasgol y de sus manos comenzó a surgir energía casi translúcida que envolvió la columna desde el suelo hasta el techo.

Lasgol podía ver ahora una especie de funda de energía que envolvía la columna. Era de unos dos dedos de grosor.

—Yo prefiero llamarla magia de campos de fuerza, creo que es más exacto —la maga recogió la bola de acero y la situó de nuevo

en la mesa.

—Creo que veo el campo alrededor de la columna. ¿La refuerza?

—Si puedes ver mi magia quiere decir que eres poderoso.

—Quizá un día lo fui, ahora solo intento recuperar ese poder que me robaron.

Marindar asintió.

—Te recomiendo que intentes recuperarlo todos los días. La magia es complejísima, arcana, misteriosa incluso, con su propias leyes. Nadie la conoce por completo, ni los más sabios estudiosos.

Lasgol asintió.

—Así la siento, sí. Me esfuerzo todos los días por recuperarla.

—Haces bien. Observa.

Marindar volvió a lanzar la bola de acero con su magia contra la columna. Sin embargo, esta vez golpeó el campo de fuerza que había creado y no pudo traspasarlo. Rebotó y cayó al suelo.

—Creo que ya entiendo el poder de tu magia. Esos campos de fuerza son impresionantes.

—Gracias. En el mundo de la magia una demostración siempre es mejor que una explicación.

—Muy cierto.

—Como ves, aunque mi magia puede usarse para atacar, en realidad su aplicabilidad es de índole defensivo.

—Por ello refuerzas las estructuras de la ciudad, como este laboratorio.

—Así es, para que los dragones no nos sepulten en vida aquí abajo derribando el edificio sobre nuestras cabezas.

—Entiendo. Es una labor loable.

Marindar soltó una exclamación irónica.

—Explícaselo a estos magos y hechiceros egoístas.

—Ya… Es difícil prestar la energía y tiempo de un mago.

—Eso es decirlo muy suavemente.

Lasgol decidió llevar la conversación a lo que realmente le interesaba.

—¿Ha intentado Dameros utilizar tu magia para encapsular su energía?

Marindar suspiró.

—Lo ha intentado, pero no ha conseguido gran cosa. Su energía dorada se descompone al contacto con la mía. Es una magia muy delicada o, más bien, es muy sensible tanto a otros materiales como magias. Espero que encuentren una solución, pero de momento todo intento ha fracasado.

—Vaya, pensé que quizá con un campo de fuerza podrías retener su energía dorada. Estaba esperanzado con esa idea.

Marindar se encogió de hombros.

—Poder puedo, pero la daña. Y no solo la mía, lo han intentado con todos los tipos de magia que tenemos aquí, pero todas alteran la energía dorada. Las de los noceanos, sangre y maldiciones, son las más dañinas, la de agua en su forma de hielo es la que menos, la de aire no sirve, la energía dorada la traspasa. Eso es lo que han conseguido descubrir hasta ahora.

—Me llevo una desilusión. La mía ya la hemos probado también y no ha habido suerte.

—No te culpes. Como ves ninguna de nuestras magias funciona para ese propósito.

—Es solo que estamos tan cerca de un gran avance que no lograrlo sería devastador para nuestras esperanzas.

—Vivimos tiempos muy difíciles, de muerte y destrucción sin sentido.

Lasgol lo sentía también así.

—¿Eres de esta ciudad? —preguntó interesado por sus orígenes.

—Mi ciudad ya no existe. Fue la primera en caer de las ciudades estado de la costa este. Fue horrible, murieron miles de personas. Los pocos que sobrevivimos vinimos aquí.

—Lo lamento mucho. Es horrible.

—Más que eso, es una tragedia irreparable. No solo lo que le ha pasado a mi ciudad y a mi pueblo, sino a todos los que han sido destruidos por los dragones.

—Sí, así es —Lasgol captó el tremendo dolor y la pena que Marindar sentía en sus ojos—. Entonces eres una refugiada, como Dameros y Aquasmares.

—Lo soy, sí. Si pensabas que era un mercenario como los noceanos, te equivocas.

—¿El druida también es un refugiado? —Lasgol miró en su dirección.

Parecía estar trabajando con plantas, aplicando magia sobre ellas. Con qué fin, no tenía ni idea.

—No, Zugaiz sí es un mercenario y lleva aquí mucho tiempo. Los suyos lo echaron y lo contrató Urrejaun, que siempre está buscando magos que poder reclutar para la defensa de la ciudad.

—¿Por qué razón lo echaron los druidas? —se extrañó Lasgol.

—Parece ser que su magia de naturaleza, la que él practica en concreto, es muy agresiva y la lleva a límites que no son admitidos por los suyos. Urrejaun lo considera un mago revolucionario y los druidas un hereje. Esas plantas con las que está trabajando son especiales.

—No las reconozco —Lasgol las observaba con ojos entrecerrados.

Estaban en grandes tiestos y eran del tamaño de una persona. Las hojas eran grandes como las de un ficus y tenían una cabeza grande redonda llena de semillas, como si fuera un girasol, una mezcla muy rara y exótica.

—Son peligrosas, eso puedo asegurártelo. Así que, si hablas con Zugaiz, no te arrimes a ellas.

—Vaya, gracias por el aviso.

—De nada. Bastantes accidentes hemos tenido ya aquí.

Lasgol asintió.

—Te dejo trabajar. Ha sido un placer haberte conocido. Gracias por la información que me has facilitado.

—Sigue luchando. Espero que tu problema con tus recuerdos y tu magia termine por solventarse.

—Seguiré, y gracias, yo también espero que un día esté del todo repuesto.

Lasgol abandonó el laboratorio y dejó que los magos siguieran experimentando.

Empezaba a tener la sensación de que no lo iban a conseguir y eso le frustraba. Estaban tan cerca y al mismo tiempo tan lejos… Suspiró y se rehízo. Lograrían vencer a los dragones, solo era cuestión de tiempo.

Capítulo 23

Aquella tarde las Panteras de las Nieves fueron llamadas a audiencia por Urrejaun, señor de la ciudad. El grupo se fue reuniendo frente a sus aposentos en la excelsa ciudad para acudir al encuentro. Viggo ya estaba allí, y el resto llegó de partes diferentes de la ciudad. Ingrid y Nilsa venían de practicar el tiro con arco con los arqueros locales.

—¿Qué tal se te ha dado hoy el entrenamiento, mi insuperable rubita belicosa? —preguntó Viggo al verla llegar.

—Pues no me siento nada insuperable. He perdido mucha habilidad en el tiempo que he estado encarcelada. Me está costando volver a ser quien era.

—Lo estás haciendo fenomenal. Es normal que te cueste un poco después de años de estar encerrada en una mazmorra —dijo Nilsa y le puso la mano en el hombro.

Ingrid suspiró y puso los brazos en jarras.

—Te agradezco el apoyo, pero ambas sabemos que he perdido mucho y me está costando.

—A mí también, estamos las dos en la misma situación —dijo Nilsa.

—Tú estás mucho más recuperada que yo. Tus tiros a larga distancia son estupendos, casi tan buenos como antes.

—Eso se debe a que he tenido más tiempo que tú para ir recuperando mi toque —Nilsa hizo un gesto de soltar una flecha en el arco.

—La torpecilla lleva practicando sin parar desde que despertó de su siesta extendida en el desierto. Te lleva ventaja —dijo Viggo y le guiñó un ojo a Ingrid.

—Ya no soy torpecilla, por si lo has olvidado, y sí, practico a cada momento que tengo la oportunidad —Nilsa le lanzó una mirada de

enfado a Viggo, que se encogió de hombros.

—Las piernas me van bastante bien, en cuanto al movimiento, me refiero. Lo que me cuesta es la puntería —explicó Ingrid.

Gerd llegó en ese momento.

—En nada serás la de siempre, no tengo ninguna duda. Solo necesitas entrenar un poco —aseguró Gerd—. No como tu amado, que se pasa el día tirado en los aposentos que nos han dado, entre sábanas de seda y sillones con cojines de la mejor calidad.

Viggo hizo una mueca.

—¿Tú has visto qué aposentos tenemos? ¡Son fabulosos! Oro, plata, sedas finas, unas camas y sillones comodísimos, la mejor comida, el mejor vino y mucho más. Este Urrejaun sabe cómo ser un gran anfitrión. Si no fuera porque tenemos que estar bajo tierra, sería perfecto.

—¿Perfecto para qué? —preguntó Nilsa enarcando una ceja.

—Para un noble rico como yo —Viggo abrió los brazos y puso cara de que era obvio.

—No sueñes tan alto, que la caída será más dura —dijo Gerd cruzando sus fuertes brazos sobre su enorme torso.

—Espero que sea sobre su cabeza —dijo Nilsa.

—No lo dice en serio, en realidad no piensa que vaya a ser un noble rico —afirmó Ingrid mirando a Viggo.

—Por supuesto que lo digo en serio, mi amada diosa guerrera. Es solo cuestión de tiempo. El que crea que voy a acabar como un triste guardabosques sin fortuna propia está muy equivocado. Yo tengo aspiraciones mucho más altas.

—Ser guardabosques es un honor y es un compromiso de por vida —dijo Ingrid.

—No digo que para algunos no lo sea, para otros, como es mi caso, es algo temporal, hasta que consiga lo que merezco. El mejor asesino de Tremia merece una recompensa justa. Sobre todo, ahora que me estoy convirtiendo en un matadragones magnífico.

Gerd resopló.

—Un día te va a estallar la cabeza de tanto hincharse.

—Lo dudo. ¿Tú que estabas, llenándote la panza? —acusó Viggo señalando el estómago del grandullón.

—Para nada. Estaba haciendo algo útil, no como otros. He estado eligiendo las palomas mensajeras para enviar mensajes a Norghana, a nuestra líder, como comentamos.

—Bien hecho. ¿Tenían buenas palomas? —preguntó Ingrid.

—Sí, aquí tienen medios para todo. El palomar de la ciudad es espectacular. No usan más que palomas, no como nosotros, pero las que tienen son de la mejor calidad y están muy bien cuidadas.

—Lo imaginaba —asintió Ingrid.

—El Maestro Palomero de la ciudad me ha dicho que tienen un servicio establecido con Norghana y me ha dejado elegir la paloma de entre las que hacen la ruta.

—Te habrá encantado —sonrió Nilsa.

—Sí, últimamente no tengo muchas oportunidades de hacer uso de mis habilidades de Especialista, así que cuando una se presenta, la disfruto mucho.

—Eso me he imaginado —dijo Nilsa con una sonrisa.

—Ahí llega Lasgol. Veamos si los magos han hecho algún progreso —comentó Ingrid.

Lasgol llegó hasta ellos y por la expresión en su rostro todos supieron que no había habido avances.

—Nada, seguimos sin conseguirlo —informó.

—Menudos magos de pacotilla. ¡Si tiene que ser de lo más sencillo! Metemos la sustancia dorada en un contenedor y solucionado el problema —dijo Viggo—. Se llevó la mano al cinturón y sacó un objeto. Les mostró uno de los viales que utilizaba para guardar venenos.

—No es tan fácil. La energía se degrada con el tiempo y más al contacto con otras energías o superficies —explicó Lasgol.

—Es muy delicada entonces —comentó Nilsa.

—Es tan poderosa como delicada, sí —asintió Lasgol y suspiró.

—Eso representa un problema importante —asintió Ingrid y se quedó pensativa.

—Uno que intentan solucionar todos los magos de la ciudad —aseguró Lasgol.

—Bueno, no nos desanimemos, encontraremos la forma —dijo Gerd optimista y sonrió.

—Eso, no hay problema que no tenga solución, la encontraremos —se unió Nilsa también con optimismo.

Viggo hizo un gesto de que no sería tan fácil, pero no dijo nada.

—Será mejor que vayamos a la audiencia o llegaremos tarde —dijo Ingrid.

El grupo se puso en marcha y se dirigieron a palacio guiados por media docena de soldados y un oficial que los esperaba. Los condujeron a un palacio elegante en una zona de la ciudad donde no habían estado. Al llegar los hicieron pasar a una sala enorme y majestuosa.

El oficial y su guardia se quedaron con ellos y les indicaron dónde debían situarse, que era en una esquina. También les dijeron que guardaran silencio con un gesto de su dedo índice. La estancia estaba fuertemente custodiada por soldados con armaduras de gala que brillaban con destellos dorados.

Tras un momento una puerta lateral se abrió y Celopus apareció. Los vio y con paso rápido se acercó y se situó en medio del grupo.

—Hola a todos —saludó—. Os traduciré lo que se diga.

—Bonita sala —dijo Nilsa.

—Esta es la sala más grande que tiene Urrejaun en los palacios que aún quedan en pie. Es la que utiliza para eventos importantes.

—Pues qué honor —sonrió Viggo.

—¿Sabes que sucede? —preguntó Ingrid con la frente fruncida.

—Algo importante… quizá bueno. Nos visita el embajador de Yatro, la ciudad estado de la costa este.

—¿La que todavía aguanta? —preguntó Nilsa.

—Esa misma. Cuando entre debéis permanecer callados. Yo traduciré en un murmullo.

—Esto es un ninguneo, ¿por qué no podemos hablar? —preguntó Viggo algo enfurruñado.

—Porque es una reunión importante, merluzo —replicó Ingrid a su lado y le lanzó una mirada de que no entendía cómo no veía aquello.

—Nosotros también somos importantes —Viggo cruzó los brazos sobre el pecho.

—Invitaros a todos a una audiencia con embajadores extranjeros no es algo usual —explicó Celopus.

—No procede —Nilsa estaba de acuerdo.

—Si estamos aquí, sí que procede —replicó Viggo—. Por algo será.

—Será interesante —opinó Gerd con ojos que brillaban de interés.

—Ya lo creo —convino Nilsa.

—En cualquier caso, debéis guardar silencio y solo hablar si se os pregunta directamente. Es el protocolo en este tipo de encuentros —explicó Celopus.

—Yo de protocolos no sé nada de nada —respondió Viggo.

—Mantente callado hasta que termine la reunión. Nos interesa —dijo Ingrid a Viggo con tono serio.

Él refunfuñó, pero se calló.

—Ahí llega Urrejaun y su séquito —dijo Celopus y señaló con la cabeza hacia la puerta doble grande en la cara norte. Se había abierto y ya entraba un grupo de personas.

Todos observaron. Urrejaun iba acompañado de Magures y varios oficiales de su ejército que vestían armaduras de gala. El líder de la

ciudad también vestía de gala, portando una armadura como la de los oficiales, pero más elaborada y ostentosa. Brillaban tanto con destellos de oro que era imposible no mirar. Hasta Magures llevaba una túnica que destellaba en oro. Se habían vestido para la ocasión.

Urrejaun se sentó en un elaborado sillón de gran tamaño que no llegaba a ser un trono, pero poco le faltaba. Junto al sillón del líder había otro algo más pequeño y sobrio en el que se acomodó Magures. Los oficiales se quedaron de pie tras ellos y una veintena de guardias, también con armaduras de honor, se situaron alrededor del grupo.

—Desde luego van vestidos para una fiesta de las buenas —comentó Viggo.

—Shhh… —inquirió Ingrid.

—Es que me deslumbran con tanto destello de oro —se quejó Viggo y se frotó ambos ojos con las manos.

—Pues súfrelo en silencio —dijo Ingrid y se llevó el dedo índice a los labios.

Aguardaron por un largo momento hasta que la puerta de la zona sur de la estancia se abrió. Era una entrada más pequeña y sencilla.

—Ahora entra el embajador —anunció Celopus.

El embajador de Yatro entró en la sala de recepciones acompañado de su séquito.

—Mi señor, líder de la prospera ciudad de oro. ¡Que la fortuna y los vientos de los mares favorezcan las rutas mercantiles y el comercio de vuestros navíos y cargueros! —saludó el embajador realizando una reverencia pronunciada.

Lasgol lo observó. Era un hombre de mediana edad con la cabeza afeitada que vestía una especie de sotana gris blanquecina. Le sorprendió ver que en medio del torso llevaban el dibujo de una cara deforme, como si estuviera agonizando, gritando. Su séquito eran también hombres con la cabeza afeitada que vestían aquellas sotanas de aspecto funesto.

Lasgol recapacitó y se dio cuenta de que no sabía apenas nada de la ciudad estado de Yatro. Lo poco que sabía era que pertenecía a la antigua Confederación de Ciudades Estado del este y que era una potencia mercantil, como las otras. Era la única que quedaba sin ser conquistada, aparte de York, y eso era lo que más interesaba a Lasgol. Quería entender cómo habían conseguido sobrevivir hasta el momento. Sin duda debía ser por sus magos, que usaban magia de espíritu y de la que Lasgol no sabía nada.

—Bienvenido, embajador Espitok. Siempre es una alegría recibir la visita de un representante de tan digna ciudad estado —saludó Urrejaun.

A Lasgol el saludo le pareció cortés, pero el líder de York no había mencionado a la ciudad amiga. Intuyó que había envidias y rencillas del pasado sin terminar de arreglarse.

—La Hermandad de los Espíritus desea que nuestras ciudades hermanas prosperen siempre en armonía y que las riquezas llenen las arcas de ambas —continuó Espitok.

—Que así sea —asintió Urrejaun—. ¿A qué debo esta visita? ¿Qué desea la Hermandad de los Espíritus de mí?

—Nuestro líder, Ardizain, envía sus saludos y buenos deseos a esta incomparable ciudad de oro y a su impresionante e inteligente líder, que ha sabido soportar los malos tiempos que vivimos.

—Ardizain y la Hermandad de los Espíritus han sabido sobrellevar estos tiempos igual de bien —respondió Urrejaun.

El embajador hizo un gesto de agradecimiento.

—Nuestras riquezas van agotándose por el tremendo desgaste que la guerra contra los dragones y sus ejércitos representan.

—Estoy seguro de que la eficiente ciudad de Yatro, que tan profundos bolsillos tiene gracias a la excelente gestión de la hermandad, no tendrá preocupaciones por los gastos de una guerra.

A Lasgol se le hacía raro que una ciudad dedicada al comercio y supuestamente tan rica estuviera liderada por lo que parecían algún tipo de monjes macabros.

—Cierto es lo que el sabio líder de York comenta, pero esta no es una guerra normal. Nos enfrentamos a dragones y ejércitos de otros mundos compuestos por razas desconocidas. Eso tiene un impacto mucho más profundo en nuestras arcas.

—¿Qué es lo que tu líder y hermandad quieren? —Urrejaun abandonó los elogios y fue directo al asunto.

—Mi señor y la hermandad piden apoyo a York.

—¿Qué tipo de apoyo?

—Necesitamos víveres. Estamos sitiados y las provisiones se van agotando.

Urrejaun se quedó pensativo.

—Puedo ofrecerte algo mejor, puedo daros asilo. A toda la ciudad, bueno, a lo que queda de ella.

El embajador se quedó pensativo. Por su expresión, el ofrecimiento no le había cogido desprevenido. Ya esperaba algo así.

—Ese es un ofrecimiento magnánimo que os honra y también a la cuidad de York.

—Ya lo he hecho por Orecor, puedo ofreceros lo mismo.

—Acoger a la ciudad de Orecor fue un acto de enorme valor y compasión. La hermandad así lo ve y lo aprecia.

—Entonces valorarán está propuesta.

El embajador volvió a quedar pensativo.

—De aceptar este maravilloso ofrecimiento, la hermandad quiere asegurarse de que tendrá un puesto prominente en la ciudad…

Urrejaun sonrió levemente.

—Me temo que mi generosidad no es tanta. Acogeré al pueblo de Yatro, pero la hermandad será eso en York, una hermandad. No tendrá poder, pues a York lo gobierno yo y lo hago a solas.

Espitok hizo un gesto de estar meditando la respuesta.

—Me temo que bajo esas condiciones el pueblo de Yatro no puede aceptar la hospitalidad de su ciudad hermana.

—¿El pueblo o la hermandad y su líder?

—Ellos velan por el bien del pueblo. Deben asegurarse de que así sea a futuro.

—En ese caso el futuro será quien decida —dijo Urrejaun—. Es lo que le sucedió a Orecor.

—Esperemos que no llegue ese día para nuestro pueblo.

—Me temo que llegará. Los dragones terminarán conquistando Yatro como han hecho con el resto de las ciudades estado y reinos.

—Algunos todavía aguantan.

—Muy pocos.

—¿Debo entender entonces que York niega la ayuda solicitada?

Urrejaun se echó hacia delante y miró fijamente al embajador.

—Ofrezco un trato, uno mercantil. Enviaré provisiones a Yatro a cambio de los servicios de uno de sus magos de espíritu.

El embajador puso mala cara, pero disimuló con rapidez.

—Ese es un trato complicado. Necesitamos provisiones, pero también a nuestros magos para que defiendan la ciudad.

—Sin provisiones los magos morirán de hambre… Al final…

El embajador asintió varias veces.

—Muy cierto, pero un mago es un bien escasísimo y de incomparable valor.

—No morir de hambre lo es también.

—York ya dispone de magos de gran poder. ¿Para qué necesitan a uno de los nuestros?

—No lo necesitamos, es solo que queremos entender su magia y sus aplicaciones.

—La hermandad se opondrá, mucho me temo...

—Tú envíales mi propuesta. Mis dos propuestas, de hecho. Veamos qué responde la hermandad.

Lasgol tenía ya claro que había un pulso de poder entre los liderazgos de ambas ciudades. Por un lado, Urrejaun estaba en una

situación de poder y buscaba tener todavía más con la anexión de la ciudad rival. Por otro, la hermandad no iba a aceptar no estar en una posición de poder y entregar sin pelear a sus preciados magos.

—Llevaré estos generosos ofrecimientos a la hermandad. Estoy seguro de que tanto nuestro líder como la hermandad estarán muy honrados de recibirlos.

—Muy bien. Esperaré impaciente la respuesta.

A Lasgol el tono con el que Urrejaun había hablado no le pareció demasiado halagüeño.

El embajador se despidió con halagos y reverencias.

Lasgol vio marchar al embajador y se quedó pensando en las pobres gentes de Yatro. Esperaba que se salvaran, pero, por desgracia, las disputas de poder entre dignatarios siempre llevaban sufrimiento al pueblo. Esto era algo que Lasgol tenía claro y no necesitaba recordar.

Capítulo 24

Lasgol fue al laboratorio y tras saludar a Dameros y Aquasmares los observó mientras trabajaban con otros magos de agua. De que se esforzaban al máximo Lasgol no tenía ninguna duda, pero sabía que estaban frustrados e iban perdiendo la esperanza de hallar una solución. Suspiró y pasó la mirada por el largo laboratorio subterráneo. Vio que el druida estaba trabajando con sus enormes plantas y decidió acercarse a hablar con él. Quizá pudiera aprender algo provechoso.

—¿Te importa acompañarme? —pidió a Celopus.

Siempre había al menos un par de intérpretes allí abajo para que los magos se entendieran entre ellos. Sin embargo, Lasgol prefería al viejo intérprete de Orecor, de él se fiaba.

—Será un placer —sonrió Celopus y se dirigieron a ver al druida.

—Hola, soy Lasgol —saludó a forma de presentación al llegar a su cuadrante de estudio y experimentación.

El druida se volvió. Poseía los rasgos característicos de los de su etnia. La cara la tenía tatuada con un símbolo que Lasgol no reconoció. Era alto y delgado, castaño de pelo y con ojos pardos que, en función de cómo les diera la luz, parecían verdes. Vestía al estilo de los druidas. Lasgol se había fijado en que, pese a disponer de todo cuanto quisieran en la ciudad, los magos y hechiceros seguían vistiendo sus ropajes originarios.

—Eres uno de los guardabosques que están de visita —respondió con ojos entrecerrados y una mirada intensa que lo analizaba.

Lasgol saludó brevemente con la cabeza.

—Así es.

El druida lo observó un momento más, como si estuviera intentando leerle el alma.

—Soy Zugaiz, druida del antiguo reino de Irinel.

—He oído que Irinel ha caído, lo siento mucho.

—Has oído bien. No lo sientas, los druidas no tenemos mucho amor por nuestro reino, aunque sí por nuestros bosques y tierras.

—Sí, recuerdo que los de Irinel y los druidas no compartíais una visión conjunta.

—Veo que has estado en mi reino —comentó Zugaiz sorprendido —. No son muchos los norghanos que se han acercado a visitarnos.

Lasgol resopló intentando recordar.

—He estado, sí, tanto en las tierras verdes y llanas de Irinel donde siempre parece llover, como en el gran bosque sagrado de los druidas.

—Vaya, eso sí que es curioso —Zugaiz miró los contenedores que tenía en las manos y los puso sobre la mesa. Luego prestó toda su atención a Lasgol—. Un guardabosques norghano que ha estado en nuestro bosque sagrado… Eso es interesante. ¿Qué te llevó allí?

—Una misión de rescate.

—¿Rescate? Lo dudo, nada hay que rescatar allí excepto druidas, y a nosotros no se nos rescata de nuestro hogar.

—Fuimos enviados a rescatar a la que se convertiría en reina de Norghana.

—¡Eso sí que es interesante! ¿Tú secuestraste a la reina Druida? Esa es ahora una leyenda en Irinel, la historia de los extranjeros del norte que se la llevaron y todo lo que sucedió después.

—La rescatamos de los druidas siguiendo órdenes de sus padres. No secuestramos o raptamos a nadie.

—Eso no es lo que la leyenda cuenta.

—Las leyendas pueden ser un tanto incorrectas —se defendió Lasgol.

—Cierto. En cualquier caso, ya no importa. Los monarcas fueron traicionados por sus dos hijos. Heulyn se convirtió en reina de Norghana y ahora se desconoce su paradero. Su hermano reinó y

perdió el reino ante los dragones. No era un buen rey, en cualquier caso, Irinel estaba condenada.

—¿Y los druidas? ¿Qué ha sido de ellos?

—Los druidas cuidan de su hogar. Ayudan a aquel que sea su aliado por el bien de sus bosques, tierra y magia —dijo Zugaiz abriendo las manos como si fuera un lema que entonaba.

—¿Han sobrevivido?

—Lo han hecho, aunque muchos murieron en los ataques de los dragones. Se esconden bajo el gran bosque porque sobre él no están a salvo de esos monstruos alados. Las bestias sanguinarias mataron a muchos y quemaron gran parte de nuestro pulmón verde de vida y naturaleza, de nuestro querido hogar.

Lasgol asintió.

De pronto empezó a sentirse extraño, algo le sucedía a su cabeza. Una imagen borrosa apareció en su mente. Era la de una chica, de eso estaba seguro, aunque apenas podía discernirla. No solo eso, captaba que era rubia y de ojos azules. Su rostro transmitía belleza. Sin embargo, al intentar fijarlo en su mente, al intentar discernirlo, no podía. Era como si tuviera una venda sobre los ojos que no le permitía ver el rostro y reconocerlo. Debía de ser alguien que le importaba, pues no la recordaba. Una amiga… Resopló algo frustrado. Seguía sin recuperarse por completo y aunque le encantaría recordarlo todo de nuevo sabía que las posibilidades de que sucediera eran pocas.

—Quería… preguntarte sobre tu magia… —dijo Lasgol.

—Mi magia es la de los druidas de Irinel, magia de naturaleza. ¿Por qué te interesa?

—Porque la mía es parecida, también de naturaleza, de ahí mi interés.

—Así que tienes el don, y es de magia de naturaleza. Debes sentirte agradecido y honrado en tal caso.

—Así me siento. Me han dicho que tu magia es poderosa… y por eso me he acercado, a ver si puedo aprender algo.

Zugaiz sonrió con ironía.

—Poderosa es, pero no solo eso, también está mal vista, sobre todo entre los míos. Dicen que llevo mi magia a un extremo que roza con los límites de lo permitido.

—¿Y lo haces?

—¡Por supuesto que lo hago! Es la única forma de lograr algo positivo que usar contra los dragones. Los enfoques tradicionales y conservadores no han funcionado y no lo van a hacer. Nos enfrentamos a seres muy crueles y tremendamente poderosos. Solo con enfoques muy agresivos encontraremos una forma de traspasar sus defensas y acabar con ellos.

—¿Podría verlo? Tu enfoque, me refiero…

El druida torció la cabeza.

—Está bien. Observa.

Cogió los dos contenedores en los que había estado trabajando y se acercó a una de las altas plantas que tenía. Lasgol contó más de dos docenas de plantas de diferentes tipos, todas altas y con aquella extraña cabeza de girasol arriba. Ahora que estaba más cerca, pudo apreciar que la cabeza de girasol de la planta era del tamaño de la de un humano e incluso mayor.

Zugaiz vertió el contenido de los dos contenedores en la tierra del tiesto. Lasgol imaginó que sería algún compuesto para darle fuerza a la planta y hacer que creciera, algún tipo de fertilizante. Un momento después, el druida cerró los ojos y comenzó a conjurar.

Lasgol observaba muy atento. No sabía qué conjuraba, pero era magia de naturaleza, sin duda. Podía ver un destello verde que recorría el cuerpo del druida, similar en color, aunque no idéntico, a los destellos que a él mismo le recorrían el cuerpo cuando usaba su magia. Se desplazó un poco a la derecha para librar la mesa de trabajo y ver mejor lo que Zugaiz hacía. Celopus estaba detrás de Lasgol y se movió con él como si fuera su sombra.

El conjuro era poderoso y el druida estuvo un largo rato usando su magia. De pronto, la planta quedó rodeada por una sustancia

gaseosa y de color verdoso. Zugaiz continuó conjurando. Apenas se veía a la planta, solo la nube verdosa que la rodeaba. Era espesa y parecía estar adhiriéndose a las hojas y el tallo. Lo curioso era que no se extendía, sino al contrario, parecía querer pegarse a la planta.

Un olor ácido llenó la zona. Lasgol miró a Celopus y vio que arrugaba la nariz. Él también captaba aquel extraño olor. Zugaiz realizó varios movimientos con sus manos y la planta destelló en color verde con cada uno. Un momento después, el druida abrió los ojos.

—Ya está —anunció—. Prepárate para presenciar algo increíble.

Lasgol estaba muy interesado. ¿Qué sería lo que había hecho el druida a la planta? Según lo pensaba la sustancia verde terminó de pegarse por completo a ella. Ahora se podía ver un color de un verde muy intenso con puntos rojos. A Lasgol no le dieron muy buenas sensaciones.

Y algo completamente inesperado sucedió. La cabeza de girasol de la planta pareció tomar vida. En medio de la circunferencia de lo que parecían semillas, apareció una especie de ojo. Lasgol se sorprendió tanto que echó la cabeza para atrás. Debajo del ojo se fue formando lo que parecía una gran boca que llenaba toda la circunferencia.

—No puede… —Lasgol estaba pasmado.

—Oh, sí que puede ser. Hay más, observa —el druida fue hasta una jaula que tenía y sacó un ratón gris que agarró por la cola.

—Oh, no… —Lasgol comenzó a imaginarse lo que iba a pasar.

Zugaiz se acercó a la planta y arrimó el ratón a la cabeza. El roedor se balanceaba por la cola. Cuando estuvo sobre la boca, Zugaiz se detuvo y lo dejó colgando un momento. De la boca de la planta salió lo que parecía una segunda boca interior que tenía dientes, mordió al ratón y lo engulló.

Lasgol puso cara de horror y Celopus se frotaba los ojos sin poder creer lo que acaba de ver.

—¿Has creado una planta carnívora? —preguntó Lasgol sin entender muy bien qué era aquel experimento tan extraño.

—He creado un aliado que puede luchar contra los dragones por nosotros —explicó Zugaiz.

—Es una planta… No creo que pueda luchar mucho —Lasgol frunció la frente. El experimento era antinatura y no le veía sentido.

El druida sonrió con malicia.

—Déjame mostrarte… —dijo y volvió a conjurar sobre la planta.

Este conjuro fue más corto, aunque también le llevó algo de tiempo y Lasgol notó que Zugaiz estaba usando mucha energía.

De pronto la planta comenzó a temblar, como si un pequeño terremoto se estuviera produciendo en la tierra del tiesto en el que estaba. Zugaiz siguió conjurando y las vibraciones de la planta aumentaron. Ahora parecía que la estuvieran sacudiendo con fuerza. Algunas de sus grandes hojas cayeron al suelo.

Lasgol no sabía qué pasaba, pero no tenía buenas sensaciones. De pronto se escuchó un *crac* y parte de las raíces de la planta surgieron del tiesto como si tuvieran vida propia. Se escuchó otro *crac* y el resto de las raíces salieron de la tierra para bajar al suelo.

Ante la atónita mirada de Lasgol y Celopus, la planta bajó del tiesto apoyándose en sus raíces y se mantuvo erguida. La cabeza comenzó a mirar en todas direcciones con el extraño ojo único, como buscando algo. Lasgol no podía creer lo que sus ojos le mostraban.

—No puede ser… —masculló.

—Pero lo es —respondió Zugaiz, que ya había terminado de conjurar.

—¿Está… viva?

—¡Por supuesto que está viva! Siempre lo ha estado, es una planta.

—Es una planta carnívora.

—La he hecho carnívora, sí, para que pueda comer y desarrollarse aún más.

—Y que pueda moverse… —Lasgol señaló las raíces sobre las que se apoyaba.

—Sí, también, la movilidad es esencial para lo que busco.

—No entiendo con qué fin.

—¡Planta, ataca! —ordenó Zugaiz a su creación y señaló a Lasgol.

La planta no se lo pensó dos veces y avanzó hacia Lasgol. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, su boca interior con dientes salió hacia delante e intentó arrancarle la cara a Lasgol. Del susto este dio un brinco hacia atrás saliendo del campo de acción de la planta. Casi tiró a Celopus, que estaba tras él. Los dos corrieron a ponerse al otro lado de la mesa de trabajo mientras la planta los perseguía lanzando mordiscos al aire.

—La naturaleza nos da los medios para crear aliados que luchen por nosotros contra nuestros enemigos —explicaba el druida tan tranquilo observando lo que sucedía.

—Esas plantas quizá puedan matar a una persona, pero nunca podrán matar a un dragón —dijo Lasgol mientras la planta le perseguía, aunque por fortuna era lenta.

Celopus se puso a salvo, ya que la planta solo seguía a Lasgol, que se movía alrededor de la mesa. Sacó su cuchillo y lo empuñó, por si acaso.

—Toxina, planta —ordenó el druida.

La planta se detuvo, miró a Lasgol y abrió la boca. En lugar de salir su segunda boca carnívora, la planta lanzó un gas verdusco hacia su presa.

Lasgol no tuvo duda de que era algún tipo de veneno, así que se lanzó a un lado para no ser alcanzado. Miró a la planta y luego al druida, y se tapó nariz y boca con su pañuelo.

—¿Ese veneno puede matar o inhabilitar a los dragones?

—Es en lo que estoy trabajando ahora. Todavía no lo he logrado, pero creo que puede hacerse. La madre naturaleza tiene toxinas

muy poderosas y las plantas tienen muchas muy letales. Solo hay que dar con la combinación buena.

—Creo que ya entiendo lo que buscas. Un ejército de plantas carnívoras y venenosas que luchen contra los dragones.

—Eso es —sonrió Zugaiz con expresión de estar muy satisfecho con sus logros.

—Es un tanto demencial… y muy peligroso.

—Y por eso me echaron los míos. Pero también por eso tendré éxito dónde otros muchos no han hecho más que fracasar —afirmó con tono de estar muy seguro de sí mismo.

La planta fue a atacar de nuevo a Lasgol, pero Zugaiz le lanzó un líquido azul. Al contacto con la sustancia la planta comenzó a echar humo y se descompuso hasta que quedaron solo las hojas marchitas sobre el suelo en un pequeño montículo.

Lasgol resopló aliviado y envainó su cuchillo.

—Eso ha sido muy peligroso —echó en cara a Zugaiz.

—Eres un guardabosques veterano con magia de naturaleza. Esa planta no es rival para ti —dijo encogiéndose de hombros.

—Ese veneno podría haberme matado.

—No, ya tengo un antídoto —le mostró un frasco con un líquido marrón—. De todas formas, no lo ha hecho y creo que ha demostrado mis intenciones de forma clara.

—Sí, de forma impactante —Lasgol se tranquilizó y observó las otras plantas. Si las soltaba todas habría muertos por allí.

—Tranquilo, no era más que una demostración.

—Ten mucho cuidado con esas plantas o habrá bajas —dijo Lasgol.

—No te preocupes, lo tengo controlado.

—Espero que consigas esa toxina contra los dragones. Lo de las plantas… la verdad es que no lo termino de ver.

—No eres el primer escéptico ni serás el último.

—No vas a dejar de trabajar en ello, ¿verdad?

—¡Claro que no! Estoy cerca de un gran logro, lo presiento. Habrá un antes y un después en la lucha contra los dragones cuando consiga mi propósito, te lo aseguro. ¡Estoy convencido!

Lasgol no quiso discutir con el druida. Su enfoque le pareció muy peligroso y su optimismo infundado, pero lo dejó estar. Se despidió y marchó.

Aquella noche tendría pesadillas sobre plantas asesinas que lo perseguían, eso seguro.

Capítulo 25

Aibin se presentó en la pequeña caverna donde dormía el Escuadrón Rojo y fue directo a hablar con Nahia.

—Buenos días, espero que hayas descansado bien.

—Muy bien. Estaba más cansada de lo que creía.

—Estas cuevas son duras para dormir —dijo Lily palpando el suelo—, pero más es luchar contra los dragones —sonrió.

—Nosotros ya estamos acostumbrados a dormir sobre roca —dijo Dafne, que doblaba la manta que usaban de cama.

—¿Algún problema adicional con los dragones? —preguntó Taika.

—No, de momento. Parece que todavía no se ha descubierto que faltan.

—Esas son buenas noticias —dijo Ivo mientras se estiraba.

—¿Se va a hacer algo con los cadáveres? —preguntó Aiden.

—Un funeral seguro que no —replicó Lily de inmediato.

—Nuestros estudiosos quieren examinarlos, una vez pase el peligro —dijo Aibin.

—Es buena idea. Cuanto más sepamos del enemigo, mejor —comentó Brendan, que se ponía en pie con dificultades.

—¿Qué tal las heridas? —se interesó Nahia.

—No van mal. Son golpes, ya pasarán. Dafne nos ha sanado a todos.

—Sí, gracias, Dafne —agradeció Logar, así como los miembros de su escuadra, que se iban levantando con dificultades.

—Solo he podido aliviaros un poco. Necesitáis descanso para terminar de sanar.

—Nuestras curanderas os atenderán en cuanto puedan —ofreció Aibin.

—No hace falta, solo tenemos golpes —dijo Cordelius.

—Nuestras heridas son leves, los hay mucho más necesitados —añadió Lara.

—Cierto. ¿Cómo van los heridos? —se interesó Valka.

—¿Ha habido muchos? —quiso saber Rogis.

Aibin suspiró.

—Ha habido varios centenares de heridos y muertos. Es lo que ocurre cuando se lucha con los dragones.

—Eso son malas noticias —Dafne negaba con la cabeza—. En cuanto recupere mi energía voy a pasarme a ayudar a los heridos.

—Gracias, toda ayuda es siempre bienvenida —dijo Aibin.

—¿Y la entrada? ¿Está asegurada? —preguntó Taika.

—Sí, la hemos sellado. No podrán entrar, aunque consigan quitar las rocas.

—Cierto, no caben los muy mastodontes —sonrió Lily.

Aibin estaba serio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dafne.

—El problema que tenemos ahora es que, al haber perdido el norte de la montaña, no hay espacio para todos aquí —informó Aibin.

—¿No cabemos? —preguntó Ivo.

—Me temo que no. Cuando refugiamos al ejército Felidae era porque teníamos la zona norte. Sin ella, no hay espacio para todos.

—Ni muy apretados? —sugirió Lily.

—Hay varios miles de soldados Felidae con nosotros, son muchos.

—No podéis echarlos —dijo Ivo.

Aibin suspiró.

—No, no los vamos a echar, pero la situación no es sostenible. Hay que pensar qué hacer y buscar alguna solución.

Hubo un momento de silencio mientras todos le daban vueltas en la cabeza al asunto.

—Podemos retomar la ciudad de Jafarika —sugirió Nahia.

Todos se volvieron hacia ella.

—¿Quieres retomar la ciudad? Hay un dragón en ella —dijo Aiden.

—Y tiene 5.000 soldados Felidae de refuerzo con él —añadió Taika.

—Ya, no olvidemos eso —asintió Lily.

—No es una idea descabellada —opinó Taika.

—¿No? —Aiden puso cara de no poder creerlo.

—El dragón es un escollo importante, pero recordemos que los soldados ya se unieron a nuestra causa. Podríamos volver a intentarlo.

—Cierto —dijo Dafne—. Además, ya han recibido los mensajes…

—¿Los de Egil? —preguntó Nahia.

—Esos también, pero adicionalmente les hemos estado enviando mensajes.

—De Felidae a Felidae… De soldados libres a soldados esclavos —añadió Taika.

—Oh, ya veo —Nahia asintió—. Muy buena idea.

—Eso pensamos —dijo Aibin.

—¿Ha habido alguna respuesta? —Nahia estaba muy interesada, podía significar un avance importante.

Aibin asintió.

—Han respondido a nuestros mensajes.

—Hay grupos de rebelión formándose en la ciudad —dijo Dafne.

—¡Son muy buenas noticias! —se animó Nahia.

—Lo son, pero no sabemos cuántos ni el apoyo real que tienen —dijo Lily.

—Están trabajando en que la causa cale entre los soldados —dijo Taika—. Son conscientes de lo que sucedió antes de su llegada, saben que los otros soldados Felidae están ahí refugiados.

—Eso no quiere decir que se unan a la causa. Tienen a un dragón en la ciudad, uno poderoso que controlará la situación —advirtió Aiden.

—Cierto, pero subestimas el poder de la causa —dijo Lily—. Cuando se enteran de que hay hermanos y hermanas libres no pueden pensar en otra cosa.

—Pueden pensar que van a morir si lo intentan —replicó Aiden.

—Sí, pero te aseguro que puede más el sueño de la libertad que el miedo a los dragones —dijo Lily convencida.

Aiden lo pensó un momento.

—Solo digo que no debemos contar con su apoyo. Es demasiado optimista.

—Eso es cierto. Yo también creo que debemos tener cautela con el grado de apoyo que creemos poder conseguir en la ciudad —aconsejó Taika.

—La cautela es siempre necesaria y bien recibida —asintió Aibin.

—Desde un punto de vista estratégico, deberíamos tomar las ciudades que podamos y quedárnoslas —comentó Taika.

—¿Ciudades del desierto? ¿Noceanas? —preguntó Brendan.

Taika asintió.

—No podemos seguir escondiéndonos aquí dentro, como Aibin ya ha explicado, pero sí podemos tomar dos o tres ciudades al norte y controlarlas con el apoyo del ejército Felidae.

—Esa es una gran idea, pero muy arriesgada —dijo Logar—. No contamos con el apoyo de todo el ejército Felidae.

—Tampoco con el de los noceanos, que son quienes viven en esas ciudades —dijo Beck.

—Eso se puede lograr. Todos queremos lo mismo… —dijo Taika abriendo los brazos.

—¡Libertad! —dijo Lara.

—Muy cierto, pero, incluso si consiguiéramos la ayuda de soldados Felidae y noceanos, queda un pequeño gran problema: los dragones —dijo Valka.

—Un problema mayúsculo —opinó Draider y miró a Aiden.

—Pero los dragones están ahora en los desiertos del oeste, no aquí. Las tres ciudades del noreste podrían tomarse —opinó Taika.

—¿Y vengan los dragones a ver qué ha pasado? —preguntó Aiden.

—Quizás no es el momento, pero es en lo que deberíamos centrarnos —reconoció Taika.

—Opino igual que Taika —dijo Nahia—. Tomemos… o más bien liberemos Jafarika. Una vez tengamos la ciudad ya pensaremos en cómo liberar las otras dos ciudades cercanas. Además, muchas cosas pueden suceder todavía que pueden ayudarnos contra los dragones.

—¿Nuestros amigos de las armas doradas? —preguntó Dafne.

—Por ejemplo —asintió Nahia.

—Sí, esos siempre tienen buenas ideas —sonrió Lily.

—¿Entonces tomamos Jafarika? —preguntó Nahia.

Los miembros del Escuadrón Rojo se miraron los unos a los otros.

—Ya nos hemos enfrentado a dragones y hemos salido victoriosos, ¿por qué no? —dijo Brendan.

—Hay que convocar a todos los soldados y que se unan a la rebelión. Liberemos Jafarika —dijo Logar.

—¿Todos a favor? —preguntó Dafne.

—Levantad el puño si lo estáis —dijo Lily y levantó el suyo.

—¡Por la causa! —levantó el puño Valka.

—¡Por la libertad! —se unió Beck.

—¡Liberemos a todos los esclavos de los dragones! —clamó Evelyn.

—¡Hasta la victoria! —exclamó Lara.

El único que no dijo nada y no levantó el puño fue Aiden, incluso cuando Lita y Draider lo hicieron mirándolo a los ojos.

Como no levantó el puño, Lita y Draider le hicieron un gesto con los dedos de que lo vigilaban. Aiden ignoró a los dos Drakónidos.

—Necesitaremos organizarnos —dijo Nahia a Aibin.

Aibin asintió.

—Lo hablaré con mi hermano y haremos los preparativos.

—Necesitaremos algo de inteligencia de la ciudad —pidió Taika.

—Veré si podemos comunicarnos.

—Gracias, Aibin. Sin los Desher Tumaini esto no sería posible —agradeció Nahia—. Tenemos una deuda impagable con tu pueblo.

—Impagable no es, consigamos derrotar a los dragones y estará pagada.

Nahia asintió.

—Lo conseguiremos. Tienes mi palabra.

Capítulo 26

El plan para liberar Jafarika estaba siendo más difícil de establecer de lo que en un principio parecía. Llevaban todo el día proponiendo y discutiendo alternativas, pero ninguna conseguía consenso.

—Sigo pensando que la mejor opción es plantarnos en las puertas de la ciudad con una fuerza de más de 10.000 guerreros Tumaini y soldaos Felidae —opinó Logar.

—Esa opción es buena —dijo Abon, líder de los Desher Tumaini, que estaba sentado junto a su hermano Aibin—. El problema es que ya la utilizamos cuando liberamos la ciudad. El dragón Capitán esperará algo así y no caerá en la trampa como su predecesor.

—Yo también opino que no podremos derribar al dragón como hicimos la última vez —añadió dijo Aibin.

—Yo no creo que sea tan listo —contradijo Brendan.

—Si vamos con un ejército y las cabezas de dos dragones será una forma de que todos los soldados Felidae de la ciudad se nos unan. Ya sucedió la vez anterior —propuso Dafne.

—Esta vez no tenemos a Lasgol y su arco dorado, y en la ciudad hay dos dragones, no uno —recordó Ivo.

—¿El dragón marrón que herimos? —preguntó Valka.

—Sí, se fue a la ciudad a por curación para no perder los ojos —explicó Nahia.

—Eso no significa que esté curado —opinó Lara.

—¿Sabéis cuánto tiempo tarda un dragón en recuperarse de heridas semejantes? —preguntó Abon.

Los miembros del Escuadrón Rojo se miraron los unos a los otros.

—Ni idea —respondió Dafne—. No es información que los dragones quieran divulgar.

—¿Podría tu dragón plateado saberlo? —preguntó Taika a Nahia.

Nahia resopló.

—Saber puede que lo sepa, pero dudo que me lo diga. Deducirá que es para atacar y no me va a ayudar con eso.

—Ya, es entendible, a fin de cuentas, él es un dragón… —razonó Taika.

—Nuestros informadores en la ciudad pueden ayudarnos con eso —dijo Aibin.

—Cierto, podemos preguntarlo —dijo Dafne.

—El problema es que no será una información muy fiable porque tampoco sabrán cuan recuperado está el dragón —comentó Ivo.

—A menos que lo vean volando. Si vuela, podrá luchar —comentó Lily.

—Si puede combatir sería muy arriesgado atacar contra dos dragones y una cantidad de Felidae que desconocemos —dijo Abon.

—Podrá combatir —aseguró Aiden—. Los dragones son poderosos tanto en matar como en sanar.

—Hay otra opción… —comentó de pronto Taika.

Todos se volvieron hacia él.

—Te escuchamos —dijo Nahia.

—Acabamos de matar a dos dragones y el dragón plateado está en la perla. En la ciudad no saben que ha sucedido… todavía.

—Sí… ¿pero eso cómo nos ayuda…? —Logar se rascó la cabeza.

—Estamos pensando en ir a Jafarika, cuando la mejor opción no es esa. La mejor opción es que Jafarika venga aquí —explicó Taika.

—Ahora sí que no entiendo nada —sacudió la cabeza Valka.

—Creo entiendo por dónde vas —dijo Dafne a Taika—. Sigue.

—El dragón Capitán y el marrón no saben qué ha sucedido aquí —continuó explicando Taika—. Están esperando a que el dragón blanco y el rojo vuelvan a informar de la victoria y los miles de muertos.

—Que no ha sucedido… —comentó Brendan enarcando una ceja.

—Ni va a suceder —dijo tajante Beck.

—Porque están muertos, claro —razonó Rogis.

—Tendrán que averiguar por qué no regresan los dos dragones… —dijo Taika.

—Tendrán que venir aquí —dedujo Nahia.

—Eso es —asintió Taika.

—Interesante teoría —dijo Abon.

—Pueden enviar soldados Felidae a investigar, pero eso sería raro. Lo lógico sería que los dragones vinieran aquí —dedujo Aibin.

—Lo hacen constantemente, por la perla —asintió Dafne.

—Entonces… ¿quieres prepararles una trampa aquí en lugar de nosotros ir allí? —preguntó Brendan a Taika.

—Ir tendremos que ir, pero sería más fácil si no hubiera dragones allí —respondió Taika.

—Que vendrán a ver qué ha sucedido es casi una certeza. Es un plan atrevido y muy arriesgado —dijo Abon.

—No esperarán que los dos dragones hayan muerto —explicó Taika—. Es lo que debemos aprovechar.

—Entonces debemos apresurarnos —dijo Dafne.

—Hay que elaborar una trampa —sugirió Aibin.

—Precisamente, una que funcione —dijo Taika.

Nahia aguardaba la señal de los vigías Tumaini. Estaba sobre la entrada de la caverna al norte, por donde habían penetrado los dragones. Según había especulado Taika, si el Capitán y el dragón marrón se acercaban a comprobar qué había sucedido, vendrían. Había habido algo de discusión sobre la posibilidad de ir primero a la perla, lo cual desbarataría su plan por completo, ya que allí estaba Eki y, sin duda, les contaría lo que había pasado.

Resopló.

Esperaba que, si eso sucedía, Eki no narrase su intervención en los hechos. No estaba segura de si Eki la iba a delatar o no. Si lo hacía, ella caería, pero entonces él lo tendría más difícil para rescatar a Aroa, ya que, sin ella, Eki no podría contactar con Egil, quien estaba moviendo los hilos de su audaz plan. La incertidumbre sobre lo que Eki haría la ponía muy nerviosa. Todo podía fracasar y había más que su vida en juego, mucho más.

Estaba a punto de anochecer y Nahia empezó a pensar que había pasado demasiado tiempo. No iban a venir, lo que hacía la trampa inservible. Miró hacia el este, hacia la ciudad, esperando ver dos sombras surcando los cielos. No las descubrió. No, no venían. Tendrían que buscar otra forma de derrotar a los dos dragones sin que les costara numerosas vidas.

De pronto una sombra se movió a sus espaldas. Se giró y vio que uno de los vigías se acercaba a ella corriendo.

—¿Qué sucede?

El vigía le hizo el gesto de volar y luego le mostró dos dedos.

Nahia lo entendió: los dos dragones llegaban.

—¿Aquí? —preguntó y señaló con el dedo a sus pies.

El vigía negó con la cabeza y señaló al sur siguiendo la cordillera montañosa.

—Oh, no… —Nahia suspiró.

Hacia el sur de las montañas estaba la perla.

Nahia asintió.

El vigía se marchó corriendo.

—Mala suerte… —masculló Nahia.

Se habían jugado la trampa a cara y cruz y no les había salido bien. Si los dragones llegaban a la perla se iban a encontrar con Eki, que les explicaría lo sucedido.

Se lamentó un momento y se dispuso a bajar de encima de la entrada de la caverna. La única razón por la que estaba allí era para hacer de cebo y en esa situación no tenía sentido seguir allí. Bajó

con cuidado entre las piedras. La montaña tenía incontables grietas y desniveles, así como salientes, y andar por ella en armadura de jinete no era nada fácil.

Llegó a la entrada de la caverna y se dispuso a entrar cuando vio otra sombra moverse entre las rocas. Aguardó un momento. Otro vigía apareció a su izquierda.

—¿Qué sucede? —preguntó Nahia acentuando la pregunta con un gesto de su cabeza para que el vigía lo entendiera.

El vigía le mostró dos dedos. Luego señaló al sur y seguido a ella.

Nahia lo entendió al instante. Los dos dragones se aproximaban.

Asintió al vigía y éste desapareció entre los pliegues rocosos de la cordillera. Nahia se quedó algo desconcertada. ¿Por qué venían si Eki les había contado lo sucedido? Entró en la caverna preocupada.

Miró al interior y vio que en medio de la gran caverna estaban las cabezas del dragón blanco y el rojo. El Escuadrón Rojo los había decapitado y los soldados Felidae y los guerreros de ojos rubí los habían arrastrado hasta allí. Luego se habían escondido. Era parte de la trampa, una que todos esperaban y deseaban que funcionara. Habían tenido que salir por diferentes rutas menores en las montañas que usaban los vigías, pues la fisura seguía sellada. Eso había requerido de más tiempo de lo que era seguro y había puesto muy nerviosos a todos.

Nahia se puso entre las dos cabezas e intentó relajarse. Aguardó. Su llama interna se encendió, como presagiando el peligro. A la entrada de la caverna descendieron dos dragones. No pudo ver más que sus sombras, pero eran dos dragones sin duda.

Por la abertura de la caverna apareció un enorme caudal de tormenta que barrió la entrada. Al caudal le siguió un rugido tremendo y el capitán Zuri-Bigar-Des entró.

Para enorme sorpresa de Nahia con él iba Eki. Entraron y observaron la caverna en penumbra. Luego se acercaron a las cabezas de los dragones muertos, despacio, con cautela.

—No hay peligro. Se han retirado al interior, hacia el sur —disimuló Nahia, que no sabía muy bien qué pasaba.

«¿Qué significa esto?» envió el Capitán cuando estaba a 200 pasos de ella.

—Los dragones han muerto —indicó Nahia intentado mantener la calma.

«¡Eso ya me lo ha dicho el dragón raudo! ¿Cómo es posible?».

Nahia miró a Eki.

«¿Qué le has contado?».

«Solo los hechos generales, sin los detalles de tu intervención. También le he pedido que no entre sin refuerzos, pero no me ha querido escuchar».

«Entiendo. ¿El dragón marrón?».

«Está en la perla. El Capitán le ha ordenado que se quede a vigilarla. Tiene un ojo muy mal».

«Gracias, Eki».

«Es cuanto te ayudaré en esta situación».

«¡Quiero una respuesta! ¿Cómo los han matado?».

El Capitán estaba tan furioso como incrédulo.

—Los rebeldes y los nativos de los desiertos los han matado —afirmó Nahia.

«Eso me ha dicho tu señor dragón. ¡Esto no es posible!».

—Creo que usaron algún tipo de magia, mi señor —dijo Nahia.

«¡Es imposible!» Zuri-Bigar-Des avanzó para examinar las cabezas cortadas.

«Capitán, reitero mi petición de retirarnos y regresar con refuerzos» insistió Eki.

Nahia sabía que Eki estaba intentando que el saliera de allí, pues ya sospechaba que era una trampa.

«¡Nada de retirarse! ¡Han matado dragones a mis órdenes! ¡Esto es inaceptable!».

Nahia fue hasta Eki mientras el Capitán observaba las heridas sufridas por ambos dragones. Los ojos del Capitán estaban completamente abiertos. No podía creer lo que veía.

«Será mejor que salgas ahora» envió Nahia a Eki.

«Comprendo» respondió el dragón plateado.

Nahia captó un sentimiento de pena.

«Esto es muy funesto. Esperaré fuera» envió Eki al Capitán.

«¿No tienes estómago, dragón raudo? ¡Menudo blandengue!».

Eki no dijo nada y salió.

Nahia hizo como que iba con él, pero no salió, se quedó en medio de la entrada a la cueva.

El Capitán estaba tan furioso que ni se percató. Maldijo y lanzó su aliento de tormenta hacia el extremo interior de la gran caverna.

«¡Pagaréis por esto! ¡Os mataremos a todos, aunque tengamos que levantar cada una de las rocas de esta montaña!».

Nahia conjuró sus habilidades de protección y la capa de escamas elementales y la de energía antimagia la cubrieron de pies a cabeza. Desenvainó su espada y conjuró fuego elemental en ella. En la mano izquierda conjuró una bola elemental de fuego. Quería que Zuri-Bigar-Des la viera y supiera que estaba dispuesta a luchar.

El Capitán se volvió y la vio.

«¿Qué haces, jinete?».

—Es momento de luchar —dijo Nahia.

El Capitán miró alrededor pensando que los rebeldes atacaban, pero no había nadie en la caverna.

«¿Luchar contra quién?» preguntó extrañado.

—Contra el opresor, el despiadado tirano, contra la esclavitud —respondió Nahia.

«¿Qué dices, jinete? ¿Has perdido la cabeza?».

—Yo no, pero tú la perderás pronto —dijo Nahia y le lanzó la bola de fuego.

Capítulo 27

Zuri-Bigar-Des vio la bola ir directa contra su cabeza y ni se movió de lo estupefacto que estaba. No podía creer que un jinete le atacara.

«¿Qué haces…?».

La bola le alcanzó y estalló. No pudo atravesar las defensas mágicas del dragón, pero dio la señal que estaban esperando para accionar la trampa.

Se escuchó ruido de poleas y cadenas y de la parte superior de la caverna cayó una red descomunal, más grande que el cuerpo del propio dragón. La red era de cuerda trenzada muy fuerte, de las que usaban en las grúas y para tirar de los carros, con un contorno de cadenas muy pesadas. Les había costado lo indecible colocarla en lo alto de la caverna, pero lo habían conseguido usando las grúas que no había resultado destruidas. No habían necesitado ocultarla porque las alturas de la cueva estaban completamente a oscuras.

Al notar la gigantesca red sobre su cuerpo el Capitán se revolvió.

«¡Malditos! ¡No os saldréis con la vuestra! ¡Esta red no podrá atraparme!» envió mientras se la intentaba quitar de encima.

El Escuadrón Rojo al completo entró a la cueva por la espalda de Nahia y las tres escuadras avanzaron hasta llegar hasta ella. El dragón los vio de reojo y se revolvió para quedar mirando hacia ellos.

«¡Un escuadrón entero de traidores! ¡No tendré piedad con ninguno de vosotros!».

Nahia ya había calculado la distancia y estaban justo dentro el campo de alcance del dragón. Antes de que el Capitán pudiera atacar, el escuadrón al completo atacó a la vez. Todos los ataques se dirigieron a la cabeza con la intención de que sus defensas gastaran energía y al mismo tiempo molestar en lo posible al dragón.

Lanzaron bolas de energía elemental de los seis tipos. Nahia les había dicho que no atacaran con ataques avanzados, ya que esos consumían más energía y eso era justo lo que menos tenían. También porque varios de la escuadra tenían talento de lucha cuerpo a cuerpo, como Aiden, y no era una buena idea usarlo contra un dragón.

«¡Os voy a matar a todos! ¡Este ultraje no quedará impune!».

La bola de luz de Dafne estalló con un resplandor muy fuerte y cegó por un momento al dragón. La intensidad de la luz afectaba a los ojos y llenó parte de la cueva de claridad.

Era también una señal.

En ese momento aparecieron varios centenares de guerreros Tumaini de la cueva posterior. Se acercaron al dragón por diferentes ángulos y le lanzaron redes más pequeñas que llevaban entre cuatro. El objetivo eran las alas, que el dragón sacudía con fuerza en su intento de liberarse.

«¡Sucios nativos de los desiertos!».

El Capitán envió su aliento hacia los guerreros, que corrían a ponerse a salvo. El efecto del deslumbramiento no duró lo suficiente y mató a varias docenas. Los demás consiguieron regresar a la caverna y salvarse.

El dragón rugió rabioso mientras seguía luchando por quitarse las redes de encima. Cuanto más luchaba más se enredaba en ellas. Atacó al escuadrón con su aliento elemental.

—¡Ataque! —advirtió Dafne.

Todo el escuadrón sabía lo que tenía que hacer. Como un grupo compenetrado en un desfile militar, los miembros de las tres escuadras se retrasaron tres pasos con gran rapidez y sin dudarlo.

El aliento no llegó hasta ellos por medio paso. Se habían retrasado a tiempo.

Esto provocó la ira desmedida del dragón.

«¡Vuestras sucias jugadas no podrán salvaros!» envió e intentó avanzar hacia ellos, pero tenía las patas delanteras y las dos alas

enmarañadas con las redes.

Nahia aprovechó y dando tres pasos hacia delante atacó con Rayo de Fuego Múltiple. Tres rayos poderosos descendieron sobre la cabeza del dragón y lo alcanzaron.

«¡Maldita traidora! ¡Te arrancaré la cabeza por esto!» envió a Nahia, que se retrasaba para salir del área de alcance del dragón.

Estaba tan furioso por haber caído en la trampa y la traición de Nahia que no podía ni pensar. Se revolvía con más fuerza para liberarse.

—¡Ahora, Taika! —dijo Nahia.

El Felidae avanzó solo y lanzó al dragón una bola de oscuridad a la cabeza. Estalló y una nube oscura muy cerrada quedó frente a la criatura impidiéndole ver parte de la caverna.

En ese momento un centenar de soldados Felidae salieron de la caverna contigua a la carrera y lanzaron redes sobre las alas. El dragón rugió de rabia e intentó matarlos con su aliento de tormenta. Consiguió alcanzar a varios antes de que éstos lograran retirarse.

Las maniobras de distracción estaban consiguiendo su resultado, aunque no podían evitar que hubiera bajas.

—Todos de nuevo —pidió Nahia.

El escuadrón al completo avanzó tres pasos y las bolas elementales de los seis tipos de energía golpearon al dragón en la cabeza una tras otra, casi al mismo tiempo.

—¡Ataque! —advirtió de nuevo Dafne y se retiraron todos a una.

El dragón había lanzado ataques mentales, que eran más rápidos que el aliento elemental. Todos los recibieron y sus defensas mágicas actuaron.

—Nos ha alcanzado —confirmó Lily una vez fuera de área de alcance.

—Sí, se le está pasando la furia y está empezando a pensar —se dio cuenta Nahia.

—También a liberarse —se fijó Taika.

Nahia vio que con su aliento elemental el Capitán había conseguido hacer un agujero en la red por el que sacaba cabeza y cuello. Podía moverlos y atacar con más facilidad que atrapado dentro de las redes.

—Vamos a atacar esa cabeza —afirmó Nahia.

El escuadrón avanzó y las bolas elementales de cada uno de los miembros se dirigieron a la cabeza del dragón. Él ya lo esperaba y atacó con más ataques mentales. Según explotaban las bolas se retrasaron todos.

Las bolas de luz y oscuridad volvieron a dejar al dragón sin visibilidad parcial, momento que aprovecharon todos para utilizar ataques combinados y redes que lanzaron a las patas del dragón para impedir que pudiera moverse con facilidad.

El dragón los vio parcialmente y atacó. Cayeron varias docenas, pero la mayoría pudo ponerse a salvo.

—Los que estéis sin energía no ataquéis —dijo Taika a sus compañeros.

Los Tauruk-Kapro, Drakónidos y Felidae asintieron. Unos no tenían ya y a otros les quedaba poca. Los ataques del dragón eran tan poderosos que mantener la defensa drenaba toda su energía.

Nahia se adelantó para hacer de cebo.

«Veo lo que intentáis, pero no lo conseguiréis. Soy más inteligente que vosotros. Vuestra trampa no funcionará» envió Zuri-Bigar-Des y comenzó a lanzar su aliento elemental, no sobre Nahia, sino sobre las redes que lo aprisionaban.

Eso era precisamente lo que no querían que hiciera y habían estado intentando evitar. Si conseguía liberarse antes de que pudieran agotar su energía, no podrían matarlo. El plan era arriesgado y ahora entraban en la fase difícil.

—Hay que seguir atacando para que gaste energía defendiéndose —dijo Nahia.

—De acuerdo.

Los Fatum, humanos y Escarlatum del escuadrón avanzaron a una y atacaron con sus bolas elementales. Nahia decidió lanzar una bola de fuego también. Las explosiones de energía elemental las detenía la defensa innata del Capitán, pero su energía iba consumiéndose.

El dragón consiguió dar un paso hacia ellos y atacó con ataques mentales poderosos. Las defensas de Lily, Elsa y Rogis fallaron y se fueron al suelo, donde comenzaron a convulsionar de dolor. Ivo, Aiden, Logar y Lara actuaron con rapidez y los arrastraron fuera del radio de alcance.

Mientras el dragón atacaba a los miembros restantes del escuadrón, de la cueva posterior salieron los nativos y soldados y lanzaron más redes y cuerdas sobre el dragón, que les daba la espalda y no los veía. Al momento se retiraron corriendo.

El dragón dudó entre atacar a Nahia y sus compañeros o a los soldados que huían, pero decidió que prefería matar a los brujos de dragón.

«Hoy aprenderéis una lección valiosa que por desgracia no os servirá en adelante porque estaréis muertos. No sois nadie para atacar a un dragón poderoso como yo y moriréis por intentarlo con vuestras burdas trampas».

Esta vez Brendan, Balk y Evelyn cayeron.

Ivo, Aiden y Logar los retiraron con rapidez.

El dragón rugió proclamando su victoria.

Nahia miró a Dafne y Beck a su lado. Sabía que no aguantarían mucho más, los ataques mentales eran demasiado poderosos.

El dragón enviaba su aliento elemental en todas direcciones a su alrededor para destruir las redes y cuerdas. Lo estaba consiguiendo, por lo que pronto estaría libre para atacar con su cuerpo.

El plan comenzaba a desmoronarse. Si no lo podían contener en medio de la caverna, no podrían agotar su energía.

La preocupación y la impotencia que sentía Nahia al ver a sus compañeros caídos y los cuerpos de nativos y soldados Felidae

muertos alrededor del dragón iban alimentado su llama interior, que hacía un buen rato que se había encendido como un mecanismo interno de defensa que le indicaba que las cosas no iban bien.

El dragón consiguió liberar sus patas, no así sus alas, y avanzó hacia el Escuadrón Rojo, que estaba casi a la salida de la caverna.

—¡Cuidado! ¡Viene! —advirtió Nahia y miró hacia atrás.

Los que quedaban en pie estaban intentando retirar a los que habían caído para sacarlos del alcance del dragón, que avanzó lo suficiente para afectar a todos con ataques mentales, más rápidos y difíciles de esquivar. Los que estaban en el suelo se retorcieron de sufrimiento y los que los ayudaban cayeron también, con sus defensas agotadas.

Nahia vio caer a Ivo, Taika, Aiden y al resto de los que todavía se mantenían en pie, a excepción de Dafne y Beck, que habían conseguido aguantar. Esto iba a acabar muy mal. Su llama interior comenzó a arder con intensidad.

Pensó que su condición estaba actuando de nuevo y le iba a dar un ataque. De suceder estarían todos muertos, no solo ella, también sus compañeros de escuadrón.

—Retiraos —ordenó a Dafne y Beck.

—No voy a dejarte sola ante ese dragón —dijo Dafne—. Lucharé contigo lo que pueda.

—Yo también —dijo Beck.

El heroísmo de sus compañeros le llegó al alma, morirían allí por ella y el resto de los compañeros. Nahia sintió que su cuerpo ardía demasiado ahora, tanto su interior como su piel. La preocupación por sus compañeros que estaban a punto de morir encendió todavía más la llama, como si toda la cueva que la rodeaba se hubiera incendiado.

«Voy a disfrutar mucho. Llega mi momento de venganza» envió el Capitán y utilizó su aliento para terminar de liberar sus patas traseras.

Avanzó un poco más, a 25 pasos de Nahia, Dafne y Beck, que no se movieron intentado proteger a sus compañeros caídos detrás.

—No saldrás vencedor de aquí —aseguró Nahia muy seria.

El dragón rio con profundas carcajadas.

«Ya lo creo que sí, después de mataros a todos…» envió y tras el mensaje llegó el ataque mental.

Nahia vio cómo su energía casi se agotaba. A sus costados Dafne y Beck caían al suelo y convulsionaban de dolor.

El dragón estaba a punto de acabar con todos.

Nahia dio un par de pasos hacia delante, sin saber muy bien por qué lo hacía. Según avanzaba mirando al gran dragón blanco, la llama se intensificó de tal manera que su cuerpo pareció no poder contenerla más. Tenía que hacer algo, no iba a dejar que aquella bestia matara a todo su escuadrón, a sus compañeros, a sus amigos… No, nunca.

Se detuvo y al hacerlo la llama interior se propagó hacia el exterior. Era como si una enorme detonación surgiera de su interior y una llama tan grande como ella la rodeara por completo. Aquello ya le había pasado con los gryphos y Logan.

Con tranquilidad comprobó que su cuerpo formaba una gran llama de enorme ardor, pero no sentía nada más que un calor intenso. Esto ya lo había vivido con los gryphos y Logan.

«Vaya, vaya… una Nacida de la Llama que alcanza su plenitud. No es común».

—Yo no soy común —respondió Nahia.

Quería distraerlo para que no atacara a sus compañeros.

«Por lo general los nacidos de un elemento necesitan años para desarrollar su poder. Es muy singular que alguien tan joven lo logre».

—Digamos que nací con una tara que me ha ayudado.

«Por desgracia para ti no te dejaré vivir tras esta traición por muy Nacida de la Llama que seas, pero si me suplicas quizás no sufras».

Nahia miró al dragón y luego a las llamas que le cubrían todo el cuerpo. Por último, miró a su interior con su mente y detectó algo nuevo… o quizás no era nuevo, pero no se había dado cuenta hasta ese momento. En aquel estado su energía interior se iba consumiendo, pero su dragón interior, el que le proporcionaba la energía, parecía mucho más poderoso ahora. Sentía que tenía no solo más poder, sino que mucha más energía, como si al cambiar a este estado de llama viviente tuviera un nuevo dragón cargado de poder. Esto la dejó confundida, pero al mismo tiempo le dio esperanzas.

—No voy a suplicarte por mi vida. Quizás me estés subestimando.

«¿Subestimando? Que seas una Nacida de la Llama te pone por encima del resto de brujos de dragón, incluso de magos y hechiceros de otros mundos, como este, pero nunca llegarás a la altura de la garra de un dragón».

En ese momento un numeroso grupo de guerreros Tumaini y soldados Felidae surgieron de la cueva con jabalinas y lanzas. Nahia se dio cuenta de que Aibin los enviaba en un intento desesperado por salvarlos.

Nahia se volvió hacia ellos.

—¡Alto! ¡Regresad! ¡Yo me encargo!

Los Felidae se pararon de inmediato. Aibin tuvo que dar la orden desde el fondo para que los guerreros se detuvieran.

«Deja que se acerquen, tengo ganas de matarlos a todos» dijo el dragón y envió su aliento de tormenta contra ellos.

Por fortuna se habían detenido a 250 pasos a su espalda y no los alcanzó.

Los soldados Felidae y los guerreros se retrasaron y cuando llegaron a la cueva posterior, no entraron, sino que se quedaron observando lo que sucedía. Los que estaban en el interior comenzaron a salir de la cueva, también a observar lo que estaba sucediendo entre Nahia y el Capitán.

Nahia se alejó de sus compañeros de escuadrón para evitar que el dragón los alcanzara al atacarle a ella. Dando un rodeo se situó hacia la mitad de la caverna. Entre ella y el dragón no había más de 150 pasos.

—Hoy me siento poderosa, creo que lo suficiente para matarte — dijo Nahia al dragón.

Era cierto que se sentía poderosa, pero lo de ser capaz de matar al dragón le parecía irreal. Por otro lado, agotar sus reservas de energía seguía en su mente. Quizás lograra hacerlo, el problema era que tenía que aguantar sus ataques.

Zuri-Bigar-Des rio con profundas carcajadas que resonaban como si fueran rugidos de risa.

«No te sientas tan poderosa porque no lo eres. Ningún nacido de un elemento lo es».

—Quizás te equivoques.

«No me equivoco y te lo demostraré» dijo el Capitán y lanzó su aliento de tormenta. El poderoso caudal de rayos y vientos golpeó a Nahia de pleno.

Nahia pensó que su protección de escamas antimagia aguantaría el impacto elemental, así que no se movió ni conjuró. Estaba concentrada observando su dragón interior, intentado captar cuánta energía tenía y cuánta se dirigía a reforzar su defensa, cuando algo extraño sucedió. El ataque no había debilitado su defensa mágica. Nahia miró hacia el caudal de rayos y vientos que el dragón seguía enviando sobre ella y vio que, en realidad, no la alcanzaba, llegaba hasta las llamas que la rodeaban y éstas los destruían.

—Vaya… —masculló entre dientes muy impresionada.

El dragón mantuvo el caudal sobre ella, como buscando derrotar sus defensas. Sin embargo, las llamas lo destruían con su poder e intensidad. Nahia se dio cuenta entonces de otro hecho muy importante. Las llamas que emanaban de ella consumían energía, sí, pero muy poca, como un hilo de agua que caía de un enorme lago. Esto eran muy buenas noticias.

«¿Sigues sintiéndote poderosa?» envió el Capitán pensando que su ataque elemental tenía efecto.

—Bastante, sí. De hecho, incluso más —replicó Nahia y conjuró una bola en llamas que envió contra la cabeza del dragón.

Le golpeó y estalló con una explosión de llamas enorme, más grande de lo que Nahia había logrado nunca.

Las llamas envolvieron la cabeza del dragón, que la sacudió con fuerza para librarse de ellas. Nahia se dio cuenta de que al Capitán no le había gustado nada aquel ataque.

El Capitán contratacó con su aliento de tormenta, que alcanzó a Nahia por completo. El dragón intentó traspasar las defensas mágicas de Nahia concentrando todo su poder de ataque en un caudal estrecho que la alcanzara de lleno.

Nahia captaba cómo las llamas de su cuerpo la defendían del ataque, pero por mucho que la castigaba con su aliento, no conseguía penetrar las llamas. Al ver que esto tampoco consumía mucha energía interna, decidió atacar. Creó una bola de fuego grande y la formó con una buena cantidad de energía. Antes de que el dragón finalizara su ataque, le envió la bola directa al costado, evadiendo el caudal. La bola alcanzó al dragón y detonó con una explosión tremenda.

El dragón comenzó a arder.

Todos los guerreros Tumaini y soldados Felidae restantes salieron a ver el combate, incluido Aibin. Nadie se lo quería perder. Por primera vez alguien podía enfrentarse a un dragón y combatirlo de tú a tú. Era increíble y les llenaba de esperanza.

«No vas a conseguir nada, Nacida de la Llama. Tu poder es insignificante en comparación al mío» envió Zuri-Bigar-Des levantando la cabeza.

Las llamas que habían recubierto todo el cuerpo de la bestia no habían podido penetrar, su defensa había aguantado.

—A mí no me parece tan insignificante —replicó Nahia, que tenía la sensación de que la defensa del dragón estaba consumiendo

mucha energía. El poder de sus llamas era increíble.

El dragón rugió y le envió un ataque mental poderoso. Las llamas que recubrían su cuerpo se incrementaron y no permitieron que la alcanzase. Era como si estuvieran vivas y tuvieran mente propia. Las veía moviéndose arriba y abajo por todo su cuerpo, creciendo y decreciendo. Ella no sabía qué estaban haciendo o por qué.

Sin pensarlo, casi como un acto reflejo, Nahia sacudió sus dos brazos hacia el dragón y dos lengüetazos de fuego salieron de ellos y alcanzaron al dragón en plena cara. El Capitán echó la cabeza atrás, como si lo hubiera abofeteado.

«¡Vas a pagar por esto!».

La criatura atacó con varios ataques mentales seguidos y luego su aliento elemental para rematarla.

Nahia sintió cada ataque golpear la llama ardiente en la que estaba envuelta, ninguno pudo traspasarla. Viendo que seguía teniendo bastante energía pasó al contraataque. Creó dos bolas de fuego, una en cada mano, y les transfirió mucha energía para sobrecargarlas. Cuando sintió que estaban a punto de desestabilizarse, las envió contra el torso y la cabeza del dragón, que acababa de detener su aliento.

Las dos bolas estallaron con semejante explosión que toda la caverna se iluminó. El dragón quedó envuelto en llamas, como lo estaba ella, solo que las de ella la protegían y las que envolvían al dragón buscaban dañarlo.

El dragón rugió de rabia y su cuerpo destelló en plata.

Nahia se percató de que defendiendo el último ataque había consumido toda su energía y ya no tenía defensas mágicas. El dragón también se percató y avanzó a matar a Nahia con sus garras y fauces.

Nahia lo vio venir. Zuri-Bigar-Des estaba ahora libre de cuerdas y cadenas que las llamas y los ataques de tormenta habían destruido por completo y ella echó a correr a un lado para evitar la embestida. De nuevo algo extraño sucedió. Se deslizó más rápido de lo normal

dejando una estela de fuego tras ella en el suelo. En aquel estado de llama se movía más rápido, como si se deslizara a gran velocidad sobre un lago de hielo, solo que era de fuego.

El embate del dragón falló. Eran muy poderosos y fuertes, pero ágiles no. Nahia sabía que no tendría una segunda oportunidad. Había vencido el combate mágico, pero no vencería en el físico y Zuri-Bigar-Des la mataría con su siguiente ataque. No iba a permitírselo.

Sacudió ambos brazos hacia la cabeza del dragón que, con la boca abierta y mostrando sus temibles dientes, iba a matarla de un mordisco bestial. De los brazos de Nahia salieron en ese momento las dos lenguas de fuego y golpearon la cara y boca del Capitán.

El dragón echó la cabeza atrás deteniendo el ataque y rugió de dolor. Sacudió la cabeza. Pero Nahia no le iba a dar otra opción y ya tenía listas otras dos bolas de fuego en las palmas de su mano, ambas sobrecargadas.

«¡No!» exclamó el dragón y atacó con sus garras.

Nahia envió las bolas a cabeza y garras.

Ambas estallaron con dos grandes explosiones de fuego y las llamas envolvieron por completo al enorme dragón. Rugidos de dolor y sufrimiento llenaron la caverna. El dragón se irguió y las llamas lo consumieron vivo.

Un momento después caía al suelo hasta quedar como un cadáver incinerado.

Nahia no podía creer lo que había logrado. Miraba el cuerpo sin vida del dragón frente a ella y sacudía la cabeza.

Los guerreros de los Tumaini comenzaron a exclamar vítores.

Los soldados Felidae se les unieron.

—¡Viva la Nacida de la Llama!

—¡La líder de la rebelión!

—¡La salvadora de mundos!

—¡La libertadora!

—¡El castigo de los dragones!

Aibin se acercó hasta Nahia y se quedó a un par de pasos para que las llamas no le alcanzaran.

—Ha sido impresionante…

Nahia lo miró y suspiró.

—Ha sido algo inesperado.

—Tu poder es mayor que el de un dragón, es algo increíble. Habrá leyendas sobre ti entre mi pueblo.

—Mientras no sean póstumas, no tengo problema —respondió Nahia.

—Esas llamas que te rodean, ¿las puedes extinguir?

—Pues si te digo la verdad, no lo sé. La última vez se extinguieron solas. Será mejor esperar un poco. ¿Puedes encargarte de mis compañeros de escuadrón?

—Sí, por supuesto, al momento.

Los gritos y vítores continuaron un largo rato. Nahia vio que sus amigos iban despertando y recuperándose poco a poco y se fue tranquilizando. Al hacerlo sus llamas se extinguieron paulatinamente.

Había matado a un dragón en un combate. Era increíble… ¡impensable! Sintió optimismo.

Esto suponía un nuevo abanico de posibilidades para ella y para la rebelión.

¡Había una oportunidad!

Capítulo 28

Aquella mañana Lasgol y sus compañeros recibieron una información inesperada en sus aposentos subterráneos. El grupo compartía una enorme estancia, parte de un edificio militar que no había sufrido daños todavía. Dormían en un sótano que había sido acondicionado como estancias para oficiales de alto rango. Viggo había exigido un palacete, puesto que era lo mínimo que unos cazadores de dragones merecían, pero su petición había sido declinada. La estancia era grande, muy cómoda y tan exuberante como elegante, al estilo de la ciudad de York, por lo que el resto estaban más que contentos.

Celopus se había presentado a primera hora en su puerta.

—Tengo nuevas interesantes —anunció.

—¿Qué sucede? ¿Un dragón? —quiso saber Viggo, que ya desenvainaba sus cuchillos.

—Espero que no, ya hemos tenido bastantes dragones por un tiempo —comentó Ingrid y sacudió la cabeza.

—Un mago, uno extranjero —adelantó Celopus.

—¿Y por qué es interesante? Aquí hay muchos magos —se extrañó Nilsa, que se arreglaba su melena pelirroja.

—Este es uno de magia de espíritus —sonrió Celopus.

—No suena muy buen eso de magia de espíritus —Gerd arrugó la frente y cruzó sus fuertes brazos sobre el ancho pecho.

—¿La hermandad de los Espíritus ha accedido a las peticiones de Urrejaun? —preguntó Lasgol enarcando ambas cejas.

—Sí… y no —Celopus hizo un gesto con la mano derecha—. No han accedido a la primera, la de dar refugio a toda la población de la ciudad estado, pero sí a la segunda, la de enviar a uno de sus magos a cambio de provisiones.

—Oh, pues no lo veo tan interesante —comentó Viggo y se sentó en un ornamentado sillón a afilar sus cuchillos.

—Su magia es muy diferente, será muy interesante estudiarla. La hermandad no lo suele permitir, esta es una rara excepción —explicó Celopus.

—Podría ayudarnos —deseó Lasgol, esperanzado.

—Esperemos que así sea —se unió Gerd.

—¿Cuándo lo conoceremos? —preguntó Lasgol.

—Está de camino al laboratorio.

—Entonces vayamos —Lasgol no podía esperar.

—Muy bien —asintió Celopus.

—Entiendo que nosotros nos quedamos —inquirió Ingrid.

—Es un asunto de magia… solo Lasgol… —se disculpó el intérprete.

—Lo entendemos —dijo Nilsa con una sonrisa amable.

Un rato más tarde Lasgol aguardaba junto a Dameros y Celopus la llegada del mago de magia de Espíritus de la ciudad estado de Yatro. Lasgol tenía mucha curiosidad por conocerle y no era el único, Dameros y Aquasmares estaban muy interesados también.

Celopus le había contado que el intercambio se había producido de madrugada. Un navío de la hermandad había llegado con varios Hermanos del Espíritu y uno de sus magos. Al mismo tiempo un centenar de barcos con provisiones habían partido de York hacia la ciudad estado de la costa este. Para sorpresa de Lasgol, se había realizado de forma muy rápida y en secreto. De hecho, ellos ni se habían percatado. Por lo que Celopus le había dicho, los barcos con provisiones se habían cargado las noches anteriores y se habían ocultado en el interior del mar del este. Lo que Lasgol empezaba a ver claro era que la ciudad tenía otra isla o islas mar adentro donde escondía su flota.

La puerta se abrió y el mago entró en el laboratorio. El resto de los magos detuvieron sus trabajos y experimentos y se quedaron

mirando. Al extranjero lo guiaba un capitán de la guardia y junto a él iba Magures, Mago Primero de la ciudad de York.

Lasgol observó al extranjero. Vestía una túnica mezcla de gris y blanco y en el torso llevaba la imagen de una cara con expresión de tremendo horror similar a la que Lasgol había visto en la vestimenta del embajador, pero algo más horripilante si cabía. No daban excesivas ganas de acercarse a saludar.

—Este es Sirepetus, mago de espíritus de Yatro que nos visita —presentó Magures con poco preámbulo, ya que todos estaban mirando al recién llegado.

Los magos de York no dijeron nada. Continuaron observándolo como quien descubre una nueva especie de algún animal nuevo y extraño. Lasgol tuvo la sensación de que intentaban deducir su grado de poder.

—Bienvenido —saludó Dameros inclinando la cabeza, tras un momento, al ver que nadie hablaba.

—Seas bien recibido —añadió Aquasmares.

Celopus iba traduciendo al idioma del mago de Yatro.

El extranjero no dijo nada y solo asintió con la cabeza. Debía tener unos cuarenta años y era muy delgado y de estatura media.

Sirepetus echó atrás la capucha que le tapaba la cabeza. La llevaba afeitada y tenía un gran tatuaje que le cubría toda la parte posterior de la misma y le bajaba hasta el cuello pasando por la nuca. Era de otra cara horripilante. Daba la sensación de tener dos caras, una humana y otra de espíritu atormentado. Lasgol deseó que la cabeza del mago no se girara en redondo y usara una cara u otra dependiendo del momento. Lo creyó posible, aunque era inviable. Notó que estaba muy pálido, se le veían unas venas azules por cabeza, cara y cuello. No supo si se debía a que así era su color de piel o que le sucedía algo y estaba enfermo. Su complexión era muy delgada. Desde luego no tenía aspecto de estar muy sano.

El extraño se dobló casi hasta tocar con su frente sus propias rodillas. Luego se puso tieso y habló con una voz muy suave, casi un susurro.

Lasgol tuvo que agudizar el oído para escuchar. De forma casi inconsciente invocó su habilidad Oído de Lechuza. Se produjo un destello verde y escuchó unas palabras ininteligibles. El mago de espíritus miró a Lasgol y luego lo señaló con un largo dedo huesudo. Lasgol dedujo que había captado su magia.

Celopus se acercó al mago extranjero para poder oír lo que murmuraba.

—Dice que capta tu poder, Lasgol.

El guardabosques saludó al mago con la cabeza reconociendo su magia.

El mago susurró algo más.

—Pregunta de qué región eres.

—Norghano, del norte.

El extranjero asintió.

—De la tierra de la nieve eterna.

—Así es.

—¿Estoy aquí para ayudarte?

—Para ayudarme a mí y a todos. Necesitamos un contenedor para la energía dorada de Dameros —Lasgol señaló al mago dorado.

—¿Magia dorada? He oído hablar de ella, pero no la he visto nunca. ¿En verdad existe?

—Existe —asintió Dameros—. Déjame mostrarte.

—Adelante —el mago de espíritus hizo un gesto afirmativo.

Dameros cerró los ojos y se concentró. Un momento más tarde una pequeña esfera dorada aparecía en su mano brillando con un destello de oro intenso.

—Muy interesante —dijo el mago, que se acercó a ver la esfera en la palma de la mano—. ¿Y esta energía dorada puede dañar a los dragones?

—Puede —aseguró Dameros.

—La hemos utilizado contra los dragones y traspasa sus defensas mágicas —explicó Magures.

—Eso había oído, pero creía que era solo un rumor. En tiempos desesperados suele haber rumores de soluciones milagrosas.

—Yo la he visto en acción y te aseguro que funciona —dijo Lasgol.

—No lo pongo en duda si varios magos así lo establecen. Es solo que me cuesta creer que algo traspase la magia de los dragones.

—Esta magia dorada lo hace —afirmó Magures—. La usamos para defender la ciudad.

—Entiendo —Sirepetus asintió lentamente.

—¿Crees que podrías ayudarnos con tu magia? —preguntó Lasgol.

—El tipo de magia que tenemos los magos de espíritus es bastante diferente a otras magias.

—Eso puede ser bueno —dijo Magures.

—Esperemos que así sea. Verás, todos tenemos magias diferentes y no hemos sido capaces de contener la sustancia dorada sin que se degrade —explicó Aquasmares.

El mago de espíritus miró al resto, uno por uno y de forma pausada. Estudió a cada uno y pareció sacar sus conclusiones. Asentía al dejar de mirar a uno y empezar a mirar a otro.

—Nuestra magia es mucho más sutil y poco invasiva. Puede que en este caso sea de ayuda.

—¿Qué tipo de magia es la que realizas? —preguntó Marindar.

—¿Qué tipo de magia realizas tú, mujer? —inquirió Sirepetus.

—La mía es magia de fuerza —dijo Marindar y cerrando los ojos lanzó un abanico de fuerza frente a ella que hizo añicos tres vasijas sobre una mesa de trabajo.

—Una magia poderosa, sin duda. La nuestra es precisamente lo contrario a lo que acabas de demostrar. Nuestra magia proviene de

nuestro ser interior, de nuestro espíritu.

—¿Puedes hacer alguna demostración para que se entienda? —pidió Magures.

—Por supuesto. Magia de ataque intuyo que es lo que queréis ver.

Magures asintió.

—Sí, mejor de ataque. Así la entenderemos.

Sirepetus miró alrededor buscando un objetivo. Avanzó hacia la zona de los dos hechiceros noceanos y observó su área y luego a ellos. No dijo nada, pero no pareció encontrar lo que buscaba. Continuó avanzando.

Llegó hasta la sección del druida. Observó las plantas que había creado y con las que estaba experimentando. Una era de más de dos metros de altura con cabeza de girasol. Al acercarse Sirepetus la planta abrió la boca y dos ristras de dientes afilados aparecieron en ella.

—Cuidado, muerde —advirtió el druida.

Sirepetus se detuvo a unos pasos de la planta.

—¿Puedo demostrar con ella? —pidió al druida.

—Sí, adelante —este le dio permiso y le hizo un gesto con la mano para que prosiguiera.

Sirepetus asintió y miró un momento la planta, que ya estaba poniéndose agresiva y comenzaba a lanzar mordiscos. Por fortuna estaba en un tiesto del que todavía no había salido y no podía avanzar hacia el mago de espíritus. Eso sí, mecía su largo cuerpo para intentar morderlo.

Lasgol observaba muy interesado y se acercó con cuidado para ver mejor.

Sirepetus cerró los ojos y se concentró. Juntó las palmas de las manos sobre el horripilante rostro que tenía grabado en el torso de su túnica. Por un momento nada sucedió, aunque Lasgol podía sentir que el mago estaba conjurando, los pelos erizados de la nuca así se lo indicaban.

De súbito, una silueta translúcida comenzó a tomar forma surgiendo del torso de Sirepetus y se quedó frente a su creador levitando sin tocar el suelo. Parecía tener forma humana, aunque incorpórea. No tenía brazos ni piernas que se pudieran apreciar y era de un color blanco grisáceo. Un rostro retorcido en una grotesca muestra de horror en una cabeza sin cabello dejaba intuir que había sido un hombre. Lasgol arrugó la frente al ver lo horrible de la expresión del rostro de aquel ser. No había duda de que era algún tipo de espíritu atormentado que se asemejaba a su creador. Lasgol creyó ver un parecido entre la cabeza de Sirepetus y la del espíritu que había creado, no la anterior, sino la posterior, la tatuada. A Lasgol le dio la sensación de que el espíritu torturado era una versión de pesadilla del propio mago.

El espíritu se mantuvo flotando frente a su creador, moviendo su cabeza de lado a lado, como buscando algo que atacar. El mago de espíritus señaló la planta agresiva, que seguía lanzando mordiscos en su dirección. A una palabra de Sirepetus el espíritu de horror se lanzó sobre la planta con un rugido profundo y agónico de enorme sufrimiento.

Lasgol no sabía qué iba a suceder, ni siquiera qué pensar de lo que estaba presenciando, pero supo que algo terrible iba a ocurrir. La planta intentó morder al espíritu al acercarse y le soltó varios mordiscos con sus dientes afilados. Estos no afectaron al espíritu, al ser incorpóreo lo atravesaron como si cerrara los dientes alrededor de bruma.

El espíritu rodeó la cabeza y el tallo de la planta asesina con su cuerpo. Un momento después penetraba en la planta como si se convirtiera en parte de ella.

Todos observaban lo que sucedía muy interesados. Lasgol intuyó que a la planta no le iba a sentar nada bien que el espíritu hubiera entrado en ella.

Solo necesitó de un momento para confirmarlo.

La planta comenzó a cambiar de color. De un verde intenso y vivo empezó a ponerse de un amarillento poco sano. Un momento más

tarde las hojas comenzaron a marchitarse rápidamente. La planta parecía comenzar a resecarse y morir. Las hojas cayeron un momento más tarde, una por una, secas y marchitas como si hubieran estado al sol candente durante días sin recibir nada de agua. Un momento más tarde el largo tallo, ya reseco y amarronado comenzó a retorcerse sobre sí mismo y la cabeza de girasol, totalmente reseca, se fue para atrás. Abrió la boca y pareció querer gritar a los cielos. La planta no solo se moría, sino que sufría una agonía que no podía sacarse de dentro. Un momento más tarde moría y caía a un lado completamente reseca y carente de vida alguna.

—Vaya… —masculló Lasgol sorprendido.

En ese momento el espíritu abandonó el cuerpo muerto de la planta, que rugió de nuevo de sufrimiento moviendo su cabeza de lado a lado con una horripilante expresión en el rostro, y se disipó como si fuera niebla hasta desaparecer por completo.

—La magia de espíritus es ciertamente poderosa —congratuló Magures.

—Lo es —asintió Aquasmares.

—¿Hace eso con todo ser vivo? —preguntó Zugaiz, el druida.

—Así es. Los espíritus tortuosos roban la vida a los seres vivos —explicó Sirepetus.

—Un poder muy destructivo, en efecto —comentó Dameros.

Todos los magos estaban impresionados excepto los dos hechiceros noceanos. Hacían gestos de que no era para tanto y hablaban entre ellos en su idioma.

—¿Qué dicen los hechiceros? —preguntó Magures a Celopus.

—Indican que ellos también pueden hacer lo mismo con sus magias.

—Lo mismo no creo —comentó Marindar.

—Dicen que el resultado es el mismo, la muerte. Sea porque el espíritu roba vida o porque la magia de sangre o maldiciones lo hace. No están impresionados.

—En cualquier caso, es una magia muy poderosa —comentó Magures.

Sirepetus agradeció el comentario inclinándose a modo de saludo.

De pronto, se escuchó un sonido agudo y continuado como el cantar de un ave.

—¿Qué sucede? —preguntó Lasgol.

—Es la alarma. ¡Nos atacan! —dijo Magures con ojos de inquietud.

—¡Son dragones! ¡Tres! —afirmó Celopus.

Lasgol lo miró extrañado. ¿Cómo sabía aquello?

—¿Cómo…?

—Es por cómo se emite la alarma, son tres gritos sostenidos —explicó el viejo intérprete, que vio el desconcierto en la cara de Lasgol.

—Hay que subir y ayudar con la defensa —afirmó Dameros con urgencia en el tono.

Lasgol asintió.

—Vamos.

Los magos y hechiceros del laboratorio corrieron a coger sus cayados y báculos para el combate. Un momento más tarde todos buscaban la salida para ir a defender la ciudad.

Lasgol se fijó en que los dos últimos eran los hechiceros noceanos. A ellos no parecía que la situación les urgiera tanto. Fuera como fuese, si venían dragones habría combate y sería brutal.

Capítulo 29

Lasgol salió del laboratorio subterráneo seguido por los magos de la ciudad hasta alcanzar las calles. Se detuvo al salir y observó a su espalda por si los hechiceros noceanos no subían, pero lo hicieron. El que no subió fue Sirepetus. El mago de espíritus se quedó abajo. Lasgol no supo si por cobardía o por órdenes de su hermandad de no intervenir en los problemas de York, aunque probablemente fuese lo segundo. En cualquier caso, no le gustó que el mago se comportara así. Ante un ataque de un dragón todos debían colaborar fueran del reino que fueran y tuvieran los intereses que tuviesen.

Varios grupos de soldados ya se acercaban a la carrera. A Lasgol le sorprendió ver que cada grupo rodeaba a un mago, como si fueran su escolta personal. Lo hicieron de forma rápida y ordenada. Era evidente que ya lo tenían organizado y entrenado. Un momento más tarde los grupos se separaban, aunque no mucho. Todos permanecieron cerca del laboratorio.

Lasgol observaba lo que sucedía. No sabía qué tipo de defensa iban a intentar los magos, solo que parecían ir en las cuatro direcciones cardinales. Se quedó con Dameros y Aquasmares, que estaban frente al laboratorio y no se movían. Descubrió que los magos no abandonaban la zona donde estaban, solo se separaban lo suficiente para que un ataque de dragón no alcanzara más que a uno. Era una medida de seguridad.

Esto dejó a Lasgol pensativo. La ciudad tenía forma de herradura y era muy grande. ¿Cómo iban a defenderla si se quedaban todos allí?

La alarma continuaba sonando. Era tan aguda y desagradable que casi dolía oírla. Los trabajadores y mercaderes corrían a esconderse en los sótanos y bajos de los edificios. Lasgol se dio cuenta de que tenían refugios preparados para ese fin porque muchos se dirigían a los mismos edificios bajo los que desaparecían.

—Son refugios, ¿verdad? —preguntó a Celopus, que permanecía a su lado. Señaló en dirección a uno que tenían cerca donde seguían entrando personas tan rápido como podían.

—Así es. Hay refugios creados para la gente —explicó Celopus—. Cada cuadrante tiene varios. Se construyeron después de los primeros ataques y han permitido salvar muchas vidas.

—¿También están reforzados?

—Menos que el laboratorio, pero sí. Refuerzo físico y mágico.

—Es la ventaja de tener magos —asintió Lasgol.

Identificó otro edificio al que corrían los ciudadanos a refugiarse algo al norte. Lo hacían con rapidez, pero con calma y de forma ordenada. Los soldados se encargaban de dirigirlos. Se veía que estaban entrenados y sabían lo que se hacían. En un abrir y cerrar de ojos varios centenares de personas desaparecieron bajo el edificio. No hubo escenas de caos, ni siquiera de nervios, cosa que le sorprendió de forma muy positiva. Todos sabían lo que tenían que hacer ante un ataque.

Ahize, el mago de aire, e Itxasurdi, el mago de agua de la ciudad, ya estaban conjurando. Dameros y Aquasmares también. Lasgol no sabía qué conjuros iban a crear, pero no habían perdido un momento. Dedujo que debía ser algún tipo de defensa, porque todavía no se veía a los dragones.

—Este laboratorio está situado aquí por una razón —dijo Lasgol a Celopus—. No es coincidencia.

—Así es. Los aposentos de los magos y su laboratorio de estudio y experimentación están en el centro superior de la herradura que forma la isla. Es así para que puedan reaccionar antes a los ataques. La defensa comienza aquí, que es el centro.

—Y los soldados acuden aquí al oír la alarma.

—Exacto. Comienza en el centro y se expande hacia la parte posterior de la herradura. En realidad, solo se defiende el triángulo anterior de la isla. Los dos extremos posteriores están abandonados,

no hay nadie viviendo en ellos. Por desgracia los habitantes de esos extremos ya no están con nosotros.

—Entonces, si lo entiendo bien, se defiende la parte arqueada frontal de la herradura, la pinza, y se abandonan los talones.

—Eso es. Defender todo el perímetro es muy complicado y costoso. Además, los dragones casi siempre atacan la pinza, que es la parte de la isla que encara la costa este de Tremia.

—Interesante enfoque. Supongo que funciona, ya que la isla sigue aguantando.

—Enseguida lo verás —dijo el intérprete sin moverse de su lado.

—¿No te vas a refugiar? No creo que la batalla sea el mejor lugar para un intérprete —dijo Lasgol preocupado por el anciano.

Celopus sonrió y señaló a otro par de intérpretes de la ciudad que se acercaban a los magos que conjuraban.

—Los magos necesitan coordinarse y la mayoría hablan lenguas diferentes. Tenemos trabajo que hacer.

Lasgol se fijó en que uno de los intérpretes era más joven.

—¿Cómo se llama ese? —Lasgol lo señaló con el dedo.

—Ese es Hitz, pupilo mío.

—Sois unos valientes —dijo Lasgol. Le costaba creer que aquellos indefensos intérpretes arriesgaran así la vida. Además, quitando Hitz y otro que Lasgol vio al norte, eran todos de avanzada edad.

Celopus se encogió de hombros.

—Todos aquí lo son —dijo señalando a soldados y magos por igual.

—Ellos pueden defenderse, vosotros no.

—No pueden defenderse tanto… también mueren —sonrió Celopus—. Todos debemos cumplir con nuestra labor o la ciudad perecerá y con ella todos nosotros.

—Lo dicho, sois unos valientes.

Mientras los magos y soldados se organizaban en grupos, más defensores llegaban de diferentes puntos de la ciudad. Lasgol tenía

su arco dorado en las manos y una flecha preparada. Miraba a los cielos, al este, pero los dragones no habían llegado todavía a las costas de la ciudad.

Vio acercarse a un grupo al que reconoció al instante.

—Ahí llegan mis compañeros —dijo a Celopus.

—¿Hay fiesta? —preguntó Viggo, que miraba hacia los cielos.

—Dragones, tres —informó Lasgol.

—¿Colores? —preguntó Ingrid.

—No lo sabemos. No han alcanzado la ciudad todavía —informó Celopus.

—¿Cómo sabéis que vienen? ¿Los veis llegar desde tan lejos? —se interesó Gerd.

—Estamos en una isla rodeada de mar. La visibilidad es excelente y casi siempre llegan del este, de la costa. Además, Itxasurdi ha creado unas lentes de agua que, si se solapan, permiten ver a grandes distancias. No con mucha claridad o definición, pero un dragón es fácil de reconocer.

—Eso es tener cabeza —asintió Nilsa.

—¿Qué hacemos? ¿Cómo podemos ayudar? —preguntó Ingrid.

Celopus hizo un gesto de que no lo sabía y señaló a un par de oficiales cercanos que daban órdenes a sus soldados.

—Creo que deberíamos estar con Dameros. Ayudarlo y protegerlo —opinó Lasgol—. Nada debe sucederle.

Los demás miraron al mago, que estaba creando tres de sus esferas de energía doradas de modo simultáneo. Conjuraba con los ojos cerrados y las manos levantadas. Lasgol podía ver la energía del mago salir de sus manos y entrar en las esferas.

—Sí, ayudémosle. Es muy valioso, tiene que vivir —estuvo de acuerdo Ingrid.

—Acerquémonos. Tiene ya un grupo de soldados defendiéndole, pero le vendrá bien ayuda extra —opinó Nilsa.

De diferentes puntos de la ciudad comenzaron a llegar arqueros que se fueron colocando frente a Dameros, creando una gran formación que iba creciendo. Lasgol contó de cinco por cien soldados en la primera formación y a esta le siguió otra. Varios oficiales daban órdenes a todos los que llegaban.

Entre los que se acercaban había soldados de Orecor que mantenían sus uniformes de la ciudad caída. Se apreciaba que habían sido reparados, tanto armaduras como túnicas. Los dirigían sus propios oficiales.

A Lasgol le sorprendió que les dejaran. Parecía que York los había integrado en sus fuerzas armadas, pero no los había absorbido. Era de agradecer, Urrejaun estaba resultando ser un líder muy inteligente.

Ahize comenzó a crear una nube espesa sobre su cabeza, como si una tormenta fuera a formarse utilizando su magia de aire. Lasgol observaba el fenómeno muy interesado. La tormenta creaba más y más nubes que formaban unas con otras una masa espesa y compacta. Parecía que el cielo sobre sus cabezas se estuviera llenando de una capa de nubes. Al mismo tiempo, dos magos de agua la fueron llenando de humedad y fue ganando en espesor al tiempo que continuaba extendiéndose sobre ellos.

—Nos están cubriendo de una especie de niebla espesa —comentó Gerd señalando sobre sus cabezas.

—Y húmeda —añadió Nilsa.

La gran nube se fue expandiendo con el epicentro justo donde estaban, añadiendo un anillo de nubes a otro de forma concéntrica, creando un enorme círculo de nubes sobre sus cabezas que cubrió toda la parte frontal de la herradura que era la isla.

—Me parece que ya entiendo lo que traman los magos. Van a cubrirnos con una capa como de bruma espesa —dedujo Ingrid.

Lasgol asintió.

—Sí, eso es lo que estaba pensando yo también. Bruma espesa que no permita a los dragones vernos.

—Interesante —dijo Nilsa—. E inteligente.

Aquasmares enviaba agua a las nubes inyectándola con su magia. Se podía discernir que en el interior había un mar de agua azulada.

—¿Por qué cargan las nubes de agua? —se extrañó Gerd.

Viggo se encogió de hombros.

—Cosas de magos, a mí no me preguntes. ¡A saber qué planean hacer!

El mago de aire cambió ahora de conjuro e hizo que la tormenta que se gestaba en las nubes bajara la temperatura interior mientras seguía expandiéndose. Al mismo tiempo, los magos de agua comenzaron a convertir el agua que enviaban en hielo en el interior de la niebla sobre sus cabezas.

—No solo no van a poder ver lo que atacan. La capa de hielo sólido que se está formando nos protegerá —dedujo Ingrid.

—Una defensa de dos capas, son muy inteligentes estos magos —comentó Nilsa positivamente impresionada.

—Y las nubes se siguen expandiendo —se dio cuenta Gerd.

—No por todos lados. ¡Fijaos! —señaló Ingrid.

La gran tormenta solo cubría la parte superior de la espuela, como Celopus había explicado a Lasgol.

—Solo defenderemos esta zona, por eso están todos aquí —explicó este a sus compañeros.

—Entendido —Ingrid asintió.

En ese momento un dragón rojo apareció acercándose a la ciudad.

Rugió anunciando su llegada.

—Empieza la fiesta —dijo Viggo y levantó el arco.

El dragón descendió sobre la nube, que cubría ya casi toda la parte frontal de la herradura, y atacó con su aliento de fuego. El ataque alcanzó las nubes y las traspasó, pero llegó a la capa de hielo y no pudo atravesarla. El dragón se elevó rugiendo enrabietado.

Uno blanco apareció acercándose desde el sureste y atacó de inmediato tras emitir un rugido temible. Lanzó un caudal de tormenta sobre la nube volando de este a oeste, recorriendo gran parte de la bruma defensiva. Su caudal de tormenta la atravesó y se encontró con la capa de hielo, que golpeó con fuerza con rayos y relámpagos intensos. Fragmentos de hielo saltaron por doquier y se crearon agujeros que permitían ver qué había debajo, y por los que podían atacar los dragones.

—Eso tiene mala pinta —comentó Nilsa.

—Van a atacar por esos espacios. ¡Nos ven! —se dio cuenta Ingrid.

El tercer dragón, uno marrón de tierra, rugió dos veces ante de lanzarse al ataque. Lo hizo precisamente usando los agujeros que su compañero había abierto. Un caudal de rocas y piedras lanzadas a tremenda fuerza entró por los huecos y aberturas de la capa de hielo defensora y golpeó edificios y soldados llevando muerte y destrucción.

—¡Esos saben lo que se hacen! —exclamó Nilsa nerviosa.

—¡Atención! ¡Ahora ataca el dragón de fuego! —advirtió Ingrid.

El problema era que no podían abandonar a Dameros, que seguía concentrado llenando esferas con su energía dorada.

—¡Que no os alcance! —dijo Lasgol a sus compañeros.

El dragón de fuego atacó de la misma manera que había hecho el de tierra, apuntando a través de los agujeros que había conseguido crear el dragón de aire. Caudales de fuego cayeron del cielo pasando a través de la capa defensiva para alcanzar edificios y soldados. Los gritos y el fuego se adueñaron de los alrededores.

—¡Saben perfectamente lo que hacen! —gritó Lasgol, que tiraba de Celopus para ponerlo a salvo.

Los magos interrumpieron sus conjuros y levantaron esferas defensivas antimagia para protegerse de los ataques elementales. Los dragones maniobraban en el aire para hacer una nueva pasada de ataque.

Dameros había creado ya cinco esferas doradas y las dispuso sobre los grupos de arqueros. Todos untaron las puntas de sus flechas en ellas y corrieron a situarse para defender los orificios en la capa defensiva.

—Oh, ya veo lo que van a hacer —se dio cuenta Ingrid.

Dameros respiró y se dobló hacia delante.

—Necesito un momento para recuperarme —dijo.

Los rugidos de los dragones anunciaron que volvían a atacar.

—¡Preparados! ¡Esto se va a poner feo! —anunció Ingrid.

Capítulo 30

—Es momento de defender —advirtió Celopus y señaló a los arqueros, que se posicionaban en grupos.

Lasgol los observó en tensión. Ingrid y Nilsa los miraban también con los arcos alzados.

—¿Van a hacer lo que creo que van a hacer? —Gerd enarcó una ceja.

—No irán a ponerse debajo de los agujeros, los muy brutos… —comentó Viggo frunciendo la frente.

Y como si lo hubieran escuchado, los grupos de arqueros se colocaron justo debajo de los orificios en la capa defensiva.

Lasgol era consciente de que la capa defensiva estaba a doscientos pasos de sus cabezas, la distancia máxima a la que los magos podían conjurar y a la que los dragones podían usar su magia. Esta ley universal siempre se cumplía. El problema era que, si los dragones traspasaban la barrera, llegarían a los soldados debajo y a los edificios. Este pensamiento le preocupó mucho.

El dragón de fuego voló hasta uno de los agujeros grandes al oeste y aterrizó sobre la capa de hielo, descendiendo con enorme fuerza sobre ella. El golpe de sus poderosas garras no pudo romper el hielo, pero lo resquebrajó. Rugió de rabia sacudiendo sus amplias alas y metió la cabeza por el orificio. Consiguió pasarla al otro lado, pero no así su cuerpo, que no cabía. Rugió de nuevo, esta vez en tono de victoria. Podía ver a sus enemigos y también alcanzarles. Un momento más tarde lanzaba su aliento de fuego hacia abajo, sobre los edificios justo bajo su cabeza.

Los arqueros en la zona vieron el ataque y se apartaron con rapidez estudiada. Sabían que si les rozaba el aliento de fuego estarían muertos.

Mientras el dragón hacía arder edificios y calles, los arqueros evitaron el caudal ígneo. Aguardaron moviéndose todos de un lugar a otro a toda velocidad para esquivar la muerte ardiente. Parecía que lo tenían bien ensayado, pues todos se movían a una y eran más de un centenar. Según el dragón terminaba de enviar su aliento elemental de destrucción y muerte, los arqueros apuntaron y a una orden de sus oficiales tiraron contra él.

Cientos de flechas con sus puntas doradas se dirigieron a la cabeza y cuello del monstruo. Las saetas impactaron y gracias a la energía dorada en sus puntas, se clavaron. El dragón retiró la cabeza y rugió de rabia y dolor.

—Eso ha estado muy bien —comentó Nilsa animada.

—Una estrategia arriesgada pero muy válida —asintió Ingrid con tono de estar impresionada.

En el lado este, el dragón marrón se posó sobre la capa defensiva de hielo y comenzó a hacer más grande el agujero sobre el que estaba, golpeando con ira. Su garras hacían saltar el hielo en pedazos en todas direcciones. Parecía enloquecido, golpeando una y otra vez los bordes del agujero.

—Ese trae malas intenciones —señaló Viggo.

—Si consigue entrar va a haber una masacre —se lamentó Nilsa.

—Los arqueros ya van a hacerle frente —comentó Gerd.

En efecto, un grupo numeroso de arqueros que defendía la zona este basculó hacia el dragón marrón. Llegaron bajo su posición y se colocaron para tirar.

El dragón seguía rompieron el hielo con tremendos golpes de sus garras mientras rugía rabioso. Parecía estar muy frustrado por no poder llegar hasta las presas que quería destruir.

A una, todos los arqueros soltaron contra el dragón. Cientos de flechas atravesaron el agujero, que ahora era considerable, y alcanzaron diferentes partes del cuerpo de la bestia alada. Se escuchó un rugido tremendo de dolor y pura rabia.

—¡La defensa funciona! Ambos dragones se han retirado para no ser alcanzados por las saetas —comentó Gerd con tono optimista.

—Menos mal, porque los arqueros se han quedado sin puntas doradas —se dio cuenta Nilsa.

—Sí que dura poco el untado dorado —Viggo arrugó la frente.

Lasgol observó cómo los cinco grupos de arqueros que habían untado sus flechas en las esferas doradas que Dameros había creado iban perdiendo su poder, unos al tirar contra los dragones y quedarse sin proyectiles y los otros porque la sustancia se desintegraba con el paso del tiempo. El resultado era que perdían la habilidad de atravesar las escamas de los dragones.

El dragón blanco pasó raseando y atacó las capas defensivas en diferentes posiciones creando nuevos orificios con su caudal de tormenta. Los rayos hacían saltar el hielo por todos lados. Focalizaba los ataques, atacando un punto en concreto un rato hasta hacer agujero, y una vez que conseguía romper el hielo hasta ver el suelo, se marchaba e intentaba hacer otro agujero en otro punto.

Lasgol observaba cómo actuaba y supo que era una táctica premeditada. La confirmación le llegó tras un momento, cuando el dragón rojo y el marrón se pusieron a agrandar los agujeros que el blanco había hecho. Aquello no le gustó nada. Sabían lo que se hacían, no estaban atacando sin cabeza ni objetivo, sino todo lo contrario.

Los magos de agua y aire de la ciudad enviaban su energía a reforzar las capas defensivas sobre sus cabezas. Tenían que hacer que la capa aguantara los ataques o los dragones descenderían sobre la ciudad. El problema era que la energía de los magos era limitada y tarde o temprano se agotaría.

El dragón rojo y el marrón fueron hasta los nuevos agujeros y atacaron con todas sus fuerzas y rabia. Los arqueros corrían en grupos a defender los nuevos orificios con el objetivo de que los dragones no pudieran penetrar.

El dragón blanco continuaba su ataque, esta vez sobre el centro, donde estaban los magos y las Panteras. Caían rayos poderosos

sobre el hielo y la niebla provocando que grandes pedazos salieran despedidos por los aires.

Lasgol se dio cuenta de que ahora el dragón blanco volaba en círculos sobre su posición.

—Creo que sabe que Dameros está aquí…

—Quiere penetrar para matarlo —dedujo Ingrid.

Miraron al mago dorado, que creaba varias esferas llenas de su energía dorada para los arqueros.

Lasgol se preocupó. Si el dragón blanco lograba su propósito y entraba, la vida de Dameros estaría en serio peligro. Observó la distribución de los arqueros. Cuatro grupos defendían los agujeros por los que intentaban entrar los dragones rojo y marrón. Uno estaba con ellos y defendía a los magos.

No sería suficiente.

Dameros finalizó la creación de nuevas esferas de energía y el cansancio comenzó a aparecer en su rostro de forma visible. Estaba realizando un gran esfuerzo mágico. Se volvió hacia Ahize y señaló a los arqueros. El mago de aire asintió y se puso a conjurar moviendo su báculo. Una brisa comenzó a arremolinarse alrededor de él. Era un aire creado por el mago que comenzó a dirigir con su báculo. Una de las esferas fue arrastrada hasta el grupo de arqueros posicionados al este. Un momento más tarde conjuraba y dirigía la brisa hacia el oeste, llevando consigo otra de las esferas hasta el grupo de arqueros situados bajo la abertura en aquel lado.

A Lasgol le gustó lo bien pensada y organizada que tenían la defensa. Todos los magos y soldados actuaban a una para impedir que los dragones penetraran y descendieran sobre ellos.

Ahize continuó enviando las esferas de poder dorado hacia los grupos de arqueros.

Mientras tanto, el dragón rojo iba consiguiendo su propósito. Sus garras arrancaban trozos de hielo mientras el dragón estaba de pie sobre la capa protectora golpeando con todas sus fuerzas. Esta vez había hecho un agujero mucho más grande.

Los arqueros más cercanos corrieron a hacerle frente, pero el dragón ya estaba escaldado y no iba a ponérselo tan fácil. Esperó a que tiraran con sus flechas untadas en poder dorado y de inmediato se retiró tan rápido que apenas un puñado de ellas le alcanzaron.

El dragón marrón también estaba consiguiendo avances. Rugió con fuerza y se puso a atacar el hielo que rodeaba el agujero con su aliento elemental de tierra para agrandarlo. Trozos de hielo salían despedidos del contorno del orificio al ser golpeados con tremenda fuerza por rocas y piedras del caudal elemental del dragón. El hielo no podía soportar semejante castigo y se rompía.

Dos grupos de arqueros corrieron al ataque. Uno mantenía las puntas con energía dorada, pero el otro no. Llegaron hasta la posición y alzando los arcos tiraron todos a una. Varios cientos de flechas volaron hacia el dragón marrón. Al igual que el rojo, ya esperaba aquello y se retiró tan rápido que apenas fue alcanzado.

—Los dragones están siendo más cuidadosos. ¿Vamos a ayudar a los arqueros? —preguntó Gerd.

—Están fallando mucho —opinó Viggo.

—Más bien los dragones saben lo que se hacen y no van a dejarse sorprender otra vez —comentó Ingrid.

Lasgol observaba al dragón blanco y no le gustaba lo que la bestia pretendía. Estaba logrando agujerear con sus ataques la zona central sobre ellos a conciencia y logrando su propósito. Aquasmares y Ahize intentaban evitarlo y continuaban reforzando la defensa enviando más agua a la bruma y bajando la temperatura.

—Quedaos junto a Dameros —pidió Lasgol, que veía peligroso abandonar a los magos.

Se daba cuenta de que, pese a todo lo que se esforzaban Ahize y Aquasmares, no eran tan eficientes como los magos de hielo norghanos a la hora de crear hielo. No fue el único que lo notó.

—Me da la impresión de que estos magos no van tan rápidos como los nuestros creando grandes cantidades de hielo —comentó Ingrid enarcando una ceja.

—Bueno, es que no son magos de hielo, son magos de agua y de aire y no están especializados —explicó Nilsa inclinando la cabeza.

—Pues ya pueden emplearse más a fondo, que esos dragones se van a colar —opinó Viggo.

Les llegaron gritos de soldados al oeste. Miraron en aquella dirección y vieron que el dragón rojo había conseguido romper el hielo en una zona y tenía medio cuerpo ya dentro. Una de las alas se le había atascado e intentaba liberarla y pasar a través del agujero que había hecho en la capa helada.

Dameros se percató y por señas indicó a Ahize que enviara una de las esferas que acababa de infundir con su energía dorada hacia los arqueros que corrían a defender. El mago de aire así lo hizo y volvió a centrarse en mantener y enfriar la bruma tormentosa que había creado. Los otros magos de agua continuaban a su vez enviando energía para mantener la capa de hielo y bruma que los protegía.

Los arqueros bajo el dragón rojo apuntaron mientras éste rugía de rabia al encontrarse atrapado en el agujero. Tenía la cabeza y medio cuerpo hacia abajo, incluida un ala que movía con fuerza, y el resto sobre el hielo. Al ver a los arqueros apuntando envió su aliento de fuego sobre ellos. Una veintena fueron alcanzados y ardieron hasta morir sin apenas poder hacer nada.

El resto pudieron virar y ponerse a salvo fuera del alcance del ataque. Debido a la extraña postura en la que estaba el dragón y la altura de la defensa de hielo y bruma, no pudo alcanzarles. No así los arqueros, que sí podían tirar contra el dragón al estar a algo más de trescientos pasos de distancia en diagonal, un tiro no muy difícil si lo que se pretendía era alcanzar su cuerpo atrapado. Cientos de flechas volaron y se clavaron en cabeza, abdomen, ala y garra del dragón, que rugió de dolor.

—Eso se pone de lo más interesante —dijo Viggo señalando con su arco.

—Más arqueros corren a ayudar —se dio cuenta Gerd.

—Espero que lo acribillen hasta matarlo —deseó Nilsa.

Otro grupo de arqueros llegó y untaron sus saetas en la esfera dorada. El problema era que no había suficiente energía para todos y solo la mitad consiguieron el preciado poder dorado. Tiraron contra el dragón, que ya estaba consiguiendo liberarse y entrar por el gran agujero. De nuevo gran cantidad de flechas impactaron contra el cuerpo de la bestia y se clavaron. Las que no iban untadas se dirigieron a ojos y boca.

El dragón rugió con fuerza de dolor y furia. Un momento después conseguía pasar el otro ala por el agujero rompiendo otro gran bloque de hielo, que cayó sobre un edificio y comenzó a descender sobre los soldados.

—Ese se ha colado, hay que actuar —dijo Viggo.

—Si no vamos, van a morir muchos —dijo Ingrid a Lasgol.

Lasgol miró hacia arriba, donde el dragón blanco seguía agujerando la capa de hielo en diferentes puntos justo sobre ellos.

—Id vosotros, yo me quedo protegiendo a Dameros. Tengo un mal presentimiento.

—De acuerdo —dijo Ingrid. Hizo una seña a sus compañeros y echaron a correr hacia los arqueros y el dragón rojo.

Lasgol inspiró profundamente y comenzó a invocar su tabla de precombate. La defensa no iba aguantar y debían actuar.

Capítulo 31

Mientras Ingrid, Nilsa, Viggo y Gerd corrían a hacer frente al dragón rojo, el marrón consiguió romper un pedazo de hielo enorme que cayó sobre unos edificios. Sus cuatro garras asomaron hacia el interior buscando romper más hielo.

De inmediato los arqueros más cercanos corrieron a atacar sin flechas con punta dorada. Así y todo, se dispusieron a hacer frente al dragón, que ahora intentaba terminar de agrandar el agujero con su aliento de rocas para entrar en la ciudad.

En ese momento varios cascotes de hielo cayeron junto a Lasgol, que levantó el arco hacia la capa protectora de hielo.

—Magures dio la alarma a los magos.

—¡Sobre nosotros, cuidado!

Dameros miró hacia arriba, pero estaba terminando de conjurar una esfera dorada.

—No puedo detenerme ahora —dijo a Magures.

—Yo te protejo, tú sigue —dijo Magures y comenzó a conjurar sobre el mago dorado.

Aquasmares y los otros magos de agua sí detuvieron sus conjuros al ver los bloques de hielo caer muy cerca. Si les daban en la cabeza podrían matarlos.

Lasgol usó su habilidad Tiro Certero y, después de enviar energía al arco dorado, soltó. La flecha pasó por uno de los agujeros en el hielo y se clavó en la garganta del dragón. Sorprendido por el ataque, la bestia de escamas blancas dejó de atacar con su aliento y dio un fuerte brinco hacia su derecha para aterrizar con ímpetu sobre otro de los agujeros y romperlo, haciéndolo más grande. Más fragmentos de hielo cayeron cerca de los magos.

—¡Levantad defensas físicas y mágicas! —ordenó Magures, que ya las había levantado para Dameros y para sí mismo.

Los magos comenzaron a crear sus esferas defensivas contra ataques físicos y mágicos. La primera, en el caso de los magos de agua, le resultó a Lasgol muy curiosa. Era como si el agua circulara a gran velocidad y con gran fuerza por todo el contorno de la esfera. La del mago de aire era similar, pero con vientos y torbellinos que se desplazaban a enorme velocidad por toda la superficie de su esfera.

Lasgol volvió a tirar usando la misma táctica, solo que añadió su habilidad Tiro Múltiple, encadenándola. Tres flechas simultáneas subieron y pasaron por el orificio sobre el que estaba el dragón para clavarse de nuevo en su garganta. Buscaba que no pudiera usar su aliento elemental contra ellos.

El dragón sacudió la cabeza y rugió, pero fue un rugido corto. Pareció atragantarse. Esto a Lasgol le dio ánimos, estaba afectándole. Antes de que pudiera volver a tirar, el dragón golpeó con fuerza el hielo, que se rompió. Un enorme trozo cayó sobre ellos. Lo tenían justo encima y parecía decidido a bajar y aplastarlos a todos.

Lasgol agarró a Celopus del cogote y de un tirón lo sacó del área donde caía el hielo. Varios trozos enormes y pesados cayeron sobre los magos de agua. Sus esferas defensivas soportaron los golpes, pero se debilitaron, obligándoles a enviar energía a fortalecerlas y abandonar el refuerzo de la capa de hielo que estaba atacando el dragón.

Lasgol ayudó a Celopus a ponerse en pie, que había caído de espaldas.

—Gracias.

—Protégete —urgió el guardabosques.

Magures protegía a Dameros, que seguía conjurando.

Un trozo grande de hielo cayó sobre el mago dorado. Por fortuna la esfera protectora de Magures aguantó. De inmediato envió más energía a reforzarla.

—Yo me encargo de proteger a los magos, tú ataca a esa bestia —dijo Magures a Lasgol.

Este asintió y puso otra flecha en la cuerda de su arco.

Un nuevo trozo de hielo, esta vez enorme, cayó sobre los magos y sus defensas se rompieron. Magures comenzó a conjurar sobre ellos creando nuevas esferas protectoras. El dragón blanco consiguió hacer el sitio que necesitaba para pasar y comenzó su descenso atravesando por la parte que había roto de la capa protectora de hielo.

Ingrid, Nilsa, Gerd y Viggo se detuvieron a media carrera. El dragón marrón también estaba entrando y los arqueros no estaban consiguiendo pararlo.

—Tenemos que dividirnos —dijo Ingrid—. No me gusta nada, pero son dos dragones y hay que pararlos a los dos.

—De acuerdo, Gerd y yo vamos a por el dragón rojo, vosotros a por el marrón —dijo Nilsa.

—Bien. Suerte, tened mucho cuidado —dijo Ingrid.

—Muerte a los dragones —dijo Nilsa.

Se separaron y cada pareja corrió a enfrentarse a una de las bestias.

Los arqueros tiraban contra el dragón marrón, que ya estaba entrando a través de un agujero que había hecho. Ingrid y Viggo llegaron a distancia de tiro y soltaron. Las flechas elementales explotaron sobre la cabeza del dragón buscando alcanzar sus ojos. Aunque no hicieron blanco directo las explosiones de fuego y tierra consiguieron entrar en sus ojos y herirlos. El dragón rugió de rabia y descendió con sus garras por delante a destrozar a los tiradores.

—¡Apartaos! —gritó Ingrid al resto de arqueros que también tiraban contra el dragón.

Todos intentaron apartarse, pero el dragón descendió muy rápido y chocó contra el suelo matando con el peso de su cuerpo y el fuerte impacto a varios grupos de soldados.

Ingrid y Viggo consiguieron evadir el golpe al estar algo más retrasados que los desdichados arqueros.

El dragón, por su parte, se había dado un golpe tremendo y pareció estar algo aturdido, como si no hubiera calculado bien la distancia o el impacto y se hubiera dado con la cabeza contra el suelo.

—¡Tirad, hay que herirle! —pidió Ingrid.

Volvieron a tirar. El dragón estaba a trescientos pasos sobre el suelo y no tuvieron problemas para hacer blanco esta vez porque no movió su cabeza demasiado. Las flechas que usaron eran de tierra y las explosiones le entraron en los ojos impidiéndole ver y aturdiéndolo aún más.

De pronto, un mago apareció tras Ingrid y Viggo.

—¿Quién eres? —preguntó Ingrid.

Por desgracia no lo entendió.

—Haz algo contra ese dragón —dijo Viggo y lo señaló.

Eso sí lo comprendió. El druida asintió y comenzó a conjurar levantando las manos y un cayado de madera que llevaba en la derecha.

Los arqueros que se habían salvado tiraban contra el dragón, también a su cabeza, buscando acertar en ojos y boca. Ya que no tenían sustancia dorada que aplicar a sus flechas poco daño podían hacer, pero menos era nada.

Nilsa y Gerd llegaron hasta el dragón rojo, que estaba a punto de entrar. Tenía dentro las dos alas y la cabeza e intentaba pasar la parte posterior de su cuerpo, que parecía algo atascada. Las patas traseras y la cola las tenía fuera, sobre el hielo. Aun así, lanzaba su aliento de fuego hacia los arqueros. Estos ya se habían puesto a distancia para no ser alcanzados y ahora tiraban contra el dragón. Usaron la última tanda de flechas con punta dorada y acribillaron a la criatura, que sangraba por infinidad de heridas. El dragón rugió de rabia.

De pronto dos extrañas figuras se unieron a los arqueros. Eran los dos hechiceros noceanos. Sin mediar palabra se pusieron a conjurar. Los arqueros continuaron tirando, pero ya sin poder

dorado. Gerd y Nilsa se unieron a ellos para ayudar con sus flechas elementales.

El hechicero de magia de maldiciones creó un pozo de horror en el suelo bajo el dragón, que estaba ya a punto de liberarse del hielo. El pozo era una círculo maldito dentro de una estrella de trece puntas. Del pozo putrefacto, que parecía hervir produciendo burbujas verdes pestilentes, comenzó a elevarse un gas hediondo y nauseabundo.

El hechicero de sangre creó junto al pozo de maldición otro de sangre corrupta. Este también era circular y estaba dentro de una estrella de trece puntas. De un aspecto terrible con sangre roja y negra que se elevaba del pozo como intentando salpicar a algo alrededor y corromperlo, comenzó a subir una bruma roja y negra de apariencia fatídica.

—No sé qué hacen, pero eso tiene muy mala pinta —le dijo Gerd a Nilsa.

—Malísima. Espero que afecte al dragón porque se va a liberar y caer sobre nosotros.

El dragón rugió y Nilsa y Gerd temieron que hubiera conseguido liberar su parte posterior. Pero no rugía en señal de triunfo, sino de rabia al ver que el hielo se cerraba sobre su cuerpo impidiéndole pasar. Eran Aquasmares y los magos de agua, que seguían imbuyendo la capa de magia.

El dragón intentó escapar y trozos de hielo saltaron al moverse de forma salvaje y brutal, pero no consiguió liberarse del todo. El hielo se adhería a su cuerpo y actuaba por su cuenta, congelando cuanto tocaba, en este caso las escamas y el cuerpo del dragón. No era suficiente para congelarlo por completo, pero sí para adherirse e impedir que se liberara como buscaba.

En ese momento, las dos columnas de gases letales que ascendían de los pozos alcanzaron a la bestia. Se habían elevado desde el suelo y llegaron al dragón y la capa de hielo. Ambos comenzaron a sentir los efectos malignos de las magias.

El dragón rugió e intentó liberarse volviendo a emplear toda su fuerza bruta. Gases horripilantes entraron en el cuerpo de la criatura por las heridas abiertas por las flechas. Al contacto con la carne y sangre del dragón comenzaron a infectarla y corromperla.

En el centro Lasgol tiró contra el dragón blanco y le alcanzó de nuevo en la garganta haciendo uso de su Tiro Poderoso. El dragón pareció atragantarse y no pudo usar su aliento elemental. Descendió y quiso arrancar de cuajo la cabeza a Dameros, que intentaba generar más esferas doradas, y Magures, que lo protegía con su magia.

Lasgol pensó que los iba a destrozar.

—¡Cuidado! —gritó.

La zarpa terrible del dragón realizó un movimiento descendente hacia ellos con tremenda fuerza y envió por los aires a los soldados que estaban frente a los magos, protegiéndolos. Salieron despedidos y despedazados como monigotes de trapo grotescos. La zarpa siguió su recorrido hacia los magos. Su fin parecía irreversible, pero la garra no llegó y golpeó algo antes, algo sólido y no visible.

El dragón rugió de rabia y miró la garra. No entendía cómo no había llegado a golpearles. Lo volvió a intentar desde otro ángulo con todas sus fuerzas. De nuevo los soldados que protegían a los magos y se interponían entre el dragón y ellos salieron por los aires, unos descuartizados y otros muertos del impacto, pero la garra no alcanzaba a los magos.

Lasgol, que observaba atónito lo que sucedía, oyó murmurar a su espalda y se giró. Descubrió a Marindar, la maga se había unido al combate. Entonces Lasgol entendió lo que pasaba. Ella había creado un campo de fuerza.

Lasgol entrecerró los ojos e intentó captarlo. Había creado un cubo translúcido del grosor de una pared de castillo.

El dragón se había llevado parte por delante del terrible zarpazo.

—Hay que hacerlo retroceder —dijo Marindar a Lasgol—. No podré aguantar mucho. Golpea con una fuerza demencial.

Lasgol temió por las vidas de Magures y Dameros. Los dos estaban exhaustos. Al momento Dameros cayó de rodillas, ya no podía más. Magures cayó también y se quedó tendido en el suelo con los ojos cerrados.

La situación era ahora desesperada. Los dos magos estaban indefensos y el dragón blanco lo veía.

Capítulo 32

—¡Arqueros, conmigo! —llamó Lasgol a los que seguían con vida y se reagrupaban. Celopus tradujo con tanto ímpetu como él gritaba —. ¡Usad la última esfera de magia dorada!

Dameros había conseguido crear una esfera antes de caer inconsciente y los arqueros se apresuraron a untar las puntas de sus flechas en ella.

Lasgol tiró encadenando Tiro Múltiple y Tiro Certero. Se produjeron los tres destellos verdes y luego el dorado y las flechas salieron raudas clavándose con fuerza en la garganta del dragón. Por el cuello le caía sangre de forma ostensible.

—¡Tirad contra la garganta! —dijo a los arqueros que defendían a los magos.

Un momento más tarde disparaban contra el dragón que, rodeado de soldados de infantería de Orecor, intentaba matarlos a todos a zarpazos. Los valientes soldados lo que pretendían era distraer al dragón para que no matara a los arqueros.

La bestia abrió la boca para usar su aliento elemental sobre la infantería, pero nada surgió de ella. Lasgol se dio cuenta esperanzado de que ya no podía usar ese ataque debido a las heridas sufridas en la garganta.

—¡Tirad contra la garganta, donde sangra! —insistió a los arqueros viendo que tenían una oportunidad.

El dragón mató a un par de grupos de soldados y arqueros a golpe de garra y cola cuando las flechas, más de un centenar de ellas con punta dorada, se clavaron en su garganta. La cabeza de la bestia se fue hacia abajo y se quedó mirando al suelo, a los cadáveres de los soldados y arqueros que había matado y lo rodeaban. Abrió la boca intentando respirar y soltó varias arcadas de sangre. Estaba malherido.

—¡Acabad con la bestia! ¡Ahora! —gritó Lasgol a los arqueros—. Todos a una conmigo. ¡Cuando abra la boca tiraremos a sus fauces!

Los arqueros untaron las puntas de las flechas en la esfera y levantando los arcos apuntaron.

—¡A mí señal! ¡Aguardad! —ordenó Lasgol.

El dragón movió la cabeza hacia arriba, luego hacia abajo y finalmente abrió la boca como para respirar.

—¡Ahora! ¡Soltad! —dio la orden.

Un centenar de flechas de punta dorada entraron en la boca del dragón destrozando la garganta de la bestia. Intentó rugir, pero solo escupió sangre. Un momento después cayó sobre sus cuatro patas como si un edificio se derrumbara.

Parecía muerto, pero Lasgol no se confió. Corrió hasta llegar frente a la boca del monstruo, que estaba abierta en una mueca grotesca. Salía sangre de ella a borbotones.

—No voy a fiarme —masculló entre dientes.

Invocó Tiro Múltiple y Tiro Poderoso enviando mucha energía a su arco dorado, se agachó y apuntó en dirección ascendente. Un instante después tres flechas entraban por la boca hasta el cerebro. El dragón tuvo un último espasmo y murió.

Lasgol se retiró un par de pasos y vio cómo los soldados de infantería de Orecor remataban al dragón clavando sus lanzas en ojos y boca una y otra vez, miles de veces, mostrando todo su odio, sufrimiento y frustración.

Por otra parte, el dragón rojo enviaba su aliento de llamas sobre el hielo para intentar liberarse. Los arqueros continuaban tirando sobre el torso de la bestia, que tenía multitud de heridas. Intentaban agrandarlas, hacer que sangrase más, y poco a poco lo estaban logrando. Nilsa y Gerd tiraban con flechas de aire y fuego con el mismo fin. Se habían dado cuenta de que, al usar flechas con punta dorada, el dragón había sufrido heridas porque habían perforado las escamas.

—No dejes de tirar, hay que hacerlo sangrar —dijo Nilsa a Gerd.

—Tiraré hasta quedarme sin flechas y luego cogeré las de un arquero muerto y seguiré tirando. Esa mala bestia tiene que morir. No voy a dejar que mate a todos estos buenos soldados.

Los gases del pozo de maldiciones y el de sangre corrupta seguían ascendiendo e infectando la sangre y carne expuesta en las heridas. Toda la zona del abdomen del dragón comenzó a teñirse de un color verde negruzco de muy mal aspecto. Cuanto más sangraba, y ahora sangraba de lo lindo, peor aspecto tomaba la zona herida.

Desesperado por la situación en la que estaba, el dragón consiguió liberarse usando su aliento de fuego. En lugar de descender sobre ellos, saltó hacia arriba para alejarse de los gases malignos. Consiguió ponerse de pie sobre la capa de hielo en una zona donde no había agujeros y sacudió las alas dispuesto a seguir atacando mientras por el agujero donde había estado atascado subían las dos columnas de gases tóxicos que se dirigían a los cielos y parecían poder infectar las propias nubes.

El dragón rugió y fue a echar a volar cuando algo extraño sucedió. Se desequilibró, como si estuviera mareado, y se fue de lado. Cayó sobre la capa de hielo y comenzó a sacudirse con violencia. Un momento más tarde todo su cuerpo se volvió de un color putrefacto. Vomitó una sustancia negruzca y un minuto después murió entre sacudidas con la sangre y la carne infectadas.

Nilsa y Gerd observaban impresionados.

—Lo han matado… —Nilsa apenas podía creerlo.

—Esa magia del profundo desierto es verdaderamente temible —comentó Gerd.

Los dos hechiceros noceanos curvaron sus labios en siniestras sonrisas. Sus negros ojos brillaban de satisfacción, habían conseguido infectar y corromper la carne y sangre de un dragón hasta matarlo. No era poca cosa la hazaña que habían logrado.

—Ahora ya sabemos que pueden enfermar y morir —observó Nilsa.

—Solo hace falta herirlos para que la infección penetre —comentó Gerd.

—Los venenos me vienen a la cabeza.

—Sí, pero tienen que ser tan poderosos como esos conjuros, dudo de que los haya —dijo Gerd mirando cómo los dos hechiceros se acercaban a sus nefastas creaciones en el suelo.

El dragón marrón lanzó su aliento sobre los arqueros, que se apartaron como pudieron. Un grupo considerable no lo consiguió.

—¡Voy a por él! —exclamó Viggo, que salió corriendo con la rapidez del relámpago.

—¡Quieto! —gritó Ingrid, pero era demasiado tarde.

Viggo corría hacia el dragón cuando vio que bajo sus pies comenzaban a aparecer plantas de un verde muy intenso. No le dio importancia y siguió su camino. Las plantas comenzaron a crecer en tamaño de forma muy rápida, eran como enormes enredaderas, solo que tenían cabeza de girasol. A Viggo le pareció de lo más singular, pero tenía otra tarea en mente: matar al dragón. Llegó a la cola y saltó sobre ella. Comenzó a subir con intención de llegar a la cabeza del enorme monstruo.

La bestia rugió. Viggo pensó que era por él, pero no. Rugía porque las plantas, infinidad de ellas, se enroscaban por sus patas y le subían hasta el cuello. No solo eso, sino que apresaban al dragón, como intentando evitar que escapara. La gran bestia se echó hacia atrás rugiendo y sacudiendo las alas. Las plantas seguían creciendo y enroscándose dotadas de vida propia. El dragón pronto se dio cuenta de que había demasiadas para poder liberarse de todas.

Viggo de pronto notó que las piernas no le respondían bien y maldijo para sus adentros. Sabía que era debido a la congelación que había sufrido, aunque nunca reconocería que no estaba del todo bien. Lo malo era que le fallaban las extremidades en los peores momentos, quizá por estar haciendo un esfuerzo mayor. Perdió el equilibrio y se fue de espaldas. Cayó al suelo y se quedó tendido. Sus dos piernas estaban como dos rocas: insensibles e inservibles.

El druida le dijo algo a Ingrid. No hizo falta traductor, se estaba refiriendo a Viggo. Le decía que mejor salir de allí.

En las cabezas de las plantas aparecieron dentaduras y comenzaron a morder al dragón en los ojos y el interior de la boca. El druida las dirigía y les indicaba dónde atacar. Morder las escamas era inútil, pero atacar ojos y boca no.

—¡Sal de ahí! —gritó Ingrid a Viggo mientras tiraba contra los ojos del dragón.

Entre los rugidos del dragón, que estaba furioso intentando arrancar todas las enredaderas del suelo, Viggo no pareció escucharla.

Ingrid silbó la señal de retirada.

Viggo, ya de pie, se volvió hacia ella. No quería retirase, sino sacarle los ojos al dragón.

De pronto una de las plantas le atacó. Su cabeza mostró una larga dentadura afilada y de un mordisco intentó comerle el brazo.

Viggo reaccionó con rapidez y salvó su extremidad.

—¡Malditas plantas asesinas! ¡Que soy de los buenos!

—¡Sal de ahí ahora mismo! —gritó Ingrid.

Viggo vio que otras dos plantas se le acercaban. Miró al dragón, que tenía infinidad de ellas alrededor del cuerpo. Le subían por las patas y la cola enroscándose en ellas según iban creciendo como una plaga imparable.

—Mejor dejar que estas plantas carnívoras asesinas se encarguen —se dijo a sí mismo y echó a correr en el momento en que dos plantas le lanzaban dentelladas dirigidas a su cabeza. Casi le muerden, pues sus piernas no terminaban de funcionar bien y sentía como si llevara dos bloques de roca bajo cada rodilla.

Por fortuna consiguió esquivarlas y regresar con Ingrid.

—Bonitas flores. ¡Todo un encanto! —le dijo al druida.

Este no pareció escuchar a Viggo y continuó conjurando. Levantó el báculo verdoso sobre la cabeza y lo movió mientras usaba su

poder mágico.

—No creo que el druida te entienda, es de Irinel. No hablará norghano —dijo Ingrid.

—Bueno, le haré gestos entonces —Viggo se puso frente al druida y señaló las plantas que estaba creando. Luego asintió varias veces mostrando una sonrisa. Tras un momento le hizo señas para que creara más. Las gesticulaciones eran claras, no había duda.

—Creo que ni te ve —dijo Ingrid a Viggo.

—Oh, me ha visto, eso seguro.

—Deja de hacer tonterías y tira contra el dragón —dijo Ingrid, que ya soltaba otra flecha.

El dragón luchaba contra las innumerables plantas y recibía las flechas de Ingrid, Viggo y los arqueros que lo rodeaban. Era un espectáculo increíble: un dragón enorme completamente rodeado por enredaderas asesinas que lo apresaban y atacaban. El dragón tenía múltiples mordidas, sobre todo en la boca, de la que sangraba.

Pero la gran bestia no iba a dejarse vencer por aquellas plantas. Le habían sorprendido y estaba teniendo muchos problemas, pero él era un dragón, la criatura más fuerte y poderosa en todos los mundos conocidos. Entre tremendos rugidos de rabia y ejerciendo una fuerza descomunal con las alas, cola y patas, comenzó a partir y arrancar las enredaderas. Consiguió liberar las dos patas delanteras y con ellas sus garras. Con una despejó su cara y con la otra rompía las plantas que surgían del suelo.

—El lagartijo se va a liberar —se dio cuenta Viggo.

Ingrid miró al druida, que seguía conjurando, enviando toda su magia hacia las plantas que había creado, pero ya no surgían más del suelo.

—Se está quedando sin energía —dijo Ingrid a Viggo.

—Entonces tendremos que encargarnos nosotros —respondió y sacudió sus dos piernas. Las sintió normales otra vez. El episodio de lo que fuera que le hubiera pasado había terminado. Ya podía luchar.

Echó a correr hacia el dragón.

Ingrid corrió hacia el grupo de arqueros más cercano e intentó organizarlos señalando sus ojos y boca, y luego al dragón. Los arqueros no necesitaron más instrucciones, sabían lo que debían hacer. Ingrid se lamentó de no tener más esferas de las que coger energía dorada, tendrían que arreglárselas sin ellas. Por suerte los arqueros se habían reagrupado rápido y bien. Y no solo eso, se les habían unido dos grupos más de Orecor. Esto le dio esperanzas.

—¡Tirad todos a ojos y boca! —gritó Ingrid, aunque sabía que no la entendían ni los de York ni los de Orecor.

Decidió que una demostración valía más que las palabras. Apuntó y tiró con una flecha de fuego. La distancia era de menos de cien pasos. Incluso después de haber pasado tanto tiempo prisionera sin coger un arco, a esa distancia no podía fallar.

No lo hizo. Alcanzó al dragón en el ojo derecho y la explosión de fuego se lo quemó. Sin perder un instante tiró de nuevo, esta vez contra la boca, que tenía abierta y rugía de rabia y frustración. Una nueva explosión de fuego le quemó el interior de la misma.

Los arqueros de York tiraron todos a una. Mas de un centenar de flechas entraron en la boca del dragón siguiendo la flecha de Ingrid. Un momento más tarde otro centenar de flechas alcanzaba el ojo derecho del dragón. Los de Orecor eran muy buenos soldados y aquellos arqueros lo demostraban.

El dragón terminó de liberarse y destruir todas las plantas que lo martirizaban. Ingrid vio cómo el druida dejaba de conjurar y caía al suelo de rodillas. Estaba exhausto, no podría ayudarles más. Tendrían que encargarse ellos.

Viggo llegó hasta la cola del dragón y de un ágil salto comenzó a subir por su espalda mientras la bestia intentaba atacar a los arqueros con su aliento elemental. Abrió la boca para atacar y se encontró con doscientas flechas que le entraron hasta las fauces, además de la de Ingrid, que explotó con fuego. Del dolor, el dragón no pudo realizar su ataque. Ingrid se dio cuenta de que la bestia había perdido la visión de un ojo y estaba muy malherido en la boca. Sangraba mucho y le caía como una cascada desde los dientes.

Viggo ya había llegado a la cabeza y el monstruo ni se había percatado, pues los arqueros lo tenían muy ocupado. Tiraron dos veces más cuando el dragón intentó atacar a mordiscos y zarpazos y se retiraron con rapidez y orden fuera de su alcance.

En ese momento Viggo se descolgó hasta el ojo del que todavía veía y lo acuchilló una docena de veces con una rapidez y potencia tremendas. El dragón quiso rugir de dolor, pero ni siquiera pudo. Se ahogaba en su propia sangre de todas las heridas de la boca.

—¡Sal de ahí! —gritó Ingrid a Viggo y tiró con una flecha de fuego.

Viggo vio la garra del dragón, que iba a destrozarlo, y se refugió en la parte posterior de su cabeza, donde no le alcanzara.

La flecha de Ingrid hizo blanco y terminó de cegar al dragón, que intentaba alcanzar a Viggo sin éxito. El Asesino se movía por la nuca de la criatura como una pequeña araña de mordisco letal.

El dragón decidió que ya había tenido bastante e intentó huir. Sacudió las alas con fuerza y echó a volar. Por desgracia, no podía ver a dónde se dirigía y chocó contra la capa de hielo defensiva.

—¡Viggo, salta! —gritó Ingrid.

Los arqueros corrieron detrás del dragón, dándole persecución. Ingrid se unió a ellos temiendo que, al estrellarse la bestia alada, Viggo muriera por el impacto o aplastado por el peso del monstruo.

Ingrid corría hacia el dragón, que volvió a intentar escapar volando con el mismo resultado. Golpeó la capa de hielo sobre sus cabezas y se estrelló sobre unos edificios, pero esta vez no volvió a levantarse. Ingrid corrió con todas sus fuerzas seguida de varios centenares de arqueros.

Llegaron hasta el dragón y lo encontraron ciego y malherido. Ingrid buscó a Viggo, pero no lo localizó. El dragón levantó la cabeza y abrió la boca para rugir.

Ingrid tiró casi por instinto. A su flecha siguieron otro medio centenar. El dragón no terminó de abrir la boca, la cabeza se le fue a un lado y golpeó el suelo.

—¡Lagartijo volador muerto! —exclamó Viggo, que apareció de entre los escombros para subirse de nuevo al dragón.

Ingrid no podía creerlo.

Viggo se subió a la cabeza del dragón y levantó los brazos mostrando sus cuchillos manchados de la sangre de la gran bestia.

Los arqueros comenzaron a cantar vítores.

—¡Victoria! ¡Dragón muerto! —exclamó Viggo y con sus gritos los vítores se intensificaron.

—No puedo creerlo… —murmuró Ingrid, que en realidad sí podía creerlo, porque con Viggo cualquier cosa era posible.

—¡Muerte a los dragones! —exclamó Viggo y cientos de arqueros se le unieron en la celebración con gritos de victoria y alegría.

Capítulo 33

Lasgol observó la escena. Habían conseguido matar a los tres dragones, pero no sin bajas. Muchos soldados habían perecido en la batalla, habían dado su vida por defender la ciudad. Eran unos valientes. Enfrentarse así a dragones tenía un mérito tremendo que Lasgol veía y apreciaba.

—¿Estás bien? —preguntó a Celopus.

El viejo intérprete limpió el polvo de su túnica.

—Estoy bien, gracias. Apenas es un rasguño —sonrió, pero no pudo ocultar un gesto de dolor.

Los supervivientes se agrupaban y ayudaban a los heridos mientras los oficiales gritaban órdenes que eran obedecidas de inmediato. Se llevaban a los heridos a un edificio cercano y a los que no lo estaban tanto y parecía que iban a sobrevivir, a otro algo más lejano. El ejército intentaba recuperar el orden después del tremendo ataque sufrido y de las numerosas bajas.

Los magos habían sobrevivido todos, lo que eran muy buenas noticias. Sin magos no había defensa que pudieran presentar contra aquellas bestias destructoras, portadoras de muerte y sufrimiento.

Lasgol se acercó despacio hasta Magures y Dameros, que estaban inconscientes. Aquasmares y Ahize los cuidaban, aunque ellos también parecía que iban a perder el sentido del agotamiento en cualquier momento.

—Muy buena defensa —congratuló Lasgol. Celopus tradujo de inmediato.

—Gracias, llevamos tiempo perfeccionándola —dijo Ahize

—Aún quedan mejoras por aplicar, esperemos poder hacerlas —deseó Aquasmares.

—Tres dragones muertos, es todo un logro —afirmó Marindar, que llegó hasta ellos.

—Esta vez sí. Gracias también a nuestros invitados norghanos —dijo una voz y Lasgol se giró.

Urrejaun llegaba con su escolta de soldados con sus armaduras de oro.

—El mérito es de los magos y soldados de la ciudad —afirmó Lasgol.

—Sin duda, pero vuestra aportación ha sido decisiva. Por lo general los dragones suelen retirarse al quedar heridos, pero esta vez no lo han logrado. Estos no volverán a atormentarnos. Eso me complace muchísimo. Tres dragones menos que tendremos que soportar. Cuatro contando el que matasteis a vuestra llegada. Un desenlace que no esperaba y aprecio. Me parece que el general de los dragones del ejército negro se lo va a pensar antes de enviar más a esta ciudad —afirmó Urrejaun con tono de satisfacción.

—Es probable, sí. Ha perdido muchos en el último año en el este —dijo Ahize—, pero dudo de que deje de castigarnos. Quizá lo haga ahora que está centrado en conquistar Yatro, la última ciudad estado de la costa este que no ha caído todavía.

—Retirad a mis buenos magos para que puedan descansar —ordenó Urrejaun.

Un oficial llamó a voces a los camilleros. Un momento más tarde se llevaron a todos los magos para atenderlos y que descansaran.

Lasgol y sus compañeros se quedaron con el líder de la ciudad mientras daba órdenes a sus capitanes para que reorganizaran el ejército y se encargaran de los heridos. Según se iba despejando toda la zona afectada por los ataques, más y más heridos aparecían. Era terrible el grado de destrucción y sufrimiento que los dragones podían crear en un abrir y cerrar de ojos. Al menos no estaban muertos y muchos de aquellos soldados, sobre todo arqueros, se salvarían.

—Tres lagartijos menos —dijo Viggo y señaló hacia su cinturón con una gran sonrisa.

Gerd enarcó una ceja.

—¿Tres?

—Tranquilo, solo me he dado crédito por uno.

—Ah, menos mal. Eso ya me deja más tranquilo —el grandullón puso lo ojos en blanco.

—Habéis realizado una labor excelente y seréis recompensados —prometió Urrejaun.

—Un buen cofre de oro me vendría muy bien —pidió Viggo con descaro.

—Lo tendréis —le aseguró Urrejaun.

—Me refiero a uno grande y profundo para mí. Estos que compartan otro.

Urrejaun puso cara de que el comentario le había divertido.

—Vuestro compañero tiene un carácter especial.

—Eso seguro —afirmó Ingrid.

—Bastante más que especial… —añadió Nilsa.

Urrejaun torció la cabeza y miró a Viggo y luego al grupo.

—Dos cofres profundos de oro sean —dijo.

Viggo hizo un gesto de victoria. Ingrid le lanzó una mirada de enfado y no siguió con la celebración.

—Ahora os dejo, hay mucho que hacer. Gracias, en nombre de York.

—No hay por qué darlas. Nosotros siempre lucharemos contra los dragones, donde sea —aseguró Ingrid.

Urrejaun inclinó ligeramente la cabeza y marchó con su escolta.

—Bueno, al menos hemos rechazado el ataque —se alegró Nilsa.

—Ha habido demasiados muertos y heridos —se lamentó Gerd, que era lo mismo que estaba pensando Lasgol.

En ese momento una figura apareció surgiendo del laboratorio. Era Sirepetus, el mago de espíritus.

—Mirad quién aparece… —comentó Viggo—. ¿Ese no es un mago?

—Lo es —confirmó Lasgol.

—¿Entonces por qué no ha luchado? —preguntó Ingrid frunciendo la frente.

Lasgol se encogió de hombros.

—Un poco tarde, ¿no? —le echó en cara Ingrid al mago.

Sirepetus no pareció alterarse. Observó lo que sucedía y no dijo nada.

—Ese no me da buenas sensaciones —opinó Viggo.

—Tiene mal aspecto, sí, y ese rostro desfigurado en su pecho no me gusta nada —comentó Nilsa y puso cara de disgusto.

—Pues el que lleva tatuado en la parte de atrás de la cabeza es casi peor —opinó Gerd.

Lasgol miró al mago.

—¿Por qué no has ayudado? —preguntó con tono acusador.

Sirepetus lo miró con expresión tranquila.

—No estoy aquí para luchar por esta ciudad.

—Pero han atacado los dragones, podrías haber ayudado —replicó Ingrid molesta con él.

—Podría, sí, pero no es mi cometido aquí.

—Para mí que es un cobardica —expresó Viggo con desdén.

—Te aseguro que no lo soy. Me han enviado aquí con un fin y no es el de defender esta ciudad. Para eso estaba muy bien en Yatro, que es donde debería estar, defendiendo a los míos.

Lasgol vio que no tenía sentido discutir con él.

—Entonces espero que cumplas con lo que te han enviado a hacer.

—Eso intentaré —dijo el mago de espíritus y tranquilamente volvió a desaparecer en el edificio que daba al laboratorio subterráneo.

Los siguientes días se suspendieron todas las actividades, incluidas las de investigación, ya que los magos estaban exhaustos

tras la batalla y necesitaban descansar y reponer su energía física y mágica. La ciudad se recuperaba del ataque y todos trabajaban en la reparación y reconstrucción de las zonas dañadas. Los soldados hacían guardia mientras los trabajadores retomaban el transporte de todo tipo de mercancías. Muchas de las cajas que transportaban eran de flechas, miles de ellas. Ser una ciudad tan rica tenía sus ventajas y en nada estarían repuestos del último ataque.

Al cuarto día los magos regresaron a sus investigaciones. Lasgol estaba aguardando el momento, no tanto por lo que pudieran avanzar Dameros, Aquasmares y los demás, sino por lo que podía aportar, si algo, Sirepetus. No tenía muchas esperanzas, y menos aun después de ver que no estaba por la labor de ayudar a la ciudad, pero era una posibilidad y no había que descartarla.

Dameros y Aquasmares también parecían interesados en ver qué podía hacer el mago de espíritus. Magures acompañó a Sirepetus al laboratorio.

—Ha llegado el momento de ver si tu magia puede ayudarnos —dijo el líder de los magos.

—Con mucho gusto lo intentaré —dijo Sirepetus casi en un murmullo.

Celopus, como era habitual, realizaba las funciones de traducción.

—Crearé la esfera de energía dorada. Trata de contenerla con tu magia —indicó Dameros. Un momento más tarde la tenía creada sobre la palma de su mano.

Los otros magos se acercaron a ver, incluso los hechiceros noceanos.

Sirepetus se concentró y puso las manos juntas frente al torso, como había hecho cuando había invocado al espíritu que atacó a la planta carnívora. Por un momento nada sucedió y todos aguardaron.

De súbito, una energía grisácea surgió del torso del mago, que separó las manos y la contuvo entre ellas. Era una energía viva, similar a la dorada de Dameros, solo que de tonalidad gris. Sirepetus

abrió los ojos y, con sumo cuidado, acercó sus manos y la energía hasta situarlas sobre la esfera de Dameros.

Llegaba el momento de la verdad y todos lo sabían. Ahora se vería si su energía podría o no contener la del mago dorado. Sirepetus bajó las manos hasta que la esfera de Dameros quedó entre ellas, en medio de su energía grisácea. Luego las movió en forma circular y su energía rodeó la esfera. Un instante más tarde las dos energías, de espíritu y dorada, interactuaban.

Lasgol observaba muy animado, parecía que la cosa iba bien, al menos mejor que con su magia. La energía del mago de espíritus contuvo la esfera, rodeándola por completo. No parecía dañarla.

—El contenedor —pidió Dameros y Aquasmares trajo el orbe dividido por la mitad. Rápidamente encapsularon la esfera de Dameros con la energía de Sirepetus alrededor.

—Muy bien, primer paso logrado —comentó Magures esperanzado.

—Ahora toca esperar y medir —dijo Dameros, que ya sacaba un instrumento de medición.

Aguardaron un buen rato. Lasgol se sentía optimista, la energía de espíritu parecía estar funcionando.

El experimento terminó por fin y era momento de las conclusiones.

—Ha durado más que ninguna otra energía, pero al final, por desgracia, no ha servido —fue la conclusión de Dameros.

Los hechiceros noceanos sonrieron y, realizando un gesto de que no les extrañaba, regresaron a sus zonas de trabajo.

Lasgol estaba muy desilusionado. Allí acababan sus esperanzas de lograr algo positivo con la magia dorada de Dameros. No podrían regresar por los portales, lo que suponía un largo viaje por tierra hasta Norghana para recuperar las armas doradas, y luego uno aún más largo hasta Erenal.

—Gracias por la colaboración —agradeció Magures a Sirepetus.

—Sí, gracias por venir e intentarlo —dijo Aquasmares.

—Es una lástima no haberlo conseguido —se lamentó Dameros.

—Todos pensamos en su día que nuestra magia sería la que funcionase, pero no ha sido así —expresó Marindar con una mueca de decepción.

—No somos tan poderosos como creemos —dijo Zugaiz.

Ambos comenzaron a volverse para regresar a sus secciones de trabajo cuando Sirepetus se pronunció.

—El problema no es el poder de vuestras magias… —comentó en un susurro que apenas se oyó. Por fortuna, Celopus estaba atento a cada palabra y lo tradujo alto para que todos lo oyeran.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Magures.

—El problema está en el estado de la magia que queréis contener.

Dameros y Aquasmares se miraron sin comprender muy bien.

—Continúa, elabora ese pensamiento, por favor —Magures le dio pie a que se explicara mejor.

Sirepetus suspiró.

—La magia dorada es demasiado volátil y fácil de contaminar… Demasiado.

—Lo sabemos, no es como otras energías que se pueden almacenar en orbes —dijo Magures.

—Se debe a su estado.

—¿Su estado? Es energía pura, está en su estado natural —Dameros no entendía a qué se refería.

—Y ahí radica el problema —replicó Sirepetus—. Debes cambiar su estado antes de contenerla a uno más robusto y duradero.

—¿Cómo voy a cambiar su estado? —Dameros frunció la frente.

—Si se intenta manipularla se deteriora y disipa —dijo Aquasmares.

—Necesitáis el Condensador de Almas.

Todos se miraron los unos a los otros, perplejos.

—¿Alguien sabe qué es eso? —preguntó Magures.

Los magos negaron con la cabeza y se quedaron mirando a Sirepetus, a la espera de una explicación.

—La Hermandad de los Espíritus utiliza el Condensador de Almas para convertir en néctar nuestra energía.

—¿Néctar? ¿Por qué? ¿Para qué? —preguntó Magures con gesto de incomprensión.

El mago de espíritus suspiró y metió una mano en uno de los bolsillos de su túnica gris. Obtuvo un objeto y se lo mostró. Era un vial cristalino cilíndrico pequeño. En su interior había un líquido grisáceo.

—Este néctar —les mostró el vial a todos.

—¿Qué tiene de especial ese néctar? —quiso saber Dameros.

Sirepetus le quitó el tapón al contenedor.

—Puede consumirse —dijo y se lo llevó a los labios.

Lo tomó. Un instante después su cuerpo comenzó a emitir un destello grisáceo.

—Y restituye el poder —explicó.

Abrió la palma de su mano y de ella surgió un espíritu con rostro atormentado. Se quedó frente a Sirepetus esperando sus órdenes.

—Consumir energía de orbes es algo que ya conocemos —dijo Aquasmares.

—Sí, pero en vuestro caso es vuestra propia energía la que guardáis para luego consumirla. Esta energía que he consumido no es mía, es la de otros magos de la Hermandad. Y ha sido transformada y conservada para poder ser tomada.

La explicación provocó murmullos y exclamaciones entre los presentes. Algunos de negación y otros de sorpresa.

—Eso es muy interesante —dijo Magures.

—¿Entonces en ese vial hay energía de otros magos de espíritu? —preguntó Dameros, que miraba al espíritu con interés.

—Así es. Creo que esta es la forma en la que podéis conseguir guardar vuestra preciada energía dorada.

—¿Usando ese Condensador de Almas? ¿Funcionaría? —preguntó Lasgol.

—No lo puedo asegurar, pero es lo único que se me ocurre después de ver y entender la problemática a la que os enfrentáis —dijo Sirepetus.

—¿Cómo podemos obtener esa herramienta? ¿Pidiéndosela a la Hermandad? —preguntó Magures.

Sirepetus suspiró.

—Eso no va a resultar sencillo. Es una herramienta muy valiosa que no suele prestarse a extranjeros.

—Pero sin duda en este caso, siendo la situación que es, pudiendo usar este avance contra los dragones… —dijo Aquasmares.

—Deberían entenderlo y ayudar —terminó la frase Marindar.

—Sin duda lo entenderán —afirmó Dameros—. Lo que podríamos lograr es excelente para todos.

Sirepetus calló, lo cual no era buena señal.

—Me temo que convencer a la Hermandad será difícil, incluso ante estos posibles beneficios.

Lasgol se quedó contrariado. Tenían una oportunidad, estaban tan cerca… pero no conseguían lograrlo. La Hermandad era un nuevo escollo que tendrían que solventar. No pensaba rendirse ahora que estaban tan cerca de lograrlo.

Capítulo 34

Nahia, el Escuadrón Rojo (recuperado, aunque dolorido) y un par de miles de soldados Felidae y Tumaini se apresuraron hacia la perla por el exterior de las Montañas de Sangre. Iba contenta con lo que había sucedido, pero también preocupada porque Eki no había querido ni hablar con ella.

Tendría que lidiar con ello más tarde. Eki se había quedado atrás y ellos tenían que ir a la perla, donde se encontraba el dragón marrón. Esta vez no había estrategias que pensar, debían entrar en combate directo y acabar con él.

Les llevó un buen rato llegar y Nahia pensó que quizás no sería necesario luchar, ya que el dragón se habría ido.

Cuando estaban llegando a la Perla vieron a Vig-Des-Marroi y un portal abierto sobre ella.

Frente al portal estaba el dragón marrón.

Avanzaron hacia él.

—¿Por qué ha abierto un portal? —se extrañó Logar.

—Para huir, seguro —dijo Lily.

—¿Entonces por qué está ahí? ¿Por qué no se va? —preguntó Brendan.

—Nos ha visto y no se mueve. Eso no es bueno —dedujo Ivo.

Nahia miró a Taika y éste le puso cara de preocupación. Aquello no era normal.

—Pues si no se ha ido, lo va a pagar —sentenció Dafne.

Se detuvieron frente al dragón, a 200 pasos, en su rango de alcance, pero preparados para dar un paso atrás si era necesario. Nahia estaba pensando que la situación era extraña.

—Voy a hablar con él —dijo a sus compañeros.

—Dile que se rinda y quizás le perdonemos la vida —sugirió Dafne.

—Suelo hacerlo, pero nunca me escuchan —se encogió de hombros Nahia.

Avanzó para a hablar con Vig-Des-Marroi.

«¿Qué le ha sucedido al Capitán?».

—Lo que les sucede a los dragones que se enfrentan a nosotros.

«¿Ha muerto? ¡No puede ser!».

—Así es, y si no quieres morir tú también te recomiendo que te rindas ahora o te vayas —dijo señalando al portal.

El dragón miró hacia el portal un momento.

«Este portal no lo he abierto yo para huir».

—¿No? ¿Entonces para qué?

«Lo han abierto para venir».

Esa respuesta no le gustó lo más mínimo. ¿Quién vendría?

De pronto, del portal salió un dragón.

Nahia lo observó con ojos muy abiertos. No era otro que Irakas-Gorri-Gaizt, el poderosísimo líder del Escuadrón Rojo. Rugió anunciando su llegada y se situó junto al dragón marrón.

—Maldición, es nuestro líder —se dio cuenta Dafne.

—Oh, no… —se lamentó Lily.

—Ahora pagaremos con nuestras vidas —afirmó Aiden.

—Llega en el peor momento —Ivo negaba con la cabeza.

—Esto iba a pasar tarde o temprano —comentó Brendan con pesimismo en el tono.

—Mejor tarde —opinó Beck.

—Ya está aquí, no hay nada que podamos hacer más que afrontarlo —se resignó Logar.

—Puffff… —fue cuanto pudo decir Lara.

Todo el escuadrón se puso muy tenso y preocupado.

«¿Qué sucede aquí?» preguntó Irakas-Gorri-Gaizt.

«Estos traidores y los que están con ellos han matado a varios de los nuestros» envió Vig-Des-Marroi.

«¿Te refieres a ese escuadrón?».

«Sí, son los que lideran a los rebeldes y han matado a varios dragones».

«Entiendo».

Irakas-Gorri-Gaizt les dirigió una de sus miradas letales.

«Pero nosotros dos y en terreno abierto no tienen escapatoria, los mataremos a todos» envió Vig-Des-Marroi triunfal.

«Tienen merecido morir por traicionar a sus señores dragones».

Nahia tragó saliva, aquello se iba a poner feo en un momento. Irakas-Gorri-Gaizt no sabía lo que su escuadrón había estado haciendo y ahora que lo iba a descubrir estaban todos en problemas muy graves.

«¿Seguro que ha sido este escuadrón el que nos ha traicionado?».

«Este es el escuadrón que se ha sublevado. Son responsables de la muerte de seis dragones y de que 5.000 soldados Felidae hayan desertado y se hayan unido a su rebelión».

«Me extraña que ese escuadrón haya podido hacer todo eso».

«Han tenido ayuda de otros, pero te aseguro que son los responsables de lo que está pasando aquí».

Irakas-Gorri-Gaizt miró a su escuadrón. Fijó la mirada en todos y cada uno de ellos, uno por uno, como queriendo que supieran que sabía lo que habían hecho y que sabían el castigo que les esperaba, que no era otro que el de la muerte a sus manos.

«Es lamentable que se les ofrezca la gloria de ser un escuadrón de brujos de dragón y una jinete de dragón, y lo desperdicien así».

«¡Merecen morir!».

«Eso no te lo niego. ¿Han sido ellos quienes te han herido en el ojo?».

«Sí, esos sucios y traidores rebeldes».

«¿Lo has perdido?».

«Uno, pero ahora pagarán por lo que han hecho. ¡Matémoslos a todos!».

Irakas-Gorri-Gaizt miró a su escuadrón y al grupo de varios miles de rebeldes que los seguían. Luego miró al dragón marrón.

«No es esa mi misión aquí».

«¿Cómo?».

Vig-Des-Marroi volvió la cabeza hacia Irakas-Gorri-Gaizt y lo miró sin comprender.

«Están ahí mismo, hay que matarlos, son traidores y rebeldes».

Irakas-Gorri-Gaizt, por sorpresa, le soltó un terrible zarpazo en el ojo bueno a Vig-Des-Marroi y se lo arrancó de cuajo.

«¡Noooooo! ¡Me has dejado ciego!» rugió de dolor el dragón marrón.

«Eso parece».

«¡No es posible! ¿Por qué?».

«Porque tengo otra misión urgente y no tengo tiempo que desperdiciar.

«¡Noooo! ¡No veo! ¡Estoy perdido!».

Vig-Des-Marroi intentó huir, alejarse de allí. Como no veía y no podía apoyar las garras echó a volar a ciegas.

—El desierto se encargará de él —sentenció Aibin.

Nahia y todo el Escuadrón Rojo estaban atónitos.

«Así que mi escuadrón es el causante de esta traición, una mancha irreparable en mi nombre».

Todos lo miraron sin saber qué decir. Irakas-Gorri-Gaizt era tan imponente y letal y lo que ellos habían hecho tan imperdonable que no podían articular palabra. Lo que no entendían en absoluto era lo que el gran dragón rojo acababa de hacer.

«¿Queda algún otro dragón en la zona?».

Nahia miró a sus compañeros y, como nadie decía nada, respondió ella.

—Solo mi dragón raudo.

«Entiendo… Felicidades por tu logro. En otro momento y de otra forma hubiera sido un orgullo ya que soy tú líder».

—Bueno…

«¿Ese dragón raudo tuyo sabe qué ha pasado aquí?».

—Sí, está algo más atrás.

«¿Por qué no ha intervenido?».

—Me ha dejado hacer, tenemos un trato.

«¿Trato? ¿Qué trato es ese?».

—Tenemos que salvar a alguien que le importa.

«Entiendo. ¿Supone un riesgo? ¿Tengo que matarlo?».

Nahia negó con la cabeza.

—No lo es. No hace falta que lo mates.

«Entiendes que nadie puede saber que yo he tenido que ver con vuestra rebelión, ¿verdad?».

—Lo entendemos —dijo Nahia y miró a sus compañeros.

«Me han asignado de vuelta en Drakoros. Hay mucha escasez de brujos de dragón debido a la guerra. Hay que entrenar a muchos y rápido. Vuelvo a ser líder del Escuadrón Rojo en la academia y no puedo arriesgarme a que alguien me delate. Allí me costaría la vida y la tengo en gran aprecio».

—Te aseguro que nadie va a delatarte.

«De vosotros no me preocupa, tampoco os creerían. Pero si un dragón me delata… Es otra cosa».

—No te delatará. Te lo aseguro.

«Mucha confianza tienes en un dragón».

Nahia lo pensó un momento.

—Más de la que nunca hubiera imaginado.

«De acuerdo. Vivirá» sentenció Irakas-Gorri-Gaizt.

—Gracias —Nahia aguantó un resoplido de alivio.

«Pero si interfiere en mis planes, le arrancaré la cabeza».

—No lo hará —aseguró Nahia.

«Encárgate de que así sea».

Nahia asintió.

—De mi cargo.

«En cuanto a vosotros, mi escuadrón de traidores… Notificaré en Jadrakos que habéis muerto defendiendo a los dragones de los rebeldes. Así que, desde este momento, estáis muertos para el ejército de Kraido. Podéis seguir con vuestra rebelión y hacer que os maten. Así no me tengo que ensuciar las manos yo».

—Gracias… señor… —dijo Dafne.

—Muy agradecidos, sí —se unió Lily.

«He de reconocer que no me sorprende que hayáis acabado así. De todos los escuadrones que he formado el vuestro ha sido sin duda el de más talento, y el más difícil. Vuestras ideas de rebelión me han costado varios disgustos. Me sorprende que no os haya matado yo mismo, quizás me estoy volviendo blando con el paso de las centurias. En cualquier caso, se os ha formado para ser un escuadrón de élite, no lo olvidéis y luchad siempre como uno. Yo solo formo ganadores».

—Lucharemos siempre para honrar a nuestro líder —dijo Aiden.

—Nadie derrotará a este escuadrón —aseguró Logar.

—Estamos muy bien formados y eso nos conducirá a la gloria —dijo Brendan.

«Por desgracia vuestra gloria choca de frente con el poder de los dragones. Esta revuelta vuestra en los desiertos no terminará bien».

—Eso está por ver. De momento ya hemos matado a varios dragones —afirmó Nahia.

«Un logro notable, pero no forcéis vuestra suerte, os aseguro que al final moriréis si seguís enfrentándoos a ellos».

—¿Por qué estás aquí si no has vuelto a por el escuadrón? —preguntó Nahia, que no lo entendía.

«He venido a por ti. Mi misión es llevarte de vuelta a Drakoros».

—¿A mí? ¿Por qué?

«Es parte de un plan… audaz».

—¿Plan audaz? —Nahia no sabía de qué hablaba.

«Sí, del Prisionero».

—Oh —Nahia lo entendió entonces.

«Me envía Garran-Zilar-Denbo. Está trabajando con el Prisionero en el plan. Debes regresar, es urgente».

—Entiendo… —Nahia miró a sus compañeros—. ¿Tengo tiempo para una acción más?

«Partiremos al anochecer, te doy hasta ese momento».

—Será suficiente —aseguró Nahia.

Estaba comenzando a anochecer cuando 7.000 guerreros de los Desher Tumaini y 3.000 soldados Felidae se acercaron a las murallas de la ciudad de Jafarika. Lo hacían desde el sur, en silencio, como una horda de silenciosos asesinos que buscaban acabar con un mal mayor cruzando el desierto.

Liderándolos avanzaba la Escuadra Ardiente seguida por Aibin y un grupo nutrido de guerreros que los escoltaban.

—Llega el momento de la liberación —comentó Dafne observando las murallas de la ciudad del desierto.

—Si es que los oprimidos quieren liberarse —comentó Ivo con tono filosófico.

—¿Quién no va a querer liberarse? —se extrañó Brendan.

—Los hay a los que el temor les puede —afirmó Logar.

—Yo lo que haría es irme de estos desiertos, que queman mi maravillosa piel y me llenan el cabello de arena —se quejó Lily.

—Creo que tienen problemas más graves que eso —dijo Lara.

—Mucho más graves —añadió Evelyn.

—Ya, bueno, pero el desierto es un horror, en cualquier caso.

Avanzaron hasta estar a 500 pasos de las murallas. Se detuvieron y observaron.

—¿Preparados por si hay que actuar? —preguntó Nahia a sus compañeros.

—Preparados —aseguró Dafne.

—Siempre dispuestos —dijo Logar.

—A tus órdenes —saludó Brendan.

—Espero que no haga falta. ¿Qué dicen los espías? —preguntó Nahia a Aibin.

—Los mensajes que tenemos de los prisioneros Felidae que se quedaron es que la mitad del ejército está con ellos —respondió Aibin.

—Son unos valientes. Los habrán torturado y cruelmente —dijo Taika.

Nahia recordó los interrogatorios y ahora entendía por qué se habían quedado. No era por lealtad a los dragones, sino para espiar e informar.

—Sí, son unos héroes.

—La mitad deberían ser suficientes —afirmó Taika.

—Me dirigiré a ellos. No quiero derramamiento de sangre, no de la sangre esclava.

Nahia respiró hondo y se aclaró la voz.

—¡Soy Nahia, Nacida de la Llama, líder de la rebelión y castigo de los dragones! ¡Estoy aquí con mi escuadrón, nuestras fuerzas Felidae y nuestros aliados Desher Tumaini para liberar la ciudad! —gritó con todas las fuerzas de sus pulmones.

Hubo un silencio.

—¡Vuestros opresores han muerto! Hemos matado al Capitán de la ciudad y a sus dragones. El dragón blanco, el rojo y el marrón están muertos.

De nuevo hubo un silencio fúnebre como respuesta.

—¿Crees que necesitan prueba? —preguntó Dafne.

—Yo creo que sí —ofreció Logar.

—Sí, eso los convencería seguro —afirmó Brendan.

—Se les ha informado de lo sucedido. Hemos enviado mensajes —explicó Aibin.

—Entonces se estará corriendo la noticia entre las tropas —razonó Taika.

—Sacad las cabezas —pidió Nahia.

Los soldados Felidae que las trasportaban avanzaron hasta situarse delante de Nahia y dejaron las tres cabezas en la arena para que todos en la ciudad las vieran. Los soldados se retiraron y Nahia y el escuadrón aguardaron una reacción.

Se escuchó movimiento y vieron que muchos soldados subían a las almenas, ya no cabía un alma.

—Esto debería convencerles —afirmó Dafne.

—La otra vez funcionó —dijo Lily.

—La otra vez matamos a un dragón aquí mismo, delante de todos. Eso es más convincente —dijo Ivo.

—No dispongo de más tiempo —dijo Nahia—. Voy a dirigirme a ellos.

—Adelante, inténtalo —dijo Taika.

Nahia se puso junto a las tres cabezas y las señaló.

—¡Aquí tenéis la prueba! ¡Es hora de decidir! ¡Tenéis la opción de uniros a mí, a la rebelión y luchar para ser libres, o huir! ¡El que quiera irse podrá hacerlo! ¡Decidid ya o atacaremos!

El ultimátum provocó que se escucharan voces y ruidos en la ciudad.

No tardaron mucho. Las puertas de la ciudad se abrieron y del interior salió el ejército Felidae. Formaron delante de la ciudad en dos mitades dejando un amplio pasillo para que los libertadores entraran.

—Menos mal… —resopló Nahia.

—Te cedemos el honor, libertadora —dijo Dafne.

Nahia dio la orden y se dirigieron a la ciudad. Pasaron entre los soldados, que formaron firmes. Según Nahia pasaba comenzaron a emitir vítores de alegría.

—¡Por la libertad!

—¡Viva la libertadora!

—¡Arriba la rebelión!

Nahia entró en la ciudad y se encontró con que los noceanos residentes aguardaban de rodillas y con expresiones de gran temor.

—Levantaos todos, no os va a pasar nada. Ahora sois libres.

Aibin lo tradujo y poco a poco se fueron levantando. Hicieron muchas reverencias a la libertadora, mostrando su respeto.

—Hemos liberado la ciudad, ahora es de los rebeldes —afirmó Nahia—. Cuando regrese liberaremos más ciudades. La rebelión debe avanzar.

—Así se habla —dijo Dafne.

—Te esperaremos ansiosos —sonrió Lily.

—Buena suerte —deseó Taika.

—Gracias, la voy a necesitar.

Nahia se despidió del escuadrón y marchó.

Era momento de regresar a Drakoros y liberar al Rey grypho de las mazmorras.

Capítulo 35

Nahia salió de la ciudad y tras alejarse un poco utilizó su habilidad para llamar a Eki. Sabía que no andaría muy lejos y la estaría observando. No se equivocó. Tras un momento apareció en el cielo y bajó a recogerla.

«Gracias por venir».

«Me has llamado y yo siempre acudo a la llamada de mi jinete».

«Vamos a la perla, te explicó por el camino».

«De acuerdo».

Nahia montó sobre Eki y al volar de nuevo sobre los desiertos se sintió de alguna forma libre.

«Si vamos a la perla, ¿es para usar el portal?».

«Así es. Hay un dragón rojo, Irakas-Gorri-Gaizt, mi antiguo líder de escuadrón. Me espera allí».

«Lo he visto, pero me he mantenido apartado, por si acaso».

«Bien hecho. Es un dragón muy agresivo y peligroso. Ha venido a buscarme».

«¿A buscarte? ¿Para qué?».

«La misión de rescate».

«Entiendo. Regresamos a Drakoros entonces».

«Regreso yo».

«¿Sin mí?».

«Esta misión necesito hacerla sola» pidió Nahia.

«Es el recate del Rey grypho, ¿no?» quiso asegurarse Eki, que estaba confundido por no estar incluido en el plan.

«Sí. Voy a Drakoros a ejecutar el plan».

«¿Puedo ayudar?».

«No lo sé. No conozco el plan todavía, solo sé que tengo que ir de forma urgente».

«En ese caso te iré y estaré cerca. Puede que me necesites».

«Sí, es posible. El plan será peligroso, eso seguro».

«Más razón para que esté cerca».

«Gracias, Eki. Te lo agradezco mucho».

«Si tu fracasas, yo fracaso y Aroa y Logan morirán».

Nahia asintió.

«No fallaremos».

«No podemos fallar».

Nahia sintió como si una montaña le cayera sobre los hombros. Tenía que lograr sacar de Drakoros al Rey grypho. Solo de pensarlo sufría escalofríos. Le parecía imposible. Por fortuna contaban con Egil. Esperaba que él hubiese podido idear una forma de sacarlo. En cualquier caso, Eki tenía razón. Si ellos fallaban Aroa y Logan morirían, y eso no podía pasar.

Volaron hasta la perla y Eki descendió junto a Irakas-Gorri-Gaizt, que aguardaba. Los dos dragones se miraron un momento, en sus ojos había rivalidad.

«Soy Eki-Ilargi-Ausar, dragón raudo con jinete» se presentó y bajó la cabeza mostrando respeto.

«Yo soy Irakas-Gorri-Gaizt, líder de Escuadrón Rojo en la academia de Drakoros».

«Mi jinete me ha trasladado que irá contigo a la academia».

«Así es».

«De acuerdo. Os acompañaré hasta allí y me quedaré fuera, pero cerca».

«Como gustes, es tu decisión» envió Irakas-Gorri-Gaizt dejando claro que a él no le importaba lo que fuera a hacer el dragón raudo.

Irakas-Gorri-Gaizt se volvió hacia la perla y abrió el portal.

«Iremos de aquí a la perla del Continente Renacido. Allí tomaremos el gran portal a Kraido. Saldremos en territorio del Rey rojo, en su gran perla. De allí volaremos a una perla menor y abriremos un portal a Drakoros».

«De acuerdo» convino Eki.

«No creo que nadie nos cuestione, pero si lo hacen yo me encargaré» envió Irakas-Gorri-Gaizt con tono de que nadie le impediría ir a donde quisiera.

«No veo problema» Eki optó por dejar al dragón rojo dirigir el regreso.

«Hasta que lleguemos a Drakoros irás sobre tu dragón raudo. Después de todo, eres una jinete de dragón y así deben verte» envió Irakas-Gorri-Gaizt a Nahia.

Nahia asintió.

«En marcha» envió el dragón rojo y entró en el portal.

Irakas-Gorri-Gaizt no se equivocó. En todo el trayecto de vuelta nadie osó acercarse, siquiera. Después de todo Irakas era un dragón rojo temible y conocido y a un dragón raudo con jinete nadie lo cuestionaba demasiado. Además, siendo tiempo de guerra, el ir y venir de dragones por los portales era continuo, por lo que nadie se extrañó.

Al llegar a las afueras de las murallas de Drakoros llegó el momento de separarse. Había caído la noche y a aquella altura las estrellas se veían muy cercanas. Nahia las observaba recordando la primera vez que las había visto cuando la habían llevado allí a la fuerza.

«Estaré cerca. Si me necesitas solo tienes que utilizar tu llamada. Acudiré de inmediato» dijo Eki.

«De acuerdo, así lo haré. Y gracias, de corazón» envió Nahia.

«No las merece. Tenemos que seguir juntos en esto hasta que liberemos a Aroa y Logan».

«Sí, cierto».

Nahia se quedó preocupada. Eki lo había dicho como si después de rescatarlos ya nos fuesen a seguir juntos. No lo culpaba, ella era la líder de la rebelión y él un dragón. No podían estar del mismo lado, y menos juntos. Eso no iba a funcionar.

«Antes de marchar, dragón raudo, quiero que quede bien claro que yo solo he ido a buscar a tu jinete a Drameia. Nada más» Irakas-Gorri-Gaizt lo dijo con firmeza, mirando a Eki a los ojos.

«Así lo entiendo».

«Lo que haya pasado allí nada tiene que ver conmigo. Yo soy líder de Escuadrón Rojo y leal al Sendero de los Dragones» afirmó Irakas-Gorri-Gaizt.

«No he visto ninguna acción por tu parte que no haya sido honrosa».

«Me alegro de que lo veas así porque, si no fuera el caso, tendríamos un grave problema y no es nada bueno para la salud tener un problema conmigo» amenazó.

«Así lo veo y no tendrás ningún problema conmigo» aseguró Eki, que no se achantó y envió el mensaje con tono tranquilo.

Eki saludó con la cabeza y partió. Nahia lo vio irse y sintió una punzada de dolor en el corazón.

—No era necesario amenazarlo —dijo Nahia a Irakas-Gorri-Gaizt.

«Eso lo decido yo, no tú. También si vive o muere».

«No tienes por qué hacerle nada».

«Eso ya lo veremos. Me juego la vida y no voy a permitir que nadie la ponga en riesgo».

—Si no quieres jugarte la vida, ¿por qué has venido a buscarme?

«Porque así me lo ha pedido Garran-Zilar-Denbo».

—Podía haber regresado con Eki.

«Quizás, pero es más fácil cruzar los puestos de control de los portales conmigo. Además, tu dragón raudo no puede meterte ahí dentro» envió Irakas-Gorri-Gaizt señalando la academia marcial con la cabeza.

—Ya… eso sí…

«Aclarado este punto. Vamos a entrar, una vez crucemos los muros recuerda quién soy yo en este lugar».

—Lo recuerdo muy bien.

«Si mueres por esta misión es asunto tuyo, pero a mí no me arrastrarás contigo».

—No lo haré.

«Más te vale o seré yo mismo quien te entregue y muerta, para que no puedas hablar».

Nahia entendió la situación con toda claridad. No le extrañó el proceder de Irakas-Gorri-Gaizt, se cubría la espalda. Era natural, a él la misión de rescate le daba exactamente igual.

—¿Cuál es el plan?

«Si te refieres al plan completo lo desconozco. Yo solo cumplo lo que Garran-Zilar-Denbo me ha pedido que haga, que es traerte y meterte en la academia».

—Meterme… ¿cómo? ¿Qué se supone que hago aquí? Porque no puedo aparecer así sin más. El Comandante pedirá un motivo válido para mi presencia en la academia.

«Tienes un motivo válido, se ha arreglado».

—Eso suena prometedor. ¿Qué motivo válido es ese?

«Debido a que tenemos una gran cantidad adicional de brujos de dragón en formación, se requieren de más formadores».

—Sí, ¿y?

«Eres la nueva maestra de lanza de tercer año».

—¿Yo? ¿Maestra de lanza? Eso no va a funcionar —Nahia se estaba poniendo muy nerviosa y negaba con la cabeza.

«Es parte de lo que el Prisionero llama su plan audaz. Tendrás que seguirlo, no sé más».

—Una cosa es ser audaz y otra esta locura. Yo no puedo pasar por un maestro de lanza.

«Repito que no es mi plan, ni mi problema. Mis instrucciones son traerte y hacer que pases la entrada. A partir de ahí, ya no es mi problema».

—Esto no me gusta nada —Nahia negaba con la cabeza.

Irakas-Gorri-Gaizt la guio hasta la puerta sur de la alta muralla, que circundaba toda la academia. Sobre las torres podía ver a dragones en funciones de vigilancia.

En la puerta dos dragones, uno marón y otro azul, hacían guardia. Eran dragones jóvenes a juzgar por el tamaño.

«Se presenta Irakas-Gorri-Gaizt, líder del Escuadrón Rojo. Pido permiso para acceder».

«El líder del Escuadrón Rojo tiene acceso a la academia de Drakoros» envió el dragón marrón.

«¿La humana viene con el líder de escuadrón?» preguntó el dragón azul.

«¡Claro que viene conmigo! Si no hubiera entrado volando» respondió Irakas-Gorri-Gaizt como si la pregunta fuera para idiotas.

«Sí… claro… por supuesto» respondió el dragón azul.

Un instante después las puertas se abrían y los dos entraban en la academia.

Nahia sintió que un millar de recuerdos y sensaciones dispares, la mayoría malas y llenas de dolor y sufrimiento, la envolvían. Aquel lugar había sido muy duro para ella.

Avanzaron hasta el gran rectángulo frente al descomunal palacio enjoyado. Al ser de noche no había actividad, solo se veían dragones de vigilancia, unos pocos Exarbor y bastantes Tergnomus trabajando.

«Aquí nos separamos. Preséntate al Exarbor de los maestros de armas en el barracón que comparten».

—¿Seguro? —Nahia torció el gesto.

Ir y anunciarse a un Exarbor era muy arriesgado. Nada de aquel plan le estaba encajando, ella esperaba alguna acción nocturna, a

escondidas.

«Haz lo que te digo y quizás vivas… probablemente no» envió y con ese mensaje tan optimista la dejó allí.

Nahia suspiró profundamente. No podía quedarse allí, llamaba demasiado la atención. Decidió seguir las instrucciones y se dirigió al barracón de los maestros marciales. Miró los barracones donde habían estado por tres años y de nuevo muchos y desagradables recuerdos la asaltaron. De pronto, recordó los entrenamientos con Logan en el gimnasio para ponerse más fuerte. Había amado cada una de aquellas sesiones con él, por muy exigentes que fueran y aunque luego siempre terminase molida.

Su espíritu se animó al pensar en Logan y los buenos momentos que había pasado allí con él. De alguna forma esos instantes, pocos, tenían más valor que todos los malos. Al verse allí dentro y pensar en Logan se dio cuenta de que estaba llevando a cabo el plan de Egil, y que eso significaba que estaba más cerca de conseguir la libertad de Logan y Aroa.

Según llegaba al barracón, se preguntó cómo habría hecho Egil para conseguir que Irakas-Gorri-Gaizt fuera a buscarla a Tremia. Había sido por medio de Garran-Zilar-Denbo, y eso significaba que Egil, de alguna manera, no solo estaba en contacto con el gran dragón plateado prisionero en las profundidades de las mazmorras, sino que estaban colaborando. Esto último le pareció que era muy singular ya que Garran-Zilar-Denbo era, al igual que Egil, un prisionero en las mazmorras. Al pensarlo de inmediato vio la conexión. Sí, sin duda Egil y Garran-Zilar-Denbo estaban colaborando desde sus prisiones subterráneas. El cómo lo hacían se le escapaba.

Abrió la puerta del barracón y entró. Vio a dos Tergnomus barriendo con brío el pasillo y a un Exarbor sentado en un sillón tras una mesa labrada. Imaginó que aquel era el Exarbor con el que tenía que hablar.

Fue hasta él mientras apagaba los miedos que intentaban nacer en su estómago.

—Buenas noches —saludó.

El Exarbor levantó la mirada del libro que estaba leyendo y la observó.

—Buenas… noches… jinete.

—Me han indicado que me presente aquí —dijo Nahia. Era una frase lo suficientemente ambigua y cierta.

—¿Nombre… jinete?

—Nahia Aske.

El Exarbor, con la habitual parsimonia de los de su especie, sacó un tomo pesado, lo abrió y comenzó a buscar pasando las hojas.

—Sí… aquí está… Nahia, jinete de dragón… Maestra de lanza… Interesante…

Nahia tragó saliva.

—¿Sucede algo?

—No… es solo que… no solemos tener instructores tan… selectos.

—Oh, eso. Bueno, mejor para la academia —fue lo que se le ocurrió decir.

—Sin duda… tenemos más alumnos…

—¿Cómo es eso?

—Se ha bajado… la edad de entrada… dos años.

—Vaya, muy jóvenes para ser formados, ¿no?

—La guerra… en Drameia… Ha habido muchas bajas…

—Sí, eso me han dicho. Se resisten a ser conquistados.

—Y matan… a muchos soldados… y brujos de dragón…

—Y para reponerlos se ha bajado la edad de alistamiento dos años.

—Así es…

—Una medida un tanto drástica.

—Tiempos drásticos… requieren medidas drásticas…

Nahia resopló. No quería seguir con aquella conversación.

—¿Qué habitación tengo?

—Subiendo… tercer piso… primera a la izquierda…

—Muchas gracias —Nahia se dispuso a marchar, pero el Exarbor habló.

—Si requieres de… otros ropajes… puedo pedirlos a intendencia.

Nahia se miró. Vestía la armadura de jinete. La verdad era que se había acostumbrado a llevarla y ya ni le pesaba, pero era muy llamativa, demasiado para el tipo de misión que tenía que hacer. Mejor pasar desapercibida, sí, mucho mejor.

—Los requiero. Que me traigan de intendencia vestimenta de maestro.

—Ahora… mismo… lo encargo…

—¿Debo presentarme mañana por la mañana?

El Exarbor sacó otro tomo y buscó en él, también con parsimonia.

—Sí… mañana por la mañana… edificio de armas.

Nahia sintió un escalofrío que le bajaba por la espalda solo de oír el nombre de aquel edificio donde tanto había sufrido. Los entrenamientos en aquel lugar habían sido una autentica tortura. Recordó el entrenamiento de daga, espada, lanza y combinado con escudo. Lo que pesaban, lo que había dolido, lo que había sufrido.

—¿Todo… bien…? —preguntó el Exarbor al verla perdida en sus pensamientos.

—Sí, deseosa de empezar —respondió ella mintiendo con el mayor disimulo que pudo.

Se dirigió a su habitación y por fortuna no se cruzó con ningún maestro de armas, no quería tener que hablar con nadie más. Entró en su habitación y descubrió que no era mucho mejor que las que ellos tenían como alumnos.

Sobre un pedestal de mármol había una vasija con agua y un vaso. Nahia tenía la boca y garganta tan resecas como si siguiera en los desiertos noceanos. Se fue a servir un vaso de agua y al levantar

la vasija vio que debajo había una nota. Dejó la vasija sobre el escritorio y cogió la nota.

Bienvenida de vuelta de Drakoros.

Cuántos recuerdos debe traerte.

Realiza tu función como maestro de armas.

Ve a la biblioteca al terminar el día.

El plan ya se ha puesto en marcha.

Mucha suerte.

P.D.: Destruye esta nota y cualquier otra que recibas.

Firmado: El Prisionero

Nahia resopló muy aliviada.

Todo iba bien. Egil había planificado todo aquello y el plan avanzaba. Eran muy buenas noticias.

Invocó Garra de Fuego y quemó la nota en su mano.

Se sirvió un vaso de agua fresca.

Ahora debía seguir con el plan sin ser descubierta.

Capítulo 36

El amanecer llegó y Nahia estaba cansada por todo lo sucedido en el desierto, el viaje de regreso y la tensión de entrar en Drakoros. Por fortuna dos Tergnomus llamaron a la puerta de su habitación y la despertaron. Le traían sus vestimentas de intendencia. Nahia se alegró mucho de verlos. Se vistió con una rapidez tremenda y salió del edificio como un rayo.

Cruzarse con alumnos de la academia de los tres cursos e instructores dragones de nuevo la llenó de aprensión, pero como iba tarde y tenía prisa no se paró a pensarlo. Lo mejor que podía hacer era centrarse en su siguiente paso y hacerlo bien. No podía permitirse fallar. Eso significaría no solo su muerte, sino también la de Logan y Aroa.

—Logan, te rescataré, cueste lo que cueste o moriré intentándolo —murmuró entre dientes.

Él lo sabía y contaba con ello, por lo que mantendría la esperanza, algo muy importante.

Llegó al gran edificio y lo observó un instante antes de entrar. Era del estilo de una gran fortaleza alargada, sin muralla alrededor. Formaba un cuadrado con una plaza descubierta en su interior. En la parte frontal y central estaban dibujados en plata la daga, la espada, la lanza y el escudo. Muchos y sufridos recuerdos asaltaron su mente. Allí lo había pasado muy mal, pero había logrado superar los cursos y sentía orgullosa por ello.

Entró en el edificio y entró en la clase antes de que lo hicieran las tres escuadras que llegaban por el corredor. En el aula se encontró con un dragón azul con vetas rojas. Era macho y bastante grande. Nahia se acercó y se arrodilló ante la criatura hasta tocar con la frente el suelo.

«¿Quién eres tú? Alumno no eres y no te conozco. ¿Maestro de armas nuevo? Tienes permiso para dirigirte a mí».

—Soy Nahia, jinete de dragón, me han asignado la formación de lanza de tercer año —respondió Nahia aguantando el nerviosismo que sentía.

De alguna forma consiguió que no le temblara la voz. Si su explicación no encajaba, iba a tener un problema enorme.

«¡Vaya, por fin me asignan recursos! Llevo pidiéndolos desde el inicio del curso. Bueno, más vale tarde que nunca. No se puede impartir una clase de este nivel con un solo maestro de armas».

El dragón miró a un lado, donde estaba de pie y firme un Drakónido fuerte y con una cicatriz en la mejilla.

«Nos ha retrasado mucho el no tener tres maestros de armas como debería ser. Ahora podremos recuperar algo del tiempo perdido».

—Estoy al servicio de mi señor dragón —ofreció Nahia sumisa, intentando comenzar con buen pie.

«Por supuesto que lo estás. Soy Zeru-Urdin-Irakas. Lo que no sé es cuáles son tus méritos para ser maestro. Eres muy joven, no es por experiencia por lo que estás aquí».

Nahia tragó saliva, aquello era justo lo que se temía. Ella no era ninguna maestra y pretenderlo era un error que iba a pagar con su vida. El estómago se le hizo un nudo.

«Espero una respuesta» envió el dragón azul junto a un sentimiento de que estaba molesto.

—Soy jinete de dragón, señor. Debe ser ese el motivo por el que se me ha elegido.

«¿Un jinete de dragón relegado a maestro de lanza? ¿Cómo es eso? ¿Qué le ha sucedido a tu señor dragón?».

Nahia veía que aquella conversación no iba por buen camino y cada respuesta complicaba más su situación. Pero tenía que salir como fuera, así que decidió mentir.

—Por desgracia mi señor dragón ha resultado herido y se está recuperando. No puede volar.

«¡Ah! Esas malditas heridas en las alas… Son las peores. Yo mismo he sufrido dos. Ni con el poder de curación más avanzado conseguí que sanaran rápido. Tuve que estar varias estaciones recuperando el movimiento. Por fortuna una fue en la izquierda y otra en la derecha. Los malditos gryphos golpean con fuerza. Si llegan a herirme dos veces en la misma ala me hubiera costado tres veces más recupérame, quizás incluso más».

—Lamento que mi señor haya tenido esas heridas.

«Son heridas de guerra que llevo con orgullo. Lo mismo que las llevará tu señor dragón. Siendo un dragón raudo seguro que ha sido luchando en Gryphoros».

Nahia vio que la cosa tomaba buen cariz, así que continuó con la farsa.

—Así es, mi señor.

«¡Lo sabía! Malditos pajarracos con picos y garras doradas… Un día acabaremos con ellos por completo. ¡Los erradicaremos de los cielos!».

—Es lo que se merecen —afirmó Nahia con cierto resquemor.

«Muy cierto. ¿Es reciente la herida? Me han informado de que seguimos realizando campañas de castigo contra esos carroñeros en su mundo».

—Muy reciente, señor —respondió Nahia a la que no le gustó nada saber que los dragones seguían con sus odiosas e inaceptables prácticas. Tampoco le sorprendió, así de despreciables eran esos seres.

«Entiendo. Hasta que tu señor dragón raudo se recupere y pueda combatir nos vendrás bien como maestra de lanza. Eres un jinete de dragón y tu manejo de esa arma tiene que ser muy bueno, de lo contrario no lo serías».

—Serviré con gusto y honor.

«Muy bien. Comenzamos el día con una buena nueva. Draketz no tendrá que llevar toda la carga de la clase solo» envió y miró al Drakónido de la cicatriz.

Los alumnos comenzaron a entrar y se situaron.

Eran tres escuadras incompletas, a dos de ellas les faltaba un miembro. Nahia sintió de nuevo una rabia tremenda. La formación en Drakoros mataba alumnos, era algo inaceptable. La llama se despertó en su interior y empezó a arder.

El dragón la observó de reojo.

«Capto tu poder, jinete. Tienes mucho poder mágico».

Nahia maldijo para sus adentros. Intentó apagar su llama, cosa que, como siempre, le resultó imposible. Aquello era una bendición y una perdición al mismo tiempo porque no podía controlarlo. Que se hubiera encendido entonces no le convenía lo más mínimo, necesitaba pasar desapercibida. Tragó saliva y no dijo nada. Asintió de forma sumisa.

Los alumnos formaban ya y en sus rostros Nahia vio inquietud, sufrimiento, agotamiento… todo le recordaba su estancia allí.

Zeru-Urdin-Irakas se dirigió a la clase.

«Hoy es un día que disfrutaréis. Ha llegado el momento de comenzar con el aprendizaje del manejo de la que se considera la más noble de las armas de un brujo dragón. Me refiero, por supuesto, a la lanza. Esta arma es superior a las otras que habéis tenido el privilegio de aprender. Un brujo de dragón con su lanza de combate es un adversario letal. Conseguiréis en esta clase que sea vuestra mejor aliada, por encima de la espada. Esto se debe a que su alcance es mayor, así como su usabilidad. Una lanza es la respuesta a nueve de cada diez problemas. Os aseguro que cuando la aprendáis a utilizar será vuestra arma favorita y la más usada».

Nahia suspiró. Lo de la lanza había sido una buena idea ahora que lo pensaba con mayor detenimiento. La daga y sobre todo la espada hubieran sido malas elecciones. Si la hubieran puesto como maestra de espada hubiera hecho el ridículo. Su manejo no era

abismal, pero tampoco sobresaliente. Ella lo consideraba mediocre, suficiente para defenderse y poco más. Aquel Drakónido, que la miraba de reojo, se habría dado cuenta. Por fortuna la lanza se le daba mejor y había tenido más entrenamiento que con las otras armas, ya que en formación de jinete había continuado con ella. Una más larga y pesada, pero lanza, a fin de cuentas, y podría demostrar algo de gracia en su manejo.

Observó de reojo al Drakónido y le dio la impresión de que la miraba con recelo. Eso no era bueno. ¿Por qué lo hacía? ¿Sospechaba algo? No, no podía sospechar nada porque nada había hecho ella todavía.

«He conseguido una nueva maestra de armas. Esta humana es Nahia y será vuestra maestra de armas, acompañando a Draketz. Dividiremos las tres escuadras en dos. Una asignada a cada maestro. Los entrenamientos tras esta primera clase se realizarán en la arena. Se ha visto que una formación de combate activa da mejores resultados y eso es lo que quiero y lo único que aceptaré, muy buenos resultados».

Nahia resopló con disimulo. Que tuvieran que ir a entrenar a la arena no eran buenas noticias y le traía muy malos recuerdos.

«Maestros de armas, equipad a vuestras escuadras y comenzad con la instrucción. Quiero valorar los primeros esfuerzos de los alumnos con la lanza. Seguro que son pésimos, lo contrario me sorprendería».

Draketz fue hasta el fondo del aula. En un armero situado contra la pared había lanzas de entrenamiento. Eran romas y con punta chata para evitar que se hirieran o se mataran por accidente. Nahia lo imitó y fue también al fondo, a otro armero. Se dio cuenta de que iba a tener que copiar todo lo que Draketz hacía, porque ella no sabía dar clases. Una cosa era saber usar un arma y otra muy diferente enseñar a otros a usarla.

«Comenzad con la formación. Primero los movimientos básicos» ordenó el dragón y les llegó un sentimiento de impaciencia.

Nahia se dirigió a su grupo imitando a Draketz, que ya había comenzado a hablar. Le daban mucha pena aquellos estudiantes, pero tenía que aceptar su papel de maestra y asumirlo por completo. El dragón azul la miraba y seguro que el Drakónido también. No podía fallar, tenía que hacerlo bien.

—Comenzaremos con la instrucción. Os mostraré cómo sujetar el arma a una mano y a dos. Luego practicaremos los movimientos básicos usado ambos agarres… —Nahia fue repitiendo todo lo que Draketz iba explicando como si fuera un loro.

Disimulaba e intentaba que lo que decía tuviera sentido y se entendiera. No era culpa de aquellos pobres alumnos que les hubiese tocado a ella como instructora.

Nahia se esforzó cuanto pudo. Tras la formación del primer día no lo había hecho nada mal. Zeru-Urdin-Irakas los despachó indicando lo terriblemente mal que lo habían hecho todos.

Según salían de la clase, Draketz se acercó a Nahia.

—Tienes que ser mucho más directa y dura —dijo sin rodeos.

—¿No lo estoy haciendo bien?

—No llegas ni a aceptable.

Nahia puso cara de contrariedad, eso no era lo que había sentido al dar la instrucción.

—Supongo que tú sabes mejor y puedes evaluar.

—Supones bien —dijo el Drakónido y la miró con mala cara.

—Sabes también que soy una jinete de dragón y te supero en rango.

—Fuera de la formación, sí. Dentro de la formación somos ambos maestros de armas y soy más veterano y con más experiencia que tú.

—No niego tu veteranía y experiencia.

—Entonces acata mis consejos y no repliques. Zeru-Urdin-Irakas no va a permitir que nos retrases con tu incompetencia. En realidad,

te estoy haciendo un favor ayudándote, así que mejor que lo veas de esa forma.

Nahia lo razonó. No le faltaba razón al Drakónido, aunque su forma de decirlo no era la más amable.

—Acepto tu ayuda y consejos —dijo Nahia e inclinó ligeramente la cabeza.

—Bien entonces —respondió Draketz y marchó.

Nahia resopló al quedarse sola en el aula. Había sobrevivido a su primera clase. Aquella forma de meterla en la academia debía ser cosa de Egil, seguro. Él habría pensado que funcionaría. Le parecía muy inteligente, aunque arriesgado. Nahia solo esperaba poder terminar la misión con vida.

Salió del edificio y se dirigió a la biblioteca. El mensaje decía que fuera allí después de formación, así que eso iba a hacer. Mientras se dirigía a la biblioteca vio grupos de alumnos que se dirigían al gimnasio a entrenar, entre ellos varios de sus alumnos de lanza. Supo cómo se sentían. Habían tenido muchas dificultades, algunos por falta de músculo.

Le trajo de nuevo muchos recuerdos de sudor, sufrimiento y esfuerzo.

Capítulo 37

Nahia llegó a la biblioteca y la contempló un momento. Siempre le había parecido una edificación fascinante. La forma de gran esfera blanca con tonos plateados que brillaba a la luz del sol era impresionante. Le recordaba a una gran perla, similar a las que abrían portales, pero en edificio.

Allí también había pasado muchas horas, unas de estudio, las que más, y otras de práctica mágica en las cámaras preparadas para ello o confabulando para comenzar la rebelión. Recordaba las conversaciones con otros miembros de los escuadrones que se fueron uniendo a la causa y a sus dos amigas muertas. ¡Cuánto sentía no haber podido ayudarlas! Sin duda aquel era un lugar que la marcaba mucho.

Entró y se quedó observando los seis pisos redondos con barandillas de cristal que daban al patio circular. En medio vio la gran columna de plata en forma de libro enorme de tapas de oro. Alrededor del monumento, como siempre, una veintena de Exarbor atendían en mostradores, parecían estar consultando grandes tomos.

Según observaba el lugar, se dio cuenta de que se encontraba en una situación extraña. Al no ser alumno, sino maestro de armas, no sabía muy bien a qué piso debía ir. Nunca había visto a maestros en los pisos inferiores, así que fue directa al piso quinto. Según subía fue observando a alumnos de los tres años. Estaban absortos en sus tomos. Nadie le prestó atención, a excepción de los Exarbor bibliotecarios, que la miraban y enarcaban sus cejas de corteza.

Al llegar al piso quinto se sentó en los butacones del recibidor. No sabía por qué estaba allí y si se lo preguntaban tendría que improvisar algo. Le ponía nerviosa no saber qué sucedía o qué tenía que hacer. Estaba segura de que aquello era parte del plan de Egil,

pero no saber qué papel tenía que representar no le sentaba nada bien.

Un Exarbor bibliotecario se le acercó.

—Maestra… de armas —saludó encorvándose.

—Bibliotecario —respondió Nahia también con una ligera inclinación de cabeza.

—No solemos… tener muchas visitas de… maestros de armas, nos… alegra que uno haya decidido… venir a nuestra biblioteca.

Nahia tenía que pensar rápido. Un maestro de armas en una biblioteca… ¿Para que iría? Tenía que ser algo que no levantara sospechas.

—Necesito un tomo de manejo avanzado de la lanza. Para expertos, por favor.

—Oh, un tomo… de técnica avanzada… —se sorprendió el Exarbor y por su pequeña sonrisa de madera, parecía que positivamente.

—Eso es.

—Los tenemos…. Ahora mismo le selecciono… los dos más… avanzados.

—Te lo agradezco —dijo Nahia aguantando un resoplido de alivio hasta que el Exarbor desapareció entre unos armarios con libros.

Por un momento Nahia esperó atenta, pero solo vio a un par de bibliotecarios que con su parsimonioso paso desparecieron en la estancia a su espalda.

Tras un largo momento, y sin apresurarse, el Exarbor le trajo los dos tomos y se los mostró.

—Aquí están nuestros tomos… de técnica de lanza… más avanzados. *El sutil arte de la lanza… Destreza sobre fuerza* y *Técnica de lanza… para expertos. Los movimientos… definitivos.*

Nahia los cogió y los observó un momento. Eran tomos grandes y pesados, estaban perfectamente conservados, como todo en la biblioteca. Los Exarbor cuidaban de aquellos libros in un mimo

exquisito. Reparaban la más mínima rozadura al instante. Para ellos aquellos libros eran un tesoro incomparable. Algo de razón tenían. El conocimiento que atesoraban era incalculable, eso Nahia lo reconocía pues había estudiado mucho allí y lo que había aprendido le serviría el resto de su vida. Aunque ella no era como Eki, entendía su fascinación por los estudios y el conocimiento. Ella los valoraba, pero no le fascinaban tanto.

—Me llevaré ambos. Me vendrán bien para refrescar y mejorar mi técnica.

—Por supuesto… es un placer servir… a un maestro —dijo en Exarbor. Debía ser que, al pasar todo el tiempo con alumnos, ver a un maestro por allí les llenaba de alegría.

El Exarbor se marchó y la dejó allí. Nahia abrió los tomos y buscó alguna nota de Egil.

Buscó sacudiendo los tomos, pero nada cayó de ellos. Un Exarbor bibliotecario la vio y se acercó tan rápido como le era posible, que no era demasiado.

—Ya sé, mucho cuidado con los libros —dijo ella antes de que la amonestara.

—Sí, eso también… Pero te buscan.

—¿A mí? ¿Quién?

—El… bibliotecario jefe… te reclama.

—Oh, entiendo. De acuerdo —Nahia se puso en pie con un tomo en cada mano—. Adelante, te sigo.

El Exarbor hizo un gesto afirmativo con la cabeza y comenzó a andar con paso muy lento. Se dirigió a una de las tres puertas al norte de la estancia y luego continuó por un pasillo que tenía una veintena de puertas a los lados. Al final estaba el despacho del bibliotecario jefe. Nahia lo recordaba bien.

El Exarbor llamó a la puerta del despacho.

—Adelante, por favor —llegó la rugosa voz del bibliotecario jefe.

Nahia entró. La estancia estaba bien iluminada. Sentado en un sillón detrás de una enorme mesa de roble tallado estaba Liburex.

Un ser intrigante, en opinión de Nahia.

—Nahia… qué agradable visita… —recibió Liburex y sus labios de corteza esbozaron una sonrisa.

—Bibliotecario jefe, es un placer verte de nuevo en buena salud, espero —saludó Nahia con amabilidad.

—Muy buena salud… sí. Los Exarbor… rara vez enfermamos… vivimos una larga vida… Agradezco tu interés.

Nahia lo observó. No había cambiado nada. Sus ojos profundos de una tonalidad parda clara, parecían leer el alma. Su nariz larga y llena de surcos siempre le llamaba la atención. Su rostro en conjunto era singular. Parecía joven, pero sabio. Que era muy inteligente, se lo habían demostrado sus actos pasados.

—Me alegro.

—Y yo… de verte de nuevo… bien de salud y fuerzas… por lo que veo.

—Lo estoy, sí.

—Verte vestida… de maestra de armas… indica que… el plan ya… se está desarrollando…

Nahia asintió.

—Llegué ayer y hoy he comenzado a formar.

—Lo sé… me han informado…

—Tus Exarbor, claro.

—Los que… te han dado acceso…

—Imaginaba que estarías detrás de mi llegada.

—Lo estoy… necesitabas una forma de entrar… el Prisionero la ideó… y nosotros la ejecutamos…

—¿Cómo está el Prisionero?

Liburex hizo un gesto con la cabeza de pesar.

—Tan bien… como se puede estar… dadas su situación… pero aguanta bien… Tiene determinación y mucha fuerza mental…

—Entiendo. Sí, es alguien excepcional.

—Sin duda… lo es… Brillante y tenaz.

Nahia asintió.

—Dime, ¿qué sabes del plan… audaz?

—Que es eso… muy audaz… y también muy peligroso.

—Eso lo imagino.

—También sé que lo estamos… ejecutando ahora mismo.

—Necesito algo más de detalle.

—Los detalles… del plan… no los tengo.

—¿No? —Nahia se sorprendió.

Liburex movió la cabeza de lado a lado despacio y su cuello crujió como si la madera se rompiera.

—No es bueno… que se conozca… todo el plan… si es secreto.

Nahia se quedó algo trastornada. Entendía la lógica detrás de no contar a alguien un plan secreto, pero Liburex era parte integral.

—¿No quieres conocer en detalle en lo que estás metido?

—No… por supuesto que no… Eso solo pondría mi vida… y la de otros… en mayor peligro… No es una buena… estrategia.

De nuevo tuvo que darle la razón, aunque no quería, ya que ella necesitaba respuestas y el bibliotecario jefe no las tenía.

—¿Entonces…? ¿Cómo operas?

—Con mucho cuidado… y con la información justa… Intentar recabar más… es muy peligroso…

—Ya y tú quieres ayudarnos, pero desde lejos.

—Eso es… No le sirvo a mi pueblo… muerto… Quiero que los míos… lleguen a ser libres… Pero debo tener… mucho cuidado…

—En eso tienes toda la razón, ni a tu pueblo ni a la causa. Yo también te quiero con vida.

—Se agradece… ese sentimiento —sonrió Liburex.

—Entonces entiendo que no conoces el objetivo final.

—Entiendes bien… Pero tengo mis sospechas…

—Yo puedo aclararte el objetivo final.

—Como ya he explicado… prefiero no saberlo… si no es necesario.

—Está bien, como quieras —Nahia no insistió.

Era mejor dejar que Liburex actuara según su criterio.

—Cuando ocurra… lo sabré…

—De acuerdo. ¿Por qué me has hecho venir?

—Yo no… te he hecho venir…

—Oh, pues he recibido un mensaje de que debía venir a verte.

—Ese mensaje no era mío… sino del Prisionero…

Nahia asintió.

—Entiendo. Pues me ha enviado a ti, será por algún motivo.

—Sí, hay… un motivo…

—¿Cuál?

—Preparar el encuentro.

—¿Con él?

—Así es… Eso me ha pedido… cuando llegaras.

—De acuerdo, aunque veo complicado que pueda bajar a las mazmorras.

—Ahí es… donde entro yo…

—Ya veo. ¿Cómo lo hacemos?

—Debo prepararlo… No es solo cosa mía… Intervienen otros…

Nahia lo entendió.

—Avísame cuando esté preparado.

Liburex asintió.

—Te haré… llegar un… mensaje.

—De acuerdo, me marcho entonces.

—Que vayan… bien las clases… maestra de lanza.

Nahia suspiró.

—Sí, tengo el presentimiento de que irán muy bien —Nahia sacudió la cabeza y se volvió.

—Llévate… los tomos… Hay que mantener las apariencias.

—Oh, claro —Nahia los cogió y se dispuso a salir del despacho.

—Cuando vengas… trae uno de los tomos… haz como que lo devuelves.

—Bien pensado.

Liburex sonrió.

—Pensar es lo que… más se me permite hacer… aquí.

—Sí, a ti y al Prisionero.

—Cierto… Ten cuidado…

—Lo tendré, tranquilo. Hay demasiado en juego.

Nahia partió con los dos tomos. Algún que otro maestro de armas había pasado por la biblioteca, por lo que, aun siendo poco usual, no era sospechoso.

Capítulo 38

Lasgol intentaba convencer a Urrejaun de la necesidad de hacerse con el Condensador de Almas. Estaban en su sala de audiencias con la guardia del líder de York custodiando el lugar. Además de las Panteras de las Nieves, también habían sido convocados Magures, Dameros y Sirepetus. Como era habitual, Celopus estaba con ellos para traducir entre las diferentes lenguas.

—No lo veo nada claro —Urrejaun negaba con la cabeza.

—Necesitamos ese instrumento de la Hermandad de los Espíritus —insistió Lasgol.

—No sabemos si esa invención funcionará —Urrejaun no estaba nada convencido.

—Es una posibilidad que debemos explorar —dijo Dameros.

—No si la Hermandad se niega —replicó Urrejaun—, que es lo que Sirepetus ya nos ha dicho que hará.

—Podríamos intentar convencerlos —aventuró Magures.

—No son muy dados a dejarse convencer. Ya les he ofrecido refugio y se han negado.

—No desean renunciar al poder que tienen en Yatro, esto es diferente… —opinó Magures.

—¿Qué posibilidades hay de que nos dejen esa invención vuestra? —preguntó Urrejaun a Sirepetus.

—Muy pocas, me temo —respondió el mago en un susurro.

—¿Y cuántas de que tu teoría funcione?

Sirepetus se encogió de hombros.

—Podría funcionar ya que funciona para nuestra energía de espíritu, que también es muy volátil. Pero sin probarlo es imposible saberlo.

Urrejaun se quedó pensativo.

Magures y Dameros insistieron.

—Hay que intentarlo —dijo el primero.

—Podría ser la solución —afirmó el segundo.

Urrejaun levantó la mano para que no continuaran presionando.

—Entiendo lo que pretendéis, pero aparte de que la Hermandad se negará, Yatro está bajo asedio. No es el momento más adecuado precisamente.

—¿Están atacando la ciudad? —se interesó Sirepetus.

Urrejaun asintió.

—La Hermandad me ha comunicado que están bajo fuerte asedio desde ayer.

—Si los atacan los dragones en masa, como sucedió en Orecor, acabarán con la ciudad. Debemos hacer algo —expresó Lasgol.

—Les he vuelto a ofrecer mi ayuda —Urrejaun abrió las manos.

—Las enemistades y rencillas del pasado no deben nublar el futuro —expresó Magures.

Urrejaun lo miró y luego asintió.

—Eso deberían pensarlo ellos, que están en peligro de ser conquistados.

—Y arrasados —añadió Dameros—. De Orecor apenas quedan unos cimientos en pie.

—He dado orden de que la flota esté preparada para un rescate, pero solo puedo rescatar a Yatro si la ciudad así lo quiere. Y no pondré en peligro mi flota si la Hermandad se niega a abandonarla. Si los dragones nos descubren la destruirán.

—Podemos ir y hablar con la Hermandad antes de que sea demasiado tarde —ofreció Lasgol.

—¿Podemos? ¿Quién? —preguntó Urrejaun enarcando una ceja.

—Mis compañeros y yo —dijo Lasgol y los señaló. Ingrid, Nilsa, Viggo y Gerd escuchaban atentos y asintieron a una.

—Nos encargaremos de este asunto —ofreció Ingrid.

—Conseguiremos el Condensador de Almas —afirmó Nilsa con ímpetu.

—Y si alguien se opone… conocerá a mis amigos —dijo Viggo señalando sus cuchillos con sus dos dedos índices.

Magures puso expresión de desasosiego.

—No podemos obtenerlo por la fuerza…

—¿Por qué no? —preguntó Viggo como si no hubiera nada malo en ello.

—Enemistar a la Hermandad de los Espíritus no es buena idea —dijo Urrejaun.

—No son de los que perdonan u olvidan —añadió Magures.

—Yo soy de los que consiguen lo que se propone. Los que se me oponen, sean hermandades o lagartijos voladores, terminan muertos —replicó Viggo tan tranquilo.

—Ir contra la Hermandad sería un suicidio —advirtió Sirepetus—. Es muy poderosa y más si sus miembros están juntos.

—¿Te refieres a magos como tú? —preguntó Gerd.

Sirepetus asintió.

—La Hermandad tiene una docena de magos de espíritus. Todos poderosos, capaces de crear espíritus que os devorarán en un abrir y cerrar de ojos.

—Y luego está Ardizain —añadió Magures con tono de inquietud.

—¿Quién es ese? —quiso saber Viggo y puso cara de pocos amigos.

—Ese es el líder de la Hermandad —explicó Urrejaun—. Se dice que es un mago poderosísimo, capaz de crear espíritus que rivalizan con el poder de los dragones.

—Y es cierto. Su poder es enorme —afirmó Sirepetus.

—Tendremos que convencerlo sin usar la violencia —dijo Lasgol, que no veía nada prudente ir en contra de una docena de magos poderosos y su líder.

—Bueno, si no lo consigues, ya sabes… —susurró Viggo a Lasgol al oído.

—No sé, es una iniciativa muy peligrosa —Urrejaun seguía sin estar convencido de aquel asunto.

—Es arriesgada para nosotros —dijo Ingrid—, no para York. Iremos y conseguiremos el Condensador de Almas. Si algo sale mal serán nuestras vidas las que estén en juego y nosotros no pertenecemos a York. No habrá repercusiones para esta ciudad.

—No me parece justo enviaros sin protección —dijo Urrejaun.

—Eso te honra, pero no es necesario. Podemos arreglárnoslas solos, tenemos mucha experiencia en este tipo de misiones —dijo Ingrid.

—De eso no me cabe la menor duda —asintió Urrejaun—. Está bien. Accedo a esta misión, aunque temo por vuestras vidas, que me son valiosas aquí en la defensa de mi ciudad —dijo y luego resopló —. Como no deseo enemistarme con Norghana, ya que sigo muy interesado en vuestras flechas elementales y en cómo fabricarlas, enviaréis explicación a vuestros líderes antes de partir. Quiero que los lazos entre York y Norghana sean fuertes. Si algo os sucede quiero que vuestro líder sepa que me he opuesto a que arriesguéis la vida y que prefería que os quedarais aquí.

—No hay problema. Informaremos a nuestra líder de todo. También de la gran acogida que York nos ha dado y de la inestimable ayuda de su líder, que dirige la ciudad de forma muy inteligente —dijo Nilsa a Urrejaun.

El líder de York sonrió de oreja a oreja.

—Tienes alma de diplomática. Te auguro un futuro destacado en la diplomacia norghana.

—Solo soy una guardabosques —se sonrojó Nilsa.

—Una de ideas claras y lengua hábil.

Nilsa se puso todavía más colorada. Hizo una pequeña reverencia.

—Gracias.

—Muy bien, preparaos para la misión —dijo Urrejaun.

—Perdón. Me gustaría acompañarlos si no hay inconveniente —pidió Sirepetus.

—¿No deseas quedarte aquí, a salvo? —preguntó Urrejaun—. Tu ciudad está bajo asedio…

—Prefiero ir. Mi labor aquí ha finalizado, vine a prestar ayuda y ya lo he hecho. Es momento de regresar y ayudar a los míos.

—¿Podemos contar con tu colaboración? —preguntó Lasgol y lo miró a los ojos.

Sirepetus lo pensó un instante.

—Podéis, siempre y cuando no requiera que vaya en contra de los míos.

Lasgol miró a Ingrid. Ella le hizo un gesto de que tendría que valer.

—De acuerdo, puedes venir con nosotros —dijo Lasgol al mago de espíritus.

—Pero será mejor que te portes muy, pero que muy bien —Viggo le señaló con el dedo índice—. De lo contrario… —hizo un gesto pasándose el dedo pulgar por el cuello.

El mago no dijo nada e hizo un gesto de aceptación con la cabeza.

—Está decido. ¡Buena suerte! Espero que logréis sobrevivir al asedio y regresar con el Condensador de Almas —deseó Urrejaun—. Si lo conseguís os recompensaré como os merecéis.

—Vete preparando los cofres de oro —dijo Viggo.

Aquella misma noche Lasgol y sus compañeros viajaban hacia la ciudad de Yatro por mar en un barco de guerra de la ciudad de York. Navegaban a bastante distancia de la costa para no ser descubiertos por algún dragón que vigilase la zona. Con ellos iba Sirepetus y un intérprete joven que Urrejaun les había asignado, pues Celopus era demasiado mayor para aquel tipo de aventura.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lasgol al joven de pelo castaño y ojos pardos.

Debía de tener unos veinticinco años y era de complexión media, ni muy alto ni muy fuerte, pero parecía haber trabajado su cuerpo.

—Hitz es mi nombre… soy intérprete —dijo de forma tímida.

—Sí, pero en este tipo de misiones hace falta saber luchar, no hablar. ¿Sabes matar? —preguntó Viggo con su habitual rudeza.

—Yo… bueno… he sido adiestrado en el uso de armas.

—¿Entrenamiento militar? —preguntó Ingrid.

Hitz asintió.

—Sí, durante cinco años. Por los dragones…

—No sé, yo lo veo verde como una lechuga. Este se nos muere en el primer enfrentamiento —afirmó Viggo y le dio la espalda.

—No seas bruto. ¿No ves que lo estás asustando? —regañó Nilsa.

—Bah, intérpretes… no sirven para la guerra —se quejó Viggo.

—Alguien tendrá que traducir para que nos entendamos con Sirepetus y su Hermandad.

—Yo sé cómo hacerme entender, no necesito intérpretes —dijo Viggo y sacó sus dos cuchillos de asesino.

—No vamos a matar, vamos a negociar —recordó Ingrid.

—Al final usaremos estos, como siempre, ya verás —aseguró Viggo mostrándoles sus cuchillos.

—Esperemos que no —deseó Nilsa.

—Hitz, vete pegado a Nilsa, ella te protegerá. Si sabes usar un arco, úsalo, pero solo cuando yo lo indique.

—Sé usar un arco, y gracias…

—No me las des. Traduce bien y no mueras —pidió Ingrid.

—Así lo haré… —dijo Hitz y bajó la cabeza.

Estaba asustadísimo y sus ojos le delataban.

Gerd le puso la mano en el hombro.

—Tranquilo, sobrevivirás. Síguenos y protégete en todo momento. Esteremos a tu lado para ayudarte.

—Gracias —Hitz resopló algo más aliviado.

—Nada como ir derechitos al peligro para que me anime —comentó Viggo observando el mar. Se había acercado a la proa de la embarcación, que cortaba las olas con velocidad.

—Tú lo que estás es feliz porque te han prometido oro —acusó Nilsa.

—Eso también —sonrió el asesino, contento.

—¿Estás seguro de que necesitamos ese instrumento o herramienta de los magos de la Hermandad? —preguntó Ingrid a Lasgol.

—Lo estoy, es la clave para conseguir lo que buscamos.

—Entonces no se hable más, la conseguiremos.

—Condensador de Almas, suena fatal —comentó Gerd con gesto de disgusto.

—¿Por qué se llamará así? —preguntó Nilsa.

Hubo un silencio y todos miraron a Sirepetus, al que el viaje en barco no le estaba sentando muy bien. Estaba con la cabeza fuera de la borda.

—Porque… condensa… el alma… el espíritu… —dijo y Hitz tradujo al momento.

—Ya, pues ahora ya lo sabéis —dijo Viggo con expresión de que aquello no explicaba nada.

Sirepetus se puso a echar las tripas por la borda.

Era casi el amanecer cuando el capitán del barco de guerra comenzó la maniobra de aproximación a la costa este de Tremia, hacia la ciudad de Yatro. La embarcación se dirigió como el rayo hacia los acantilados y a cien pasos viró.

—No puedo acercarme más. Tendréis que nadar.

—Sin problema —dijo Ingrid.

—Suerte, la cosa pinta mal —dijo el capitán y señaló los resplandores de los fuegos que se veían sobre los acantilados.

—Gracias, capitán.

—Os espero aquí. Tres días, si no regresáis en ese tiempo se os dará por muertos.

—Regresaremos, no te muevas de aquí —dijo Viggo con confianza.

Un momento más tarde las Panteras saltaban al agua. Hitz los siguió de inmediato. A Sirepetus le costó un poco más.

—Yo me quedo a ayudar —dijo Gerd a sus compañeros al ver que el mago era bastante mal nadador y estaba pasando apuros.

—De acuerdo, aseguraremos la zona —dijo Ingrid.

Nilsa se quedó con Hitz, que nadaba bien, pero toda precaución era poca. Viggo y Lasgol siguieron a Ingrid, que nadó la distancia que les separaba de la playa en un abrir y cerrar de ojos. Un momento después tomaban posiciones por la arena con los arcos en la mano y una flecha en la cuerda. Nilsa y Hitz llegaron al cabo de un momento. La pelirroja le indicó que se echara al suelo mientras ella se situaba con su arco tras una roca.

Gerd llevó a Sirepetus hasta la playa y lo dejó tendido en la arena recuperándose mientras lo cubría con una rodilla clavada y observando a sus compañeros en la penumbra.

—Despejado —anunció Ingrid.

—Movámonos, va a amanecer pronto — dijo Lasgol.

Gerd ayudó a Sirepetus a incorporarse y se acercaron al pie del acantilado.

—¿Por dónde se sube? —preguntó Ingrid señalando a lo alto.

—Hay un sendero… escondido… —Sirepetus intentaba recuperar el aliento y señaló hacía unos arbustos al este—. Allí… detrás.

Ingrid se adelantó a mirar y no tardó nada en descubrir el sendero. Estaba bien disimulado, pero para un guardabosques era imposible no hallarlo.

—Vamos, apresurémonos. Hay que subir antes de que se haga de día —dijo a sus compañeros y les hizo un gesto con la mano.

Gerd ayudó al mago y se pusieron en marcha. El sendero era estrecho y ascendía por una pared rocosa con mucho desnivel. Ingrid subía por él con agilidad, no toda la que en su día tuvo, pero se veía que iba recuperando facultades. Viggo la seguía de cerca. En sus ojos había preocupación, no por la misión y el peligro que entrañaba, sino por su amada. La acababa de recuperar y no quería que nada malo le sucediera. Nilsa iba con Hitz detrás de ellos, seguida de Lasgol. Gerd y Sirepetus, que iban los últimos.

Ingrid tuvo que moderar el paso, pues el mago de espíritus no podía seguirles el ritmo. En cuanto la pendiente se puso complicada, comenzó a quedarse atrás. No estaba en muy buena forma física y tampoco parecía que su salud o capacidades físicas fueran portentosas. Estaba demacrado y con aspecto de ser enfermizo, por lo que aquella escalada no le iba a sentar nada bien.

Desde las alturas les llegaba el sonido del combate. Se escuchaban gritos de rabia y sufrimiento. Los golpes del metal contra el metal eran inconfundibles, así como los estruendos de bloques de roca siendo derribados. Pero, sobre todo, lo que no dejaba duda del horror que se estaba produciendo allí arriba eran los temidos rugidos de los dragones. Se escuchaban lejos, lo que les tranquilizó un poco, pero cuando llegaban a sus oídos todos se tensaban.

—Hay que darse prisa, uno de esos dragones puede descubrirnos —urgió Ingrid mirando hacia el sol de la mañana, que ya despuntaba, con rostro de preocupación.

—Este no es buen sitio para combatir con un dragón —comentó Nilsa mirando el estrecho sendero de roca. Tenían la pared del acantilado a un lado y la caída libre al mar al otro. Y la altura comenzaba a ser considerable.

Lasgol se quedó esperando a Sirepetus. Gerd iba tras él, pero el mago lo estaba pasando mal en la subida.

—Ánimo, no queda mucho —intentó dar fuerzas Lasgol.

—Las últimas… rampas… las peores… — Sirepetus apenas podía respirar y subía muy encorvado.

A Lasgol le dio la sensación de que no iba a terminar la subida.

Un rugido tremendo tronó sobre sus cabezas.

Todos miraron hacia arriba.

La estela de un dragón apareció sobrevolando el borde del acantilado.

Capítulo 39

El grupo se pegó al acantilado como si fueran lapas. Todos menos Sirepetus, que no reaccionó ante el peligro. La mano de Gerd lo empujó contra la pared de roca y lo mantuvo contra ella.

Pasó un momento tenso. Todos estaban quietos como estatuas intentando camuflarse contra el acantilado.

Lasgol observó el cielo. El dragón los sobrevoló recorriendo el borde del acantilado y despareció tierra adentro.

Gerd resopló aliviado.

—Parece que no nos ha visto.

—Sigamos, antes de que vuelva —urgió Ingrid.

Lasgol observó a Sirepetus y estudió el sinuoso ascenso con vueltas y más vueltas en cuesta y mucha inclinación. No iba a poder alcanzar la cima si no era con muchos descansos, y no tenían tiempo para ello.

—No va a poder —dijo a Gerd.

El grandullón asintió.

—Yo me encargo.

Se agachó y con facilidad se cargó al frágil mago al hombro, como si fuera un saco de remolacha.

—¿Podrás? —preguntó Lasgol.

—Sin problema. Apenas pesa, es todo hueso y pellejo.

Lasgol sonrió, su compañero era un portento físico.

Se pusieron en marcha y ascendieron con rapidez. En el último cuarto de subida tuvieron otro avistamiento precedido de un rugido inconfundible. Un segundo dragón pasó volando sobre la cima del acantilado. De nuevo todos se pegaron a la pared y permanecieron muy quietos y en silencio para no ser descubiertos. Por fortuna

aquellos dragones parecían estar muy ocupados con lo que estaba sucediendo en la ciudad y no en el acantilado.

Con Gerd portando a Sirepetus alcanzaron la cima del acantilado y se ocultaron entre unas rocas de gran tamaño. Frente a ellos estaba la muralla este de la ciudad de Yatro.

—Hemos llegado… —comentó Sirepetus.

Su voz apenas fue perceptible en el estruendo que llegaba de la ciudad sitiada. Hitz tenía que pegarse al mago para poder oír lo que decía.

Observaron lo que sucedía antes de tomar ninguna decisión. Las murallas norte y sur estaban siendo atacadas por soldados de Kraido que intentaban escalarlas. Sobre la ciudad, que ardía en múltiples puntos con columnas de humo que se alzaban hacia los cielos, había una niebla gris muy espesa. Sobrevolando la niebla estaban cinco dragones: dos rojos, uno marrón, otro blanco y uno azul. Realizaban vuelos pasando a ras de la neblina y enviaban sus alientos elementales sobre la ciudad.

—No creo que esos dragones puedan ver lo que están atacando con esa bruma tan espesa —comentó Lasgol, que la observaba con detenimiento. Parecía humo pesado que el viento no podía llevarse.

—Es la bruma… de las almas… —dijo Sirepetus.

—¿Bruma de las almas? Eso no suena muy bien —Nilsa torció el gesto.

—La creáis vosotros, ¿no? —preguntó Ingrid al mago.

Sirepetus asintió.

—Así es. Cubrimos la ciudad de bruma de almas para que los dragones no puedan verla. Atacan a ciegas.

—Y por eso envían a los soldados de Kraido a tomarla —dedujo Gerd.

—Pero no lo logran —dijo Sirepetus.

—¿Cómo los rechazáis? ¿Tenéis un gran ejército? —preguntó Ingrid.

—Yo creo que es algo más perverso que eso —Viggo enarcaba una ceja.

—Considerarlo perverso o no es cuestión de quién lo evalúa —Sirepetus se encogió de hombros.

—Supongo que pronto lo sabremos —dijo Lasgol—. Hay que entrar.

—La muralla este no está siendo atacada. Hay poco espacio hasta el acantilado para que un ejército maniobre —señaló Ingrid frente a ellos.

—No más de veinticinco pasos —calculó Lasgol.

—¿Cómo vamos a entrar? No hay puerta en este lado —preguntó Nilsa.

—Acerquémonos hasta la muralla y podremos entrar —dijo Sirepetus.

Todos lo miraron intrigados.

—¿Seguro? Nos pueden ver los dragones si salimos al descampado —advirtió Ingrid.

—Seguro, debemos acercarnos al centro de la muralla este —Sirepetus señaló el lugar con su largo y huesudo dedo.

Ingrid observó el cielo.

—Hay que medirlo bien. Cuando no pase ningún dragón…

Aguardaron un momento vigilando el vuelo de los cinco dragones. Como realizaban pasadas en diferentes ángulos y direcciones, tuvieron que esperar a estar seguros.

—¡Ahora! ¡Vamos! —Ingrid se levantó y echó a correr como una gacela.

Los demás la siguieron. Nilsa ayudaba a Hitz y Gerd y Lasgol se quedaron a los lados de Sirepetus para ayudarlo, ya que no iba a correr muy rápido.

Gerd iba mirando al cielo con expresión de preocupación. Si uno de los dragones los veía en la explanada estarían muertos. Allí al descubierto poco podrían hacer.

De pronto de entre la bruma de las almas vieron formarse lo que parecía un espíritu que fue tomando un tamaño enorme. En un instante se volvió gigantesco, más grande que los dragones. Era impresionante… Surgía de la bruma, como si se alimentara de ella o estuviera formado por la misma sustancia, pero era sin duda un espíritu, con su inconfundible cara deforme y expresión de horror insondable y sufrimiento.

—Por todos los… —Gerd trastabilló y estuvo a punto de irse al suelo.

Lasgol lo sujetó y también a Sirepetus, que miraba al espíritu gigantesco y casi se fue de bruces con Gerd.

—El Espíritu Vengador —dijo el mago con tono de orgullo—. Él nos defiende de los dragones.

Ingrid, Nilsa, Hitz y Viggo ya habían llegado a la muralla y les hacían señas para que se apresuraran.

—¿Qué hacéis mirando al cielo? ¡Corred! —gritó Ingrid.

—¿Pero se puede saber qué os pasa? ¿Es que habéis visto un fantasma? —preguntó Viggo.

Miró hacia arriba, pero la muralla le tapaba la visión del gigantesco espíritu.

Lasgol se dio cuenta de que estaban parados al descubierto.

—Corramos —tiró de Gerd y Sirepetus.

Llegaron hasta la pared de roca.

—¿Todo bien? —preguntó Nilsa preocupada.

—Hay un… espíritu vengador gigante en medio de la ciudad —explicó Gerd.

—Del tamaño de tres dragones —añadió Lasgol.

—Se os ha ido la cabeza —Viggo echó a correr hasta librar con su vista la muralla y conseguir ver al gigantesco espíritu.

—¡Por todo el oro de York! ¡Pedazo espíritu!

—¡Ven aquí, merluzo! —gritó Ingrid y le señaló el pie de la muralla.

Viggo corrió al sitio indicado.

—Es espectacular. ¿Me puedes hacer uno? —preguntó a Sirepetus.

—El gran Espíritu Vengador es un conjuro poderosísimo. Se requiere de una decena de magos de espíritu para conjurarlo y por supuesto de infinidad de almas, además de a nuestro gran líder que es quien lo invoca.

—A mí eso de infinidad de almas no me ha sonado nada bien —Nilsa arrugó la frente y miró a Hitz por si lo había traducido mal, pero el intérprete no hizo ninguna corrección.

—No tenemos tiempo para esto ahora —dijo Ingrid—. Hay que entrar. Sirepetus, ¿cómo entramos? ¿Una escala? ¿Cuerdas?

El mago negó con la cabeza.

—Con magia —susurró y se puso a conjurar mirando hacia la muralla.

Viggo resopló.

—Este nos va a crear una escalera de espíritus, ya veréis, y nos vamos a dar un tortazo de los buenos.

—Calla y déjale conjurar —dijo Ingrid.

Viggo se encogió de hombros y puso cara como queriendo decir «yo ya os he advertido».

Sirepetus conjuraba en un susurro mientras desde la ciudad los gritos del combate y los rugidos de los dragones eran ensordecedores. Cualquier persona en su sano juicio huiría de aquel lugar. Sin embargo, las Panteras de las Nieves se disponían a adentrarse de cabeza, una vez más.

El mago terminó de conjurar y con sus manos señaló la muralla frente a él. Luego abrió los brazos. Del centro de su torso surgió un espíritu atormentado que se dirigió directo a la muralla frente al mago. Llegó levitando hasta la pared de roca y entró en ella desapareciendo en el interior, como un auténtico fantasma.

Todos observaron sin saber muy bien qué pensar. De pronto, otro espíritu salió de la muralla. Este también era de horror, pero más

grande. Atravesaba la pared de roca, pasando del interior de la ciudad al exterior.

—Pedimos entrada en el reino de los espíritus —pidió Sirepetus bajando la cabeza y permaneciendo con los brazos abiertos.

El espíritu, del doble de tamaño que un hombre fuerte, miró a Sirepetus con su desfigurada cara de sufrimiento y por un momento no hizo nada.

El grupo estaba tenso. Todos tenían los arcos en las manos y una flecha en la cuerda, si bien no tenían muy claro qué haría eso contra un espíritu inmaterial. Las flechas lo atravesarían sin causarle daño alguno.

El espíritu de la muralla no dijo nada, ni hizo ningún ruido. Parecía que no podía hacer ambas cosas. Abrió los brazos tal y como lo hacía Sirepetus. Luego se retrasó y quedó embebido en la muralla.

—Adelante, entremos por él —dijo Sirepetus y señaló al espíritu.

—Lo has traducido mal… no ha podido decir eso —dijo Viggo a Hitz.

—Ha dicho eso, seguro —replicó el intérprete.

—¿Cómo que entremos por él? —preguntó Viggo directamente a Sirepetus.

—A través de él —especificó el mago.

—Este ha perdido la cabeza —Viggo hizo un gesto de que el mago estaba loco y se apartó de él.

—¿Quieres que entremos atravesando al espíritu y la muralla? —preguntó Lasgol, al que aquello también le parecía muy extraño.

—Así es. El espíritu de la puerta nos la abre.

—Ahí no hay ninguna puerta. Hay una pared de roca —dijo Viggo.

—El espíritu es la puerta —explicó el mago.

Nilsa e Ingrid arrugaban la frente. No estaban muy convencidas.

Lasgol decidió comprobarlo. No podían perder tiempo allí, los iban a descubrir. Se acercó hasta el espíritu en la pared. Era curioso el efecto óptico. Parecía que la pared tenía una especie de venda o sábana muy fina delante con la forma del espíritu. Suspiró y alargó la mano. Para su sorpresa, no tocó pared, sino que despareció en el cuerpo del espíritu. Avanzó y su brazo traspasó el interior de la muralla. No sentía dolor.

Se volvió hacia sus compañeros.

—Voy a entrar.

—¿Estás seguro? —preguntó Ingrid.

—Si no salgo, no entréis —dijo y entró.

Hubo un momento de silencio y expectación.

—El rarito está chalado —Viggo negaba con la cabeza.

Un momento más tarde Lasgol apareció de vuelta.

—Entrad, es seguro.

Ingrid miró a Nilsa y Gerd, los dos se encogieron de hombros.

—Vamos todos —hizo un gesto Ingrid.

Un momento más tarde entraban por el cuerpo del espíritu y atravesaban la muralla. Lasgol tuvo la sensación de que se colaban por una puerta trasera que solo los magos conocían. No sintieron dolor, solo oscuridad que desapareció tras un momento para ser remplazada por luz apagada, la del otro lado de la muralla.

Estaban dentro.

Lo primero de lo que se dieron cuenta fue de que la bruma cubría no solo las alturas, sino toda la ciudad. Era como si una niebla espesa se hubiera quedado de forma permanente cubriendo todas sus calles, plazas y rincones y se elevaba unos doscientos pasos hacia las alturas.

—La bruma de las almas cubre la ciudad por completo… —comentó Gerd observando aquel extraño efecto.

—No se debería ver a los dragones desde aquí abajo, pero se les ve… —se dio cuenta Nilsa mirando hacia el cielo cubierto con ojos

muy grandes.

—Y al gigantesco espíritu que lucha con ellos —añadió Gerd.

—¿Qué hace el gigantón de bruma ese? Parece querer abrazar a los dragones —preguntó Viggo.

Miraba los movimientos del espíritu, que se desplazaba sobre la bruma como si levitara sobre ella.

—¿Cómo es que los vemos a través de la bruma? Desde fuera era densa, no dejaba ver la ciudad bajo ella —preguntó Lasgol a Sirepetus.

El mago miró hacia arriba.

—La bruma de las almas es especial. Permite mirar al cielo, al enemigo, pero a él no le permite mirar abajo.

—Este cada vez da explicaciones más raras —expresó Viggo con gesto de contrariedad.

—Esta magia de espíritus y almas es de lo más extraña —comentó Nilsa.

—Mirad, se lucha de forma encarnizada en las almenas de las murallas norte y sur —Gerd las indicó con el dedo índice.

—Sí, soldados de Kraido y defensores —identificó Ingrid.

Lasgol observó el combate un momento. Los defensores vestían de gris, llevaban armaduras pesadas de acero y luchaban con lanza o espada. Eran lentos y sus golpes pesados, pero estaban bien acorazados. Los de Kraido eran soldados del ejército de Osc-Belz-Hil, el rey dragón negro. Pudo identificar a Tauruk-Kapro y Drakónidos atacando a los defensores con potentes golpes de sus fuertes cuerpos.

Lasgol notó que los ojos le escocían. Dedujo que era de la bruma que les rodeaba.

—Esta bruma afecta los ojos.

Sirepetus asintió.

—Así es. En la ciudad, en medio de la bruma, necesitáis llevar esto —dijo y sacó unas vendas de uno de sus bolsillos. Les dio una a

cada uno—. Ponéoslas sobre los ojos y atadlas detrás de la cabeza —dijo mientras les mostraba cómo hacerlo.

—¿En serio tenemos que vendarnos los ojos? —Viggo no estaba nada de acuerdo.

—No es vendarse los ojos, es protegerlos. Estas vendas son muy finas y permiten ver, al mismo tiempo que protegerán vuestros ojos de la bruma —dijo Sirepetus.

—Ponte la venda y no protestes —dijo Ingrid, que ya se había puesto una.

Lasgol se ajustó la suya. Podía ver, aunque como era de esperar, la gasa de aquella venda entorpecía algo la visión.

—Parece que estoy mirando a través de una cortina —opinó Nilsa.

—Pero no escuecen los ojos —se animó Gerd.

—¡No veo ni a tres pasos con este paño en los ojos! —protestó Viggo.

—No seas exagerado. Es una venda muy fina y se ve perfectamente —dijo Ingrid.

—Debemos movernos. Tenemos una misión que cumplir. ¿Dónde está el líder de la Hermandad de los Espíritus? —preguntó Lasgol a Sirepetus ciñéndose al plan.

—Nuestro líder, Ardizain, está en el gran Templo de los Espíritus.

—Llévanos allí —pidió Ingrid.

—Ahora no es un buen momento. Está creando la bruma y el Espíritu Vengador para defender la ciudad.

Ingrid lo pensó un momento.

—Llévanos hasta él de todas formas. Te prometo que no le interrumpiremos ni pondremos en peligro la defensa.

—No sé si es lo mejor…

—Debemos hablar con él. Quizá no pueda ser ahora, pero llévanos hasta él y esperaremos a que pueda —insistió Ingrid.

Un dragón pasó rugiendo sobre sus cabezas.

—De acuerdo os llevaré hasta él, pero recordad que no podéis molestarlo mientras dure el ataque.

—Vamos —dijo Ingrid.

Echaron a correr por una vía principal. Muchas de las casas y edificios estaban muy dañadas. Se apreciaba que habían sido castigados por diferentes ataques elementales. El fuego era el más predominante, pero también habían sido afectadas por piedra, rayos, vientos y hielo. Lasgol se dio cuenta de que los dragones no podían ver a través de la bruma, pero eso no les impedía enviar sus alientos elementales contra lo que fuera que hubiera abajo.

Según lo pensaba, el dragón azul que habían visto descendió cruzando la bruma con sus garras y se llevó por delante un par de tejados al golpearlos con fuerza para luego volver a elevarse.

—No verán nada, pero atacan de todos modos —comentó Ingrid.

—Los dragones encuentran la forma de destruir y matar, pese a lo que nos esforzamos por impedirlo —dijo Sirepetus.

Lasgol vio que el dragón marrón hacía lo mismo más adelante, hacia el oeste, y golpeaba otro edificio de aspecto religioso, como una iglesia. Destruyó el campanario del golpe y luego se elevó.

Yatro aguantaba, pero los dragones y ejércitos de Kraido terminarían por tomar la ciudad. Esto le produjo una sensación de enorme lástima. Otro reino que caía ante los dragones después de haber aguantado y sufrido lo indecible.

Un nuevo rugido le alertó. Otro dragón andaba cerca. Se concentró en la tarea a realizar, debían sobrevivir y continuar con la misión.

Capítulo 40

Según corrían por las calles de la ciudad, Lasgol y sus compañeros se percataron de que había soldados defendiendo las murallas y algunas plazas, pero no se veían ciudadanos, que debían de estar ocultos por el ataque. A Lasgol no le pareció raro, aunque por lo general se veían a algunos en funciones de asistencia ejerciendo como camilleros o portando agua y comida a los soldados.

Otra cosa que llamó la atención de Lasgol era que había infinidad de edificios religiosos en la ciudad. Junto a cada uno había un horno alto con chimenea. Pasaron al lado de un par de ellos que habían sido castigados. Los tejados de las iglesias estaban dañados, así como las chimeneas cuya parte superior había sido destruida. Aquella combinación de iglesia con horno le dejó pensativo. ¿Por qué razón sería así?

Lasgol notó que le costaba respirar y, aunque la venda protegía, le picaban los ojos.

—Poneos los pañuelos de Guardabosques —dijo Ingrid.

—Y las capuchas, esta bruma se cuela por todos lados —comentó Nilsa.

Lasgol pudo discernir en medio de la gran bruma lo que parecían copos de nieve, cosa que no podía ser porque la temperatura era cálida. Extendió una mano y lo que cayó en ella era una especia de ceniza blanca. Imaginó que sería de los hornos.

No se equivocó. Un poco más adelante vieron una docena de iglesias con sus hornos humeando. Fuera lo que fuera que estuvieran quemando subía a los cielos y volvía a caer en medio de la bruma. Esto debía ser lo que hacía que les escocieran los ojos.

—¿Qué demontres están quemando en esos hornos? —preguntó Viggo que se levantó la venda de un ojo para mirar.

Nilsa se colocaba bien la suya y Gerd tosía con la mano en su pañuelo de guardabosques.

—Si seguimos por las calles mucho tiempo no vamos a poder ver nada y tampoco respirar, incluso con estas protecciones —dedujo Ingrid.

—No es aconsejable atravesar la bruma de las almas —dijo Sirepetus.

—¿De verdad? No me digas… —respondió Viggo con ironía.

—Ya nos estamos dando cuenta —dijo Ingrid—. A ti no parece afectarte —dijo al mago.

—Con el tiempo uno se acostumbra a este entorno tóxico.

—¿Tóxico? —Ingrid se detuvo y con ella sus compañeros.

Sirepetus asintió.

—Es un mecanismo de defensa contra los dragones —explicó —. La bruma de las almas no solo no les permite ver, sino que les daña los ojos si entran en ella.

Lasgol, que sentía los suyos muy irritados, se daba cuenta de que así era.

—Explícate —pidió Ingrid.

—Los dragones tienen ojos más sensibles que los nuestros. Es una de sus pocas debilidades si no la única, cree la mayoría. Por eso atacamos con este ambiente ácido.

—¿Ponéis ácido en la bruma? —preguntó Lasgol algo alarmado.

—Hacemos que la bruma sea ácida.

—¿Con magia? —preguntó Nilsa.

—No, con roca caliza.

En ese momento Lasgol entendió lo de los hornos.

—Están creando cal —dijo señalando uno junto a una iglesia a su derecha.

—Así es —confirmó Sirepetus—. Cal que luego enviamos a la bruma de almas. Por eso veis todos estos hornos en funcionamiento.

Observaron a su alrededor. Los ojos cada vez les ardían más, por lo que poco podían ver, pero las columnas de humo de los hornos las diferenciaban. También la especie de ceniza que caía y cubría el suelo y los edificios.

—¿Y cómo creáis la bruma de las almas? —preguntó Nilsa enarcando una ceja.

Sirepetus suspiró.

—Es difícil explicarlo.

—¿Puedes mostrárnoslo? —Lasgol estaba cada vez más interesado en aquel extraño mundo en el que habían entrado.

—Puedo, pero mejor vamos al templo y así os resguardáis del efecto nocivo de la bruma. Seguidme —dijo y avanzó avenida abajo.

Pasaron cerca de un par de iglesias con sus chimeneas, pero Sirepetus continuó sin detenerse. Cogió una avenida que parecía más grande y aceleró el paso. Los demás le siguieron.

Avanzaron pegados a la pared sur con los arcos preparados. Los gritos del combate en las almenas y murallas eran desgarradores.

El gran espíritu vengador de dimensiones colosales consiguió envolver a uno de los dragones sobre la bruma, el marrón.

—Pero… ¿qué hace ese espíritu, dar abrazos a los lagartijos voladores? —preguntó Viggo, que no entendía la táctica de la gran creación.

—El espíritu lucha contra los dragones —corrigió Sirepetus.

—¿Luchar? ¿Cómo? Su magia no les hará nada —preguntó Nilsa.

—La magia del gran espíritu no atraviesa las defensas mágicas de los dragones y no puede penetrar sus cuerpos, eso es cierto.

—¿Entonces? —preguntó Gerd.

—Lo que el gran Espíritu Vengador hace es impedirles atacar. Les lleva la bruma de las almas y los envuelve en ella para afectar a sus ojos.

—Ese es un enfoque interesante —Lasgol observaba al descomunal espíritu envolver al dragón e ir con él.

—No lo termino de entender… —dijo Gerd.

—El espíritu esparce la bruma llena de cal sobre sus ojos —explicó Ingrid.

—Observadlo un momento —dijo Sirepetus y se detuvo a descansar y recobrar el aliento.

Miraron hacia él. Al rodear al dragón marrón, éste sacudió la cabeza, molesto, y rugió de rabia. Salió volando hacia arriba a toda velocidad. El espíritu lo envolvía y no quería dejarlo ir. Al cabo de un momento, el dragón voló hacia las alturas dejando atrás al espíritu. De inmediato el Espíritu Vengador se sumergió en la bruma y volvió a alzarse sobre ella. Al hacerlo infinidad de partículas de lo que parecía polvo o suciedad se izaron con él. Era la cal.

Sin perder un instante se dirigió a por el dragón blanco, buscando rodearlo, envolverlo, para impregnarlo.

—Creo que ya entiendo la estrategia —asintió Gerd.

—Lo que no entiendo es cómo conseguís que siendo un espíritu incorpóreo lleve la bruma con cal hasta los dragones —dijo Ingrid.

—Eso es porque está formado por esa misma bruma, se nutre de ella y al mismo tiempo impregna todo cuanto envuelve.

—Ese enfoque es muy creativo y sorprendente —felicitó Lasgol.

—Gracias. Trabajamos con lo que tenemos: nuestra magia de espíritus y unas minas cercana de cal. Ya habíamos experimentado con fuego contra los dragones, pero no tuvimos mucho éxito. La bruma la generamos para defender la ciudad, ocultándola. Le fuimos añadiendo sustancias en busca de alguna que dañara a los dragones y les impidiera destruir todo. Al mezclar la bruma con la cal descubrimos que afectaba a los ojos de los dragones. No aguantan más que una media docena de pasadas en medio de la bruma y luego se retiran con los ojos dañados.

—Pues tenéis suerte de que no ataquen con los ojos cerrados —dijo Viggo.

—¿Podrías hacerlo tú? —preguntó Sirepetus.

—Nunca lo he intentado… no lo descarto. Seguro que podría —Viggo levantó la barbilla.

—No seas tan creído. No podrías —dijo Nilsa.

—Además, los dragones no pueden volar con los ojos cerrados. Se estrellan —añadió Ingrid.

—Exacto. Esta defensa nos permite afectar su habilidad de atacar y volar. No es todo lo eficiente que nos gustaría, pero es todo lo que hemos conseguido hasta el momento.

—¿Y ese gran espíritu? ¿Cómo surgió? —preguntó Gerd.

—Creamos el gran espíritu para que llevara la bruma a ellos, ya que cuando atacaban hacían demasiado daño antes de quedar inhabilitados. El gran espíritu es nuestro defensor.

—¿Y no lo destruyen? —preguntó Lasgol.

—La magia de los dragones es elemental y mental. No tienen magia que pueda afectarle.

—Ese es un gran descubrimiento —opinó Lasgol.

—Sin duda —se unió Ingrid.

—Mejor seguimos. Me van a sangrar los ojos —se lamentó Nilsa.

—Sí, corramos —opinó Gerd.

Echaron a correr. Sirepetus iba tan rápido como podía por la gran vía.

Los demás sufrían los efectos de la bruma de cal. Les costaba respirar y los ojos cada vez estaban más doloridos, sangrantes. Estar en la bruma era malo para la salud, de eso no les quedó ninguna duda.

Por fin avistaron el gran Templo de los Espíritus. Era inconfundible al ser, como una de las tantas iglesias, pero diez veces más grande, no a lo alto, sino a lo ancho. Tenía una extensión de más de una manzana y unas diez chimeneas en la parte posterior el doble de grandes que las que habían visto hasta el momento.

—Ya casi estamos —alentó Sirepetus.

—Más te vale, ya no puedo abrir los ojos —dijo Viggo al que le caían lágrimas por las mejillas.

Según se acercaban al templo Lasgol se dio cuenta de que la columna de humo de la chimenea más cercana en realidad era dos. No había podido verlo antes, pero una salía de la que veían y la otra de una segunda chimenea más pequeña que parecía surgir de la pared de la iglesia. Esto le pareció muy raro.

—Será mejor que no estéis quemando gente ahí dentro —dijo Viggo a Sirepetus según llegaban a la iglesia. Debía haber visto lo mismo que Lasgol.

—No hacemos tal cosa, te lo aseguro.

—Pues pinta de hacerlo tenéis tú y todo esto que tenéis montado aquí.

Lasgol tuvo que admitir que esta vez Viggo no estaba muy desencaminado. Él también había pensado que quizá estuvieran quemando cuerpos. Debía ser por lo siniestro del mago y el entorno.

Al entrar en el gran templo, que tenía las ventanas tapiadas, Sirepetus cerró la puerta doble tras ellos. Se encontraron en un edificio enorme, alargado, alumbrado por velas en cada esquina y un brasero de gran tamaño en el centro. No había nadie allí.

De inmediato sintieron que los ojos les picaban menos.

—No hay bruma aquí dentro —se dio cuenta Ingrid.

—No. La bruma es para el enemigo, aquí, en la casa de la Hermandad todos somos bienvenidos.

—¿Todos? Aquí no hay nadie. Esto parece un funeral —dijo Viggo.

—No hay que precipitarse en las conclusiones. Lo que ves no es lo que realmente hay aquí.

Viggo se volvió hacia Hitz.

—¿Seguro que estás traduciendo bien? El mago este empieza a hablar en plan poético retorcido.

—Intento… traducir… tan bien como puedo —Hitz puso cara de que lo sentía.

—No te metas con Hitz, lo está haciendo muy bien —dijo Nilsa.

Ingrid miraba alrededor.

—¿Este es vuestro templo? Me esperaba otra cosa.

—Nuestra Hermandad es un poco diferente a las otras organizaciones religiosas de Tremia. Somos… de otra forma.

—Por qué no me extraña… —comentó Viggo con acidez en el tono.

—Pero sois una hermandad religiosa, ¿no? —quiso que le clarificara Ingrid.

Todo lo que veía era piedra gris, sin un altar desde el que orar ni sillas para sentarse y rezar. Tampoco había símbolos religiosos de ningún tipo. En las paredes había pintados espíritus atormentados de diferentes tipos y tamaños.

—Lo somos. Aquellos que creen en el espíritu y el alma y su poder sobre la carne y la materia.

—Este lugar está desierto y es bastante tétrico con esas representaciones de espíritus grotescos. ¿No ibas a mostrarnos cómo se crea la bruma de almas? —dijo Nilsa.

—Y llevarnos hasta tu líder —añadió Ingrid.

—Sí, por supuesto. Seguidme.

Sirepetus fue hasta el brasero en medio de la iglesia y se situó frente a él. Alargó la mano y tiró de una de las patas de metal. Al hacerlo ésta cedió y se oyó un *clic* metálico. Un momento después, tras el brasero, el suelo se abría con un crujido de piedra raspando sobre piedra.

—Un pasaje secreto, esto mejora por momentos —comentó Viggo negando con la cabeza.

—Bajo tierra es donde el espíritu y el alma reposan.

—Estos magos clericales son de lo más perturbadores —Viggo puso cara de disgusto.

—Tenemos que ver qué hay ahí abajo —dijo Ingrid.

Viggo asintió.

—Que vaya el rarito por delante, esta es su especialidad.

Lasgol miró a Viggo y luego le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Adelante, Sirepetus, te seguimos —dijo Lasgol y comenzó a invocar su tabla precombate de habilidades por si acaso.

Según bajaban las escaleras de piedra el cuerpo de Lasgol iba emitiendo los destellos verdes.

Descendieron dos pisos hasta que aparecieron en una amplia estancia iluminada por velas. Al otro extremo de la misma había una puerta de metal muy sólida.

Sirepetus se dirigió hacia la puerta y los demás le siguieron en fila de a uno con Lasgol en cabeza, seguido por Ingrid, Viggo, Nilsa, Gerd y Hitz cerrando el grupo.

—Es aquí —anunció al llegar frente a la puerta.

Lasgol vio que tenía grabados de espíritus deformes, como si fueran runas explícitas. De pronto destellaron en gris. Lasgol sintió la magia y el vello de su nuca se erizó.

—Magia… —advirtió a los suyos.

—No hagas una tontería —advirtió Viggo a Sirepetus.

—La sala está guardada. Nuestro líder necesita protección —dijo el mago y levantó las manos.

De pronto, de las runas de la puerta comenzaron a surgir una docena de espíritus tormentosos que se formaron ante ellos. Eran del tamaño de una persona y todos tenían rostros horripilantes de sufrimiento y dolor. Levitaban a un palmo del suelo y sus pies esqueléticos colgaban inertes.

—Los Guardianes. No hagáis nada, por favor —pidió Sirepetus.

El grupo aguardó en tensión. Todos tenían los arcos en las manos y estaban preparados para actuar.

Los espíritus comenzaron a moverse a su alrededor. Despacio primero, observándolos, y con más rapidez tras un momento.

—Yo, Sirepetus, mago de espíritus, pido permiso para entrar en el gran templo con mis invitados —anunció.

Los espíritus parecieron no oírlo porque continuaron pasando cerca de cada persona del grupo, cada vez con movimientos más rápidos. Levitaban y se movían con gran velocidad en cualquier dirección, pero no los tocaban.

Lasgol dedujo que aquellos eran movimientos intimidatorios. Si querían atacar no habría forma de evitarlo.

De pronto la puerta destelló en gris y comenzó a abrirse.

El grupo miró hacia el interior. Podían ver una luz blanquecina.

Sirepetus entró una vez terminó de abrirse y todos lo siguieron, raudos. Ninguno quería quedarse en presencia de los espíritus.

Lo que vieron al cruzar la puerta los dejó completamente pasmados. Se encontraron una sala subterránea descomunal, de una proporción gigantesca, mucho más grande que el templo que tenían encima. En el fondo se veía una docena de miembros de la Hermandad. Cubriendo el suelo descubrieron a miles de personas tumbadas. De cada una de ellas surgía un hilo de bruma blanca. Parecía que se les escapaba el espíritu y que se dirigía a un gran contenedor cilíndrico en medio de la estancia. Del contenedor subía un tubo hacia el techo.

—¿Les están robando el espíritu? —preguntó Nilsa con ojos de incredulidad.

—Les absorben el alma —dijo Gerd con expresión de estar horrorizado.

—Es su energía vital —corrigió Lasgol, que observaba con ojos entrecerrados.

—Es todo —afirmó Sirepetus.

Las personas tumbadas en el suelo tenían los ojos cerrados y permanecían inmóviles mientras sus almas abandonaban sus cuerpos lentamente para formar parte de la bruma que cubría la ciudad.

—Lo dicho, de lo más fúnebre que he visto en mi vida —opinó Viggo.

Por una vez, todos estuvieron de acuerdo con el asesino.

Capítulo 41

—¿Así es como creáis la bruma de las almas? —preguntó Ingrid a Sirepetus.

—Así es. Cuando los dragones atacan y es necesario crearla, se da la alarma. En ese momento cada ciudadano se dirige a una iglesia o a este templo, lo que tenga asignado por la Hermandad.

—Y aquí les chupáis la vida —dijo Viggo con tono de reproche.

—No es eso lo que hacemos. Extraemos parte de su espíritu para crear la gran bruma que nos defiende a todos.

—Pero hay muchas iglesias… —expresó Lasgol, que no entendía cómo eran capaces de atenderlas todas.

—Las hay, porque debemos mantener la bruma estable. Se alimenta de un centenar de iglesias repartidas por toda la ciudad, además de este gran templo central.

—¿Cómo mantenéis todas las iglesias? —preguntó Ingrid con expresión de estar intrigada.

—Cada iglesia tiene hermanos que se encargan de ella.

—¿Hermanos con o sin magia? —preguntó Gerd.

—Sin magia. Luego estamos nosotros, los bendecidos con la habilidad de interactuar con el espíritu a través de nuestra magia. Somos doce magos de espíritus los que quedamos con vida, más nuestro líder. Cuando hay un ataque cada uno de nosotros se encarga de una docena de iglesias. Nuestro líder y uno o dos magos de espíritus atienden el gran templo, donde más gente se reúne.

—Pues tendréis que correr de lo lindo —dijo Viggo.

—Está estudiado. La ciudad… lo que queda de ella, está dividida en diez parroquias con su iglesia. Cada mago está siempre en su parroquia, a menos que lo requiera nuestro líder.

—Vaya, pues sí que lo tienen bien organizado —comentó Nilsa con un gesto de sorpresa positiva.

—Nosotros creamos los conjuros que se encargan de obtener la energía del espíritu de los ciudadanos que luego alimenta la bruma.

—Parece peligroso, o cuanto menos debilitante. No tienen buen aspecto que se diga —dijo Ingrid y se agachó para contemplar el rostro de los que tenía cerca.

—Nadie está obligado a hacerlo. Todos ellos vienen libremente —Sirepetus señaló a los ciudadanos tendidos en el suelo—. Se sacrifican por la ciudad. ¡Todos nos sacrificamos por ella! Los soldados luchan, nosotros usamos nuestra magia y ellos aportan su espíritu. Solo colaborando todos juntos conseguimos hacer frente a los dragones y salvar la ciudad.

—Sigue sin convencerme lo más mínimo. Esto tiene muy mala pinta —expresó Viggo arrugando la frente.

—Estoy bastante de acuerdo con él, por una vez —comentó Nilsa.

—Es natural que a unos extranjeros esto les parezca fúnebre, extraño o antinatural, pero puedo aseguraros de que aquí rara vez muere nadie y todos ayudan a que sigamos con vida.

—Ya, ¡qué otra cosa vas a decir! Para mí que están secuestrados y van a morir casi todos para que os salvéis vosotros —opinó Viggo.

Lasgol observaba los miles de cuerpos y la energía siendo sustraída de ellos. La hipótesis de Viggo no era para nada descabellada. Aquello era escalofriante… allí abajo, casi en penumbras, todos aquellos cuerpos y el gran acumulador cilíndrico en mitad de la gigantesca sala. Les estaban extrayendo la energía vital. Si fuera mágica, hasta le parecería entendible, pero extraer la energía vital era lo mismo que matar a alguien poco a poco. Si no se andaban con mucho cuidado aquellas personas morirían. No estaba seguro de cómo sabía aquello, pero lo sabía. No intentó recordarlo porque sabía que sería inútil. En momentos como aquel, cuando necesitaba recordar algo importante y no podía, la frustración le subía del estómago a la garganta.

—¿Nos estás contando toda la verdad? —preguntó Ingrid al mago.

—Casi toda, sí.

—Yo no me fío mucho de este —dijo Viggo señalando al mago con el dedo pulgar.

—Debemos recordar para qué estamos aquí —dijo Lasgol.

—Cierto, el Condensador de Almas —asintió Ingrid.

—Espero que no sea tan grande como esa cosa a la que va la energía de todos estos desdichados —deseó Nilsa.

—No, eso es un Acumulador de Almas. Aquí es muy grande, en las iglesias es más pequeño.

—¿Y el condensador? —preguntó Lasgol.

—Es portable, no os preocupéis.

—Vamos con tu líder, tengamos una charla agradable —dijo Viggo.

—Espero que podamos llegar a un entendimiento. Si no es así, os suplico que no intentéis nada. Nos veríamos obligados a liberar los espíritus y es algo muy desagradable y mortal.

—¿Nos acaba de amenazar el paliducho fantasmagórico este? —Viggo apuntó con el arco a Sirepetus.

—Viggo… Tranquilo —dijo Ingrid.

—No es una amenaza, solo un consejo amistoso.

—Sí, ya… tú, tu Hermandad y todo esto sois de lo más amistosos.

—Adelante, llévanos con tu líder —dijo Ingrid a Sirepetus.

Caminaron siguiendo un pasillo despejado por el centro de la inmensa estancia subterránea. Según avanzaban, a ambos lados del pasillo podían ver a los ciudadanos de Yatro entregando su espíritu por salvar la ciudad. Era una imagen que al mismo tiempo resultaba nefasta y meritoria si lo hacían por voluntad propia, que era lo que el grupo no tenía del todo claro.

Llegaron a la mitad de la sala y pasaron junto al gran acumulador. Lasgol sintió que había gran cantidad de energía en su

interior y también la poderosa magia de espíritus que la hacía funcionar. Se dio cuenta de que la energía era extraída de los cuerpos por el acumulador, que actuaba como una máquina de succión. Esto le preocupó. Aquel artilugio podría hacer lo mismo con ellos si los magos de espíritus así lo veían conveniente.

Según se acercaban a la docena de figuras las pudieron ver mejor. Había cuatro soldados que vestían armadura de placas pesada completa. No se veía nada de sus cuerpos pues estaban dentro de la acorazada armadura de metal. Iban armados con un espadón enorme de a dos manos que agarraban frente a ellos en pose de descanso. Los yelmos tenían el visor bajado y no se les veían los ojos. Eran hombres altos y fuertes, casi tanto como Gerd. En el torso sobre la coraza llevaban un emblema, el de una cara de espíritu de terror, el mismo que la Hermandad. Estaba claro que pertenecían a ella.

En el centro, entre los soldados, había tres magos de espíritus. Dos de ellos vestían la misma vestimenta que Sirepetus. Por su aspecto demacrado, su piel clara y venosa y la cabeza afeitada, eran inconfundibles.

El que estaba en medio, sin embargo, era un mago de espíritus algo diferente. Era grueso, musculoso y alto, como los soldados. Vestía similar a los magos, pero en su torso había tres caras deformes en lugar de una. En una mano llevaba un largo cetro de plata que terminaba en una gran piedra preciosa. Parecía un enorme rubí por su color de sangre. No había duda de que era el líder de la Hermandad.

Tras ellos había media docena de lo que parecían frailes con largas sotanas grises y el símbolo de la Hermandad en el torso. Llevaban también la cabeza afeitada, pero no estaban demacrados ni su color era tan pálido. Debían ser miembros de la Hermandad sin magia.

Sirepetus se detuvo frente a su líder y los demás se situaron detrás.

—Veo que mi querido hijo regresa a la Hermandad sano y salvo —dijo el líder a Sirepetus y sonrió.

—El Espíritu me ha sido favorable.

—Me alegra el alma verte bien. Viajar a tierras extranjeras es siempre muy peligroso. Solo en la Hermandad, con tus hermanos, estarás siempre a salvo.

—Una gran verdad, mi señor —Sirepetus se agachó hasta tocar con la frente las rodillas.

—Me traes visita, según veo.

—Sí, mi señor. Son enviados de York —dijo y se apartó hacia los suyos para dejar al grupo ante su líder.

—Bienvenidos a Yatro, ciudad de la Hermandad de los Espíritus. Yo soy Ardizain, su líder.

—Gracias por recibirnos —dijo Lasgol y saludó con respeto agachando la cabeza. Sus compañeros lo imitaron.

—No es habitual que tengamos visita, y menos que estéis aquí abajo contemplando nuestros secretos.

—Agradecemos la gentileza. Sabemos que no es el mejor de los momentos —dijo Lasgol.

—Hemos invocado a nuestro gran Espíritu Vengador —respondió Ardizain señalando a los dos magos y a sí mismo—, y él se encargará de ahuyentar a los dragones, como siempre hace.

—¿Y los soldados en las murallas? —quiso saber Lasgol.

—Esos son muy molestos, sí. Pero mis caballeros me informan de que nuestros soldados los rechazarán —señaló a los cuatro soldados de pesada armadura—. No dispongo más que de un momento, así que sed breves.

Lasgol asintió.

—Hemos venido de York porque necesitamos el Condensador de Almas.

Ardizain abrió mucho lo ojos.

—Esa es una petición que no me esperaba. Ya le envié a Urrejaun a un mago de espíritus, como me pidió. ¿Acaso no ha ayudado?

—Lo ha hecho, pero por desgracia no hemos conseguido nuestro propósito con su magia.

—Es una lástima, pero no es problema de Yatro. Yo he cumplido con el trato que hice con Urrejaun.

—Y así lo ve el líder de York. La necesidad del Condensador de Almas es una nueva que ha surgido de nuestras investigaciones con la colaboración de Sirepetus —Lasgol no quería dejar en mal lugar al mago que les había ayudado a llegar hasta allí.

Además, puede que todavía necesitaran de él.

—Me alegro de que nuestro hermano haya sido de valor.

—Su ayuda ha sido inestimable.

Ardizain asintió y sonrió satisfecho. Luego se quedó pensativo.

—Últimamente York tiene muchas peticiones. Imagino que Urrejaun habrá propuesto un pacto, un negocio…

—Así es, por supuesto. Urrejaun ofrece el envío de tres flotas de suministros. Una al mes.

Ardizain asintió varias veces.

—Una propuesta generosa por una herramienta que ni conoce —se volvió hacia Sirepetus—. ¿Por qué lo quieren? ¿Para qué lo necesitan?

—Para condesar energía dorada y poder usarla luego.

Ardizain hizo un gesto de interés.

—Vaya, vaya… Así que creen poder condensar la energía dorada.

—Es una posibilidad, tal y como lo hacemos nosotros —dijo Sirepetus.

—Sí, podría funcionar… —Ardizain se rascó su cabeza calva—. Dime, esta idea es tuya, ¿verdad? Porque ellos no sabían de la existencia del Condensador de Almas.

Sirepetus puso cara de contrariedad.

—Sí… Mi señor me dijo que ayudara en lo posible… ¿No habré obrado mal? Si es así pido perdón…

Ardizain levantó la mano y Sirepetus guardó silencio.

—Imaginaba que ese era el caso. Siendo así, si el experimento es exitoso, demando un cargamento de magia dorada por mes para mis soldados, además de los víveres, claro está.

—No sé si Urrejaun accederá… —a Lasgol le pareció mucha exigencia.

—Es lo justo. La idea es, después de todo, de la Hermandad —señaló a Sirepetus —. Los frutos de esa idea deben ser compartidos.

—No digo que no sea justo, solo que no sé si Urrejaun accederá —dijo Lasgol, que estaba muy tentado a aceptar el trato sin más y ver luego qué pasaba en York.

—Accederá, no te preocupes. Es un buen negocio para todos. Y si no acepta, se queda sin nada.

—Y la Hermandad sin suministros —añadió Ingrid.

—Cierto… Pero creo que me arriesgaré. Algo me dice que este Condensador de Almas nuestro se ha convertido en valiosísimo.

—Si funciona, que no lo sabemos —dijo Nilsa.

—Esperemos por al bien de todos que sí funcione. Uno solo puede esperar y orar al Espíritu —Ardizain abrió los brazos y miró hacia su pecho bajando la cabeza.

—¿Cómo cerramos el trato? Necesitamos llevarnos el condensador con nosotros —preguntó Lasgol.

—Confío en el buen hacer de Urrejaun. Es un buen líder y mejor negociador y querrá rebatir el precio, pero no se opondrá al trato que le ofrezco. Sirepetus, trae el condensador —ordenó Ardizain.

Lasgol resopló por lo bajo. Había temido que Ardizain se negara.

—Gracias, seguro que Urrejaun no se negará —aseguró Ingrid.

—Cuando los negocios favorecen a ambas partes, siempre se llega a un acuerdo —sonrió Ardizain.

Sirepetus apareció con el preciado objeto y todos lo observaron con detenimiento. Parecía un instrumento de metal, una trompa de caza con su parte central circular y enrollada. Tenía dos grandes gemas incrustadas en esa zona.

—Vaya, parece que nos vamos de caza, aunque hay que desenroscar ese metal para sacar las gemas, claro —afirmó Viggo sonriendo.

—No es una trompa de caza y eso no sería nada aconsejable. Esas gemas son especiales y tienen una función: una comprime y la otra enfría. Además de que son muy difíciles de encontrar —dijo Ardizain.

—¿Cómo funciona? —preguntó Lasgol.

—Demuéstraselo, Sirepetus —solicitó el líder.

El mago se acercó al grupo, cogió el extraño artefacto y se colocó la parte amplia y abierta, la campana, sobre el pecho. Lo sujetó con la mano izquierda. Luego con la derecha sacó un vial de cristal y lo colocó al final del instrumento, en lo que parecía la boquilla donde soplar. Cerró los ojos y se concentró. Un momento más tarde separó un poco la trompa de su torso y algo realmente extraño comenzó a suceder. Del torso del mago empezó a salir su energía, su espíritu, y a entrar en la trompa. Todos podían verlo pues la energía era gris y visible.

Sirepetus inspiró relajándose y dejó que su energía fuera entrando en el condensador. Una de las dos gemas, la roja, comenzó a destellar como si estuviera trabajando sobre la energía que iba entrando. Todos observaban sin perder detalle. Un momento más tarde la gema azul empezó a destellar también. De la gema azul comenzó a surgir un chorro de aire helado. Aun estando apartados, todos sintieron que emitía mucho frío.

Y por fin, sucedió. Por la boquilla empezó a salir un líquido gris muy viscoso que cayó al contenedor cristalino. Era la energía del mago, pero en estado viscoso. Sirepetus abrió los ojos y detuvo el proceso. La energía dejó de surgir de su cuerpo. La gema azul dejó de destellar y un momento más tarde lo hizo la roja.

Sirepetus bajó el condensador de almas y les mostró el contenedor con la sustancia gris y viscosa.

—Energía de espíritu condensada —dijo.

—Impresionante —afirmó Lasgol.

—Si es que esa cosa viscosa es en realidad poder mágico —intervino Viggo.

—Lo es, os lo aseguro. Es mi energía en forma líquida, viscosa, consumible.

—El condensador de almas es de lo más peculiar —comentó Nilsa.

—Un invento nuestro. Lo necesitamos para cuando nos atacan y no tenemos suficiente energía de nuestros magos —explicó Ardizain.

—¿Cómo es eso? —preguntó Ingrid.

—Entre ataques todos los magos usan el condensador de almas para extraer su energía y almacenarla en contendores. Luego la usamos para crear la gran bruma y también para mantenerla. Tiene un gran coste y mis queridos hermanos a veces no pueden mantenerla por periodos extendidos, se quedan sin energía. Los ataques son en ocasiones demasiado largos y sin estas condensaciones, no podríamos soportarlos —explicó Ardizain.

—O sea, que es como como leña para el fuego defensivo —razonó Viggo.

—Algo así, sí, pero mucho más complejo. Y esa leña es parte de nuestro espíritu, nuestra alma —dijo Ardizain.

—Entonces podéis tener una reserva impresionante de poder mágico —dijo Lasgol.

Ardizain sonrió.

—Eso pensamos nosotros cuando lo desarrollamos, pero por desgracia no es así. El cuerpo humano, nuestras almas, tienen un límite. Ni pueden aportar energía de continuo, ni tampoco adquirirla. Somos criaturas limitadas —Ardizain hizo un gesto de resignación.

Lasgol pensó que, aunque era muy beneficioso para aquellos con el Don, mejor que tuviera limitaciones. De lo contrario, los magos se convertirían en demasiado poderosos. El universo y la naturaleza eran sabios. Todo tenía una limitación y la magia, no era una excepción. Luego pensó en los dragones y tuvo que reconocer que, si se les hubieran impuesto un par de limitaciones, el resto de los mortales lo hubieran agradecido.

—Toda magia tiene límites —dijo Lasgol.

—Así es, por desgracia —se lamentó Ardizain—. Ahora, si me disculpáis, he de volver a nuestra defensa. La bruma se debilita y debemos aportar nuestro poder.

—Por supuesto —asintió Lasgol.

—Sirepetus os acompañará de vuelta a la salida, pero se quedará con nosotros. Lo necesito aquí. Como veis, los dragones están empecinados en tomar nuestra ciudad y hemos de impedírselo.

El mago de espíritus se inclinó como hacían los de la Hermandad.

—Por supuesto, señor.

—Muy bien, marchamos entonces —dijo Lasgol.

Comenzaron a cruzar la estancia dirigiéndose a la salida por el pasillo entre los cuerpos cuando Lasgol escuchó un cántico fúnebre y se volvió. Ardizain y los otros dos magos de la Hermandad estaban conjurando.

Sus cuerpos brillaron con destellos grisáceos. Un momento después una bruma gris comenzó a cubrir todos los cuerpos del suelo. Avanzaba desde los pies de los tres magos hacia la salida. Lasgol la vio venir hacia él y tuvo un escalofrío. Aquel conjuro iba a extraerles su espíritu para alimentar el gran acumulador. No le gustaba nada aquello. Esperaba que aquellos pobres infelices que habían entregado sus cuerpos a la Hermandad sobrevivieran.

Se dio la vuelta y salió corriendo. Sus compañeros ya estaban en la antesala con los espíritus guardianes.

Capítulo 42

Abandonaron el gran templo de la Hermandad de los Espíritus y comenzaron a cruzar la ciudad de Yatro de vuelta hacia la muralla este. Mientras avanzaban a paso rápido iban mirando alrededor para identificar posibles peligros. Prepararon los arcos y pusieron una flecha en la cuerda por lo que pudiera pasar.

—El gran Espíritu Vengador ha espantado a tres dragones —dijo Sirepetus mirando hacia el cielo a través de la bruma de las almas.

—Me cae bien ese espíritu gigante vuestro, hace bien su trabajo. Mira cómo persigue a otro dragón —Viggo señaló a los cielos, donde la batalla entre el espíritu y los dragones seguía en pleno apogeo.

—El combate en las murallas también continúa —señaló Ingrid hacia el sur, donde en las almenas soldados acorazados se enfrentaban a las fuerzas de Kraido.

El estruendo de la batalla les llegaba de todas direcciones. Por desgracia para Yatro, no estaba ni mucho menos ganada. En algunas zonas de las largas almenas se apreciaba que la victoria estaba favoreciendo a las fuerzas asaltantes. En otras, los defensores estaban consiguiendo rechazar el ataque.

—Una pena que no podamos quedarnos un poco para repartir cariño —opinó Viggo con tono ácido.

—Tenemos que seguir con la misión —dijo Ingrid—. Nada de meternos en líos.

—Sí, salgamos de aquí rápido, ya empieza a afectarme a los ojos esta bruma—pidió Nilsa.

—Ponte bien la venda y el pañuelo —aconsejó Gerd, que estaba haciendo lo propio para cubrirse ojos y nariz.

Avanzaron por la desierta vía principal cruzando la bruma de cal. Iban tan rápido como Sirepetus podía. Lasgol se sentía algo mal por no ayudar a la ciudad contra los dragones, pero era cierto que ellos

tenían una misión muy importante entre manos que podía salvar a miles de personas, incluidas las de aquella ciudad, si el condensador funcionaba.

Llegaron hasta la muralla este. Ya solo tenían que usar la puerta trasera espiritual y llegar al acantilado. El barco los esperaba para recogerlos y llevarlos de vuelta a York.

Sirepetus se dispuso a abrir la puerta secreta y comenzó a conjurar.

—¡A ellos! ¡Al enemigo! —llegó un grito que entendieron sin la necesidad de que lo tradujera Hitz.

Se volvieron. Eran una docena de soldados de Kraido que cargaban hacia ellos. Tauruk-Kapro y Drakónidos con vestimentas negras armados con lanzas y escudos.

Ingrid, Nilsa, Gerd y Lasgol levantaron los arcos y apuntaron de forma instintiva. Viggo dejó caer el suyo y sacó sus dos cuchillos en un pestañeo. Sirepetus dejó de conjurar y se volvió hacia los atacantes. Hitz también apuntó con su arco, aunque fue mucho más lento.

Los asaltantes avanzaban a la carrera y se veía el ardor de la batalla en sus miradas. En aquel entorno era matar o morir.

—¡Esperad! ¡Somos amigos! —gritó Lasgol en el idioma de Kraido gracias al anillo mágico que llevaba.

—¡Somos aliados! ¡Estamos con vosotros! —dijo Gerd al momento siguiendo la estratagema de Lasgol.

Los asaltantes dudaron. Aquellos humanos hablaban el idioma de Kraido.

Eso no podía ser. El que iba en medio, un Tauruk muy fornido que parecía ser el líder, redujo la marcha.

—¡Alto! —dijo a sus compañeros y detuvo la carrera.

El grupo tardó un poco más en detenerse, pero lo hicieron todos. Los cuatro Drakónidos pararon más adelante. No estaban convencidos.

—No tiréis de momento… —susurró Lasgol a sus compañeros muy bajito.

—¿Cómo es que habláis nuestra lengua? —preguntó el Tauruk señalándolos con su lanza.

—Somos amigos y aliados, por eso hablamos vuestra lengua —explicó Lasgol, que intentaba evitar un derramamiento de sangre innecesario.

—No hay una alianza entre los ejércitos de Kraido y humanos —dijo el Tauruk negando con la cabeza.

—Son espías, eso es lo que son —afirmó uno de los Drakónidos.

—Hay que matarlos —dijo otro Drakónido, que no parecía querer saber nada de aquello y quería terminar con ellos.

—Sí que la hay —replicó Lasgol—. Hay una alianza que se está forjando cada día que pasa entre humanos como nosotros, y aquellos del ejército de Kraido que siguen a la causa —dijo Lasgol con tono de relevancia.

—¿Causa? ¿Qué causa? —preguntó otro de los Drakónidos.

—La causa de la libertad, la que promulga el mensaje, que sin duda os ha llegado —afirmó Lasgol.

—¿Conoces la causa y el mensaje? —preguntó el líder Tauruk.

—Y conocemos a la líder —aseguró Lasgol.

—¡Está hablando de traición! ¡Matémoslos! —gritó uno de los Drakónidos.

—¡Muerte a los enemigos de nuestros señores dragones! —gritó otro de los Drakónidos y los cuatro de su raza se lanzaron a atacar.

Dieron dos pasos y los dos de las esquinas cayeron muertos con una flecha en el ojo cada uno. Ingrid y Nilsa habían soltado.

Gerd tiró, pero el Drakónido subió el escudo a tiempo y evitó ser alcanzado.

Viggo salió al encuentro del que llegó hasta ellos.

El Drakónido intentó atravesarlo con su lanza. Viggo giró sobre sí mismo como si fuera una peonza y la evitó, le pasó rozando el

costado sin alcanzarlo. El Drakónido se cubrió con el escudo al ver que Viggo se le venía encima. Con una velocidad tremenda, el asesino continuó el movimiento agachándose y le clavó el cuchillo en la rodilla derecha. El Drakónido gritó de dolor e intentó girarse. Viggo lo rodeó por el lado de la rodilla herida. El Drakónido no pudo girar lo suficientemente rápido para protegerse con el escudo y se quedó a medio giro. Viggo le clavó el otro cuchillo en el lateral del cuello, que entró por un lado y salió por el otro. Lo hizo como si bailara una danza de muerte. Sacó el cuchillo y el Drakónido perdió pie. Cayó muerto a un lado.

Lasgol fue a tirar contra el último Drakónido que ya llegaba hasta ellos cuando una presencia surgió a su lado y se echó sobre el atacante. Era un espíritu de horror conjurado por Sirepetus. El Drakónido frenó su carrera al ver que el horripilante espíritu se le echaba encima.

No pudo huir. El espíritu entró en su cuerpo por el torso y un instante después el Drakónido comenzó a gritar desesperado, como si le devoraran el alma. Su rostro se desencajó de sufrimiento y cayó de espaldas, convulsionando. Un momento después moría con una expresión de horror en el rostro similar a la del espíritu que lo había matado. Se quedó quieto y el espíritu surgió del cuerpo para evaporarse.

Todos los arcos se volvieron contra los Tauruk-Kapro. Viggo los observaba agazapado, preparado para combatir si era necesario. Lasgol vio que Sirepetus iba a conjurar.

—Espera… —dijo, al darse cuenta de que el mago no había podido entender nada de la conversación con ellos.

Hitz le tradujo a Sirepetus y este aguardó.

—Somos aliados, te lo aseguro —insistió Lasgol.

—Sois buenos luchadores, eso puedo verlo.

—No hay necesidad de luchar. Todos buscamos lo mismo —intentó convencerles Lasgol.

—¿Qué es eso que todos buscamos?

—Liberarnos del yugo de los dragones.

El líder Tauruk asintió.

—Veo que sí somos aliados.

—Me alegra comprobar que el mensaje va calando —dijo Lasgol.

—El mensaje se va expandiendo. La revolución ya ha comenzado y poco a poco todos nos uniremos a ella.

—En lugar de estar aquí matando a futuros aliados —dijo Viggo.

El Tauruk se encogió de hombros.

—Todavía no hemos podido organizarnos en el ejército negro.

—Pero lo estáis intentando —Lasgol lo dijo más como un deseo que como una afirmación.

—Lo hacemos, sí. Pronto dejaremos de atacar esta ciudad y la costa este quedará libre.

—¿Cuándo sucederá eso? —quiso saber Lasgol.

—Pronto… Es cuanto puedo decir.

—Nos vale —dijo Lasgol—. Id y seguid por el camino de la libertad. Al final lo conseguiremos. No luchéis aquí más hoy, dejad que Yatro sobreviva.

—Eso es complicado. Los oficiales son Drakónidos en su mayoría y los dragones vigilan.

—Los dragones van a retirarse, el Espíritu Vengador se encargará de ello. Entonces podréis matar a los oficiales y asunto arreglado —dijo Viggo.

—No es una mala idea… Puede intentarse.

—Suerte —deseó Lasgol.

El Tauruk levantó la lanza sobre la cabeza y el resto de Tauruk hicieron lo mismo. Un momento después marchaban a la carrera en dirección opuesta a la que habían venido.

—¿Qué ha sido eso? —Sirepetus estaba muy confundido—. ¿Por qué no nos han atacado? ¿Qué les has dicho? ¿Cómo es que os entendéis?

—Es una historia larga, te la contamos en el exterior. Abre esa puerta de espíritu para que podamos salir —dijo Ingrid.

—De acuerdo.

El mago invocó al espíritu de la muralla y cruzaron. Una vez fuera se dirigieron al borde del acantilado para descender por el sendero y Sirepetus le entregó el Condensador de Almas a Lasgol.

—Espero que funcione —deseó.

—Yo también —respondió él esperanzado.

—Deberías usarlo —sugirió el mago.

—¿Yo? —preguntó Lasgol, desconcertado.

—Sí, puede que te sorprenda. Es un artefacto especial.

—Está bien, lo probaré.

Sirepetus asintió.

—Antes de marchar, por favor, contadme lo que ha sucedido ahí dentro.

Lasgol asintió.

—De acuerdo.

De forma rápida y resumida Lasgol le contó a Sirepetus sobre la causa, el mensaje y la rebelión que había comenzado entre las razas esclavas contra los dragones. Intentó explicárselo lo mejor que pudo. Que la batalla siguiera y los dragones rugieran sobre la ciudad no ayudaba mucho.

—Nosotros no teníamos constancia de esto. Es importante —dijo Sirepetus al finalizar Lasgol.

—Lo es, sí. Tu líder debería saberlo, quizá pueda aprovecharlo.

—Le informaré. ¿Seguro que esta información es verdadera? En tiempos de guerra la desinformación es grande.

—Seguro. Tenemos amigos entre los rebeldes.

—Y nosotros no mentimos —añadió Ingrid.

Sirepetus asintió.

—Muy bien. Marchad y buena suerte.

—Igualmente. Hasta que volvamos a encontrarnos —se despidió Lasgol.

—Un saludo al espíritu gigante ese de mi parte. Tiene agallas —dijo Viggo con una sonrisa y señaló al gran ser, que seguía persiguiendo dragones sobre la ciudad.

Sirepetus sonrió. Fue la única vez que lo había hecho desde que lo conocían.

—Vamos, rápido —urgió Ingrid y comenzaron a descender por el sendero.

Un rato más tarde el grupo nadaba hacia el navío, que ya los había visto y se acercaba a recogerlos.

Capítulo 43

—Tengo que reconocer que Ardizain siempre ha sido un rival difícil por su inteligencia, cosa que yo admiro en otros —afirmó Urrejaun y se paseó pensativo por su elegante salón de audiencias. Lo acompañaban Magures y varios oficiales del ejército, así como Celopus, que traducía.

Lasgol y sus compañeros, de pie frente a Urrejaun, escuchaban al líder de la ciudad. Acababan de llegar a York desde Yatro y Urrejaun los había convocado de inmediato. Quería saber todo lo que había sucedido y el estado de la ciudad rival. Lasgol acaba de narrarle todo lo ocurrido y la propuesta de Ardizain.

—Y también es un poderoso mago —añadió Magures.

—También macabro —añadió Ingrid.

—Sí, lo que me habéis contado de la bruma de almas y cómo la crean es de lo más fúnebre —comentó Urrejaun.

—Han conseguido una forma de dañar los ojos de los dragones y eso es algo que hemos intentado nosotros también. Bueno, seguimos intentándolo, de hecho —explicó Magures.

—Lo que no me gusta es que sigue sin aceptar mi propuesta de asilo. Ahora empiezo a creer que prefiere sacrificar a toda su ciudad antes que aceptarla. Sabía que era un hombre de ideas fijas, pero esto es muy preocupante. Va a dejar que su codicia acabe con todo su reino.

—Son muy malas nuevas para Yatro, no tanto para nosotros —especificó Magures.

—Cierto. Lo siento por sus ciudadanos. Espero que no terminen como sospecho que van a terminar.

Por desgracia Lasgol pensaba lo mismo que Urrejaun. No creía que Ardizain fuera a entregar su ciudad, su poder. Antes sacrificaría

a todos sus súbditos. Esto le pareció demencial, pero así eran la mayoría de los reyes y líderes.

—En cuanto al trato que propone, se puede negociar. La parte del envío de la magia dorada, me refiero. Podemos ayudarles, pero no demasiado. La magia dorada es nuestra, quien la quiera tendrá que negociar y seremos nosotros quienes decidamos cuánta repartir. Esto claro, depende de cuánta podamos conseguir, y por lo que me habéis contado no parece que vaya a ser demasiada.

—La magia tiene sus limitaciones, mi señor —dijo Magures con gesto de disculpa.

—Ya, eso lo sé, por desgracia.

—¿Entonces habrá trato? —preguntó Lasgol esperanzado, que no quería abandonar a la gente de Yatro a su suerte contra los dragones.

—Habrá trato, siempre que el instrumento o herramienta mágica esa funcione y pueda condensar la energía dorada.

—Sí, por supuesto —Lasgol tragó saliva, esa era la parte crucial.

—¿Es ese el Condensador de Almas? —se interesó Magures, que no pudo contenerse.

Lasgol lo tenía en su mano.

—Lo es —se lo mostró.

Magures se acercó y Lasgol se lo dio para que lo examinara. Lo estudió un momento con ojos de gran interés.

—Capto su magia. Estas dos gemas tienen poder. Cada una, uno diferente —explicó el mago cerrando los ojos y concentrándose.

—Sí, se requieren para la condensación —explicó Lasgol.

Magures abrió los ojos.

—Es un instrumento muy interesante. Me intriga…

—Id con Dameros y probadlo. Espero que sean buenas noticias, las necesitamos —dijo Urrejaun.

Abandonaron la estancia y se dirigieron todos al laboratorio. Recorrieron las calles de la ciudad a paso rápido. El nerviosismo los

llevaba en volandas.

—Funcionará —afirmó Nilsa muy excitada y aplaudió.

Gerd asintió.

—Tiene que funcionar, lo necesitamos, por el bien de muchos —afirmó el grandullón.

—Yo no me haría tantas ilusiones… Más grande será la torta cuando no funcione —dijo Viggo con su habitual perspectiva negativa y ácida de las cosas.

—No le escuchéis, veamos qué ocurre —dijo Ingrid.

Entraron en el laboratorio y se dirigieron a la zona de trabajo de Dameros. De inmediato todos los magos dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a ver qué sucedía. Los rumores volaban en la ciudad y todos sabían de la misión del grupo.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Dameros con tono y ojos de esperanza.

—La ha habido, tranquilo. Tenemos el Condensador de Almas —dijo Lasgol y se lo entregó.

—¡Estupendo! —Dameros lo cogió con cuidado y lo inspeccionó un largo momento.

—Tiene un aspecto singular, como una trompa de caza —comentó Aquasmares y se acercó a verlo.

—Las gemas están imbuidas de poder —dijo Marindar, que estaba a un lado con los ojos cerrados—. Lo capto.

—Esto va a ser interesante. ¡No me lo pierdo! Es un experimento fuera de lo normal —Zugaiz se había acercado por el otro lado.

Los dos hechiceros noceanos miraban desde algo más atrás, cuchicheando entre ellos. Parecían estar comentando algo sobre el instrumento porque lo señalaban mientras hablaban.

—Un artefacto mágico singular —opinó Ahize, que se había situado junto a Dameros y no perdía detalle—. Los magos de espíritus son ingeniosos aparte de poderosos.

—Y macabros —añadió Viggo.

—Quizá los no agraciados con el don deberían esperar fuera —dijo Magures mirando hacia la puerta.

—De eso nada. Nosotros hemos ido a por el trasto este y nos quedamos a ver si funciona —replicó Viggo.

—Queremos ver por qué hemos arriesgado nuestras vidas —dijo Ingrid con tono más tranquilo.

Magures no parecía muy convencido y miró a Lasgol, que le hizo un signo afirmativo con la cabeza. No se iban a ir sin ver qué pasaba.

—Está bien, pero no interfiráis —se resignó el Mago Primero de la ciudad.

Dameros terminó de examinar el artefacto.

—¿Cómo funciona? —preguntó mirando a Lasgol.

—Te lo explico —Lasgol se acercó hasta el mago dorado y despacio le explicó el funcionamiento.

—Entendido. Voy a probarlo —dijo Dameros, decidido.

Lasgol se apartó a un lado para dejarle sitio y Aquasmares y Ahize también. Los demás clavaron sus ojos en el mago y el artefacto mágico en sus manos. Dameros cogió un contenedor de cristal de su mesa de trabajo y se preparó. Agarraba el condensador con una mano y el contenedor con la otra.

La expectativa era enorme.

El mago dorado cerró los ojos y se concentró intentando dirigir su energía dorada interna de su pecho hacia el condensador. Por un largo momento nada sucedió. Lasgol se fijó en que el mago estaba teniendo dificultades para lograrlo.

—Con tranquilidad, imagina que creas una esfera, solo que en el interior del artefacto —dijo Lasgol intentando ayudarle.

Tras un momento, una pequeña esfera dorada se formó en la parte abierta del instrumento, por donde debía entrar la energía, surgiendo del pecho del mago. Era un paso en la dirección adecuada. La esfera intentó entrar en el instrumento y se

descompuso al contacto con éste. La energía dorada quedó libre, el artefacto la detectó y la succionó a su interior.

Lasgol resopló aliviado. Dameros continuó creando esferas cada vez más pequeñas y cada vez más rápido, una detrás de otra, que eran succionadas por el artefacto mágico. Lasgol sonrió. Aquel enfoque funcionaría. La gema roja comenzó a brillar trabajando sobre la energía dorada que entraba.

Nadie perdía un instante de lo que sucedía, ni pestañeaban. Transcurrió un momento y la gema azul comenzó a emitir destellos. Lasgol no podía contener la emoción. Ya estaban cerca…

La energía dorada continuaba entrando y las dos gemas brillaban en sus colores. El esperado chorro de aire helado comenzó a salir de la gema azul y Lasgol hizo gestos a los otros magos para que se apartaran.

En medio de la enorme expectación, un líquido dorado viscoso comenzó a salir por la boquilla. Entró en el contenedor cristalino y lo fue llenando poco a poco. ¡Habían logrado crear energía dorada viscosa! Sus compañeros sonreían y hacían gestos de victoria sin hacer demasiado ruido para no desconcentrar a Dameros, que había abierto los ojos y observaba el líquido viscoso entrar en el contendor.

Por un rato más, Dameros continuó hasta tener el contenedor lleno y luego se detuvo. La gema azul dejó de brillar, luego la roja y el chorro helado murió.

Dameros dejó el Condensador de Almas sobre la mesa y observó el contenedor cristalino lleno de líquido dorado viscoso.

—Esto… es de lo más prometedor —dijo casi sin poder creerlo.

—Muy prometedor —se unió Aquasmares.

—Validad su consistencia —pidió Magures con nerviosismo en el tono.

—Ahora mismo —dijo Dameros y le hizo una seña a Aquasmares para que le ayudara.

Los dos magos fueron detrás de la mesa de trabajo y obtuvieron varios instrumentos de medición. Luego vertieron un poco de la

sustancia dorada y la midieron con mucho cuidado. Les llevó un rato hacer las comprobaciones. A Lasgol el laboratorio en aquel momento le pareció uno de alquimia más que de magia, si bien las últimas dos mediciones que hicieron fueron mágicas.

Cuando finalizaron, Dameros se irguió y con voz solemne proclamó:

—La energía dorada condensada se mantiene estable y apenas se deteriora, incluso al estar en contacto con otros materiales como el cristal. ¡Es un éxito!

—¡Funciona! ¡Apenas se degenera! —exclamó Aquasmares levantando ambos brazos al aire.

—¡Por fin! —exclamó Magures muy contento.

Lasgol miró a sus compañeros con una expresión mezcla de estar muy contento y aliviado.

—¡Lo logramos! —dijo Nilsa muy contenta.

—Por supuesto que lo logramos, somos las Panteras de las Nieves —dijo Ingrid.

—¡Qué alegría! —Gerd estaba emocionado.

Viggo callaba.

El resto de los magos felicitaron el éxito conseguido y el ambiente en el laboratorio fue de gran júbilo. Hasta los dos hechiceros noceanos parecieron sonreír un poco, cosa impensable en ellos.

—Hay que probarlo —dijo de pronto Viggo cortando el aire festivo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Magures.

—Que una cosa es que no se degrade y otra que todavía valga en este estado. Hay que probarlo con un dragón.

—¿Un dragón? —Marindar negó con la cabeza.

—Esa no es muy buena idea —opinó Zugaiz.

Dameros levantó la mano.

—Eso no va a ser necesario.

—¿No? Pues no veo otra forma de asegurarnos y yo no quiero enfrentarme a un lagartijo volador y que esa cosa dorada no funcione. Más que nada porque no quiero que me queme las orejas.

Aquasmares se dio la vuelta y cogió un objeto de una estantería. Se lo mostró a Viggo.

—Aquí tienes, para probar. Escamas de dragón —dijo el mago y le mostró un tablón rectangular de dos dedos de grosor que tenía pegadas sobre su superficie tres escamas de dragón de buen tamaño. Una de color roja, otra marrón y una azul.

—Las usamos para experimentar —explicó Dameros.

—Los dragones pierden a veces escamas en las batallas sobre la ciudad. Las recogemos —aclaró Magures.

Viggo asintió.

—Perfecto, probémoslo —dijo y sacó uno de sus cuchillos de asesino.

Se acercó a Dameros.

—De acuerdo —dijo el mago dorado—. ¿Dónde lo vierto?

—En la punta, es lo que más uso. Atraviesa los corazones —Viggo le guiñó un ojo.

Dameros puso expresión de desazón, pero no dijo nada y vertió un poco de la sustancia dorada sobre la punta del arma. Se produjo un destello dorado.

—Buena pinta. Sujeta bien, Aquasmares —dijo al mago de agua.

—Adelante —dijo este y agarró con fuerza el rectángulo de madera en dirección a Viggo a la altura de su torso.

Viggo soltó una cuchillada directa a la escama roja. Al impacto se produjo un destello dorado y el cuchillo penetró en la escama. La atravesó y luego hizo lo mismo con la madera sobre la que estaba pegada. Aquasmares vio la punta salir y se sobresaltó. Dio un brinco hacia atrás.

—¡Ahora sí que voy a pasármelo bien! —exclamó Viggo y se quedó con el tablón colgando del cuchillo con el que lo había

atravesado.

—¡Es un éxito rotundo! —aclamó Magures muy contento.

—¡Lo conseguimos! —dijo Dameros a Aquasmares y le dio un fuerte abrazo.

Lasgol se sentía tan contento y aliviado que no sabía qué decir. Una gran sonrisa llenaba su rostro.

—¡Esto es fenomenal! —dijo Gerd y le dio a Lasgol una palmada en el hombro.

—Ya lo creo que lo es, nos da una oportunidad —dijo Ingrid asintiendo.

—¡Que se preparen los dragones! —exclamó Nilsa llena de júbilo.

El ambiente festivo en el laboratorio siguió toda la tarde. Incluso Urrejaun bajó corriendo al enterarse de la noticia. ¡Estaba contentísimo!

—¡York sobrevivirá! —clamó lleno de alegría y levantando los puños.

—Y sus aliados —recordó Lasgol.

Urrejaun asintió.

—¡Es el comienzo de una nueva era! ¡Por fin podremos derrotar a los dragones! —proclamó Urrejaun.

Tan contento estaba el líder de York que organizó un gran festín en su palacio para celebrarlo e invitó a los magos de la ciudad y a las Panteras para agradecerles todo el esfuerzo realizado.

Lasgol disfrutó del banquete, pero su pensamiento estaba ahora en otro lugar. Tenían que continuar viaje y sería muy peligroso.

Capítulo 44

Las Panteras estaban preparadas para partir. Urrejaun los convocó para una audiencia de despedida al mediodía. Como era todavía primera hora de la mañana, Lasgol decidió ir al laboratorio a ver cómo iba Dameros.

Según entró saludó a Celopus, que estaba ya trabajando. El intérprete sonrió.

—¿Cómo va todo? —preguntó Lasgol a Dameros.

Vio que el mago, Aquasmares y Ahize estaban trabajando en la preparación de unas pequeñas esferas cristalinas del tamaño de un albaricoque.

—¡Lasgol, hola! Todo bien, muy atareados, como puedes ver.

—Oh, si molesto os dejo trabajar tranquilos.

—No, no, tú nunca molestas, faltaría más —dijo Dameros.

—Gracias, seguid a ello, yo observo.

Lasgol los vio trabajar durante un rato. Debía reconocer que no solo eran magos extraordinarios, sino además de gran conocimiento y pericia. Ver cómo creaban las esferas de cristal y lo duras que eran le pareció asombroso.

A un lado de la mesa yacía el Condensador de Almas sobre un cojín de terciopelo, desde luego lo tenían bien cuidado. Lasgol no pudo evitar acercarse a él. De hecho, era la razón por la que había ido allí.

Dameros lo vio ensimismado mirando el artefacto.

—¿Te intriga?

—Oh, sí, lo hace. Es que… bueno… Sirepetus me dijo que debería probarlo…

—¿Eso te dijo?

—Sí…

—Pues no deberías quedarte con esa intriga. ¡Pruébalo! —le animó el mago dorado.

—¿Seguro? —Lasgol no estaba nada convencido de que aquello fuese una buena idea.

—Claro que sí, todos lo han probado —dijo señalando a Aquasmares, Ahize y el resto de los magos.

—¿Lo han hecho?

—Así es. No han podido soportar la curiosidad, todos querían saber qué sucedería.

—¿Y qué ha pasado?

—Que ha condensado nuestra energía —dijo Aquasmares y le mostró una esfera que se sacó del bolsillo.

Lasgol se acercó a verla.

—Es azul como el mar —dijo mirando la esfera.

—Mira con esto —dijo Aquasmares y le dio un cristal amplificador.

Lasgol miró y vio que en realidad no era completamente azul. Había pequeños puntitos dorados en ella, aunque era azul en su mayoría.

—Hay puntos dorados…

—Sí, eso es lo que hemos descubierto —dijo Ahize y le pasó la suya.

Lasgol la miró a través de la lente. Era un líquido blanco y también tenía pequeños puntitos dorados.

—¿Esos puntitos son energía dorada?

—Así es —confirmó Dameros—. Los hemos filtrado y estudiado. Son como mi magia.

Lasgol se quedó pensativo.

—No me parece extraño. Por lo que sé, nuestras magias están compuestas de las magias base. Son una mezcla y cada persona tiene un tipo diferente. Excepto tú, Dameros, que eres una excepción y solo tienes magia dorada.

—Eso creemos nosotros también.

—Prueba la tuya, saldrá verde con puntos dorados, como la de Zugaiz —dijo Dameros.

Lasgol asintió.

—De acuerdo.

Dameros le dio el Condensador de Almas y una esfera de cristal con un orificio en la parte superior. Lasgol cerró los ojos para concentrarse, cogió una buena cantidad de energía de su lago interior y la envió hacia fuera por su torso. Para su sorpresa la sintió saliendo y entrando al condensador. La gema roja comenzó a brillar y un momento más tarde lo hizo también la azul. El chorro de aire helado indicó que el artefacto ya trabajaba en condensar la energía. Sin embargo, tardó un buen rato hasta que el líquido viscoso comenzó a salir por la boquilla. Cayó en la esfera y la fue llenando poco a poco. Tardó un rato en terminar.

—Ya está —concluyó Dameros.

Lasgol detuvo el envío de energía y abrió los ojos. Dejó el condensador sobre el cojín y miró la esfera.

Lo que vio le dejó pasmado.

—Eso es algo realmente insólito —dijo Dameros.

—Extraordinario… —dijo Aquasmares.

—Casi imposible… —expresó Ahize.

Lasgol observaba la esfera. La mitad superior de la esfera estaba llena de líquido dorado y la mitad inferior de líquido plateado.

—¿No debería ser verde?

—Parece que en tu caso no —dijo Dameros—. La de arriba es energía dorada, como la mía. La de abajo… me temo…

—Es plateada, como la de los dragones —dijo Aquasmares.

—Tienes energía dorada y plateada en ti —se sorprendió Ahize.

—No solo eso, tienes mucha y poderosa —añadió Dameros.

—Que tengo energía dorada y plateada lo sabía, ya me habían analizado, pero esto no me lo esperaba.

—No sé qué se puede hacer con la energía plateada, pero estaría bien investigarla. Ninguno de nosotros la tiene —dijo Dameros.

—Podéis quedaros con la esfera si queréis.

—No, esta es tuya. Llévala contigo —dijo Dameros—. Pero vamos a extraer dos o tres esferas antes de que te vayas para estudiarlas. Si te parece bien…

Lasgol suspiró.

—Me parece bien.

Al medio día, en la sala de audiencias de Urrejaun, llegó el momento de despedirse de la ciudad de York. Magures y Dameros estaban presentes y, como siempre, Celopus para traducir.

—Me apena veros marchar. Sois muy buenos guerreros y York estaría encantada de adoptaros —dijo Urrejaun.

—¿Cuánto oro nos darías? —preguntó Viggo, que se ganó un codazo de Ingrid.

—Más del que podáis gastar en una vida.

—Es una oferta tentadora y que agradecemos, pero somos guardabosques norghanos y nos debemos a nuestra tierra —respondió Ingrid con tono cortés.

—Me imaginaba que diríais eso. Es una lástima para York y una suerte para Norghana —Urrejaun abrió los brazos con gesto de lástima—. ¡Qué se le va a hacer!

—Agradecemos la hospitalidad y buenos deseos de York. Regresaremos un día —aseguró Nilsa.

—Hasta que regresemos… necesitaría que cuidaran de mis recompensas de oro… no puedo llevármelas conmigo ahora mismo —pidió Viggo.

Urrejaun sonrió.

—No es un problema. Vuestras recompensas estarán aquí esperándoos a buen recaudo.

Viggo asintió y pareció quedarse más tranquilo.

—He contado todas las monedas de oro, así que nadie meta la mano…

Urrejaun soltó una carcajada.

—Aquí se degüella públicamente a los ladrones. Eso no pasará.

—Buena práctica. ¡Me gusta! —Viggo asintió conforme.

—Lo que sí necesitaremos es la energía dorada condensada —pidió Lasgol.

—Eso también os lo habéis ganado y os lo compensaré. Dameros, adelante —dijo el líder al mago dorado.

Dameros fue hasta Lasgol y le dio una bolsa llena de lo que parecían pequeñas esferas de cristal.

—Es cuanto he podido generar. Por desgracia, mi cuerpo tiene un límite diario. Me quedo agotado, como cuando conjuro y uso toda mi magia. Bueno, es que en realidad uso toda mi energía interior. El proceso de condensación no es óptimo y requiere de mucha energía.

—Esa es la gran pega del condensador —opinó Urrejaun.

—Nos las prometíamos muy felices, pero no es para tanto —afirmó Magures—. La cantidad de magia dorada condensada que podemos producir por día es limitada.

—La magia y sus limitaciones… —se quejó Urrejaun.

—Dameros puede crear una buena cantidad cada día que podrá ser utilizada cuando ataquen los dragones —dijo Lasgol.

—Cierto, pero no tanta como nos hubiera gustado —se lamentó Urrejaun.

—Aun así, enviarás una cantidad a Yatro… —dijo Lasgol recordándole su promesa.

Urrejaun sonrió.

—Lo haré, un negocio es un negocio y les propondré otro.

—¿Otro? —Lasgol enarcó una ceja.

—Si han creado este condensador estoy seguro de que pueden desarrollar uno más óptimo, que produzca más condensación con menos requerimiento de energía.

—Oh, ya veo…

—Esos frailes macabros seguro que encuentran la forma —opinó Viggo.

—Sí, eso espero yo también —Urrejaun hizo un gesto de esperanza en que así fuera.

—Entonces la posibilidad de enviar poder dorado condensado a Norghana… —dijo Ingrid.

—Me temo que de momento no nos va a ser posible exportarlo. No tenemos suficiente para nosotros… —se disculpó Urrejaun negando con la cabeza.

—Dameros apenas genera en un día suficiente para crear una quincena de esferas de magia condensada. Si nos atacan lo consumirán en… ¿cuánto habéis calculado? —preguntó Magures a Dameros.

—Una esfera debería de ser suficiente para una decena de usos.

—Muy poco ambas cosas —Urrejaun negaba con la cabeza, disgustado.

—Es mucho más de lo que teníamos hasta ahora —dijo Lasgol.

—Si los cálculos no me fallan, una estación podría tener cerca de mil ochocientos arqueros preparados para combatir una decena de veces. A mí me parece bastante bueno —calculó Ingrid.

—Y podrían dividirse en la mitad, para que la usaran más arqueros, digamos que por tres, con lo que serían cinco mil cuatrocientos arqueros con tres ataques y medio disponibles.

—Sí… visto así…

—Más de siete mil arqueros en un año que pueden luchar diez veces contra los dragones —dijo Ingrid.

—O veintiún mil arqueros que pueden usar tres o cuatro ataques —señaló Nilsa.

—Sí, no está mal. El problema es que no tenemos un año para prepararnos. Nos atacan de continuo —dijo Magures.

—Habrá que buscar la forma de defendernos y permitir que nuestro ilustre Dameros genere magia dorada condensada —expresó Urrejaun.

—Sí, habrá que… —estuvo de acuerdo Magures, pero por su tono y expresión no sabía cómo lo iban a lograr.

—Antes de marchar quisiéramos pedir a York una última cosa —dijo Lasgol a Urrejaun.

El líder de York inclinó la cabeza.

—¿Cuál es esa petición?

—Que York ayude a Norghana. Los dragones la han castigado severamente —dijo Lasgol.

—No tenemos oro ni magia dorada —añadió Nilsa con tono de ruego.

Urrejaun suspiró.

—Muy bien. Intentaré ayudar a Norghana por vosotros, por lo que me habéis ayudado. Dameros se quedará aquí con nosotros, eso es irrevocable, así que quitáoslo de la cabeza. Pero podemos enviar algo de su magia.

Lasgol miró a los suyos. Ya habían hablado del tema y sabían que no podían llevarse al mago dorado. No solo por Urrejaun, sino porque él tampoco quería irse. Raptarlo, aparte de difícil, iba a traerles demasiadas complicaciones.

—Está bien —Lasgol tuvo que aceptarlo.

—Pero hay una condición.

—¿Quieres negociar? —preguntó Lasgol.

—Por supuesto. Las ciudades estado del este negocian hasta el aire que respiramos. Así nos hemos hecho ricas. Bueno, ya solo quedamos dos en pie, pero creo que me entendéis.

—¿Qué quieres? —preguntó Ingrid.

—Las flechas elementales, por supuesto. Entiendo que son un secreto de los guardabosques. No pido que se me desvele, pero intercambiaré poder dorado por flechas elementales. De esa forma

ambos reinos tendremos un arma más para luchar contra los dragones. Si podemos cegarlos, tendremos más posibilidades. Si podéis herirlos, vosotros también. Es un negocio justo y en el que las dos naciones salen ganando.

Lasgol miró a sus compañeros para ver sus reacciones. Asintieron y se encogieron de hombros. El trato no era malo. Urrejaun podía ser mucho más generoso, pero era un comerciante en su alma y no iba a regalar nada, siempre iba a requerir algo de un trato.

—De acuerdo, tenemos un trato —dijo Lasgol.

Urrejaun sonrió victorioso.

—No hay nada como cerrar un buen trato —dijo muy animado—. Como me siento generoso hoy, y muy optimista, os concederé también oro para Norghana.

Viggo abrió mucho los ojos. Antes de que dijera algo inapropiado Ingrid intervino.

—Muchas gracias. Lo aceptamos muy agradecidos.

—Gracias —dijo Lasgol también, al que el ofrecimiento había sorprendido. Norghana lo estaba pasando muy mal y el oro le vendría muy bien al reino.

—Por supuesto, el envío del oro es un añadido a que se acepte el trato —especificó Urrejaun con una sonrisa.

—Por supuesto —Lasgol no tenía duda de que Norghana aceptaría.

Flechas elementales tenían y seguían produciendo en grandes cantidades, pero magia dorada y oro no.

—Estupendo. Informaré a vuestro líder de vuestros logros y de esta propuesta.

—A nuestra líder —quiso asegurarse Ingrid.

Urrejaun asintió.

—Ya sé que vuestra líder y los generales que gobiernan no están siempre del mismo lado. Me dirigiré a ella.

—Muy bien —dijo Lasgol.

—Os deseo mucha suerte en vuestras próximas andaduras y que un día regreséis todos. Las puertas de York siempre estarán abiertas para vosotros —dijo Urrejaun.

Todos se doblaron en una pequeña reverencia.

Luego marcharon.

Era media tarde cuando se preparaban para subir al navío de guerra de York. Celopus y Dameros se acercaron a despedirse.

—No sabes cuánto te agradecemos tu buen hacer —dijo Ingrid a Celopus y le dio un fuerte abrazo.

—Ha sido un placer poder ayudaros —dijo el viejo intérprete.

—Sí, porque a mí el idioma este de los de York me suena a gallinas cacareantes —expresó Viggo con cara de contrariedad.

—Tú lo que pasa es que tienes menos oído que un gusano —dijo Nilsa.

Ingrid rio y Gerd se le unió.

—Muy cierto —dijo Ingrid sonriendo.

—Yo también quiero agradecerte toda la ayuda —dijo Lasgol a Celopus.

—Un día inventarán un anillo de esos que lleváis que traduzca todos los idiomas y yo quedaré obsoleto.

—Lo dudo mucho, hay demasiadas lenguas en Tremia —dijo Gerd con una sonrisa—. Siempre serás necesario.

Dameros asintió.

—Antes no os he podido decir nada delante de Urrejaun, pero vuestras esferas doradas están cargadas al máximo. Urrejaun me impuso una cantidad máxima de dos días para vosotros, así que solo os he podio generar treinta esferas de magia dorada condensada. Pero las he llenado al máximo haciendo un sobresfuerzo.

—Te lo agradecemos en el alma —dijo Lasgol.

—Sí, mil gracias —dijo Nilsa.

—Tendréis para una quincena de combates con cada una.

—Eso son más de cuatrocientos combates. Se nos acabaran en una semana, ya verás. Va a ser increíble —Viggo sonrió de oreja a oreja.

Dameros puso cara de que esperaba que no tuvieran tantos combates en tan poco tiempo.

—No le hagas caso, exagera —dijo Ingrid.

—Sí, como que no hay dragones por todos lados… —Viggo no pensaba que estuviese exagerando en absoluto.

—Os deseo toda la suerte del mundo —aventuró Dameros.

—Lo mismo digo —se unió Celopus.

—La necesitaremos —dijo Lasgol.

Subieron a bordo tras las despedidas y el capitán puso rumbo hacia la costa este de Tremia.

El grupo se sentó en la proa del barco de guerra.

—Creo que será mejor que repartamos las esferas, por lo que pueda pasar —dijo Lasgol.

—Sí, buena idea. No hay que poner todos los huevos en la misma cesta —afirmó Gerd.

—Son treinta y nosotros cuatro —dijo Lasgol.

—¡Cinco! —corrigió Ingrid—. Ahora vamos a liberar a Astrid. Quédate con sus esferas.

—Sí, así se las das en persona, seguro que le encantan —Nilsa sonrió con picaresca.

Lasgol se sonrojó.

—De acuerdo… Seis esferas para cada uno —dijo y se las entregó.

Viggo cogió una de ellas. Tenían el tamaño de una nuez grande. Eran de cristal duro y estaban llenas del líquido viscoso dorado. La miró a contraluz.

—¿Cómo se abre? —preguntó.

—Por lo que Dameros me ha dicho es un contenedor especial y su mecanismo es curioso. Hay que hacer girar las dos partes de la esfera en direcciones opuestas. Entonces se abrirá. La dos medias partes se separan un poco y comenzará a caer el líquido dorado. Luego se cerrará por sí misma.

—Ah, como partir una manzana en dos —razonó Gerd.

—Sí, algo así, creo —dijo Lasgol.

—Y se vuelve a juntar —sonrió Nilsa.

Viggo se puso a intentarlo.

—¡No! Que desperdiciarás una carga —dijo Lasgol.

—Oh, vale. Lo dejo para cuando lo necesitemos de verdad.

—Ahora que tenemos estas esferas, la cosa cambia —dijo Ingrid.

Lasgol la miró.

—¿Qué quieres decir?

—Vinimos a York a por magia dorada para poder matar a los dragones de uno de los portales y regresar a Norghana a por las armas doradas —explicó Ingrid—. Pero estas esferas nos permiten luchar ya contra ellos. Podemos ir a salvar a Astrid sin pasar por Norghana.

—Cierto, no necesitamos las armas doradas, no teniendo estas esferas —se animó Nilsa—. Podemos ir a buscar a Astrid.

—La opción más segura sería recuperar las armas doradas… —comentó Lasgol.

—Estoy de acuerdo, no sabemos cuán bien va a funcionar esta magia dorada —Gerd señaló el arco de Lasgol.

—Yo quiero un arma dorada, pero pudiendo usar estos viales… —dijo Viggo sacando uno de los suyos—, no tengo problema. Yo iría ya a por Astrid. A Norghana ya regresaremos después de salvarla y tras haber matado unos cuantos dragones.

Lasgol se quedó pensativo.

—Además, para ir a Norghana rápido tenemos que matar primero tres dragones en la Perla del Este —dijo Ingrid—. Es un riesgo y una

pérdida de tiempo.

—Estoy de acuerdo con Ingrid —dijo Nilsa—. Debemos ir a salvar a Astrid ya.

Lasgol y Gerd se miraron. El grandullón puso cara de resignación y se encogió de hombros.

—Vayamos a por Astrid —sentenció.

Lasgol miró a sus compañeros. Estaban decididos, así que no se opuso.

—Iremos directos a rescatar a Astrid.

Capítulo 45

Habían pasado varios días desde que Nahia había llegado a Drakoros y Liburex no se había puesto en contacto con ella. Esto era preocupante, algo no debía ir con el plan, de lo contrario, teniendo en cuenta que Irakas-Gorri-Gaizt había ido a recogerla con urgencia, deberían haber actuado. Bueno, eso pensaba ella, pero sin confirmación de Egil tampoco podía hacer nada.

Aquella mañana estaba de formación en la arena. Como hacía cada día, esperaba con disimulo a ver qué instrucciones daba Draketz a los suyos y luego ella daba las mismas, pero con más ímpetu si cabía. Era una forma de hacerlo bien y que no le cayera una reprimenda del Drakónido. Tenía que esforzarse para poner cara de estar enfadada y hablar del mismo modo. Lo sentía por sus alumnos, pero era la forma de no meterse en líos y lo último que quería eran problemas con Draketz o el dragón azul.

Estaban entrenando ataques básicos y un contrataque. Draketz no parecía muy complacido.

—Así, no. El ataque se realiza de este modo —dijo a la pareja de alumnos que luchaban.

Nahia siguió con su grupo, que también entrenaba el mismo ataque por parejas, y no prestó demasiada atención. Al Drakónido le encantaba mandar y hacer sufrir. Nahia no aprobaba aquel estilo de formación, pero no podía decir nada.

—No es así —volvió a corregir Draketz a sus alumnos.

Nahia observaba de reojo.

—Si la maestra de lanza me lo permite, os demostramos cómo se hace —dijo Draketz a Nahia.

Nahia no quería hacer el ejercicio con Draketz y su mente estaba buscando la forma de salir del aprieto.

«Buena idea, Draketz. Que los maestros de armas den una pequeña lección a estos desafortunados alumnos que nos han tocado» envió Zeru-Urdin-Irakas.

Nahia tragó saliva, iba a tener que demostrar su habilidad con la lanza. Estaba segura de que aquello Draketz lo había pedido adrede y con mala intención, pero como el dragón azul había accedido, no tenía forma de negarse. Tendría que hacerlo.

—En posición —dijo Draketz.

Nahia se preparó. Sabía cómo realizar el movimiento. No era muy avanzado, así que no le preocupaba. También sabía que Draketz quería probar que era mejor que ella y por eso había pedido aquella demostración. No podía quedar mal, pero tampoco quería enemistar al Drakónido o le haría la vida imposible en las clases.

—Adelante —dijo Nahia.

Draketz atacó y Nahia se defendió. La primera parte del movimiento la hizo como una experta para satisfacer al dragón, que los observaba muy atento. Pero en el contrataque del Drakónido, le dejó alcanzarla. Podía hacer que fallara, pero eso lo pondría furioso, quedaría mal delante de Zeru-Urdin-Irakas y eso no se lo perdonaría nunca.

La lanza de Draketz la alcanzó en medio del torso. Había golpeado con tremenda fuerza. No era necesario, pero el Drakónido buscaba eso, demostrar lo bien que lo hacía. Nahia soportó el golpe y calló.

«Muy bien ejecutado ambos, sobre todo el contraataque» felicitó Zeru-Urdin-Irakas.

Nahia estaba sin aire, pero aguantaba el dolor apretando la mandíbula. Draketz la miraba con semblante triunfal.

«Continuad. ¡Mostradles los movimientos! Que estos despojos de alumnos que tengo entiendan cómo se hacen las cosas».

Nahia resopló por lo bajo. Iba a tener que mostrar los movimientos con Draketz y él se lo iba a hacer pagar en cada uno. Podía encarase a él, pero eso sería malo para sus intereses. Lo único

que importaba era el plan. Tendría que soportar al Drakónido y sus malas formas.

Nahia llegó al barracón de los maestros de armas después de finalizar la clase y se dispuso a ir a su habitación a descansar un poco antes de la cena cuando el Exarbor encargado del barracón de maestros la llamó.

—Maestra de armas… Nahia.

—¿Sí? —Nahia lo miró extrañada

El Exarbor le hizo un gesto de que se acercara con su dedo de rama.

Nahia fue hasta él. El Exarbor miró a derecha e izquierda, como asegurándose de que estaban solos, y con disimulo le pasó una nota que ocultó con su mano de madera.

—Su lanza… será reparada… de inmediato —dijo el Exarbor.

Nahia cogió la nota con disimulo y la guardó en sus ropajes.

—Muchas gracias, que quede como nueva —dijo y se marchó a la habitación.

Según subía se cruzó con otro maestro de armas, este un Felidae león. Nahia saludó con cortesía y siguió hasta su habitación.

Entró y cerró la puerta para leer la nota.

Devuelva el tomo a la biblioteca. Ha superado el tiempo de tenencia permitido.

Hoy antes de la cena sin falta o será sancionada por tardanza.

Nahia hizo el gesto de victoria con el puño. ¡Por fin la llamaba Liburex! Iría a la hora indicada con el tomo bajo el brazo.

Esa noche Nahia entró en la biblioteca. Estaba nerviosa pero contenta de que por fin hubiera noticias. Esperaba que fueran buenas, aunque no tenía muchas esperanzas.

Devolvió el tomo a uno de los bibliotecarios, para disimular, y pidió ver a Liburex para una consulta privada. El bibliotecario la miró de arriba abajo.

—Espera… aquí… veré si el bibliotecario jefe… está disponible.

Nahia quería decirle que lo estaba porque le había enviado la nota él, pero no podía hacerlo, así que esperó. El Exarbor tardó una eternidad, como era habitual en ellos, y Nahia casi se desesperó.

—El bibliotecario jefe… la verá ahora.

—Gracias —dijo Nahia forzando una sonrisa para disimular su inquietud.

Para hacer las cosas más lentas, el Exarbor la llevó al despacho a su desesperante ritmo. Cuando finalmente llegaron, llamó a la puerta y recibió el permiso para entrar.

—Puedes pasar… —dijo el Exarbor abriendo la puerta.

Nahia entró y se acercó a la mesa de Liburex.

—¿Qué ha pasado, por qué tanto retraso?

El bibliotecario jefe la miró e inclinó la cabeza.

—Las prisas son malas… consejeras y… peor compañía…

—Sí, ya, eso lo sé. ¿Qué ha sucedido?

—Nada grave… Una pequeña discrepancia entre… los colaboradores del Prisionero.

—¿Discrepancia?

—Así es… No todos los que formamos… parte del círculo de confianza… tenemos la misma motivación… para actuar.

—Oh, alguien se ha echado atrás —dedujo Nahia.

—Ha querido echarse atrás… pero tras insistir el Prisionero… y un servidor… ha reconsiderado y accedido a colaborar.

Nahia resopló.

—Menos mal. ¿Por qué se ha echado atrás?

—Por el peligro… que implica actuar siguiendo el plan… del Prisionero.

—Entiendo. ¿Podré verlo?

Liburex asintió.

—Creo… que sí…

Nahia resopló aliviada.

—Menos mal.

—Para conseguir entrar… debes primero… convencer a ese colaborador.

—¿Cómo lo hago?

—Tienes… que ir a verlo.

—¿A dónde?

—A intendencia.

Nahia comprendió.

—Un Tergnomus.

—En efecto…

—De acuerdo, hablaré con él.

—El encuentro… será mañana… al mediodía. No… llegues tarde —advirtió Liburex.

—No lo haré, tranquilo. ¿Por qué quiere verme?

—Eso no lo sé… Solo puedo decirte… que ha exigido verte… De lo contrario... no hay trato y no… nos ayudará.

—No hay problema. Si quiere verme, me verá —afirmó Nahia y luego lo pensó—. ¿No será una trampa?

Liburex se encogió de hombros.

—No lo creo… porque es del círculo de confianza… pero podría… ser una trampa sí… Esa opción siempre está vigente… por desgracia.

—No lo sabré hasta que haya puesto un pie en ella, ¿verdad?

—Así es… Los juegos de secretos… espías y confabulaciones… son así.

—Ya, pues yo prefiero ir por delante, mostrándome.

—No es lo más acertado… en este caso que… nos ocupa.

Nahia resopló frustrada.

—Tienes razón. Tendré que arriesgarme, no queda otra opción.

—Te deseo… buena suerte.

—Si caigo, dile al Prisionero que siga intentándolo. Debe llegar al final, aunque yo muera.

—Se lo diré… o más bien… se lo haré llegar.

—Gracias.

—Antes de que te vayas… quiero que veas algo… o más bien… lo escuches. Creo que lo encontrarás… motivador…

—¿Motivador? Eso suena bien.

Liburex sonrió con su boca y labios de corteza.

—¿Recuerdas que… las lámparas de la biblioteca… como las de otros muchos lugares… en esta academia… tienen una base de madera? —dijo señalando la que tenía sobre la mesa.

—Lo recuerdo. También que puedes usar tu magia en ellas.

—Eso es… Observa…

Liburex señaló la lámpara y cerró los ojos. Nahia captó al momento que estaba usando magia. Un aura de color verde intenso envolvió todo el cuerpo de Liburex. De su dedo surgió un hilo de energía, fue a la base de madera y la envolvió. La lampara comenzó a brillar en verde.

Se escuchó una voz. Era joven… humana. ¡Un chico!

—La causa de la libertad debe seguir adelante. Aquí, con nosotros. ¡Fuerte!

—Como lo hizo con la líder que, en esta misma biblioteca, lo organizó —dijo una voz de mujer… parecía Escarlatum.

—Ella comenzó la rebelión aquí y es nuestra obligación seguir su ejemplo —dijo una voz claramente de Felidae.

—El mensaje debe llegar a todos los alumnos —dijo otra voz femenina.

Nahia no supo distinguir su raza.

—Organizaremos grupos de estudio y pasaremos el mensaje —dijo el chico humano.

—Con cuidado, no todos están con nosotros —advirtió la Escarlatum.

—Casi todos lo estarán, y más con las noticias que llegan de Drameia sobre los rebeldes liberando ciudades —afirmó el Felidae.

Liburex abrió los ojos y dejó de enviar su energía a la lámpara. Las voces se fueron apagando hasta desaparecer.

—¿Quiénes son? —preguntó Nahia a Liburex.

—¿Acaso… importa? Lo realmente asombroso… es que siguen tu causa… y lo hacen… del mismo modo que lo hiciste tú…

—Sí, eso es muy sorprendente y motivador —Nahia estaba encantada de que otros siguieran lo que ella había empezado allí.

—Cada curso… tiene líderes… y se reúnen en la biblioteca… para organizarse… para difundir el mensaje…

—Me parece maravilloso. Estoy muy contenta de saber que seguimos fuertes con la causa.

—Supuse que así sería… Deberías estar muy orgullosa… de lo que hiciste… y sus ramificaciones…

—Más que orgullosa, estoy feliz. Saber que siguen lo que yo comencé me llena de gozo el alma.

Liburex asintió.

—Cuidaré de que no los descubran… cuanto pueda…

—Te lo agradezco.

Nahia se fue a cenar con buenas sensaciones por lo que Liburex le había mostrado, aunque preocupada por la cita del día siguiente.

Tenía mucha hambre. Dar clase y todas aquellas emociones le abrían el apetito. Los maestros de armas no comían en el comedor con los alumnos, sino en su barracón, en el comedor situado en la planta baja. Funcionaba de la misma manera. Los Tergnomus cocineros preparaban y servían la comida y los maestros se levantaban de las mesas para ir a coger el plato a una larga barra detrás de la cual estaba la cocina.

Olía sabroso, había guiso de carne. Como Nahia no conocía a nadie se sentaba sola en una de las mesas. Hasta ahora nadie se había interesado en ella ni le habían dado conversación. Todos

saludaban al pasar, pero nadie se paraba a hablar. Nahia supuso que así era como se comportaban los maestros.

Se sentó en la mesa habitual y disfrutó del excelente guiso. Si los cocineros de los alumnos eran buenos, el de los maestros de armas eran mejores. Estaba delicioso.

Según comía observó las mesas. Los Drakónidos se sentaban juntos y también los Tauruk-Kapro. En otras mesas, sin embargo, había humanos con Felidae y unos pocos Escarlatum. No vio a ningún Fatum, aunque no le extrañó. Los Fatum eran excelentes en magia, pero no con armas.

Siguió degustando la comida. El siguiente día tenía que ir a intendencia y esperaba que le consiguieran una forma de ver a Egil o, al menos, saber qué debía hacer.

—Buenas noches, jinete —saludó una voz.

Nahia levantó la mirada casi dando un respingo. Estaba tan metida en sus pensamientos que ni se había percatado de que otro maestro se le había acercado.

—Buenas noches —saludó Nahia.

—¿Puedo sentarme? —pidió y Nahia lo observó un momento.

Era humano, rubio, de ojos azules. Le recordó a Brendan, de la Escuadra Ardiente, solo que mayor, más curtido.

—Sí, por supuesto —dijo Nahia.

—Gracias. He visto que cenas sola y he venido a presentarme. Soy Novak —le tendió la mano.

—Encantado, Novak, soy Nahia —se la estrechó Nahia.

—Sí, lo sabemos. La nueva maestra de lanza. Y jinete de dragón, nada menos —dijo Novak.

—Estáis bien informados.

—Solo hay que preguntar a Egurex, el Exarbor del barracón.

—Oh, no sabía que diera información.

—A los que llevamos tiempo aquí, sí.

—¿Llevas mucho tiempo?

—Si, cinco años.

—Ya veo.

—Eres joven, pasarías hace poco por la academia. No coincidimos.

—No coincidimos.

—Estás con Draketz, ¿verdad?

Nahia resopló.

—Sí, con él estoy.

Novak sonrió.

—Es un tanto tieso.

—Yo usaría algún otro adjetivo.

—Ya, agradable no es, pero es muy bueno con las armas.

—Sí, ya lo he comprobado.

—Los Drakónidos tienen un carácter peculiar, ya sabes… —Novak miró hacia una mesa cercana donde había cuatro cenando. Uno era Draketz.

—Sí… —Nahia los observó.

Charlaban entre ellos como si estuvieran enfadados por algo.

—Siempre parece que están discutiendo, pero es su forma de hablar —se encogió de hombros Novak.

—Cierto.

—Lo mejor es no hacerles mucho caso —aconsejó Novak.

—No tengo intención de hacérselo.

—¿Estarás mucho con nosotros?

Nahia negó con la cabeza.

—Hasta que mi señor dragón se recupere de las heridas que ha sufrido en un ala.

—Entiendo. Bueno, espero que tu estancia sea corta, pero no mala —sonrió.

—Gracias. Yo también.

—Te dejo cenar. Ya seguiremos charlando otro día —dijo Novak y se levantó.

Fue hasta otra mesa y se sentó con otro humano y un Felidae y un Escarlatum. Todos la miraron. Era la nueva, así que suscitaba interés. No le extrañó que la observaran.

Nahia terminó de cenar y se fue a dormir. El descanso le sentaría bien para lo que fuera que le esperase al día siguiente.

Capítulo 46

Al mediodía Nahia se dirigió a intendencia. Le pareció que el alargado edificio que había aumentado en tamaño. Quizás lo había hecho, más alumnos requerían de más cosas y espacio para ellas.

Entró y vio que solo estaban los Tergnomus detrás del mostrador, lo que Nahia agradeció.

—Me han pedido que venga —anunció Nahia.

Uno de los Tergnomus la miró de arriba a abajo. Tenía expresión de estar de mal humor, lo habitual en ellos.

—¿Maestra de armas?

—Así es.

—¿Nombre?

—Nahia.

—Espera aquí —dijo el Tergnomus y se dirigió a la parte interior. No tardó ni un momento en regresar acompañado de Hiputz, jefe de intendencia.

—Ve a la parte de atrás del edificio —dijo Hiputz.

—¿A la parte de atrás? —Nahia no pudo disimular su sorpresa.

—¿Acaso estás sorda? —preguntó el otro Tergnomus con el característico tono nada amable de los de su etnia.

—No estoy sorda, pero lo de ir a la parte de atrás no me parece muy correcto. ¿No se me puede atender aquí delante?

—¿Te he dicho yo que puedas hacer preguntas? —respondió Hiputz.

—No… pero tengo derecho…

—A la parte de atrás —cortó y se marchó al interior.

Nahia había olvidado lo que era interactuar con aquellos seres sin modales y cascarrabias. Recordaba bien que el jefe de intendencia

era de los peores, así que no tenía más opción que hacer lo que le habían dicho y fue a la parte de atrás de edificio, que era muy largo y ancho. Según llegó, se dio cuenta de que no había ningún dragón cerca vigilando. El más cercano estaba en una torre más al este y desde aquella posición no podía ver la parte trasera del almacén.

Nahia ya se había dado cuenta cuando era alumna de que no todos los lugares de la academia estaban vigilados. Los dragones que supervisaban en las torres y frente a algunos edificios, como el castillo o las mazmorras, no eran tantos y la academia era enorme. Esto la llevó a pensar que, si le iban a tender una trampa, aquel lugar era muy adecuado para ello.

—Entra —dijo una voz.

Nahia miró a su izquierda y por un momento pensó que la pared del edificio le había hablado. Una puerta se había abierto dos dedos y la voz había salido del interior. Suspiró y entró.

Estaba en una habitación grande donde había muchas cajas amontonadas en diferentes zonas. Solo alumbraba una lampara de aceite y no había ventanas, por lo que estaba bastante oscuro.

—¿Eres la jinete? —preguntó la misma voz y, al mirar hacia la voz, Nahia vio a un Tergnomus junto a la lámpara de aceite.

—Lo soy —afirmó ella y saludó con la cabeza.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó el Tergnomus.

A Nahia le pareció que era un Tergnomus joven. Era complicado establecer la edad en los de su raza, pero tenía menos arrugas de lo normal y su pelo era más liso. Era menos feo que los Tergnomus con los que había tratado con anterioridad.

—He sido requerida para tratar un asunto importante.

—Importante depende de para quién.

—Importante para mí, y para los míos.

—¿Quiénes son los tuyos?

Aquella pregunta la inquietó. ¿Por qué quería saber eso?

—Quiero hablar con el líder, no contigo.

—¿Cómo sabes que no soy el líder?

—Porque te faltan canas.

El Tergnomus se quedó callado.

—Bien visto, eres inteligente —dijo otra voz más añeja, y un segundo Tergnomus salió de detrás de una caja.

Al momento tres más aparecieron de detrás de otras y rodearon Nahia. Llevaban cuchillos en las manos. Uno de ellos se puso en la puerta impidiendo la salida.

Nahia se inquietó y la llama en su interior prendió. Las cosas se complicaban. Aquello parecía una trampa de la que no se saldría con vida. Levantó las manos para que vieran que no tenía intención de atacar.

—No os recomendaría atacarme. Si vais a entregarme, hacedlo, pero si me atacáis, me temo que no todos saldréis con vida de aquí.

El Tergnomus más viejo del grupo, el que había hablado, la miró estudiándola.

—Así que es verdad lo que dicen de que tienes espíritu ardiente.

—Soy una llama andante, y no lo digo figuradamente.

—Eres una Nacida de la Llama, eso lo sabemos.

—Entonces sabes que mi poder mágico es grande.

—Eso se dice, sí. También que eres la líder de la rebelión.

La afirmación del Tergnomus dejó a Nahia muy contrariada. Si lo sabían, podrían entregarla a los dragones, viva o muerta.

—La gente habla, los rumores sobre la rebelión y sus líderes son muchos —disimuló Nahia. No iba a confesar tan fácilmente.

El Tergnomus frunció al frente. Nahia se fijó en que tenía ojos profundos y grises, algo no muy común en los Tergnomus. Su pelo era completamente blanco y liso, le daba un aura de sabio.

—Solo si me dices la verdad saldrán las cosas bien para ti —advirtió el Tergnomus y la señaló con el dedo índice.

—No he mentido.

—Tampoco has respondido a mi pregunta.

—No respondo a preguntas de desconocidos. ¿Quién eres? ¿Y por qué quieres saber lo que preguntas?

El Tergnomus inclinó la cabeza y la miró midiendo su valía.

—Soy Ipotxon, y quiero saber lo que pregunto para asegurarme de que estoy hablando con la persona con la que debo hablar. Te lo vuelo a preguntar, ¿eres la líder de la rebelión?

Nahia se quedó pensando si responder o no. Si era una trampa y respondía que sí, la entregarían a los dragones. Si lo negaba y aquello no era una trampa, perdería la oportunidad de llegar a Egil, y eso no se lo podía permitir. Lo pensó un momento mientras todos la observaban. Estaban tensos, eso podía sentirlo.

Se decidió. Tenía que arriesgar, no había otra opción.

—Soy la líder de la rebelión.

Ipotxon arrugó la nariz.

—Interesante. No es que no crea en tu palabra, pero prefiero asegurarme —dijo el Tergnomus y sacó una varita de madera de forma serpenteante. Era tan larga como el antebrazo de Nahia y terminaba en una gema verde.

—¿Qué vas a hacer? —se alarmó Nahia y su llama se incrementó.

—Nada doloroso, te lo aseguro —replicó Ipotxon y movió la vara.

Nahia vio que a sus pies comenzaba a surgir una sustancia gris, como humo, que se pegaba a su cuerpo según ascendía.

—¿Qué…? —su llama interior ardió fuerte y, para su sorpresa, se vio reflejada en la sustancia gris que la envolvía.

—Ahí está, una verdadera Nacida de la Llama. De gran poder, sí —afirmó Ipotxon.

—¡Eres un Mago! —se dio cuenta Nahia.

—Sí, así es. Los hay entre los míos también, aunque los dragones nos desprecien a nosotros y nuestra magia.

—Entiendo… —Nahia miraba asombrada cómo su llama se plasmaba en el humo que la rodeaba.

—Comprobado —dijo Ipotxon, y con otro movimiento de su varita hizo desaparecer la sustancia gris.

Nahia respiró más tranquila y su llama se calmó en su interior.

—Soy quien digo ser —aseguró Nahia.

—Lo eres y ahora lo sé, pero entenderás que debía asegurarme. Vivimos en un mundo peligroso y las traiciones son muy comunes.

—Sí, eso no lo voy a negar. Yo he sido sincera, espero la misma cortesía. ¿Eres tú el líder de los Tergnomus de la academia?

Ipotxon sonrió.

—Soy el líder de los Tergnomus de intendencia.

—Y algo más… —intentó sonsacar Nahia.

—Sí, y algo más. Por ejemplo, soy quien trata con el Prisionero.

Nahia tuvo que aguantar un resoplido de alivio.

—Por él estoy aquí —dijo Nahia.

—Por él ambos estamos aquí.

—¿Cuándo podré verlo?

Ipotxon asintió un par de veces y luego miró al Tergnomus más joven.

—¿Está todo acordado, Txikiterg?

—Lo está, pero hay que entrar y salir con cuidado.

—Tendré cuidado, no os preocupéis por eso.

—Nos preocupamos por todo, si te cogen puede costarnos la vida a nosotros —dijo Txikiterg.

—Yo no os voy a traicionar. Eso nunca.

—Eso dices ahora que no te han cazado todavía los dragones. No creo que superes sus interrogatorios.

—Ya me preocuparé por eso más tarde.

—Esperemos que no sea necesario —intervino Ipotxon.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó Nahia con un tono un poco más intenso del que quería.

Ipotxon sonrió con una sonrisa amable.

—Porque los que perseguimos el mismo fin debemos ayudarnos entre nosotros pese a que corramos altos riesgos. El fin que buscamos requiere de sacrificios.

—Entonces, compartimos el mismo objetivo —Nahia quería asegurarse.

—Así es —dijo haciendo un gesto con la mano hacia los otros Tergnomus—. Los míos quieren lo mismo que tus seguidores.

Nahia se dio cuenta de que no utilizaba los términos libertad o rebelión. Era muy precavido aquel Tergnomus. No lo culpaba, estando donde estaba.

—Entiendo que no todos entre tu pueblo están con vosotros.

—Entiendes bien. No puedes fiarte más que de mí y de mi hijo, Txikiterg. De nadie más.

—De acuerdo, así será.

—Es la única forma de seguir con vida. Los dragones tienen informadores entre todas las razas, incluida la tuya. No te fíes, es un consejo que te doy y que espero sigas.

—Gracias, lo haré.

—Muy bien. ¿A qué hora se ha acordado la entrada? —preguntó a Txikiterg.

—A medianoche, al cambio de turnos —respondió su hijo.

—Allí estaré.

—Antes de irte, necesitarás de ropaje adecuado —dijo Ipotxon.

Nahia se extrañó.

—¿Ropaje?

—Los maestros de armas no van nunca a las mazmorras —dijo Txikiterg.

—Resultaría muy sospechoso —añadió Ipotxon.

—Oh…

—Irás como alumno de tercer año castigado —dijo Txikiterg y le dio un macuto.

Nahia lo abrió y vio que eran las ropas de tercer año.

—Bien pensado —dijo—. No hace tanto que las vestía.

—No queremos que haya problemas. Esto lo ha sugerido el Prisionero.

—Está en todo —asintió Nahia.

—Tiene que estarlo, pero no tenemos todo controlado. En el interior puedes tener problemas.

—¿Con los Tergnomus que no están con vosotros? —razonó Nahia.

—Así, es. Los jefes de área son leales a los dragones. Tendrás que evitarlos y puede que no te resulte fácil.

—Entiendo…

Nahia ya era consciente de aquella situación. Todos los jefes en la academia, fuera de lo que fuera, estaban del lado de los dragones.

—Vas a correr riesgos, es inevitable, incluso con nuestra ayuda —dijo Txikiterg—. No llegamos a todo.

—Que no iba a ser fácil ya me lo imaginaba.

—Si te descubren te matarán —aseguró Txikiterg.

—Sí, eso también lo tengo asumido…

—Aun puedes echarte atrás —dijo Ipotxon—. Nadie te lo echará en cara, los riesgos son demasiado grandes.

Nahia suspiró.

—No puedo echarme atrás. Tengo que hacerlo. Si muero, que así sea. Podréis contar que la líder de la rebelión nunca se achacó.

—Esperemos que no sea necesario contar eso —dijo Txikiterg.

—Ten mucho cuidado, y suerte —deseó Ipotxon.

—Gracias —Nahia hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza.

El Tergnomus que estaba tras Nahia bloqueando la puerta se apartó para que pudiera salir y Nahia abandonó el almacén.

Salió, cerró la puerta y resopló. Había sido una experiencia intensa.

Nahia bajó a cenar como cada noche. No quería cambiar de conducta para no levantar sospechas. Tenía que presentarse en las mazmorras a medianoche, pero quedaba mucho todavía. Intentó disfrutar de la cena, que como siempre era muy buena, aunque tenía un pequeño nudo en el estómago.

Ver a los cocineros Tergnomus le recordaba el intenso encuentro que había tenido. Se preguntaba si aquellos cocineros serían leales a Ipotxon o a los dragones. Era una pena no tener una habilidad para poder reconocer aquello. Pensó en Lily y sus artes de encantadora, seguro que ella era capaz de desarrollar esa habilidad. Que podía hacer que la obedecieran lo sabía, pero sacarles la verdad era algo más complejo. Se lo comentaría la siguiente vez que la viera.

—¿Comiendo sola otra vez? —preguntó Novak con una sonrisa. Volvía de coger un plato con verdura.

—Me ayuda a pensar —respondió Nahia.

—¿Por qué no vienes a nuestra mesa? —Novak señaló la mesa en la que se sentaba. Estaba con un Felidae león y otro tigre.

—Gracias… —Nahia no quería ser descortés, pero no estaba de humor para conversaciones.

—Estamos lejos de Draketz —sonrió Novak.

Nahia miró hacia la mesa en la que estaba el Drakónido con otros de su raza.

—Mejor mañana, hoy me retiro pronto. Estoy cansada.

—De acuerdo. A mí también me dolería la cabeza de estar todo el día con ese —dijo en broma y miró a Draketz.

Nahia sonrió.

Novak se sentó en su mesa y se puso a charlar de forma animada con los dos Felidae. Nahia agradecía las buenas intenciones del humano, pero aquella noche tenía algo muy importante que hacer y su mente estaba centrada en ello.

Capítulo 47

A medianoche Nahia se presentó en la puerta de las mazmorras vestida como una alumna de tercer año. Los dos dragones de guardia la miraron de reojo, ella intentó poner cara de ser más joven y algo más inocente.

La siniestra fortaleza amurallada estaba situada muy cerca del centro de la muralla norte, al final de la academia. Nunca le había gustado lo más mínimo la zona, y mucho menos la prisión. Observó la oscura fortaleza con sus altas murallas y sus cuatro torres circulares con espirales que subían hasta la punta. Las mazmorras estaban enterradas bajo el edificio en tres profundos subniveles. En la parte posterior del edificio central y rodeado por las murallas había un enorme patio con algunos edificios más pequeños. Nahia no sabía cuál era su función, pero creía que tenía que ver con suministros.

Su mirada se fue a los cuatro dragones que vigilaban desde las esquinas de las altas torres. Los estudió y comprobó que seguían siendo dragones jóvenes elementales: rojo, azul, blanco y marrón. Los dos de la puerta de entrada eran negro y cristalino, también jóvenes y fuertes. No habían cambiado de estrategia. Los vigías eran dragones de los seis elementos principales para hacer frente a cualquier intento de fuga.

Ahora que estaba en la puerta, Nahia recordó las últimas veces que había estado allí y su sentimiento de intranquilidad aumentó más todavía. Intentó calmarse cuando se dio cuenta de un problema en el que no había pensado hasta ese momento. Tarcel, el Tergnomus Primero de los calabozos, saldría a recibirla, y él estaba del lado de los dragones.

El estómago le dio un vuelco. Sin duda la reconocería y le parecería extrañísimo que estuviera allí vistiendo como una alumna de tercer año cuando ya se había graduado. Los dragones de

guardia pensaban que era otro alumno castigado, algo normal y habitual, pero Tarcel la desenmascararía nada más verla. No iba a poder pasar y no había otra forma de entrar.

Escuchó un sonido metálico proveniente de detrás de la puerta y comenzó a abrirse. Nahia entrevió la cabeza de un Tergnomus que asomaba. Los nervios se apoderaron de ella y estuvo a punto de echar a correr para esconderse en la oscuridad de algún punto de la muralla. Apretando los puños consiguió calmarse en el último momento y no salir corriendo.

De la puerta salió un Tergnomus, pero para su enorme alivio, no era Tarcel.

—¿Castigo? —preguntó el Tergnomus y la miró de arriba abajo. No era tan mayor como Tarcel, aunque tenía unos añitos.

—Sí, me han castigado… —Nahia pudo cara de estar muy preocupada. No por el castigo, sino por el engaño. Ya no había forma de salir de allí si la descubrían.

—De acuerdo. Yo soy Lacert, Tergnomus Segundo de los calabozos.

—Oh, ¿y el primero? —preguntó Nahia casi sin poder contenerse.

—Está enfermo. Muy raro en él, no había faltado a su puesto en 20 años.

—¿Un frío? ¿Un contagio de un resfriado quizás?

—No se sabe. Está con mucha fiebre y vomita de continuo.

—Quizás comiera algo en mal estado…

—Quizás. El caso es que he tenido que relevarlo. No esperaba tener que hacerlo hasta dentro de unos años, pero me he estado preparando para sustituirlo y conozco todas sus labores a la perfección.

—No me cabe duda.

—Los Tergnomus nos tomamos nuestro trabajo y funciones muy en serio. No como los alumnos que terminan aquí castigados… —Lacert lanzó una mirada condescendiente.

—Cometí un error… sin querer…

—Ya, eso dicen todos los que pasan por aquí. ¡Sígueme!

Nahia así lo hizo y nada más poner un pie en el interior de la lóbrega fortaleza un montón de recuerdos le asaltaron. La mayoría de ellos eran malos, de todos los apuros que había pasado allí adentro.

—Vamos a inscribirte en el registro.

Fueron hasta el Exarbor de control de entrada a las mazmorras, que aguardaba detrás de un escritorio de roble con varios tomos enormes abiertos. Nahia lo reconoció de inmediato. Era Jaibor, Exarbor del registro de las mazmorras. Esto sí que representaba un problema porque la conocía perfectamente. Nahia tragó saliva mientras el estómago se le hacía un nudo.

—Traigo a una alumna de tercero con castigo —anunció Lacert.

El Exarbor levantó la vista de los tomos y miró a Nahia.

—Nahia… de la Escuadra Ígnea… Escuadrón Rojo… —señaló.

—¿La conoces? —preguntó Lacert.

—Ha estado… antes aquí… Varias veces…

—¡Vaya, así que una asidua! Eso no es nada bueno para la salud —advirtió Lacert—. Será mejor que espabiles antes de que te cueste la vida.

Nahia no sabía qué hacer o decir. Jaibor la había reconocido y se daría cuenta de que ella no era ya alumna de tercero, así que estaba a punto de ser descubierta. Todo iba a terminar en un momento y muy mal.

—Castigo de… una semana… en el subnivel primero… limpieza…

Jaibor actuaba como si Nahia fuera todavía de tercero e Irakas-Gorri-Gaizt la hubiera castigado una vez más. Era de lo más extraño…

—Ya veo que cometes errores y no aprendes —dijo Lacert con tono de disgusto—. Solo un tonto repite castigo.

Nahia no respondió. No sabía por qué Jaibor no la delataba y no iba a caer en las provocaciones de Lacert, discutir con un Tergnomus no tenía el más mínimo sentido.

—Quedas… registrada…

—Sígueme, es hora de que te pongas a trabajar —dijo Lacert y se marchó caminando de aquella forma tan curiosa con la que caminaban los Tergnomus, como si pisaran charcos.

Nahia no dijo nada para no tener más discusiones con el Tergnomus y lo siguió. Conocía a la perfección por dónde iban, no había cambiado nada.

—La pulsera —dio Lacert a Nahia y ella se la puso.

Sin esa protección no se podía bajar a las mazmorras.

Descendieron por las escaleras y a Nahia se le hizo todo muy conocido, como si hubiera estado allí hacía unos días. Ni siquiera discernir a los vigilantes oscuros en la escalera la atemorizó.

Llegaron a la puerta del subsuelo primero y se detuvieron frente a ella. Lacert entró cuando un Tergnomus salió recibirlos. Era Ufrem, el responsable de la zona sur. Nahia se sintió de inmediato más tranquila. Ufrem estaba con la causa y la había ayudado la última vez. Al que no quería encontrarse era a Framus, el responsable de limpieza del nivel, que estaba con los dragones.

—¿Nos traes ayuda? —preguntó Ufrem.

—Sí, parece que a esta le gusta limpiar mazmorras.

—Me suena su cara, sí… —comentó Ufrem disimulando.

—Se la llevo a Framus para que la asigne.

Nahia se quedó helada. Eso quería decir que Framus estaba detrás de la siguiente puerta.

—No hace falta, ya la llevo yo. Necesitamos que empiece a trabajar cuanto antes —dijo Ufrem voluntarioso.

—Así me gusta, todos a trabajar y rápido. Ese es el espíritu que hay que tener siempre —afirmó Lacert—. Primero trabajo y luego más trabajo —aleccionó.

—Por supuesto, como debe ser —Ufrem hizo una pequeña reverencia.

Lacert se marchó orgulloso.

En cuanto se cerró la puerta Ufrem miró a Nahia con ojos llenos de miedo.

—¡Rápido, al armario! —dijo y abrió el que tenían al lado.

Nahia lo miró un instante muy sorprendida.

—¿Qué…?

—¡Al armario, tienes que esconderte!

La puerta interior comenzó a abrirse y Nahia se metió en el armario a la velocidad del rayo.

Ufrem lo cerró y se volvió hacía la puerta.

—¿Ha venido Lacert? —preguntó una voz que Nahia reconoció. Era Framus.

—Sí, acaba de irse —respondió Ufrem disimulando.

—¿Qué quería el encargado segundo?

—Actuar como si fuese el primero.

—Ya, se le están subiendo los humos demasiado —asintió Framus.

—Lleva años esperando esta oportunidad y ahora la quiere provechar al máximo.

—Hacerse el importante es lo que quiere —afirmó Framus.

—Tú te mereces mucho más ese puesto que él. Has trabajado 100 veces más —halagó Ufrem.

—Y de noche… Yo siempre he trabajado de noche y ese fantoche solo ha trabajado de día. ¡El turno fácil!

—Por eso mismo, ese no es de fiar. Le gusta el trabajo fácil y escalar puestos rápido. Esa no es la forma de obrar de un buen Tergnomus — sentenció Ufrem.

Framus asintió varias veces.

—Vuelvo al trabajo. Ya llegará mi recompensa.

Ufrem asintió y se quedó junto al armario cogiendo algo de una silla. Cuando Framus marchó le habló a Nahia a través de la puerta del armario, pero sin abrirlo.

—Espera ahí dentro y no hagas ningún ruido. Vendré a buscarte cuando esté despejado.

—De acuerdo…

Nahia se quedó dentro del armario.

No todo estaba bien atado, tal y cómo Ipotxon le había contado.

Suspiró. Iba a tener que arreglárselas allí abajo y no iba a resultar nada fácil.

Capítulo 48

Ufrem regresó al cabo de un buen rato y abrió la puerta del armario.

—Vamos, está despejado. Tenemos que movernos rápido.

—De acuerdo.

—No han movido al Prisionero, sigue en la misma mazmorra. Te llevaré hasta él, pero tienes que andarte con mucho cuidado.

—Lo tendré. ¿Cogemos las cosas de limpieza?

—Sí, hay que disimular al máximo. Iré contigo, como que te estoy enseñando.

—Perfecto.

—En este nivel puedo ayudarte, más abajo no.

—¿No?

—Solo tenemos un par de colaboradores, uno en el segundo subnivel y otro el en tercero. Pero no podemos ponerlos en riesgo. Si son descubiertos perdemos la comunicación con esos subniveles y no habrá paso de información hacia arriba.

—Entiendo…

—Lo siento, pero el flujo de información es más importante que esta misión tuya. Nos ha costado años de trabajo y riesgo colocarlos donde están.

Nahia asintió. Lo entendía. Una cosa era su misión puntual y otra poder saber qué sucedía en las mazmorras. Claramente eso era más importante desde una perspectiva global.

—Jaibor, en la entrada, ¿está con nosotros?

Ufrem asintió.

—Toda la información pasa a raves de él en ambos sentidos. Es la pieza clave.

—Espero que no lo descubran por colarme dentro.

—Esperemos que no lo hagan. Es muy cuidadoso y hábil. Falsificará muy bien tu paso por aquí. Será difícil descubrirlo.

—Entiendo.

—Pero no debes encontrarte con nadie que te reconozca.

—Sí, eso lo tengo muy claro.

—Muy bien, entonces vamos.

—Una cosa más, Ufrem.

—Dime.

—Eres un valiente. Sois unos valientes. Gracias, de corazón.

Ufrem suspiró.

—La libertad tiene un coste, uno alto. Algunos de nosotros estamos dispuestos a pagarlo.

—Sois unos héroes.

—Gracias, esperemos sobrevivir —dijo Ufrem y le hizo una seña.

Recorrieron las estancias de los Tergnomus con rapidez. No había nadie, estaban todos trabajando. Luego se dirigieron a la zona donde estaba Egil encarcelado. Ufrem iba delante y abría las verjas para acceder a los pasillos de celdas con cuidado y mirando siempre si había alguien.

Consiguieron llegar sin problemas y se detuvieron delante de la celda de Egil.

—Me quedo un poco adelantado limpiando —dijo Ufrem.

—De acuerdo.

—Te avisaré si veo peligro —dijo Ufrem y se puso a limpiar.

Nahia miró a ambos lados del corredor. Solo estaba Ufrem, no había peligro de momento.

—Egil… soy yo… —susurró Nahia desde el mirador de la puerta, que estaba abierto.

—¿Nahia?

—Sí, soy yo.

Una luz se encendió en la celda y Nahia pudo ver a Egil. Tenía una pequeña lámpara de aceite con él.

—¡Tienes luz!

Egil se acercó a la puerta. Seguía con la máscara, no se la habían quitado. Esto a Nahia le produjo una enorme pena.

—Tengo luz, sí, y algunas mejoras más que he ido consiguiendo —su voz sonó a que sonreía.

—¡No sabes cuánto me alegro de verte! —dijo Nahia muy contenta.

—Más me alegro yo —rio Egil—. Aquí no recibo tantas visitas como me gustaría.

—Es verdad. No sé cómo lo soportas, me rompe el corazón cada vez que te veo encerrado en esa celda y con esa horrible máscara. Dime, ¿cómo estás? ¿Aguantas?

—No te preocupes, estoy bien, aguanto.

—¿Seguro? Yo no podría…

—Sí, seguro. Además, cada vez tengo más visitas.

—¿Más visitas? —Nahia estaba muy extrañada, miró a ambos lados y no vio a nadie—. ¿De quién?

—Oh, por aquí pasa bastante gente, ¡te sorprenderías! Alumnos castigados de varios años, nuevos prisioneros, Tergnomus de limpieza y comida… ¡hasta algún Exarbor de tanto en tanto!

—¿Y hablas con ellos?

—Hago un esfuerzo extremo por hablar con ellos, sí. Me mantiene cuerdo y, sobre todo, informado.

—¿Consigues información así?

—Mucha y de todo tipo. La gente tiende a hablar aquí dentro. Debe ser por lo opresivo del lugar.

—Pero también te llega información de nuestros aliados, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Esa es vital.

—Ahora que me doy cuenta, estás hablando la lengua de Kraido a la perfección.

—No a la perfección, pero he mejorado mucho. Me consiguen libros y leo mucho aquí abajo.

—¿Liburex?

—Sí, me mantiene informado y me pasa buenos tomos. Todo lo que le pido, he de decir.

—¿Está colaborando bien?

—Más que bien. Al principio se mostraba reticente y desconfiado, algo natural, pero con el paso del tiempo ha ido cambiando su postura. Creo que tú has tenido mucho que ver con ello.

—¿Yo? ¿Cómo? Si he fuera…

—Tus andanzas, sin embargo, han llegado hasta aquí, hasta Liburex.

—Serán más las de mi escuadrón.

—Esas también. Al igual que las de mis amigos norghanos.

—¡Vaya! Las noticias viajan lejos si llegan desde Tremia aquí.

—Bueno, yo ayudo a que eso ocurra. Tengo establecida una red de informadores que envían noticias desde Tremia y también una red que las envía desde aquí.

—No sé cómo has logrado hacerlo, y más estando encerrado.

—Es cuestión de buscar aliados que compartan tus mismos objetivos o intereses. Con eso se pueden lograr muchas cosas.

—Como Ipotxon, te refieres.

—Exacto. Me costó mucho ganarme su confianza, pero es crítico. Los Tergnomus son quienes se mueven por aquí con mayor libertad, como ya has comprobado. Ellos me hacen llegar información y objetos. Y también me permiten enviarlos.

—Sí, lo veo. Estoy aquí contigo gracias a ellos.

—Si lo piensas, en todas partes de esta academia hay un Tergnomus y un Exarbor. Con la ayuda de Ipotxon y Liburex se puede estar en todas partes en Drakoros.

—Ya me doy cuenta, sí…

—Y la red de espías en Tremia ya la tenía, la creé hace mucho tiempo. Lo que he hecho es ampliarla a este mundo. El concepto es el mismo, cambia un poco el entorno.

—Fascinante tu forma de pensar.

—Y si lo piensas con mente abierta, más allá de estas mazmorras, de la academia, también están por todo Kraido y ahora Tremia.

—Tu forma de ver las cosas me maravilla.

—Bueno, estar encerrado en una celda puede hacer que tu mundo se encoja mucho o que se amplie a grandes distancias, a otros mundos.

—Lo dicho, me maravilla tu visión y optimismo, son increíbles.

—La vida algunas veces te pone en situaciones comprometidas, difíciles y terribles. En todas hay que intentar sobrevivir y salir adelante. Es lo que intento…

—Y lo estás logrando.

—Lograremos salir de esta, ten confianza —aseguró Egil con tono de confianza.

—¿No debería decirte eso yo a ti? El que está encerrado eres tú.

Egil rio.

—Sí, bueno, la que necesita oírlo ahora eres tú. Salvaremos a Logan.

—Tus palabras son como un bálsamo para mi inquietud. No lo estoy pasando muy bien. Incontables noches no consigo conciliar el sueño.

—Es natural. La situación es complicada, pero no desesperada.

—Tu confianza me tranquiliza mucho.

—Necesito que me informes de todo lo que ha sucedido contigo, a tu escuadrón, a las Panteras de las Nieves, y todo cuanto puedas de otros acontecimientos importantes de reinos y dragones.

Nahia resopló.

—Eso puede llevar toda la noche.

—Tenemos tiempo hasta el cambio de turno del amanecer.

—¿No va a venir nadie a limpiar o darte de comer… o vigilar?

—Hoy no toca, aunque tendremos visita de los adorables guardianes de los corredores.

—Oh… los Serpetuss. ¡Cómo odio esas cosas! ¡Son repugnantes! —Nahia sintió un escalofrío que le atacó todo el cuerpo. Se lo sacudió de encima.

—Uno se acostumbra a ellos.

—No creo que yo pueda nunca. Te cuento, antes de que lleguen.

—Adelante, por favor.

Nahia le contó a Egil todo lo sucedido con detalle y también todo lo que había estado ocurriendo en Gryphoros y Tremia. Finalmente le habló sobre la condición que la afligía y lo que había sucedido con los dragones en las Montañas de Sangre. Cuando terminó Egil se quedó callado y pensativo un largo momento.

—Lo de tu condición lo encuentro de lo más interesante y singular. Te recomiendo que pases tiempo explorando esa llama tuya. Creo que será muy bueno para ti y para la causa.

—Sí… tengo que hacerlo… en cuanto tenga algo de paz y tranquilidad.

—Cierto, ahora no es el mejor momento ni lugar.

—Pero gracias por la recomendación, lo haré.

—Encantado. Otra cosa de gran importancia es la liberación de Jafarika.

—¿Lo es?

—Sí, es simbólico. Que unos rebeldes hayan liberado la ciudad de los dragones es algo de lo que se hablará por todo Tremia. Hará mucho bien a la causa, te lo aseguro.

—Me alegro porque ha habido bastantes muertes.

—Por desgracia hablamos de enfrentarse a los dragones. Es normal —se lamentó Egil.

—Muy cierto.

—Dime, mis amigos, las Panteras. ¿Solo tenían el arco dorado de Lasgol con ellos?

—Así es. Al menos cuando estuvieron en el desierto, luego partieron.

—¿No han recuperado las armas doradas?

—Que yo sepa no…

—Entiendo, le da más sentido a mi búsqueda.

—¿Tú búsqueda?

—Oh, sí. Verás, yo nunca he dejado de buscar armas doradas. Tengo agentes por Tremia haciéndolo.

—¿Agentes?

—Servidores, algunos por lealtad y otros por oro. Buscan las armas doradas por mí desde hace años.

—Pues no mencionaron nada sobre ello, solo sobre el arco y que nosotros no podemos usarlo.

—¿Tus compañeros?

Nahia asintió.

—Nuestra magia es de origen plateado y parece que no le gusta a la dorada que tienen esas armas.

—Sí, esas dos magias base son antagónicas.

—Por desgracia eso nos pone las cosas difíciles.

—Ya viene.

—¿Un Serpetuss?

—Sí, los capto en cuanto entran en el corredor. Cosas de estar aquí encerrados…

—¡Serpetuss! —avisó Ufrem.

Nahia se apartó un paso de la celda y se quedó quieta como una estatua.

Egil apagó la lámpara.

Capítulo 49

El Serpetuss llegó hasta Nahia por su espalda, en sigilo. Aquel ser de pesadilla parecido a una gran víbora negra se detuvo y se alzó sobre su cuerpo hasta que su cabeza estuvo por encima de la de Nahia. Con su larga lengua la olisqueó. Siseó y mostró sus colmillos enormes. Nahia ni lo miró, se mantuvo impasible.

Tras un momento, la descomunal serpiente cerró las fauces y volvió a sisear. Luego bajó su cabeza hasta el suelo y continuó su camino zigzagueando. A Ufrem lo olisqueó y lo reconoció de inmediato, por lo que siguió pasillo arriba y se perdió tras los barrotes.

—Ya ha pasado —avisó Ufrem.

Nahia resopló dejando salir todo el aire de sus pulmones.

Egil encendió la lámpara.

—Unas criaturas fascinantes.

Nahia puso cara de horror. Luego decidió olvidase de ella y seguir a lo que estaba.

—La verdad es que no puedo creer que hayamos llegado hasta aquí. La idea de que llegara como maestra fue tuya, ¿verdad?

—Así es. Sé que hubieras preferido un destino con magia, pero por desgracia los dragones usan Exarbor para sus clases de magia, no humanos u otras razas.

—Ya… es verdad.

—Lo de enviar a Irakas-Gorri-Gaizt a buscarme fuiste también tú…

Egil asintió.

—No tenemos demasiado tiempo, te necesitaba aquí. Pedí a Garran-Zilar-Denbo que lo organizara.

—¿Puedes comunicarte con Garran-Zilar-Denbo?

—Sí, con cualquiera aquí dentro siempre y cuando Liburex y Ipotxon colaboren. Sin ellos no sería posible.

—Porque usas a los Tergnomus y Exarbor de aquí adentro.

—De aquí adentro y de toda la academia, en realidad.

—Impresionante.

—Pero requiere de ciertos favores, promesas que he tenido que realizar. Alguno en tu nombre, me temo.

—¿Qué quieren de mí?

—No es de ti en particular, quieren del líder de la rebelión, que eres tú.

—¿Qué quieren?

—Seguridad.

—No entiendo.

—Quieren seguridad de que la rebelión es real, que si se involucran no acabarán todos muertos por un sueño baldío.

—Oh, entiendo.

—Es comprensible, desde su punto de vista. Son valientes y entregados, pero hasta un límite. No los culpo por ser cautelosos.

—¿Qué les has prometido?

—Que cuando llegue el día la líder la rebelión los ayudará.

—Es un tanto genérica esa promesa.

—Lo sé, pero era necesario para organizar la red y para que nos ayudasen.

Nahia asintió.

—Es decir, les debemos un favor muy grande.

—Enorme. Y un día pedirán que se lo devolvamos. Probablemente cuando quieran alzarse contra los dragones.

—Cuando se atrevan, quieres decir.

Egil asintió.

—No seas dura con ellos. Recuerda que de todas las razas esclavas de Kraido, los Tergnomus y los Exarbor son precisamente los más afectados.

Nahia lo pensó un momento.

—Tienes razón, lo son.

—Y por ello, sus temores y cautela son mayores —aclaró Egil.

—Entiendo.

—Pero también son de gran ayuda. Más que eso, son cruciales. Te lo mostraré.

Egil se fue a la parte trasera y regresó con un documento enrollado. Lo abrió y se lo mostró a Nahia.

—Eso… parece un mapa…

—En efecto. Es el mapa de las mazmorras y muy detallado.

—¿Tienes el mapa de las mazmorras? —Nahia abrió mucho los ojos.

—Los mapas, para ser más exactos. Hay uno por cada nivel, cuatro en total.

Nahia miraba el mapa que le mostraba Egil con ojos enormes. Reconoció el subnivel.

—Este es el mapa del subnivel 3, donde están los dragones.

—Y también los gryphos —añadió Egil.

—Sí, correcto. Los dragones en la ruta 1 y los gryphos en la ruta 3.

—Eso es —asintió Egil.

—¿Cómo puedes tener los mapas? ¿Cómo es que existen? —Nahia no podía creerlo.

—Los dragones los encargaron, para tenerlo todo bien organizado y controlado. Los mapas no solo muestran cada mazmorra, sino cómo están repartidas por el subnivel. Y los puedo tener porque quienes los elaboraron en su día, hace centurias, fueron los Exarbor.

Nahia asintió varias veces.

—Ya, no me imagino a un dragón dibujando eso.

—Estos mapas son copias de los originales, que están en el castillo del Comandante.

—Liburex… —dedujo Nahia.

—Los bibliotecarios hacen copia de todos los libros y documentos, incluidos mapas —explicó Egil

—Ya entiendo.

—Me han servido de gran ayuda. Son la base del plan audaz, como lo he llamado. Ningún prisionero con collar plateado sabe cómo lo han traído hasta aquí, quiero decir los grandes y peligrosos de los subniveles inferiores. Les hacen algo, no estoy del todo seguro de qué. Así que nadie sabe el camino de salida de allí abajo.

—Audaz es… —dijo Nahia que, aunque no podía ver el rostro de Egil, le daba la impresión de que estaba sonriendo—. Entonces en los mapas aparece la salida de los subniveles y la has encontrado.

—Es más bien la entrada, ya que nadie que entra sale con vida.

Nahia suspiró.

—Muy cierto, yo no la he visto nunca. Siempre me he preguntado cómo llevan a los prisioneros a cada subnivel, por las escaleras de servicio que yo uso no puede ser porque por ahí no cabe un dragón.

—Cada subnivel tiene una salida y todas confluyen —Egil se lo mostró en el mapa que tenía en la mano—. Es como un gran pozo de enorme profundidad.

—Estupendo. Entonces ya sabemos por dónde salir. ¿Por qué no he visto nunca esa salida?

—Porque está protegida con magia plateada. Hay una gran runa con la forma de un dragón sobre la salida. En realidad, parece una de las cuevas mazmorras, pero esa runa la diferencia de las demás.

—No me he dado cuenta…

—Está disimulada, no te sientas mal. El problema es que para acceder a la cueva hay que activar la runa.

—¿Puedo activarla yo? Tengo magia plateada…

Egil negó con la cabeza.

—Me temo que no. Esa runa solo la puede activar un dragón.

—Ya, eso va a resultar un problema enorme —asintió Nahia.

—En efecto, y grande, pero no tanto como el siguiente.

—¿Cuál es el siguiente?

—La salida tiene cabida para dos o tres dragones, calculo, y una profundidad de 15 plantas. Hay que subirla.

—¿Puede un grypho volar en ese agujero?

—No, no hay suficiente espacio para volar si no es en picado y no hay como parar al fondo, y menos un grypho Rey que es tan grande casi como un dragón.

—¿Entonces… cómo salimos?

—El agujero es en realidad un elevador. Hay una plataforma circular que lo recorre.

—¿Sube y baja?

—Sí, y así es como meten a los prisioneros. El elevador para en cada subnivel.

—Oh, ya entiendo. Pero no puede ser de poleas si tiene que aguantar el peso de un dragón.

—Correcto. El elevador usa magia plateada para subir y bajar, la misma que usan para mantener sus ciudades reino en el aire.

—Oh… Entonces solo un dragón podrá manipular el elevador.

—Así es.

—Es un problema enorme.

—Sí, además, está siempre vigilado. Hay un dragón de guardia en el elevador y solo si da su permiso alguien puede acceder a él.

—Pues lo veo imposible entonces… —se desesperó Nahia.

—Imposible no hay nada en esta vida, difícil muchas cosas. Esta es una de ellas.

—Dificilísimo —dijo Nahia y resopló desesperada.

—Cuando lo logremos, será fantástico —dijo Egil animado.

Nahia negaba con la cabeza.

—Fantástico se queda muy corto si lo logramos.

—No te lo voy a negar.

Nahia suspiró.

—¿Cuál es plan? ¿Cómo sacamos al Rey grypho de aquí y de Kraido?

—Sacarlo de aquí es una cosa. Sacarlo de Kraido y que regrese a Gryphoros, otra diferente.

—Pero tienes un plan para eso también, ¿verdad?

—¡Por supuesto que tengo un plan! Esa parte requiere de precisión y también de colaboración.

—¿Colaboración de quién?

—De tu dragón raudo.

—¿De Eki?

—Así es.

—No va a querer ayudarme, está muy molesto por el tema de… ya sabes…

—Que has matado a dragones.

—Eso es…

—Lo entiendo, pero esto es diferente. Lo necesitamos y sin su ayuda no podremos activar la segunda parte del plan.

—No sé si podré convencerlo.

—Lo harás, estoy seguro. Recuérdale que si no nos ayuda Aroa morirá. Eso le hará recapacitar.

—De acuerdo. ¿Algún impedimento más?

—Creo que no.

—Menos mal…

—Tenemos que ir por partes. Lo primero y más importante es convencer a Garran-Zilar-Denbo. Necesitamos de su ayuda.

—Pensaba que estaba con nosotros.

—En algunas cosas lo está, en otras… no tanto.

—¿Qué sucede?

—Estuvo de acuerdo en ayudarme a traerte, pero no está de acuerdo en ayudar con la liberación del Rey grypho.

—¿Por qué no?

Egil resopló.

—Dos razones, ambas de peso. Tendrás que hablar con él y convencerle. Yo no puedo hacerlo, ya lo he intentado.

Nahia pensó en el poderoso dragón plateado.

—¿Y si yo tampoco lo consigo?

—Entonces fracasaremos. Su ayuda es parte crucial en este plan.

—De acuerdo. Explícame el plan y lo que debo hacer.

—Vas a tener que hacer algunas cosas, bastantes, y no serán fáciles.

—Estoy dispuesta. Adelante.

—Muy bien, escucha con atención.

Con la llegada del amanecer Nahia salía de las mazmorras y se perdía rápidamente entre los edificios cercanos para no ser vista. Ya tenía lo que necesitaba, un plan que le parecía totalmente descabellado. Aquello de audaz se quedaba muy corto, pero era un plan de Egil y le veía posibilidades. Pocas, tirando a ninguna, pero al menos, tenían ideas y opciones. Con eso tendría que bastar.

Capítulo 50

Para entrar a ver a Garran-Zilar-Denbo siguieron la misma estrategia. Debía hacerse al día siguiente, antes de que Tarcel, que estaba supuestamente enfermo, se recuperase y volviese a sus labores. Nahia entró como la noche anterior y, como ya tenía castigo asignado, no tuvo problemas, al menos para pasar la entrada.

Bajó al subnivel 1 acompañada de Lacert.

—Ya conozco el camino, no hace falta que me acompañes —dijo Nahia al Tergnomus Segundo de los calabozos.

Lacert la miró con cara de pocos amigos.

—Será mejor que tengas cuidado aquí, un descuido te costará la vida.

Nahia asintió.

—De eso soy muy consciente.

Lacert abrió la puerta del subnivel.

—Pasa y a trabajar con ganas y ritmo. Hay mucho que limpiar y poco tiempo. Empléate a fondo.

Nahia pasó y Lacert cerró la puerta con llave a su espalda. Pudo oír cómo subía los escalones.

Esperó un momento. No podía estar allí o la descubrirían. Framus podía aparecer en cualquier momento. Ufrem le había dado un juego de llaves la noche anterior, previendo que las necesitaría para llegar al subnivel 3. Usó la del subnivel 1 y abrió la puerta. Salió y la volvió a cerrar tan rápido y silenciosamente como pudo.

Comenzó a descender por las escaleras. Estaba muy profundo y tenía que bajar a oscuras, ya que no podían verla. No tenía permiso para ir allí y cruzarse con alguien en el descenso sería un problema grave.

Nahia vislumbró que algo se movía en la pared. Algo muy oscuro, más que la penumbra que la envolvía. Era uno de los Drobeltz, los vigilantes de las escaleras. Un escalofrío le bajó por la columna. Se miró la pulsera, mientras la llevara no debería tener problemas con ellos, o eso esperaba.

Alcanzó el subnivel segundo y extremó las precauciones. Alguien podía salir y Nahia no quería encuentros sorpresa en la negrura. Afinó el oído y esperó hasta estar segura de que no se oía a nadie. Pasó de puntillas por delante de la entrada y siguió descendiendo. Aún le quedaba un rato de descenso hasta el subnivel 3. De nuevo percibió por el rabillo del ojo algo muy oscuro moverse sobre la pared de roca. Suspiró. Odiaba a aquellas criaturas, sobre todo cuando estaba haciendo algo que no debía. Era como si lo supieran y la siguieran por eso.

Sacudió la cabeza. Eso no podía ser. Aquellos vigilantes Drobeltz no sabían que estaba haciendo algo indebido o ya habrían atacado. Siguió bajando a oscuras, lo que hizo que tropezara un par de veces. Podía encender una llama para ver, pero no quería que nadie supiera que estaba allí, así que siguió del mismo modo.

Finalmente llegó al subnivel 3.

Sus cálculos eran correctos. Bajar del primero al segundo era como bajar más de cinco pisos y del segundo al tercero, más de diez. Estaba a unos 15 o 20 pisos de profundidad, en las profundidades de la tierra y, seguramente, rodeada de Drobeltz. Le dio otro escalofrío tremendo.

Se situó frente a la puerta y escuchó. Ahora comenzaba lo más complicado. En el subnivel 3 no tenía ningún aliado, así que tendría que entrar sin que la viera ningún Tergnomus, en especial Utrek, el responsable de aquel subnivel, y el despreciable Burgor, jefe de alimentación que ya le había hecho varias malas jugadas.

Se dispuso a abrir la puerta, pero estaba insegura. En la primera estancia habría al menos media docena de Tergnomus trabajando. Conocía bien la estancia. Se agachó y miró por el ojo de la

cerradura, que era bien grande, como la llave que la abría. Dentro había luz y, en efecto, cinco Tergnomus estaban en ella.

Uno de ellos era Utrek. No podría pasar sin que la detectaran.

En aquel momento deseó que Lily estuviera con ella. La Encantadora de piel carmesí los hubiera puesto a dormir a todos con sus habilidades. Por desgracia, Nahia no tenía ninguna habilidad de encantadora. La llama en su interior se encendió como presentándose voluntaria para actuar. No, no podía matarlos con sus conjuros de hechicera o fuego ni convertirse en una llama viviente e incinerarlos porque de hacerlo estropearía el plan. Una cosa que le había dejado muy clara Egil era que nadie debía sospechar nada antes de que dieran el golpe. De lo contrario, no saldría bien. Matar a aquellos Tergnomus pondría sobre aviso a los dragones. Sospecharían que algo sucedía y reforzarían la vigilancia.

Debía hablar con Garran-Zilar-Denbo y convencerlo para que participara en el plan, así que tenía que entrar. Observó a los cinco Tergnomus, estaban muy ocupados en sus labores y ni hablaban entre ellos. Si Taika estuviera allí podría crear una bola de oscuridad que al estallar llenara toda la estancia de negrura y ella podría pasar sin ser descubierta. Dafne podría crear una bola de luz cegadora que brillara con tanta intensidad que no pudieran ver nada. De todos sus compañeros de escuadra, ella era la menos indicada para colarse en ningún lado. Bueno, a excepción de Aiden que entraría en la estancia como poseído y atacaría en estado de frenesí. Por desgracia, estaba sola.

Suspiró hondo. Egil le había dicho que tendría dificultades y que debía ser perspicaz, así que lo sería. Se concentró mientras seguía mirando por la cerradura y captó las auras mentales de los cinco Tergnomus. Eran grisáceas. Nunca había intentado lo que iba a hacer a continuación, pero debía hacerlo y correr el riesgo. Si salía mal, la descubrirían y sería su final y el de Logan. Cogió poder de su dragón interior y atacó las cinco mentes a la vez. Estaban en el radio de acción y podía verlas, lo que no sabía era si su ataque traspasaría la puerta.

Los cinco Tergnomus se llevaron las manos a la cabeza y tras un momento cayeron al suelo y comenzaron a retorcerse de dolor. Nahia lo sintió por ellos, pero no tenía otra opción. Envió más energía al ataque manteniéndolo sobre las cinco mentes. Los Tergnomus gruñeron hasta quedar inconscientes en el suelo, incapaces de aguantar el sufrimiento. Nahia detuvo el ataque. Sabía que, si lo llevaba demasiado lejos, podría matarlos.

Aguardó un momento para comprobar que estaban sin conocimiento. Se quedó muy impresionada de lo que acababa de hacer. No solo había atacado a través de la puerta, sino que a cinco mentes a la vez. Era increíble. Su poder mágico iba en aumento con el paso del tiempo y las experiencias.

Usó la llave del subnivel 3 y entró en la estancia. Pasó entre los Tergnomus caídos y miró a Utrek. No le caía mal el jefe de aquel nivel, pero estaba con los dragones, así que no podía hacer nada por él. Fue hasta un armario y se puso el cinturón repulsor. No porque fuera a necesitarlo, más bien para disimular si resultaba interceptada en las cavernas.

Se acercó hasta la puerta que daba a la siguiente estancia. Allí estaban unos diez Tergnomus atareados con cinturones repulsores y gorros de color plata: las cuadrillas de alimentación. Los vio por el ojo de la cerradura. En este caso no tenía por qué atacar, solo debía esperar, pues comenzaban el turno de reparto y, según sus cálculos, sería en breve.

No sé equivocó. Los Tergnomus eran sin duda predecibles, siempre realizaban las tareas en el mismo orden y a las mismas horas. Para ellos eso era sagrado. Aguardó hasta que partieron hacia sus carros, que aguardarían fuera llenos de comida que tendrían que repartir entre los prisioneros. Vio a Burgor y se le removió el estómago. A ese sí le hubiera frito la mente, pero no debía hacerlo con los otros cerca. Mejor que se fueran a repartir, menos problemas.

Con mucho cuidado abrió la puerta y entró en la estancia. No había nadie. Todos habían partido a realizar sus rutas de reparto.

Nahia cogió uno de los gorros plateados y se lo puso en la cabeza. Fue hasta una de las seis salidas y sacó la cabeza. Vio al último de los convoyes comenzando su ruta. Recordaba muy bien el lugar, la enorme cueva iluminada por antorchas y, al fondo, las primeras mazmorras, que luego seguían hasta donde alcanzaba la vista.

Comenzó a avanzar agazapada y se detuvo. Miró hacia la caverna que tenía a su espalda, donde se cargaban de alimento los carros, por si quedaba alguno retrasado. Allí llenaban cada día los carros con las piezas que bajaban desde la superficie. Era donde terminaba el pozo de carga y bajaban el alimento con poleas. No vio ningún carro. Habían cargado todos. Resopló aliviada.

Nahia avanzó directa hacia la ruta 1, su favorita, donde estaba Garran-Zilar-Denbo. Por donde pisaba iba apareciendo en el suelo una amplia línea plateada de cuatro pasos de anchura. Le hizo hasta un poco de ilusión verla. Le recordó las experiencias que había vivido allí, intensas. Siguió la línea plateada sin desviarse y sin mirar a las cavernas que iba pasando. Solo tenía tiempo para llegar a una.

Esperaba que cuando llegara a la zona donde estaban presos los dragones, éstos la reconocieran y la dejaran pasar. En su día tenía la protección de Garran-Zilar-Denbo y no la atacaban, pero ahora no estaba tan segura.

Pronto se encontró con un problema que ya esperaba. El carro de reparto de alimento de la línea 1 iba delante y, desafortunadamente, quien lo conducía era Burgor. Por desgracia no podía pasarlo sin que él se diera cuenta. Podía atacar y dejarlo sin sentido, pero prefería no hacerlo. Que todos en la entrada sufrieran un dolor de cabeza y desvanecimiento se podía explicar si estaban todos juntos en el mismo lugar. Pero otro suceso similar en la línea de reparto…. Resultaba muy sospechoso.

Nahia siguió el carro de Burgor ocultándose tras las curvas del recorrido y avanzando solo cuando no la veía. Tuvo mucho cuidado y no sucedió nada reseñable hasta llegar a la zona de los dragones. Allí el propio Burgor se ponía muy nervioso y extremaba el cuidado. Ella tendría que hacer lo mismo.

Vio cómo Burgor daba de comer a los primeros dragones y avanzaba tan rápido como podía. Quería salir de allí cuanto antes. Nahia avanzó hasta donde pudo y se encontró frente a la caverna de uno de los dragones que conocía bien.

«Carne humana. Fresca, sabrosa…» le llegó a Nahia el mensaje mental. Era un mensaje poderoso acompañado de un sentimiento de diversión. Nahia sabía perfectamente quién lo había enviado.

Se concentró y pudo captar el aura mental del dragón, aunque no lo veía porque estaba dentro de su cueva.

Burgor descargaba tan rápido como podía delante, a distancia de seguridad.

Nahia miró dentro de la mazmorra y luego señaló a Burgor e hizo como si le diera un susto y luego se desmallaba.

«Te lo concedo, luego te comeré».

Nahia volvió a señalar a Burgor e hizo el gesto de pasarse el dedo por el cuello y luego el de no con el dedo índice. No quería que lo matara.

Un descomunal dragón rojo salió de la cueva y, abriendo sus alas, dio un salto poderoso y se plantó frente a Burgor. El ataque cogió a Tergnomus por sorpresa y se llevó un susto de muerte. Cayó de espaldas al suelo y quedó sin sentido.

Nahia se acercó a ellos.

—Muchas gracias, Lehen-Gorri-On.

«Un placer ayudar a una sabrosa humana».

—¿Sigues queriendo comerme?

«Claro que sigo queriendo comerte. La carne humana es de las más deliciosas».

—Yo también me alegro de verte después de este tiempo. Te veo bien.

«Estoy estupendamente, al menos de salud. De condiciones de vida, pues como ves, lamentables».

—Lo veo, sí. ¿Tengo protección todavía o me vas a comer de verdad?

«No te voy a comer, Nacida de la Llama. La protección de Garran-Zilar-Denbo no caduca, a menos que él así lo indique».

Nahia resopló aliviada.

—Siempre es interesante verte, Lehen-Gorri-On.

«Lo mismo digo, Nahia».

—No te comas a Burgor, que me acarrearía muchos problemas.

«Tranquila, los Tergnomus no me sientan bien al estómago».

—Voy a hablar con Garran-Zilar-Denbo.

«Ve, estará contento de verte. Yo cuido del minúsculo este».

—Gracias —Nahia caminó con rapidez hacia la cueva.

Llegó hasta la mazmorra de Garran-Zilar-Dembo y se detuvo delante para que la viera.

Esperó a que saliera a recibirla.

Capítulo 51

El descomunal dragón plateado no tardó nada en salir y, al verlo, Nahia se volvió a maravillar. El milenario dragón era gigantesco, de más de 70 varas de largo. Su cuerpo emitía siempre un destello plateado que iluminaba lo que lo rodeaba. El poder mágico que emanaba aquel dragón primario indicaba lo tremendamente poderoso que era.

«Me alegra el corazón volver a verte, Nahia, Nacida de la Llama» envió con uno de sus potentes mensajes mentales.

—El sentimiento es mutuo, Garran-Zilar-Denbo —dijo Nahia y se inclinó mostrando respeto.

«Nuestros destinos están entrelazados y hoy aquí vuelven a cruzarse».

—Lo están, sí, y se cruzan —asintió Nahia.

«Pasa dentro, a mi forzada morada. Aquí pueden verte y creo que no es conveniente».

—No, no lo es.

Nahia siguió al enorme dragón a su cueva. Estaba oscuro, pero gracias al resplandor plateado que el cuerpo del poderoso dragón emitía podía ver bastante bien.

«Es una alegría para mi alma que nuestros destinos vuelvan a cruzarse».

—Ya lo predijiste.

«Lo hice. Imagino que no tienes mucho tiempo para que podamos conversar».

—Me gustaría, pero por desgracia debo darme prisa.

«Entiendo. Antes de que discutamos lo que has venido a pedirme, me gustaría tener una visión. Me ayudará a interpretar los

movimientos en los hilos del destino según tus últimas decisiones y acciones».

—Por supuesto, encantada —Nahia no podía negarse, pues estaba allí para pedirle un gran favor.

Garran-Zilar-Denbo cerró los ojos y una magia milenaria y poderosa comenzó a emanar de su cuerpo. La irradiaba como la luna en medio de una noche despejada. Nahia se preparó para recibirla. El fulgor mágico llegó hasta ella, cubriéndola por completo. Un instante después, el poderoso dragón comenzó a emitir destellos plateados. Sucedía como si fuera el lento latido de un enorme corazón. Nahia estaba tranquila, pues conocía el proceso y sabía que no le iba a pasar nada malo. Los destellos se sucedieron cada vez con mayor rapidez. Uno último y enorme alumbró toda la caverna y Nahia sintió una descarga de magia muy poderosa llenarlo todo, a ella incluida.

—¿Qué has podido ver? —preguntó Nahia con cierto temor a la respuesta.

«Los hilos del destino… los he captado en la visión…» envió el dragón plateado.

Nahia sintió que estaba muy cansado por el uso de su poder.

«Nuestros destinos entrelazados se han consolidado… he vuelto a ver al humano… rubio… con el Drakoniano superior joven… vuestros destinos están ya casi unidos. El cuarto hilo, un destino adicional que se entrelazará a los nuestros… ya ha comenzado a brillar. He captado uno de los cinco puntos que lo forman».

—Son cinco y están en Tremia, ¿verdad? —Nahia se quiso asegurar.

«Lo son… y están. El segundo hilo se ha cruzado con uno de los puntos del cuarto…».

—Eso son buenas noticias. Entonces quiere decir que Lasgol y Camu han encontrado a uno de los cinco del cuarto hilo.

«Eso creo, sí…».

—Los hilos se cruzan y comienzan a formar el destino final, ¿verdad?

«Por lo que puedo entrever, sí… pero hay cambios…».

—¿Malos?

«No necesariamente… Nuestros destinos se vuelven más complejos… y he visto un nuevo hilo, el sexto, que también se entrecruzará…».

—¿Un sexto hilo? Pues sí que se complica…

«Una sexta fuerza intervendrá…».

—Espero que sea para bien, que nos ayude a alcanzar la libertad —deseó Nahia.

«Eso o lo contrario, todavía es pronto para saberlo».

—¿Sabes quién o quiénes son? ¿Alguna idea?

«No, solo puedo decir que en la visión brillaban en dorado».

—Entiendo… Necesitaremos saber más.

«Quizás cuando se produzcan más acontecimientos … pueda captar ese sexto hilo con mayor claridad. Ahora lo veo lejano».

—De acuerdo. Veremos cómo se van desarrollando las cosas y qué más puedes descubrir con tus visiones.

«Lo intentaré… Tú recuerda la escama… Su poder te guiará hacia tu destino… te ayudará con tus decisiones».

Nahia se llevó al mano a la nuca de forma inconsciente.

—Lo recordaré.

«Y ahora hablemos del motivo por el que estás aquí…».

Nahia asintió.

—Necesito que me ayudes a liberar al Rey grypho que tienen preso aquí abajo.

«Eso me han hecho llegar…»

—Es muy importante para mí, para la causa.

«¿Lo es?» Garran-Zilar-Denbo inclinó la cabeza mientras miraba a Nahia a los ojos.

—Si no lo libero, Logan y su montura, Aroa, morirán. El hermano del Rey grypho los tiene presos en Gryphoros. Hice un trato con él.

«Un trato muy descabellado. Liberar a ese Rey de aquí es imposible».

—Hay una forma. Está todo pensado y planificado.

«Eso dice el Prisionero».

—Me ha dicho que dudas en ayudarnos. Te necesitamos, sin ti no lo lograremos.

«Dudo del motivo y de las consecuencias».

—El motivo es claro: la vida de Logan y Aroa.

«¿Un jinete y su dragona? ¿Por qué habría de arriesgarme por ellos? Es más, ¿por qué habría de arriesgarme por un grypho?».

El gran dragón de plata levantó la cabeza.

Nahia volvió a contemplar su enormidad y poder. Tenía razón, Logan y Aroa no eran nada para él.

—Debo salvarlo. No puedo perderlo.

«Eso lo dice una joven que ama por primera vez. La vida es larga, incluso para los humanos, y amores puede haber más en la vida».

—Seré joven, pero sé que el amor que hay entre Logan y yo es amor verdadero. No habrá otro por mucho que yo viva. Y no viviré tanto, porque estoy decidida a salvarlo, aunque me cuesta mi vida.

«¿Crees que él sacrificaría su vida por ti como lo vas a hacer tu por él?».

—Sin dudarlo un instante —aseguró Nahia convencida.

«Aunque él merezca ser salvado por ti, el grypho no lo merece».

—Entiendo que pedir a un dragón que salve a un grypho es poco normal.

«Y viceversa. No sucedería».

—Entiendo la enemistad entre gryphos y dragones. Comprendo el pasado de sangre que compartís. Sé del odio que os tenéis. Pero te

aseguro que el camino a mi destino, a conseguir la libertad, pasa por los gryphos, por este Rey en concreto.

«El riesgo es enorme y la recompensa mínima para mí y los míos».

—¿La Facción del Nuevo Mañana?

«Los que están aquí encerrados conmigo, sí».

Nahia entendía lo que Garran-Zilar-Denbo le planteaba. ¿Por qué arriesgar a los suyos por un jinete y una dragona que sigue la senda de los dragones? ¿Por un Rey grypho? Tenía que convencerle de que el riesgo merecía la pena.

—¿Y si te dijera que del mismo modo que vamos a liberar al Rey grypho, podremos liberar a la Facción del Nuevo Mañana y su líder?

«Te diría que es mucho desear, pero muy poco creíble».

—Tan poco creíble como liberar a un Rey grypho de estas mazmorras.

«Cierto. No se puede hacer».

—El Prisionero dice que sí. Y yo también.

Garran-Zilar-Denbo se quedó pensativo.

«Aunque quisiera creer que podéis hacerlo, me falta el motivo».

—Mi destino, nuestro destino entrelazado.

«¿Crees que esto es parte de tu destino?».

—Y del tuyo, estoy convencida.

Garran-Zilar-Denbo movió la cabeza, lo estaba pensando.

«Muy bien. Te propongo algo, que sea tu destino el que lo decida. Ve hasta el Rey grypho. Si tu escama dorada te lo muestra como parte de tu destino, aceptaré.

—¿Lo harás?

«Os ayudaré, pero tendrás que cumplir lo que has prometido. Tendrás que sacarnos a mí y a los míos de aquí».

—Puede llevar un tiempo… Será más difícil una vez se produzca la fuga del Rey grypho.

«Tiempo es algo que tenemos».

—De acuerdo. Acepto el trato.

«Ve hasta el grypho y confirma tu destino. Si sucede, lo captaré».

—Muy bien. Así lo haré.

«Suerte, Nahia, Nacida de la Llama».

—Gracias, Garran-Zilar-Denbo, líder la Facción del Nuevo Mañana.

Nahia salió de la caverna y saludó a Lehen-Gorri-On, que seguía vigilando a Burgor. El Tergnomus estaba inconsciente, pero no lo había matado.

Nahia resopló y echó a correr. El tiempo apremiaba.

Capítulo 52

Según Nahia corría hacia el final de la ruta 1 iba pensando que debían implementar la siguiente parte del plan. Iba a ser una noche larga y complicada, pero esperaba que fuese también muy productiva. Tenía que llegar hasta el Rey grypho. No pertenecía al círculo de confianza de Egil, pues el Guardabosques tenía relación con Garran-Zilar-Denbo, un dragón, y por ello no había querido hablar con él. Era comprensible.

Nahia resopló. A esa razón se había añadido ahora el requerimiento de Garran-Zilar-Denbo, comprobar si el Rey grypho era parte de su destino o no y si estaba dispuesto a ser rescatado por ellos. Nahia se iba poniendo cada vez más nerviosa.

Tenía que cambiar de ruta y llegar a la caverna del grypho mitad águila, mitad león antes de que los turnos de reparto terminaran o no podría salir de allí. Salió de la ruta 1 y, tras comprobar que no había regresado ningún turno todavía, entró a la carrera en la ruta 3, que era donde estaban prisioneros los gryphos. Se dio cuenta de que iba mal de tiempo, aquel submundo de grandes cavernas era descomunal y recórrelo llevaba más de lo esperado.

Como iba justa no paró ante ninguna de las cavernas de gryphos que ya conocía. Seguro que se extrañaron de vela pasar. El grypho mitad búho, mitad oso ululó a forma de saludo y Nahia saludó con la mano. El que era mitad halcón, mitad guepardo también la saludó e hizo un vuelo rapidísimo frente a ella. Nahia suponía que todavía tenía la protección del Rey grypho, pero por si acaso no se desvió del camino de plata ni se quitó las protecciones. Sus últimas experiencias con gryphos no habían sido nada positivas y no iba a arriesgarse.

Cuando llegó a la zona del grypho mitad águila, mitad tigre tuvo más que claro que no se iba a desviar un ápice, pues era enorme y de un poder terrible. Recordó entonces su tiempo allí. Aquella

criatura había sido amable con ella. Se sintió mal y se detuvo saludando con la mano.

«Se me hace raro verte de nuevo aquí. ¿No deberías haber terminado ya tu formación? ¿O es que el tiempo se me está haciendo cada vez más largo?».

—Solo puedo decirte que estoy aquí para ver a tu Rey.

«Oh, interesante. Una novedad. ¿Es por algo importante?».

—Lo es, mucho. Y urgente —Nahia se secó el sudor de la frente con el brazo.

«En ese caso no te entretengo. Ve a verle».

—Me alegro de verte bien.

«Me alegra que tú también sigas bien» dijo el grypho.

Nahia corrió hasta el Rey grypho, debía convencerlo, a él y a Garran-Zilar-Denbo.

Llegó frente a la caverna con la lengua fuera y respirando con dificultad. Sí que era enorme aquel lugar.

«Veo que tengo visita, una inesperada» envió Arran-Lehoizuri.

—Majestad… es un honor… un placer… —empezó a decir Nahia a aquella extraña criatura mitad águila, mitad león.

«Tranquila, Nacida de la Llama, respira. A los humanos os cuesta recuperar el aliento».

Nahia hizo un gesto afirmativo con la mano y observó de reojo al Rey. Se quedó maravillada al observar su imponente y majestuosa presencia. Giró la cabeza de águila real blanca del modo que lo hacían las aves rapaces y abrió su letal pico dorado sacudiendo las enormes alas a los costados de su poderoso cuerpo de león. Emitió un grito mezcla de chillido agudo de ave y rugido profundo de león. Era un sonido que helaba la sangre.

—Ya estoy… mejor… —dijo Nahia.

«No esperaba verte más, es toda una sorpresa. ¿Sigues siendo la esclava de los dragones que se atreve a pronunciarse en su contra?».

—Por supuesto. Soy más que eso… Soy la esclava que se ha plantado y ha comenzado una rebelión contra los ellos…

«Me ha llegado algún rumor al respecto».

—¿Aquí abajo?

«Te sorprenderías de la información que nos llega».

—¿Le ha llegado a su majestad grypho una propuesta del Prisionero?

El gran grypho se movió y sacudió sus fuertes alas.

«¿Es por eso por lo que has venido a verme?».

—Sí, majestad.

De pronto sintió que la escama en su cuello se calentaba. Algo sucedía, algo relativo a su destino. Se le nublaba la cabeza. Una bruma plateada comenzaba a formarse alrededor de su mente. Una sensación que ya conocía la envolvió, como si estuviera en una ilusión y el mundo a su alrededor no fuera real, sino parte de un sueño. Notaba la cabeza como en una nube. Sabía que aquello lo producía la escama de Garran-Zilar-Denbo en su nuca y tenía algo que ver con su destino, así que quería saber qué era.

Cerró los ojos y dejó que la nube de plata envolviera su mente por completo. De nuevo sintió como si una fuerza invisible la atrajera. Iba a tener una visión y debía estar en aquel lugar en específico para recibirla.

Una imagen borrosa comenzó a formarse en la bruma de su mente. Poco a poco la bruma dejó paso a una escena que se fue formando en el centro. La vio como en un gran espejo circular de bordes argénteos.

Dejó que la visión se formara y la observó muy atenta. Cuando terminó, Nahia abrió los ojos un tanto aturdida.

«¿Te encuentras bien?».

—Sí… he tenido una… visión… sobre el destino…

«Interesante. ¿Qué has visto? ¿A qué estás destinada?».

—Me he visto luchando contra los dragones…

«Ese es un destino noble y valiente, pero muy peligroso».

—Conmigo luchaba un grypho mitad águila, mitad león, un Rey…

Arran-Lehoizuri movió su cabeza de águila observando a Nahia con detenimiento.

«¿Es a mí a quién has visto luchar a tu lado?».

Nahia asintió.

—Así es, majestad.

«En ese caso nuestros destinos deben correr paralelos».

—Creo que es más que eso… se van a cruzar en un futuro.

«Difícil que se dé. Es algo muy singular si uno lo piensa, una humana esclava con poder y un grypho Rey prisionero».

—Ciertas cosas en la vida no son casualidades. Su majestad así me lo dijo.

«No lo son, no. Y si se dan en momentos críticos y por seres significativos, no es casualidad es el destino».

—Majestad, creo que estamos ante uno de esos momentos. Lo creo de verdad.

«Creerlo no es prueba suficiente de veracidad».

—Estoy aquí, pese a todo, con un plan para rescatar a un Rey. Y una visión me muestra que lucharemos juntos contra los dragones fuera de aquí, en los cielos. Y o estoy convencida.

«¿Por qué quieres liberarme? Por la visión no es, ya que acabas de tenerla».

Nahia suspiró.

—Mi amado está prisionero en Gryphoros. Ha sido capturado por vuestro hermano, majestad.

«¿Arran-Bigarlehoi?».

—Así es. He hecho un trato con él, la libertad de mi amado por la vuestra, majestad. Por eso estoy aquí.

«Ya veo. Esos son motivos mucho menores. No buscas un destino de liberación para nuestros pueblos, sino liberar a la persona que

amas. Es loable, pero egoísta».

—Busco ambas cosas y ahora creo que están entrelazadas. Liberar a Logan requiere liberar a su majestad, y esto puede llevar a una alianza entre rebeldes de Kraido y Gryphoros. Un bien mayor que aguarda y comienza con un bien menor.

«Eres muy inteligente, le has dado bien la vuelta a la situación. Sin embargo, si crees en esa alianza deberías intentarla pese a tu amado. No debería ser el factor principal».

—Su majestad tiene razón, pero estamos en un momento crítico, por una razón u otra, y debemos seguir adelante. Debemos rescatarlo.

«Para que así recuperes a tu amado».

—Y para forjar una alianza con los gryphos. ¡Qué mejor prueba de fidelidad que salvar a su majestad!

«Siempre he creído que tenías algo especial. Mi hermano lo habrá visto también, de lo contrario no hubiera aceptado este trato, que imagino has propuesto tú».

Nahia tuvo que reconocerlo.

—Sí, así es.

«¿Esta huida que habéis planeado solo me involucra a mí o pueden escapar los otros gryphos aquí prisioneros?».

—Por desgracia el plan de huida solo admite un grypho.

«Entiendo, lo voy a meditar un momento. Me juego la vida y es una decisión compleja».

—Por supuesto, majestad —Nahia bajó la cabeza y se quedó muy preocupada.

Le estaba costando más de lo que había imaginado. Al menos tenía la prueba que Garran-Zilar-Denbo quería. Eso era muy importante pues aseguraba su colaboración. El problema era que, si el Rey se negaba, no habría conseguido nada.

El tiempo pasaba y Nahia se iba poniendo cada vez más nerviosa. Necesitaba que el Rey grypho accediera, pero también que lo hiciera

rápido o no podría salir de allí a tiempo.

Arran-Lehoizuri por fin se pronunció.

«Una huida de este lugar es impensable, nadie lo ha conseguido. ¿Por qué debería confiar en que podéis lograrlo?».

—Porque contamos con el Prisionero en labores de planificación y con colaboradores. Es cierto que desde aquí adentro es imposible escapar, pero con los apoyos necesarios en el exterior, se puede lograr.

«Uno de esos apoyos eres tú».

—Así es, yo participaré.

«Arriesgas la vida por tu amado».

—¿No haría lo mismo su majestad?

El Rey grypho emitió una especie de risa aguda de ave.

«Ahí tengo que darte la razón».

—¿Entonces acepta?

«Aunque quisiera huir, este collar de plata que tengo al cuello lo impide. Si me alejo de mi cueva recibiré una descarga potente y caeré inconsciente. Y no solo eso. Este collar neutraliza mis defensas mágicas, así que cualquier dragón me mataría con su aliento elemental en un momento».

—Lo sabemos. ¿Cuándo se lo pusieron? —preguntó Nahia intrigada por el proceso.

«Me lo pusieron en la superficie, antes de bajarme aquí abajo. Estaba sobre una plataforma circular y había un pedestal terminado en un semicírculo. Me pusieron el cuello sobre el pedestal y el collar se cerró sobre él. Un momento después perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en esta cueva».

Nahia asintió. Por eso ningún prisionero sabía por dónde salir, los metían inconscientes.

—El problema del collar está previsto.

«¿Está previsto quitarme este collar?».

Arran-Lehoizuri lo preguntó con expresión de que no podía creerlo.

—El Prisionero ha encontrado una forma de que el collar no sea un problema.

El Rey grypho se quedó pensativo.

«¿Tengo tu palabra de que es posible escapar de aquí?».

—Doy mi palabra de honor a su majestad.

«Está bien, acepto. Si hay una posibilidad de salir de aquí y derrotar a los dragones, la tomaré, por muy peligrosa y arriesgada que sea».

—Ambas cosas se harán realidad —aseguró Nahia.

«Confío en tu palabra y en nuestro destino juntos».

—Lo lograremos —Nahia hizo un gesto de fuerza.

«Muy bien. Cuéntame qué debo hacer».

Nahia le explicó al Rey grypho su parte del plan.

Cuando hubo terminado se despidió con prisa, pues tenía que salir de allí.

—Todo saldrá bien —le aseguró al Rey grypho y echó a correr.

«Suerte, Nahia, Nacida de la Llama, liberadora de mundos» se despidió Arran-Lehoizuri.

Nahia esprintó hacia la salida. Debía llegar antes del fin de turno. Según sus cálculos tenía tiempo, aunque allí abajo la velocidad a la que pasaba el tiempo era un tanto incierta.

Llegó al final de la ruta 3 y observó agazapada la cueva donde se cargaban los carros. Uno ya había regresado, eso no era nada bueno. Nahia vio que estaba aparcado donde se realizaba la carga, en el pozo de alimentación. Quizás quien hubiera terminado estaba todavía allí.

Se apresuró a correr hacia la entrada de las estancias de los Tergnomus.

Estaba llegando cuando una voz que reconoció de inmediato la sobresaltó.

—¿Qué haces tú aquí?

Nahia se detuvo y se giró. Burgor salía de la zona de carga y la señalaba con el dedo.

—Hola, Burgor, ¡cuánto tiempo! —dijo Nahia intentando disimular mientras pensaba cómo salir de aquel atolladero.

—¡Tú no puedes estar aquí!

—Me gusta venir de vez en cuando —respondió Nahia con tono juguetón.

—¿Por qué vistes como un alumno de tercer año? Tú ya te graduaste.

A Nahia no se le ocurría nada así que mintió.

—Me han obligado a repetir el tercer año, tuve un desacuerdo con mi líder de escuadrón.

Burgor se quedó sin saber qué pensar. Nahia podía ver en sus ojos de Tergnomus retorcido que aquella explicación no le cuadraba.

—Eso no puede ser. ¡Mientes!

—¿Por qué habría de mentir? —respondió Nahia intentando mantener la calma mientras pensaba en la mala suerte que tenía de haberse cruzado con Burgor.

—¡Mientes! ¡Vas a pagar por esto! ¡Te delataré a Utrek ahora mismo! —dijo y comenzó a caminar hacia las estancias.

—¡Alto! —Nahia levantó la mano.

Burgor se detuvo y la miró.

—Siempre has sido una lianta, pero esta vez la has hecho buena. Si estás aquí mintiendo es por algo gordo. Los dragones te comerán viva sea lo que sea que hayas hecho.

—¿Y si te digo que estoy con los rebeldes y puedes ayudarnos? —Nahia lo intentó a la desesperada.

—¡Ja! ¡Lo sabía! ¡Estás muerta!

—Puedes ser libre, no tienes por qué ser un esclavo. Nos hemos alzado contra los dragones. ¡Únete a nosotros!

—Estás completamente loca si crees que me voy a unir a vuestro grupo de idiotas. Vais a morir todos. Yo soy fiel a los dragones. Os veré morir a todos. ¡A ti la primera!

—Siento que lo veas así.

—¡Más lo sentirás cuando mueras! —gritó Burgor y se dirigió a la estancia de los Tergnomus.

Nahia suspiró. No había otro remedio. Salió corriendo y de un empujón fuerte desvió a Burgor, que se golpeó contra la pared y cayó de espaldas perdiendo el gorro protector.

—¡Maldita! —gritó fuera de sí.

Sin gorro no tenía protección mágica. Nahia conjuró Rayo de Fuego y descargó sobre Burgor. El rayó lo atravesó de cabeza a pies.

El Tergnomus convulsionó y murió en un instante con parte del cuerpo calcinado.

Nahia fue hasta él y se arrodilló a su lado.

—Lo siento, Burgor.

Nahia lo contempló un momento. Se sintió fatal, pero no había otra opción. Dejarlo fuera de combate no hubiera servido. Ya la había visto y la delataría al despertar.

Ahora tenía otro problema: debía esconder el cadáver. Miró alrededor. Pensó en ir hasta los dragones para que se lo comieran, pero estaban muy lejos. No le daría tiempo. Vio los carros que había guiado Burgor y tuvo una idea. Lo cogió por los tobillos y lo arrastró hasta ellos tan rápido como pudo.

Le llegó el sonido del traqueteo de otro convoy de reparto que ya se acercaba. El turno acababa y el resto de los grupos de reparto llegarían en breve. Debía salir de allí. Cogió a Burgor y se lo cargó al hombro. Se subió al primer carro y tiró al Tergnomus al interior. Eran profundos y se quedó en el fondo. Con un poco de suerte los que cargaban los carros, que eran otra cuadrilla de trabajo, echarían las piezas de comida sobre él y lo cubrirían. El Tergnomus iba a terminar como comida de prisioneros, algo que siempre había temido. A veces el universo repartía justicia.

Nahia corrió a la estancia con las diferentes salidas y entró en ella. No había nadie todavía. Siguió a la siguiente y dejó el gorro.

Luego miró por el ojo de la cerradura y vio que Utrek y el resto seguían inconscientes. Resopló aliviada. Abrió la puerta y pasó entre ellos con cuidado. Dejó el cinturón en un armario y salió.

Ahora tenía que ascender al primer subnivel antes de que el nuevo turno bajara. Si se cruzaba con ellos iba a tener un disgusto. Comenzó a subir escaleras como una exhalación. Iba tan rápido como su cuerpo y la penumbra le permitían. Se dio cuenta de que todo el entrenamiento que había realizado tanto en Drakoros como en Jadrakos le iban a salvar la vida ahora, porque sus piernas eran fuertes y sus pulmones también.

Subió y subió al límite de sus fuerzas hasta llegar al descansillo del primer subnivel, donde se suponía que había estado. Se paró e intentó recobrar el aliento. La subida había sido tremenda, pero lo había logrado. Aguardó un momento a que su respiración se normalizara para no tener que dar ninguna explicación y cuando la tuvo lo bastante estable ascendió al nivel superior y abandonó las mazmorras como si nada hubiera sucedido.

Se dirigió al barracón cansada, pero muy contenta. Había conseguido convencer a Garran-Zilar-Denbo y al Rey grypho.

El plan seguía adelante. Se acercaba el momento de la fuga, el momento de la verdad.

Capítulo 53

El viaje hasta llegar a Erenal fue más rápido y ligero de lo que esperaban. Habían pedido un navío rápido a Urrejaun y el señor de la ciudad les había proporcionado uno que parecía volar sobre las olas. El más veloz de todo Tremia, les había asegurado y no había exagerado. Recogieron a Camu, Edwina, Ona y Argi cerca de la ahora ciudad en ruinas de Orecor y continuaron travesía por el mar central. El Ejército negro había marchado hacia el norte siguiendo la costa para conquistar Yatro con lo que no pudieron hablar con sus aliados Tauruk-Kapro.

Llegaron hasta Erenal sin incidentes. El mar central antes lleno de piratas y comerciantes ahora estaba desierto. Los dragones habían hundido muchos barcos y los que quedaban solo hacían rutas cortas y seguras. Por fin podrían rescatar a Astrid. Lasgol intuía que sería peligroso, sin duda. Esperaba que Astrid siguiera con vida. Siendo una Pantera habría encontrado la forma de sobrevivir, seguro. Pero más que eso le preocupaba el encuentro. ¿Cómo sería? ¿La reconocería al verla? después de todo él la amaba, aunque no la recordaba ni a ella ni ese sentimiento. Eso le preocupaba y mucho. Tendría que esperar a encontrarse con ella y ver que sucedía. Una intranquilidad latente le recorría el estómago de lado a lado.

—¡Por fin hemos llegado a este maldito reino! —se quejó Viggo levantando los brazos al cielo tras desembarcar en la costa de Erenal. Ya estaban en el interior de su territorio. El Navío de York regresó a la ciudad de inmediato.

—Calla que te van a oír desde Norghana con esos gritos —le dijo Ingrid que miró alrededor. La zona era llana con pocas rocas y se apreciaban un par de bosques pequeños en la distancia. A La luz de media tarde no se distinguía a nadie por ningún lado. El clima era bueno, soleado, hacía más calor del que ellos estaban acostumbrados.

—Norghana está demasiado al norte para que me oigan y me duele la cabeza de tanto navegar. Odio el mar. ¡Malditas olas!

—Menudo Guardabosques que estás hecho tú que no puedes navegar sin marearte por completo —le recriminó Nilsa que se agazapó y miró alrededor en busca de algún peligro.

—Marearme dice la pelirroja torpita, hemos volado sobre la mar, casi se me sale el estómago por la boca un montón de veces.

—Ha sido un viaje relámpago y tranquilo, no seas quejica —le dijo Ingrid.

«Mucho quejica y exagerado» Camu sonrió agrandando su eterna sonrisa.

—Y tú eres un bicho feo.

Ona y Argi gruñeron

—Y vosotros dos un chucho y una minina.

—Deja a Ona y Argi tranquilos que eres peor que un dolor de muelas -le regañó Gerd.

—¿Quieres que te cure el mareo con mi magia sanadora? -se ofreció Edwina que lo miró montada sobre Camu.

—Te lo agradezco, sí, me vendrá bien —Viggo puso cara de bueno y sonrió.

—No le cures, que no le pasa nada de nada —le dijo Ingrid a Edwina-. La sanción es para cuando realmente la necesitemos.

—Aguafies… -comenzó a decir Viggo por lo bajo.

—¿Qué murmuras? —preguntó Ingrid cortando las protestas.

—Nada, mi amada, solo puedo maravillarme ante tu sabiduría y sobre todo tu incomparable belleza.

—Ya, ya, seguro… —Ingrid sacudió la cabeza—. Aseguremos la zona, esto es territorio conquistado por los dragones. Tened cuidado.

Se separaron un poco para explorar los alrededores, agazapados. Lo hicieron de forma ágil y rápida, como era habitual para los guardabosques. El terreno y el clima no representaban ningún problema, por una vez. Erenal era llano con algunas cordilleras

montañosas repartidas por el reino y bosques no muy grandes ni frondosos. El clima era bueno, sobre todo en la zona sur del reino, donde estaban. En Erenal apenas nevaba en invierno y durante todo el año hacía buen tiempo, caluroso. Quizá porque estaba cerca de los desiertos y más al sur, cruzando el mar.

Camu, Edwina, Ona y Argi se quedaron tumbados a esperar.

—¿Quieres que me baje? —preguntó Edwina a Camu.

«No molestar. Tú pesar como una pluma de ganso».

Edwina rio.

—Gracias por el piropo, pero sabes que peso más que eso.

«Yo no sentir nada. Tranquila».

—Bueno, voy a bajar de todas formas para estirar un poco las piernas.

«De acuerdo. Nosotros protegerte».

—Sí, protegida estoy, eso seguro. Con un Drakoniano Superior, una Pantera de las Nieves y un lobo gigante, dudo mucho que nadie se atreva ni a mirarme.

«Nosotros mucho feroces. Dar miedo».

Edwina volvió a reír.

—Sí, porque no os conocen.

«Nosotros buenos, enemigos no saber».

—Eso es —Edwina se sacudió piernas y brazos y anduvo un poco alrededor de Camu.

Ona y Argi vigilaban atentos.

El grupo volvió tras un rato, cada uno desde una dirección diferente.

—¿Todo despejado? —preguntó Ingrid.

—Despejado —afirmaron el resto.

—Una pena, tengo ganas de usar una de esas canicas de poder dorado —comentó Viggo.

—No vamos a enfrentarnos a ningún dragón si podemos evitarlo —corrigió Ingrid.

—No veo qué mal hay en hacerlo, significaría un dragón menos que aterrorice estas tierras —Viggo puso cara de que él lo veía perfecto.

—La misión es lo primero —recordó Ingrid.

—Y eso implica ir a rescatar a Astrid y no desviarnos a matar dragones —dijo Nilsa.

Viggo puso cara de que siempre le estaban fastidiando la diversión.

Continuaron en dirección norte durante toda la tarde y cuando comenzó a anochecer buscaron un lugar tranquilo y protegido para acampar. Lo encontraron en el interior de un bosque. Prepararon un pequeño fuego de campamento y comieron de las provisiones que llevaban. Mientras cenaban alrededor del fuego, Ona y Argi patrullaban en círculos alrededor. Si algo se acercaba, darían la alarma de inmediato.

—Erenal, hace tiempo que no pisamos estas tierras —dijo Gerd con añoranza y se sirvió de la ración.

—Cierto, es un reino precioso y su capital, Erenalia, es una ciudad de lo más bonita, imponente y majestuosa. Recuerdo las grandes avenidas flanqueadas de edificios de granito blanco y mármol, pulidos, enormes, con estatuas y fuentes, y la gran biblioteca de Bintantium —comentó Nilsa, que ya masticaba con ganas—. También recuerdo a sus ciudadanos de piel de color aceituna claro, cabello y ojos oscuros, delgados y no demasiado altos, de aspecto cuidado, con sus túnicas largas y elegantes.

—La capital la habrán arrasado los dragones y los ejércitos de Kraido y sus guapos ciudadanos estarán descuartizados. De eso que recuerdas no quedará nada —replicó Viggo y le dio un trago al pellejo de agua.

—Aunque podías haberlo dicho de una forma más empática… es cierto, la habrán arrasado y habrá habido muchos muertos —dijo

Ingrid.

—Ya fue conquistada con anterioridad a la llegada de los dragones a Tremia, y su antiguo rey, Dasleo, fue capturado y ejecutado —informó Lasgol.

—Vaya, parece que el rarito recuerda algunas cosas —Viggo le miró arqueando una ceja.

—No es que las recuerde, es que han sucedido después de mi pérdida de memoria y por lo tanto tengo esos nuevos recuerdos, por llamarlos de alguna forma.

—Yo he estado presa hasta ahora, ni idea de lo que ha sucedido por estos lares —dijo Ingrid—. Pero me sorprende mucho lo que nos cuentas. Dasleo era un gran rey y un experto líder militar y estratega. Me resulta extraño que haya sido derrotado y más que haya muerto. Sus ejércitos no los pudimos derrotar nosotros, cuando Norghana se enfrentó a ellos.

—Yo he estado inconsciente en el desierto, curándome, no sé nada de esto —dijo Nilsa.

—Y yo con ella. En el desierto las noticias de Tremia eran muy pocas. Tampoco sé qué pasó aquí —explicó Edwina.

Gerd abrió las manos.

—Yo estaba en Kraido…

«Yo estar hibernando. Ona y Argi conmigo» envió Camu.

—Y yo congelado en un glaciar —terminó Viggo.

—Vaya, esto sí que es curioso. Resulta que Lasgol, que perdió la memoria, es el único que sabe qué ha pasado durante estos años por aquí —dijo Nilsa con expresión de haberse dado cuenta de algo singular.

—Pues estamos arreglados si el rarito sin memoria es el único que sabe qué ha pasado últimamente —expresó Viggo.

«Lasgol saber porque él vivir este tiempo. Nosotros no. Yo muy tranquilo con Lasgol sabiendo».

—Ya, sois como uña y carne. ¡El bicho y el rarito!

—Mientras uno de nosotros tenga información importante para la misión, nos sirve —dijo Ingrid—. Y yo también confío plenamente en Lasgol, con problemas de memoria o no.

—Yo también. Con Lasgol iría al fin del mundo —expresó Gerd.

—Ya, y os caeríais los dos a un abismo —Viggo sacudió la cabeza como no pudiendo creerlo.

—¿Qué más puedes contarnos? ¿Qué le pasó a Erenal? ¿Quién derrotó a Dasleo y sus ejércitos? —preguntó Ingrid a Lasgol.

Lasgol resopló.

—Es una historia un tanto compleja…

—Cuéntanos, queremos saber —pidió Nilsa.

Lasgol asintió. Lo pensó un momento y habló.

—Los ejércitos del rey Dasleo fueron vencidos por la Dama Negra y su ejército de conquista. La emperatriz Yuzumi, que era su nombre, conquistó Erenal y mató a Dasleo. También conquistó Zangria y mató al rey Caron. Llegó con su ejército hasta Rilentor, la capital de Rogdon.

Ingrid y Nilsa abrieron mucho los ojos.

—Vaya con la conquistadora —comentó Viggo impresionado.

—Calla y deja que explique —dijo Gerd muy interesado.

—Mientras Yuzumi conquistaba medio Tremia, Norghana y el Imperio Noceano competían por lograr la victoria.

—¿Sobre ella? —preguntó Nilsa.

Lasgol negó con la cabeza.

—No, Norghana y el imperio de los desiertos no sabían que la emperatriz llegaba del medio este. Su conquista fue tremendamente rápida y muy bien planeada y ejecutada. Lo preparó durante años en secreto. No solo tenía un ejército inmenso y muy bien preparado, además era una hechicera de un poder inconmensurable.

—Interesante… —comentó Viggo todavía más impresionado.

—Norghana y el Imperio Noceano estaban distraídos intentando conquistar Rogdon. Tenían sitiada Rilentor, la capital del reino de los

de azul y plata, con los ejércitos norghanos por el noreste y los noceanos por el sur. Iban a tomar Rogdon —explicó Lasgol.

Las caras de todos fueron de total sorpresa.

—¿Íbamos a conquistar Rogdon? —preguntó Gerd extrañadísimo.

No podía creerlo. Dejó la ración a un lado incapaz de comer.

—¿Por qué? ¿Para qué? —Ingrid sacudía la cabeza sin poder creerlo.

«Mucho pasar cuando nosotros no estar» Camu también estaba muy extrañado.

—Por la codicia de los hombres de corazón podrido —opinó Lasgol—. Thoran quería conquistar Rogdon a toda costa, creía que los rogdanos lo menospreciaban y quería hacérselo pagar. Sentía que los habían insultado y despreciado. No se lo perdonaba.

—A Thoran lo menospreciaba todo el mundo —afirmó Viggo.

—Un rey y una persona detestable —expresó Nilsa arrugando la frente.

—Una desgracia para Norghana —comentó Gerd.

—Continúa. ¿Qué sucedió? —preguntó Ingrid muy interesada.

—Se produjeron traiciones —dijo Lasgol.

—Qué raro… —Viggo levantó los brazos al aire—. Mira que siempre os lo digo…

—¿En la alianza entre Norghana y el Imperio Noceano? —preguntó Gerd.

—Ahí seguro que sí, estando Thoran y Malotas de por medio —adivinó Viggo.

—Así fue —asintió Lasgol.

—¡Veis! Es que nunca me escucháis y siempre tengo razón.

—Tienes razón en lo malo y retorcido —dijo Nilsa.

—Así es el mundo, no me eches la culpa a mí —Viggo levantó las manos.

—Pero dentro del propio ejército norghano también. El general Odir mató al rey Thoran por orden del conde Volgren, que tomó el poder. El principal aliado de Thoran lo traicionó, su noble del este de confianza.

—¿Sucedió en medio del asedio? —preguntó Ingrid.

—Así es. Pero ninguno de los dos sobrevivió.

—Les pasó bien, por traidores —afirmó Nilsa, que tampoco comía desde hacía un rato del disgusto que tenía.

—¿Se salvó Rogdon? —preguntó Ingrid pensando que quizá había caído también.

—Se salvó, pero por muy poco. Al llegar Yuzumi y su gran ejército de conquista acabó con los ejércitos norghano y noceano, que huyeron al verse derrotados.

—¿Perdimos? —preguntó Nilsa.

—Sí, Norghana perdió y los generales Rangulself y Olagson salvaron las tropas que pudieron y regresaron a Norghana.

—Que son quienes nos gobiernan ahora —dijo Ingrid.

—Así es —corroboró Lasgol.

—¿Y esa emperatriz del este no tomó Rogdon? —preguntó Nilsa.

—¿No intentó conquistar Norghana y el Imperio Noceano si ya los había derrotado? —preguntó Gerd.

Lasgol negó con la cabeza.

—No, porque la mataron.

Todos se quedaron pasmados mirando a Lasgol.

—¿Quién la mató? —Viggo estaba interesadísimo.

—Los Portadores.

—¿Los quienes…? —preguntó Viggo.

—Los Cinco Portadores. Es una larga historia… La mejor forma de resumirla es diciendo que eran magos de mucho poder que se enfrentaron a Yuzumi y la derrotaron. Al morir la emperatriz, su ejército se retiró.

—Y Rogdon se salvó —dedujo Ingrid.

—Así es. La historia completa es mucho más extensa y compleja. Ya os la iré contando. De momento puedo deciros que estuve en los Mil Lagos, al norte de Erenal, en esa aventura y también que ayudé a los Portadores en sus esfuerzos por evitar que la emperatriz conquistara todo Tremia.

—Vaya, vaya con el rarito… Resulta que no ha parado en estos últimos tiempos —Viggo asentía con la cabeza.

—Os lo he contado porque creo que es relevante. No sé quién hizo frente a los dragones en Erenal, pero no fue Dasleo.

—Gracias. Cuéntanos todo lo que has vivido y que nos hemos perdido. A tu tiempo, sin prisas —pidió Ingrid.

—Sí, somos tus amigos, queremos saberlo todo —ofreció Gerd.

—A mí con un resumen me vale, tampoco somos tan, tan amigos —dijo Viggo sonriendo.

—Serás merluzo… —Ingrid le dio en el hombro a Viggo.

Continuaron cenando. En las miradas perdidas de todos se apreciaba que estaban pensando en todo lo que Lasgol les había contado, que era mucho para digerir y asimilar. Por un momento, Lasgol se sintió raro siendo él quien sabía más que sus compañeros sobre lo que había pasado.

«Mundo mucho loco» envió de pronto Camu y todos asintieron a la vez.

—En eso tienes toda la razón —dijo Ingrid.

—Y más loco que se va a poner —añadió Viggo.

Capítulo 54

Antes del amanecer partieron para aprovechar unas horas del cobijo que les proporcionaba la noche. El peligro podía estar esperando más adelante, en cualquier rincón, por lo que iban con gran cuidado.

Lasgol acarició a Ona, que frotó su cabeza contra su pierna. Ella no le había olvidado y Lasgol cada vez le tenía mayor aprecio a la buena y leal Pantera de las Nieves. Lo mejor era que apenas necesitaba esforzarse en comunicarse con ella, ya que le entendía con extrema facilidad. Cierto era que podía enviarle mensajes mentales, ya que su habilidad se lo permitía y llegarían directos a la mente de la pantera, pero prefería comunicarse con ella a través de la voz.

A Gerd le pasaba algo similar. El grandullón no tenía el Don y no podía enviar mensajes mentales a Argi, pero el lobo gigante le entendía a la perfección. Esto se debía a la Especialidad de Gerd. Se apreciaba que entre él y Argi se había formado un vínculo de amistad y cariño muy fuerte, algo nada fácil entre humanos y lobos salvajes.

Enviaron a Ona y Argi delante para que hicieran funciones de exploración y de avanzadilla. Camu iba cerrando el grupo llevando a Edwina a su espalda mientras el resto iban en medio con los arcos preparados por si había problemas. Caminaban en dirección norte, hacia la capital del reino, Erenalia.

—¿Qué más sabemos del paradero de Astrid? —preguntó Ingrid —. Quiero decir, si se ha descubierto algo más en mi ausencia.

—No hemos podido averiguar nada más de lo que ya sabías cuando te encarcelaron. Sigrid ha intentado localizarla por todos los medios, pero no ha habido forma —explicó Lasgol con un gesto de frustración.

—Bueno, no es de extrañar si en este reino han tenido dos guerras que han perdido en ese tiempo —expresó Nilsa y puso cara de horror.

—Cierto. Dos veces conquistados, eso no es bueno para los intereses de la morena —opinó Viggo.

—Astrid está con vida, estoy segura. Si alguien puede sobrevivir, esa es ella —aseguró Ingrid.

—No digo que no sea así. Yo también confío en las habilidades de supervivencia de mi compañera de armas —dijo Viggo—. Pero nos lo pone más complicado para encontrarla. En un reino en ruinas es difícil encontrar información, o incluso gente. Por si no os habéis dado cuenta, yo no veo a nadie por aquí.

Lasgol suspiró. Viggo tenía razón. Lo que había sucedido no era bueno para ellos, pues no facilitaba la búsqueda.

«Astrid estar viva. Yo saber. Seguro» envió Camu convencido de que era así.

—Sí, lo está —Nilsa asintió con confianza.

—La líder de las Luchadoras del Nuevo Sol se llama Belona —dijo Ingrid—. Si todavía vive es a quien tenemos que encontrar.

—¿Y si ya no vive? —preguntó Viggo.

—Su mano derecha era Victoria —respondió Ingrid.

—Y la que era amiga de Astrid se llama Julia —dijo Gerd recordando lo que Astrid les había contado.

—Menuda amiga, traicionó a Astrid —Nilsa lo comentó enfadada y le dio una patada a una roca en el camino.

—Bueno, en su defensa, Astrid las traicionó a ellas primero robando el Guantelete de Liriana —añadió Viggo con una sonrisa pícara.

—Sí, tú encima defiéndelas —echó en cara Gerd a Viggo.

—No las defiendo, solo digo que tenían sus motivos. Astrid se infiltró entre ellas y les robó el guantelete dorado, que era sagrado para su hermandad o lo que quiera que sean.

—Porque lo necesitábamos para matar al dragón inmortal —recordó Nilsa.

—Si no digo que no tuviera buenos motivos para el robo, pero también ellas para enfadarse.

—A veces no sé de parte de quién estás —reprochó Ingrid.

Viggo se dio cuenta de la decepción de Ingrid.

—Siempre de parte tuya, mi belicosa rubita.

—Pues demuéstralo, yo estoy con Astrid siempre.

—Yo también, por supuesto —se apresuró a aclarar Viggo.

—Sigamos hasta la capital y veamos qué podemos averiguar allí —dijo Ingrid—. Las Luchadoras del Nuevo Sol eran guardaespaldas de Dasleo, quizá lo sean también de quien quiera que sea rey ahora en Erenal.

—Dudo que el rey o las luchadoras estén en la capital. Por lo que sabemos la han arrasado —comentó Lasgol.

Ingrid asintió.

—Lo sé, pero es un punto de partida. Si tienes una idea mejor…

Lasgol negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Vayamos e intentemos averiguar algo.

—Estará ocupada por tropas de Kraido —pronosticó Gerd arrugando la frente.

«Yo poder investigar con camuflaje de invisibilidad» se ofreció Camu.

—Decidiremos cómo proceder una vez estemos allí —dijo Ingrid —. Es demasiado pronto para saber qué debemos hacer.

Continuaron el camino en silencio por un largo rato. A media mañana llegaron a una aldea y la bordearon. Parecía desierta, pero no fueron a asegurarse. En el cielo, en la lejanía, vieron un ave de grandes proporciones y todos supieron de inmediato lo que era. Volaba en dirección contraria, así que no los descubrió.

Siguieron hacia el norte durante varios días evitando caminos, aldeas y ciudades. Estas últimas estaban muy castigadas, las aldeas

algo menos, pero la destrucción de la guerra estaba inscrita en todas partes. Parecía un reino desierto. Sus habitantes habían desaparecido, los campos de cultivo estaban abandonados y las malas hierbas los plagaban ahora.

Las famosas plantaciones de vinos de la zona estaban también abandonadas. Las cepas resecas y moribundas. Una imagen desoladora. Erenal tenía muy buen vino que exportaba al resto de reinos. Ya no era así.

Avanzaban siempre con un ojo en tierra y el otro en el cielo. Ya habían visto un par de dragones en la distancia y eso era preocupante. También explicaba por qué no había nadie por ningún lado, habrían huido de los monstruos alados. Lo que les resultó descorazonador fue encontrarse con antiguas ciudades de gran tamaño y esplendor prácticamente arrasadas hasta los cimientos. Los dragones se habían ensañado con aquel reino. Eso y que el reino no había encontrado la forma de hacer frente a aquellas bestias malignas.

Alcanzaron la cima de una colina y pudieron ver por fin la capital: Erenalia. Había sido atacada con dureza y la gran mayoría de sus edificios parecían semiderruidos o con grandes desperfectos, en especial los palacios y las construcciones de índole militar.

—¿Me engañan mis ojos o no hay nadie en la ciudad? —comentó Gerd mirando con la mano sobre sus ojos para protegerlos del cálido sol de la región.

—No, no te engañan. La ciudad está desierta —dijo Lasgol usando su habilidad Ojo de Halcón.

—¿No debería estar el ejército invasor en la ciudad conquistada? —preguntó Nilsa y se rascó la cabeza.

—Si no un ejército, al menos una fuerza de ocupación —comentó Ingrid con expresión de estar extrañada también.

—Ahí pasa algo raro —comentó Viggo.

—Vayamos a investigar —dijo Lasgol.

Se acercaron hasta la ciudad por un bosque cercano en la zona este. La muralla estaba en ruinas y se podía acceder sin ningún problema. Entraron en la que una vez fue una magnificente urbe llena de palacios, estatuas, jardines y fuentes que admiraban los locales y los visitantes y ahora era un amasijo de edificios semiderruidos. Había barrios enteros arrasados por el fuego y bloques completamente destruidos. En la vía principal, algunos de los imponentes palacios y edificaciones tenían partes derruidas y otras en pie.

De pronto se escuchó un rugido y todos miraron a las alturas para localizar al dragón.

—Tenemos compañía —avisó Viggo.

—¿Por dónde viene? —preguntó Ingrid.

—Del norte —Lasgol señaló en esa dirección.

—Todos preparados y a cubierto —instruyó Ingrid.

«Yo proteger. Todos tranquilos» envió Camu.

—Edwina, tú con Ona y Argi. Retrasaos a aquel edificio y aguardad allí —dijo Lasgol.

Ona himpló. Quería pelear.

«Ve y protege a Edwina» envió Lasgol.

La buena pantera himpló otra vez y obedeció. Argi fue con ella.

—Tened mucho cuidado —dijo Edwina.

—Tranquila, ni te necesitaremos, ya verás —dijo Viggo sonriendo.

Edwina hizo un gesto de que lo dudaba y fue a esconderse.

El dragón, rojo y grande, comenzó a volar en círculos sobre el centro de la ciudad, como un buitre que hubiera localizado el cadáver de una res.

—Ese busca algo —dijo Viggo.

—Acerquémonos a ver qué es —respondió Lasgol.

Avanzaron con cuidado entre calles esquivando las rocas derribadas y los edificios que sepultaban parte de las vías. Les llevó

un momento acercarse al centro de la ciudad. No solo era grande, sino que era apenas posible transitarla con tanto escombro.

Llegaron por fin al centro, a una zona que conocían. Estaban en la parte de atrás de la gran biblioteca de Bintantium que, milagrosamente, aún estaba en pie, aunque la parte posterior había sufrido grandes desperfectos y estaba medio derruida.

Se asomaron por la esquina trasera hacia la gran avenida y lo que vieron les dejó pasmados.

Posado en medio de la gran avenida estaba el enorme dragón rojo.

Frente al dragón, a cien pasos, había una mujer.

Los dos se miraban como retándose a un duelo.

Capítulo 55

Todos observaban lo que sucedía con expresiones de incredulidad. La mujer tenía el pelo corto y no era de estatura muy alta, de complexión más bien débil. Parecía enfrentarse en medio de la vía principal a un dragón rojo adulto.

—¿Qué hace esa loca? —preguntó Viggo con ojos enormes—. La va a achicharrar.

—Parece… que hace frente al dragón… Tiene los brazos en jarras y lo mira a los ojos —comentó Gerd extrañadísimo.

—Quizá sea una maga dorada —deseó Nilsa—. De otra forma no lo entiendo.

—Lo dudo mucho. Aun así, no debería plantarse frente a un dragón como si lo retara a un duelo —opinó Ingrid.

El dragón rugió y se alzó imponente sacudiendo las alas, mostrando lo grande y poderoso que era.

La mujer se llevó la mano izquierda al pecho y con la derecha señaló al dragón.

—No parece que le tenga miedo —opinó Gerd.

—Lo dicho, está loca. Ahora la achicharrará y asunto concluido —afirmó Viggo.

El dragón abrió su boca y de ella salió una tremenda llamarada que fue directa hacia la mujer. No se movió, se quedó quieta donde estaba. Las llamas la alcanzaron de pleno.

—Lo dicho, ya podemos irnos —dijo Viggo.

Las llamas del aliento elemental del dragón rojo envolvieron por completo a la mujer, que había desaparecido en medio del caudal ígneo.

El dragón dejó de emitir su aliento elemental.

Para sorpresa de todos, la mujer seguía allí de pie. Intacta.

—No tan rápido… —respondió Ingrid.

—¿Sigue viva? ¿Cómo puede ser? —Gerd estaba ojiplático.

«Tener esfera de protección antimagia. Yo captar» envió Camu.

—Entonces es una maga —afirmó Nilsa—. Seguro que es de magia dorada.

—No, no es de magia dorada —corrigió Lasgol.

La mujer hizo un gesto con su mano y sobre el dragón apareció una nube grande tan negra como la noche. Se escuchó un tremendo trueno, como si se partiera el cielo, y comenzaron a caer infinidad de rayos sobre la bestia alada.

—Magia elemental de aire —reconoció Lasgol.

—Sí, no es dorada —tuvo que reconocer Nilsa con pesar.

—Pero no debería afectar al dragón —dijo Ingrid—. Sus defensas lo protegen.

—Parece que no, mira cómo se sacude —dijo Viggo.

En efecto los rayos que caían sobre el dragón penetraban sus defensas mágicas, ya que su cuerpo sufría sacudidas con cada impacto de rayo.

—Vaya con la maga… —dijo Gerd impresionado.

El dragón dio un salto hacia un lado intentando huir de la nube sobre su cabeza y los rayos, que seguían cayendo. La maga volvió a mover su mano y la nube y su tormenta se desplazaron hasta situarse de nuevo sobre el dragón.

Ahora se veía no solo que el dragón sufría sacudidas, sino que salía humo de varias partes de su cuerpo. Los relámpagos lo estaban achicharrando.

—¿Cómo puede atravesar las defensas del dragón? —Nilsa estaba pasmada.

El dragón volvió a enviar su aliento de fuego sobre la maga, que movió la mano a su alrededor.

«Estar reforzando esfera antimagia» informó Camu, que lo captaba.

—Y está tan tranquila, no me lo puedo creer —comentó Gerd, atónito.

—No es la primera vez que se enfrenta a un dragón, eso seguro —opinó Ingrid.

El aliento de fuego no pudo traspasar la protección de la maga. El dragón cambió entonces de táctica y sacudiendo con fuerza las alas se lanzó sobre la humana con sus tremendas garras para descuartizarla.

La maga volvió a mover su mano señalando a su alrededor.

«Levantar protección física de aire».

Una esfera formada por un centenar de torbellinos que la recorrían en todas direcciones a gran velocidad apareció alrededor de la mujer. El dragón aterrizó sobre ella con todo su peso y la fuerza del ataque de sus garras, pero la defensa aguantó. La maga señaló al dragón, que ahora soltaba zarpazos tremendos que morían en la esfera defensiva. De pronto, un viento fuertísimo, como un huracán, azotó a la bestia y se la llevó por los aires de espaldas. La criatura rodó por los suelos unos doscientos pasos como un elefante llevado por una riada.

—Eso sí que ha sido impresionante —expresó Viggo abriendo mucho los ojos.

El dragón rugió fuera de sí de la rabia y se dispuso a atacar de nuevo a la maga.

—Deberíamos ayudarla —opinó Lasgol—. No sé cuánta energía tendrá, puede que le fallen las defensas.

—Muy de acuerdo, ayudémosla —dijo Ingrid.

—¿Flechas elementales o doradas? —preguntó Nilsa.

—Doradas, probemos esa magia y veamos sus efectos. No uséis mucha —pidió Ingrid.

—De acuerdo —dijo Gerd.

Cada uno sacó una de las esferas de cristal con magia dorada. Con mucho cuidado las abrieron y untaron las puntas de sus flechas

con unas gotas de la sustancia dorada. Tuvieron gran cuidado de no desperdiciar nada.

—Camu, protégenos —pidió Lasgol.

«Yo crear cúpula antimagia y camuflaje extendido».

—Todos a una —dijo Lasgol y salieron a la vía.

Como iban cubiertos por el camuflaje, el dragón no podía verlos y tampoco la maga.

El dragón se acercó hasta estar a ciento cincuenta pasos y se quedó mirando de forma fija a la mujer con ojos de odio. La esfera de protección antimagia de la maga destelló varias veces.

«Dragón usar ataques mentales. No pasar defensa maga» avisó Camu.

—Tiraremos a la cabeza —dijo Lasgol en un susurro a sus compañeros.

Lasgol invocó Tiro Poderoso y Múltiple y apuntó a la cabeza del dragón, que estaba estática. Envió una gran cantidad de energía a su arco dorado.

—Ahora —dio la señal y soltó.

Se produjeron destellos verdes y dorados y las tres flechas alcanzaron al dragón de pleno en la cabeza clavándose con profundidad. A estas se unieron las de sus compañeros. Otras cuatro se clavaron en la cabeza y penetraron las escamas del dragón con un destello dorado al impactar.

La bestia rugió de dolor y miró hacia la procedencia de las flechas, pero no pudo ver nada por el camuflaje con el que Camu los cubría y los hacía invisibles. Tenía las cuatro flechas de Ingrid, Nilsa, Gerd y Viggo clavadas en la frente y el costado de la cabeza.

La maga giró la vista, también se había dado cuenta del ataque, pero no pudo verlos.

—La magia dorada funciona. Podemos herir a los dragones —susurró Ingrid.

—Y matarlos —sentenció Viggo con tono alegre.

Al dragón no le gustó lo que pasaba y decidió cambiar de estrategia. Dio un fuerte brinco y se elevó moviendo sus poderosas alas. Comenzó a ganar altura.

—Tiremos, que no huya —pidió Ingrid.

Lasgol tiró de nuevo el primero y volvió a alcanzarle en la cabeza con tres flechas usando su Tiro Múltiple. Le siguieron cuatro más que acertaron a la bestia en la parte posterior de la cabeza.

El dragón la sacudió y rugió de dolor y frustración.

—Le estamos poniendo un peinado de lo más bonito —comentó Viggo.

—Preparaos para tirar de nuevo —dijo Ingrid.

La criatura, en lugar de huir y viendo que estaba herido, giró en el aire y descendió directo hacia la maga. Parecía querer aplastarla con un impacto con toda la inercia del descenso. No iba a dejar que aquella humana viviera.

La maga levantó la cabeza y señaló al dragón con su mano. Un rayo tremendo surgió de ella. Era de un tamaño enorme y se dirigió como una exhalación a la cabeza del dragón.

Impactó con toda la fuerza de una enorme descarga. La cabeza de la criatura se torció a un lado y sus ojos se cerraron. Su vuelo se desvió a la izquierda de la maga y se estrelló de forma estrepitosa contra el suelo para terminar empotrado contra un edificio.

El grupo apuntó hacia el dragón estrellado. Estaba medio incrustado en las paredes de roca y solo podían tirar contra su costado izquierdo.

La mano de la maga señaló al dragón y, moviendo el dedo índice, hizo aparecer otra nube negra sobre la bestia. Se escuchó un nuevo trueno y los rayos comenzaron a caer sobre el dragón, que no se movía.

—¿Tiramos? —preguntó Gerd.

—Descarguemos, por si acaso —dijo Ingrid.

Lasgol volvió a tirar con Tiro Poderoso y alcanzó al dragón. Le siguieron los tiros de sus compañeros, que se clavaron en el costado

de la bestia.

«Estar muerto» envió Camu.

—¿Seguro? —preguntó Ingrid.

«Mucho seguro».

La letal tormenta continuó un momento más y, en efecto, el dragón no se movió, estaba definitivamente muerto.

La maga se volvió en su dirección y no dijo nada, pero les hizo un gesto con la mano para que salieran.

—¿Nos dejamos ver? Sabe que estamos aquí —preguntó Nilsa.

—Sí, podemos dejarle que nos vea —dijo Lasgol.

—Pero estad atentos por si acaso —advirtió Ingrid.

«Yo quitar camuflaje» envió Camu.

La maga los miró con ojos entrecerrados y luego su cara cambió de una de concentración a una de enorme sorpresa.

—¡Por todo el conocimiento del universo! ¡Lasgol!

Capítulo 56

—Hola, Sonea —sonrió Lasgol, que ya la había reconocido.

La estudiosa corrió a abrazarlo con una enorme sonrisa en su rostro. Lasgol también sonreía, estaba feliz de volver a ver a su amiga y la abrazó con sentido cariño.

—¡No puedo creer que estés aquí, en Erenal! —dijo ella mirándole al rostro.

—Bueno yo tampoco esperaba encontrarte aquí. Pensaba que estarías con los otros Portadores.

—¿En Rogdon, te refieres?

—Sí, creo que están allí, ¿no? He oído rumores de que Rogdon aguanta contra los dragones. Se dice que en Rilentor, la capital, hay varios magos que les hacen frente. Pensé que erais vosotros.

—La verdad es que no lo sé. Nos separamos cuando comenzó la invasión de los dragones y cada uno de nosotros fue a defender su tierra. Puede que Aliana y Komir estén defendiendo Rogdon y a los norriel. Haradin debería estar en Rogdon, también.

Lasgol asintió.

—Y por eso estás tú aquí. Regresaste a casa a defender Erenal.

—Así es, y aquí sigo como ves, luchando contra los dragones. Un día sí y otro también.

—Te recuerdo que eres una estudiosa y no una guerrera —amonestó Lasgol sonriendo.

—Cierto, pero ahora soy más de lo segundo y menos de lo primero.

—Lástima…

—Ya llegarán tiempos mejores.

—Sí, llegarán —asintió Lasgol.

—¡Qué contenta estoy de verte! —dijo Sonea muy alegre.

—Yo también —Lasgol sonreía de oreja a oreja.

Se dieron otro largo abrazo, el de dos amigos que hacía mucho que no se veían pero que habían sobrevivido a muchas cosas juntos, cosas dolorosas y terribles.

—Así que conoces a la maga —dijo Ingrid preguntándose si podían confiar en ella.

Lasgol se volvió hacia sus compañeros.

—La conozco, sí. Es una muy buena amiga mía. Sonea, Portadora del medallón del aire —presentó.

—Un placer —dijo Gerd, que miraba a Sonea con ojos todavía de sorpresa.

Ella saludó con una sonrisa y los miró detenidamente.

—Nosotros ya nos conocemos… —dijo Sonea—. Yo no olvido una cara y menos aún a unos norghanos.

—¿Te conocemos? —Ingrid no estaba segura.

—Ella sí —señaló a Nilsa con el dedo índice—. Nos conocimos allí —Sonea señaló entonces la gran biblioteca—. Os ayudé.

—¡Oh, sí, la aprendiz de bibliotecaria! —recordó Nilsa dándose cuenta —. Pero eras una cría…

—Han pasado unos años desde que estuvimos aquí —recordó Gerd.

—Sí, cierto. El tiempo vuela. Egil y yo te conocimos en la biblioteca, nos ayudaste —Nilsa la saludó con la mano y una gran sonrisa.

—Vaya, sí que es pequeño el mundo —sonrió Lasgol.

—Quizá sea mejor que nos pongamos a cubierto. Puede que vengan más dragones —comentó Sonea e indicó la gran biblioteca.

—Adelante, guíanos, te seguimos —dijo Lasgol.

Sonea se dirigió a la parte este de la biblioteca y entró por un agujero enorme que había en la pared. Los demás entraron tras ella.

Dentro de la biblioteca estaba oscuro con solo algunas partes alumbradas por la luz del día que entraba por las ventanas rotas y las paredes donde faltaban fragmentos. Sonea los guio a la parte trasera caminando con mucha soltura, esquivando los obstáculos. Era como si supiera de memoria dónde estaba cada roca que había caído al interior o cada mueble que había sido volcado. La gran biblioteca tenía un aspecto terrible. Aquel lugar tan magno y lleno de conocimiento era ahora una ruina. Por todos lados se veían tomos tirados por el suelo, como si los hubieran esparcido para cubrir el suelo y las paredes derruidas.

—Qué lástima… —dijo Nilsa negando con la cabeza—. Con lo bonito y majestuoso que era este lugar.

—Me rompe el alma estar aquí, que era mi hogar, pero al menos muchos de los tomos todavía sobreviven —dijo Sonea.

Entraron en unos aposentos traseros que se habían salvado de ser castigados y seguían estando como antes. Camu tuvo alguna dificultad para entrar, pero lo consiguió.

—¿Y todos los bibliotecarios y estudiosos? —preguntó Ingrid.

—Muertos muchos… y el resto han huido.

—¿Dónde está la gente del reino? No hemos visto a nadie —preguntó Nilsa—. ¿No estarán…?

—Muchos sí —dijo Sonea con ojos húmedos—. El resto han huido a los Mil Lagos, se esconden allí. El ejército de Kraido tiene problemas en esa zona. Parece que no son muy buenos marineros.

—Ah, interesante saberlo —dijo Gerd.

—¿Y el ejército de Erenal? —preguntó Lasgol.

—Escondido en las montañas, en cuevas donde los dragones no alcanzan a entrar.

—Por eso está la capital vacía —dedujo Ingrid.

—Sí, la perdimos hace tiempo. El ejército tuvo que huir y la gente también —explicó Sonea—. Fue terrible, tanta muerte y destrucción…

—Puedo preguntar… —dijo Nilsa.

—Adelante, pregunta.

—¿Cómo es que tu magia afecta a los dragones? Que nosotros sepamos nada excepto la magia dorada lo hace.

—Sí, ¿cómo lo consigues? —se interesó mucho Ingrid.

Sonea sonrió.

—¿No se lo has contado? —preguntó a Lasgol.

—Esa parte de la historia no, hicimos un juramento.

Sonea asintió.

—Cierto. Me alegra que lo sigas cumpliendo.

—Yo no traiciono a mis amigos.

—A ver, rarito, aunque no te acuerdes, tus amigos somos nosotros, no esta bibliotecaria y sus compañeros —dijo Viggo.

«Yo también ser amigo» Camu no quería que lo dejaran fuera.

—Tiene más amigos que vosotros —dijo Sonea—. Yo soy uno de ellos.

—¿Otra aventurita tuya por ahí? —preguntó Viggo.

—Sí, algo así.

—¿Cómo que aventurita? Salvamos Tremia de un mal insondable —afirmó Sonea—. De hecho, de dos.

Lasgol asintió varias veces.

—Uno creo que lo conocemos. Yuzumi, la Dama Oscura, y su ejército de conquista —dijo Ingrid.

Sonea asintió.

—Así es.

—¿Y el otro? —quiso saber Nilsa.

—El otro… es secreto —dijo Sonea—. Pero os diré que es la razón por la que mi magia puede atravesar las defensas de los dragones.

«Ser el medallón del cuello. Gran poder. Poder dorado» dijo Camu, que lo captaba.

—Vaya, vuestro amigo… medio dragón… es muy perceptivo.

«Yo ser Drakoniano Superior. Mas mejor que dragón».

—Interesante. Me gustaría saber más de ti, estudiarte. En el fondo soy una erudita, aunque ahora me toque combatir.

«Yo ser mucho interesante y poderoso. Guapo también» sonrió Camu.

Sonea soltó una carcajada.

—Sin duda te tengo que estudiar. ¡Me va a encantar!

—A ver si lo entiendo, ese medallón tiene magia dorada —razonó Viggo.

Sonea miró a Lasgol.

—Solo puedo deciros que este medallón y otros cuatro como él son objetos de gran poder, poder dorado.

—¡Eso es estupendo! —se animó Nilsa—. Más armas contra los dragones.

—¿Dices que hay cinco?

—Así es, cinco somos los Portadores.

—Porque lleváis esos medallones —dedujo Ingrid.

—Correcto. Uno de agua, otro de aire, el de fuego, el de tierra y de éter.

—¿Y esos Portadores son amigos tuyos, no, Lasgol? —preguntó Ingrid.

—Sí, así es —asintió él.

—Los Portadores y algunos más —guiñó un ojo Sonea.

Lasgol recordó a Hartz, Kayti, Lindaro, Haradin…

—Lo que no entiendo, visto lo visto, es cómo no habéis aguantado contra los dragones si estabas tú con ese medallón —dijo Ingrid.

Sonea suspiró.

—Por un tiempo aguantamos aquí, en la capital. Luché contra los dragones y los magos de Erenal me ayudaron, pero sola no pude contra ellos. Eran demasiados. Maté a una decena con diferentes

ataques, pero finalmente me vencieron por agotamiento. Me quedé sin energía interna. El medallón intensifica mi poder, pero si no tiene nada que intensificar… Me derrotaron. Pero tuve algo de fortuna. Me cayó una pared encima y me dieron por muerta. Gracias a eso me salvé. Por desgracia, sin mi ayuda, la capital cayó. Desperté dos días después, cuando evacuaban a los últimos grupos. Conseguí escapar herida y llegar a los Mil Lagos. Allí me recuperé.

—Vaya, lo siento mucho. Me alegro de que sobrevivieras —dijo Lasgol.

—Yo también —sonrió Sonea—. Por desgracia aun con el medallón, los dragones representan un problema. De uno en uno, no, pero si me tengo que enfrentar a varios, al final pueden vencerme por agotar mi energía interior.

Lasgol entendía perfectamente lo que Sonea les narraba. Su lago de energía interna y el de cualquier persona con el Don tenía un límite. El de los dragones seguro que también, pues la magia tenía restricciones universales que a ellos también debían afectarles.

—¿Has venido a retar a uno de los dragones? —preguntó Viggo enarcando una ceja.

Sonea sonrió.

—Más o menos… Suelo venir a la biblioteca. Me hace sentir bien estar aquí, en mi hogar. Lo hago de vez en cuando. Si me ve un dragón y decide atacarme, entonces me defiendo —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Eso quiere decir que vienes aquí buscando pelea —dijo Viggo.

—Vengo buscando tomos y muchas veces encuentro pelea —corrigió Sonea.

—Deberías tener más cuidado —dijo Lasgol—. Eso que haces es muy peligroso. ¿Y si te ven dos o tres dragones?

—Entonces tendré serios problemas.

—Los Portadores deberíais luchar juntos, no por separado —dijo Lasgol.

—Hay mucho que defender, no podemos estar juntos y defender solo un reino, no cuando todos somos de tierras diferentes.

—Lo entiendo, pero aun así…

—¿Dónde está el ejército de Kraido? Pensábamos que lo encontraríamos aquí —preguntó Ingrid.

—Hay soldados de Kraido a los pies de las montañas al este, donde se oculta nuestro ejército, o lo que queda de él, que es poco, y en los Mil Lagos. Controlan que no regresemos a las ciudades y las reconstruyamos.

—Tácticas de conquista —asintió Ingrid.

—Y vosotros, ¿qué hacéis aquí? —preguntó Sonea.

—Estamos buscando a una amiga —explicó Lasgol.

—A su amada —dijo Viggo.

—Vaya, eso nunca lo mencionaste —Sonea lo miró extrañada.

—Tiene problemas de memoria, no recuerda mucho de su pasado —contó Nilsa.

—Ya, eso explicaría algunas cosas… —Sonea se quedó mirándolo, pensativa.

—Se llama Astrid. Es una guardabosques, como nosotros. La tienen prisionera las Luchadoras del Nuevo Sol —explicó Lasgol.

Sonea puso cara de extrañeza.

—¿Prisionera? Algo muy malo tuvo que hacer. Las Luchadoras no son de las que hacen prisioneros.

—Les robó un arma dorada —explicó Lasgol.

—¿Arma dorada? —Sonea abrió mucho lo ojos—. Cuéntame eso, me interesa.

Lasgol cogió el arco que llevaba a la espalda y se lo entregó a Sonea para que lo estudiara.

—Vaya, un arma de lo más interesante. Ha sido cogerla y se me ha erizado todo el vello del cuello. Tiene poder, y mucho.

—Conocemos de la existencia de varias como esta —contó Lasgol.

De pronto el medallón de Sonea brilló con un fuerte destello dorado y el arco brilló a su vez con otro, como respondiendo al medallón.

—Esta es un arma Ilenia —se dio cuenta Sonea.

—Sí, eso creo yo también. Con ellas podemos atravesar las defensas de los dragones. Tiene magia dorada… Ilenia —explicó Lasgol.

—El medallón la ha reconocido, tienen la misma magia —Sonea estudiaba el arco con ojos de erudita.

—¿Quiénes son los Ilenios? —preguntó Gerd.

Sonea miró a Lasgol. Por un momento hubo un silencio y luego la morena de pelo corto sonrió y respondió.

—Son quienes crearon este medallón y esas armas doradas. Una civilización que existió hace mucho tiempo y luego, desapareció.

«Magia poderosa. Más poderosa que la de dragones» envió Camu.

—Así es. Fueron ellos quienes echaron a los dragones de Tremia hace miles de años —explicó Sonea.

—Pues nos vendrían bien ahora —razonó Viggo.

Sonea y Lasgol volvieron a intercambiar una mirada.

—Los Ilenios o Áureos eran igual de horribles que los dragones. Esclavizaron a la humanidad. Sería cambiar un mal por otro igual o mayor. La historia tiende a repetirse, por desgracia.

—Vaya, pues qué chasco —se lamentó Nilsa.

—Tenemos artefactos como los medallones y esas armas vuestras, que podemos usar contra los dragones —comentó Sonea —. No todo está perdido.

—Tenemos pocos medallones y armas para tanto dragón —dijo Ingrid.

—Entiendo que vuestra amiga robó una de estas armas a la hermandad.

—Sí, para matar a un dragón —explicó Ingrid.

—El motivo es loable, pero las Luchadoras no son de las que atienden a motivos o razones.

—¿Sabes dónde están? Queremos hablar con ellas y negociar un rescate.

—Sé dónde están, pero no van a negociar.

—¿Tampoco son de las que negocian? —preguntó Nilsa.

Sonea sacudió la cabeza.

—No, para nada.

—Pues no nos vamos a ir sin Astrid —aseguró Ingrid.

—Tendréis problemas.

—¿Nos ayudarás? —preguntó Lasgol.

Sonea sonrió.

—Os ayudaré, por supuesto. Por ti, somos amigos y los amigos se ayudan en momentos difíciles.

—No todos los amigos —replicó Viggo con acritud.

Lasgol ignoró la respuesta de Viggo.

—Gracias, Sonea.

—Pongámonos en marcha —dijo ella.

—¿Vamos a la fortaleza de las Luchadoras? —preguntó Gerd.

—No, su fortaleza fue destruida. Vamos a los Mil Lagos, están allí.

Capítulo 57

Era medianoche cuando cruzaban uno de los incontables lagos de la zona remando en silencio en dirección norte. Sonea había evitado el gran campamento de guerra que los soldados de Kraido tenían en la zona.

—No puedo creer que volvamos a estar en un bote y en los Mil Lagos —susurró Lasgol a Sonea cuando ya estaban bien lejos de tierra.

—Sí, nuevos tiempos, pero problemas similares —sonrió.

—Cierto, parece que los problemas nos persiguen —bromeó él.

Los demás los miraban sin saber de qué hablaban, pero tenían claro que Lasgol y Sonea habían vivido aventuras por aquella región con anterioridad.

Gerd, Viggo, Ingrid y Nilsa remaban en el bote grande que Sonea les había conseguido. Ona y Argi iban de pasajeros. Según les había explicado había varios escondidos a lo largo de los lagos que los de Erenal utilizaban para misiones nocturnas. Camu les seguía a distancia volando sobre los lagos cuando no había nadie a la vista.

—Este paseíto en bote es de lo más relajante —comentó Viggo—. La luna está bella en el firmamento y estoy con mi amada a mi vera, ¿qué más se puede pedir?

—No es momento para ponerse romántico —dijo Ingrid.

—Es que no puedo evitarlo. Tú, yo, el lago, el bote, la noche…

—Calla y rema, que eres imposible —dijo Ingrid.

Atravesaron el gran lago y Sonea les dijo que debían cruzar otro que comenzaba al este. Escondieron el bote en un punto que ella les indicó y luego la siguieron por tierra. Llegaron a otro bote escondido en el nuevo lago que tenían que cruzar.

—Ya entiendo por qué los de Kraido se lían aquí. Esto es un laberinto —dijo Viggo mirando alrededor con ojos entrecerrados.

—Infinitos no, pero cientos sí —dijo Sonea.

—Mil, parece ser, a juzgar por el nombre —comentó Gerd.

—En realidad son más de mil. Se han contado y documentado. Cada uno tiene un nombre, además —explicó Sonea.

—Pues sí que teníais tiempo libre antes de la invasión de los dragones para poneros a contar lagos —dijo Viggo.

—Dasleo fue un gran rey que impulso las artes y el conocimiento. Muchos de nosotros le debemos nuestra vocación —explicó Sonea—. Y sí, teníamos tiempo y estudiábamos y documentábamos todo.

—Volverán esos tiempos —dijo Lasgol con tono de esperanza.

—Un día, sí —asintió Sonea con la mirada triste.

Continuaron el trayecto por los Mil Lagos. Sonea les hizo cruzar dos lagos más hacia el norte y otros dos hacia el este. A donde quiera que se dirigían estaba bien escondido en aquel caos de lagos.

Finalmente desembarcaron en una isla que era de un tamaño considerable. Desde el lago parecía mucho más pequeña. Daba la sensación de estar desierta, aunque no era así. Nada más poner pie, un grupo de soldados de Erenal salió a recibirles. Vestían armadura y empuñaban espadas cortas. Salieron con intenciones de acabar con ellos, pero Sonea les dio el alto y, al reconocerla, se calmaron.

—Seguidme —dijo Sonea y, acompañados por los soldados que habían salido a interceptarlos, entraron en un tupido bosque.

Dentro se encontraron con el campamento del ejército de Erenal, que estaba escondido allí. Pronto descubrieron gran cantidad de soldados acampados. En el centro había un claro y se dirigieron allí. Al llegar, los soldados les indicaron que esperaran.

Por un rato nada sucedió y el grupo esperó. Podían ver soldados por todo el bosque a su alrededor.

—Un bosque enorme y muy cerrado en medio de una isla en medio de mil lagos. Me gusta el escondite —comentó Viggo.

—Sí, encontraros aquí resultará muy difícil —comentó Lasgol mirando hacia el cielo a través de las copas de los árboles. Apenas se veía nada.

—Ahí llegan —Sonea hizo un gesto con la cabeza señalando al grupo de personas que se acercaban.

Había varios hombres con armadura del estilo de Erenal protegidos por una guardia de mujeres.

—¿Quiénes son? —preguntó Lasgol.

—El de pelo blanco es el general Maxian, está a cargo del ejército. El joven de fibroso cuerpo, cabello moreno y ojos azules es Aurelius, sobrino de Dasleo y actual rey de Erenal. La Dama Oscura mató a toda la familia de Dasleo. Aurelius fue el único que se salvó por estar de viaje en los desiertos noceanos. Las que los protegen y van detrás de ellos son las Luchadoras del Nuevo Sol.

Lasgol contó una treintena de guerreras.

—No deberías haber traído a extranjeros aquí —dijo el general Maxian a Sonea al llegar hasta ellos.

—Son de confianza, amigos míos —respondió Sonea.

—Entonces son bienvenidos —dijo Aurelius con una sonrisa de bienvenida.

—Gracias, majestad —Sonea hizo una reverencia.

—¿De dónde son? De estas tierras no… —preguntó el general.

—Son norghanos. Guardabosques —explicó Sonea.

—¿Guardabosques norghanos? Son peligrosos —dijo Maxian.

—Si nuestra más poderosa maga dice que son amigos, eso son —corrigió Aurelius—. ¿A qué debemos esta visita tan singular? Norghana está lejos de aquí —quiso saber el monarca.

—Han venido a hablar con las Luchadoras —explicó Sonea.

Aurelius se volvió hacia su escolta, que formaba una media luna a su espalda. Luego se giró para mirar al grupo.

—¿Han venido hasta aquí para hablar con las Luchadoras? Debe ser algo importante.

—Lo es para ellos —indicó Sonea.

—Está bien, permitiré que hablen con mi escolta. Pero estoy intrigado, quiero saber de qué trata todo esto —hizo un gesto y una de las Luchadoras se adelantó.

—Haré de traductora si os parece bien —se prestó Sonea.

—Sí, perfecto —dijo Aurelius.

—Queremos hablar con Belona —pidió Ingrid.

—Nuestra amada líder murió. Ahora yo soy quien lidera a las Luchadoras, me llamo Victoria.

—Entonces hablaremos contigo —dijo Ingrid.

—Adelante, te escucho.

—Venimos en busca de uno de los nuestros. Una guardabosques norghana que tenéis prisionera. Su nombre es Astrid.

Al escuchar el nombre la cara seria y dura de Victoria cambió a una de rabia.

—Esa ladrona y traidora paga por lo que hizo a las Luchadoras.

—Venimos a pedir su liberación —dijo Ingrid.

—Nunca. Está sentenciada y condenada.

Viggo hizo gesto de ir a decir una de las suyas, pero Ingrid lo detuvo con la mano.

—¿Vive? —preguntó Lasgol.

Victoria lo miró de arriba abajo.

—Vive. Su condena no es de muerte, sino de prisión. Una que nunca abandonará.

Lasgol sintió un alivio enorme. Y no solo él, las expresiones de sus compañeros mostraban que ellos también lo sentían. Todos esperaban que siguiera con vida, pero eso era más un deseo que una probabilidad. Que les confirmaran que estaba viva era una notica estupenda, la mejor que podían recibir. Ahora tenían que encontrar la forma de recuperarla.

—Veo que vuestra compañera hizo algo grave a las Luchadoras, algún ultraje imperdonable. Quiero saber qué —demandó el monarca.

—Julia, informa a nuestro señor —ordenó Victoria.

La Luchadora se adelantó.

—Con el permiso de su majestad —dijo y le contó lo sucedido, recalcando los aspectos del robo y la traición.

—Gracias. Ahora ya veo el porqué del enfado, el crimen y el castigo —dijo Aurelius.

—Pero no conocéis el motivo, majestad —dijo Sonea.

—Entiendo que no será una frivolidad para semejante traición.

—El Guantelete de Liriana es un arma capaz de matar dragones. Es por ello por lo que Astrid lo robó. Lo necesitaba para matar a un dragón milenario y muy poderoso —afirmó Sonea.

—¿Es eso así? —Aurelius miró a Victoria—. Si es así por qué no se me ha informado de algo tan importante.

—No es así, majestad. El Guantelete de Liriana es una reliquia de nuestra fundadora y por ello tiene un valor inestimable para nosotras. Es sagrado y un arma ceremonial, no puede matar dragones —explicó Victoria.

—Intentan engañaros, majestad —dijo Julia.

—Nosotros no mentimos —rebatió Viggo con tono de amenaza.

—A ellos no les puedo creer pues no los conozco. A ti, Sonea, sí. Te he visto luchar sola contra dragones y me has salvado la vida en el pasado. Tienes toda mi credibilidad y confianza. Dime la verdad.

—Si se me permite examinar el guantelete, puedo confirmarlo.

—Nadie que no sea una Luchadora puede tocar el guantelete. ¡Es sacrilegio! —Victoria lo dijo como soltando un rugido.

—No hace falta que lo toque, con observarlo será suficiente —dijo Sonea usando su inteligencia.

La líder de las Luchadoras no se movió. No iba a traer el guantelete sagrado.

—Victoria, que traigan el guantelete. Quiero llegar al fondo de este asunto —ordenó el rey.

La líder pareció que se mordía la lengua, tenía la mandíbula prieta. Pero no podía desobedecer una orden directa.

—Julia, trae el guantelete —ordenó.

Julia dudó un instante y luego marchó a por la reliquia.

Tardó un momento en regresar. Cuando lo hizo llevaba el guantelete, que terminaba en daga.

—Muéstraselo a Sonea —ordenó el rey.

Julia se acercó hasta Sonea y le mostró el guantelete, que sujetaba con las dos manos. Era dorado, del mismo dorado que el arco de Lasgol.

Sonea lo observó un momento y, de pronto, como había sucedido con el arco, su medallón brilló desprendiendo un destello dorado. Un momento después lo hizo el guantelete. Todos vieron los destellos.

—Magia —dijo el general Maxian alarmado.

Victoria se puso delante del rey para cubrirlo con su cuerpo.

—No hay peligro. El guantelete es un arma dorada, puedo confirmarlo. Con él se puede matar un dragón.

—¡Esas son grandes nuevas! —exclamó Aurelius.

—No puede ser. Esta arma es un arma ceremonial —Victoria negaba con la cabeza.

—Esa arma tiene magia dorada que traspasa las defensas de los dragones, tanto las mágicas como físicas. Para usar el guantelete, sin embargo, se requiere también de magia dorada. Si quien lo usa no la tiene, se comporta como un arma normal —explicó Sonea.

Victoria puso cara de no creerse la explicación.

—¿Lo confirmas entonces, Sonea? —inquirió el monarca.

—Lo confirmo. Ese guantelete es un arma dorada y como tal fue creada para matar dragones.

—Pero quien lo lleve debe tener magia dorada… —reflexionó Aurelius.

—Así es.

—No hay muchos que la tengan, solo algunos magos. ¿Me equivoco? —preguntó el general Maxian.

—Es correcto. Yo puedo y alguno de nuestros magos es probable que también.

—Pero dar un arma así a un mago es condenarlo. No sabrá combatir con ella —dijo el general Maxian.

—Sí, yo tampoco sabría usar ese guantelete con daga —confesó Sonea—. Pero ellos pueden —señaló al grupo—. Acaban de ayudarme a matar un dragón junto a la gran biblioteca y llevan otra arma dorada.

Sonea le hizo un gesto a Lasgol para que mostrara el arco dorado. Lasgol lo mostró.

—Entiendo… —Aurelius se quedó pensativo.

—Si su majestad me permite, creo que deberíamos liberar a su compañera y devolverles el guantelete. Ellos pueden luchar contra dragones, los matarán. Nos conviene. Mantener a una prisionera y el guantelete aquí no nos aporta nada. Deberíamos permitirles aprovecharlo.

—Lo que dices tiene sentido. Es cierto que nada ganamos teniendo a la prisionera y el arma aquí, pero si se lo entrego, los pierdo. La prisionera no me importa, pero el arma dorada… Esa sí. Podemos encontrar a alguien que la use y luche para nosotros. Ellos son norghanos y volverán a su tierra a defenderla. No se quedarán a defender Erenal, que es lo que necesito.

—Majestad, os lo ruego, no podéis liberar a la prisionera. Cometió un crimen contra nuestra hermandad. ¡Debe pagar! —Victoria no quería saber nada de aquello.

—¿Y si nos quedáramos a ayudar a Erenal? —dijo de pronto Lasgol.

Aurelius lo miró con expresión de estar interesado.

—Adelante, elabora esa idea…

—Podemos quedarnos en Erenal un tiempo y ayudar a retomar el reino. Nosotros podemos matar a los dragones, que son el obstáculo principal. Y más, con la ayuda de Sonea.

—Me interesa. ¿Qué quieres a cambio? —dijo el rey.

—A la prisionera y el guantelete para que ella pueda usarlo contra los dragones —pidió Lasgol.

El rey se quedó pensativo.

Lasgol se dio cuenta de que había propuesto el trato fruto de la situación, del momento, pero no lo había consultado con sus compañeros. Miró a Ingrid. La rubia guardabosques le estaba mirando y leyó la pregunta en los ojos de Lasgol. Asintió con la cabeza.

Lasgol miró al resto uno por uno. Todos asintieron.

—Tienes un trato, guardabosques. Liberaré a la prisionera y podréis quedaros con el guantelete, pero lucharéis por Erenal, por mí y por mi reino hasta echar a los dragones de estas tierras y que recuperemos el control del reino.

—Eso puede ser mucho tiempo… demasiado. ¿Cuántos dragones hay en Erenal? —preguntó Lasgol y miró a Sonea.

—Una docena… no más de quince —respondió la erudita.

—Entonces el trato será que nos quedaremos hasta acabar con esos dragones —especificó Lasgol—. Sin los dragones el reino será fácil de recuperar.

Aurelius lo pensó y miró a su general, que le hizo un gesto afirmativo.

—Tienes un trato, guardabosques. Quince dragones muertos en Erenal por vuestra compañera y el guantelete.

Lasgol miró a sus compañeros. Todos asintieron.

—Aceptamos el trato.

—¿Tengo vuestra palabra de guardabosques norghanos?

—Nuestra palabra y honor —asintió Lasgol.

—Muy bien. Liberad a la prisionera —ordenó Aurelius a Victoria.

La líder de las Luchadoras apretaba la mandíbula con mirada de furia.

—Majestad, tengo que…

Aurelius levantó la mano.

—Es una orden de tu rey. La prisionera queda en libertad. He dado mi palabra.

Victoria sacudió la cabeza. Quería protestar, pero sabía que no podía hacerlo. Una orden del monarca no tenía discusión posible.

—Julia, tráela.

Julia tenía la misma mirada de rabia que su líder, pero no dijo nada. Se dio la vuelta con un gesto de disgusto.

Aguardaron por un largo y tenso momento hasta que por fin Julia regresó con una prisionera encadenada. Tenía grilletes en pies y manos. Dos Luchadoras iban detrás de ella agarrando una cadena que tenía atada a la cintura. Estaba llena de suciedad y vestía unos harapos. Estaba delgada y fibrosa. La habían tenido trabajando y con poca comida.

Astrid miraba intentando entender lo que sucedía. Pasó de mirar al rey y su general a ellos. Al reconocerlos una sonrisa apareció en su rostro sucio y sus verdes ojos brillaron.

—¡Astrid! —exclamó Nilsa incapaz de contenerse y las lágrimas cayeron por sus mejillas al verla.

La condujeron frente a ellos.

—Sabía que vendríais —dijo con expresión de felicidad.

—Por supuesto que te íbamos a rescatar —aseguró Ingrid.

—Nunca perdí la esperanza, sabía que un día vendríais —dijo la morena espía.

—Nos ha llevado más de lo previsto, compañera —dijo Viggo—. Circunstancias fuera de nuestra voluntad, te lo aseguro.

—Perdona que hayamos tardado tanto —se disculpó Gerd.

—No hay nada que disculpar. Si no habéis venido antes sé que es porque no habéis podido. La certeza de saber que este día llegaría

me ha mantenido cuerda y fuerte.

—¿Por qué la lleváis encadenada como si fuera un gran depredador que habéis capturado? No es digno, así no se trata a nadie —demandó saber el rey.

—Porque es más peligrosa que un gran felino. Es una asesina y ha intentado escapar incontables veces. Ha herido a una veintena de mis Luchadoras. Varias casi mueren.

—Aun así, esto es deplorable. Los de Erenal tenemos honor y principios. No tratamos a los prisioneros como bestias salvajes. ¡Soltadla ahora mismo! —ordenó Aurelius.

—Sí, majestad —Victoria hizo un gesto y Julia y las Luchadoras le quitaron a Astrid las cadenas y grilletes.

El rey se dirigió a las Panteras.

—Mis disculpas por esta infamia. La ayudaremos a recuperarse.

Ingrid señaló a Edwina.

—Hemos traído a alguien para que nos ayude con su recuperación.

—Muy bien. General, que acomoden a nuestros invitados. Que se les trate como si fueran altos dignatarios. Dadles cuanto necesiten.

—Sí, majestad. Así se hará —dijo Maximus.

El rey pareció partir, pero se volvió un momento.

—Cumplid el trato, norghanos.

—Hemos dado nuestra palabra y la cumpliremos —aseguró Ingrid.

El monarca marchó y con él las Luchadoras, que les lanzaron miradas de odio.

—A esas no les caemos nada bien —comentó Viggo.

Astrid miró a Lasgol y en su rostro lleno de felicidad apareció todo el amor que sentía por él.

—Lasgol… estás vivo y bien, me siento tan feliz. Es un sueño tenerte de nuevo a mi lado —le puso las manos en las mejillas y lo besó.

Los demás observaban en silencio.

—¿Por qué estás tan callado, mi amor? —preguntó Astrid al ver que Lasgol no le decía nada.

—Yo…

Lasgol no supo qué decir. Había ensayado en su mente aquel encuentro muchas veces. Había incluso preparado las palabras y las tenía memorizadas, pero se quedó en blanco. No pudo decir nada.

—¿Qué te pasa, mi amor? Veo en tus ojos que algo va mal.

—Dergha-Sho-Blaska le robó la memoria —intervino Gerd en ayuda de Lasgol, que no era capaz de articular palabra.

Astrid miró a Gerd y luego de nuevo a Lasgol.

—¿No tienes recuerdos de mí? —preguntó a Lasgol sin poder creerlo.

—No recuerda nada de aquellos seres a los que quería —aclaró Ingrid.

—Entonces… a mí… ¿no me recuerdas? ¿No recuerdas nuestro amor? —Astrid lo preguntó con tono angustiado.

—Lo siento… —fue cuanto pudo decir Lasgol.

—No lo puedo creer. Esto es una pesadilla, ahora que volvemos a estar juntos —Astrid negaba con la cabeza. No era capaz de asimilar las malas noticias.

—Intento recordar… algún día lo lograré —consiguió decir por fin Lasgol.

Astrid se quedó mirándolo. Hubo un momento de silencio.

Luego en su rostro apareció su natural fiereza.

—No importa. Tú y yo nos amamos, lo recuerdes o no. Estamos predestinados a estar juntos. Si ahora no lo recuerdas, da igual, ya lo harás. Yo estaré a tu lado en cada momento para ayudarte. Y si no consigues recordar, volveré a hacer que te enamores de mí y me ames como antes. Eso puedo asegurártelo —dijo Astrid con pleno convencimiento.

—Así se habla —dijo Nilsa y aplaudió emocionada.

—Veo que sigues igual de fiera —dijo Viggo sonriendo.

—Las cadenas solo aprisionan el cuerpo, no la mente, y mucho menos el alma. Sigo siendo la que era. Si cabe, soy más fuerte que antes —se señaló la cabeza con el dedo índice.

—Las Panteras de las Nieves están ya casi completas —celebró Ingrid con un gesto de fuerza.

—¿Dónde está Egil? —preguntó Astrid.

—Es una larga historia. Deja que Edwina te sane y te lo contamos después. Te has perdido muchas cosas.

—Sí, lo imagino…

—¿Todo bien? —preguntó Sonea.

—Todo bien —respondió Ingrid.

—Perfecto. Seguidme, les he dicho que os pongan conmigo. Quiero saber más de los antiguos amigos de Lasgol —sonrió la estudiosa.

—Vamos —dijo Ingrid y siguieron a Sonea al interior del campamento.

Astrid cogió del brazo a Lasgol.

—Tú conmigo siempre, ni se te ocurra separarte un paso de mí. ¡Nunca!

Lasgol miró sus relucientes ojos verdes y sonrió.

Capítulo 58

Nahia regresaba de su clase de armas. Lo hacía cada vez mejor y no estaba teniendo tantos tropiezos con Draketz. Llegó al barracón y se fue a descansar un poco antes de ir a cenar. Como hacía todos los días, miró debajo de la jarra para ver si le habían dejado una nota. Necesitaba recibir una que le indicara la noche de la fuga. Estaba todo preparado, pero Egil estaba esperando algo que todavía no había llegado. El problema era que se agotaba el tiempo.

Levantó la vasija y encontró una nota. El corazón de Nahia comenzó a latir desbocado. Con manos temblorosas por la emoción leyó la nota.

El objeto ha llegado.

Pasa a recógelo.

No estaba firmado, pero Nahia no tenía ninguna duda de quién era: Ipotxon. Destruyó la nota cerrando su puño e invocando Garra Elemental de Fuego y salió a paso apresurado hacia intendencia. Según salía por la puerta se cruzó con Novak.

—¡Vaya prisas que llevas! —dijo él con una sonrisa y se apartó para dejarla pasar.

—Oh, perdona. No iba prestando atención.

—Nada, tranquila. Esta noche deberías cenar con nosotros, han llegado rumores jugosos que te interesarán.

—¿Cómo de jugosos?

—Extra jugosos —aseguró Novak asintiendo y con ojos pícaros.

—Tengo que hacer una cosa y regreso para la cena. Guardadme el detalle.

—Lo haremos.

Nahia salió del barracón y con paso más calmado se dirigió a intendencia. No debía dejarse llevar por su nerviosismo, tenía que

actuar con mucha calma. Nadie podía notar que el momento de la fuga estaba próximo.

Llegó a intendencia y al entrar vio a Hiputz atendiendo a unos alumnos. El malhumorado jefe de intendencia le hizo una gesto con los ojos de que fuera atrás. Nahia asintió y así lo hizo. Recorrió todo el almacén y al llegar a la puerta de atrás ésta se abrió. Nahia entró con rapidez.

—¿Ha llegado? —preguntó sin poder esperar.

En la estancia estaban Ipotxon, Txikiterg y dos de sus guardaespaldas. Ipotxon la miró y sonrió levemente.

—Ha llegado.

—¡Por fin! —exclamó Nahia y resopló.

—En el último momento. Esta noche era la fecha límite —dijo Ipotxon.

—Entonces el plan sigue adelante —quiso asegurarse Nahia.

—No he recibido contraindicación del Prisionero —comentó Ipotxon.

Nahia resopló. La fuga sería aquella noche.

—Hay algún problema adicional —advirtió Txikiterg.

—¿Qué sucede?

—Tu última incursión al subnivel 3 ha puesto nerviosos a los que trabajan allí.

—¿Nerviosos? ¿Me han descubierto?

Txikiterg negó con la cabeza.

—No, pero sospechan que algo extraño pasa. Cinco sufrieron un tremendo dolor de cabeza y desvanecimiento. Algo posible, pero muy poco habitual.

—Y uno ha desparecido —dijo Ipotxon.

—Sí, bueno, no tuve elección.

—Estarán más alerta y, por lo que nos ha llegado, han puesto guardia en las puertas de los subniveles.

—¿Guardia? ¿Cómo que guardia?

—Dos Tergnomus por turno en las entradas de los tres subniveles —dijo Ipotxon.

—¡Oh, no!

—Me temo que sí —dijo Txikiterg.

—¡Esto es un gran problema! Tengo que llegar al subnivel 3.

—Llegar puedes, entrar no, no tienes asignación allí —le recordó Ipotxon.

—¿No podéis conseguirme acceso?

—Nuestro agente en el subnivel 3 no tiene poder para hacer tal cosa. Es de bajo rango —recordó Ipotxon.

—Tendrás que encontrar una forma de entrar —dijo Txikiterg.

Nahia resopló. No tenía tiempo de hablarlo con Egil o pensarlo, la fuga debía producirse aquella noche.

—Me las arreglaré —afirmó dándose ánimos.

—Aquí tienes el objeto.

Ipotxon le mostró una caja rectangular y plana, de plata.

—¿Qué es?

—No lo sabemos, pero tiene poder, eso lo puedo captar —dijo Ipotxon cerrando los ojos.

Nahia lo cogió en sus manos. Fue a abrirlo.

—No —la detuvo Ipotxon—. No debes abrirlo hasta el momento de usarlo.

—Entiendo.

—Hasta aquí llega nuestra colaboración —dijo Txikiterg.

—Gracias, ha sido muy valiosa.

—Espero que lo consigáis —deseó Ipotxon.

—Yo también…

—Suerte —deseó Txikiterg—. Te reconozco el valor que tienes de intentar algo así.

Nahia asintió.

—Una vez suceda no vengas por aquí. Habrá mucho revuelo y no podemos arriesgarnos —pidió Ipotxon.

—Lo entiendo, no os preocupéis. Gracias de nuevo —Nahia saludó con una leve inclinación de cabeza y se fue con el paquete.

Algo más tarde, Nahia entró en el comedor del barracón.

Novak le hizo señas para que se sentara con ellos. Aquella noche no quería levantar sospechas, así que accedió. Estaba con Ileoi, un Felidae león, y Retig, el Felidae tigre. Ambos fuertes y maestros de armas.

Nahia los saludó.

—Maestros de armas.

—Siéntate y come algo. El guiso está delicioso —dijo Ileoi.

—Es de venado —comentó Retig limpiándose los bigotes con la servilleta.

Nahia fue a por su cena y luego se sentó a comerla. Dos mesas más allá estaban cuatro Drakónidos, entre ellos Draketz.

—Hay nuevos rumores muy interesantes —dijo Novak—. Tenía ganas de contároslos.

—¿Qué rumores son esos? —preguntó Ileoi.

Novak miró alrededor y bajó el tono de voz.

—Los dragones están teniendo muchos problemas en la costa este de Drameia.

—¿Problemas de derrotas? —preguntó Ileoi.

—Sí, varias derrotas.

—Me pregunto cómo se las arreglarán los humanos de Drameia para vencer a los dragones y los ejércitos de Kraido. De verdad que no me lo imagino —opinó Retig.

—Pues está sucediendo. El cómo lo desconozco, pero los rumores llegan con fuerza.

—¿Cómo llegan los rumores? —se interesó Nahia, que no quería intervenir mucho. No conocía bien a aquellos maestros de armas como para fiarse.

—En los transportes —dijo Novak—. Con los carros regresan que vacíos para volver a ser llenados y llevados al frente.

—Oh, ya veo… Interesante. ¿Son creíbles?

—Lo son, te lo aseguro —dijo Novak convencido.

—Bueno, todo lo creíble que es un rumor —dijo Ileoi.

—Si no quieres creerlo, no lo hagas —dijo Novak.

—Prueba fehaciente nunca vamos a tener —opinó Retig.

—Ya, eso es verdad. Puedes creerlo o no, esa es tu elección. También han llegado rumores de problemas en el desierto.

—¿De qué tipo? —preguntó Ileoi.

—Sí, se habla de dragones decapitados.

—Parecen habladurías —opinó Retig.

—Y mucho querer creer —Ileoi no estaba nada convencido.

Nahia no sabía si podía fiarse, así que tanteó el tema.

—¿No se considera traición el hablar de estos temas?

Los tres la miraron con ojos tocados por el miedo.

—No hacemos más que comentar rumores que llegan de la guerra —dijo Novak a la defensiva.

—Eso no es traición —dijo Ileoi.

—No hemos opinado sobre ello —se defendió Retig.

—De eso ya me he dado cuenta. Si no tenéis opinión, ¿por qué comentarlo? —atacó Nahia a ver si alguno se descuidaba y hablaba de más en un sentido o en otro.

—Es por tener conversación, nada más —Novak levantó las manos.

Los otros dos Felidae pusieron caras de disgusto.

Nahia vio que no iban a hablar, así que lo dejó estar. Decidió no confiarles por el momento quién era ella. Suponía demasiado riesgo.

Tras cenar, Nahia abandonó el comedor y se preparó para la misión nocturna.

Aguardó ansiosa. Había tomado una decisión sobre su entrada en el subnivel 3 y esperaba que funcionara. Si no lo hacía, la fuga no saldría bien.

A medianoche se presentó en las mazmorras a cumplir con su castigo. Lacert, Tergnomus segundo de los calabozos, la recibió y la acompañó a las escaleras.

—Ha habido algunas complicaciones en el subnivel 3 —explicó.

—Oh, ¿qué ha sucedido? —preguntó Nahia con tono casual, disimulando.

—Nada que te interese. Habrá un control de acceso adicional en cada nivel.

—De acuerdo. Gracias por avisar.

—Como si no tuviera suficiente trabajo ya. ¡Más que organizar y controlar!

—Lo lamento, sé que estás muy ocupado.

—Mucho más de lo que te imaginas.

Llegaron a las escaleras.

—Ya bajo sola, no hace falta que me acompañes. Tendrás mil cosas que hacer.

Lacert se detuvo en la primer peldaño.

—Infinitas cosas.

—Lo imaginaba.

—Vuelvo a mis tareas. Trabaja mucho y bien —dijo y se marchó.

Nahia resopló y se quedó en el primer peldaño esperando a que Lacert desapareciera. Luego, en lugar de seguir bajando, subió. Lo que iba a hacer era muy peligroso, pero no tenía otra opción. Siguió el largo pasillo de la planta hasta llegar a un ventanal que daba a la parte interior de la fortaleza, al patio.

Miró por el ventanal. El interior de la fortaleza estaba muy oscuro, pero pudo distinguir cuatro puntos de luz, que eran las

torres donde estaban los dragones vigilando el perímetro. En la parte posterior había un gran descampado y al norte un edificio con aspecto de almacén. Allí vio que un grupo numeroso de Tergnomus movía carros.

Nahia no lo pensó dos veces y abrió una ventana con mucho cuidado de no hacer ruido. Salió al descampado y se agazapó entre las sombras. El lugar estaba poco iluminado. Comenzó a avanzar hacia el almacén siguiendo la pared del edificio, que la cubría de penumbra. Los nervios le atacaban el estómago. Tenía que cruzar el gran patio.

Consiguió cruzar en diagonal por una zona oscura sin que le diera la luz. El dragón azul sobre la torre no pareció haberla visto. De hecho, miraba hacia el exterior de la muralla, no hacia el interior. Nahia se pegó de nuevo a la muralla, esta vez la norte, y avanzó hasta el almacén. Para cuando llegó, los Tergnomus que había visto con los carros ya se habían retirado. Eran la cuadrilla de carga de comida.

Ahora necesitaba llegar al pozo de alimentación por donde bajaban la comida cada noche para que los diferentes subniveles la cogieran y la repartieran. Miró con ojos entrecerrados el pozo, estaba tapado. Nahia se echó al suelo y se arrastró como una serpiente hasta llegar a él. Sin levantar más que la cabeza miró a las cuatro torres. Los dragones miraban hacia fuera y no parecían haberla visto. Eran tan engreídos que parecía que pensaban que el peligro solo podía venir de fuera de las murallas de las mazmorras, no del interior. Nahia se alegró de aquello.

Con mucho cuidado de no hacer ruido empujó la tapa del pozo, que resultó ser menos pesada de lo que esperaba, o ella estaba más fuerte de lo que imaginaba. El pozo era un gran círculo con espacio para bajar un carro entero si hacía falta, pero ella solo necesitaba mover la tapa un poco para colarse al interior.

Palpó en el interior hasta coger una de las gruesas cuerdas utilizadas para descargar las piezas de comida y se armó de valor.

—Tengo que hacerlo —se dijo.

Se metió en el pozo y se agarró a la cuerda con manos y pies. Ahora solo tenía que bajar hasta las profundidades.

Capítulo 59

Nahia descendía por la cuerda agarrándose fuerte. Se había puesto guantes de cuero curtido y botas también curtidas, pues ya había calculado que descender por aquella cuerda le iba a quemar manos y pies. Bajaba con suavidad, sin precipitarse. El descenso era larguísimo y necesitaba mantener la calma y las fuerzas.

Había poca luz, solo la de cada subnivel. De cuerdas estaba servida, había una docena y parecían descender hasta las profundidades. Bajó hasta el primer subnivel y respiró aliviada al comprobar que no había nadie allí. Los repartos de comida finalizaban a medianoche, pero nunca se sabía. Le pareció curioso el mecanismo de carga. Una estancia daba al pozo por el que bajaba y pudo ver una rampa extensible que debían correr para descargar. Se encontró con un problema. La cuerda que había elegido solo llegaba hasta ese nivel, debía cambiar de cuerda para seguir bajando.

Miró hacia abajo, entre la penumbra, pero no pudo distinguir cuál llegaba al subnivel 3, así que cogió la que tenía más cerca. El cambio no fue nada sencillo. Las cuerdas se movieron y sus brazos y manos protestaron. Resopló aliviada cuando consiguió asirse con seguridad.

Descendió hasta el segundo subnivel y comenzó a sentir que los brazos le dolían del esfuerzo. Vio otra estancia de carga con plataforma extensible. Por suerte tampoco había nadie, ya habían terminado el turno. De nuevo había vuelto a elegir una cuerda que no seguía bajando. No estaba teniendo fortuna. Tuvo que volver a cambiar de cuerda y esta vez sus brazos y manos parecieron gritar por el esfuerzo. Estuvo a punto de perder el agarre, pero sacó fuerzas de necesidad y logró sujetarse.

Continuó descendiendo y con sus últimas fuerzas llegó al subnivel 3. Aquí acababa el pozo. Había roca sólida al final y Nahia se dejó caer un poco más alto de lo aconsejable, forzada por el cansancio de sus músculos.

—Ouch… —masculló y se quedó agazapada.

Miró hacia el exterior y vio que los carros de reparto no estaban, ya habían salido a hacer sus rutas. Suspiró.

Ahora comenzaba la parte más peligrosa. Se puso en pie y se dirigió a la ruta 1 como una exhalación.

Avanzó con rapidez hasta divisar el carro que iba realizando el reparto. Un Tergnomus trabajaba de forma muy aplicada. Necesitaba librarse de él rápido. Pensó en usar un ataque mental cuando se dio cuenta de que el gorro plateado que llevaba era precisamente para evitar eso. No podía usar magia, pero podía usar un ataque más tradicional. Lo importante era que no la viera.

Esperó a que comenzara a descargar en la siguiente cueva y se acercó por detrás sin hacer ruido, caminado por fuera del sendero de plata para que no se encendiera y la delatara antes de llegar a su víctima. En la mano llevaba su daga.

Golpeó al Tergnomus con la culata de la daga en la nuca dos veces, de forma rápida y seca. El pobre infeliz cayó al suelo sin sentido. Nahia lo arrastró al carro y lo metió dentro con las piezas de comida.

Miró alrededor para comprobar que no la habían visto y echó a correr.

Llegó a la zona de los dragones y se fue directa a la cueva de Garran-Zilar-Denbo. Según corría vio que Lehen-Gorri-On salía a recibirla. La estaban esperando.

«Hoy será un día de triunfo o muerte, humana» envió el gran dragón rojo.

—Lo será, sí —dijo Nahia sin pararse.

«No mueras todavía, quiero probar tu carne, seguro que estás deliciosa».

—Solo hueso y pellejo, no tengo carne —respondió Nahia.

Llegó ante la cueva de Garran-Zilar-Denbo. El gran dragón plateado la esperaba.

«¿Vamos a seguir adelante con esto?».

Nahia se detuvo y puso los brazos en jarras mientras recuperaba el aliento.

—Sí… por supuesto…

«Me lo temía…».

—¿Te llegó mi visión?

«No la visión como tal, pero sí que la estabas teniendo».

—El Rey grypho es parte de nuestro destino. Lo vi luchando junto a mí en los cielos contra los dragones.

«Entiendo… Pensé que no se produciría. Creí que este rescate tuyo no tenía nada que ver con nuestros destinos».

—¿Nos ayudarás entonces? —pidió Nahia casi como una súplica.

«Os ayudaré».

Nahia resopló muy aliviada.

—Muchas gracias.

«Pero recuerda lo que te pedí para mí y los míos».

—Lo recuerdo. No lo olvidaré.

«Está bien. ¿Cómo sacaremos a ese grypho de aquí?».

—Tenemos que ir a su cueva.

«¿Tenemos? Yo no puedo salir de aquí por el collar de plata».

—Lo sé, pero Egil me ha dado algo para esto.

«¿El qué? Eso me interesa».

—No lo sé. Tengo que abrirlo aquí, esas fueron sus instrucciones.

Nahia metió la mano debajo de su camisa y sacó el paquete que había cogido antes de la cena. Lo llevaba atado a la espalda.

«Ábrelo. Veamos que es, me intriga».

Nahia asintió y abrió la caja metálica. Lo que vio la dejó muy confundida.

—Es una joya…

«Una diadema de oro. Muy extraño».

La observaron un momento. Nahia la cogió en sus manos y al sacarla de la caja que la contenía algo singular sucedió. La diadema comenzó a destellar con resplandores dorados bañando el área a su alrededor.

—Qué es… lo que hace…

«Es magia dorada, de los Áureos».

Nahia recordó que Egil le había contado que seguía buscando armas doradas de los Áureos, pero aquello no era un arma, era una joya.

—Irradia en dorado a unos cien pasos de distancia en todas direcciones —se dio cuenta Nahia.

«Si irradia magia dorada, algo debería hacernos» razonó Zilar.

—Yo me siento como siempre. No parece perniciosa.

«Yo también. Esto es muy singular, debería afectarnos a nosotros o a nuestra magia…».

Nahia intentó crear su garra elemental de fuego, pero no pudo. Y entonces lo entendió.

—Intenta salir del área de tu cueva —pidió a Zilar.

El gran dragón plateado avanzó hasta el límite y lo cruzó. Nahia iba con él y lo bañaba en oro con la diadema. El collar de plata destelló e inmediatamente se produjo otro destello dorado sobre ese.

«Impide la magia plateada» expresó Zilar muy sorprendido.

—Este Egil es un genio. No es un arma, es una protección. En el área de acción de esta diadema no se puede usar magia plateada y la que está no funciona —Nahia dedujo que los agentes de Egil habían encontrado aquella joya cuando buscaban armas Ilenias.

«Impresionante objeto».

—Ya lo creo —Nahia se lo puso en la cabeza—. No puedo usar mi magia con él, pero debemos seguir.

«Vamos, hace centurias que quería dar un paseo por este lugar».

—Mejor si volamos, el tiempo apremia —sugirió Nahia, que no sabía si el gran dragón aceptaría.

«De acuerdo, sube».

Nahia se alegró de que no le importara. Subió a su espalda como si fuera Eki y montó sobre él.

—Preparada —no tenía silla, pero ella era ya jinete experta y se las arregló.

«Vamos allá».

Zilar echó a volar con un potente brinco. Sacudió las alas con fuerzas y se elevó. Tenía suficiente sitio para volar tanto a la alto como a lo ancho.

—Tenemos que ir a la ruta 3.

«Guíame, para mí esto es desconocido».

—De acuerdo, la siguiente curva a la derecha.

Volaron a la ruta 3 y Garran-Zilar-Denbo la llevó rapidísimo.

«No sabes lo feliz que me hace volver a volar. Esta pequeña libertad me llena el corazón de alegría».

—Me alegro mucho de que estés disfrutando de este momento.

«Nunca sabrás cuanto».

Se estaban acercando a la cueva del Rey grypho cuando Nahia vio el convoy de reparto de la ruta 3 justo delante. Como ellos volaban alto, el Tergnomus ni se percató de que se acercaban por su espalda.

—¿Puedes dejarlo inconsciente sin matarlo?

«Puedo intentarlo, sí».

Garran-Zilar-Denbo planeó perdiendo altura y pasó por encima del Tergnomus, que vio una sombra. Fue a mirar cuando una garra cerrada le dio un golpe en el cabeza. El Tergnomus cayó hacia delate sin sentido mientras Garran-Zilar-Denbo pasaba rozando el suelo.

—Vaya, no has olvidado cómo volar.

«Hasta yo me sorprendo de poder hacerlo después de tanto tiempo» envió y ganó altura.

—Es la siguiente cueva —advirtió Nahia a Zilar.

«De acuerdo».

Garran-Zilar-Denbo tomó tierra frene a la cueva del Rey grypho, que salió a recibirlos.

Nahia se bajó de su espalda.

«Extraños días vivimos donde un dragón primordial acude al rescate de un Rey grypho prisionero» envió Arran-Lehoizuri.

«Días extraños son. El destino nos depara cosas todavía más singulares» respondió Garran-Zilar-Denbo.

Nahia se fijó en que todos los gryphos estaban fuera de sus cuevas con aspecto de querer atacar.

—Majestad, no debemos tener barullo —rogó Nahia señalando a los gryphos.

«Están preocupados. Han visto pasar a un dragón volando hasta mi cueva. Los tranquilizo ahora» aseguró Arran-Lehoizuri.

Nahia vio cómo el Rey se acercaba al grypho de la cueva de al lado. Debió enviarle un mensaje mental, porque voló hasta el límite con la otra cueva y pasó el mensaje. Así fue pasando e grypho en grypho hasta que parecieron calmarse.

—Gracias, majestad. Ahora debemos partir, rápido.

«¿Y el collar de plata?» preguntó Arran-Lehoizuri.

—Está solucionado —Nahia señaló a la diadema sobre su cabeza.

«¿Lo está?» el Rey dudó.

«Lo está. Te lo aseguro. Mira, yo llevo el collar» dijo Garran-Zilar-Denbo.

«Está bien. Vamos».

Nahia subió a Garran-Zilar-Denbo de nuevo.

—Tenemos que ir volando. No está muy lejos.

«Muy bien. Indica el rumbo» pidió Garran-Zilar-Denbo.

Nahia había memorizado dónde estaba la cueva de entrada al final del subnivel 3. La dificultad residía en no tomar la curva que no era y volver a la entrada. Aquel lugar no era solo enorme, sino un laberinto de cuevas. Los guio mientras volaban con Garran-Zilar-Denbo delante y el Rey grypho detrás. Pasaron por un par de secciones que Nahia no conocía y llegaron al lugar donde se suponía que estaba la cueva de salida.

—Es ahí —indicó a Garran-Zilar-Denbo.

Tomaron tierra frente a la cueva.

«¿Seguro que es aquí? Parece una cueva más».

«Sí, parece una caverna» estuvo de acuerdo Arran-Lehoizuri.

—Excepto que, si se observa con mucha atención, se descubre que hay una runa plateada sobre la entrada.

Nahia ya la había localizado y la señaló. Descubrirla le había dado una alegría enorme, porque no estaba del todo convencida de que el plano lo indicara de verdad.

«Estupendo. Entremos entonces» se animó Arran-Lehoizuri.

—No, si entramos se dará la alarma.

El Rey grypho se detuvo dónde estaba.

—Solo un dragón puede interactuar con ella —Nahia miró a Garran-Zilar-Denbo.

«Entendido. Debo abrir la entrada».

—Eso es.

«Ahora mismo».

Nahia y el Rey grypho aguardaron un momento, pero no sucedió nada.

«Hay un problema» envió Garran-Zilar-Denbo.

—¿Qué sucede?

«La diadema. No me deja interactuar con la runa, no pudo usar mi magia».

—Cierto. La guardaré.

«¿Qué sucederá con nuestros collares?» preguntó Arran-Lehoizuri.

—No lo sé, estamos lejos de la caverna y su efecto es reteneros allí, pero no será nada bueno conociendo a los dragones —Nahia se rascó la sien con preocupación.

«Llegados hasta aquí tenemos que arriesgarnos» afirmó Garran-Zilar-Denbo.

Nahia resopló.

—Está bien. Guardaré la diadema.

«Adelante» envió Garran-Zilar-Denbo, que ya se concentraba en la runa.

Nahia metió la diadema en la caja y el dorado desapareció. De pronto los dos collares plateados al cuello de Garran-Zilar-Denbo y Arran-Lehoizuri destellaron en plata una y otra vez. Parecían estar intentando situarse. De súbito comenzaron a emitir un brillo plateado intenso y continuo.

«Date… prisa… me está estrangulando…» envió Arran-Lehoizuri.

«Lo sé… a mí también…».

Nahia se quedó sin saber qué hacer. Ahora ya sabían la función secundaria del collar: matar a quien lo llevara.

«Vamos… me va a matar…» urgió Arran-Lehoizuri.

«Lo intento…» envió Zilar.

En ese momento la runa se volvió de un plateado intenso y una barrera translúcida de bordes de plata apareció en la entrada de la caverna para desaparecer tras un instante.

«Ya…».

Nahia sacó la diadema y, al bañarlo todo de dorado, Garran-Zilar-Denbo y Arran-Lehoizuri pudieron volver a respirar.

«Menos mal… ha estado a punto de ahogarme» envió Arran-Lehoizuri.

«Es un mecanismo de asfixia mágica. No deja pasar aire por la garganta» explicó Garran-Zilar-Denbo.

—Ha estado cerca, sí —dijo Nahia observando la entrada a la cueva—. Creo que se ha abierto el paso.

«Probémoslo».

Garran-Zilar-Denbo entró al interior de la cueva, que resultó ser enorme.

«Todo bien, entrad».

El Rey grypho y Nahia entraron.

—¿Y ahora? —preguntó Arran-Lehoizuri.

—Ahora saldremos por el otro lado, pero antes he de indicarte a dónde dirigirte al escapar.

«Hacia el norte, imagino, ya que las mazmorras están al final de la academia, en la muralla norte».

—Así es. Veo que ya habías pensado en huir.

«Soñar es de lo poco que podemos hacer aquí abajo».

«Muy cierto» estuvo de acuerdo Garran-Zilar-Denbo.

—La huida es hacia el norte, hasta alcanzar una montaña con un pico en forma de medialuna. El tiempo es esencial. Su majestad debe volar con premura. Si no llega a tiempo no podrá regresar a Gryphoros. Un dragón raudo plateado aguarda, él le sacará de allí.

«Entendido. ¿Por qué me lo cuentas en este momento?».

—Porque ahora vamos a salir al elevador y hay un dragón en él de guardia. Bajará a ver qué sucede porque se ha activado la runa. Debemos matarlo.

«Entiendo» dijo Arran-Lehoizuri.

—Por si no sobrevivo.

«Sobrevivirás» aseguró Garran-Zilar-Denbo.

Capítulo 60

Cruzaron la caverna y descubrieron que desembocaba en una gran estancia circular. Aquella no era natural, pues era perfectamente redonda y con paredes lisas. Nahia sacó la cabeza y miró hacia arriba. Pudo discernir una plataforma plateada que descendía a ritmo sosegado ocupando toda la amplitud del agujero.

—Ya viene —dijo a sus compañeros de fuga.

«¿Cómo quieres hacer esto?» preguntó el Rey grypho a Garran-Zilar-Denbo.

«¿Tenemos que matarlo?» preguntó Garran-Zilar-Denbo a Nahia.

—No veo otra opción. Si te ve a ti o a mí lo contará y nos ejecutarán. Además, no podemos permitir que de la alarma.

«Yo puedo matarlo solo si el dragón plateado no quiere matar a uno de su especie» se ofreció Arran-Lehoizuri.

—Es demasiado arriesgado. Hemos hecho todo esto para que puedas huir. Si te hiere en un ala y no puedes volar, no podrás escapar.

«Nahia tiene razón. No me gusta tener que matar a un dragón, pero es uno de los que me tiene aquí prisionero, así que motivos tengo» afirmó Garran-Zilar-Denbo.

El Rey grypho asintió.

—Lo haremos entre los tres —propuso Nahia.

«Utilizar la sorpresa será la mejor estrategia» ofreció Arran-Lehoizuri.

«Estoy de acuerdo. Situémonos».

—Recordad, solo ataques físicos —Nahia señaló la diadema en su cabeza, que brillaba con luz dorada.

Los dos asintieron.

Garran-Zilar-Denbo se colocó a la izquierda de la desembocadura de la caverna y Arran-Lehoizuri a la derecha. Nahia se quedó justo en el centro para que se la viera bien desde la plataforma. Se aseguró de estar a 100 pasos para que la luz de la diadema alcanzara. Los nervios le hacían temblar el estómago. Estaban tan cerca y tan lejos al mismo tiempo de conseguir fugarse de las mazmorras…

Aguardaron un poco hasta que la plataforma llegó al fondo. En medio había un dragón rojo enorme. Vio a Nahia en la caverna y torció el gesto.

«¿Qué sucede aquí?» envió.

—Tenemos un problema grave, hay un intento de fuga —dijo Nahia con tono de urgencia, pero sin moverse de donde estaba.

«¿Un intento de fuga? Eso es imposible. Nadie puede fugarse de las mazmorras».

—Pues lo están intentando.

«¿Quién lo está intentando?».

—Un grypho Rey —dijo Nahia.

Al oírlo el semblante del dragón cambio de confianza a incredulidad.

«¡Muéstrame dónde está ese grypho!» envió el dragón furioso y avanzó hacia Nahia, que no se movió.

El gran dragón rojo entró en la caverna decidido. La luz dorada de la diadema lo bañó.

«Está aquí» envió Arran-Lehoizuri.

El dragón volvió la cabeza hacia el Rey grypho y éste le soltó un tremendo picotazo en medio del cráneo. El pico dorado del grypho hizo un agujero en la cabeza del dragón rojo, al que había pillado totalmente desprevenido. Garran-Zilar-Denbo aprovechó la sorpresa y atacó también la cabeza con sus garras delanteras. Le golpeó con ambas, desde atrás. Los golpes impactaron con tal fuerza que la cabeza del dragón pareció salir despedida a un lado para volver al otro al recibir el siguiente zarpazo.

«¡No!» exclamó el dragón herido e intentó usar su aliento elemental de fuego.

El poder dorado de la diadema lo evitó.

Arran-Lehoizuri atacó ahora con sus garras delanteras doradas y golpeó con ellas la cabeza de nuevo, de forma similar a la que había hecho Garran-Zilar-Denbo. La potencia de los golpes fue devastadora. El dragón rojo perdió el sentido y su cabeza cayó al suelo un momento después que su cuerpo.

«Acaba el trabajo» envió Garran-Zilar-Denbo a Arran-Lehoizuri.

El Rey levantó el pico y se irguió apoyándose en las patas traseras de su cuerpo de león. Luego descendió con toda su fuerza y el pico golpeó el cráneo del dragón partiéndolo en dos como un melón. Con un tercer picotazo le destrozó el cerebro.

«Terminado» envió el Rey grypho.

—Vayamos a la plataforma, ¡rápido! —dijo Nahia abriendo camino.

Era más grande de lo que pensaba, allí cabrían tres dragones grandes sin problema. En el centro había otra runa y un pedestal que terminaba en semicírculo.

«Yo recuerdo ese pedestal…» dijo Garran-Zilar-Denbo.

«Y la plataforma circular, sí…» añadió Arran-Lehoizuri.

Nahia lo observó por un momento y lo palpó hasta encontrar algo. Lo sacó y lo mostró.

«Eso es un collar de plata» se dio cuenta Garran-Zilar-Denbo.

«Como los que llevamos al cuello. Aquí es donde nos los pusieron antes de bajar» recordó Arran-Lehoizuri.

«Y nos dejaron sin sentido» dedujo Garran-Zilar-Denbo.

—Exacto. Y si aquí se ponen… —razonó Nahia.

«También se quitan» concluyó Garran-Zilar-Denbo.

«Solo se quitan cuando mueres y te sacan de aquí» afirmó Arran-Lehoizuri.

—Me temo que es así. Vamos a tener que quitarte el collar.

«O no podrá escapar de Drakoros» se dio cuenta Garran-Zilar-Denbo.

—Eso es. Tiene que irse volando, pero el collar lo evitará y lo matará.

«Puede llevarse la diadema, así no tendríamos por qué usar el pedestal» ofreció Garran-Zilar-Denbo.

—Esa opción ya la había pensado, pero no es la óptima. La diadema te la tienes que quedar tú para poder regresar a tu prisión y que no descubran que has estado involucrado en la fuga.

«Cierto…».

Garran-Zilar-Denbo asintió.

«De todas formas, te agradezco el ofrecimiento. Te honra».

Arran-Lehoizuri le hizo un gesto de respeto con la cabeza.

Zilar le devolvió el gesto.

«¿Cómo lo hacemos entonces?» preguntó a Nahia.

—Tienes que manipular el pedestal y soltar el collar del Rey.

«Entiendo».

—Majestad, la cabeza sobre el pedestal —pidió Nahia.

Arran-Lehoizuri resopló.

«De acuerdo…».

La puso en posición.

—Voy a retirarme. El tiempo será esencial —advirtió Nahia.

«Lo entiendo. El collar nos asfixiará si no lo logro».

Nahia asintió y comenzó a retrasarse hacia la caverna anterior. La luz dorada se fue retrasando hasta que dejó de bañar a Garran-Zilar-Denbo y a Arran-Lehoizuri.

Garran-Zilar-Denbo se concentró y comenzó a usar su magia plateada sobre el pedestal.

Nahia aguardó atenta. No podían morir, estaban demasiado cerca del final.

«Casi… lo tengo…».

«Me… ahogo…» envió Arran-Lehoizuri.

«Lo sé…. Yo también…».

«Date priesa… o moriremos los dos…».

Nahia estaba a punto de avanzar para bañarles de dorado, pero no habían logrado quitar el collar a Arran-Lehoizuri. Llena de incertidumbre aguardó un instante más.

«Ya… está» envió Garran-Zilar-Denbo y se oyó un chirrido metálico.

Arran-Lehoizuri sintió cómo su collar de plata se abría. Levantó la cabeza y el collar quedó en el pedestal.

Nahia corrió a la plataforma sin perder un instante más y la luz dorada de la diadema los bañó a todos.

Garran-Zilar-Denbo consiguió respirar y llenó sus pulmones. Arran-Lehoizuri lo había hecho ya, al quedar libre del collar.

—¡Conseguido! —se animó Nahia.

«Sí, conseguido. Soy libre».

«Me alegro…. de que haya funcionado», Garran-Zilar-Denbo intentaba llenar sus pulmones y respirar con normalidad.

«¿Y ahora? ¿Cuál es siguiente paso?» preguntó Arran-Lehoizuri muy motivado.

«Ahora vamos a tener que activar esa runa» envió Garran-Zilar-Denbo y miró hacia la runa de la plataforma.

—Sí, tendrás que hacer que nos lleve arriba del todo y que no pare en los otros subniveles —indicó Nahia.

«De acuerdo. Dadme un momento a que respire de forma normal y lo intentaré».

—Gracias, Garran-Zilar-Denbo. Sin ti no hubiera sido posible llegar hasta aquí.

Garran-Zilar-Denbo asintió.

«Recuerda tu promesa hacia mí y los míos».

—La recordaré y la cumpliré —aseguró Nahia.

El gran dragón plateado inhaló por la nariz varias veces llenando sus pulmones. Cuando estuvo recuperado, se retiró de la plataforma al interior de la caverna. La luz dorada dejó de bañarlo y comenzó a interactuar con la runa.

Nahia y Arran-Lehoizuri estaban en medio, ansiosos. Garran-Zilar-Denbo hacía lo que podía, pero estaba tardando demasiado. No decía nada, pero el color de sus ojos comenzó a cambiar, a ponerse morado.

«Se está asfixiando» advirtió Arran-Lehoizuri a Nahia.

—Podemos volver a intentarlo —propuso Nahia a Garran-Zilar-Denbo.

Pero el dragón plateado no se detuvo.

Y, por fin, la runa se encendió emitiendo un destello plateado. Se escuchó un *cronck* profundo y la plataforma comenzó a elevarse despacio. Nahia se quitó la diadema y se la lanzó a Garran-Zilar-Denbo. Luego le lanzó la caja plateada.

Al contacto con la luz dorada, el collar falló y el dragón pudo respirar de nuevo. Sus ojos fueron tomando un color normal.

«Conseguido, y he sobrevivido…» envió Garran-Zilar-Denbo.

—¡Gracias! ¡Mil gracias! —gritó Nahia mientras la plataforma subía.

«Tienes mi amistad y respeto eternos. Búscame cuando consigas la libertad» envió Arran-Lehoizuri a Garran-Zilar-Denbo.

«Lo haré, Rey grypho. Ahora vuela raudo y escapa de esta condena de lugar».

«Volaré tan raudo que ni verán mi estela» prometió Arran-Lehoizuri.

La plataforma continuó subiendo hasta que no pudieron ver a Garran-Zilar-Denbo. Nahia sabía que ahora regresaría a su prisión, pero con la diadema el collar no le afectaría. Una vez en la cueva, podría meter el collar en la caja y esconderlo. No descubrirían que había intervenido.

Ascendieron al subnivel 2 y la plataforma no se detuvo. Nahia resopló muy aliviada.

«Para ser un plan muy bien pensado, te veo nerviosa».

—Lo han bautizado como plan audaz. La parte audaz es la que me pone nerviosa.

El Rey grypho emitió unos sonidos de ave que parecieron risas.

«Yo estoy encantado».

—Cuando alcancemos la superficie debemos separarnos. Su majestad tiene que volar hacia el norte tan veloz como pueda.

«Hasta la montaña con el pico en forma de medialuna».

—Eso es, allí le espera el dragón raudo plateado. Él le sacara de este mundo.

«¿Cómo?».

—No se preocupe, majestad. Siga sus indicaciones.

«Creo que tienes razón. Algunas partes de este plan son para ponerse nervioso».

Nahia sonrió. Luego le entraron los nervios y miró hacia arriba.

Habían dejado atrás el subnivel 1 y ya llegaban a la superficie.

«Si sobrevivo a esta fuga tienes mi palabra de que dejaremos en libertad a tu amado y su dragona».

—Gracias, eso espero.

«Cuando se da la palabra el trato es inquebrantable. Mi hermano lo cumplirá y yo me aseguraré de que así sea. Quedarán en libertad».

Nahia asintió. No tenía dudas de que los gryphos cumplirían su palabra. Eran todo lo contrario a los dragones en ese y muchos más aspectos.

Escucharon un ruido de metal sobre metal y vieron cómo la parte superior del pozo se abría. Ya estaban casi arriba del todo.

—¿Preparado?

Arran-Lehoizuri sacudió las alas con fuerza.

«Más que nunca en mi vida».

Cuando la plataforma llegó a la superficie el Rey grypho dio un potente brinco y, moviendo las alas con fuerza, se elevó hacia los cielos con una rapidez tremenda. Los dos dragones de las torres de vigilancia más cercanas se percataron de que algo pasaba. Al verlo escapar hacia el norte dieron la alarma con tremendos rugidos y salieron en persecución.

Nahia se arrastró de la plataforma hasta la muralla norte. Ahora veía dónde habían salido. Estaban a la izquierda del pozo, a unos 500 pasos, cerca de la muralla norte, en la parte posterior del complejo que formaban los edificios y el patio de las mazmorras. Dejó que las sombras de la noche la taparan y, tras un momento, agazapada, comenzó su regreso hacia la ventana por la que había salido. Estaba más lejos, así que tuvo que arriesgar y apresurarse antes de que la cosa se pusiera imposible.

Con los rugidos de alarma de los dragones perforándole los oídos, llegó a la ventana y se encaramó a ella. Entró y se tiró al suelo. Dentro del edificio también había conmoción. Se oían los gritos de Lacert y ruido de pasos. Nahia fue hasta las escaleras de servicio, pero, en lugar de seguir hacia la puerta de salida, bajó las escaleras y aguardó un momento. Intentó mantener la calma. Un momento más y estaría fuera.

Lacert bajó las escaleras a toda velocidad y ella comenzó a subir. Chocaron.

—¿Qué haces? —preguntó Lacert con expresión desencajada.

—He terminado el turno. Voy arriba. ¿Qué sucede? ¿Qué son esos rugidos?

—¡Quita, nada! ¡Problemas en el subnivel 3! ¡Tengo que bajar!

—Oh, vaya… —Nahia disimuló y puso cara de inocente.

—¡Aparta! —gritó Lacert y la quitó de en medio con el brazo para seguir bajando.

Nahia se pegó a la pared y vio que otros tres Tergnomus bajaban corriendo tras el encargado segundo.

Los dejó pasar, subió el tramo final de escaleras y se dirigió a la puerta. Nadie le dijo nada. Asomó la cabeza al exterior y comprobó que los dos dragones de guardia en la puerta no estaban. Salió y comenzó a alejarse con tranquilidad. Estaba a punto de amanecer y ella había terminado su turno, por lo que tampoco era sospechoso.

Miró sobre su espalda y vio que los dos dragones que siempre estaban sobre las torres frontales tampoco estaban. Nahia sabía que estarían en la parte trasera, en la plataforma, o persiguiendo al Rey grypho. Pero no lo alcanzarían. Un grypho era más veloz que un dragón no raudo y aquel era un Rey, mucho más poderoso y rápido.

Lo habían conseguido. Nahia no podía creerlo, le parecía un logro impensable. El plan había funcionado, pese a los problemas encontrados. Un sentimiento de felicidad la envolvió. Desde el principio había pensado que era casi imposible lograrlo, pero no había perdido nunca la esperanza. Era impresionante.

Libró el canto de la muralla y resopló aliviada. Ahora se dirigiría a los barracones y, aunque no dormiría porque el corazón le latía desbocado, al menos podría descansar y celebrar aquella victoria increíble.

Por el rabillo del ojo le pareció ver una sombra saliendo de la esquina de la muralla. No tuvo tiempo de ver más. Sintió un tremendo golpe en la nuca y la mente le explotó de dolor. Quedó aturdida, a punto de irse al suelo. Alguien la apresó por la espalda y le puso una daga al cuello. Sintió el frío toque del acero en su carne.

—Creías que lo habías logrado, ¿eh? —le dijo una voz en la oreja.

Nahia estaba tan aturdida por el golpe que le costó un momento reconocer la voz.

—No… Novak…

—Efectivamente.

—¿Tú…? ¿Qué… haces?

—Detenerte para entregarte a los dragones.

—No… he hecho nada…

Novak rio.

—Sí que lo has hecho, has ayudado a un grypho a fugarse. No lo intentes negar, te llevo vigilando desde que llegase a la academia. Además, tú misma te delatas. Vas vestida de alumna de tercer año y llevas las llaves de las mazamorras —Novak las hizo sonar—.

—¿Por qué…? —Nahia intentaba ganar algo de tiempo para recuperarse.

La había asaltado por sorpresa por la espalda y el golpe la tenía muy aturdida. Estaba tan mareada que estaba a punto de vomitar.

—Hay un rumor que no te he contado, más que un rumor, en realidad. Los dragones han puesto precio a tu cabeza. Hay una recompensa para quien entregue a la líder de la rebelión. Una recompensa enorme: la libertad y oro.

—Yo no… soy…

—No intentes negarlo, sé que eres tú. Te he investigado. Nahia, Nacida de la Llama, del Escuadrón Rojo. Así lo cuentan tus seguidores en la academia. Lo que no sabía es que regresarías, eso no ha sido muy inteligente por tu parte.

—No hagas… esto…

—Oh, tengo que hacerlo. Me esperan dos tesoros, salir de aquí y mucho oro.

—Únete a nosotros… Lograremos la libertad…

—No lo haréis, moriréis todos y tú la primera. Si no te entrego yo, te entregará otro. Hay muchos buscándote.

—Los dragones… no cumplirán…

—Calla, ¡y no intentes usar tu magia! Recuerda que soy un maestro de armas y te mataré al primer movimiento. Estás aturdida y, sin tu mente, tu magia no funciona. Es una cosa muy curiosa esa relación.

Nahia intentó usar su magia y fulminar a Novak, pero en efecto no podía concentrarse por el aturdimiento y falló.

—Empieza a andar, despacito —dijo Novak y apretó el filo de la daga contra el cuello de Nahia.

—No puedo…

—Sí puedes, sí —Novak estaba pegado a ella y la sujetaba con el otro brazo por el estómago.

La empujó a andar con su propio cuerpo.

Nahia se vio perdida, todo terminaba allí. Novak la había descubierto. Una vez que la entregara a los dragones, la torturarían hasta la muerte no solo para sacarle información y que delatara a todos sus compañeros, sino por el retorcido placer de los dragones sin escrúpulos. La llama en su interior despertó con una fuerza brutal nacida de la desesperación del momento. No podía terminar así.

—Novak… te lo ruego…

—No supliques, no voy a cambiar de opinión. Siento tu triste final, pero lo has elegido tú —le dio otro empujón con su torso para que siguiera andando.

No lo iba a convencer y no podía usar su magia con la mente aturdida y mareada. Todo terminaba allí aquella noche. La desesperación y la impotencia la consumieron.

En ese instante, como reaccionando a ello, su llama interior explosionó hacia el exterior y Nahia se convirtió en una llama viviente.

El estallido de fuego fue tan intenso que los brazos y torso de Novak que estaban en contacto con Nahia quedaron calcinados al momento. El resto del cuerpo ardió y Novak salió despedido hacia atrás. Cayó de espaldas consumido por las llamas.

Nahia se dio la vuelta y lo vio en el suelo ardiendo. Muerto.

—Te… di una oportunidad… —masculló Nahia y alzó la mirada buscando más peligro.

Los dragones ya habían partido en persecución y no había ninguno cerca, pero su aspecto llamaría la atención de cualquiera que la viera. Cayó de rodillas y, cerrando ojos y puños, intentó apagar sus llamas.

—Vamos… apágate… —pidió con todas sus fuerzas.

Un momento más tarde las llamas se apagaban y volvía ser ella.

Resopló. Era momento de salir de allí corriendo. Miró a Novak, calcinado, y tuvo una idea. Le colocó las llaves de las mazmorras y luego salió a la carrera con un tremendo dolor de cabeza martirizándola.

Se dirigió al barracón con los rugidos de más dragones sonando en las alturas. Vio que otros dragones volaban hacia las mazmorras. Iban a tener un final de noche intenso.

Entró en el barracón y subió a su habitación sin cruzarse con nadie. Ahora comenzarían a salir todos a ver qué sucedía.

Se tumbó en el catre deseando que el dolor de cabeza la abandonara. No podía creerse lo que habían logrado, pese a que casi pierde la vida en el intento. ¡La primera fuga en la historia de las mazmorras!

Las cosas estaban cambiando para los dragones y más que iban a cambiar.

Capítulo 61

Eki volaba alrededor del pico de la medialuna. Había estado esperando y ya era casi medianoche. El tiempo se agotaba, ya debía estar allí. No lo iban a conseguir. Un dragón en vuelo normal tardaba alrededor de un día en volar sin detenerse de Drakoros a Jadrakos. El Rey grypho tenía que lograrlo en medio día. A Eki le pareció muy poco tiempo para cubrir la distancia. Él mismo no creía poder lograr esa gesta, pero no había otra opción. Si no aparecía para medianoche, se quedarían sin tiempo y fracasarían. Aroa y Logan morirían.

No quiso pensarlo. Observó hacia el sur planeando en círculos. No podía ver gran cosa siendo de noche, pero aquella estaba despejada y las estrellas brillaban iluminando el firmamento. De pronto le pareció ver un punto oscuro en la lejanía que se dirigía hacia él. Para no perderlo de vista viró en un amplio giro mientras lo observaba. El punto se hizo más grande, venía rápido. Eki dio otros dos giros amplios y pudo distinguir que era un ave enorme bañada por la luz de la luna. ¡Un grypho! ¡Por fin!

Miró hacia el norte y luego a la luna. No sabía si les quedaba tiempo.

Arran-Lehoizuri llegó hasta Eki.

«Tenemos que apresurarnos. Sígueme tan rápido como puedas».

«Lo he hecho hasta llegar aquí y lo haré lo que queda de camino. Te sigo, dragón raudo» envió Arran-Lehoizuri.

Eki voló a gran velocidad con el Rey grypho en su cola. Lo llevaba directo a la escuela de jinetes de dragón. Volaron rapidísimos.

Cuando estaban muy cerca, Eki distinguió lo que buscaba.

«Hay un portal abierto que va a Gryphoros. Debes entrar en él antes de que se cierre».

«De acuerdo».

«Yo me desvío aquí. No te detengas por nada. Si se cierra el portal, te capturarán. Hay dragones raudos ahí abajo».

«Entendido».

«Cuando salgas en Gryphoros escapa. Acaba de entrar un grupo de castigo hacia el este. Sal del portal y vuela hacia el oeste todo lo rápido que puedas. Como sales a su espalda puede que no te vean».

«Me vean o no, no me alcanzarán en mis cielos. No me volverán a privar de mi libertad».

«Suerte, Rey grypho».

«Gracias, dragón raudo. Nunca olvidaré esto».

Eki se desvió realizando una maniobra de esquiva y voló hacia el oeste, alejándose de Jadrakos.

El Rey grypho voló directo hacia el portal, que comenzaba a cerrarse. Varios dragones de guardia lo vieron acercarse a gran velocidad y dieron la alarma.

Se echaron al aire a interceptarlo, pero Arran-Lehoizuri volaba con la velocidad del rayo y entró en el portal antes de que pudieran alcanzarlo cerrándose tras él.

Tres días después, Nahia estaba junto a puerta de la muralla sur en la academia. Tenía la espalda apoyada contra la roca de la muralla y observaba al coronel Lehen-Gorri-Gogor soltar una mayúscula reprimenda al comandante Bigaen-Zuri-Indar y otros dragones en medio de la plaza. No podía captar lo que les decía, pero se hacía una idea. La fuga de las mazmorras era un deshonor enorme. Que además se hubiera fugado un Rey grypho hacía el deshonor cien veces peor.

Nahia captó que Eki estaba cerca a través de su vínculo.

«¿Todo bien en Drakoros?» preguntó Eki desde el otro lado de la muralla.

Habían acordado no verse hasta que pasara la tormenta para no levantar sospechas.

«Todo bien por aquí. No han descubierto que fui yo. ¿Y en Jadrakos?».

«También todo bien. Nadie me vio».

«Lo consiguió, ¿verdad?» Nahia no había tenido confirmación todavía.

«Lo logró, sí, en el último instante».

Nahia soltó un resoplido enorme. Esperaba buenas noticias, las deseaba, pero que Eki se lo confirmara la dejaba por fin tranquila. No había dormido nada las últimas noches por la angustia.

«Aroa y Logan se salvarán».

«Sí, volverán en breve. Hay otro portal previsto en una semana».

«¡No sabes la alegría que siento!».

«La mía también es enorme».

«¡Lo hemos logrado!».

«Sí, es increíble, pero lo hemos logrado».

«Apenas puedo creerlo. Quiero ir a abrazar a Logan en cuanto llegue».

«Tendrás que esperar a finalizar el curso como maestra. Si abandonas ahora resultaría sospechoso».

«Cierto… y tengo que extremar precauciones…».

«Si sospechan de ti tendremos que pensar algo».

«Nadie sospecha de momento. Dejé un cadáver calcinado con las llaves de las mazmorras y los ha tenido muy despistados. Ahora ya saben quién es, pero no se explican cómo lo ha hecho, ni lo que ha ocurrido en realidad. Hay mil rumores en la academia, pero Liburex me mantiene informada».

«Ya me contarás de quién es el cadáver».

«Sí, tranquilo. Fue un imprevisto final que tuve que resolver. También me reveló algo importante».

«¿Qué te reveló?».

«Los dragones han puesto precio a mi cabeza. Ofrecen libertad y mucho oro a quien me entregue».

«Ya lo esperaba» reconoció Eki.

«Yo tanto como esperar, no, pero lo veo normal».

«Ten más cuidado, si cabe. No arriesgues en temas de la rebelión ahí adentro».

«Tranquilo, no lo haré. Esto está demasiado removido para eso».

«Muy bien. Cuando Aroa y Logan estén de vuelta en Jadrakos, te avisaré».

«De acuerdo… Una cosa más, Eki».

«Dime».

«¿Qué sucederá entre nosotros cuando ellos vuelvan? Cuando ya no necesitemos ser aliados».

«Buena pregunta. No lo sé, tendremos que verlo en ese momento».

«Sabes que tienes todo mi respeto y aprecio».

«Lo sé, y tú el mío. Pero estamos en bandos opuestos y en una situación muy compleja».

«Espero que podamos seguir siendo amigos».

«Yo también» envió Eki, pero Nahia captó que lo decía con tristeza.

Eki marchó y Nahia se quedó pensando en todo aquello.

La verdad era que la situación entre ellos era compleja y eso la entristecía. Decidió pensar en algo positivo y se sorprendió cuando varias cosas le vinieron a la mente. Logan regresaba, su escuadrón estaba bien y liderando la rebelión en los desiertos, ella tenía su transformación en llama, las Panteras de las Nieves seguían su lucha particular… había muchas cosas para estar contenta.

El futuro parecía sonreírle por una vez y ella aprovecharía ese buen momento para seguir adelante con su destino y lograr la libertad de todos en Kraido, Tremia y Gryphoros. Lograría ser la libertadora de mundos. Su destino se iba a cumplir, de una forma o de otra.

La aventura continua en el siguiente libro de la saga:

[Los Portadores (La senda de los dragones, Libro 7)]

¡Haz clic en la imagen o el enlace de arriba!



Opinión:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,

Pedro.

Mientras esperas a la siguiente entrega te recomiendo otras tres series mías con las que está relacionada:

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes y está relacionada con todas las series.

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El Sendero del Guardabosques:

Esta serie es la más conocida y sus protagonistas aparecen en la saga de la Senda de los Dragones

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre poco después de la serie de El Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.

(Haz clic en la imagen o título)



Orden de las series

De arriba abajo por cronología de la historia



Agradecimientos

Tengo la gran fortuna de tener muy buenos amigos y una fantástica familia y gracias a ellos este libro es hoy una realidad. La increíble ayuda que me han proporcionado durante este viaje de épicas proporciones no la puedo expresar en palabras.

A Oihana, mi musa, por toda la inspiración y mucho más.

A mi gran amigo Guiller C. todo su apoyo, incansable aliento y consejos inmejorables. Una vez más ahí ha estado cada día. Miles de gracias.

A Mon, estratega magistral y "plot twister" excepcional. Aparte de ejercer como editor y tener siempre el látigo listo para que los "deadlines" se cumplan. ¡Un millón de gracias!

A Luis R. por las incontables horas que me ha aguantado, por sus ideas, consejos, paciencia, y sobre todo apoyo. ¡Eres un fenómeno, muchas gracias!

A Kenneth por esta siempre listo a echar una mano y por apoyarme desde el principio.

A Fran por toda la ayuda, muy buenas idea, y apoyo.

A Roser M. por las lecturas, los comentarios, las críticas, lo que me ha enseñado y toda su ayuda en mil y una cosas. Y además por ser un encanto.

A The Bro, que como siempre hace, me ha apoyado y ayudado a su manera.

A mis padres que son lo mejor del mundo y me han apoyado y ayudado de forma increíble en este y en todos mis proyectos.

A Olaya Martínez por ser una correctora excepcional, una trabajadora incansable, una profesional tremenda y sobre todo por sus ánimos e ilusión. Y por todo lo que me ha enseñado en el camino. Y por el tremendo y excepcional sprint final en este libro.

A Sarima por ser una artistaza con un gusto exquisito y dibujar como los ángeles.

A Tanya, por su Ojo de Halcón, y por lo que me ha ayudado con sus comentarios e ideas.

Y finalmente, muchísimas gracias a ti, lector, por leer mis libros. Espero que te haya gustado y lo hayas disfrutado. Si es así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos.

Muchas gracias y un fuerte abrazo,

Pedro.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon
Web: https://pedrourvi.com/
Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi
Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9
Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/
Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/
Mail: pedrourvi@hotmail.com

Los Portadores (La senda de los dragones, Libro 7)
¡Haz clic en la imagen o el enlace de arriba!


Los
Portadores
La Senda De Los Dragones Libro 7
Pedro Urvi